

1966 7-168-122-60

CIENTIT

sociología
ciencia - literatura



Editorial. — Ramón Liar-te: Por el sindicalismo li'ertario hacia la justicia social. — Fontaura: Kropotkin, entre el pasado y el futuro. — Carlos Rama: El Imperialismo inglés en la India del siglo XIX. — Abarrátegui: Manual del grano de mostaza. — J. Guerrero Lucas: La España universitaria. — E. Tierno Galván: La reaparición de Spinoza. — Severino Campos: Parlamentarismo y revolución. — Floreal Ocaña: La Voluntad. — Costa Iscar: Indagando a Krishnamurti. — Cosme Paules: Las huellas de un peregrino. — Juan Minero: Las multitudes y la idea de Dios.

168

Enero - Febrero 1966

REVISTA MENSUAL
PRECIO : 1,50 F.

HP5523

NUESTRA PORTADA

JOAQUIN COSTA: el sabio infatigable y el hombre justo. Discípulo de Eliseo Reclus, la personalidad excepcional del genio anarquista; enamorado de la doctrina expuesta por Pedro Kropotkin, basada en el apoyo mutuo, Joaquín Costa fue el sabio que señaló el camino para llegar a conseguir la reconstrucción económica, cultural, moral y político-social de nuestro amado país.

Un español hasta el fondo de su médula. Europeo por su cultura y su visión de amplitudes inmensas. Internacionalista por convicción y sentimiento. Su obra portentosa es un testamento para reconstruir la España nueva de nuestras preocupaciones. Costa no creía en los milagros. Sabía perfectamente que el prodigio de la innovación general ha de surgir de la voluntad del pueblo. Desde su rincón de Graus, con voz profética y acento conmovedor, exclamaba: «Levántate toma tu lecho y anda.»

Costa no fue un hombre de partido ni de secta. Su visión de España era más grande que todo eso. Para él, la revolución no sólo era necesaria, sino inevitable. ¡Ojalá que el pensamiento de este aragonés universalista sirva de guía y ejemplo a las nuevas generaciones obreras, intelectuales y campesinas, para que entre todos los hombres esforzados, podamos hacer de nuestra tierra despoblada y desmantelada, una sociedad habitable y justa, donde no haya lugar para el fantasma de la miseria y la incultura!

CENIT

REVISTA BIMESTRAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

REDACCION

Federica Montseny y Ramón Liarte

COLABORADORES

Vladimiro Muñoz, Evelio G. Fontaura, Hem Day, Campio Carpio, Eugen Relgis, Dr. Pedro Vallina, Germinal Esglesas, René Lamberet, Miguel Valdivieso, Cosme Paules, José Muñoz Congost, Floreal Ocaña, Dr. Amparo Poch, José Viadiu, Víctor García, J. Guerrero, Severino Campos.

Suscripción anual:

Francia	9,00
Exterior	11,00
Precio de un ejemplar suelto	1,50

Giros Michel Celma, C.C.P. 952-38
4, rue Belfort, 2ème étage F-31 TOULOUSE

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en los que aliente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)

CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XVI

Toulouse, Enero - Febrero 1965

N.º 168

EDITORIAL

¿Monarquía o República?

EN España no ha cambiado nada. Todo sigue igual. ¿De qué sirve correr? Lo importante es llegar a tiempo. El reloj de nuestra historia se ha parado en el bolsillo del tirano. Para eso escaló el Poder, para estancar la vida nacional. Las leyes de la evolución no cuentan. Las cosas están así. No hay ritmo. España es un erial. Nos ha tocado la desgracia de padecer la más estúpida de las tiranías: la dictadura de la desgana.

Adolfo Hitler fue un loco de atar. Sin embargo nadie puede negarle sus sueños de desmedida grandeza. El Tercer Reich era para él el delirio de los nibelungos. Selva negra en la noche fría y sin entrañas. Dioses de bronce haciendo la historia escrita con sangre humana. Forrada con la piel de los fusilados. Quiso hacer una Alemania fuerte y lo consiguió. No reparó en nada. Todo le era permitido. Como a todos los tiranos.

Benito Mussolini quiso volver a la antigua Roma. La violencia fue su arma. La inmoralidad su fin. La Italia de los centuriones constituyó su obsesión única. Era, la suya, una mentalidad corrompida. Lo tenía todo de la pantera. Imperar a costa de lo que fuere, fue su idea diabólica. En su haber de dictador hay obras llevadas a cabo sin tener en cuenta la pobreza del país. Era un dictador aparatoso, una estampa de fachada.

El sátrapa Trujillo fue un tirano de hierro. Hiena despreciable mordiendo por puro vicio en las carnes del pueblo. Su sadismo no ha tenido rival. En su gigantesca egolatría de pigmeo insaciable, llegó a creer que era más que el mismo Dios en persona. Pero tenía perfil de hombre malo, alma de matón.

José Stalin fue el tirano descomunal. Monstruoso en todo, pretendió hacer del comunismo una religión bestial. Quiso hacer de Rusia el imperio absoluto. Sus concepciones bárbaras le llevaron a forjar el despotismo militante. Sus zarpas de acero desconocían la menor sensibilidad. Para el verdugo de la estepa todo era imposición. Ganar la batalla sin la menor noción de los escrúpulos de conciencia.

Francisco Franco es un caso aparte en la historia de la zoología dictatorial. Parte del principio del sabio: nada hay nuevo bajo el sol. Las instituciones, la administración pública, las necesidades del pueblo, las leyes del progreso, la constitución física y cultural, las ambiciones de la nación que desgobierna, no le preocupan ni le cortan la respiración. ¡Que todo continúe como hace cinco siglos! El caso es tener el Estado en las manos. El tiempo no cuenta. La vida moderna carece de valor. Es el ideal más acabado de la petrificación barroca de la tiranía.

Sabe una cosa y ya es saber algo: que tiene que morir. Que sus días están contados. No se inquieta. «¿El porvenir de la patria?» Eso son monsergas. ¡Que cada uno se las arregle como pueda! Con un dictador así, las clases feudales españolas están tranquilas. La oligarquía de la miseria puede dormir en paz. Pero..., no todos los pudientes de la vida nacional piensan de esta manera. Los más avisados y entendidos vacilan y tiemblan. Piensan, no sin razón, «que esto no puede seguir así»... Y no se equivocan. Ha de haber un cambio. Algo cruje en el inmenso tinglado de la farsa, o mejor dicho, de la desgana.

¿Cuál es el cambio que necesita España?



El dictador se encierra en su mutismo como la bestia harta de sangre. No tiene horizonte. Carece de futuro. Ya se las compondrán los españoles como deseen. Lo esencial para el dictador es dejar una página escrita en los anales de la vida del país. ¡Y qué página, por cierto! Una página repugnante donde solamente podrá escribirse: «Aquí yace quien enterró al Hombre.»

Y, España va hacia un cambio. ¿Monarquía, o República? ¿Directorio de Cuarto de Banderas? ¿República presidencialista con poderes semi-absolutos? ¿Prolongación del Movimiento sucediéndose a sí mismo por la Gracia de Dios o de quien sea? Tales son las preguntas que arquean como una hoz los hombres del poder, o los que al poder aspiran. Una cosa olvidan todos: que existe un pueblo gallardo dispuesto a manifestarse en el momento oportuno. La razón no está siempre agarrotada.

Con monarquía o república, lo que se pretende es que las viejas instituciones permanezcan intactas. Que el «orden» establecido no sufra alteración alguna. En pocas palabras: que todo siga igual. La sucia nobleza española, envuelta en sus pergaminos, no desea que se produzca el menor transtorno. El Ejército felón, sólo se preocupa del pesebre. Y la Iglesia católica se arrebujá como una vieja piojosa, llenando de baba al pobre y misero Jesús. Estas tres potencias, unidas en una clase única, la holganza y la desgana casadas con el fanatismo, no han evolucionado. Están reseca, roñosas, anquilosadas. De ellas no puede esperarse ningún cambio saludable. Ninguna postura digna. Es el milenio rezando con una espada en la mano y la bolsa de Judas por rosario. ¡Miserere!...

Sí; en España hace falta un cambio profundo. De abajo arriba. Se necesita una transformación completa, una renovación total, que no sea totalitaria, sino intelectual y obrera. Nuestro pueblo necesita una nueva nobleza: la honradez del trabajo, el orgullo de la cultura, la instrucción virtuosa, la moral administrando los bienes generales. Precisa y exige nuestro país una seguridad en la paz interior y exterior, garantizada por los españoles dignos de tal apelativo, marchando mediante el desarrollo indefinido, hacia las mayores reformas técnicas, científicas e industriales. Verdadero ejército de hombres útiles que forjen la fuerza en el laboratio, que hagan de la espada, una herramienta del trabajo, que saquen al país del lodazal donde se encuentra enfangado, y le enseñen a caminar por las vías anchurosas de la ciencia y el saber. España tiene necesidad también, de un nuevo apostolado que le recuerde lo que sabe de memoria y práctica cada día: «Ganarás el pan con el sudor de tu frente». Pero que ese apostolado lo prediquen los hombres honrados y laboriosos. Los creadores de riqueza. No queremos más vagos que glosen las maravillas del trabajo, y que duerman después de haberse comido el pan ajeno.

En España hace falta una revolución que asegure la justicia social y el Derecho para siempre. No hay modo de evitar lo que se nos viene encima. ¿La hemos preparado nosotros? ¡No! Nos la dan prefabricada los que no han sabido ni querido hacer reformas parciales. Aquéllos que odian a la inteligencia y desprecian el esfuerzo que a la vida ennoblece y dignifica. Nosotros no hemos tenido medios para preparar la revolución; pero nos la sirven en bandeja y hay que saber aprovecharla. Hacerla de tal manera que no se desnaturalice ni se corrompa.

¿Monarquía, o República?

Las clases gobernantes son las responsables de nuestra decadencia. El Pueblo es el único cuerpo que tiene el pulso seguro. Sólo él puede decidir y trazar la ruta de sus destinos. A su voluntad compete modelar las nuevas formas de vida. Hace falta obrar, hacer obras de provecho, en y contra todo lo estatuido. Liberar al hombre. Cultivarlo plenamente. Superar nuestra actual inferioridad. Enriquecer nuestra geografía. Vertebrar nuestras energías. Unir nuestras nobles querencias. Llevar a cabo, en suma, la revolución constructiva, que, no triunfará, mientras dejemos en pie, las instituciones y los métodos de decadencia que nos arruinan y rebajan. Hay que recuperar el tiempo perdido, marchando contra el reloj, para que nuestro pueblo esté presente en todas partes donde se dilucida el presente y el porvenir del hombre.

SERENA REFLEXION

*«Entre las cosas que siguen la corriente eterna
figuramos nosotros».*

AZORIN

Por el sindicalismo libertario, hacia la justicia social

Por RAMON LIARTE

EL sindicalismo libertario es una doctrina y método de acción. Propicia y formula la igualdad político-social y económica para todos; que los medios de sostenimiento, de instrucción y educación estén al alcance de los seres humanos. Tiene como base esencial la presencia del hombre; busca un resultado concreto: el desarrollo consciente de la sociedad. Fieles a nuestra concepción voluntarista del progreso científico y humano, sabemos que una revuelta popular puede servir para derrocar las injusticias presentes; pero la transformación de la sociedad, el orden que nosotros propiciamos, es tarea gradual y ulterior que debe ser realizada por todos los hombres que forman parte de las organizaciones de trabajo. Una de las mentalidades más preclaras de nuestro siglo, Rodolf Rocker, nos ofrece un pensamiento sincero que no dudamos en copiar. Dice así: «Por medidas dictatoriales se puede aplastar a un adversario y suprimir violentamente resistencias incómodas, pero de ese modo no es posible producir pensamientos y estimular a los hombres a la acción creadora. Lo que se ha instaurado por la violencia brutal, puede ser destruido nuevamente por la violencia brutal. Perduración tiene sólo lo que se forma en el pueblo mismo, lo que madura lentamente y pasa a la vida práctica. Ese reconocimiento, que ha dado a nuestro movimiento un carácter singular, debería movernos hoy tanto más a aprovechar la ocasión que se nos ofrece por las nuevas circunstancias. Con discursos solamente no se avanza; hay que poner prácticamente las manos en la masa, si se quiere obtener algo provechoso.»

Nuestra doctrina tiene su expresión en la ayuda mutua; su fuerza de proyección se basa en el trabajo articulado racionalmente. Una teoría de amplios alcances sociales y revolucionarios ha de encontrar resistencia en las capas pudientes. Luego la lucha es cierta. Los demagogos y los precipitados han aprendido muy pocas cosas de nosotros. Gustavo Landauer supo precisar su pensamiento de una manera brillante cuando dijo: «El que no concibe el socialismo como una continuidad de la larga y pesada historia, no sabe nada de él.» Entre lo heredado y por crear, siempre existe un empalme. No hay esa ruptura completa que se produce en la pantalla cuando se ha terminado de presentar un episodio de la vida de los hombres.

Queremos alcanzar la justicia social y el derecho para todos, avanzando por el camino de la cultura y la libertad. Los pueblos desarrollados como Sue-

cia, pueden esperar pacíficamente los resultados de nuevas conquistas, ya que viven en la sociedad de la abundancia. No es el mismo caso el panorama que nos ofrecen la China popular, la India rezagada y numerosos países de la tierra. De la táctica de Mao a la de Nerhu, hay un abismo: una, es expeditiva como un rayo; otra, lenta como una noria movida por músculos esqueléticos. ¿Es acertada la estrategia china? En muchos casos, no. ¿Es humana la táctica india? Excesivamente humana. Cuando hay millones de seres que mueren hambrientos, desnudos, retorcidos como la carne entre los alambres, tal método de lucha es sublime, pero terriblemente duro. ¿Existe entre estos dos extremos un camino más viable a recorrer? Tales son las preocupaciones de todos los revolucionarios contemporáneos al presenciar la angustia de una humanidad que no logra liberarse de las garras de la miseria y la injusticia...

Y es que, en definitiva, son los grupos los que deciden, cuando deberían ser los hombres los que trazasen los cauces evolutivos o revolucionarios para ordenar su existencia. El hombre no es un ser perfecto ni mucho menos. Está formado por un conjunto de imperfecciones y virtudes que, alternándose entre sí, rigen la existencia compleja. Tratar de mejorar las condiciones morales, así propias como ajenas, debe ser el cometido permanente de cuantos anhelamos lograr nuevas metas de perfección y justicia general.

Con vistas al futuro debemos preparar la revolución de cada día, trabajando en beneficio del conjunto de la sociedad. El progreso de la ciencia, el avance técnico-industrial y el aumento de la producción, obligan a una nueva estructura de los métodos de trabajo y de la distribución de la riqueza. Los sindicatos obreros, cerebro y vehículo del esfuerzo asociado, deben pasar a ser la base ordenadora de la economía. El sindicalismo es la defensa de los intereses de los trabajadores; es la escuela del trabajo. Luego la clase obrera debe tomar las medidas necesarias para desempeñar el cometido que el progreso tecnológico le tiene asignado. Debe poseer los más altos conocimientos de la industria, la producción y el intercambio interior y exterior, para valorar y defender sus propias riquezas, apreciando todo cuanto se crea en el mundo que habitamos.

¿Por qué somos sindicalistas revolucionarios? Porque queremos forjar los instrumentos de liberación de la sociedad, al margen del Estado; porque rechazamos la colaboración con el poder instaurado

por la burguesía y el capitalismo; porque consideramos que las clases oprimidas nunca se liberarán mediante leyes y decretos redactados y aplicados por manos parasitarias y antieconómicas; porque no hemos heredado nuestros postulados del arsenal absolutista que todo lo determina de arriba abajo. Para nosotros, sindicalistas libertarios, lo que cuenta es el pueblo, cuerpo eterno en permanente evolución, no el Estado, organismo de lucro en petrificación constante, artificial y transitorio. Luchamos por la libertad y la emancipación del pueblo que está capacitado para regirse y administrarse por sí mismo.

En el presente como en el pasado, nuestro Movimiento es un cuerpo vital de acción directa, de ayuda mutua, de actuación coherente, de organización experimental y de moral puramente humana. Propendemos a garantizar los mismos derechos en base a las mismas obligaciones. La libertad y la responsabilidad son indivisibles de por sí; son ideas éticas que brotan de los sentimientos humanos, del pensamiento del hombre, y que no pueden separarse. Mediante la ligazón de estos dos conceptos podemos sacar el mayor provecho de las oportunidades, aplicando sus resultados a nuestros propios fines, que se basan en nuestra colaboración con las fuerzas laboriosas y creadoras en interés del conjunto.

Actualmente, todos los grupos, sectores y Estados se percatan de la importancia decisiva de la clase obrera, de la presencia determinante de las masas, de la eclosión del sindicalismo como fuerza decisiva en el mundo de los hechos. Pero una vez más, las fuerzas contrarrevolucionarias tratan de sacar el mayor partido de los acontecimientos, adulterando la misión para la cual el sindicalismo fue creado. A nosotros corresponde la obligación de demostrar que el sindicalismo es el motor de la revolución social, socialista y libertaria; que la igualdad económica y social sólo puede instaurarse mediante métodos y esencias netamente sindicalistas; que sabemos evolucionar de acuerdo con las corrientes del progreso, pero sin negar nuestro ideal; que queremos la emancipación de los seres humanos en el seno de los organismos naturales. Somos sindicalistas libertarios. Socialistas, mas no de partido, sino de proyección antiautoritaria y de amplio contenido universal. Nuestra revolución consiste en poner la ciencia al servicio de la moral; la riqueza en manos de quien la produce; la cultura en poder de quienes la cultivan y enriquecen; y el trabajo bajo la administración y dirección de los creadores de riqueza.

En esta hora de prueba cada uno debe ponerse a trabajar para conseguir el más alto nivel de vida cultural, económica y feliz. La idea-madre está lanzada. Hay que llegar al hombre y decirle nuevamente que en sus manos tiene la levadura para fabricar el pan del bienestar y la dicha colectiva. Un mundo nuevo nace: el mundo del sindicalismo y la libertad. Hay que alentar las nuevas transformaciones.

Imposible se hace poder negar la obra llevada a cabo por el sindicalismo en todos los países, hasta

en aquellos en los cuales el movimiento obrero ha perdido su personalidad independiente para ser fuerza manejada por el Estado y el capitalismo. Gracias a la obra realizada por el sindicalismo, se ha elevado el nivel de vida, se han obtenido mejoras considerables, se ha hecho del obrero un ciudadano que tiende a ser cada día más libre. El sindicalismo ha hecho más por la emancipación obrera que todos los partidos liberales o de izquierda juntos. Desde Chicago a nuestros días, la evolución de la clase explotada y oprimida es creciente. Ciertamente es que, para quienes aspiramos a una emancipación total de la clase obrera, estas mejoras nos parecen insignificantes. Mucho más si tenemos en cuenta lo que el movimiento del trabajo hubiese podido alcanzar, si no se alejara de sus verdaderos objetivos. La labor nefasta de los partidos ha hecho que el sindicalismo perdiera su fuerza de arrastre social, su auténtico sentido independiente. Es nuestro deber volver a las andadas y señalar una vez más cuál es el verdadero camino a seguir.

El sindicalismo ha cruzado situaciones borrascosas y difíciles. Su avance, empero, es inevitable. Hay que luchar para que nuestro sindicalismo adquiera la preponderancia que tuvo en mejores tiempos. Si tenemos las ideas básicas y los hombres esforzados e infatigables, ¿por qué no hemos de lograr nuestros propósitos? El sindicalismo parte de un principio decisivo: el cultivo de la profesión, la responsabilidad en la obra de cada día. «No desdichad las máquinas, porque un día serán vuestras», decían los militantes confederales catalanes a los obreros de la industria Fabril y Textil. Y ahora hay que manifestar: el municipio es la célula esencial de la sociedad; cuidad de los municipios, hasta conseguir hacer de ellos centros de resistencia económica, cultural y moral contra el caciquismo y el Estado.

El hombre lucha por su independencia; desea la libertad. El sindicalismo es contrario al centralismo parasitario porque todo poder concentrado degenera en la burocracia y el parasitismo. Otro tanto sucede al municipio que, por naturaleza, propende a federarse, protegiendo su autonomía, liberándose de poderes extraños. Los partidos dictatoriales gobiernan por la violencia, por el terror, y en los llamados países democráticos, los partidos se convierten en protectores de la usura estatal y capitalista, poniendo la economía al servicio de un programa o de una ideología. Entre el sindicalismo revolucionario e independiente y los partidos políticos, existen dos líneas de actuación que son completamente opuestas: los partidos quieren hacer las reformas desde arriba; el sindicalismo lucha y trabaja para transformar la sociedad desde abajo. Esta es, precisamente, su fuerza creciente y su razón de ser cotidiana. Una transformación realizada por cauces naturales, no necesita imposiciones. Prescinde de la violencia. Rechaza el concurso del despotismo. La revolución obrera vuelve a presentarse ante la vida para hacer la nueva historia.

Los militantes anarcosindicalistas somos los representantes de los grandes sistemas socialistas y sindicalistas revolucionarios. Socialistas como supo

serlo Fermin Salvochea, de proyección antiautoritaria y contenido universal; internacionalistas y antiestatales a la manera de nuestro maestro Anselmo Lorenzo, vigía y forjador de la Confederación; sindicalistas libertarios al estilo de Salvador Seguí; colectivistas como Ricardo Mella; es decir, comunistas libertarios como supo resumir el pensamiento de la C.N.T. a través de sus Congresos regulares y libres. Nosotros somos verbo y carne del pueblo; militantes de un movimiento de solidaridad y apoyo mutuo; defensores de la justicia y el Derecho. Una Organización predispuesta a trabajar con todas las fuerzas sanas de la sociedad cuando de servir a la clase obrera se trata, una colectividad que lucha por la triple emancipación de los desheredados, así económica, política como social, esa y no otra es, inconfundiblemente, la Confederación Nacional del Trabajo. Todo intento tramado con el fin de sacar a nuestra C.N.T. de sus verdaderos cauces, se asevera negativo. El que crea que todo puede hacerse desde arriba, sabe dónde puede encontrar su puesto. Quien sea sindicalista libertario, sabe cuál es su centro de trabajo y su puesto de combate.

El pueblo no es nunca una abstracción ni una quimera. Es una realidad viva, endurecida en la geografía, presente en la historia, caminando hacia su destino. El pueblo es la sociedad que trabaja, que siente y piensa en orden a conseguir el bienestar general. Es la vida misma. Hay que ser pioneros al servicio de los pueblos de España, de Europa, del mundo internacional. El socialismo se ha perdido al sostener y amparar el Estado. Si un pacto debe hacer el socialismo no es con la burguesía y el Poder, sino con el pueblo y las organizaciones del trabajo que son su norte y brújula, y, sólo se encontrará de nuevo, volviendo al pueblo de donde jamás debió apartarse, regresando a la sociedad que es su campo de acción y de trabajo, abrazando al hombre para indicarle la ruta segura de su emancipación. El hombre libre y afañoso de perfección contra la sumisión dirigida de las masas. El municipio dueño de sí mismo contra el Estado usurpador de las riquezas y creaciones ajenas. Los sindicatos técnicos, obreros, intelectuales

y campesinos contra la explotación del hombre por el hombre. Este es el camino del socialismo con libertad, de cuyos principios no se desviará el sindicalismo revolucionario.

La lucha por una causa noble y generosa como la nuestra contiene muchos sinsabores, pero reserva indecibles satisfacciones. El combate por los demás es la base misma de la existencia para quien no quiere morir. Entregarse a una tarea de tan vastos quehaceres es vivir dos veces. No hay descanso posible para el hombre de ideas, para el revolucionario consecuente.

En la lucha por la justicia social, unos caen en la brecha; otros desaparecen por cansancio y apatía. Pero siempre existen los que se incorporan al movimiento emancipador para pagar su tributo desprendido a la libertad. Vivir para los vencidos, solidarizarse con los derrotados de todas las encrucijadas, es la actitud más generosa del hombre de ideas. En la lucha, el hombre continúa siendo nuestro mejor hermano. Nuestros iguales comen el mismo pan, pisan el mismo suelo, labran parecidos amores. Hay que vivir para luchar. La libertad respira, vive, conspira en todo momento. El Derecho no muere, ya que la justicia le da aliento para respirar. Es inmensamente grande y placentero ayudar a los demás, hacer que la vida de los otros sea lo más agradable posible.

No lo desconocemos. Los vientos actuales son cegadores como el siroco. La lucha es amarga. Tiene pocas alegrías. El pan que comemos es amargo. En el campo de la emigración hay muchas ortigas. Pero todo llega cuando se sabe conquistar con tesón y consecuencia. Volveremos a pisar la tierra que es nuestra. Tendremos el campo libre para sembrar. Pronto podremos contar la presencia determinante del hombre, que saldrá de la cueva o de la casa cercada para darnos su mano y avanzar juntos por el gran camino. Una revolución justa como la nuestra, es inmortal. Y lo que no muere, alcanza la merecida victoria. Del esfuerzo más duro y desesperado brota una nueva creación que debemos hacer fecunda. ¡Aún hay hombres que saben mirar de abajo arriba!

DE GRACIAN

- Los estadistas señalan a una parte y dan en otra.
 - Los jueces tocan primero para oír después.
 - Los militares en vez de acabar las guerras las alargan.
 - Los prelados, gentes pobres que viven como ricos.
-

Kropotkin, entre el pasado y el futuro

por FONTAURA

SE ha dicho y repetido de muchas maneras: un ideal que tiene abierta senda de justicia hacia el porvenir, no debe, por ello, considerado como algo **inamovible**, a la manera de objeto fosilizado, expuesto en vitrina de museo. Todo cambia en la vida. Varían las circunstancias que originaron ciertas facetas en un modo de pensar determinado. Y si las circunstancias son otras, es de comprender que, resultante de ellas, varíe también, o deba de variar, la forma de enfocar un determinado objetivo.

Hay expresiones a las que suele darse interpretación de tono peyorativo que tal vez se justifique en antecedentes bien poco recomendables. Una de ellas tiene derivativo en la palabra «revisar», que en sí, no significa otra cosa que **volver a ver**, o bien **examinar**. Mas como sea que, al parecer, y deduciéndolo de experiencias vividas, el **revisiónismo** ha tenido como consecuencia el **dar pasos atrás**, **frenar**, tomar rumbo a la **derecha**, en franca oposición al izquierdismo revolucionador, a la vanguardia progresiva de ahí que algunos afines con las ideas ácratas, cuando se percatan de que se hace referencia a lo de **revisar**, al deseo de **examinar**, piensan, y hasta vienen a decir: «¡Tate! ¡Desviacionismo tenemos! ¡Adulteración de principios en perspectiva! ¡Cansancio? ¡Mala fe? ¡Desconocimiento de las ideas?» Y así todo un repertorio de suposiciones gratuitas, que solamente puede justificarlas la buena intención, el amor al ideal, que ha inspirado tal desconfianza. Aunque sea, en cierto modo, un amor parecido al de la madre, que no ve los defectos del ser al que dio la vida, desprendiéndoselo de sus entrañas.

Stendhal alcanzó a definir de un modo lacónico la diferencia entre dos fundamentales modos de pensar: el **conservador**, y el **revolucionario**. El primero, se limita a decir: «Continuemos». En tanto que el segundo manifiesta: «Examinemos».

¿Por qué regla de tres el **examinar**, el **revisar**, el **rever** lo conocido, ha de ser precisamente, únicamente, y en todos los casos hacer marcha atrás? ¿Por qué no ha de ser a la inversa? ¿Por qué el analizar, el revisar, no ha de significar querer ir más allá, quitando lastre, fijando la atención en reminiscencias que no responden a la realidad que se vive; a la realidad que no es igual a la de sesenta o cien años atrás?

Lo que interesa es tender la mirada hacia lo infinito; aguzar el oído. Ver lo que pasa acá y acullá; escuchar lo que se dice en una parte y en otra; sacar al sol los amasijos de archivadas teorías, para

que les de el aire y no se apolillen... Buscar distinguir lo perdurable de aquello que alcanzó un valor transitorio. No confundir lo fundamental con lo que han sido derivaciones de un valor muy limitado, a modo de excrecencias llamadas a desaparecer. Importa mucho tener la suficiente sinceridad y valentía para enfrentarse incluso con el mal que pueda haber arraigado en el propio organismo ideológico, ya individual, bien colectivo; en el mal, aunque se halle enquistado como una especie de úlcera.

Es conveniente conocer el sentir de los que ensalzan la ideología que nosotros sustentamos, así como el criterio de aquellos que atacan en plan de impugnadores. Alguien ha dicho que de las apreciaciones de un enemigo se pueden colegir matices de verdad que, de otro modo, no llegaría a conocer aquel que carece de valor de someter a un libre examen todo el conjunto de teorías y tácticas de lo que constituye su credo ideológico. Ricardo Mella, de quien tantas apreciaciones podemos retener, ya que resisten los embates demoleedores del tiempo, advierte: «Más allá de la anarquía habrá siempre anarquía». Es expresión que define de un modo harto elocuente una posición antidogmática, contraria a toda limitación; contraria a lo de los «cotos cerrados», expresión del mismo pensador, y de la que no pocas veces ha habido que hacer uso.

He leído, no hace mucho, una monografía en torno al anarquismo. Se titula «L'Anarchisme». Su autor es Daniel Guérin, y ha visto la luz en la colección «Idées», a cargo de la Editorial Gallimar, de París. En otra de nuestras publicaciones, «Le Combat Syndicaliste», hice algunos comentarios en torno a ella. Ahora me referiré solamente a algunas de las opiniones que expresa en torno a Pedro Kropotkin. Dice en el prefacio de la obra citada, enumerando a diversos teóricos del anarquismo: «Pedro Kropotkin (1842-1921), otro exiliado ruso, desvía la doctrina hacia un utopismo del que lo «científico» disimula mal sus debilidades. «Creo que la observación peca de una excesiva ligereza, tanto más de lamentar tratándose de que Daniel Guérin es un escritor documentado y que, al parecer, revela tener fe en lo que podríamos denominar: **destino del anarquismo**».

También, en relación a Kropotkin, dice Guérin en la obra citada que «la parte puramente científica de su obra, que le vale el ser actualmente celebrado en la U.R.S.S. como un «brillante porta-estandarte de la geografía nacional», ello es ajeno al anarquismo.» Agrega que también lo era la posición intervencionista que tomó en el curso de la

Gran Guerra. Sobre este último extremo es harto sabida su posición posterior a aquellos acontecimientos. Posición bien distinta a la adoptada por Jean Grave y Charles Malato. En cuanto a lo demás, Lenin y los jerifaltes bolcheviques, al morir Kropotkin, a tenor de la popularidad que tenía el autor de «La Conquista del Pan», **más que como geógrafo, como anarquista**, y en razón de ello, no atreviéndose a contrariar la simpatía que tenía Kropotkin entre las masas obreras y los elementos de tendencia liberal de toda condición social, contribuyeron a que el entierro alcanzara el mayor realce. He ahí los permonores del mismo que uno de los compañeros y amigos de Kropotkin, que asistió al acto de sepelio, Anatol Gorelik, refirió en «La Revista Blanca», de Barcelona, correspondiente al mes de octubre de 1935:

«Llegó el día del entierro. La comisión de exequias de Moscú me honró a mi, con otros cinco anarquistas, para hacer los últimos honores al extinto: llevar el ataúd y acompañar los restos de P. A. Kropotkin hasta su última morada. De los que teníamos que levantar el ataúd del mismo lado que yo, fueron dos obreros, viejos anarquistas: Alejandro K., y Kniasev, el último participante de la famosa sublevación obrera y revolucionaria de 1905 en Moscú.»

«Terminó el «requiem» civil. La orquesta y el coro de la Opera de Moscú ejecutaron la «Sinfonía Heroica», de Beethoven, la obra musical que más le gustaba a Kropotkin en vida.»

«La sala (era la de la Casa de los Sindicatos, de Moscú) fue llenada por miles y miles: anarquistas, revolucionarios, representantes de diferentes entidades políticas, obreras, estudiantiles, culturales y científicas. Afuera, en la plaza, había más de cien mil personas, que bajo un frío invernal nórdico, aguardaban la salida de la cabecera del cortejo para unirse a éste.»

Era a primeros de febrero del 1921. Las primeras etapas de la revolución no quedaban muy lejos. Y aunque la Cheka estaba ya en funciones y había no pocos anarquistas encarcelados, todavía no habían tomado preponderancia las grandes razias contra el anarquismo, el sindicalismo revolucionario, y los sectores de oposición al bolchevismo.

En suma, si en su propio país, en Rusia, los comunistas no pudieron minimizar la personalidad idealista, del pensador anarquista Pedro Kropotkin, no creo sea sensato emplee procedimiento parecido, al quitarle valor, quien ha tenido el acierto de escribir un libro como «Jeunesse du Socialisme Liberaire».

Tal vez nadie haya habido más facultado para hablar de Pedro Kropotkin que su amigo y compañero de ideas Errico Malatesta. Con nobleza de sentimientos, con lealtad, expuso en su día su sentir. A ello me referiré más adelante, transcribiendo palabras del propio Malatesta.

Al referirnos al «príncipe anarquista», como ha sido adjetivado por Woodcock y Avakoumovitch en su notable obra biográfica, publicada en inglés, y editada en francés por la Editorial Calmann-Lévi, de París, con el título: «Pierre Kropotkin, le Prince

anarchiste», hemos de tener muy en cuenta, en primer lugar, al hombre, al valor personal de excepción que encarna. Precisamente en una época como la nuestra, en que predomina un bajo materialismo, en que diríase andan en declive los valores morales, importa destacar a estos hombres que pudiendo gozar de los mayores privilegios, teniendo lo que se dice: la fortuna al alcance de la mano, por espíritu romántico, por acendrada pulcritud moral, desdénaron los bienes materiales, manteniendo enhiesta la dignidad, a trueque de sufrir privaciones de toda especie; a trueque de exponer la vida inclusive. De por sí ello alcanza extraordinaria importancia. Es de una admirable ejemplaridad. Y es este un detalle de signo inmarcesible en lo que afecta a la figura idealista de un Pedro Kropotkin. Pasarán los años y su valor existencial quedará como un detalle, entre los de su especie, de inconfundible rango aleccionador. El decoro, la lealtad, induciendo a repudiar un estado de organización social arbitrario, serán prueba justificativa de que el individuo no tiene porque ser juguete del ambiente; no tiene porque seguir la corriente. Una prueba de que se puede ir contra la corriente nos la han ofrecido y nos la ofrecen quienes en todos los tiempos han mantenido a flor de corazón convicciones humanitarias, inspiradas en el más alto grado de justicia y de libertad. Repitémoslo: Conductas como la que se ha tratado de esbozar han de quedar en la Historia, como ha quedado, al través de los siglos, el gesto sublime de Diógenes, despreciando, con la mayor sencillez, sin dar a la cosa la menor importancia, las dádivas que le ofrecía el omnipotente monarca griego.

Y ahora, ateniéndonos al ideario de Kropotkin, estimo que podemos, en un somero análisis; por supuesto, no exhaustivo, ver si algún matiz consideramos que haya perdido valor de actualidad. Y ahí se entra de lleno en las observaciones hechas al comienzo de este artículo, referentes al aconsejable **examen revisionista**.

Intensa fue la producción intelectual de Kropotkin. Se encuentra en ella el obtenido, el meditado ensayo sociológico, con acopio de material documental; la obra hecha a conciencia, ofreciendo un conjunto de matices; ofreciendo un máximo de visión, clara, convincente. A tenor de ello se pueden citar: «El apoyo mutuo», «La ciencia moderna y el anarquismo», «Campos, fábricas y talleres», «La gran revolución», y «La ética», que dejó sin poder concluir. Luego están sus trabajos breves de propaganda y agitación: conferencias, folletos, artículos insertados en periódicos y revistas de inspiración anarquista. Eliseo Reclus tuvo la idea de que su gran amigo Kropotkin recogiera en un tomo diversos trabajos dispersos, sugiriendo el título «La conquista del pan». Publicado el de referencia, fue editado otro volumen con el nombre «Palabras de un rebelde». A cada una de las obras mencionadas Reclus les puso un prólogo. Decía el autor de «La Geografía Universal» al comienzo de la primera de las citadas obras:

«El título del libro «La conquista del pan» debe de ser tomado más amplio, ya que «el hombre no

vive de pan solamente». En una época donde las personas generosas y valerosas ensayan de transformar su ideal de justicia social en realidad viviente, ello no estriba solamente en conquistar el pan, con el vino y la sal, a lo que se limita nuestra ambición. Hay que conquistar también todo lo que es necesario, o útil a la vida confortable. Hace falta que podamos asegurar a todos la completa satisfacción de las necesidades y del goce.»

Responde lo expresado por Eliseo Reclus a la realidad ambiental de fines del siglo pasado, o inicios del presente. Veamos ahora algunas de las apreciaciones de Kropotkin, seleccionadas de entre las páginas de su libro:

«No pudiendo los trabajadores comprar con sus salarios las riquezas que han producido, los industriales buscan mercados exteriores, entre los acaparadores de otras naciones.»

«El día en que el trabajador de la fábrica producirá para la comunidad y no para el monopolio, los obreros dejarán de ir cubiertos de harapos.»

Reclus, Kropotkin, Malatesta, Anselmo Lorenzo, y la generalidad de anarquistas, por no decir la totalidad, estaban lejos de pensar, hace cincuenta o sesenta años, que una gran revolución transformadora se iba a producir en el mundo, en las «sociedades industriales», como las denominan Raymon Aron. Se contaba, y en ello anarquismo y marxismo llevaban posición paralela, que el acrecentamiento de las necesidades de orden material, la acusada miseria y pauperismo entre las masas productoras, llevarían indefectiblemente a la revolución, derrocadora del sistema capitalista. Y de ahí partía ya la posición divergente entre anarquistas y marxistas; considerando estos últimos como organismo imprescindible el Estado, viendo los ácratas en toda organización estatal nefasta influencia socialmente regresiva y aportaban iniciativas marginando toda hegemonía de tipo gubernamental.

Pero vayamos ahora al punto de mira concreto de la transformación económica, a lo de «la conquista del pan», a lo de la «vida confortable» y al «goce material». Sabemos que, particularmente en los países más industrializados, ello no constituye un problema, como lo era en la etapa en que Luisa Michel arengaba a la multitud proletaria clamando justicia y dando a conocer los motivos del hambre y de la miseria de los productores.

Millones y millones de obreros: alemanes, franceses, ingleses, suecos, norteamericanos, belgas, suizos, holandeses, noruegos, y de otros países, poseen automóvil y el confort hogareño de cualquier patrono; comen a su gusto, visten con elegancia, y se permiten, en plan de vacaciones, viajar de ceca en meca, como solamente podía hacerlo, hace medio siglo, el potentado, el clásico capitalista.

La gran transformación, no prevista por el anarquismo, en su período de mayor influencia, ha consistido en que los economistas, habiendo estudiado la forma de acrecentar la producción, empleando una técnica adecuada, de la que Tylor fue uno de los precursores, ello ha permitido dar un considerable rendimiento, mediante el cual el

capitalismo ha acrecentado enormemente sus beneficios, siéndole así fácil aumentar la retribución de la mano de obra en general. Y así el poder adquisitivo del proletariado industrial en particular ha llegado a un nivel que le permite un tren de vida que los abuelos ni siquiera llegaron a soñar.

Raymond Aron, en su obra «La lutte de classes»-«Nouvelles leçons sur les sociétés industrielles», estudia detenidamente las características de la organización social contemporánea, sus deducciones están lejos de nuestros puntos de mira en cuanto a conclusiones, pero constata una serie de hechos en torno a los cuales sería absurdo encogerse de hombros. Así manifiesta:

«El aburguesamiento de una fracción de los trabajadores y la reducción de las desigualdades se producirán en todos los países de civilización industrial democrática a condición de que el crecimiento económico continúe. Lo que ha ocurrido a este respecto en los Estados Unidos no es excepcional ni anormal.»

Como un caso que caracteriza la evolución del proletariado en su sentido moral y material, Aron, en la obra citada, se extiende en consideraciones al respecto de la psicología de los trabajadores ingleses, inclinados hacia un espíritu conservador, «pequeño burgués», embotada la sensibilidad por la acrecentada propaganda de la televisión y de las emisiones radiofónicas. Y recarga el acento en torno de ello, puntualizando:

«A propósito de la clase obrera, he señalado, primero no sin ciertas reservas, el hecho de una creciente homogeneidad, y de otra parte la tendencia al aburguesamiento, a la pérdida de iniciativa, de originalidad proletaria en las actividades sindicales y culturales de los obreros de hoy. De estos dos fenómenos, el segundo es universal. Doquiera las comunicaciones de masas, en radiodifusión y televisión se difunden, el proletariado absorbe, no lo que él mismo ha creado, sino lo que le ha sido impuesto exterior a sí mismo. Las creaciones originales de la élite obrera, características del pasado siglo, parece que por todas partes desaparecen.»

Ahora unas pocas referencias, tomadas de las antes citada obra de Kropotkin, «Palabras de un rebelde»:

«Decididamente, marchamos a grandes pasos hacia la revolución, hacia una conmoción que, estallando en un país, se irá propagando, como en 1848, en todos los países vecinos, y sacudiendo la sociedad actual en sus entrañas, vendrá a renovar las fuentes de la vida.»

«El pueblo pronunciará pronto la caducidad de la burguesía. Y tomará cuanto le afecta en sus propias manos desde que el momento propicio se presentará. Y ese momento no puede tardar, a causa precisamente de los males que corren a las industrias. Su llegada será acelerada por la descomposición de los Estados, descomposición galopante que se está operando ya en nuestros días.»

Y así podrían citarse otros párrafos en torno al convencimiento de Kropotkin en la acción revolucionaria del proletariado mundial. Páginas dictadas por un apasionado afán de convencer; por el

anhelo de despertar inquietud de rebelión, afán de justicia.

Mucho se ha escrito en nuestros medios en torno a la concepción «voluntarista» de Errico Malatesta, y a la propensión «científica» de Kropotkin. Sería prolongar con exceso el presente artículo ofrecer un documentado análisis de las apreciaciones de uno y otro compañero. Ahora bien: para explicar-nos el sentido determinante de algunas afirmaciones **kropotkinianas**, como las transcritas en este trabajo, voy a reproducir unas opiniones de Malatesta tomadas del valioso trabajo que envió a los compañeros rusos que en Detroit (Estados Unidos) editaban en su lengua el periódico «Probužfidenie» («La Aurora») cuando en 1931 dedicaron un número especial al autor de «El apoyo mutuo». Pero antes, citaré unas frases de Kropotkin, en su autobiografía, «Autour d'une vie». Expresa:

«Malatesta había sido estudiante en medicina, pero renunció a la profesión médica, lo mismo que a su fortuna, para dedicarse a la causa revolucionaria; lleno de ardor y de inteligencia. Ha sido un puro idealista, y durante toda su vida —se acerca ya ahora a los cincuenta años— no se ha preocupado nunca por saber si tendría un pedazo de pan para cenar, ni una cama para pasar la noche. Sin contar siquiera con una habitación que pueda llamar suya, vende, si se tercia, mantecados por las calles de Londres, para ganarse la vida, escribiendo por la noche brillantes artículos para periódicos italianos.»

En el trabajo de referencia, Malatesta, con lealtad, nobleza de sentimientos, pone de relieve las características morales e intelectuales de su fallecido amigo Kropotkin. Lo que, en apreciaciones, les unía, y aquello que les diferenciaba. Así manifiesta:

«Según su filosofía, todo lo que llega debe de llegar, el comunismo anarquista, que él deseaba, debía fatalmente triunfar, como por una ley natural. Y esto le quitaba toda incertidumbre y le ocultaba toda dificultad. El mundo burgués debía caer fatalmente; estaba ya en disolución, y la acción revolucionaria no servía más que para acelerar la caída. Su gran influencia como propagandista tenía, además de su talento, el hecho de que mostraba la cosa de tal manera simple, de tal manera fácil, de tal manera inevitable, que el entusiasmo prendía en los que le escuchaban o leían.»

«Esa idea de «la toma del montón, que puso de moda, y que si bien es la manera más simple de concebir el comunismo, y la más apta para agradar a la multitud, es también la más primitiva y la más realmente utópica.»

Tras detenidas consideraciones al respecto, Malatesta hace la siguiente conclusión: «He insistido

sobre los dos errores en que, según mi parecer cayó Kropotkin: su fatalismo teórico y su optimismo excesivo, porque creo haber constatado los malos efectos que han tenido en nuestro movimiento.»

Y la estima que guardaba Malatesta a Kropotkin, pese a detalles de diferencia interpretativa, la dejó plasmada finalizando así sus comentarios:

«No creo que mis críticas puedan empequeñecer a Kropotkin, que queda como una de las glorias más puras de nuestro movimiento. Ellas servirán, si son justas, para demostrar que ningún hombre está exento de error, ni aun cuando posea la elevada inteligencia y el corazón heroico de Kropotkin. De todas las maneras, los anarquistas encontrarán siempre en sus escritos un tesoro de ideas fecundas, y en su vida un ejemplo y un acicate en su lucha por el bien.»

De Kropotkin, como de otros pensadores ácratas, que posiblemente no han rayado a su altura intelectual, al paso del tiempo habrá que descartar algunas de sus afirmaciones respecto a lo que imaginaron iba a suceder en el orden social. Pero incluso en las dos obras que he citado, pese a sus puntos de vista inactuales, de los cuales he ofrecido muestra, queda vigorosa la crítica de los diversos organismos que, para decirlo con frase de Ibsen, constituyen los «puntales de la sociedad». Obra magistral por excelencia lo es «El apoyo mutuo», tesis completamente opuesta a los empeñados, con el fin de justificar un atrabiliario orden social en que lo corriente ha sido y ha de ser una eterna lucha entre víctimas y victimarios, considerándolo como una ley de la naturaleza.

No es cosa de enmendar las páginas de **nuestros clásicos**, por así decir. Sería un absurdo, una ridícula pretensión. Pero sí puede resultar adecuado seleccionar, de unos y de otros, aquello que por su esencial y fundamental valor humano pueda resistir el paso del tiempo, sean unas u otras sus características. Aquello de valor ético que, aunado al modo de sentir de cuantos, pensadores, hombres de ciencia, escritores, artistas, contemporáneos; dejan oír su voz, señalando, censurando el aburguesamiento de las masas, mal aconsejadas hasta el extremo de olvidar que no y en todo el mundo se puede comer a voluntad; de olvidar que existe el problema de la libertad, el de la fraternidad humana, el de la paz social. Sin tenerlos en consideración, las comodidades materiales ni lo son todo, ni adquieren seguridad.

Y creo que podemos tener la convicción de que entre lo mucho escrito y que conocemos de Kropotkin, mucho es también lo que puede quedar y utilizarse, cara al futuro, por los anarquistas en general.



El imperialismo inglés en la India del siglo XIX

por el Profesor CARLOS RAMA

(CONCLUSION)

Los críticos de la dominación imperial inglesa, han consignado su opinión en el sentido de que aquellos aportes, aun siendo interesantes, no sobrepasan, sino que resultan insignificantes frente al cúmulo de aberraciones o injusticias sociales, que el sistema colonial reconoció o perpetuó. Por ejemplo señalan:

1) La administración británica habría luchado insuficientemente contra las hambres que periódicamente despoblaron provincias enteras. Las cifras son, en efecto, escalofrantes. Las hambres de 1854, 1860, 1867 causaron más de un millón de muertos solamente para la provincia de Orissa. Las hambres de 1873, 1878, 1896, 1899 alcanzaron a 26 millones de personas y causaron más de dos millones de muertos», se lee en Grousset.

2) Bajo la dominación inglesa el campesinado se ha rebajado de nivel hasta alcanzar la condición subdesarrollada actual. André Phillip ha resumido este hecho diciendo que «en las zonas de Madrás y Bombay el labrador paga el 10 por 100 de su cosecha al fisco y entrega el 15 por 100 al usurero, o sea más de un tercio de su renta anual; mientras en el valle del Ganges debe entregar más del 40 por 100 del producto neto de su cosecha al gran propietario y abandonar del 8 al 10 por 100 al usurero, o sea en total la mitad de la cosecha bruta y los dos tercios de la renta.

3) Los ingleses practicando el principio de «dividir para reinar», habrían deliberado atizando las diferencias religiosas, políticas, regionales, raciales y sociales, provocando sangrientos y penosos conflictos durante su dominación, que subsisten hasta hoy. El principal de estos —de acuerdo a los autores indios contemporáneos— es la propia división de la India en dos Estados rivales, que en el caso de Bengala supone una artificial división de la provincia.

4) Los ingleses han perpetuado deliberadamente muchos de los aspectos arcaicos de la sociedad India, que ya estaban en decadencia a su llegada, pero que con su auxilio se mantuvieron durante dos siglos. Por ejemplo, los príncipes y su costoso estilo de vida, en razón de que este grupo fue aliado de los ingleses.

5) La administración colonial habría explotado económicamente, como se detalla más adelante, el territorio sometido.

6) Habría sometido a una nación independiente a la humillación del vencido, alterando profundamente su historia y su cultura.

7) Habría intentado absorber a los vencidos culturalmente desposeyéndoles de su lengua, religión, costumbres, etc., para imponerles las suyas propias.

Es absolutamente imposible inventariar el total de ventajas que a lo largo de la dominación imperial Inglaterra extrajo de la India.

Tenemos sí sobre las riquezas cifras parciales, datos sobre traslaciones o transferencias de capitales en casos concretos, que nos dan idea de la magnitud del aporte que forzosamente ha hecho la India a la prosperidad de Inglaterra imperial. Se explica que, por ejemplo, Winston Churchill dijera en 1930: «La nación inglesa no tiene la menor intención de renunciar al control efectivo sobre la vida y el progreso hindú. No tenemos la más mínima intención de renunciar a esta perla, en verdad la más brillante y valiosa de la corona real, la cual, mucho más que cualquier otro dominio o posesión, constituye la gloria y la fuerza del Imperio británico.»

El papel central que la India ocupaba en el sistema imperial inglés, ha sido sintetizado asimismo por su ex virrey lord Curzon que manifestó: «La India es el corazón de nuestro Imperio... Si el Imperio perdiera cualquier otra parte de sus dominios podríamos sobrellevarlo, pero si perdiésemos la India, eso sería el ocaso de nuestro Imperio.»

La relación entre la prosperidad victoriana de los ingleses y la explotación colonial del imperio hindú no ha sido ocultada, y tenemos la autorizada palabra de Winston Churchill que ha dicho: «Dos de cada diez habitantes de Inglaterra, obtienen los medios para su subsistencia, directa o indirectamente, como resultado de los vínculos con la India.»

El economista húngaro Eugenio Varga ha intentado sintetizar esquemáticamente la mecánica de la expoliación inglesa, tal como se puede estudiar en los últimos años de su dominación colonial, cuando las estadísticas son más precisas, y existe

mejor conciencia de este problema. A su juicio los rubros principales serían los siguientes:

1) La fuente principal estaba constituida a 1939 por las inversiones de capital. Estimadas entonces en unos mil millones de libras esterlinas, la mitad en acciones y el resto en fábrica —especialmente textiles de algodón y yute—, plantaciones —indigo, té, cáñamo, etc.—, minas, astilleros, etc. El rendimiento de esas empresas era muy alto —por cierto superior a las similares europeas—, y Varga lo estima en un 10 por 100 del capital invertido lo que hace una ganancia anual de 100 millones de libras esterlinas.

2) El principal beneficio, sin embargo, era proporcionado por la exportación de mercaderías inglesas que tenían un mercado comercial protegido en la India, ¡un mercado de 400 millones de habitantes! La diferencia de aranceles aduaneros entre las mercaderías inglesas y las de otros países era muy considerable. Por ejemplo, para el acero, productos químicos, máquinas textiles era del orden del 10 por 100, pero para los textiles de algodón manufacturados era del orden del 57,5 por 100.

3) Las compañías inglesas se beneficiaban asimismo de las exportaciones hindúes —no solamente a Inglaterra, sino a los demás países—, y de ingresos por conceptos de fletes, seguros, comisiones, etc., en las empresas de su sector comercial y de comunicaciones.

4) La India abonaba buena parte de los gastos administrativos del Imperio inglés, llevándose entre las dos guerras a unos 20.000.000 de libras esterlinas anuales. Varga cita, y el caso parece pintoresco, que la visita a Londres del sultán de Turquía se cargaba a ese rubro.

5) Los beneficios privados de los ingleses que residían en la India, y que percibían sueldos muy elevados, deben computarse igualmente. El virrey de Delhi recibía un ingreso anual superior al presidente de los Estados Unidos.

6) Aparte de los sueldos, y siempre con cargo al presupuesto indio, los ingleses disponían de numerosas entradas suplementarias. Por ejemplo se les pagaban los servidores, el famoso «durbar» que hacía que cada dignatario tuviera una suerte de corte principesca. También su vivienda, y pensiones vitalicias en ocasión de su retiro.

7) Los técnicos ingleses al servicio de las compañías locales, recibían una paga extraordinaria y privilegios, semejantes a los funcionarios públicos antes citados. Este grupo —a pesar de la independencia— sigue todavía actuando, y Varga estima su ingreso anual en 50 millones de libras esterlinas.

8) Se deben tener en cuenta las exportaciones de objetos de uso personal, obras de arte, etc., que los funcionarios o técnicos ingleses importan libres de gravámenes regularmente para su país en su equipaje personal.

9) El mantennimiento de las fuerzas militares hindúes que prestaban servicios en distintos puntos del imperio inglés —y a beneficio de éste—, eran imputadas al presupuesto de la India.

10) El balance comercial entre Inglaterra y sus

dominios y la India, arrojó regularmente un saldo activo a favor de esta última. Entre 1930 y 1939 el saldo fue de unos 460 millones de libras esterlinas. Esa diferencia funcionaba como una especie de crédito abierto a favor de Inglaterra. El saldo se hizo mucho más considerable en ocasión de la Segunda Guerra Mundial, y fue uno de los problemas regulados en ocasión de disponerse la definitiva independencia de la India. Por entonces esta tenía un saldo a su favor de 531 millones de libras esterlinas.

Resumir todos estos rubros y evaluarlos en términos estadísticos es particularmente difícil. El propio Varga dice que el beneficio anual obtenido por los ingleses en la India, solamente por conceptos de los puntos indicados precedentemente con los números (1), (4), (5), (6), (7) y (8), alcanzarían anualmente a unos 200 millones de libras esterlinas, y proporcionaba bibliografía de la que resulta una gran disparidad en los autores citados, a propósito del mismo tema.

Carlos Marx se ha ocupado en sus trabajos sobre la India, y escribiendo en el año 1853 para el diario norteamericana «New York Daily Tribune» expresó algunas ideas importantes sobre el colonialismo inglés y sus efectos, que suponen una suerte de balance del imperialismo. A su parecer «la miseria ocasionada en el Indostán por la dominación británica ha sido de naturaleza muy distinta e infinitamente superior a todas las calamidades experimentadas hasta entonces por el país».

Peor que las precedentes guerras, invasiones, revoluciones, conquistas y años de hambre ha sido la acción de los ingleses destruyendo las comunidades familiares aldeanas campesinas, y arruinando el artesanado hindú con la competencia de sus manufacturas. «El vapor británico y la ciencia británica destruyeron en todo el Indostán por la unión entre la agricultura y la industria artesana» y además descuidaron las obras públicas.

Estos hechos han constituido una verdadera «revolución social» pues «Inglaterra cumple en la India una doble misión destructora por un lado y regeneradora por otro. Tiene que destruir la vieja sociedad asiática y sentar las bases materiales de la sociedad occidental en Asia.» Pues «Las páginas de la historia de la dominación inglesa de la India apenas ofrecen algo más que destrucciones. Tras los montones de ruinas a duras penas puede distinguirse su obra regeneradora. Y sin embargo esa obra ha comenzado.» Los aportes de la dominación inglesa serían los siguientes:

1) La India ha sido políticamente unificada, se ha introducido la propiedad privada de la tierra y hay por primera vez una prensa libre;

2) Se ha creado una nueva clase, educada por los ingleses, capaz de gobernar el país;

3) La India ha salido de su aislamiento, comunicada con Europa y el resto del mundo;

4) La burguesía industrial inglesa ha descubierto las ventajas de la India como país productor y esto lleva a promover los medios de riego y vías de comunicación interior.

5) Los ferrocarriles reducirán el número y los gastos de sostenimiento de los establecimientos militares;

6) Las nuevas comunicaciones favorecerán el desarrollo del artesanado aldeano de la India;

7) «El sistema ferroviario se convertirá en la India en un verdadero precursor de la industria moderna.»

Todo esto puede resumirse como el asentamiento de «las premisas materiales necesarias para la realización de ambas empresas.» Esto «no emancipará a las masas populares ni mejorará sustancialmente su condición social, y es que tanto lo uno como lo otro no sólo dependen del desarrollo de las fuerzas productivas, sino de su apropiación por el pueblo.»

**

Resulta un tema apasionante mostrar de que manera la India inició la recuperación nacional que le llevaría a su independencia a mediados del siglo XX.

Ese proceso se comienza en la segunda mitad del siglo XIX, y es simultáneo o paralelo con el cumplido en otros países asiáticos colocados en circunstancias similares, como China y Japón. No faltan las diferencias que provienen ora de sus distintas estructuras políticas y sociales, ya de las diferentes soluciones tácticas inventadas por pueblos para conseguir el mismo objetivo.

Panikkar dice que se trata de un verdadero «Renacimiento» asiático, «Paralelamente amenazadas, y oprimidas, las viejas sociedades de la India, China, Japón y otros países de Asia han reaccionado paralelamente.»

Las líneas de ese «renacimiento», serían fundamentalmente:

1) Reorganización de las sociedades indígenas, modernizándolas al atacar los aspectos más arcaicos de su estructura, (el feudalismo en Japón, el antagonismo clasista en China, las castas en India).

2) La dirección del movimiento nacionalista estuvo a cargo de las clases cultas superiores que dieron una orientación de «resistencia al extranjero». El nacionalismo ya viejo en Europa arraiga en Asia, ya sea para mantener la independencia nacional en Japón o China, ya para obtenerla como en el caso de la India.

3) La reforma religiosa es previa a la lucha nacional. En el Japón es la reforma del sintoísmo que cumple el mismo gobierno local, y en los países budistas una restauración de la fe tradicional. En el caso de la India el fenómeno —como veremos— es más complejo.

4) Parte capital de ese renacimiento asiático fue paradójicamente el esfuerzo que hacen los asiáticos para asimilar la enseñanza y el pensamiento occidentales. Los colegios ingleses en la India, los estudiantes chinos en el extranjero, el aprendizaje por los japoneses es primero del holandés y después del inglés, para procurar su contacto con Europa, serían —acota Panikkar— «no un reconocimiento de la superioridad de la civilización de Occidente, sino más bien la voluntad de apropiarse de la potencia de los extranjeros.»

5) Creemos que se puede agregar a la nómina de Panikkar los rasgos siguientes: El establecimiento de lenguas escritas nacionales, salvando el abismo entre la lengua escrita de los sabios en idiomas muertos y las lenguas vivas locales que, aunque habladas, no escribían literalmente.

Así nacen el periodismo y la literatura asiática modernas.

Igualmente importante es la modernización de la legislación civil, particularmente en cuanto tiene en cuenta el estatuto de las personas físicas, secularizándose las leyes, despojándose de su versión religiosa y tradicional.

El caso concreto de la reforma cumplida en la sociedad india en el siglo pasado es seguramente uno de los grandes hechos históricos del mundo contemporáneo cuyas consecuencias recién hoy se aprecian plenamente.

Esta reforma comienza por ser religiosa, y este hecho de profundas consecuencias históricas, en buena parte, fue provocado por la intervención del cristianismo aportado por los ingleses.

Un precursor de este movimiento el sabio Ram Mohan Roy (1774-1833) supo combinar el saber tradicional de su país —para comenzar el lingüístico, pues dominaba el sánscrito, persa y árabe— y el aportado por los ingleses, como ser su lengua, y griego, latín y hebreo, pero particularmente las ciencias naturales. Fundador de la prensa india, agitador contra el «sati», y otras costumbres religiosas tradicionales este personaje inició la renovación del hinduismo creando la «Brahmo Samaj», una asociación que procuraba transformar la religión tradicional despojándole de las supersticiones, costumbres tradicionales antisociales, y racionalizando la creencia al estilo del cristianismo, cuyas misiones entonces intentaban reclutar prosélitos en el país.

La iniciación en 1835 de la enseñanza en inglés en la India, que aceptaron primero los hindúes, parsis, sikhs y más tarde los mahometanos, aumentó la presión de la religión cristiana sobre las creencias tradicionales del país.

Se tradujo por entonces a numerosas lenguas locales la Biblia, y otros escritos cristianos, que, por lo demás, eran de obligatoria lectura para los alumnos de los colegios ingleses.

El monoteísmo cristiano ofreció un modelo tentador a Dayananda Saraswati que fundó el «Arya Samaj» que procura hacer de los Vedas el equivalente de la Biblia en el cristianismo, o el Corán para el islamismo, y al tiempo establecer una religión universal para todos los hindúes por encima de las diferentes sectas o versiones locales. Si el Brahmo Samaj se impuso en Bengala, el Arya Samaj tuvo su fuerza en Punjab.

Un tercer episodio de esta renovación religiosa fue la fundación de la Sociedad Teosófica por los occidentales Mme. Blavatsky y el coronel Olcott, que dirige desde 1907 Mme. Annie Besant. Esta sociedad introduce los métodos de propaganda y organización occidentales en la religión hinduista, supone una doctrina social progresista y obtiene el concurso de la élite hindú, incluso ortodoxa.

Un místico bengalí de nombre Ramakrishna crea una escuela de propaganda en que se forma la figura de Vivekananda que alienta un movimiento de gran valor religioso y político, que él mismo definía como «La búsqueda de los fundamentos comunes a todas las religiones hindúes y hacer tomar conciencia de sí misma a la nación.» Su esribillo fue la palabra «abbay», (no tengáis miedo, sed fuertes). En alguna parte dice: «Si hay un pecado en el mundo es el de la debilidad;; evitad toda debilidad porque la debilidad es pecado, la debilidad es la muerte.»

Conocedor del Occidente lo tuvo en cuenta en su ideal nacional, que se expresa con las palabras: «Hacer una sociedad europea con una religión india... (convertirnos) en un occidental en el espíritu de igualdad, libertad, trabajo y energía y, al mismo tiempo, en un hindú hasta el tuétano en cultura e instintos religiosos.»

A fines del siglo XIX, finalmente, se destaca Aurobindo que expone la doctrina de los Vedas en obras consideradas desde entonces como clásicas. Simultáneamente se procede a la modernización de la legislación civil y penal, y surge una poderosa literatura vernácula.

Hasta entonces las grandes lenguas escritas eran el sánscrito o el persa, y en las lenguas vernáculas no existían más que temas religiosos. Una vez organizadas estas lenguas por la publicación de diccionarios, gramáticas, y su enseñanza escolar, se comienzan a utilizar en el periodismo, se traducen los clásicos ingleses u obras religiosas cristianas, y finalmente se acometen temas estrictamente originales en la literatura. El bengalí se adelantó en esa evolución y dió tempranamente un gran poeta en la figura de Rabindranat Tagore. Una obra semejante se cumple seguidamente en el Tamul y el urdu por autores como Subramania Bharati y Mohamed Iqbal en que alientan asimismo —como en Tagore— el espíritu nacionalista.

Este proceso se podría resumir con las palabras de Panikkar, diciendo que «La India está unida espiritualmente por el pensamiento religioso hindú, por la poderosa tradición sánscrita, que vive todavía en los dialectos hindúes, y por esta nueva comunidad de ideas y métodos que la educación inglesa ha expandido en las clases superiores.»

**

El movimiento estrictamente político que llevará a la India a su independencia se inicia en los últimos años del siglo XIX.

Efectivamente por 1885 se fundó el Partido del Congreso, pero al principio arraigó solamente entre los intelectuales de tradición hindú. La lucha contra la partición política de Bengala destacó personalidades combativas como fueron Tilak y Gokhale, que sin embargo fueron minoritarias en el Partido del Congreso hasta 1907.

Los musulmanes que sufrieron más duramente la represión provocada por la revuelta de 1857 se incorporaron tarde a las nuevas condiciones sociales y culturales típicas de la India de la segunda mitad del siglo XIX.

Bajo la orientación de Syed Ahmad Khan comenzaron a anglicanizarse, y entraron en el «Servicio de la India», siendo aprovechados por los ingleses para dividir más todavía al país y retardar su unidad política anti-imperialista. En esta situación se fundó la Liga Musulmana en 1906, pero en los años siguientes surgen personalidades activas como Abul Kalam Azad y los hermanos Ali, que se expresan en las lenguas vernáculas y facilitan el entendimiento de la Liga y del Congreso en el compromiso de Laknau de 1916.

Nehru ha dicho categóricamente que «Tagore y Gandhi han sido indudablemente las dos figuras más destacadas de la India en esta primera mitad del siglo XX, pero la verdad es que se trata de dos hombres surgidos y nutridos en el ideario del siglo pasado.

El príncipe Rabindranag Tagore nació en Bengala en 1861 y después de cumplir muy amplios estudios inició la gran literatura lírica en bengalí, cuyo renombre justificó ampliamente el premio Nobel que en 1913 llamó la atención sobre este gran país.

Pero se desconoce en Occidente el considerable aporte que su personalidad hizo a la causa nacionalista. En primer lugar fundando Santinekatan, una suerte de Universidad popular nacional, en las cercanías de Calcuta y que desde 1901 ha sido sitio de verdadera peregrinación y fuente de conocimiento para la juventud de la India.

Los ingleses quisieron vincularlo a su dominio dándole el título de Lord, pero renunció en 1919 como protesta por las represalias a los patriotas en Bengala. «Tagore —sigue Nehru— era primordialmente el hombre de ideas y Gandhi el de la actividad concentrada e incesante. Los dos cada cual a su modo, tenían una visión mundial y los dos eran al mismo tiempo totalmente indios.»

«Mahtama» Gandhi, —nacido en 1869—, fue un abogado que actuó largos años en defensa de sus connacionales en la colonia inglesa de El Cabo, y allí pudo comprender acabadamente las características y consecuencias del colonialismo sobre su pueblo, ya que en elevado número residían colectividades hindúes en diversas ciudades sudafricanas. De vuelta a su país en 1914 su intervención renovó al Partido del Congreso haciendo de él una comunidad política de masas con una organización democrática.

Su programa está expresado, con sus mismas palabras, en los siguientes términos: «Trabajaré por una India en la que no habrá clases altas y bajas de personas, en la que todas las comunidades vivirán en perfecta armonía... No habrá sitio en una India así para la maldición de la intocabilidad o la maldición de las bebidas y drogas que embriagan... Las mujeres disfrutarán de los mismos derechos que los hombres... Esta es la India de mis sueños.»

No fue un fanático de su religión pues decía: «La cultura india no es hindú ni islámica, ni ninguna otra cosa como conjunto. Es una fusión de todo.» Aportó nuevas ideas en materia de lucha

(Pasa a la página siguiente.)

Manual del grano de mostaza

por ABARRATEGUI (Francia)

—Hemos nacido para andar toda una vida sobre un cable tendido entre dos inmensas montañas. Ese cable se llama sencillez. La mínima arrogancia basta para perder el equilibrio y caer al vacío.

—¿No hay forma de recuperar la estabilidad y armonía?

—Sí: volviendo a la primitiva sencillez.

—¿Cómo se conserva esa sencillez?

—Poniendo el corazón en consonancia con el propósito de la Vida.

—¿Cómo conocer ese propósito?

—Deseándole intimamente.

—¿Con plegarias?

—Suelen ser, por falsas, el motivo de la peor arrogancia.

—¿Adorando algo?

—El hombre no está hecho para adorar algo, sino para no adorar nada visible, ni siquiera el propósito abstracto de sus extrañas arrogancias.

—¿Puede la arrogancia pretender ser la Vida?

—Es su mayor afán.

—¿Cómo desenmascararla?

—Por sus consecuencias. La arrogancia divide. La ley vital une, armoniza.

—¿Dónde se halla la altura sospechada y apetecida por el corazón?

—Exactamente al lado opuesto de sus quimeras.

—¿Qué es aquello que me parece un misterioso interrogante?

—Lo que se comprende en su realización.

—¿Cómo inclinarse a esa forma que tan fácilmente se escapa de nuestro propósito?

—Viviéndola, con paso esforzado, gesto noble y manos limpias.

EL IMPERIALISMO INGLÉS...

política, como por ejemplo la desobediencia civil, la resistencia pasiva, el boicot de mercaderías, la elevación de las clases inferiores y en particular de los intocables, etc. «Ha sido —dice su discípulo Nerhu— un demonio de energía y acción, una persona llena de actividad, un hombre que se arrastra a sí mismo y arrastra a los demás. Ha hecho más que cualquier otro que conozco para combatir y transformar el quietismo del pueblo indio.»

Se explica que se hable de este líder como el típico exponente de la autoridad carismática sobre un pueblo de cuatrocientos millones de personas, y por lo tanto uno de los personajes históricos más importantes de la historia de la humanidad.

La lucha final por la independencia nacional de la India ya pertenece a la historia del siglo XX.

—¿Permanece fiel, así?

—Sí; porque esa postura es vital y lo vital no escapa jamás a su substancia.

—¿Por qué no imponer esta idea al Pueblo?

—Porque la imposición es arrogancia.

—¿Qué necesita el Pueblo?

—Ser sabio.

—Yo, que soy del Pueblo, ¿qué debo hacer para ser sabio?

—Preguntártelo a ti mismo.

—¿Cómo alcanzar la sabiduría?

—Limpiando el recipiente que ha de contenerla.

—¿Cómo?

—Admitiendo la voz interior que señale nuestra arrogancia.

—¿Habré de estudiar y ser culto para ser sabio?

—Cultura sin sabiduría es como un manantial sin agua.

—¿Puede ser culto el sabio?

—Naturalmente, puesto que la sabiduría incita al verdadero florecer de la cultura sin atentar contra el equilibrio personal o del Pueblo.

—¿Cuál es la misión del sabio?

—Tender la mano a quien la mano le ofrezca cable tendido de la Vida.

—¿De qué forma está proyectado ese cable?

—Visualmente parece ofrecer toda clase de perspectivas; moralmente es ascendente y claro.

—¿Cuál es su manifestación suprema?

—La libertad.

—¿Es que el hombre no es libre por causas externas?

—El hombre es esclavo de las pasiones que motivan su desequilibrio. La esclavitud íntima engendra tiranías que sirven de pedestal a esclavos de otras pasiones no menos horribles y perniciosas, aunque ostenten dorados estandartes y se coronen con laureles fermentados.

—¿Por qué el hombre es esclavo?

—Porque no sabe que ya es libre.

—¿Cuándo lo sabrá?

—Cuando comprenda que no lo atan, sino que se ata.

—¿Y nuestras obligaciones sociales?

—Las obligaciones no atan, lo que ata es el temor.

—¿De dónde nace el temor?

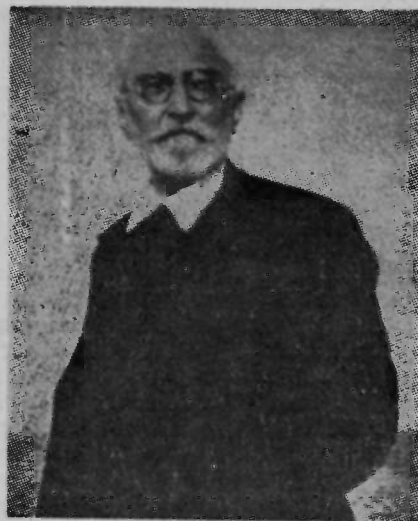
—De un natural proceso interior consecuente a una postura moral errada.

—¿Qué es el error?

—Todo lo que desarmonice nuestro complejo humano, biológico y moral.

(Pasa a la página 4691.)

La España universitaria



Por JACINTO
GUERRERO
LUCAS

UNIVERSIDAD y España: dos temas incomparables que se asocian plenamente en la evocación sencilla de cuanto reverenciamos. España universitaria: símbolo, caudal, imagen. Comunidad de conceptos. Términos que hacen un todo. Sabiduría de España portadora de un mensaje de claridades hirientes. Forja de almas arrogantes bañadas de humanidad que saben de asombrar mundos.

Mundos digo, que no pueblos ni zonas localizadas: La Universidad de España, cuna de gestas sublimes, no se atiene a las fronteras del mero conocimiento. Amamantada en lo eterno, su terreno es el espíritu. Es volcán en erupción de riquezas permanentes, manantial inagotable de profundidad señera, de enseñanzas gigantescas que tallan en la cantera del conjunto nacional los perfiles eminentes de españoles sobrehumanos que con rasgos elevados trazaran la España eterna de que sentimos nostalgia.

Nuestra riqueza expresiva; los matices infinitos de nuestro vocabulario palidecen sorprendidos cuando de invocar se trata esa España hecha inmortal por la maternidad noble de aquellos hijos sublimes que nos han legado siglos de luz sobre-cogedora. Es la España visceral, único verbo hecho carne que late en el corazón de sus hijos generosos y no puede transplantarse, tan hondas son sus raíces. Se siente, mas no hay palabras. Palpita, furia potente, proyección incontenible. Pero titubea muda si se aleja de la estepa, la sierra, el río escabroso, el silencio salmantino o la sequía hogareña que la infantan y dan vida con dolor de parturienta.

Personalidades regias. Cerebros privilegiados que impresionaron la Historia sin conocer el divorcio con las realidades vivas de la España de su tiempo. Educación humanista de espíritu libertario y socialismo de médula. Tecnocracia funcional, fría especialización, son productos ignorados de nuestra Universidad: ensancha primero al hombre, forma, eleva, dignifica, modela su esencia humana afianzando firmemente la responsabilidad de su devenir histórico, cultivando el sentimiento de la importancia social en su función cotidiana, de ineludibles deberes contraídos con España, con su pueblo. con

la especie. Vocación universal de una enseñanza que ensalza la dimensión humanista del hombre evolucionado, que alumbra horizontes nuevos y conserva el esplendor de las luces heredadas.

España Universitaria no quiere decir hornadas de ciudadanos «standard», de funcionarios mediocres ávidos de porcentajes. La riqueza exuberante de la Cultura española produce hombres poderosos de mente fertilizante, injertos del árbol recio de sabiduría hispana que ha formado tantos pueblos, ganado tantas batallas de corazón y de espíritu, ofrecido sin descanso la lección conmovedora de amor, de virtud, de honor, de integridad soberana mezcla de dignidad trágica y nobleza exacerbada, llevada hasta el paroxismo en que, como Don Quijote, no se dobla la rodilla sino ante el más humillado.

No existe cultura ibérica sin el timbre popular. Como si al mismo saber le repugnara servir cualquier interés ajeno al del hombre de la calle que le inspira y acredita. Las cabezas que nos honran y enaltecen ante el mundo la catadura indeleble de nuestra Universidad han sido traducción fiel del amor y del dolor, de la pasión y el desprecio, del candor o de la cólera que España lleva en su seno. Intérpretes magistrales de ese genio paradójico que sube de nuestras tierras en efluvio impetuoso en búsqueda del artifice, sabio, escritor o poeta, que modele su sentido de significado eterno.

«Que inventen ELLOS», estalla la réplica de Unamuno: ¡Humilde altavoz del genio que vive con más fervor la intensidad española! Y nos dice que es error hablar de «culto a la muerte», por ser la inmortalidad ante la que nos rendimos... Esos rasgos no se explican.

Representa demasiado, está demasiado viva, hace demasiado daño la España que aquí evocamos con nostalgia acongojada para que nos permitamos huir la comparación con su tristeza reciente. El crimen de «desa patria» imputable a los bastardos de la imposición castrense es el exterminio atroz de los trazos más preciados de toda una

tradición de cultura evolutiva que marcaba a nuestro pueblo singularizando a España. España, bajo el franquismo, es desierto de aridez que el espíritu no abarca. Un triste erial de polainas en fondos uniformados en el que la inteligencia, que no ha sabido jamás acomodarse a la espuela, se asfixia inútil, perdida en la esterilidad sucia del orden acuartelado.

El suicidio más penoso que nos ofrece este siglo es el de la España grande en el sumidero fascista. El látigo no genera creaciones reivindicables, ni el arte reglamentado dará frutos sazonados.

A España se la mutila amordazando a Aranguren. Plegando a Tierno Galván. Sancionando a Bergamín. A España se la proscribió cuando, por fin bien comido, el profesor Ballester tiene que enseñar Quevedo a los rancheros de Texas. Se atenta a lo más vital, lo máspreciado y hermoso de la conciencia española, ciñendo la formación de sus hombres estudiosos a la férula podrida de clanes «opus-deístas». Se insulta a la España culta cuando al dictado se nombran funcionarios de librea que deban representar el sentir estudiantil, y cuando la soldadesca penetra —versión franquista de las invasiones bárbaras— en los patios reposados de las Universidades, instalando en su recinto, «fuente de saber y vida» en boca del gran maestro, el monólogo soez del tirano analfabeto, transmitido por las porras de «armadas» y «civilones»...

Dije tristeza reciente. Reciente, que no presente. Pues la Universidad hierve, y de ella llega un ejemplo de conducta impresionante que nos toca secundar. El cuerpo universitario sacude sus ligaduras. La España eterna renace en los muchachos sencillos que pueblan sus facultades. Son los hombres del mañana que rehusan la condición de mequetrefes del hoy. Es la gesta que esperábamos, que pedíamos, temiendo no se produjera nunca. La España Nueva está en marcha: son esos chavales vivos con los libros bajo el brazo que están

—tal vez ni lo saben—abriendo el prólogo inmenso de una España liberada. Los cimientos venideros de una Universidad libre se cuelan, sin aspavientos, en todas las Asambleas celebradas por encima de la coacción oficial. Y las bases consecuentes de una solidaridad a la escala nacional nos la ofrecen los desplantes de Cataluña a Sevilla, de Madrid a Zaragoza cuando unánimes reaccionan contra la exacción grosera de los jerarcas cerriles que quieren domesticarles.

El genio español no puede permanecer siempre mudo. La simiente cervantina necesita espacios libres para pregonar sin trabas por las llanuras perdidas o en los picos más ariscos de la geografía ibérica las verdades siempre vivas que han sido y son ideario de vida de nuestro pueblo. Toque de atención vibrante de los fieles a una España que no puede perecer ni asistir indiferente a la profanación turbia del sepulcro de su Dios, al que Unamuno llamaba Nuestro Señor Don Quijote.

La riqueza incalculable de ese espíritu español que surge de las entrañas de la tierra que abrigamos no acepta mutis prudentes, ni conoce la mordaza que la asfixie por completo.

«Ser no es resignarse a ser», dijo uno de los cerebros que más gloria nos han dado. España no se resigna. La Universidad española QUIERE SER, y lo demuestra. España se encuentra a salvo de percances prolongados, pues que un relevo consciente se anuncia para el combate, pues que las gestas gallardas de la España que no sabe de sumisiones inertes tienen continuidad digna en la juventud estudiosa que carga contra el tirano por el camino más recto...

«Recta, camino más corto entre dos puntos distantes.»

«Sí, de acuerdo, pero la línea curva...»

Y el otro, indignado: «¡Caballero! En Castilla no hay curvas...»

COMPLEMENTO

Está demostrado que todas las plumadas imaginables de todas las oficinas del universo, no producirán una espiga, una aceituna o un racimo, ni plantarán jamás un telar o un ramo de industria.

JOAQUIN COSTA

La reaparición de Spinoza

por E. TIerno GALVAN

ME parece que estamos asistiendo a la reaparición de Spinoza como un pensador que nos lleva otra vez a lo fundamental. Por lo menos ocurre, a mí me ocurre, que la filosofía moderna en cuanto toma el tema de la ciencia evoca a Spinoza. A esa evocación corresponde este comentario.

Los filósofos desasosiegan por lo común, porque ofrecen demasiadas posibilidades a la reflexión. En el ámbito de la filosofía moderna, no es posible separar metafísica de abundancia intelectual. Parece incuestionable que la presencia cada vez mayor de esta abundancia es correlativa a un aumento de lo que llamamos imaginación. Según el filósofo aumenta en imaginación, aumenta en abundancia de temas y sugerencias. El crecimiento de la libertad para imaginar no atenta a la filosofía, ni siquiera a la metafísica pero las transforma: lentamente se aproximan a la obra de arte, especialmente a la novela. No creo que haya nada irreverente o de resentimiento en decir de Hegel que era un novelero. Quizá al contrario, tomando en serio el adjetivo se entienda lo que quiso decir Heidegger aconsejando una vuelta a los presocráticos, es decir a la imaginación. Desde este punto de vista, cabría decir que la filosofía moderna es en la mayoría de los casos imaginación sistematizada.

Pero el destino de las obras de imaginación está en que se acaban en sí mismas. Por las razones que sean, pues no es momento ahora de entrar en ello, la ciencia se desarrolla linealmente, aunque titubee. La imaginación se yuxtapone en obras, entre las cuales el nexo para reducirlas a sistema es una nueva obra aislada de imaginación. Hablando con propiedad sólo la ciencia tiene historia interna.

De vez en vez, en el acumulamiento de obras de imaginación sistematizada, aparece una que tiene de particular e importante que expresa la toma de conciencia de que la filosofía es una clase de novela y surge inevitablemente algo nuevo; la protesta contra la imaginación y el deseo de hacer de la filosofía una «ciencia». En estos momentos, que hasta cierto punto son momentos solemnes en la historia de la filosofía, surge una doble negación: la imaginación que niega a la imaginación y la filosofía que pretende corregirse negándose. Cada vez que aparece uno de estos pensadores rea-

parece una antigua ambición de la inteligencia: tener una filosofía de la ciencia. Pretensión a mi juicio vana, porque la filosofía de la ciencia es la propia ciencia. Pero, repito, de cuando en cuando esta ambición reaparece y, hablando en general, sólo los autores que la poseen reaparecen, porque expresan que «hay que comenzar desde otro saber que no es el filosófico para poder hacer filosofía». Y este convencimiento destructor se produce cuando el desarrollo industrial desnuda a la imaginación de utilidad y la presenta como una actividad lujosa y complementaria. Siempre que ha habido algún crecimiento industrial poderoso, algún metafísico ha acusado a la filosofía de imaginación,

LA PREOCUPACION TECNICA

Uno de estos acusadores, en su obra no hay «abundancia», es Spinoza. Cuando se refiere a la *Ethica ordine geometrico demonstrata*, quiere decir «sin dar suelta a la imaginación». Es verdad que habría de distinguir entre diversas clases de abundancia, pero insisto en que la abundancia retórica de la dispersión es ajena a Spinoza. Mi tesis, repetiré una vez más, consiste en admitir que en los períodos de desarrollo económico siempre ha habido en el seno de la comunidad que se desarrolla algún pensador que ha pretendido hacer de la filosofía una ciencia o una filosofía de la ciencia. El caso más claro es el de Hobbes que vivió el auge económico inglés de gran parte del siglo XVII, pero el que requiere mayor atención, porque ofrece alguna mayor dificultad, es el de Spinoza. A mi juicio la observación por parte de Spinoza de la sociedad burguesa de los Países Bajos y la preocupación técnica constante por la legalidad de los fenómenos naturales le llevan a:

1º A identificar Dios con naturaleza. Cualquiera que sea el alcance que demos a la expresión *natura* parece incuestionable que Spinoza se refiere a la *natura naturans*, y que la interpreta según la famosa prueba del corolario II de la proposición XLIV de la parte 2ª de la *Ética*. «Es propio de la naturaleza de la razón, en efecto, considerar las cosas como necesarias y no como contingentes. Pero esta necesidad de las cosas la percibe verdaderamente, esto es como es en sí.»

Las ciencias naturales se han apoyado sistemáticamente en esta idea y es difícil de entender por qué razón, los supuestos esenciales de Spinoza no

se han vinculado estrictamente al pensamiento científico. Que esté en la naturaleza de la razón considerar las cosas no como contingentes sino como necesarias, parece que ha sido el punto de partida más general del pensamiento científico moderno, en cuanto se vincula a la matemática y se orienta según la cuantificación.

2º En segundo lugar la negación de la trascendencia en cuanto condición de la divinidad, sin la cual la divinidad, en el sentido cristiano, no es concebible, «paganiza» el pensamiento spinoziano, poniendo por primera vez sobre el tapete la cuestión de una fe religiosa pura cuyo contenido fuese lo mundanal, sin ninguna apoyatura en lo trascendente.

Esta idea, que es connatural con un budista, por ejemplo, resulta muy difícil de entender para un occidental durante siglos a la idea de trascendencia.

Sin embargo la paulatina trivialización del cristianismo y la aparición de la mística de lo mundanal —el caso de Wittgenstein no es el único— dan un nuevo auge al pensamiento de Spinoza desde un ángulo hasta cierto punto inédito, pues nos lo traen como la posibilidad de una religiosidad en la que la vivencia religiosa no necesita de Dios.

Si añadimos la acusación implícita en su filosofía contra la filosofía, pues en última instancia la razón legalizando la realidad —de la que forma parte la propia razón— hará innecesario el conjeturar y el añadir como modos del pensamiento imaginativo filosófico, Spinoza es un coetáneo. Plantea nuestras cuestiones más apremiantes. ¿se legitima intelectualmente una actividad filosófica que no recaiga sobre el saber científico? En caso contrario ¿a qué nueva legitimación debe acudir? Y por último, ¿qué significa una vivencia religiosa sin Dios?

SPINOZA, CONTEMPORANEO NUESTRO

La cuestión planteada al principio reaparece cuando decimos que Spinoza es nuestro coetáneo por la similitud de las condiciones objetivas. Durante el siglo XVII se produjo en Europa un auge científico —en conexión con el desarrollo económico de las potencias principalmente marítimas— que planteó la cuestión de cómo trasponer a las disciplinas cuyo contenido no eran experimentos

cuantificables, el método más riguroso y, de ser posible, la propia estructura del método matemático. Detrás de esta pretensión no hay duda que se esconde una gran desconfianza y en este sentido una acusación, como decíamos al principio.

Parece que en los momentos punta del proceso histórico de la ciencia el pensador que desconfía y acusa se parece a los otros pensadores que han desconfiado y acusado en una característica que sin duda procede de la repetición de determinadas condiciones estructurales; la objetividad de la imaginación sistematizada. Se repite, en términos generales, la crítica de Aristóteles a Platón. Ahora estamos en uno de esos momentos y nuestra conciencia de quiénes fueron realmente los pensadores que sostuvieron esta actividad se ha agudizado. Hasta tal punto se agudizó que Spinoza —fuente de tanta novelería— reaparece como un investigador empeñado en seguir «el camino seguro de la ciencia». El *Tractatus de Intellectus Enmendatione* se suele traducir en el sentido de «tratado para el perfeccionamiento de la inteligencia» (Los ingleses dicen *On improvement of the Understanding*).

Se vislumbra un nuevo Spinoza al que habrá que estudiar desde un nuevo punto de vista; el creador de un sistema que pretendió que fuera coherente, poderoso, resistente, hasta el punto de no necesitar de ningún elemento ajeno al sistema. Cuando algún lógico exponga el sistema de Spinoza en símbolos, encontraremos un ejemplo excepcional de posibilidades de formalización de la filosofía excluyendo el lenguaje ajeno a la notación lógica.

Es singular que, cuatro siglos transcurridos, aparezca filósofo de la ciencia quien se ha solido ver como un metafísico imaginativo. No se trata tan sólo de un ejemplo más de la tendencia generalizada en su época, de que hablábamos en un principio, de trasponer el método matemático a disciplinas cuya base está en el sentido común. En Spinoza, y en el propio Gassendi, la cuestión llega más a fondo: se trata de saber si la inteligencia puede perfeccionarse (en el sentido de *perficere*) hasta el punto de que la comprensión del fenómeno intelectual, diríamos que se trata de saber si se puede llegar a un estadio en que mecánica y dialéctica se confundan, por el imperio inexcusable del progreso científico.

Madrid, octubre, 1965.

«Poco o nada se inventa y en lo que más importa se ha de tener por sospechosa cualquier novedad».

GRACIAN

DE LA HIPOTESIS A LAS REALIDADES

Parlamentarismo y revolución

por SEVERINO CAMPOS

QUEDA fuera de toda duda que el socialismo autoritario, democrático o dictatorial, retiró sus principales premisas históricas. Las hipótesis políticas, que fueron las razones de atracción popular, especialmente en las filas del proletariado, cotizan muy poco valor en los tiempos modernos. Llegados a la atalaya gubernamental, los exégetas del ideal empezaron a ver los problemas muy distintamente. El imperismo impuso otros puntos de vista, otras tácticas bastante incompatibles con los preceptos originales.

Ninguna concepción del gubernamentalismo, como la socialista, ha puesto tan en claro que las etiquetas estatales son sutilezas transitorias; la realidad, por encima, y más allá de lo pasajero, es la permanencia y exaltación del Estado. Este es uno de los principales exponentes donde puede hallarse el valor de los métodos políticos.

Para todas las expresiones de autoridad política, el denominador común es el mismo. Con Parlamento o sin él, el Estado funciona y ejecuta; en el margen de su existencia, garantizadas sus facultades esenciales y tradicionales, resulta de poca importancia si los elementos que utiliza, como sus representantes y defensores, son obreros, clase media o plutócratas. Ya es algo indiscutible que, elementos de origen plebeyo, cuando llegaron a las cumbres del Poder fueron tan celosos de éste como cualquier César.

Tal conclusión nos indica que los tenues exponentes de matiz gubernamental, caracterizados con frecuencia con signos prometedores, no son ajenos a la médula estatal; cuando son sometidos a las realidades de la vida, cuando el pensamiento los aquilata a la luz de la experiencia, sin pasión exaltada, se llega a la conclusión de que esos cambios son variaciones de un mismo género.

Las pautas sugeridas para llegar a la práctica gubernamental son muchas y distintas; para el proletariado, la consecución de su emancipación sólo tiene un camino. Nada se logra mecidiéndose en los brazos de la fe; el problema es de estudio y de experiencia. La historia dispone de todos los elementos que nos pueden ilustrar suficientemente; nuestra vida de relación, y de trabajo, nos ofrece pruebas que nada ni nadie puede negar.

El método revolucionario es la aplicación científica que resuelve los problemas por los mismos que

los sienten; es una expresión del derecho y de la justicia que a todos nos corresponde. Las representaciones mystifican las intenciones y voluntad de quienes las elevan: Igual en política que en religión. En el Parlamento se desvanecen todos los proyectos que se formularon entre el intelecto de los políticos y el calor ilusorio del pueblo; la Iglesia impregna de confianza a los incautos, para la compensación extraterrenal de quienes mantengan la fe en grado elevado. Parlamento e Iglesia son antros representativos, altares de la fe, entidades opuestas a la revolución.

Como realidad y promesa manumisora, para los hombres de voluntad generosa, queda el factor revolución. También el método revolucionario tiene sus variaciones, que obedecen a la misma causa y están destinadas a parecidos efectos. Todo cambio que confirma progresión, que eleva el grado de justicia, son resultados del impulso directo que el pueblo determina a las tareas de necesidad social.

La sedición no es sinónimo de revolución progresista: tanto como los que ponen empeño en una transformación justiciera, son sediciosos los de criterio conservador o retrógrado. Siempre, para liberarse de las trabas estatales, a toda realización, o conquista de libertad, precede un estado de ánimo que se enfrenta con lo que es motivo de sujeción. Esa tensión es igualmente voluntad de los que impulsan a la Humanidad hacia el futuro libertario, como de los que la fuerzan para retroceder.

De todas las aplicaciones de lucha política, la del socialismo es la más confusa y errónea. Sus partidarios, al lanzarse por el camino de las transformaciones, debieron renunciar a la cláusula donde consignan que su meta es la anulación del Estado. Al ofrecer esa promesa se desconocieron a sí mismos. Los llamados demócratas, más benignos que sus hermanos dictadores en el uso gubernamental, no pueden renunciar al uso de parlamentarismo. El Estado los hizo prisioneros de las comodidades que ofrece a sus buenos servidores; desde ese recinto, los intereses privados, de casta o de secta, quedan garantizados para sus acreedores. De ahí, la revolución vive ausente completamente.

No hay un solo país, por lo menos en Europa, donde el socialismo no haya ocupado gradas parlamentarias. ¿Su obra efectiva? Nula. La trayectoria ha sido de colaboración y protección a los in-

tereses burgueses; las reformas constitucionales nunca fueron más allá de lo que los trabajadores afianzaron por su propia iniciativa e impulso.

Por el contrario, los socialistas de relieve, al familiarizarse con los preceptos gubernamentales, al ser consecuentes con las tareas parlamentarias y legislativas, forzosamente tenían que pasar a ser polo opuesto de los derechos y peticiones del pueblo. En consecuencia, y desde este momento, la acción del socialismo resulta infecunda para las elementales y efectivas tareas de transformación.

El parlamentarismo ha puesto en uso todos sus recursos de vitalidad gubernamental; siempre fue un tejer y destejer de los gobernantes, que para el uso de esas facultades se iban reemplazando. En esos trances, el verbo revolucionario, en labios de los socialistas cuando se hallan en la oposición, nunca dejó de ser demoledor y constructor. Y jamás, al gozar las prerrogativas del Poder, hicieron nada que el pueblo saludara como conquistas de sus derechos.

Como arma de transformación social, el parlamentarismo confirmó su esterilidad; contribuyó a la conservación de condiciones políticas antagónicas a los derechos populares, y fue factor impulsivo de acción inmisericorde contra el clamor de base popular. Siempre bastó que el pueblo propiciara alguna reivindicación para que el Poder, de cualquier clase que fuera, obtaculizara su consecución. Ello nos faculta para decir, previas todas las comprobaciones históricas, que si por revolución se entiende modificación fundamental de las instituciones sociales, el parlamentarismo tiene un rol contrarrevolucionario.

Nunca los socialistas quisieron ver esa realidad; quizá no supieran verla. Lo cierto es que van a cerrar un ciclo histórico, de unos preceptos de aplicación política que se les advirtió eran auxiliares de lo que decían pretender combatir. Y, por vía de consecuencia, la finalidad gubernamental del socialismo no podía sustanciarse con otra conclusión que el descrédito de sus postulados y de sus figuras prominentes.

Abundan los testimonios que la historia ofrece sobre el particular; la corrupción de los elementos que se erigen en innovadores, por la acción parlamentaria, tiene su origen en los afanes de dominio gubernamental. Agustín Hamon, sociólogo que reputamos de opiniones bastante acertadas, en su libro titulado «El Movimiento Obrero en Gran Bretaña. El Socialismo Francés», entre otras cosas de sumo interés nos dice:

«Las derrotas de Francia, la invasión de una gran parte de territorio durante los primeros meses, obraron sobre el conjunto de los socialistas así como sobre sus líderes. Se vieron de este modo conducidos a la aceptación de «la Unión sagrada», es decir, al cese de las luchas políticas entre partidos y opiniones adversas. De «la Unión sagrada» debía derivar la política de colaboración de clases. Se la vió practicar abiertamente cuando el gobierno francés contó primero con dos, seguidamente con tres ministros socialistas: Marcelo Sembat, Julio Guesde y Alberto Tomás».

«La política gubernamental fue tal, que nadie habría podido decir que había socialistas en el ministerio. En lugar de influir sobre la política, obligando a demodratizarla, dejaron a los diversos gobiernos de que formaron parte desarrollar una política reaccionaria, menos liberal que la de los gobiernos ingleses».

De la misma, o magnitud superior, podríamos citar abundantes pasajes de la obra citada. Pero, ¿es fase inicial la que no sufre Francia al respecto? No. El rol doctrinario internacional tiene un antecedente a lo que hicieron los franceses. El proceso de actuación parlamentaria del socialismo en Alemania debería motivar concienzudo análisis; es el campo político que ofrece más pruebas que ninguno, de cómo han fecundado los más grandes errores y cosecharon los frutos más amargos.

La actuación de los socialistas de otras partes del mundo, caminando sobre una pauta invariable de la propia doctrina, es un reflejo de lo proyectado y efectuado por alemanes y franceses. Pesaron tanto esas influencias, que donde quiera que el socialismo estatal fomentó militancia política, y no obstante concurrir características populares distintas, en ningún lugar pudieron sustraerse a lo que los alemanes erigieron como evangelio. Prolongar la participación gubernamental significó olvido de sus proyectos originales; participar en las tareas parlamentarias motivó la renuncia a la acción directa y revolucionaria.

Sobre esa línea, e impulsados por el sentimiento de teología estatal, el socialismo se incapacitó definitivamente para las tareas de manumisión proletaria y humana. Preconizando la necesidad de conquistar el Poder, por las mismas vías de instituciones y normas burguesas, inutilizó los pocos recursos de lucha, con los cuales hubiera podido aportar a la historia algo eficaz. De ahí que, en nombre de su doctrina, por aquellos comprometidos en las redes estatales, nada práctico y efectivo construirán, si algún exponente excepcional se lleva a cabo, se deberá solamente al impulso de su base, cuando ésta tenga la audaciade incontrolarse de los líderes que patrocinan la dirección.

Tiempo ha que, por las razones que venimos señalando, las zonas específicas de influencia socialista quedaron sin iniciativa ni arrestos revolucionarios. La élite intelectual ha ido distanciándose de los elementos de base; el perfil de dos clases, en el seno del mismo marco socialista, es una realidad innegable. Las sugerencias de arriba, de «los superiores intelectualmente», neutralizan y ahogan los impulsos de la masa. Dada la conducta doctrinaria, con el uso de tácticas antagónicas, los resultados no podían ser otros que los que vemos.

Entre los que ocupan las gradas parlamentarias, y los que asiduamente concurren a los lugares de trabajo, no puede haber comunidad de sentimientos; la comodidad y la holganza engendran ideas muy diferentes a las que engendra el sufrimiento. Desde que el socialismo llegó al Poder, ese conjunto de trabajadores, que por necesidad de salario frecuentan la fábrica, el taller y el campo, quedó huérfano de lo que estimaba afectos de paternidad ideo-

lógica. Como consecuencia, la idea de la revolución solo queda latente en la esfera de los explotados.

No es extraño, pues, ante incompatibilidades de tal magnitud, que en determinados momentos el socialismo se tradujera en dos foscas antepuestas: Los obreros, vibrando por su defensa, por sus derechos de clase, haciendo honor a la causa inicial de su movimiento ideológico, y la élite intelectual, orientada por ambiciones políticas y económicas de orden particular. Esas diferencias adquieren mayor magnitud a medida que aumente la proporción de acomodados en el presupuesto gubernamental.

Puestos en marcha sobre esa pauta, el hábito adquiere más potencia que la proyección de programas revolucionarios. La tendencia natural de todo movimiento humano es superarse; y los socialistas no podían sostener un bloque homogéneo, con expresión de prosperidad general, abarcando dos métodos de lucha que se niegan recíprocamente el derecho a vivir. De ahí que tenía que surgir, indefectiblemente, el desglose, la separación de fuerzas humanas, cuya convivencia resulta imposible por no vibrar al unísono.

De tal manera, con la denominación de socialistas vemos agitarse pensamientos diversos, repelentes, de finalidad nada común. No se tiene en cuenta el sentido que entraña cada una de las palabras. Y se constata, con frecuencia, que la expresión del verbo que esgrimen como auxiliar, no expresa lo que se hace o se quiere hacer.

¿Qué significa, por ejemplo, la denominación «Social Cristianos»? ¿Qué alcance tiene la de «Social Demócratas»? ¿Hacia dónde se dirigen los socialistas revolucionarios? ¿Cuál es la meta de ese movimiento que se llama «Socialismo y Libertad»?

Ninguna de esas denominaciones, con su programa respectivo, está en equivalencia con el sentido político que practica. En los Social Cristianos, cualquiera que tenga nociones de lo que fueron los orígenes del Cristianismo puede suponer se encaminan a la socialización de bienes, de esfuerzo y de medios de subsistencia. Esto, por sí, representarían tres fuertes columnas de seguridad social que reducirían, en parte considerable, las objeciones que los anarquistas hacemos a todos los sistemas que no son el nuestro.

Sin embargo, los Social Cristianos, por su conducta personal, por su actuación política, y por sus métodos gubernamentales, son negación flagrante de las virtudes que su anagrama simboliza. Consideran que la propiedad privada es sagrada e inviolable; reputando como sagrados los fabulosos bienes que el clero adquirió, al través de procedimientos inhumanos y embrutecedores, cultivan la explotación del hombre por el hombre, legitiman la miseria y las grandes riquezas apoyándose en los mandamientos de Dios y en las determinaciones parlamentarias.

Frente a unos y otros, ¿qué cabe hacer? Toda especulación, sobre algo hipotéticamente utilizable en esas esferas de conducta política, es nula para los efectos de justicia social. La revolución manumisora, la que opera teniendo en cuenta los derechos de toda criatura humana, está tanto en contra de la Iglesia como del Parlamento. Las soluciones que interesan, las que pueden sellar el desenvolvimiento social con el signo de paz y progreso, solo pueden originarse en la conciencia de las gentes laboriosas que proclamen la revolución liberadora.

LA VOLUNTAD

por
FLOREAL OCAÑA

(CONTINUACION)

Ciertamente, lo natural y vital en todas las manifestaciones de la Vida Cósmica es el **principio de libertad** —y no «leyes» como consideramos haber demostrado en anteriores escritos publicados en CENIT— sea de modo **indeterminado** o **determinado** por el Hombre o por otros seres **conscientes**, tan o más evolucionados que el habitante del planeta Tierra, que no dudamos viven en astros de nuestra galaxia y de otras galaxias, en los que las condiciones biológicas permiten el nacimiento y desarrollo de flora y fauna.

En el Cosmos el **principio de libertad**, repetimos, se manifiesta de manera **casual**, **indeterminada**, pero el Hombre, pensando y obrando en **buen sen-**

tido humanista libertario, puede determinar encauzarlo a **conciencia**, **consciente** y **convenientemente** para conquistar la Felicidad. Bien clara es, pues, la significación de la actitud de los ácratas defendiendo el **principio de libertad** en la organización de las sociedades humanas: laborar en favor de la verdadera Armonía Universal.

En 1936-39 los libertarios intentamos incitarla —la logramos en parte— en algunas regiones de España, particularmente en Aragón y en Cataluña, en las que nuestra influencia moral y armada era mayoritaria. Pero las fuerzas internas y externas del mundo autoritario no nos permitieron hacer el ensayo total, sin violencias, porque sabían que las experiencias sociales, económicas y pedagógicas, comunistas libertarias, antidictatoriales y antiesta-

tales, hubieran tenido pleno éxito y servido de ejemplo a todo el mundo laborioso que ansia vivir en Paz.

Después de lo que vivimos en España, en los precitados años, que nos costó docenas de miles de vidas libertarias, y teniendo en cuenta cuán libres y felices pudimos vivir de no haber intervenido la reacción internacional, desde Hitler a Mussolini, pasando por Blum, el Tío Sam y Stalin, que entonces era el dictador en Rusia, ya no puede decirse que **Acracia** es una lejana utopía por no decir, sus enemigos seculares, que jamás podrá vivirse. Los gobernantes citados, entre otros, contribuyeron, de forma más o menos directa y aviesa, al triunfo de la anti-España representada por el régimen franquista. Y la prensa y los escritores de todo el mundo autoritario silenciando **tarias** —mientras tanto hablan del falso comunismo de Kruschev, que es sólo capitalismo de Estado—, prueban que prefieren se ignoren, y continúan considerándose, todos —salvo alguna honrosa excepción—, viles cómplices del crimen cometido contra la España Quijote representada por la Confederación Nacional del Trabajo de España —a la que se enorgullece pertenecer el firmante desde el año de 1916, teniendo doce años de edad— que defiende el Comunismo Libertario, la Federación Anarquista Ibérica y las Juventudes Libertarias. Estas organizaciones son símbolo de la España humanista y rebelde, de la España que trabaja y piensa, de la España social que es decir sociable, antipolítica, opuesta a la explotación y a la dominación del hombre por el hombre, de la España Quijote, de la verdadera España progresiva que volverá a levantarse y a combatir, con denuedo por la Libertad.

En el «Universo Social», **Acracia** representa, pues, lo estético y lo ético, lo positivo y lo humanístico, todo lo bello por justo o lo justo por bello, todo lo bueno, lo ideal, lo verdaderamente ideal, por noble y elevado, de nuestra especie que podrá vivirlo, ampliamente, cuando todos o la mayoría de sus componentes lo decidamos. Decidirse por esta conducta significa abogar y luchar por la Felicidad y la Vida consciente y longeva del género humano mientras que todos los regímenes, de no importa qué color autoritario, acarrearán el «Dolor Universal» y la muerte prematura de la mayoría de nuestros semejantes.

Ya ningún ser humano debiera dudar entre decidirse por **Acracia** o por la Autoridad, que son esencialmente antagónicas. Esta, igual a violencia organizada, cosa extraña a la Naturaleza, maligna invención del sujeto inhumano, simboliza lo negativo y lo cruel, todo lo feo por injusto o a lo injusto con sus horribles fealdades: miserias de todas las clases, de origen social y psicológico, y por lo tanto evitables, y guerras, lo inmoral, todo lo malo, dicho en una palabra, que hemos de hacer desaparecer de la vida de las sociedades humanas.

Por otra parte, consideramos error mayúsculo, el peor y más grave de los errores que algunos **deterministas-mecanicistas** cometen, seguir hablando y escribiendo como si **Acracia** se basara, casi total-

mente, en el **determinismo** que sólo ha sido un medio transitorio de lucha y por la Libertad y la Verdad. Ved sino cómo un doctor «contradictor» concidiendo con el director de la revista que también nos «contradice» — sigue defendiendo que «el **determinismo** es fundamento acrático».

Se pretende, gratuitamente, ligar la vida misma de **Acracia** a la del **determinismo**. ¡Pero si aquella ni ayer ni hoy lo necesitó ni lo necesita para mantener su razón de ser! Es tiempo que los **deterministas-mecanicistas** y todos nuestros semejantes comprendan, de una vez, tan bien como lo comprendemos nosotros, con claridad meridiana, que lo fundamental de las ideas libertarias es su **ética humanista** y el **principio de libertad**. Se complementan y representan los valores permanentes de **Acracia** como en la enseñanza la ética pedagógica **racionalista** y **humanitaria** de la **Escuela Moderna** es lo perenne aunque en el transcurso del tiempo vayan apareciendo y admitiéndose medios más modernos o más prácticos para instruir o enseñar que son transitorios. Estos pasan, y aquella queda permanentemente.

Esto es lo que les cuesta todavía comprender a ciertos **deterministas-mecanicistas**: la **transitoriedad** del **determinismo**, y el que haya acabado la efectividad del mismo en la lucha ética e intelectual. En anteriores escritos creemos haber demostrado que la causa libertaria, que es decir de la Humanidad, cuenta hoy con todas las razones morales y científicas del mundo. ¡Qué más puede desear el sujeto **positivista** más exigente llámese o no **determinista**! El que talmente se llama no lo es por arte de birlibirloque: lo es porque las tendencias mentales **deterministas-mecanicistas** las fortaleció con los hábitos correspondientes, como ocurre con todas las tendencias que arraigan en la naturaleza humana. Pero aquellas, adquiridas **voluntariamente**, pueden ser igualmente eliminadas por el sujeto si se lo propone. Ni más ni menos. Así procedimos nosotros. Y ahórrense los **deterministas** decir —o díganlo si les place para la satisfacción de sus oídos— que las suyas no las adquirieron porque **quisieron**, por propia **voluntad**, pues nadie los creería.

Bien sabemos, por propia experiencia, que una vez adquiridas ciertas conductas o tendencias psíquicas y mentales se hace difícil anularlas; pero consideramos que los **deterministas-positivistas**, por el fin mismo que siempre han deseado alcanzar, en cualquier actividad humana: la Verdad, tienen el deber de hacer los esfuerzos precisos para desprenderse de aquellas. Piensen en que si adquirieron unas tendencias que les impiden adquirir otras superiores quiere decir que las primeras están demás. ¿Por qué no proceden, pues, en consecuencia?

¿No quieren dejar de llamarse **deterministas**? Conserven el nombre si les place: pero vayan ampliando el **determinismo** tan ampliamente como se ha ampliado el saber del Hombre. Así al menos iniciarán la lucha por sustituir, paulatinamente, sin violentarse, unos hábitos mentales por otros más eficaces por ser más normales, por estar más

de acuerdo con la Naturaleza humana y universal. E insensible y naturalmente se desarrollará el proceso psicológico que invadiendo todo su ser sensible y pensante los hará reaccionar y terminar con las tendencias **deterministas-mecanicistas** que están impidiendo la expansión y buena conducción de todas, de absolutamente todas sus energías nerviosas.

Ha sonado la hora, a nuestro entender, de dejar a un lado toda la concepción doctrinal mecanicista del **determinismo** por no precisarla ya los libertarios, por sernos más bien un estorbo en nuestra marcha hacia un mundo mejor, más libre. Basta con que seamos humanistas libertarios, **ácratas**, porque nuestro ideal engloba todo lo que se refiere a la Libertad y a la Humanidad, a la Ciencia y al Bien de nuestra especie.

¡No más circunscribirse al **determinismo** que cumplió su loable misión histórica frente a las fuerzas retrógradas de todas las clases! ¡Nada de obstinarse en permanecer encerrados en aquél! Ventanas más abiertas que nunca hacia todos los horizontes dejando penetrar por ellas todas las inquietudes y saberes nuevos, todo lo vivificante! Abrámoslas como las abrieron también, ampliamente, de acuerdo con los conocimientos científicos de su época, los Proudhon, los Bakunin, los Reclus, los Kropotkin, los Nettlau, los Malatesta, los Sebastián Faure, los Anselmo Lorenzo, los Ricardo Mella, etc. Si estos preclaros teóricos de nuestro ideal vivirán las abrirán más resueltamente, con las energías que nos faltan a nosotros. Sin embargo, sus afines, en nuestros días, tenemos el deber ineludible de hacerlo, en la medida de nuestras fuerzas, como nos lo piden, aquellos mismos, con el ejemplo de las conductas que observaron en vida, tan fuertemente como si pudieran pedirnoslo a viva voz.

Por consiguiente, los sujetos que tildan, por error unos y aviesamente otros, de anticuadas las ideas expuestas por los Kropotkin, los Bakunin y los Reclus, y hablan de «rasparles» las barbas, vean que lo que tendrán que «raspar», en verdad, es todo lo que de politicismo y estatismo tienen pegado a sus conductas, que sus sedicentes nuevas concepciones, revueltas con elementos autoritarios, son las viejas, las rechazadas por las experiencias de todos los tiempos, y por la Ciencia hoy con mayor energía que las combatió y las rechazó Kropotkin por obstruir la marcha de los hombres y de los pueblos hacia su emancipación integral.

Acracia es ideal perenne, repetimos, mientras viva el Hombre sobre el planeta Tierra, porque se basa en las Ciencias Biológicas, las de la Vida que se desenvuelve en medio del **principio de libertad** de valor cósmico indestructible.

Así como en el Cosmos toda la materia armoniza, relativamente, con la forma de ser del mis-

mo, interpretando y practicando **Acracia** ningún factor ni elemento alguno puede ser opuesto a los principios y fines que persigue por caminos de libertad, únicos que pueden conducirnos, a los seres humanos, a la Libertad misma y al disfrute de Bienestar equitativo. Por los milenarios viejos caminos estatales, trazados por la Autoridad, por atractivos que ésta u otros llamados reformadores o «innovadores» nos los presenten, los Pueblos seguirán extraviándose, alejándose de la Libertad y sufriendo tiranías, desigualdades sociales, económicas y culturales, y guerras.

Comprobamos, pues, que la lección más sabia nos la da, «calladamente», el mismo Cosmos. En el Espacio toda la materia se reparte, se mueve y se transforma natural y libremente. Nada queda excluido de los beneficios vitales del Cosmos a la disposición, por igual, de todas sus partes como éstas están, también, entregadas a aquél, enteramente, dando lugar a maravillosas combinaciones **indeterminadas** de la materia. ¡Y cuán más maravillosa será la Felicidad de los seres humanos cuando combinen sus energías **conscientes**, todo su ingenio inventivo y constructivo para lograr el mayor bien para cada uno y para todos, en general, sin excluir a ningún semejante al goce normal de los bienes que pertenecen a todas las generaciones y no a clases privilegiadas que los detentan en perjuicio de la inmensa mayoría de nuestros congéneres!

Los seres humanos, con **conciencia moral** elevada, humanísima, obrando **conscientemente**, con la seguridad que no puede actuar la materia que nos rodea ni los individuos de las demás especies, podemos establecer la Armonía Universal. Esta depende de que nos decidamos a practicar el «uno para todos y todos para uno» principio de sociabilidad y de solidaridad, de fraternidad humana y de ayuda mutua, cultivador del altruismo individual y social, al que se opone el «uno contra todos y contra uno» defendido por el anti-natural, anti-biológico, in-humano e inmoral **principio de autoridad** base fundamental de todas las doctrinas religiosas y políticas generadoras de los egoísmos inferiores, crueles.

La «Ciencia Moderna» continúa dando al **acratismo** toda la importancia y el buen crédito que siempre tuvo. Afirma, en nuestros días, con más razones que ayer, si cabe, la perennidad y la universalidad de sus ideas fundamentales éticas y estéticas, científicas y sociales, humanistas y culturales, de **buena cultura**, en general, que se inspira en la Vida Cósmica y, en particular, en las necesidades biológicas y psicológicas de la especie humana que son los valores o intereses comunes superiores contra los que atenta, permanentemente, la Autoridad, con despotismo y crueldad.



MANUAL DEL GRANO DE MOSTAZA

(Viene de la página 4684.)

—¿A quién pertenecer para estar seguro del camino?

—A tí mismo dejando de pensar en tí como objetivo.

—¿Cuándo me sucederá esto?

—Cuando seas sabio.

—¿Cómo expresar mi sabiduría?

—Toda forma de expresión es buena si la anima la sana intención adquirida en tal proceso.

—¿Cuándo deja el sabio de serlo?

—Cuando amparado por su reputación, título e indumentaria se cree en la meta de su ideal.

—¿Qué sucede entonces?

—Lo que ves en derredor tuyo: abominación.

—¿Qué hacer ante la abominación?

—Apartarte de ella.

—¿Y si eso no aporta?

—No importa.

—¿Y si estoy de acuerdo y lo proclamo?

—Será pernicioso si no lo vives.

—¿Cuál ha de ser en definitiva el objetivo?

—Lo que jamás se alcanza.

—Entonces, ¿por qué buscarlo?

—Porque correr hacia él es escapar de todas corrupciones y en esa carrera vital radica la eternidad.

—¿Es que la eternidad no es una prolongación en el tiempo, tras la muerte?

—No; sino una calidad de vida, sin duda alguna imperecedera; pero que no se conquista más que en vida, entregando a la Vida nuestra razón de ser.

—¿Y qué espera la Vida de nosotros?

—Nuestra consubstancialidad y colaboración voluntaria e íntegra.

—¿Por qué no se conforma con el culto?

—Porque el culto irracional es abominable.

—¿A qué llamas culto racional?

—A la cuidadosa conservación de la calidad eterna, sustentada por la savia vital mientras hay equilibrio y armonía, a la que gratuitamente pertenecemos en Unidad suma.

—¿Por qué no vendes tus conocimientos?

—La Vida es gratuita: de balde la recibimos, de balde la damos.

—¿Por qué no nombras a Dios?

—Porque los hombres han volatilizado la virtud de los nombres en la práctica convencional de todos los ismos.

—¿Y el Humanismo?

—Como el Cristianismo, el Comunismo: todo lo mismo.

—¿Y las acias?

—También tienen sus gracias.

—¿Y el Hombre?

—¡Ah, el Hombre! Lograr su eternidad es la condición de la Verdad Eterna.

—¿Cuándo?

—Ahora.

—¿Quién posee la Verdad?

—Quien menos lo parece si miras la apariencia.

—¿Dónde debe hallarse el sabio?

—Entre ignorantes.

—¿Cómo tratar a un ignorante?

—Como a un sabio.

—¿Y si se cree un sabio?

—Como a un necio.

—¿Qué libro darle a leer para iniciarlo en la Verdad.

—Mostrarle la Vida en la nuestra.

—¿Y si está ocupado en ganarla?

—La perderá.

—¿Entonces?

—El corazón es una academia permanente y ambulante, y por ser el que dirige tus manos, es donde están tus manos el lugar señalado para dar tu magnífica lección.

—¿Y el pan?

—Es consecuente de la armonía general. El pan que no amarga es el que así se come.

—¿Por qué no crear un orden nuevo?

—Porque no hay nada nuevo sobre la faz de la tierra. El establecimiento de un nuevo orden atenta contra los órdenes armoniosos de la perfección moral de la Vida.

—¿Y una regla?

—Todo lo desarregla.

—¿Y un Maestro?

—Nada enseña si no se muestra como discípulo y servidor fiel de Vida. No de la Vida.

—¿Y si no creo nada de lo que dices?

—Tuya la libertad de pensar lo que te parezca.

—¿Cuál será tu actitud?

—Estar a la expectativa para darte la mano.

—¿Y si eso escuece a mi amor propio?

—Procuraré evitarlo, aunque no es culpa mía.

—¿Y si te echo de mi lado?

—Serás tú quien te alejes.

—¿Y si te busco?

—Salgo a tu encuentro.

—¿Cuándo podré tener la luz del verdadero conocimiento?

—Cuando estés completamente convencido de que sólo es eso lo que necesitas.

—¿Termina aquí el Manual del Grano de Mostaza?

—Si alguna sabiduría contiene, no; porque la sabiduría es tan infinita como eterna y sus posibilidades de expresión inconmensurables, aunque, frecuentemente, desconocidas.

—¿Está comprendido el Amor en esa conducta?

—Es su principio y su fin.

—¿Y por qué no adorar al Amor?

—Porque el Amor es para vivirlo, y adorarlo no deja de ser abominación.

—¿No crees que eres sabio enseñándome?

—Creo que eres sabio porque preguntas.

—¿Qué me propones?

—Sé un Hombre entre los hombres.

Indagando a Krishnamurti

por COSTA ISCAR

Al acercarse a este hombre, otro hombre se halla ante la cumbre más alta del pensamiento liberado de todo acondicionamiento. Y no puede ser esta liberación más que no autoritaria, anárquica. Ni erudición, ni conclusiones, ni opiniones, ni síntesis, ni ideas. No hay cambio profundo en el modo de razonar si no cesa el proceso de la repetición de los viejos conceptos que forman la supuesta cultura y es la adición de los errores que acumula el hombre social en su existencia de círculos viciosos.

Nuestra época es explosiva; nuestra inteligencia, aplicada a la vida real, es la misma que hace miles de años. Al lado de esa cristalización ideológica hay una técnica prodigiosa: cálculo electrónico, viajes cósmicos a otros mundos, energía nuclear y, en biología, la proximidad del descubrimiento de la creación de la vida. La confusión de la convivencia humana espera su seguridad material en la aplicación de los progresos tecnológicos.

MANUAL DEL GRANO DE MOSTAZA

- ¿Estaré solo?
- Estarás con la Vida.
- ¿Vienes tú?
- No te preocupes de mí; sólo, ámame.
- Puesto que conoces el camino, estarás en él.
- Conocer teóricamente no es estar prácticamente.
- ¿Cómo sabré que vienes conmigo?
- Si somos Uno.
- ¿En las mismas ligaduras?
- No, en la misma libertad.
- ¿Con alegría?
- Sin duda alguna.
- ¿Con la misma esperanza?
- No, en la misma esperanza.
- ¿De alcanzar algo?
- De tenerlo todo.
- ¿Y no basta mi simpatía por ese difícil ideal?
- No; no sólo no basta, sino que es nociva. Pero no hay tal ideal, sino una realidad practicable e inmediata. La dificultad que encuentras estriba en la visión que tienes desde tu desequilibrio moral e inarmonía.
- ¿Qué me garantiza esa armonía?
- Pruébala y verás.
- Compruebo que este Manual no puede tener fin.
- En efecto. ¿Qué piensas?
- Que no tengo tiempo y sí mucho que hacer.
- Gracias. Adiós.
- Gracias a ti. Hasta pronto.

Sabemos de la espantosa miseria en Asia, de las tiranías reinantes, la crueldad, la ambición, la codicia y los innumerables conflictos latentes y actuantes en el mundo.

La nueva orientación destruye todas las condiciones que impiden la expresión de la conciencia, o del discernimiento, que no es un proceso evolutivo y si una mutación brusca.

El hombre modifica al medio y éste modifica al hombre parcialmente. Ninguna presión exterior puede hacer una transformación profunda en el hombre y sólo lo reajusta en su adaptación a lo social, valiéndose de una fe organizada o personal y así, el individuo es proyectado en la evasión de sí mismo hacia cualquier símbolo que le dicta la autoridad.

En todo caso, hay una fuerza compulsiva de la moral contra el individuo, que es causa de contradicción y de conflictos por la exigencia de la sociedad. Todo este cúmulo de disensiones son muros levantados contra toda libertad. Toda experiencia se refiere al pasado. La conciencia proyecta lo contrario de lo que es; el hombre, aferrado a los símbolos que la tradición impone, se pierde en las conjeturas de la emoción, creyendo así hallar un consuelo a su angustia, a su dolor, a su miedo, para avivar su esperanza. Se vive mecido en fantasías que se consideran realidades.

No es posible la mutación cuando se está condicionado por las experiencias. Siempre se buscan éstas más profundas y más vastas. Y de tal modo no se vive la realidad, sino el símbolo, el concepto, el ideal. La denominada vida «espiritual» es un semillero de conflictos; se nutre de conceptos ornados de bellas palabras que contradicen los hechos. Las palabras se organizan en ideas, en pensamientos; con tales estimulantes no se hace sino crear distancias entre la realidad, tal como somos, y un ideal, que es la proyección de lo contrario de lo que somos.

Y recapitulando sobre la importancia de la mutación, se establecerá que ésta no es posible en las siguientes condiciones negativas de la vida:

- Cualquier conflicto en la conciencia.
- Dominación del pensamiento por la autoridad de la Iglesia o del Estado.
- La experiencia personal erigida en autoridad interior.
- La educación, el medio social, la tradición, la cultura y, en suma, la civilización, con todo su engranaje acondicionador.
- La adaptación.
- Cualquier evasión de sí mismo.

El esfuerzo hacia un acceso a la verdad absoluta, la creencia en una revelación y cualquier ideal.

La búsqueda del conocerse a sí mismo por el análisis psicológico.

Esforzarse por una mutación.

Imagen, símbolo, ideas y aun palabras... Así se llega a afirmar que si actúa el pensamiento ya no es posible la mutación.

La mutación es una explosión total en lo interior de cada recobeco inexplorado de la conciencia, en el germen, en la raíz del acondicionamiento: ¡Destrucción de lo durable! Hay que acabar con lo durable, con la concepción total del tiempo, con el pasado, el presente y el futuro. Ni sistemas, ni símbolos, ni palabras, que son factores de descomposición. Destruir el siquismo que construye el tiempo psicológico que no tiene realidad.

A los que repliquen que, ante estas negaciones, ya no les queda más que la desesperación, la angustia, el miedo de que la conciencia ha perdido todo apoyo y hasta la noción de su propia identidad, se les puede objetar que no han hecho el viaje necesario por miedo de pasar a la otra orilla.

Hay la consolación de las Iglesias, que se proclaman depositarias de verdades eternas y, en realidad sólo practican su propaganda para conquistar poder sobre las conciencias, sobre todo procuran ampararse de la infancia para mejor adoctrinarla. Las religiones de las Iglesias y las de los Estados predicán la necesidad de todas las virtudes. ¡Famosa mentira! Las religiones y los Estados tienen una historia negra, que es una continuidad de violencias, terrores, torturas y matanzas inimaginables.

En nuestra época, la religión ha dejado de ser teóricamente la comunión del hombre con dios, el dios imaginario que nunca acierta. No influye en modo alguno en los negocios y, al contrario, las organizaciones religiosas son instrumentos de dominación política y económica y nunca pueden guiar a los hombres hacia una realidad inexplicable situada en el reino de la divinidad.

Quien pretenda ampliar su conciencia, puede elegir la psicodroga que mejor le convenga.

Identificarse con el universo, gracias a una acumulación de informaciones y de conocimientos científicos sobre el átomo o las galaxias, equivale a poseer una inmensa erudición libresco sobre el amor, sin conocerlo viviente.

El hombre ultra-moderno, ilustrado de los últimos descubrimientos científicos, no ha sido capaz de destruir en sí mismo su universo inconsciente y, mientras subsista en él una parcela inconsciente, proyectará una irrealidad de símbolos y de palabras que le darán la ilusión de hallarse en comunión con algo superior, que se traduce en divinidad.

El hombre que piensa libremente, para conocerse a sí mismo, tiene que hallarse alerta para desechar todas las influencias del pasado, colectivo o personal, así como de las presiones de la actividad del presente que crea el futuro: No es una acumulación de conocimientos sobre la psicología, ni un estado de sumisión religiosa que espera la gracia. Tal disposición demuele las disciplinas impuestas

por la sociedad o por la Iglesia. Es un estado de atención y no de concentración sobre algo particular. El cerebro, tranquilo y silencioso, observa el mundo exterior y no refleja ni imaginación ni ilusión. Y es tan rápido como la vida misma, activo y sin dirección.

Desde la carreta hasta el vehículo espacial, la progresión se debe a una parte del cerebro y aunque esta zona cerebral se desarrollase todavía millones de veces, no avanzaría un paso sobre el problema fundamental que se presenta a la conciencia sobre sí misma...

Y avanzará en un proceso necesario e irreversible.

Existe también otra sección del cerebro que se halla dormida y que podemos vitalizar desde ahora, porque no es una cuestión de tiempo. Es una explosión revolucionaria que en las fuentes profundas mana hacia el exterior e impide su cristalización; que se endurezca por los detritus del pasado en una estructura psicológica. Es una lucidez que aborda cada problema en el momento en que se presenta y cuya importancia es secundaria.

La libertad y la paz no podrán instaurarse en el mundo más que cuando este manantial del cerebro sea viviente... Es una energía sin causa, ni individual ni colectiva.

**

Hasta aquí se ha sintetizado y glosado el pensamiento de Krishnamurti, modificando algunas expresiones que han sido plasmadas en la revista «Planète» y pasando por alto otras que, sin ser confusas, no son tampoco demasiado claras, o concisas.

La conclusión de este examen de las expresiones de Krishnamurti no es en absoluto exhaustiva, de acuerdo con las preguntas a que lo sometió Carlos Suárez en el número 14 de «Planète».

Se puede deducir de las expresiones de Krishnamurti, en su acción vital y en su palabra armoniosas, este magnífico dilema ante el mundo: «O anarquía o nada»... Y que los rabanones intelectualizados, que dirigen el rebaño humano, no empleen el principio anárquico en su sentido peyorativo y falso, sino en el único sentido edificante de «no autoridad»... Que cada uno llegue a gobernarse a sí mismo en armoniosa cooperación con los demás.

Al proponer anarquía o nada y conociendo la cristalización de las ideas autoritarias que dominan al mundo, se llega a la afirmación de que la «nada» es el seguimiento del camino hacia la cima que viene ahondando la autoridad con sus depredaciones, violencias y crímenes que forman su cetro.

Hipotéticamente, la anarquía sería la recreación del hombre para su convivencia social equilibrada en la relación biológica con los demás hombres que hiciesen de toda la tierra una sola población humana... Esta divagación no evita que el mundo siga su marcha inexorable hacia catástrofes inevitables.

La autoridad y su ridículo remedio el autoritarismo son los permanentes enemigos que el hombre creó y sostiene para su propio mal y el de su especie... ¡Sí, AN-ARQUIA o NADA!

Las huellas de un peregrino: EUGEN RELGIS

Por **COSME PAULES**

(CONTINUACION)

CON PHILEAS LEBESQUE, EL «POETA LABRADOR»:

«...Cuando entró Phileas Lebesque, con su andar lento y pesado, he reconocido ese tipo labriego, corto de talla, rechoncho, mal a gusto en su traje de ciudad, de músculos fuertes, un poco encogido por su trabajo de los campos y también por sus vigiliadas de escritor. Su mano ruda, de dedos nudosos estrechó la mía con esa cordialidad sencilla y profunda que yo había experimentado también en sus cartas. En el rostro de este vigoroso anciano, la sonrisa era difusa y a menudo radiante, en las pequeñas pupilas como dos puntos de acero. El viento y el sol habían dado una tonalidad purpúrea a sus mejillas. La frente alta, surcada por el arado del pensamiento, pero acariciada también por las brisas del ensueño. De largos cabellos, apenas encanecidos, y de perilla escasa, diáfana, como un puñado de copos sedosos, prontos a ser diseminados por encima de los campos...»

... La máquina —prósigue Phileas Lebesque— se halla en vías de avasallar al mundo, mientras que en el espíritu de sus inventores debía servir para liberarlo. Ahora bien, los inventores han vivido pobres, e incluso algunos se han muerto de hambre. Las maravillas que crearon han sido captadas por hombres preocupados únicamente por beneficios personales y no por el bienestar general...» «...Así —y Lebesque esbozó el gesto de una conclusión lógica— será preparada fructuosamente la vida social futura, que debe realizar la síntesis entre la materia y el espíritu, asegurando la supremacía de este último, esto es, su completa independencia. Pensemos en las catástrofes que el maquinismo sin contrapeso puede reservarnos mañana. Aún es posible conjurarlas, sin duda, pero no hay tiempo que perder. ¿Y quién sabe si la salvación de la humanidad no exigirá mártires una vez más...? Esforcémonos, en todo caso, en hacerlo reconocer a sus verdaderas élites y rehúsemos a la fuerza bruta todo género de culto. Hay tres cosas primitivamente contemporáneas: el Hombre, la Libertad y la Luz, dicen las Triadas bárdicas...» p. 327-328-331.

EN EL BULEVAR POISSONNIERES:

«En el bulevar Poissonnières. La fachada de *Le Matin* es purpúrea y ostentosa. Para poder consul-

tar allí una colección, necesito más formalidades que para pasar la frontera. En vano busco algunos artículos perdidos entre los grandes titulares que pretenden ser todos sensacionales, y avisos que también llegaron a ser inútiles. Al bajar las escaleras, observo los talleres tipográficos, la cincografía, los teléfonos y las ventanillas. ¡Qué caja de resonancia de todos los sucesos mundiales es un gran cotidiano! Pero, en alguna parte, en una oficina acolchada, algunos mandarines ejercen esa astuta censura, esa atenuación o falsificación de la verdad, según órdenes dadas por otros amos, abrigados en los ministerios, bancos y sociedades anónimas...» p. 33q-337.

BANVILLE D'HOSTEL:

«...Si —decía Banville d'Hostel— alcemos la mirada por encima de los cepejones arrancados por la tempestad, por encima de los valles asolados, hacia las cumbres y sus grandes encinas indómitas, que llevan en sus brazos los ricos vástagos del bosque futuro: Han Ryner, Romain Rolland, Bertrand Russell, Andrés Latzko, Stefan Zweig, Gorki y nuestro gran padre Tolstoi, sin contar otros cien. He aquí los verdaderos maestros de la cultura europea de mañana... Un sólo hombre ha fundado el cristianismo; un hombre ha edificado el islamismo. Hoy existe toda una pléyade magnífica para apresurar la realización de nuestros sueños en el mañana triunfante de paz y fraternidad.» p. 345.

DEL HORMIGUERO PARISIENSE AL «HOMBRE-MONTAÑA»:

«...Múltiple y unitario, Rolland, por encima de la tormenta social, por encima de las olas rojas de la guerra y de la revolución, ha sabido ver los intereses permanentes de la humanidad y de los ideales que no conocen fronteras. Los ha proclamado con la sencillez y la tenacidad de los viejos profetas. «Guía de conciencias», que ha salvado la libertad de afirmación de la verdad, en tanto que la mayor parte de los «intelectuales» arrastraban su cobardía a los pies de los amos, provistos de sables y de sacos de oro, Rolland se ha convertido en la Suiza neutral en el símbolo viviente de la dignidad humana que no acepta ni la esclavitud organizada del Estado ni la mortal promiscuidad de una sociedad basada en el robo del trabajo y en el cultivo de las supersticiones.» «...Sabía que si una

sociedad injusta perece, la humanidad se libera de una carga que entorpece su evolución; si una falsa civilización se descompone, la cultura queda con sus raíces, hundiéndose en las realidades milenarias, y con sus ramas dirigidas hacia visiones que exigen forma corpórea.» «...Dar a las multitudes la confianza en el trabajo y en la fraternidad, y dar a los compañeros la fuerza que transforma la idea en hechos, tal es la esencia del heroísmo.»

«...Pocos ven en este país (Suiza) un albergue de los demiurgos y los titanes, un lugar predestinado para los superhombres y los inadaptados europeos, empujados al fondo de las torrenteras o a las cumbres de las montañas por los rebaños cuadrículados de los turistas anglo-americanos, por las hordas elegantes de los eróticos y de los especuladores cosmopolitas. Los que indagan atentamente, hallarán aquí la huella de los pasos de los grandes solitarios, de los creadores de valores morales, literarios y científicos. ¿Tengo que mencionar a todos, comenzando al menos por Erasmo, por Rousseau y Voltaire? ¿Nombraré al tempestuoso Nietzsche, al dulce Amiel, a Wagner, a Bakunin, Lenin, a tantos otros gigantes del pensamiento y de la acción que, semejantes a Anteo, al tocar esta tierra recobraron nuevas fuerzas que les han permitido lanzarse hacia las cimas de los ideales, hacia las revoluciones espirituales o sociales? ¿Y llegaré a la convicción de que tan sólo en este país podía un Romain Rolland elevarse por encima del trágico entrevero europeo?»

«...Me introduzco en la calzada, hacia el bosque por debajo del cual se perciben algunas villas. Cruzo una pasarela por encima de un débil hilo de agua. Llegado a una encrucijada, me detengo. Pasa un grupo de muchachos con jerseys y pantalones cortos; cuerpos desgarrados, rostros curtidos por el viento, ojos azules, risa brutal. Les pregunto donde vive Romain Rolland y ellos se miran perplejos.

«—No lo conozco —responde uno de ellos, de mandíbulas prominentes, anglosajonas.

«—Pero, ¿la villa Olga?

«—¡Ah! sí, por allí...

«Comprendí por qué el solitario de Villeneuve había tenido la precaución de bosquejarme el recorrido: «Puede usted bajar del tren en Villeneuve (hay desde allí de seis a diez minutos de camino), o en Territet, tomando delante de la estación el tranvía eléctrico para Villeneuve, que lo deja en la estación Hotel Byron (ocupado ahora por un colegio inglés: Chillon College). Desde esta estación sólo tiene usted que subir una ruta muy corta hasta Byron. La Villa Olga se halla muy próxima, un poco más arriba»...

«...En lo alto de la escalera, una silueta esbelta, un poco inclinada. Y mi mano es estrechada por una mano cálida, de dedos delgados. Es tan sólo ahora, cuando nos hallamos frente a frente —yo, en un pequeño diván y él encorvado en una butaca baja—, cuando se me revela esta figura diáfana, alargada, abrasada por el fuego de una intensa vida interior. Rasgos precisos, como trazados por un febril artífice en una materia muy viva,

muy sensible y muy sufrida. El bigote escaso da sombra a una sonrisa apenas perceptible y, sin embargo, rica de sentido, como un reconocimiento y como una invitación... He permanecido como fascinado, durante algunos momentos, por esta inmensa frente mate, sobre la cual no he podido percibir arrugas de la vejez; una frente luminosa, apretada por las sienas un poco hundidas, con los surcos de las venas: pared entre dos mundos, el de las pasiones terrestres con sus horrores y sus bellezas, con sus negaciones y sus llamados, pero que son adsorvidos, transformados, creados de nuevo en el mundo interior de este pensamiento genial, combativo, infatigable... Y bajo esta frente de demiurgo, en las profundas grutas de las órbitas, he sorprendido la mirada dulce y firme, de claravidente, ese relámpago azul de acero templado de los ojos que nos penetran, que perciben nuestra verdad secreta, nuestra real humanidad y que nos hacen hablar como pensamos y confesar lo que sentimos.»

«...Rolland sonríe, prevenido:

«El mayor peligro es ser atraído y explotado por el pacifismo oficial, que tiene ocultas intenciones de carácter político...» «...He sentido bien su energía. Hay muchas inteligencias en Europa, pero muy pocas abnegaciones, decididas a ir hasta el final. Usted tiene abnegación. Tengo plena confianza en usted...»

«...Las tres primeras preguntas se referían a Europa, aislada o distinta del resto del mundo. Rolland reaccionó contra ellas:

«—Le confieso francamente que no lo sigo en ese terreno. No quiero considerar ningún grupo que se reduzca a Europa. No digo que esto no pueda ser un estado próximo de la evolución política y que no señale una etapa más avanzada que de la nación. Pero he ido más allá y no volveré atrás. Veo muy bien que el **européismo**, en la hora presente, bajo los diversos ropajes con que se disfraza (**Pan-Europa, Federación Europea, etc.**), es la máscara de un nuevo nacionalismo más peligroso, porque agrupa en conjunto mayores fuerzas e intereses más voraces, y que los arma contra el resto del mundo. Al plantearse, ya se opone. Y, por el sólo hecho de proclamarse, provoca instantáneamente la formación de dos o tres monstruosos grupos rivales: **Pan-Asia, Pan-América**, a los que no dejará de seguir **Pan-Africa**, etc. Bajo la invocación hipócrita de la comunidad europea, éste es el llamamiento a las armas de decenas de pueblos contra mundos enemigos que Europa ha creado con sus propias manos...» «...Es un prejuicio de la vieja Europa, encerrada en su provincianismo el asegurarse el monopolio del espíritu de razón práctica, positiva y activa. En libros recientes, he demostrado que el misticismo de la India y el de Europa católica surgen de las mismas fuentes y que sus manifestaciones son casi idénticas. El racionalismo es la marcha natural del espíritu chino, y en la propia India (que en sí misma es una Europa de veinte pueblos distintos) responde a las necesidades de ciertas grandes razas. Ya no existe el muro entre los dos hemisferios del espíritu; to-

das las formas del pensamiento se internacionalizan actualmente; entre Europa, Asia y América, se hace un intercambio ininterrumpido de métodos científicos, de disciplinas y de doctrinas metafísicas o religiosas, así como de sistemas económicos sociales. Si me gustara oponer (como estaría justificado para ello) tal Instituto de indagaciones científicas como el del genial Sir J. C. Bose, de Calcuta, a los santuarios de milagros de Lourdes y de La Selette, ¿quién podría definir entonces el espíritu europeo por el positivismo y el de Asia por el misticismo? Dejemos esos falsos estandartes que, sin sospecharlo, fabrican los intelectuales para los futuros choques de ejércitos entre los continentes. El hombre es el mismo en todas partes.»

«...El mundo entero está en fusión. No vayamos a rehacer moldes a supernaciones, donde la fundición se enfrie y vuelva a formar bloques separados. Ya no debe haber una Internacional, digna de ese nombre, sino universal...» «...los juegos de los estetas y de los sofistas de la inteligencia «no aplicada» desvían los ojos de los papanatas de la arena donde se deciden los destinos de los pueblos...» «...No tiene derecho a desdenar, en beneficio del espíritu. Si le place, individualmente, adquirir su independencia espiritual por un ascético renunciamiento, no tiene derecho a exigir ese renunciamiento de la gran masa de sus hermanos, que no pueden hallar en el espíritu los mismos recursos contra las durezas de la existencia. Ante todo, hay que pensar en disminuir la miseria... Uno de los grandes místicos de todos los tiempos, el San Francisco de Asís hindú Ramakrishna (mi santo de cacería), ha tenido el valor de proclamar, él, amante de Dios: «**La religión no es para los vientres vacíos**...» «...¿Por qué pretender que combatir en el presente y por los intereses de hoy, es traicionar el porvenir y los intereses permanentes de la humanidad, No es traicionarlos sino cuando se traiciona también el presente.» «...Si fuera cierto que los intelectuales fuesen, como tienen propensión a decirlo, **el cerebro con relación al resto del cuerpo** (habría que definir primero a los intelectuales y no hacer de ellos una casta de manos demasiado blancas que se opusiera a los manuales; de lo contrario, yo llamaría una «Noche del 4 de agosto» que aboliese sus privilegios y les hiciera volver a entrar en la fila de los que obran con las manos y con el espíritu), si fuera cierto, llegaría el caso de recordarles el apólogo de Menenius Agrippa: ¿qué pueden hacer esos «cerebros» sin los miembros? ¿Qué cedan en su soberbia y que consientan en trabajar con el resto del cuerpo!» «...Todos los grandes movimientos sociales que usted enumera: socialismo, anarquismo, comunismo, etc., tienen, como nosotros por objetivo de acción, los mismos intereses generales de la humanidad. No difieren nada por el objetivo que es, como el nuestro, una humanidad más justa, más libre y mejor ordenada. Tan solo difieren en la táctica. Como se hallan empeñados en la acción, son llevados con la mayor frecuencia a sacrificar el fin a los medios. Es una pendiente natural en los que obran: su impulso de acción los arrastra.» «...El papel de los

jefes —precisó Rolland— es, en el ardor del movimiento, no perder nunca de vista el objetivo. Pero cuando yo digo jefes no quiero hablar tan sólo de los intelectuales de profesión. Su cualidad de «intelectual» no les asegura la de «jefe»: lo han demostrado con exceso durante la última guerra, en que han perdido la orientación de manera más completa que cualquier otra. La cualidad de jefe es un don de la naturaleza, bien administrado por la razón y por la voluntad. Este privilegio no conoce clases sociales. Es raro en todas. En todos los campos de la acción hay muy pocos jefes. **Hacen falta jefes...** Jaurès, Lenin, Gandhi, fueron jefes. Si los «intelectuales» no se dan por satisfechos con ellos, que les opongán, no un Olimpo inaccesible donde medren ideas castradas, sino otros hombres, otros maestros de la acción que los lleven, provistos de las armas del Espíritu, hacia las cimas de lo Real. Y si lo hacen, ¿qué es esto más que una grande y sana «política?»

«La última pregunta no exigía respuesta: era demasiado afirmativa, demasiado concluyente. Rolland había dado a la palabra «política» su significado ideal (no platónico), el contenido moral y espiritual que ignoran, sin embargo, la mayor parte de los hombres políticos y no solamente las hordas inmundas de los politicastros.»

«Una hora, dos horas, pasaron tal vez. Oyóse la voz de Magdalena Rolland desde abajo. Y Romain Rolland se levantó, con la misma sonrisa inefable.» p. 357 a 372.

EDMUNDO PRIVAT, esperantista:

Romain Rolland, «el pescador de almas», había supuesto que yo no podría soportar una velada solitaria en el hotel de Montreux. Y, con ese cuidado del guía que crea relaciones entre los obreros y los fieles de la «iglesia laica», que ha surgido en torno a él en los años del diluvio rojo de 1914-1918, me había hablado también de Edmundo Privat.

... La conversación versó luego acerca del esperanto. Quise saber cómo sostiene el profesor Privat su acción lingüística.

—Existen dos razones —me dijo—. Una práctica y la otra más profunda. Vemos todos los días la dificultad que entorpece los ensayos de organización internacional: el obstáculo de las lenguas. Para avanzar, no es absolutamente precisa una sola lengua auxiliar, aprendida por todos y que sirva a los congresos y publicaciones destinadas a todos, por encima de las fronteras. El sistema actual consiste en imponer a todos los hombres preocupados por estas cosas el estudio de tres idiomas: el francés, el inglés y el alemán. Es raro que sepan bien los tres y la situación sigue complicada... No puede imponerse la lengua de un solo pueblo a los demás. El inglés, que es el más difundido, es difícil de pronunciar. Funciona mejor como lengua escrita que en el empleo oral. (Recordé en este punto la controversia que había tenido con el doctor Kalisch en Berlín y con Lantinx en París...) Puede observarse en todos los congresos la inferioridad en que se hallan los delegados de otros países con respecto

Las multitudes y la idea de Dios

Por JUAN MINERO

La influencia de la idea de Dios en las multitudes no tienen equivalencia posible. A tal punto la religión perturba el discurrir de la vida humana, que siempre nos hallamos ante el imperativo de bucear en los arcanos de semejante idea para ver la manera de alambicar la conexión del concepto de Dios con el género humano. Descartes parte de la unidad simple y de la evidencia incontrovertible: «Puedo dudar de todo, excepto de mí mismo.» «De que existo, puesto que, si pienso, existo.» Luego el hombre existe en su primera persona del singular: «YO EXISTO.»

El hombre es un unidad simple en su origen. Si existe el hombre existen multitud de ellos: la humanidad. El reconocimiento explícito de la propia personalidad, autoriza el reconocimiento de la ajena. A la percepción humana se revela el hombre (el YO), en primer lugar. Inmediatamente se revela la multitud (Nosotros). Más tarde solamente el hombre discierne los factores exteriores: el mundo, los seres, los hechos. Y más tarde aún, las creencias como las hipótesis...

Afirmamos anteriormente que «la religión perturba el normal transcurso de la vida humana». El miedo por el cual esa perturbación se produce, son las ideas y las creencias, o lo que toma el lugar de tales conceptos. Las creencias se basan en conocimientos adquiridos o en premoniciones que son fruto del atavismo hereditario. Creer no es, como generalmente se acepta, expresión de una duda nacida del análisis, sino firmeza ciega de convicción aceptada sin el ejercicio del razonamiento científico-moral. Una cosa podemos afirmar: la creencia en la continuidad de la vida porque somos fruto de existencias anteriores y vemos prolongarse la existencia a través de nuestros hijos. Esa creencia es fruto, a su vez, de creencias aceptadas. Creer en lo desconocido o no comprobado, es cultivar la ligereza o la hipótesis gratuita, y dar calidad de cosa comprobada a un sueño.

LAS HUELLAS DE UN PEREGRINO...

a aquellos cuya lengua materna es oficial. Unos pueden expresarse fácilmente; los otros tienen que pensar más en no cometer faltas de lenguaje, que en expresar por completo su pensamiento. Esto es una gran pérdida de valores y una desigualdad injusta... (Págs. 378, 379, 380.)

(Continuará.)

Imaginad cuando, saliendo de casa, nos hallamos ante una niebla que limita nuestra visión a diez pasos. La angustia de lo desconocido nos hace avanzar con precaución. Observamos que los diez pasos iniciales conservan esos límites, pero haciendo aparecer a nuestra visión nuevos detalles de lo que la niebla oculta. A nuestra percepción aparecen cosas que aumentan nuestra confianza, haciéndonos reconocer nuestro camino habitual. Aun no viéndolo con antelación, creemos que, tras ese arroyo existe un camino seguro, ya que a nuestra memoria acuden semejantes hallazgos anteriores. Este «creo» es una certeza moral altamente autorizada.

No ocurre lo propio cuando el camino emprendido es nuevo para nosotros. Entonces, a las creencias suplen las hipótesis. Lo desconocido pone terrores a nuestra mente, y cada paso nos reserva incógnitas que afrontamos con desconfianza, casi con miedo. Es que cada paso que damos nos acerca a lo desconocido. Dios, la idea de Dios, se halla en ese «desconocido» que tememos. Cada paso parece acercarnos a él, mas cada paso nos evidencia que hallamos cosas naturales; y la idea de Dios, de lo desconocido y terrible, se aleja de nosotros a medida que avanzamos. Dios es un fugitivo en la noche sin estrellas ni luceros.

Nada sino nuestro miedo, que llevamos en nosotros mismos, en la ignorancia de cuanto nos es desconocido, nos autoriza a creer que lo terrible se halla más allá de nuestra vista, o de las verdades comprobadas. Luego la idea de lo terrible, el concepto de Dios, se halla en nosotros mismos, en la ignorancia de todo cuanto desconocemos. La serenidad íntima de Buda le hacía decir... «que una acción de amor puro vale más que toda la vida dedicada a hacer ofrendas a los dioses». Si cada paso, cada investigación, cada verdad comprobada, aleja de nuestra percepción Dios, es que, como el miedo, y Dios es una idea temible si se halla fuera de mí, él se halla en mí mismo, en la zona de las cosas incomprendidas. La conclusión es que el hombre avanza y Dios retrocede al mismo ritmo. Una manera elegante, como otra, de no encontrarse nunca. Dios es fruto del hombre y no viceversa. Que si algún Dios existe, él reside en el hombre mismo: en su conciencia de imperfección, en lo precario de sus convicciones. Si toda adquisición científica es un avance, tendemos a desalojar a Dios de sus dominios. En esta tierra de perseguidos, hambrientos y concenados a muer-

te, Dios no puede ocupar ningún espacio vital. De ahí que Kempis, el genio del cristianismo, sitúe a Dios tan alto que no hay manera de dialogar con él. Menos espiritual, pero más humano, Amado Nervo, encierra a Dios en el corazón del Hombre. Pero Cajal, lo buscó con persistencia y no pudo encontrarlo. De lo que se infiere que Dios huye de la ciencia como un cobarde que sólo es capaz de refugiarse en la ignorancia, o en algo peor: la cobardía y la estupidez humanas.

La evolución equivale al reconocimiento implícito de que el hombre no es perfecto, aunque camine hacia la perfección. Si hoy, un hombre determinado es superior a lo que fue ayer, y mañana observamos que lo es más aún, es que no es perfecto, aunque hacia la perfección encamina sus pasos. El ciclo queda abierto mientras la existencia perdure. Pero Descartes parece haber llegado a la conclusión de que la perfección sentida por el hombre no puede ser atribuida más que a un ser que debe ser, necesariamente, perfecto. El punto de partida de esa conclusión es que, siendo el hombre imperfecto, no es de él de donde pueden nacer las nociones de la perfección absoluta. De ahí que Dios sea esa perfección que el ser humano no encierra en sí mismo. El alma sería, pues, el vehículo de esa fuerza superior y exterior que es Dios. Analicemos el pensamiento.

Podemos aceptar a los fines de polémica, si ésta se produce, que existe un alma y que ésta es independiente del cuerpo; que el cuerpo es inerte y sólo al ser ocupado por el alma, cobra vida. Empero el alma, si «ánima» el cuerpo, si precisa de él para emitir su sentido de lo moral y perfecto, no se basta a sí misma. Vive de prestado. Carece de sentido total. El alma, como el cuerpo, poseen idéntica calidad a los fines de constituir el hombre. Este es la suma de ambos factores y no la presencia de uno de ellos, separadamente considerados. Luego quien emite la noción de la perfectabilidad es el hombre completo y no el «vehículo» de la divinidad, el cual se halla imposibilitado de hacerlo, de cualquier forma que se considere.

Son escasísimos los cuerpos simples, más en ningún caso lo es el del hombre. Sea cual sea la procedencia de cada uno de sus componentes, una vez integrados son del hombre y sólo de él, ya que concurren a mantener esa existencia en su forma conocida. Ninguna de sus partes pertenecen al cuerpo de origen, puesto que llegaron a combinarse hasta formar, crear si se quiere, el hombre. El agua está compuesta por oxígeno e hidrógeno. ¿Podría decirse que esos gases son tales, en vez de constituir un cuerpo nuevo, independiente de su naturaleza inicial, que no es gaseoso, sino líquido? Así el alma, concédasele el origen que se quiera, deja de pertenecer a éste para pasar a integrar el hombre y ser el hombre solo en la parte en que le compone. Si el hombre existe, es una unidad; si existe el alma, ésta es una parte del hombre, como lo son las diversas sustancias que en la formación de su vida concurren.

Recogiendo materiales en la cantera de las religiones, hecho que exime de toda sospecha par-

cial, sabemos que el bien y el mal han sido conocidos por el hombre al gustar el fruto del árbol de la ciencia. El pecado original carga al hombre con la responsabilidad de esos conocimientos terribles, y para mayor agobio se le dota del libre albedrío. Las Escrituras, pues, conceden al hombre la potestad de conocer por sí mismo el bien y el mal; es decir, la imperfección y la tendencia hacia la perfección. Para poder captar y discernir las consecuencias de la maldición bíblica, posee los cinco sentidos corporales a través de los cuales percibe las sensaciones dolorosas y las placenteras. El hombre lleva en sí, no solamente la noción del bien y del mal, sino asimismo, el detector de esos contrastes en cuya intersección le es permitido existir físicamente.

El hombre es un todo en sí mismo, o por el contrario, es un cuerpo inerte sin vida ni movimiento. El hombre es cuerpo y alma simultáneamente; o son cochambre inerte de un lado y fluido imponderable del otro. Las acciones del hombre son el resultado de esa aglomeración de factores, distintos en su naturaleza y coincidentes en su fin. Si albedrío es la voluntad intransferible del hombre, esa voluntad está determinada por la noción del bien y del mal. Por consecuencia, la noción de perfección como de imperfección son propiedad del hombre y en él se determinan por lo penoso o lo feliz. Esas nociones son aplicables al hombre como unidad y a la pluralidad de hombres en su expresión de sociedad humana. La noción del bien y del mal tiende hacia la imperfección o aleja de ella. Siguiendo este concepto, la perfección no es de inspiración divina; es la tendencia de esa mecánica, perfecta en sí misma, que evoluciona hacia el concepto de ese Dios que reside en el hombre exclusivamente, ya que los sucesivos estadios de esa evolución representan la tendencia eterna que va enlazada a la evolución infinita de las especies. Con razón afirmó Nietzsche por boca de Zarathustra, al contemplar éste el paisaje de la naturaleza virgen: «Dios ha muerto en la selva.»

Descartes halló un principio a su teoría, desconfiando de todo lo aparente para encontrar un punto de partida sobre el cual no fuese posible dudar. Redujo todo cuanto en derredor existía para concentrarse en aquello que descartaba toda dudar. Redujo todo cuanto en derredor existía para Descartes, no fue Dios, sino el hombre de carne y hueso, como diría Unamuno.

El hombre de Descartes era hombre íntegro. No era ni el cuerpo inerte ni el alma vaporosa: el conjunto de ambos, ya que pensaba. Descartes pensaba. Luego si el alma eventual daba esa potestad al cuerpo, es que existía ya en él; aquello de lo cual no dudó era esa conjugación y no una parte de ella. La idea de Dios se halla en el hombre y en su noción del progreso, como la del bien y del mal. Siendo el dogma quien afirma que la calidad de todopoderoso es inherente a la idea de Dios, de ninguna manera puede ser compartido ese poder con el hombre. La noción de perfección pertenece al hombre únicamente. Es suya y nadie se la puede arrebatarse más que la muerte. Pero la vida sigue y



la idea está sembrada en la mente. Dios es para el ser humano lo secundario. En cierta ocasión, un grupo de periodistas norteamericanos le preguntaron a una de las mentalidades más puras de la ciencia, Albert Einstein:

—¿Qué es Dios?

Y por toda la respuesta, la personalidad en quien de manera unánime se rinde tributo al genio, al sabio y al hombre de bien, contestó preguntando:

—¿Qué es eso?

Hecho parecido ocurrió al sutil Nehru. Y el discípulo de Gandhi, dio una respuesta colosal:

—Tengo tantos problemas planteados en la India, que no me queda tiempo libre para ocuparme de esas cosas.

Dios es inferior al hombre, ya que aquél es un mito creado por éste. Dios es un estorbo para pensar y para trabajar, pues que siendo mitología no forja realidades. Hay que echar a Dios del cuerpo para tener tranquila la conciencia. «Aquí el panorama está libre y el espíritu se eleva», dice el predicador mirando al cielo. Y Federico Nietzsche responde: «Hay mientras tanto, gentes de otra especie que sosteniéndose sobre la altura ante un panorama despejado, es hacia abajo que dirigen las miradas.»

Se dice que Dios es la fe, y la fe de Pascal va más lejos cuando dice: «La historia de la Iglesia debe ser propiamente llamada la historia de la verdad.» Partiendo de la idea del gran filósofo se llega a una conclusión: La verdad es la Iglesia, luego la Iglesia es Dios. Hay que reconocer que si esto fuese así, la verdad sería la cosa más monstruosa y repugnante de la vida, puesto que el

mismo Dios se presentaría ante nuestros ojos como un poder desprovisto de entrañas, sin corazón. Por otra parte, el contradictorio y genial Unamuno, nos revela su agonía interior al no poder coger a Dios por los talones, y lleno de amargura, sentencia: «Sin fe no se puede vivir, y yo me estoy muriendo.» Tal fue la muerte de Unamuno: una muerte aterradora. Pensando, no encontró a Dios; sintiendo su sentimiento, no halló rastro ni vacío para él, al que tanto amaba y negaba... ¿Careció de fe el pensador? No; fue ante todo un hombre de fe. Y esa convicción profunda le llevó a querer con pasión acendrada al hombre hermano del hombre, no al hombre lobo de sus semejantes.

¿Negar a Dios? ¿Amarlo plenamente? Ni una cosa ni la otra. La indiferencia es la actitud más gallarda del hombre libre. Pero en fin, vamos a dudar de nuevo: ¿Hay un Dios?

Miremos el mundo que nos rodea. Si es Todopoderoso, su poder es más cruel que el de no importa qué tirano. Si es bueno, su bondad es arbitraria porque crea clases y privilegios de toda suerte. Si es misericordioso, carece de entrañas porque juega con su propia obra como un gato perverso con los ratones que no encuentran un simple agujero para salvarse. Si es leal, no puede ni debe fomentar la traición. Si es inmensamente humano, no debe destruir su humanidad. Si es divino, su obra es imperfecta y merece ser despreciado. El rebelde metafísico —afirma Camus—, no es, pues, seguramente ateo, como podría creerse, pero es forzosamente blasfemo. Sencillamente, blasfema ante todo en nombre del orden, denunciando en Dios al padre de la muerte y el supremo escándalo.

SOCARRALES

Joaquín COSTA

CUANDO el entristado viajero, al atravesar un socarral de esos que ocupan extensas llanuras de muchas provincias de nuestra Península, sin una hierba en que se fije su vista, sin una gota de agua en que apagar su sed, sin un ser viviente a quien preguntar la dirección de su camino, no puede menos de exclamar: ¡Grima y vergüenza a los españoles que sin consideración de ningún género, talan los bosques y devastan selvas, mirando a los árboles como sus peores enemigos, cuando ni podrían sin ellos existir!

¡Triste es, en verdad, la realidad!

Pero lo que es más vergonzoso todavía, lo que hace latir de coraje y da rabia al corazón, es que no se escarmienta, aunque se ve que las fuentes y los arroyos se secan donde hubo un bosque; que las nubes pasan por encima sin derramar una sola gota de líquido; que los rayos abrasadores de la ardiente canícula calcinan y hienden la tierra, que sedienta se abre por doquier; que los vientos se ensañan sin estorbo alguno, y que las plantas más resistentes a las sequías acaban de perecer o arrastran una vida raquítica y miserable; al jolgorio de los ruiseñores que anidaban en el bosque, ha remplazado el silbido fatídico de la serpiente; al murmullo de la cascada, ha sucedido el graznido de cuervo; a la brisa fresca y suave que mecía los árboles, ha sustituido el furioso huracán que arrastra en polvo la abrasada tierra; al balido de la oveja y al canto del segador, ha seguido la soledad terrible, cual si hubiera caído el anatema y la maldición.

Ante cuadro tan triste, la población huye y escapa, abriendo paso a un viajero fatídico y terrible, ¡EL HAMBRE!, si la miseria se enseñorea de aquel país que antes era un vergel, y que por la ojeriza infundada de los agricultores y de otros que no son agricultores, contra los árboles, ha quedado convertido en un erial estéril.

POETAS DE AYER Y DE HOY

Pie para el Niño de Vallecas de Velázquez

por LEON FELIPE

De aquí no se va nadie.
Mientras esta cabeza rota
del Niño de Vallecas exista
de aquí no se va nadie. Nadie.
Ni el místico ni el suicida.
Antes hay que deshacer este entuerto,
antes hay que resolver este enigma.
Y hay que resolverlo entre todos,
y hay que resolverlo sin cobardía,
sin huir
con unas alas de percalina
o haciendo un agujero
en la tarima.
De aquí no se ve nadie. Nadie.
Ni el místico ni el suicida.
Y es inútil,
inútil toda huida
(ni por abajo
ni por arriba).
Se vuelve siempre. Siempre.
Hasta que un día (¡un buen día!)
el yelmo de Mambrino
—halo ya, no yelmo ni bacía—
se acomode a las sienas de Sancho
y a las tuyas y a las mías
como pintiparado,
como hecho a la medida.
Entonces nos iremos todos
por las bambalinas.
Tú y yo y Sancho y el Niño de Vallecas
y el místico y el suicida.
¡Qué pena si este camino fuera de muchísimas le-
y siempre se repitieran [guas
los mismos pueblos, las mismas ventanas,
los mismos rebaños, las mismas recuas!
¡Qué pena si esta vida, tuviera
—esta vida nuestra—
mil años de existencia!
¿Quién la haría hasta el fin llevadera?
¿Quién la soportaría toda sin protesta?
¿Quién lee diez siglos de la historia y no la cierra
al ver las mismas cosas siempre con distinta fecha?
Los mismos hombres, las mismas guerras,
los mismos tiranos, las mismas cadenas,
los mismos farsantes, las mismas sectas
¡y los mismos, los mismos poetas!
¡Qué pena
que sea así todo siempre, siempre de la misma
[manera!

Bajo el signo de ESTUDIO y RECREO

¡Ay de los vencidos!, Bazal	12,00 F	Cómo se forma una inteligencia	0,60 »
Carmen, Merimée	2,00 »	Corazones del norte, Pinkeston	3,00 »
Castillo de los Cárpatos, Verne	2,00 »	Conjuración de Catilina (La)	4,50 »
Capricho (Un), Verne	2,00 »	Cartas a un escéptico, Balmes	4,00 »
Carta municipal, Alaiz	0,70 »	Casa de vapor, Verne	4,00 »
Cautivo de Argel, Enderiz	0,80 »	Campo francés, Max Aub	18,00 »
Castillo del Caudillo	1,50 »	Cheri-Bibi, Leroux	2,00 »
Cartas de amor, arte y desconsuelo	2,00 »	Clases sociales en el Uruguay, C. Rama	15,00 »
Cartero del rey, Tagore	2,50 »	Comunismo libertario, Puente	1,00 »
Cantos de esperanza	0,50 »	Conceptos sobre el amor, Tosquellas	2,00 »
Cansancio (El), Alas	2,50 »	Conversaciones libertarias, J. Ferrer	1,50 »
Candelabro encerrado	2,50 »	Cómo se hace el pan	1,00 »
Cantos de la resistencia	6,00 »	Conquista de la felicidad, Rusell	3,50 »
Cartas a Carbó, García Pradas	1,00 »	Cristianismo y comunismo	3,50 »
Cartas de un corazón angustiado	2,00 »	Contrabandista, Baum	7,00 »
Campaña del Maestrazgo (La), Galdós	2,50 »	Crítica de la razón pura, Kant	3,30 »
Caminante (El)	4,00 »	Criterio de Balmes	4,50 »
Camaradas errantes	4,50 »	Concepto confederal del comunismo	1,00 »
Camino ancho (El)	8,50 »	Cumbre mística, R. León	2,50 »
Cantera (La)	2,50 »	Cartas a un joven	3,50 »
Calvario (El), Castelnuevo	3,50 »	El villano en su rincón y Las bizarrerías de Belisa, un vol., por Lope de Vega	7,50 »
Campana de Nagashaki	3,00 »	Canciones y decires, Santillana	7,50 »
Cartas a su hijo, Chertefields	6,00 »	Zalacain el aventurero, Baroja	3,50 »
Campana que no ardió, Hall	5,00 »	Héroe y el discreto, Gracián	3,50 »
Cartas de prisión, Toller	4,00 »	Notas, Ortega y Gasset	3,50 »
Cartas sobre existencialismo, Salas	4,00 »	Cuentos de México antiguo, A. Valle	3,50 »
Carreta (La), Traven	5,00 »	Rimas y leyendas, Bécquer	3,50 »
Carne y espíritu, Meersch	5,00 »	Carlos de Europa, Lewis	4,50 »
Cartas desde mi molino, Daudet	4,00 »	La perfecta casada, Fr. Luis de León	3,50 »
Canción de gesta, Montseny	0,50 »	Novelas ejemplares, Cervantes	4,50 »
Cifra y prueba, Alaiz	0,50 »	Cultura femenina, Simmel	3,50 »
Celestina (La), Rojas	2,50 »	Lecturas españolas, Azorin	3,50 »
Cien días de la vida	1,50 »	Martín Fierro, Hernández	3,50 »
Ciencia y filosofía	6,00 »	Fermina Márquez, Valery Larbaud	3,50 »
Cielo y tú, Field	4,50 »	Familia de Alvareda, F. Caballero	3,50 »
Ciencia y conciencia	6,00 »	Rey Lear, Shakespeare	3,50 »
Ciudad flotante, Verne	2,00 »	Romances, Duque de Rivas	4,50 »
Capitalismo, democracia y socialismo	1,50 »	Romances de América, R. Menéndez	3,50 »
Cosecha (La)	2,00 »	Trasuntos de España, Azorin	3,50 »
Contrato social (El)	2,50 »	Poema de El Cid, Anónimo	4,50 »
Conde Lucanar (El)	2,00 »	Tradiciones peruanas, R. Palma	3,50 »
Congreso de Zaragoza	2,50 »	Don Quijote y Sancho	4,30 »
Contrarrevolución etatista, Ernestan	2,00 »	Estudios literarios, Menéndez	4,00 »
Costas de la península Ibérica, Alaiz	0,50 »	Fermín Salvochea, Rocker	0,50 »
Colectivismo (El), Mella	0,50 »	El grillo del hogar, Dickens	3,50 »
Cómo educar a los hijos	0,50 »	Hamlet, Shakespeare	3,50 »
Conflictos entre la religión y la ciencia (conclusión)	0,50 »	Hernán Cortés, Babelón	3,50 »
Cómo se educa un carácter, Dr. Toulouse	0,60 »	Historia de la vida del Buscón	3,50 »
Congreso de Barcelona 1918 de C.N.T.	2,50 »	Los intereses creados, Benavente	3,50 »
Conferencia intercontinental 1947	2,50 »	Isla del tesoro, Stevenson	3,50 »
Cómo el Estado gasta el dinero, Sebasti	7,00 »	Juana la Loca, Picard	3,50 »
Concepciones de la sexualidad, Allendy	0,60 »		

Pedidos a nuestro servicio de librería

M. CELMA, 4, rue Belfort - Toulouse (H.-G.)



CENIT

sociología
ciencia - literatura



Editorial. — **R. Liarte:** La ciencia, la técnica y el trabajo responsable. — **Julio Just:** El hombre de la voz de bronce. — **A. Machado:** Palabras proféticas. — **S. Campos:** El hambre y sus consecuencias sociales. — **H. Ryner:** El único esfuerzo útil. — **E. Belgis:** Literatura viva. — **F. Ocaña:** Por España y la Humanidad toda. — **J. Guerrero Lucas:** Semente de libertad. — **Regeneración:** Fetiches divinos y humanos. — Perlas de Shakespeare. — **S. Palacio:** En recuerdo de Alejandro Casona, muerto en Madrid. — **Costa Iscar:** Sólo hay verdades relativas. — **H. Hellis:** Kropotkin. — **C. Pauls:** Las huellas de un peregrino. — **Abarrátegui:** Romance de la calera. — El dinero. — **Samblancat:** El aprismo.

169

Marzo - Abril 1966

REVISTA MENSUAL

PRECIO : 1,50 F.

475523



NUESTRA PORTADA

No podemos —el espacio nos falta— dedicar a M^e Torres todas las cuartillas que esa vida tan rica y agitada merece. Pero sí hemos de decir que, desde el proceso del «Bonnet Rouge» al llamado proceso de Lyon, en el que se pretendía envolver a la C. N. T. exilada, con la calificación de «asociación de malhechores», pasando por la defensa de Germaine Berton y la campaña por la libertad de Ascaso y Durruti, detenidos en París y amenazados de extradición allá por los años 28-29, siempre, en todo momento, Henry Torres fue, como él decía: un amigo de los anarquistas españoles, entre los que había encontrado —según decía él también— los hombres más extraordinarios, los más valientes, los más nobles de cuantos conociera en su larga vida.

Su voz de bronce, su voz famosa, que llenaba las salas; sus defensas, que eran piezas oratorias que no hubieran desdeñado los oradores de la Grecia antigua, no volverán a sonar en los oídos humanos. Con melancolía despedimos a este hombre, encarnación también de otros tiempos, de otras épocas, de otros estilos de vivir y de juzgar a los seres. Para Torres la vida fue una aventura apasionante, una experiencia humana.

Su libro «Accusés hors série» no es más que un pálido reflejo de lo que hubiera podido contar este hombre, que pudo y supo inclinarse sobre todas las miserias humanas, rozar e intimar con los más extraordinarios especímenes de la especie...

Para nosotros quedará siempre viva la imagen del que supo arrancar de las manos de la justicia burguesa la vida y la libertad de Germaine Berton, con una defensa que fue el proceso de «l'Action Française» en la cual se anunciaba el fascismo en Francia y en el mundo. La imagen del hombre que supo apiadarse de nosotros y no escatimar esfuerzo personal, para cubrir con su nombre y con su presencia el inmenso desamparo de una comunidad humana e ideológica perseguida y acorralada; que supo defenderla en los más desdichados de sus hombres. Cuando apenas si se desplazaba para las defensas, utilizando los jóvenes abogados que se «hacían las uñas» en su bufete, fue personalmente a defender a nuestros hombres en peligro, en Lyon o donde fuere.

Descansen en paz, después de tan rudos combates, el viejo león, que supo hacer de la vida una aventura y que supo vivirla, sin descender jamás hasta la vulgaridad ni el servilismo. Fue un mosquetero y muchos de sus rasgos nos evocan otros dos hombres que conocimos y que poblaron, con sus hazañas y sus leyendas, los años de nuestra adolescencia.

CENIT

REVISTA BIMESTRAL DE SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y LITERATURA

REDACCION

Federica Montseny y Ramón Liarte

COLABORADORES

Vladimiro Muñoz, Evelio G. Fontaura, Hem Day, Campio Carpio, Eugen Relgis, Dr. Pedro Vallina, Germinal Esgleas, René Lamberet, Miguel Valdivieso, Cosme Paules, José Muñoz Congost, Floreal Ocaña, Dr. Amparo Poch, José Viadiu, Victor García, J. Guerrero, Severino Campos.

Suscripción anual:

Francia	9,00
Exterior	11,00
Precio de un ejemplar suelto	1,50

Giros Michel Celma, C.C.P. 952-38
4, rue Belfort, 2^eme étage F-31 TOULOUSE

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en los que aliente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)

CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XVI

Toulouse, Marzo - Abril 1966

N.º 169

EDITORIAL



LA REPUBLICA Y LA C. N. T.

VA han pasado treinta y cinco años. Transcurren los días; pasan las naves. Huyen las sombras. Pese a todo, la vida continúa. Los pueblos no mueren. Son eternos. Quien siembra, recoge. Quien traza surcos, prepara la cosecha de mañana. Un sueño de labores y esperanzas forjan los hombres cuando el tiempo pasa. Que todo pasa en la vida; pero quedan los quehaceres diarios, la obra que no acaba.

Desde la atalaya del tiempo, analizamos el proceso de nuestra historia. Es ésta la profecía del ayer. No nos faltará generosidad, por algo somos anarcosindicalistas, para enjuiciar la vida corta de la República española. ¿Quién hizo más que nosotros para propiciar su instauración? En la lucha contra la dictadura de Primo de Rivera perdimos hombres de una valía excepcional. Nuestros cuadros revolucionarios sufrieron una sangría indecible. Nosotros no contamos nunca a los muertos. Los llevamos cargados a la espalda. Nos pesan demasiado. Son muchos. A veces no nos dejan caminar. Pero marchamos hacia adelante.

La República tuvo dos hijos: Cain y Abel. Uno, fue mimado como un señorito estúpido y beodo, al que se toleran los extravíos; otro, fue tratado como un paria, al que se exigen sacrificios desmedidos, acaso por ser excesivamente bueno. Para nosotros fue la hiel y el vinagre; para los reaccionarios, el trigo y el laurel. Nada podemos hacer. Nos tocó perder y supimos hacerlo con la máxima dignidad. Si el que más pierde es el que más aprende, nosotros nos sabemos la lección de memoria. Y de la enseñanza queremos sacar el mayor provecho, no para nosotros, que no es esto lo que importa, sino para el presente y el futuro de nuestro hidalgo y generoso pueblo español.

Se ha repetido hasta la saciedad que la República vino sin sangre. Y esto no es cierto. Con la sangre derramada por todos los luchadores libe-

rales y obreros se fraguó la derrota de la dictadura. Fermin Galán y García Hernández, dos glorias del siniestro Ejército español, dieron su vida por la libertad del pueblo. La pérdida de Galán es inestimable. Lo fue ayer y lo es hoy todavía. Su obra, «Nueva Creación», tendrá que ser estudiada una vez más por cuantos anhelamos edificar una España nueva. Aquel gigante de pulso seguro, de ideas concretas, acaso pudo salvar a la República de haber salvado la vida. Nosotros estamos más que de vuelta de todos los mesianismos; pero es que Fermin Galán, como Ascaso y Durruti, no pertenecían al mesianismo de casta. Eran hombres del pueblo. Y un pueblo no gana absolutamente nada cuando pierde sus mejores hombres.

¿Que la República no tuvo hombres ejemplares y buenos? Sí, tuvo valores de una honradez a toda prueba, de una moral acrisolada. ¿Cómo no reconocer la grandeza moral e intelectual de Ortega y Gasset, la lealtad senequista de Martínez Barrio, el temple firme y la nobleza de Besteiro, entre tantos hombres egregios que tuvo la República? ¿Cómo no creer en la bondad de Macía, en el apostolado de Companys, el presidente mártir, o en la reciedumbre de tipo popular de Aguirre, defensores de la autonomía de los pueblos catalán y vasco, respectivamente? Sólo quien cree en sí mismo, cree en los demás. Y nosotros creemos en el hombre.

En el orden educacional, la República hizo mucho en poco tiempo. En el dominio jurídico, se nos ofreció una Constitución que el tiempo se encargará de revisar. Pero la República no supo acometer a su debido tiempo, los dos problemas más decisivos que los españoles teníamos y tenemos planteados: la Reforma Agraria y las responsabilidades contraídas por la plutocracia católica y militar que ha llenado la historia de fango y lodo.

Corresponde al análisis objetivo e imparcial, el

estudio de los aciertos y errores que las fuerzas en presencia, cosechamos y cometimos. No nos faltará valor para reconocer nuestros fallos en el caso de que las hubiere. Es posible que los anarcosindicalistas tengamos que reconocer esta verdad: que las revoluciones no se hacen a plazo fijo; pero las fuerzas liberales, republicanas y socialistas tendrán que reconocer también que no se puede ni se debe aplazar la revolución cuando la pide a gritos todo un pueblo sediento de justicia y libertad. El hambre no se mitiga con leyes. Las grandes transformaciones no se llevan a cabo con tibias reformas. No se cambia un régimen para dejar en pie sus viejas instituciones. Cierto es que todo no se consigue en pocos años. Mas cuando se pierde la ocasión de dismantelar las posiciones del enemigo común de todos; cuando no se lucha con decisión y energía, el enemigo se reorganiza y pasa a la reconquista de sus posiciones perdidas. Tal es la experiencia que nos ofrecen los hechos. Y la ocasión, «das pintan calvas». Quiérase o no, teníamos razón al decir: «La tierra pertenece al que la trabaja», «el municipio debe administrarse a si mismo», «el latifundio debe desaparecer», «la revolución industrial y social no admite demora».

Si el oro, que por culpa de los cainitas que usurpan el poder, gastamos en la guerra civil, se hubiese dedicado a repoblar España, canalizando las aguas que se pierden en el mar; construyendo caminos de hierro, carreteras, pantanos; haciendo una revolución constructiva, que hubiera liberado al campesino y al obrero de la industria de los jornales de hambre y del entumecimiento más espantoso, ¡qué revolución más hermosa, húmeda y fecunda estarían gozando todos los españoles! No nos mueve el afán de crítica. Los males de España no se superan criticando, sino trabajando con alto desinterés, noblemente.

La C.N.T. no solamente luchó como el que más

por instaurar la República. La defendió con el liquido de su propia sangre, manando a borbotones, en las calles y los campos de España. Si mil veces se presentara esa ocasión, siempre ocuparíamos nuestro puesto de honor. Estamos con el pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Para lo bueno y para lo malo. El sacrificio nos curte, la prueba nos fortalece, la lucha nos hace fuertes. Se trata de que nos preparemos para hacer la España del mañana inmediato que queremos levantar. El Franco-falangismo tiene los meses contados. Es un accidente vergonzoso que hemos de vencer. Una vez desaparecido el régimen de Cain, hay que reemprender la nueva caminata por derroteros seguros y firmes. Abel no debe ser proscrito, condenado a muerte, fusilado cuando amanece el alba. No hay que volver a las andadas. No se den más primas al agresor que mata, el usurpador que deshonra, a la plutocracia que envilece.

Las fuerzas sanas de la auténtica democracia; el movimiento obrero, independiente y libre; la juventud avanzada y revolucionaria, tienen la palabra. La C.N.T. no quiere imponer a nadie sus ideas; pero rechaza y rechazará con energía creciente la imposición despótica venga de donde viniere. Estamos con los humildes y los explotados. Lo mejor de España, lo más sano y valioso, es el pueblo. Ya es hora de que un pueblo como el nuestro encuentre la paz en la convivencia, el bienestar en el trabajo, y la libertad en el orden conciliador de todas las libertades creadas en la escuela del respeto y la tolerancia. Hay que hacer una España nueva, orientada por una revolución constructiva y generosa, para que lo defendido y creado por el pueblo no se pierda jamás. En la lucha paciente e inflexible contra las fuerzas del mal, todos tenemos un deber a cumplir: asegurar en un solo día, si es posible, lo que puede ser el resultado venturoso de los años y los siglos.

Nadie puede trabajar honestamente para uno mismo sin trabajar útilmente para todo el mundo.

TOLSTOI

LA CIENCIA, LA TECNICA y el trabajo responsable

por RAMON LIARTE

EL sindicalismo o es esencialmente libre, o no es sindicalismo. La lucha por la emancipación integral de la clase obrera; la escuela y el hogar de los trabajadores del músculo y el intelecto; cuanto afecta directamente a la dignidad y la cultura del mundo de la producción, tiene su raíz y su cúpula en la doctrina sindicalista libertaria. Nuestro sindicalismo representa una síntesis económico-moral; es el orden nuevo que va más lejos que el socialismo y que puede sustituir a éste con creces.

Las fuerzas opuestas, sin conexión posible, se disputan la hegemonía del mundo: los explotados y los explotadores; la plutocracia fortificada en los estamentos del Estado, y el sindicalismo que resume las aspiraciones del pueblo productor. La plutocracia se ampara en la desigualdad creada por el lucro personal; el sindicalismo se apoya en la equidad, en la justicia natural y humana.

El sindicalismo es algo más que la lucha puramente material con su cortejo de aumento de salarios, mejoras parciales y conquistas transitorias que se ganan y se vuelven a perder en el continuo rodar de las contradicciones capitalistas y estatales; es una táctica revolucionaria, una estrategia social, orientada hacia la perfección y la bondad. El sindicalismo coloca al hombre en el centro mismo de su destino, proporcionándole los métodos de acción para administrar sus intereses en orden a conseguir un mundo mejor.

Manumitir al hombre que piensa, trabaja y produce; modelar el ser consciente y racional; extender por caminos libres y anchurosos las creaciones así individuales como colectivas para establecer la sociedad del bienestar; tales son los postulados éticos y morales del sindicalismo libertario. Movimiento del trabajo puesto en marcha hacia la plenitud de la justicia y el triunfo del Derecho, esto y no otra cosa es el verdadero sindicalismo.

EL PROGRESO TECNICO-CIENTIFICO

RECONOCEREMOS y saludamos los progresos conquistados por la técnica y la ciencia. La revolución científico-técnica no tiene vallas; desborda todos los diques que se oponen a su evolución. Es innegable que la técnica ha operado una revolución gigantesca, cuyas repercusiones debemos analizar para percatarnos de sus alcances y proyecciones. El hombre productor debe sentirse dueño absoluto de los útiles de trabajo; pero importa señalar que, sin una organización metódica,

disciplinada, de la producción y el consumo, no hay orden posible ni duradero. Hay que oponerse al caos capitalista creando un equilibrio general que supere los desajustes del pasado. No hay más que una solución reparadora: acabar con la diferencia de clases, estableciendo el concierto sindicalista por doquier. Por ser de esencia libertaria, el sindicalismo es opuesto a toda forma de dictadura. El seguro que, en sus primeros pasos, tendrá que recurrir a la fuerza para poner fin a la violencia de los intereses reaccionarios y conservadores que no se darán por vencidos. Ciertamente es que nos oponemos a la dictadura, mas no podemos admitir que la imposición de los menos pretenda dominar a los más. En la colmena obrera no debe haber plaza para los parásitos. El político de profesión será suplantado por el técnico competente. En una organización sanamente administrada, huelga toda acción parlamentaria. El auténtico parlamento es el de los trabajadores representantes de sus respectivas Federaciones de Industria, elegidos federativamente. El trabajo no admite intermediarios porque no delega sus funciones a nadie. Se representa, por derecho natural, a sí mismo. Entramos en una era de grandes cambios y debemos estar preparados y dispuestos para hacer frente a las innovaciones que se avecina.

Desde la puesta en marcha de la máquina de vapor hasta nuestros días, la vieja civilización capitalista trata de salvar sus intereses haciendo concesiones oportunistas. Craso error. La revolución científica-técnica plantea un problema que

debe ser resuelto con audacia y decisión: la revolución del hombre organizado que marcha hacia una nueva era social. Conveniente será, pues, que no nos dejemos desbordar por el optimismo infantil, dando saltos en el vacío. No podemos hacer del sindicalismo un dogma infalible, ni elevar la máquina a la categoría de idolo de hierro. Si el sindicalismo es la doctrina de la emancipación, como no hay duda, la ciencia debe ser la luz de la razón que guíe los pasos de la conciencia humana.

Se dice, con harta razón, que el maquinismo sirve para enriquecer a los grandes trusts, compañías y sociedades anónimas. Diremos más, y será decir poco: el maquinismo es, en la actualidad, un instrumento en poder del Estado. Pero esto no implica que deba estarlo permanentemente. El maquinismo dirigido por los capitalistas lanza a la miseria a una parte considerable y decisiva de la clase obrera. Este acontecimiento tiende a agravarse si no se ponen los remedios expeditivos para curar el mal que padecemos. Por otra parte, el artesanado se encuentra en una posición comprometida. El hombre mono-productor, excepto en algunas actividades de tipo puramente personal, está condenado a desaparecer. La máquina se impone por todas partes, ya que exige el trabajo en común. Ni la mente más preparada, ni el vidente de mayor intuición, podían vaticinar los alcances de esta revolución científica. Lo lamentable es que, en lo que afecta a la moral y al idealismo se relaciona, no se ha conseguido mucho. Acaso hayamos perdido parcelas fecundas por no habernos sabido adaptar, a su debido tiempo, al ritmo desenfrenado de la técnica. A este tenor ocurre algo parecido que con la cirugía y la medicina natural; ésta no puede hacer milagros, mientras que aquéllas hace prodigios.

PRIMERO EL HOMBRE, DESPUES LA MAQUINA

DE una y otra debemos servirnos para curar nuestros males y superar las desgracias físicas que nos torturan. En el terreno político se han obtenido conquistas que, aun siendo parciales, no podemos desestimar. Una democracia burguesa gobernada por hombres de izquierda, no será nunca nuestro ideal; pero de esto a decir que la democracia liberal es lo mismo que el totalitarismo de izquierda o de derecha, representa una falta de objetividad revolucionaria en el análisis del acontecer histórico. Lo que cabe decir, y hay que decirlo con propiedad, es que tenemos en pie una sociedad desajustada que no admite la verdadera justicia social, cuya fuerza de expansión corrosiva exige un nuevo replanteamiento de lo humano: la igualdad económica en la fraternidad social.

La invención de las máquinas, su instalación y puesta en marcha se debe al esfuerzo articulado de los obreros manuales e intelectuales. Luego deben ser explotados por éstos en beneficio de la sociedad. Ciencia sin conciencia no es verdadera ciencia. El hombre científico no puede estar desprovisto de una moral: debe ser el jardinero de

todas las cosechas nobles y justas. La ética y la ciencia deben marchar unidas, inseparables.

En el dominio de la navegación marítima y aérea, la revolución operada es maravillosa. La electricidad aplicada al trabajo va ensanchando su radio de acción. Su esfera es tan grande como el globo. La radio y la televisión destruyen fronteras, unifican a los hombres y siembran el intercambio de ideas. No hay distancias para el dolor ni para la emoción. En el mismo instante, el mundo puede ver, oír, captar el mismo hecho. Mayor conquista técnica no podía imaginarse; y, sin embargo, pertenece a millones de seres y pronto será propiedad de todos. No obstante, la humanidad no es más dichosa ni más feliz. Sin equidad, sin ternura, sin solidaridad sublime y bienhechora, no hay dicha posible. Un corazón hecho para amar, vale más que todas las máquinas puestas al servicio de la avaricia, la guerra y la injusticia. Se trata, pues, de humanizar la ciencia, de poner la técnica al lado de los desposeídos, de crear las bases de una convivencia de acuerdo con los postulados del sindicalismo revolucionario, que no es una doctrina abstracta, sino una forma de vida digna y posible a la vez.

Hay que fomentar el bien y acabar con el mal sin pérdida de tiempo. Los pueblos rezagados están acosados por el hambre. Más de dos tercios de los habitantes del planeta no están alimentados convenientemente. Pasan privaciones sin cuento. ¿Es esto especular, o hacer demagogia? La miseria y la falta de medios de higiene representan dos plagas que hacen mucho más daño que el cáncer y las enfermedades del corazón. Asia, Africa y los países sudamericanos viven, si vida puede llamarse, conociendo los zarpazos del hambre. Las llagas producidas en el cuerpo de esa humanidad abandonada, deben ser curadas. Hombres de ciencia que os pasáis las noches buscando remedios: ¡ayudadnos a reparar tanta injusticia! Hay un microbio capitalista que no deja vivir al hombre, y sólo cuando éste viva su verdadera vida, lo tendréis todo a vuestro lado. La plutocracia es incapaz de superar estos estragos. Por contra, los fomenta para que las pequeñas naciones no despierten, a fin de tenerlas sometidas y sitiadas. El sindicalismo está capacitado para establecer la sociedad del bienestar, poniendo la ciencia, la cultura y la riqueza a disposición del todo el género humano. El productor es el propietario de la herramienta de trabajo, del laboratorio y de la técnica, ya que todo le pertenece.

Quien crea, debe administrar.

Quien produce, debe distribuir.

Las fuerzas antieconómicas y antisociales están condenadas a desaparecer. La transformación del mundo es inevitable.

LA AUTOMACION AL SERVICIO DEL HOMBRE

¿QUE es la automatización? ¿Qué ventajas ofrece? Desde la máquina de coser movida por un motor, pasando por los aparatos automáticos, las máquinas sin obreros manejadas por un

técnico que apoya un botón y pone en marcha un inmenso taller, hasta la fábrica-robot, todo ese gran engranaje científico-técnico carente de alma pertenece a la automatización. Se impone apoderarse de la ciencia y no soltarla más. La revolución de barricada no ha muerto todavía; pero la revolución científico-técnica es el arma que debe emplear la clase obrera para lograr sus objetivos y finalidades. No hay fuerza más poderosa que ésta, ni energía mayor para afincar nuestras aspiraciones en la entraña misma del trabajo. La máquina debe ser puesta al servicio del hombre. ¿Cómo apoderarse de esta potencia de primer orden?

Conquistando a los técnicos, intelectuales y hombres de ciencia para nuestra causa. Nada se gana fácilmente. Cuando el feudalismo dejó de existir, muchos años antes sus instituciones habían sido asaltadas por las fuerzas nuevas del capitalismo. El ejemplo puede servir de lección. No estableceremos el sindicalismo libertario mientras no demostremos que podemos organizar el trabajo con ventaja y utilidad para todos. No acabaremos con los explotadores mientras no patentemos que la riqueza común puede ser administrada de una manera justa. Es la revolución de los hechos. Es la victoria en la prueba que sanciona. Hay que hacer la revolución científica como supo avizorar Pedro Kropotkin, diciendo al hombre: pon la ciencia a tu servicio para gozar en vez de sufrir, para vivir en vez de morir. Es indubitable que a medida que la técnica progresa, la producción humana disminuye. Se va, en partes insospechadas, a la eliminación del trabajo manual del hombre. Si no se hace una transformación a fondo, el obrero pronto no tendrá derecho ni a ganarse la vida trabajando. El maquinismo, puesto al servicio del lucro dirigido por los intereses creados, incuba la avaricia y propaga la miseria. Para poner fin a esta catástrofe, la automatización debe ser orientada, dirigida, fomentada y administrada por los sindicatos obreros.

El hombre está hecho para vivir el pensamiento y llenar sus necesidades; aspira a gozar de la riqueza de una manera digna, sin conocer los latigazos de la humillación. El liberalismo económico, con su secuela de desigualdades, no puede ordenar la vida conforme a la justicia. Los regímenes totalitarios tampoco, puesto que el Estado se apodera de los bienes, entra a saco en la sociedad y le roba sus intereses y prerrogativas. Para poner fin a la injusticia histórica, el salario debe desaparecer. Estamos, pues, en pleno período de crisis, de mutaciones. Grandes cambios se presentan a la vista. La energía atómica desborda las fronteras. No conoce clases. La solución a los problemas que plantea la genética vegetal; el cultivo de la agricultura mediante el mejoramiento de la tierra trabajada en campo abierto, puede lograrse con relativa facilidad. La energía nuclear aplicada a la agricultura dará resultados insospechados. Lo que corresponde, pues, es controlar y administrar los centros de trabajo, para producir más con el mínimo de esfuerzo; y, sobre todo, preparar a los seres para una procreación feliz, no excesiva y ruinoso en todos los aspectos. En las etapas suce-

sivas de la evolución, el sindicalismo debe propender a mejorar el utillaje, perfeccionando la máquina-útil, y explotar la electricidad como fuerza de aplicaciones redentoras. Cada etapa de la civilización tiene su significado y deja marcadas sus huellas en el tiempo y el espacio. El industrialismo acabó con el feudalismo. Es la nuestra la época del sindicalismo y hacia la organización del trabajo mancomún debemos dirigirnos. No quedemos estacionados. El tren del progreso marcha y hay que montar en él.

LO HUMANO INSEPARABLE DE LA NATURALEZA BIENHECHORA.

SE impone ir hacia la abolición de la propiedad privada, que no sólo es un robo, como señaló Proudhon, sino una ofensa sin nombre. Los medios colectivos de producción se ofrecen al humano vivir como la única garantía para establecer la sociedad por nosotros anhelada. La naturaleza pone todas sus riquezas a disposición del hombre para atenuar las penas y mitigar los dolores. No conoce razas; no tiene en cuenta el color de la piel. Somos los hombres quienes hacemos mal uso de cuanto la naturaleza nos ofrece. No fue inventada la máquina para esclavizar al hombre, sino para emanciparlo de la esclavitud. Pongamos la máquina al servicio del trabajo; ella será redentora y no opresora. Todo es cuestión de sabernos enfrentar con los acontecimientos, viendo los objetivos que debemos alcanzar y no, aletargarnos cruzándonos de brazos. Planear la nueva economía de orientación sindicalista libertaria de acuerdo con la evolución técnico-científica de nuestro tiempo; pensar y actuar, para obtener resultados acordes con la moral y la generosidad.

Lo doloroso de esta situación desbordante es que el maquinismo parece segar las plantas de la cultura y taponar las fuentes de la inteligencia liberatriz. El hombre se consagra por entero a inventar, olvidando un factor importante: se separa de la naturaleza en vez de acercarse a ella. La cultura y los valores espirituales no deben ser arrinconados para presentar en primera línea la fachada de un pragmatismo grosero y sin sentido. El imperio de la máquinas no debe anular el reinado de la sabiduría y la bondad. Un sentimiento noble tiene más valor que una polea; una idea altruista corre más que una rueda. Se trata de que la rueda y la idea marchen al unísono.

Estamos en una etapa de la historia donde todo se ha comercializado. Es el apogeo de la manufactura. Hasta el deporte ha perdido aquella emulación natural que le daba vigor y belleza; se ha transformado en un negocio de piernas y brazos, de voluntades y cerebros. Es la religión del Stadium el embrutecimiento teleguiado de las multitudes. El cine, escuela de educación y centro de aprendizaje popular, es una fábrica de deliquios marchitados en cierne. La estética y el arte ceden ante la pasión y la bestialidad. En vez de presentar programas educativos, instructivos y bellos, la radio y la televisión nos aniquilan con sus pasa-

tiempos y frivolidades. Se busca que el hombre no piense, que la mente se atrofie. Quiere hacerse del hombre un robot de la inteligencia. Para ello se ponen barreras a la evolución. De ahí que el mundo de la automatización actual sea el mundo de la aventura sin encantos sociales, en cuya escena, la moral cuenta con escasos actores. Pero es este un pasaje negro del progreso; un túnel que pronto hemos de atravesar.

A la revolución de los intereses particulares, que es la contrarrevolución histórica, cabe oponer la revolución de los intereses colectivos, base de la nueva historia.

La clase obrera debe planificar, obrando. La revolución se hace por caminos directos, o se pierde y desnaturaliza, se corrompe. Se trata de crear una base económica fuerte que anule a la burguesía y arrolle al capitalismo. Frente a la moneda, el producto; frente a la usura, la responsabilidad de cogestión entre iguales. Los sindicatos obreros tienen la palanca en sus manos para remover los cimientos donde se apoya el actual estado de cosas, creando, a su vez, una nueva sociedad, que, en sus albores, no será todo lo libre y perfecta que nosotros deseamos; pero que hará posible la justicia en la distribución y administración de los bienes. Nosotros debemos ocupar nuestros puestos de combate. El revolucionario debe prepararse, especializarse más y más, hasta ser un técnico de valía, un hombre de ciencia. Tal es su deber en esta hora de prueba.

Hay que estar preparados y dispuestos. La lucha por las pequeñas mejoras económicas, siendo importante, no debe hacernos olvidar nuestro auténtico cometido social: la transformación completa y directa de la sociedad por los que directamente están llamados a forjar su propio destino.

Si una asamblea abierta hemos de ofrecer al militante estudioso, al sindicalista libertario, es la que tiende a presentar soluciones para los asuntos del trabajo. La querrela personalista tiene mucho de herencia política al mal uso, y poco de querencia social como el sindicalismo representa. Cuando a la asamblea va la pasión, se aparta la meditación. Cuando se hagan asambleas constructivas en los sindicatos, el técnico irá a ellas a enseñar y a capacitarse, porque serán escuelas de bien decir y de cuerdo obrar. Ese y no otro, es el hogar de la clase obrera, la escuela de la ciudadanía libre; el centro motor de la revolución social. Sabido es que, en el arte como en la ciencia, en la creación y la revolución, cuando no se avanza, se retrocede. No demos más pasos hacia atrás. El mundo pertenece a los adelantados de la idea. ¿Queremos hacer sindicalismo revolucionario? Hagamos sindicatos libres e independientes. ¿Queremos hacer la revolución social? Sigamos el curso de la revolución científica para darle un contenido moral y humano. Todo menos aislarse del universo que nos rodea y del cual formamos parte. El sindicalista libertario se caracteriza por tres cosas principales: porque quiere ser mejor que el amo de la sociedad presente; porque no practica la imposición y hace posible la convivencia; porque hace la revolución de todos los días en el yunque del trabajo, en el sindicato ausente de dogmas, en la doctrina misma que lleva dentro, dándole nuevas aportaciones de valor. La política pasa y la ciencia queda; y con la ciencia, el sindicalismo. Seamos cada día menos hombres de fracción y más militantes de sindicato. Sólo así seremos capaces de iniciar las nuevas creaciones que exige el progreso creciente de la especie humana.

El hombre normal no es el común de los mortales, sino el hombre llegado a la madurez espiritual, ideal hacia el cual cada uno debe tender.

SNOECK

CORREO DE PARIS

EL HOMBRE DE LA VOZ DE BRONCE

por JULIO JUST

EL hombre que tenía esa voz que impresionaba a cuantos le oían era Henry Torres, abogado, parlamentario, escritor, memorialista, dramaturgo, político, periodista, que acaba de morir en París en una casa sin fisonomía, cerca de la Puerta de Clignancourt, no lejos de donde está el «mercado de las pulgas», más vasto pero con mucho menos color que el rastro de Madrid al que dedicó Ramón Gómez de la Serna un libro inolvidable. El Rastro, en medio del Madrid castizo, el de las crónicas de Mesonero Romanos y de los sainetes de Arniches, con sus viejas posadas y arrieros, con sus tabernas y sus ordinarios tiene más vida, más encanto, más atracción que el Mercado de las Pulgas de París, que por las noches, y aun de día, cuando llueve a cántaros y sopla el viento, ululando en las aristas de las casas oscuras, tiene un aire siniestro. Pues en ese ambiente, lejos de los teatros, del Palacio de Justicia, de las calles con lujosos comercios, de los cafés elegantes o de los cafés literarios, en donde pasó buena parte de su vida tumultuosa, vino a morir Henry Torres que era un hombre refinado, amigo de la buena música, de los libros, del teatro de ayer, el clásico, el de Racine y el de Corneille, empapado de cosas de España, y del teatro de vanguardia, que escandaliza a los pazuatos; que amaba a Pissarro y a Manet, como amaba a Picasso y frecuentaba a Rodin, el Rodin revolucionario de «Los burgueses de Calais» y el del «Pensador», mucho más que el de Balzac. Antes de ir a vivir en ese barrio de la Puerta de Clignancourt desde la que se ven las humaredas de las fábricas de cemento, de productos químicos, de armaduras de hierro de la llanura de Saint-Denis, dominada por unos antiguos fuertes, restos de las antiguas murallas de París en donde viven miserablemente miles de españoles de los que ha empujado a la emigración el régimen franquista, y de portugueses que suelen llegar a Francia clandestinamente en vagones de ganado, precintados, cuya extrema miseria clama al cielo contra Salazar, hombre frío y cruel, como Franco; antes de ir a vivir a ese barrio que hace anarquistas a los hombres más mansos, más pusilánimes, Henry Torres, el abogado famoso, el abogado de las

causas célebres, el de los ruidosos procesos de la Sala de lo Criminal, en que su voz poderosa con resonancias de bronce —alguien ha dicho que sonaba como el bordón de Notre-Dame—, hacía temblar los cristales, Henry Torres vivió varios años. al retirarse del Colegio de Abogados, en un famoso hotel, cerca del Parque de Monceau, uno de los más bellos de París. Allí recibía y allí trabajaba colaborando en varios periódicos de arte, de sátira política, de crítica literaria. Muchas veces, abogados jóvenes que habían oído hablar de él con admiración acudían a consultarle. Los que habían colaborado con él no lo olvidaban. Por cierto que hablándome un día de uno de ellos que se habían metido en política y defendía con violencia frenética las posiciones más reaccionarias, me dijo: «Si alguna vez me he de vestir de nuevo la toga será para defender a ese hombre a pesar de que estoy a mil leguas de sus ideas; pero no puedo olvidar que ha sido colaborador mío y me inspira lástima, pues está malbaratando el talento que tiene.»

Henry Torres que era de origen sefardita, oriundo de Portugal, nacido en un pueblo del Eure, Normandía, era popular y querido por los emigrados políticos españoles a muchos de los cuales defendió. El primer acto en favor de ellos que tuvo gran resonancia, fue el de su defensa del coronel don Francisco Macià, jefe del Estat Català que en noviembre de 1926 intentaba penetrar en España con un grupo de adictos entre los que figuraban Martí Vilanova, José Rovira, Ventura Gassol, un buen poeta, cantor de las glorias catalanas, Jaime Miravittles y un grupo de italianos a cuyo frente estaba Ricciotti Garibaldi, descendiente del hombre de los mil de Marsala, que por cierto traicionó a los expedicionarios. Macià se proponía levantar el pueblo catalán contra la dictadura del general Primo de Rivera y proclamar la República Catalana. Henry Torres hizo una defensa elocuentísima y valiente que fue una revelación en el Palacio de Justicia de París. Los patriotas catalanes no la olvidaron nunca y sobre todo Macià que al proclamarse la República Española y ser él elegido Presidente de la Generalitat, una de las primeras cosas que hizo fue invitar a Torres a Barcelona, recibéndole en el Palacio

de la Generalitat, con su patio del siglo XV, su bellísima escalera, su capilla de San Jorge y sus salones colgados de tapices de Flandes y su maravilloso patio de los Naranjos. Torres se complacía en evocar esos esplendores, la gracia y armonía de la Barcelona gótica, con su catedral y su iglesia de Santa María del Mar, y sobre todo el «aire caballeresco de don Francisco Macià, su hermosa cabeza digna de Donatello, sus grandes ojos negros con frecuencia pensativos...». Nadie ha dicho sobre Macià, el don Quijote catalán, cosas más penetrantes, más fervorosas. La imagen de él se había quedado grabada para siempre en su espíritu. Y al lado de este gran señor digno de figurar en las páginas de oro que Cervantes dedica en su Don Quijote a Barcelona, «archivo de cortesías», están los anarquistas. Los anarquistas a los que Henry Torres quería y admiraba, Torres, del que había dicho Anatole France «que no se podía concebir una causa justa sin que a ella estuviera asociado el gran abogado», que se sentía satisfecho, orgulloso de haber defendido y hacer absolver a Germaine Berton, una criatura en la que parecía haber encarnado Luisa Michel y que mató a Marius Plateau, uno de los más entusiastas animadores de «L'Action Française», como defendió e hizo absolver a Henri Guillebeau, amigo íntimo de Trotsky y de Lenin, estaba sobre todo orgulloso de haber defendido a docenas de anarquistas españoles; los italianos y los franceses han ido desapareciendo detrás de Malatesta, de Grave, de Eliseo Reclús, de Sebastián Faure. Los anarquistas

españoles eran para Henry Torres, que muchas veces los sentó a su mesa, oyéndoles hablar de sus años de cárcel, de sus persecuciones, de sus valientes y a las veces tiernas compañeras, de sus ensueños de reformadores sociales, de su quijotesca empresa de redimir esclavos del capital y hacer triunfar la justicia en el mundo; los anarquistas españoles eran para Henry Torres unos místicos del ideal anarquista, como Santa Teresa y San Juan de la Cruz lo eran de la Ciudad de Dios. En el fondo todo anarquista español considera a Jesús, sobre todo el del lago de Tiberiades, el amigo de los humildes y perseguidos, como un compañero que sabe decir cosas grandes y bellas en un lenguaje sencillo salpicado de imágenes que tienen el mágico poder de explicar lo profundo y lo inefable. No es de extrañar pues que cuando se llevaron los restos de Henry Torres al Colombario del Cementerio del Père Lachaise, el más antiguo de París, donde están entre otras las tumbas de Musset, de Rossini, de Abelardo y Eloisa, para incinerarlos, hubiera un grupo de anarquistas españoles, que asistían gravemente a la austera ceremonia y siguieran después en recogido silencio al cortejo de amigos y admiradores a los sepultureros que llevaban la urna con las cenizas del que fue en el foro y en el Parlamento la viva encarnación de la elocuencia antigua que desde el fondo de los siglos, viniendo de Oriente y pasando por Grecia y Roma ha dejado en el alma de los hombres un rastro de luz.

París 4 de marzo de 1966.

PAGINA DEL
MAESTRO |||

Palabras proféticas

LEYENDO hace unos meses «El Adolescente», de Dostoyevski —vuestro gran Dostoyevski— encontré algunas páginas, en mi opinión proféticas, que me afirman en la idea que siempre tuve del alma rusa. Un personaje de esta novela, Versilov —cito y resumo de memoria, porque mis libros han quedado en Madrid—, dice, conversando con su hijo, que llegará un día en que los hombres vivan sin Dios. Y cuando se haya agotado esa gran fuente de energía que les prestaba calor y nutría sus almas, los hombres se sentirán solitarios y huérfanos. Pero añade —y esto es a mi juicio lo específicamente ruso— que él no ha podido nunca imaginar a los hombres como seres ingratos y embrutecidos. Los hombres entonces se abrazarán más estrecha y amorosamente que nunca, se darán la mano con emoción insólita, comprendiendo que, en lo sucesivo, serán ya los unos para los otros. La idea y el sentimiento de la inmortalidad serán suplidos por el sentido fraternal del amor. Claramente se ve cómo Dostoyevski es

un alma tan impregnada de cristianismo, que ni en los días de más orfandad y más negro ateísmo que él imagina puede concebir la ausencia del sentimiento específicamente cristiano. Y expresamente lo dice Versilov, al fin de su discurso, en estas o parecidas palabras: Entre los hombres huérfanos y solitarios, veo al Cristo tendiéndoles los brazos y gritándoles: ¿Cómo habéis podido olvidarme?

Como muestra de cristianismo, el alma rusa, que ha sabido captar lo específicamente cristiano —el sentido fraterno del amor, emancipado de los vínculos de la sangre—, encontrará un eco profundo en el alma española, no en la calderoniana, barroca y eclesiástica, sino en la cervantina, la de nuestro generoso hidalgo Don Quijote, que es, a mi juicio, la genuinamente popular, nada católica, en el sentido sectario de la palabra, sino humana y universalmente cristiana.

ANTONIO MACHADO

El hambre y sus consecuencias sociales

► por Severino CAMPOS

UNA amplia producción de literatura, abordando los problemas económicos de nuestro tiempo, se está ofreciendo a las personas con vocación a esas disciplinas. A través de ella, a excepción de los motivos que en sí lleva la cibernética, lo fundamental es de muy poca variación medular. Es notorio el temor a abandonar los ángulos de la llamada economía capitalista, por lo que no se consignan soluciones fundamentalmente humanas.

No obstante el tiempo transcurrido, con rarísimas excepciones, desde Ricardo, Adam Smith, Stuart Mill y otros, a las teorías modernas que abordan los mismos sistemas, nada ha habido que altere los fundamentos en que históricamente se rige el capitalismo. Incluso los llamados regímenes socialistas, que en algún tiempo significaron una esperanza redentora, adolecen de defectos similares a los sistemas que suplantaron.

«Al comienzo —habla B. Masseyeff, «El hambre», página 47— los esclavos no eran maltratados y tenían un mínimo de seguridad. Luego las cosas cambiaron; el esclavo fue considerado una simple bestia. El comportamiento de los amos fue dictado únicamente por consideraciones económicas. De la antigüedad a los modernos campos de concentración, pasando por los siervos de la Edad Media y las plantaciones de las Américas, esta explotación sistemática del hombre por el hombre casi no ha cambiado su principio: en el fondo, entraña invariablemente el hambre del esclavo.»

Si no con las mismas palabras, con otras de similar alcance llegamos a idéntica conclusión. La seguridad del ser humano, cuya primera condición es la garantía de la alimentación y el trabajo, no ha sido resuelta por los sistemas de control capitalista y estatal. En este sector de la vida, si bien atenuados por la presión de las creaciones científicas, los sistemas que tienen su base en los fundamentos del capital y del Estado giran alrededor de los vicios que ostentaban hacia siglos.

No son las modernas teorías económicas la solución de lo que la Humanidad necesita resolver a la mayor brevedad. Ante ellas, hoy, como hace un siglo, se yerguen con razón indiscutible Henry George, Proudhon, Estrada, Costa, Kropotkin y alguno más. En la vida social de nuestra época se agitan situaciones que reclaman un cambio presidido por prácticas de equidad; es decir, por una tendencia igualitaria que tenga en cuenta todo lo substancial a la vida del hombre. Es un clamor donde van unidas las voces de la salud, de la cultura y de la paz universal. Y si éstas no son aten-

didadas, el impacto de las prácticas que se vienen efectuando no conducirá a otros resultados que a los que tanto se lamentan.

Lo que falla para lograr un equilibrio económico que satisfaga las necesidades humanas no son los recursos naturales; tampoco el grado de la técnica que puede aplicarse a la utilidad social. Todos los defectos que hacen trágica la situación giran alrededor de los sistemas de distribución del producto que determina el trabajo; si esto se modificara fundamentalmente, automáticamente tendrían solución muchos problemas que hoy torturan a una gran parte de la población.

La deficiencia de alimentos es fomento de enfermedades que, en algunas zonas demográficas del mundo ha adquirido ofensiva aterradora. En el sector cultural, el mismo motivo limita el desarrollo de las facultades mentales en un ochenta por ciento de la población. «Una de las principales características de los países subdesarrollados —otra vez habla Masseyeff— es el débil rendimiento de su agricultura. Aun cuando la totalidad de la energía sea empleada en la producción de víveres, los cultivadores no siempre llegan a satisfacer sus necesidades fisiológicas.»

Este testimonio lo hemos comprobado en cuatro países de América. ¿Dónde radican las causas de esas deficiencias? Por más que meditemos siempre nos hallamos frente al sistema de distribución. Está talmente caracterizado de inhumanismo, que su propia práctica, precepto consustancial al capitalismo y al Estado, inhabilita al hombre por donde más y mejor podría impulsar la prosperidad social. Cuando un individuo no está suficientemente nutrido, cuando la desnutrición ya es crónica a través de generaciones, ¿qué puede hacer? ¿En qué puede pensar? En el supuesto que la naturaleza le ofreciera bastantes recursos, artículos de fácil adquisición, si se carece de fuerza física para el trabajo indispensable, nada, o bien poca cosa, puede resolverse.

Tal vez haya quien aprecie estas consideraciones como retablo de diferencias ideológicas con lo generalmente estatuido. Algo hay de eso, pero lo fundamental está al margen de las rivalidades políticas. Meditamos, y emitimos consideraciones, teniendo en cuenta las necesidades agobiantes del hombre. Nuestra oposición a los sistemas vigentes no es caprichosa. Hay motivos de fundamento humanitario, y de lógica social, más allá de todo credo político y religioso, que nos inducen a la protesta y nos sugieren normas de solución.

La indiferencia no puede prevalecer ante condi-

ciones que mantienen a la Humanidad en situación desesperante. Es muy difícil, para los hombres de sensibilidad imposible, permanecer en silencio e inactivos, cuando en la población mundial existen grandes focos que claman angustiosos por la solución del pan. Todavía más cuando, en contraste a esa realidad, hay zonas privilegiadas, monopolistas de vidas y haciendas, que despilfarran lo que podría ser un eficaz tributo a la paz y bienestar de los pueblos.

Cuando no hay constancia de una sensibilidad que capte y haga suyo el dolor ajeno, el rigor de la tragedia que actualmente viven algunos pueblos pasa desapercibido. Tras el armisticio de la pasada guerra mundial, Alemania fue uno de los países donde el hambre causó mayores estragos. Hasta tal extremo llegó la desesperación, que una comisión de médicos no tuvo por menos que dirigirse al mundo en los términos siguientes:

«El cuerpo médico alemán invoca la conciencia universal y pide que no se tolere más tiempo la alarmante declinación de la salud del pueblo alemán. La mayoría de este pueblo vive hoy con un tipo de régimen que sólo contiene aproximadamente un tercio del mínimo alimentario prescrito por los técnicos internacionales... El estado reinante de hiponutrición crónica ha provocado un sensible descenso de capacidad física, y no sólo ha disminuído la eficiencia del pueblo germánico; también ha afectado gravemente la capacidad intelectual y su estructura social.»

He ahí, más concretamente, que lo hicimos anteriormente, los efectos del hambre en el individuo. Con todo y ser un testimonio que abona nuestra tesis, no significa la condición más grave lo que ponen en evidencia los médicos germaos. Claro está que acababan de soportar una guerra que duró casi cinco años. Por esa misma circunstancia, el problema pudo resultar más complejo, ya que a la falta de alimentos iban unidos otros motivos que alteraban al individuo.

Sin embargo, para apreciar en su justo valor la influencia de la desnutrición, en todas las personas que la sufren, hay que tener en cuenta la constitución física de los afectados. Si en el pueblo alemán llegaron las cosas al extremo que consignan sus representantes médicos, ¿en qué estado quedarían otros pueblos europeos y algunos asiáticos? Vale la pena no perder de vista, para los efectos de una conclusión convincente sobre el particular, que las condiciones alarmantes de Alemania eran producto de un lapso relativamente corto, en relación con lo que soportan otros países del mundo.

¿Qué repercusión puede tener ese mismo fenómeno, por ejemplo en la India, donde la falta de alimentos es crónica y las enfermedades muchas y permanentes? El impacto que primero aparece en la escena social lo vemos en la infancia. Mientras en Gran Bretaña muere uno de cada trescientos veintidós de los recién nacidos, en la India muere uno de cada once. Si bien la desnutrición tiene su repercusión más honda e inmediata en los niños, embarazadas y lactantes, no deja de ser

un signo tormentoso y fatal en las demás edades, como iremos comprobando.

Si en unas edades más que en otras, un régimen alimenticio insuficiente y desequilibrado menoscabo a la salud de todas las personas. Especialmente la juventud, en el factor que nos ocupa tiene el adversario más inmisericorde para la consecución de buenos fines particulares y sociales. Si los efectos sobre la personalidad física tiene su importancia, como consecuencia del hambre, ahí van implícitas inclinaciones éticas, y atraso menatl, que al individuo dejan muy debajo de lo que podría ser mediante atenciones normales.

El problema de la India, que antes hemos aludido, es de una crueldad que no tiene nombre. Solamente la tuberculosis afecta a 6.000.000 de personas; de esta enfermedad mueren anualmente 1.200.000 de ellas. (Véase «Science Digest», abril de 1964.) Esta es una monstruosidad que debería avergonzar a los que rigen los destino del mundo actual. De esas condiciones, terriblemente lastimosas, se infiere un problema social de dimensión incalculable. Una inspección hecha a través del país ha llegado a la conclusión, que en miles de poblaciones, motivado por el hambre y las enfermedades, el 87 por ciento de los habitantes permanecen sin ninguna actividad productiva.

Este estado de cosas tiene aspectos muy deplorables que socialmente afectan a toda la Humanidad. Si no con la agudeza que la miseria se pronuncia en la población hindú, condiciones muy similares prevalecen en Africa, la misma Asia y América. Todo esto se debe, donde quiera que se da, a las condiciones impuestas por la civilización capitalista. En este sentido, la trayectoria de las potencias europeas ha sido nefasta; y la que está labrando actualmente el capitalismo yanqui no lo es menos; el hombre y la desolación es la estela que brilla por todas partes.

La actitud subversiva de los pueblos asiáticos tiene su explicación en la miseria y en la esclavitud; el rol de la cultura es insignificante. Son revoluciones que podrán resolver el problema de independencia nacional, pero dejarán sin solución el de manumisión humana. Existe una gran diferencia entre una y otra conclusión. El hambre no desaparecerá del área nacional donde prevalecen los líderes de turno; éstos actúan con una mentalidad no superior a los que han desplazado: son la nueva casta, afanosa de bienes, de dinero y de servilismo.

Hay que indicar y postular otras soluciones. La India tiene un territorio de 3.288.880 kilómetros cuadrados; su población es de 403.000.0000 de habitantes. Esa densidad humana lleva implícitos todos los defectos de las tradiciones estatales y capitalistas, y de las estúpidas creencias religiosas que tienen por aliados. La riqueza de fervor y obediencia, dedicados a los dioses y al Moloc estatal, ha hecho infecunda su inteligencia y el espíritu de iniciativa; el suplicio en que viven no les dejan ver la imagen de la auténtica y sublime emancipación.

Frente a todos esos problemas de miseria, donde se desenvuelven en comandita lo físico, moral e intelectual, la O.N.U. fracasará estrepitosamente.

EL UNICO ESFUERZO UTIL



por HAN RYNER

Si, en el presente, individualismo fraternal y comunismo libre parecen ser adversarios, es tal cosa una de las innumerables condenas del presente. Individualismo y comunismo son los dos polos de la verdad humana, nuestras necesidades más profundas. Mientras no podamos apaciguarlas, unir las, hacer de esos dos enemigos aparentes dos colaboradores felices, el hombre seguirá siendo cosa incompleta, malhumorada e impotente.

Individualismo: verdad esencial de mi espíritu. Comunismo: verdad esencial de mi corazón y de mis manos. Yo sólo puedo pensar por mí mismo. Mi corazón busca el calor de otros corazones. Celosas y solitarias en la obra de arte, mis manos, desde que se trata de tareas para la vida material, están deseosas por ayudar y por recibir ayuda.

Y no he dicho nada más que un solo aspecto. El equilibrio está aún más mezclado y mejor anudado.

En la misma vida intelectual, el individualismo se completa con el comunismo. Tal pensamiento que yo protejo contra las infiltraciones y las banalizaciones, la deseo hacer carne y verbo, hacerlo sensible e inteligible, darlo como el árbol da su fruto.

Todo comunismo razonable se equilibra con individualismo. Si no se devuelve algún amor por mi amor, huyo. Si de los productos del trabajo co-

El hambre y sus consecuencias sociales

Los paliativos no son remedios; a la postre, con los procedimientos que se aplican, el mal resurge, adquiere vigor y se abre camino. ¿El factor alimentación? Muy importante. De primer orden. Pero dados los extremos a que se ha llegado, hay que pensar en el hombre, vigorizarlo, despejar su inteligencia y purificar sus sentimientos, hacerlo apto para producir y para la vida social. Si no median esos factores, lo demás sólo contribuye a prolongar el mal.

Cuando se habla del combate contra la miseria, especialmente contra la desnutrición, se alude como casi providencial la producción agrícola. Con los elementos que hoy se disponen, dedicados a esa solución, no hay imposible; ahí tenéis a Israel como testimonio. Sin embargo, el Lejano Oriente, mientras su proporción con relación a la población mundial es del 44 por 100, la producción agrícola sólo alcanza el 18. ¿Cuál es la solución?

mún, no se me da mi legítima parte, protesto mediante reclamaciones, por la rebeldía, o por un sistema desdeñoso o por la abstención, o por el cálculo o por la pereza.

Existen asociaciones que son inevitables; hay otras que son deseables. El individualista no las rechaza sin examen. A todas, les pide, que sean naturales, iguales y abiertas. Y quiere que sirvan a todos sus miembros en vez de servir solamente a algunos de ellos. Y no quiere que, útiles por dentro, sean saqueadoras y paralizadoras por afuera.

El sindicalismo reformista de ahora, es cosa artificial, desigual. Contiene sus jefes y sus seguidores, sus aprovechadores y sus engañados. Comprendo muy bien al individualista que de él se separa tapándose las narices, como se aleja de las iglesias. Aquí como allí, la política todo lo invade; allí como aquí, se explotan los sentimientos fraternales. Y encuentro poco interesante que el explotador se llame cura, secretario, pastor religioso o delegado sindical.

También comprendo al individualista que en el sindicato, ama con inquietud y esperanza un germen y una promesa. Envenenado hoy por el ambiente, tal vez tenga la robustez de rechazar las toxinas y luego cooperar al saneamiento del medio. Tal vez sea el rudimento y el compás de espera de la organización que permitirá vivir al otro día de la Revolución.

Lo importante es que, en el sindicato o fuera del sindicato, yo sea yo mismo. Lo importante es no olvidar que una organización es natural si los delegados obedecen a una voluntad general aparente. Lo importante, es saber que una sociedad natural no es posible más que entre individuos, entre únicos, entre hombres lo bastante subjetivistas para que ninguno quiera el sacrificio de los demás.

En el sindicato o fuera del sindicato, lo importante es el no dejar adormecer el individuo que hay en mí y, cuando la ocasión se presenta, despertar a otros individuos en mi alrededor. Vendrá la salvación cuando las conciencias serán numerosas, armonizando razón y corazón. Equilibrio que no permitirá ser engañado ni dejarse engañar.

Esta labor lenta es la sola que dará, en su tiempo, resultados duraderos. Lo demás no es más que apariencia y engaño.

LITERATURA VIVA ▼

por EUGEN RELGIS

La vida humana no es una novela, un drama o una elegía. Tan excesiva, tan abrumadora ha llegado a ser la «literatura», especialmente en los países culturales, que un hombre común y hasta un intelectual cree que se puede captar, mediante los libros, una visión verídica de las realidades, una expresión inmediata de las mismas. La mayoría de los autores abarcan y limitan la vida en ciertos marcos convencionales, desarrollando la acción según ciertas reglas, ciertos principios éticos o normas estéticas que deben constituir la unidad y la belleza de la obra de arte. Y muchos, muchísimos lectores perseverantes, insaciables como maniacos, se apartan así de la vida real, contemplándola a través de los anteojos coloreados de los sentimientos generosos o mórbidos, de los lentes que aumentan o deforman los vicios siempre combatidos y las virtudes consagradas por la moral pública. Tantos literatos, y de los más célebres, han llegado a «conocer» la vida humana más bien por los libros y aun solamente por los libros. Demasiadas son las obras literarias, y de las más preciadas, plasmadas con el material de otras obras literarias; hasta la naturaleza está descrita según otras descripciones de la naturaleza; y el hombre está llevado de un suceso a otro, cual un muñeco atado a los hilos del titiritero que sabe de antemano qué va a hacer su «héroe», qué debe sentir y pensar, y dónde tiene que triunfar o morir en su derrota.

Esta literatura florece más en tiempos de abundancia ociosa, de cómoda mollicie, en que el bienestar de la civilización se extiende como un velo multicolor sobre los arrabales y las fábricas en donde se agotan las muchedumbres, estafadas en su trabajo y mantenidas en esa esclavitud de la que brotan las riquezas, como las flores hermosas, pero enfermizas que arraigan en podredumbres. La primera guerra europea, y luego la segunda guerra mundial, con sus trastornos catastróficos, con sus tragedias colectivas y con la depreciación de todos los valores artificiales, han desparramado también las montañas de maculatura literaria que se levantaban, obsesionantes, en los ámbitos de la cultura occidental. La vida se ha librado de las normas ficticias del libro. El lector se ha encontrado, sin quererlo, ante la vida misma, y tuvo que defenderse y resistir con sus propias fuerzas. Los buenos espíritus literarios se mostraron en toda su inaptitud: ya no amparaban a los virtuosos y no castigaban a los malvados. Las leyes de la vida son distintas a las leyes de la moral literaria.

Ante esta evidencia, muchos rechazaron el libro, para vivir, eso es, para luchar en el entrevero social, penetrar en la humanidad multitudinaria que

los rodea y en la naturaleza siempre exigente pero fructífera. Del hecho de que después de la guerra se lee menos que antes (y no sólo por la carestía de los libros y por la competencia del cine y la radio) algunos se apresuraron a concluir: ¡Epoca anticultural!

La literatura viva —analítica o descriptiva, psicológica o social— tiene la misma característica esencial: la veracidad, y la misma ley: el dinamismo. ¡La verdad y el movimiento! Palabras surgidas de lo hondo, de todos los empeños y afanes; gestos determinados por las necesidades, acciones impuestas en las luchas sociales. Ya no es el cómodo ordenamiento de cierto tema o «argumento», con efectos calculados y desenlace previsto. Es más bien una sucesión de episodios, frecuentemente en dominios contradictorios (como es la vida), acontecimientos imprevisibles, hechos espontáneos (igual que los de la vida), expresados en frases breves o peroraciones que estallan de las tormentas del alma, o sentencias que se desprenden de la conciencia humana cual las manzanas maduras.

Por esta transposición febril, pero inalterada de las realidades —lo que no es mero «naturalismo», «verismo» o fotografía literaria— los tipos humanos aparecen en toda su evidencia, vivientes y a la vez representativos. Las figuras que sobrepasan a las multitudes medianas, se perfilan por solo algunas palabras o algunas «proezas». El hombre, con su heroísmo de todos los días, con sus dramas colectivos, sus mezquindades y bestialidades, pero también con sus nobles aspiraciones, no influidas y modeladas por modas literarias. La verdadera sustancia y meta de la literatura de postguerra (y de siempre) es la humanidad misma, con su planeta adornado, con ciudades que palpitan como corazones, con inmensas fertilidades, con desiertos a la espera de la invasión de la máquina. Esta literatura está buscando la esencia humana en el más humilde individuo y también en el «superhombre»; penetra en todos los escondrijos de los sufrimientos y felicidades, y anhela hacia todas las victorias forjadas con las herramientas meticulosas, persistentes o con el espíritu clarividente, en solidaridad creadora con las fuerzas eternas.

Los literatos de las nuevas generaciones no son, no pueden ser meros artesanos de la pluma, sino hombres que saben ver y penetrar la vida antes de describirla, que luchan con la vida antes de glorificar un triunfo, que sienten y conocen los innumerables vínculos con sus semejantes de cerca y de lejos, y a los cuales ofrecen sus obras, los libros, de igual modo que el árbol se deja despojar de sus frutas por el sediento caminante...

LA RAZON SUPREMA DE NUESTRA LUCHA

Por España y la Humanidad toda

por FLOREAL OCAÑA

EL peligro de la guerra nuclear pende sobre las cabezas de todos los seres humanos del orbe.

La tensión psicológica va en aumento produciendo desequilibrios nerviosos y psicómaticos en un número cada día mayor de nuestros congéneres de todos los idiomas, de todos los colores, de todas las razas.

La angustia crece en todo el mundo. Hablen sino nuestros semejantes normales —en la medida que hoy pueden serlo— de todos los continentes, particularmente los que viven en los países europeos por los que viviendo en América hemos sufrido y sufrimos desde hace varios lustros —al menos el que escribe que vive en México, y supongo que otros sujetos sentirán lo mismo—. Digan si es o no cierto lo que **sentimos** y pensamos: que poco después de 1945, al empezar, entre las llamadas grandes potencias, la carrera armamentista nuclear, perdieron el sosiego los ingenuos **bienintencionados** que lucharon con las armas en las manos por las «democracias» creyendo que lo hacían por la Libertad, que sería la última guerra y que hasta el régimen franquista que se impuso al pueblo español por la intervención armada nazifascista se derrumbaría.

Hemos **sentido** y pensado más: que todos los amantes de la paz que viven en Europa, en medio de tan dramática situación, la mayoría de las noches del año, de todos los años, hasta el presente, se acostaron —y se acuestan, con más temor cada día— **sintiéndose** terriblemente amenazados, con zozobra indescriptible, angustiados pensando que quizás los despierten —los que lograran despertar—, repentinamente, el estallido atómico provocado por uno u otro de los gobiernos que luchan por obtener la hegemonía autoritaria y económica en todo el planeta Tierra.

En esta hora en extremo grave que nos ha tocado vivir **sentimos** y comprendemos, más que nunca, que ninguna distancia media entre los seres humanos que nos queremos, y que hasta amamos a los sujetos indiferentes a nuestras ideas humanizantes y a los ilusos, por muy superiormente —vanidosamente— instruidos que se crean y así los considere el vulgo, al creer posible que religiones y Estados malhechores pueden realizar, «voluntariamente», acciones bienhechoras: de paz y de equidad, de Justicia Social.

Los sujetos con o sin títulos académicos y universitarios que leen y ven claro con los ojos de sus

entendimientos propios, bien abiertos o no cegados por «fes» irracionales religiosas y políticas, aprenden lo que las respectivas historias de religiones y Estados enseñan realmente: que los pasos de aquéllas y de éstos, por doquier, por todos los pueblos, en todas las épocas señalan todos, absolutamente todos, solamente huellas de guerras sangrientas por lograr botín y ampliar sus áreas de tiranías y de explotación en perjuicio mayor de los pueblos derrotados invadidos.

Cuantos de nuestros semejantes nos han comprendido todavía esta realidad, tan confirmada por la historia contemporánea que vivimos, por ilustrados que se crean los consideramos, cuanto menos, respetuosamente, víctimas de la perversa y degeneradora, mala, dicho en una palabra, instrucción y «educación» política-religiosa, autoritaria. Esta es la cosa odiosa que ningún respeto nos merece, porque sólo ha tenido y tiene por objetivo anti-biológico, anti-social, anti-humano, cruel, cultivar las tendencias de agresividad en todos los seres humanos desde el mismo día que nacen hasta que mueren o los hacen morir matando en guerras para la mayor gloria de «dios», ayer, y del Estado, hoy, para mal mismo de los trabajadores manuales e intelectuales que logran sobrevivir, de los pueblos y de las madres que quedan sin hijos!

De México a Europa midense miles de kilómetros. Es verdad geográfica y matemática, innegable; pero otra gran verdad o **realidad psicológica** que nuestra sangre y todo nuestro ser **sensible** comprueba vibrante de rebeldías y de **afectos**, apasionadamente, aunque sin ofuscarnos, y que, sin embargo, no podemos escribir con letras, es lo que **sentimos** tan honda y angustiosamente al «ver» más cerca del peligro atómico y de los totalitarismos autoritarios a los libertarios, a tantos hermanos en ideas y sentimientos: que la distancia psíquica-mental, **emocional** y **afectiva** no existe. Ante un hecho cualquiera, en un momento dado, podemos experimentar hasta la misma **emoción** no importa lo alejados que estamos geográficamente.

Nada nos separa —ni hemos de permitir que nos «distancie»— a los humanistas libertarios; a todos nos acerca y nos unen, por encima de las distancias terrestres, sentimientos y pensamientos superiores: el dolor y el amor a nuestras ideas de emancipación integral de los hombres con las que queremos acabar con el primero: con el dolor; **repetimos**, o al menos con todos los dolores que de la

inteligencia científica-humanizada y de la buena voluntad de los seres humanos depende darles fin.

Nos sentimos, realmente, situados no en este o en aquel lugar geográfico en México, en España o con nuestros antipodas, sino dentro de la misma situación vital —o en las situaciones vitales— que viven nuestros semejantes en todo el mundo aunque, en el presente, lo estemos, particularmente, de los que habitan en Europa por considerar que es el continente sobre el que es más posible se inicie la tormenta termonuclear que están preparando, suicidamente, los Estados.

En el sentido precitado la situación de España vista desde ésta, desde México y de cualquier otra región del globo terrestre, es la más directamente comprometida por haber Paco «El Sanguinario» admitido que el territorio hispano sea, en Europa, el mayor arsenal de armamentos nucleares manejados por guerreros norteamericanos. En caso de guerra entre el Tío Sam y la Rusia dictatorial ésta «barrería» el suelo ibérico con fuego atómico antes mismo que al de la Alemania occidental, que a poblaciones norteamericanas y que a otros países.

¿No va siendo ésta la preocupación mayor del pueblo español? Sin duda. En particular después del choque aéreo ocurrido el 17 de enero del año en curso de un bombardero nuclear B-52 con un avión tanque durante una operación de reabastecimiento de combustible. Estos aviones norteamericanos se estrellaron cayendo el primero con cuatro bombas de hidrógeno. ¡Nada menos!

Declararon campesinos del lugar que las tres bombas que se incrustaron en el suelo de Almería —donde nació el padre del que escribe— fueron halladas a los cinco días del accidente y la cuarta, que cayó en el mar, cerca de Palomares, el 21 de febrero todavía no la han hallado. Y es el día que nos decidimos —hablo en nombre de los que así pensamos— a escribir estas líneas al leer, en la prensa, en esta fecha, que «los militares norteamericanos han perdido la esperanza de encontrarla». En la misma precitada fecha leemos en los diarios mexicanos las siguientes informaciones, reproducidas de publicaciones inglesas, que más nos alarmaron, que nos conmovieron y nos hicieron tomar la pluma al instante: que «sería un error grave menospreciar la situación, ya que el estallido de la bomba perdida acabaría con el sur de España». El «Sunday Citizen» concluye diciendo que «la bomba puede estallar».

Encuentren o no la bomba y ésta estalle o no el caso es que el peligro común nos acecha a todos: la guerra nuclear. Y tanto o más que a otros pueblos al pueblo español.

¿Qué efectos terribles ha podido producir ya —y seguirá produciendo— la radiactividad de dichas bombas y los restos del avión que las transportaba en las aguas, en la flora, en la fauna y particularmente en los habitantes de la región andaluza? Muchos, aunque ignoramos la extensión de los mismos por silenciarlos los franquistas, con la complicidad de los falangistas de izquierda y otros «traidores», todos mintiendo al pueblo español por estar al servicio del enano de El Pardo y del impe-

rialismo norteamericano como otros sujetos sirven a los dictadores rusos.

A Paco «El Sanguinario» lo ocurrido con las bombas nucleares le servirá para pedir al Tío Sam más sueldo, unos millones de dólares «extras» para apalea, encarcelar y hasta exterminar a los españoles que persistan en gritar por campos, calles y plazas hispanas: «¡Fuera de España los artefactos nucleares! ¡Váyanse los militaristas norteamericanos!», etc. Pero cuando toda la España quijote se levante, justiciera, como un solo hombre, contra la anti-España representada por el franquismo y sus cómplices, de nada servirán a éstos todas sus fuerzas como de poco le sirvieron en julio de 1936, en la media España que a tiempo despertó, se alzó y venció a los ejércitos franconazifascistas.

El accidente aéreo ha tenido la virtud de despertar rebeldías y conciencias en la España del Quijote nada querida por el enano de El Pardo como lo demuestra, claramente, a plena luz pública, haciéndose cómplice de los militaristas norteamericanos: contribuyendo a poner en peligro de muerte horrenda a todos los españoles, partidarios o no del franquismo. ¡Y hasta a sus propios familiares!

Si ni a los suyos ama: a su esposa, a sus hijos, a sus nietos, etc., ¿qué sujeto normal puede esperar que Paco «El Sanguinario» «vele» por el bien siquiera de algunos de sus connacionales franquistas? Hasta éstos, verdugos del pueblo español a sueldo de tal Paco, se darán cuenta que a éste sólo le importa el «triunfo» de su persona. Es la característica psicológica negativa, destructiva, del sujeto autoritario militar o político-religioso, de cualquier clase o color, inventado o por inventar, que se manifiesta sin «afeite político» alguno, descarnadamente, con mayor o menor violencia, según la resistencia que halla en las fuerzas progresivas, individuales y colectivas, en cualquier región del globo terráqueo, cuando logra alcanzar el poder su único máximo miserable «ideal»: yo, solamente yo por encima de todo y de todos los gobernados; todos y todo ha de quedar sometido a mi omnimoda voluntad.

Ni pizca de amor al prójimo, por próximo que a él esté, late en el corazón deshumanizado, corrompido de el enano de El Pardo. Sólo el odio mueve a la acción al régimen que representa, un feroz odio jesuítico-militar, a todo lo progresivo, que será vencido, a no tardar, por la potencia o la energía más poderosa del mundo: por el amor luminoso y vital de la España quijotesca que a la Humanidad toda iluminará para que vea y siga el camino seguro, por duro que sea, que lleva a la libertad y al bienestar sin propiedad privada ni autoridad.

Los ex revolucionarios traidores que recientemente pasaron a las filas del franquismo, no quieren ni pueden alzarse contra éste, que los vigila de cerca amenazante, ni contra el Tío Sam, «descargador» de bombas de hidrógeno sobre España, por miserables conveniencias personales, económicas y políticas. Y los políticos hispanos de todos los colores, con los de todo el orbe por izquierdistas que se llamen, tampoco pueden luchar contra el mundo autoritario —porque pertenecen al mismo—

que hoy está simbolizado por los gobernantes rusos y los norteamericanos pese a saber que éstos y aquéllos están dispuestos a hacer guerrear a sus respectivos gobernados, pero haciendo víctima primera al pueblo español.

Las mujeres y los hombres de la Confederación Nacional del Trabajo de España que luchamos por establecer el comunismo libertario —que empeemos a establecerlo durante la revolución social española en 1936-1939—, el verdadero comunismo, los de la F.A.I. y los de las Juventudes Libertarias, con nuestros afines de todo el mundo, somos los únicos que no estamos al lado de ningún Estado guerrero —todos los Estados lo son—, en ningún frente belicista, por considerar que el Estado es el enemigo público número uno del hombre, la cosa maligna que éste ha de destruir.

En esta hora, pues, una vez más, pero con más energía y amor que nunca a nuestros semejantes, los humanistas libertarios lanzamos nuestra voz de alerta a los trabajadores manuales e intelectuales de todos los continentes, y particularmente a los españoles del interior de España, gritándoles: estáis en peligro de desaparecer, de morir asados por la energía atómica que quizás usen los primeros los gobernantes dictatoriales rusos, sin previo aviso, sin declaración de guerra —haciéndola—, por sorpresa, en carne de hijos de España, como los norteamericanos —que están atrayendo el fuego de las armas nucleares a esta tierra de Quijotes, donde nacimos— descargaron sus bombas atómicas, en 1945, sobre dos inermes ciudades japonesas.

A los españoles por las experiencias sociales y política vividas ya ningún político ni política debe poder engañarnos. Muy malo es el Tío Sam, pero muchísimo peor es el Zar Rojo en turno, fiel continuador de los anteriores sátrapas de la Rusia dictatorial. Y frente a unos y a otros autoritarios estamos los libertarios, porque representan la guerra con la que queremos acabar.

Hoy Paco «El Sanguinario», que está haciendo a España blanco primero de la guerra termonuclear, el cómplice del Tío Sam hace el juego a éste diciendo que ya no volarán sobre territorio hispano aviones cargados de bombas de hidrógeno a sabiendas que los guerreros norteamericanos no pueden ni quieren echar marcha atrás, que seguirán, con más precauciones, volando con sus aparatos aéreos, con cargamentos letales, sobre tierras ibéricas y europeas en general. Mienten los yanquis bélicos, con sus cómplices franquistas, para obtener resultados estratégicos sin tener que recurrir a violencias extremas contra el pueblo español que podría originar la reacción de éste alzándose contra sus verdugos nacionales y «extranjeros».

Por otra parte, españoles que continuáis viviendo en el suelo donde también vimos la luz por vez primera, y sobre el que luchemos en 1936-39 para intentar evitar que España fuera víctima de la anti-España, del franquismo, y de otras fuerzas «extrañas»: hoy todos los autoritarios están intentando distraer vuestra atención hablandoo de posibles mejoras económicas que, al fin y al cabo, por muchas que sean no os librarán de ser esclavos

del salario y menos salvaros de la angustia tremenda que estáis sufriendo los que tenéis conciencia plena de lo que está ocurriendo en la España invadida por los militaristas norteamericanos, cargados de armamentos nucleares, y en todo el mundo.

La lucha actual de los españoles del interior y del exterior de España y de todo el mundo sensible ha de ser contra la guerra monstruosa que están preparando los Estados más belicosos o «mejor» armados, porque es el gran peligro para la Humanidad toda.

He aquí, a nuestro entender, la razón de carácter biológico, social y humano, universal, que amigos y compañeros bienintencionados —como Peirats y otros—, tanto como podamos serlo nosotros, no han cesado de exponer, era preciso hallar: la razón, la sola razón que englobe todas las mejores razones imaginables capaz, por su continente y contenido, de congregar a todos los libertarios, de introducirse en todos los medios, en la psicología de todos los pueblos y atraer las simpatías y la colaboración de las multitudes al Movimiento Libertario que se enfrenta, en el presente, con más razón y valor humano **extremo** que nunca, al movimiento autoritario mundial que está «extremando» sus acciones anti-biológicas, anti-sociales e inhumanas.

En el medio autoritario que vivimos que se empeña en complicar las cosas y la vida misma de los individuos humanos, las verdades más claras y sencillas pasan tan inadvertidas, generalmente hablando, como la razón que exponemos, que está a la vista de todos los sujetos, sin que se le dé toda la importancia que tiene. Sin embargo, aunque nos llamen ingenuos los «distos» amantes de complicar las cosas y de verlo todo complicado, la razón expuesta es **razón suprema humanista libertaria** que nos dicta que es preciso, urgente, destruir al mundo autoritario, que representa la guerra, antes que provoque el estallido atómico y acabe con todas las especies biológicas.

No existe razón superior a la señalada que empeemos a hacerla predominar en España en 1936-1939. Por eso todo el mundo autoritario se lanzó entonces contra el Movimiento Libertario español, contra los libertarios de la C.N.T., de la F.A.I. y de las Juventudes Libertarias. Docenas de miles de vidas generosas cayeron para siempre luchando por el bien de todo el mundo, del mundo que no nos comprendió y nos dejó abandonados a nuestras fuerzas frente a las fuerzas retrógradas de todas las clases políticas-religiosas.

Que lo sepan los emigrados económicos que tienen la suerte de salir de la cárcel que es toda España escarnecida y pisoteada por los sayones del franquismo, y por todas las clases privilegiadas de la anti-España: la batalla de la C.N.T. libertaria, la auténtica, por la que dieron la vida Ascaso, Durruti, Juan Peiró, etc., de la F.A.I. y de las Juventudes Libertarias es contra el mundo autoritario, el de la guerra, que Paco «El Sanguinario», con su régimen clérigo-militar-franquista, repre-

senta y defiende aunque sea a costa de sacrificar a todos los habitantes de España.

Hay que hacer caer al enano de El Pardo sin dejar de combatir a todo el mundo autoritario que lo apoya, al que le debe haber hecho sufrir a la España Quijote una derrota más en 1939: al Tío Sam y al maquiavélico Zar Rojo que embolsándose, además, sin escrúpulos, desvergonzadamente, el oro del Banco de España, que en 1937 le entregaron —a Stalin, ¡pasándose de «listos»!— los republicanos hispanos y marxistas de todas las clases, y no entregándolo la Rusia dictatorial a los verdaderos y probados revolucionarios, a los libertarios, a los amigos y compañeros de Durruti, ha impedido que derrocáramos pronto al franquismo y salváramos a España de la invasión yanqui que significaría salvarla de los probables bombardeos atómicos rusos por ser hoy posición militar avanzada del Tío Sam.

«Ahora necesitamos algunos locos; ved a dónde nos han llevado los juiciosos», escribió Bernard Shaw criticando a la sociedad de su tiempo. ¡Cuánto más diría hoy, si viviera, viendo a dónde llévanos los llamados «juiciosos» que nos llaman «locos» a los libertarios haciéndose eco hasta ciertos sujetos que tenemos cerca: a la aniquilación total por medio de la guerra termonuclear.

En medio de miles de gobernantes de todos los Estados y de miles de millones de gobernados, de todos los llamados «juiciosos» del orbe que habiendo perdido el juicio haciendo ejercicios autoritarios tienen en sus manos el destino de la Humanidad, los humanistas libertarios somos los únicos que sin importarnos nos llamen «locos» hacemos frente a los enloquecidos por la soberbia autoritaria.

Que nuestros semejantes de todas las ideas capa-

ces aun de reaccionar en **buen sentido** y de enjuiciar bien las cosas, salvándose del encadenamiento de las tradiciones autoritarias, nos ayuden, pronto, en la obra de salvación común viendo y comprendiendo, con claridad meridiana, lo indudable: que el mundo autoritario se ha desarrollado hasta el grado que ya no puede garantizarnos o dar largos ni cortos armisticios o períodos de sosiego, de tranquilidad relativa de «espíritu» a las sociedades humanas. En adelante, mientras no lo destruyamos totalmente nos mantendrá en permanente vivir angustioso, plenos de temores diarios, sufriendo cada minuto de nuestras existencias.

El mundo autoritario es el mundo del terror para todas las mujeres y para todos los hombres. La Humanidad por primera vez está siempre en espera que le suceda lo peor si todos sus componentes más sensatos no lo evitamos a tiempo acabando con los Estados, con el militarismo y las fábricas de armas y de municiones. Por eso nuestro humanísimo grito de alerta y de combate defensivo, más que justificado, por pacifistas que seamos, lo lanzamos hacia todos los puntos cardinales, en dirección a los seres humanos de todas las latitudes.

Nadie tiene derecho a cruzarse de brazos conformándose con ciertas «cómodas» formas de vegetar, transitorias, deleznable, inseguras que en el presente ofrecen los regímenes con industrias más desarrolladas que contribuyen a adormecer las energías defensivas del hombre y pretenden debilitar las de carácter humanista libertario. No las despreciamos porque son menos de las que merecemos, pero no permitamos que nos detengan en la marcha hacia la destrucción total de los sistemas estatales que amenazan de muerte al género humano.

Si tenéis alguna pasión que eleva vuestros sentimientos, que os hace más generosos, más condescendientes y humanos, ¡amadla!

Vauvenargues

SIMIENDE DE LIBERTAD

por Jacinto Guerrero Luças

EL célebre «aggiornamiento» iniciado por la Iglesia merece algún comentario. Si hubiera sido sincero lo hubiéramos aplaudido. Sin aceptar —¡eso nunca!— ni aprobar ni comprender ninguno de los axiomas de que la Iglesia se nutre; persistiendo en desnudar el oscurantismo triste en que sus fieles sumergen; sin dejar de denunciar la mascarada siniestra que el conjunto clerical constituye a nuestros ojos; sin abdicar del combate por un pensamiento libre que eleve al hombre a los astros arrancándole del polvo —cosas todas de que el clero es rival inconciliable—, hubiéramos aplaudido.

Nuestro afán es generoso. Sublime desprendimiento. No regateamos elogios cuando se sirve a la especie. No sabemos condenar iniciativas felices que mejoren la existencia. Somos, ¿quién puede dudar?, partidarios decididos de la entente entre los hombres. Nuestros esfuerzos se orientan a la instauración más pronta de un orden universal que ignore las ligaduras, asentado en los principios del derecho inalienable que no necesita códigos ni leyes articuladas. ¿Quién dice que estén difusos los márgenes inviolables para el individuo sano, ni que el hombre responsable no sepa el límite exacto que ha de aplicarse a sí mismo?

Es cuestión de sentimiento, de corazón y de espíritu. De educación racional. Por persistir en negar la capacidad del hombre a la disciplina propia se han dictado, desde siglos, las normas reglamentarias que rijan su condición, conduzcan su iniciativa y canalicen su fe. Se han instaurado sistemas de organización social que responden a los votos de grupos privilegiados, de minorías bastardas, de intereses partidistas que violan lo más legítimo de la aspiración humana y deforman por sistema los impulsos constructivos que germinan desde siempre en el corazón del hombre.

El balance es elocuente: Un desenfreno alocado por la consecución triste de objetivos insensatos. Mezquindad. Ordinarietà. Sequía espiritual y rutinaria modorra. La superficialidad consternante de los muchos, resultado de un proceso de deshumanización que culmina pobremente en un mundo dividido, asfixiado en los «slogans de demagogia logrera, entregado a los extremos del sometimiento ciego a doctrinas unitarias en que el hombre, el individuo, se funde gozosamente al rebaño de obediencia que es negación de su esencia, de su personalidad, de su ilusión, de su lucha, de su orden, de su derecho y hasta de su propia vida...

... Una existencia insufrible.

No desconocemos nada del progreso de la ciencia,

ni olvidamos los avances de la técnica moderna que doblagan la energía poderosa del planeta colocándola al servicio del interés general. Pero —¡lo hemos dicho tanto!— sólo el hombre constituye nuestro polo de atracción y sólo a través de él amamos o maldecimos, comprendemos o juzgamos. Es al hombre a quien ponemos en el centro de las cosas, señoreándolas todas. Podemos, pues, permitirnos enjuiciar severamente toda clase de adelantos que no impliquen la mejora de la condición humana, que no aligeren el fardo que atosiga las espaldas de los hombres del trabajo manual o intelectual y que, es más, se traduzcan por la intensificación de la inquietud angustiosa que distingue a nuestro siglo, acentuando la indigencia de las clases laboriosas, de masas desheredadas, acrecentando el peligro de un caos universal y ciñendo los contactos entre los hombres, los pueblos, al molde desolador del terror dosificado.

Conciencias minoritarias —a las que pertenecemos— provocarán la reacción que logre impedir a tiempo la culminación terrible del reino incalificable de los que se llaman «prácticos», de aquellos que —¡paradoja!— nos titulan de utopistas... La suficiencia grotesca de artífices desgraciados del desespero presente, preparadores celosos de desastres a venir. Acusación de utopía: el arma acomodaticia de utilización obscena en las bocas clericales, artesanas, en unión de los «fuertes» de la tierra, de directrices fatales que enrarecen el ambiente hasta hacerlo irrespirable.

Nuestra «utopía» refleja las inquietudes eternas del corazón de los hombres que tras haber rechazado la organización de vida legada por un pasado de esclavitudes sin nombre y excesos autoritarios buscan nuevos horizontes, sin poder hallar respuesta en la doctrina dogmática de una Iglesia concubina, envilecida en el lecho de los grandes de este mundo, ni en el tono centralista de un socialismo de césares que reniega al individuo y

sacrifica el bagaje del derecho conquistado a un espejismo de dicha eternamente aplazada, sin ser siquiera capaz de oponerse firmemente a la empresa reaccionaria que el llamado «mundo libre» desarrolla sin descanso.

Somos peligro constante para todos los que intentan drogar al género humano y evitar que éste despierte de su torpe sumisión.

No somos de ideologías: somos una religión. Pero una religión pura, fruto de naturaleza basada en el raciocinio. Podemos ser, en el fondo, una gigantesca empresa de limpieza y saneamiento. Nuestro esfuerzo permanente de vocación humanista alumbró la lucidez de los hombres más conscientes que aceptan el peso enorme de la obra del porvenir. En nuestra forma de ver, de interpretar, de juzgar, se dan cita los instintos solidarios más sagrados, y el insaciable deseo de superación moral, de formación permanente, de eterno mejoramiento. A las promesas vacías del «allá» sofisticado oponemos la evidencia de la lucha cotidiana por una mayor justicia. A las consignas sin réplica de los pastores de pueblos, responde la integridad de nuestra conciencia libre socialmente madurada. Al sonar de los clarines convocando a la matanza, la insistencia en designar al enemigo de clase como origen de los males que aquejan a los humanos...

¿Qué extraño pues que tengamos adversarios incontables, que nuestra ruta sea dura y penoso nuestro avance, que por doquiera se enfrenten a nuestra misión gigante los cómplices del poder y la religión nefasta, los siervos adormecidos, los mercenarios del crimen, los cobardes que se aferran al mito del mal menor, los ignorantes, las castas, los necios superficiales, los vendidos y los perros que se sienten satisfechos de su condición de esclavos?

¿Qué extraño que se conjuguen todas las fuerzas del mal para cerrarnos el paso? Es un mundo, todo un mundo de injusticias y apetitos, todo un terrible pasado de privilegios y excesos, de arbitrariedad y desorden: todo un mundo condenado que quisiera seguir siendo. Es normal que se defiendan. Ello no ha de impresionarnos. Los césares, los imperios, feudalismo, inquisición... fueron otros tantos órdenes barridos por el progreso. El mundo no se detiene, y gira en nuestro sentido.

Nuestro mensaje hace más por el enriquecimiento espiritual del mundo que todas las religiones, todas las ideologías y que todas las doctrinas habidas o por haber. Nuestro fervor ascendente no puede ser superado. Los sistemas que hoy perviven, incluso los más audaces no son más que paliativos que, no logrando abarcar los problemas esenciales planteados sin descanso por la ambición humanista, desencantan a los hombres, mutilan su aspiración y amordazan su sentir.

El pensamiento fecundo del hombre evolucionado reclama vía anchurosa para acreditar su brío y desarrollar sus miras; para asumir plenamente su papel de educador. La insatisfacción eterna es motor del universo. Al espíritu sin trabas se deben todas las gestas elocuentes de la historia. El encierra la promesa de un porvenir venturoso.

Nuestra lucha es esencial: además de legatarios del testamento rebeldé que enarbola el estandarte de emancipación completa y que ha marcado el pasado con trazos tan vigorosos, somos el rescoldo vivo de sereno descontento, el respaldo nobiliario del combate justiciero, la garantía inflexible de fidelidad al hombre por encima del sistema. Llevamos en nuestro seno los gérmenes poderosos del socialismo futuro que culmine nuestra empresa de fe revolucionaria. Tras la aparente derrota que tiñe nuestro presente, se dibujan los arranques de epopeyas renovadas que harán temblar los cimientos del mundo capitalista y del neo-socialismo que no ha liberado al hombre.

«Ver el brillo de mañana en las tinieblas del hoy...» El hombre libre combate contra el gran inquisidor que se oculta tras la máscara del orden, de la política, la religión y el dinero. Definiendo el anarquismo, se ha escrito recientemente «que es arrancar al hombre al orden, situándole en un estado de fuego y de voluntad en el que el hombre no tiene más fe que la fe en sí mismo, no conoce más certeza que la de saberse eternamente incierto, ni otro papel que el de actuar de infatigable «despertador» en un mundo incesantemente solicitado por el sueño...».

¿Cuántos hay, de por el mundo, hombres, jóvenes inquietos, que sueñan con la aventura? Ahí la tienen... y los llama: ayudarnos a transformar la sociedad, para mayor bien del hombre.

Piensa en toda hora en lo que puedes accionar como hombre... Lo que no es útil para la colmena no es útil para la abeja.

MARCO AURELIO

Fetiches divinos y humanos

NO es ninguna novedad afirmar que en todos los diversos sectores sociales, aun en los «muy cultos» se encuentran hombres y mujeres que creen en fetiches divinos divinos y humanos, bien sean dioses, santos y guías políticos de quienes depende, según ellos, el porvenir del mundo para el bien o para el mal; pero en estos tiempos predomina, por temor al porvenir, lo que se ha dado en llamar el culto a la personalidad que se cultiva en los medios políticos como una flor de exóticos y atractivos perfumes por ciertos «revolucionarios» provistos de taumatúrgico vocabulario con el que condenan a los que están en el poder y ensalsan a los que quieren estar, rodeándolos, en casi todos los casos de falsas virtudes aunque de peores capacidades como guías.

El cambio de fetiches no remedia los males que siempre hemos padecido porque no sirve para eso su poder circunstancial; los males son algo que lleva consigo el hombre desde sus más primitivas épocas en el acervo de sus atavismos. La civilización actual con todo y sus adelantos técnicos no ha logrado despojar al hombre de muchos de sus instintos primarios que lo retienen atado al pasado sin dejarlo desenvolverse con libertad. El temor a la vida y a la muerte conformaron sus creencias religiosas y supersticiosas achacándole a a divinidades imprecisas a montañas, animales y hombres fuertes el origen de sus bienes y sus males de quienes depende, y para quienes vive y trabaja, tratando de no ponerse en mal con eso que él considera la fuerza creadora de su existencia. Con ese bagaje a cuestas llegamos a nuestros días tratando de modificar la convivencia social que de egoismos y maldades queremos convertir en relaciones armoniosas entre hombres y pueblos para erradicar el mal de la incomprensión con su secuela de guerras, miseria e ignorancia; más, uno de los factores que dificultan la tarea que muchos hemos emprendido es la conformación del creyente, el que no sabe ni puede determinarse solo, el que no confía ni en su fuerza ni en su propio pensamiento, el que tarado por prejuicios de toda índole, siente miedo al porvenir, y en vez de buscar y comparar verdades se entrega al arbitrio de personas que trabajan el gregarismo ambiente para dominar política y económicamente. La asociación de gentes para llevar a cabo un propósito

determinado es lógica y útil además, la organización de las actividades son necesarias para dar cima a las grandes realizaciones, y una de las de mayor urgencia es el cambio del panorama social en que vivimos, pero para ello hemos de despojarnos de esas taras que nos impiden ser buenos amigos, buenos compañeros y buenos revolucionarios.

El fetichismo político es algo que se cultiva con afán por ciertas corrientes supuestamente revolucionarias, porque «científicamente» es el camino para llevar a su campo de experimentación a las confiadas huestes humanas, forzarlas a vivir y trabajar bajo severos métodos disciplinarios con los que se cambia el motivo de la creencia en las divinidades por algo también abstracto como es el Estado o el poder político en el que los funcionarios sustituyen a los íconos de las religiones. Así, la cadena física y moral con que es sometido el hombre no deja lugar a dudas de que, lo que se pretende es sólo cambiar el motivo de las creencias, sin que esto constituya el verdadero sentido de una transformación que eleve a la categoría de HOMBRE a las personas que aspiran a la integridad de la especie.

Somos por condición iconoclastas y pretendemos la realización del ser humano en la medida y capacidad de cada quien, porque esta debe ser la meta de una verdadera revolución y no la que pretende un caudillaje absolutista con ribetes religiosos.

Regeneración

La Iglesia gruñe a lo lejos, como un oso panza arriba

GARCIA LORCA

Perlas de Shakespeare

DOS CLASES DE TENACIDAD

Sansón.—A mi entender, Gregorio, no debemos soportar más esta carga.

Gregorio.—No, porque podrían tomarnos por burros.

(Luego, hay una diferencia entre ser burro por ser tenaz, y ser tenaz por ser burro.)

EL AMOR

Grave ligereza, honda frivolidad, caos terrible de las formas atrayentes, sabia locura, pluma de plomo, fuego oscuro y frío, santo sufrimiento, sueños en pleno despertar que son los que no pueden ser. Ya ves el amor que siento y que no quisiera sentir.

El amor es el humo engendrado por el hábito de los suspiros... hoguera que centellea... o mar de lágrimas... discreto delirio, miel amarga, dulce acibar. El amor es áspero, rudo y punzante como un abrojo. El amor en los jóvenes no está en el corazón, sino en los ojos.

UNA NIÑA CAYO DE BRUCES

¡Qué chistoso eraj!, la levantó del suelo y le dijo: «Cuando tengas más juicio te caerás de espaldas.» Y la niña le contestó: Sí.

LOS SUEÑOS

Los sueños son los hijos de una mente cansada.

NO HAY QUE CREER

Ya Romeo es amado y ama tanto que ahora diríase hechizado por la fuerza de amar. Pero él sufre creyendo que lo odio la que adara y ella padece amando a quien debiera odiar.

EL ORO

Seductor hasta de los santos.

RELATIVIDAD

Una vieja liebre dura, una vieja liebre dura, en cuaresma es buen manjar, pero si está dura, dura, rancia, flaca, vieja y sucia, no hay quien la quiera probar.

MAS RELATIVIDAD

No hay cosa tan hermosa que usada mal, no pueda, desvirtuando su origen, volverse fea y vil. La virtud misma es vicio, si está mal aplicada, y el vicio, algunas veces, se embellece en la acción. Esta flor tan pequeña esconde, entre sus hojas, veneno y medicina: si se toma su olor, alegra y

vivifica; pero si alguien la prueba, atrofia los sentidos y para el corazón.

EL AMANTE

Todo amante es tan ágil que encuentra la manera de subir en el hilo de una araña, hasta el cielo; porque el amor es una esperanza ligera.

JURAMENTO

¡Por mi talón juro que no me importa!

¿Qué quieres de mí?

Buen rey de los gatos, nada, sino una de tus nueve vidas para tomar aliento con ella, y luego sacudir de lo lindo las otras ocho restantes.

UNOS POR LOCOS Y OTROS POR CUERDOS

—Los locos no tienen oídos, decía el cuerdo.

—Y los cuerdos no tienen ojos, decía el loco.

CAPACIDAD

¿Ya te vas? Señor, amigo y amante mío, quiero tener noticias tuyas a cada hora, pues caben muchos días dentro de un solo instante.

JUSTAMENTE

Un poco de pena demuestra mucho amor; excesiva pena demuestra poco seso.

AGITACION Y VALENTIA

Agitarse es ir de aquí para allá; y ser valiente es esperar de pie firme. De modo que si te mueves inicias la huida.

ERRADO

Parecía que dios nos había dado poco no dándonos más que una hija; pero ahora veo que hasta ésta nos sobra.

MAS AMOR

¡Ay! ¿Por qué el amor, que tiene los ojos vendados, siempre cree que están abiertos los caminos imposibles?

PEQUEÑA HISTORIA GRANDE

En la hermosa Verona, donde pasa la escena, dos familias iguales en honra y dignidad, por un rencor antiguo, que el vivir envenena, con sangre ciudadana...

LOGICA

Habla claro. Las ideas por enigmas sólo consiguen deducciones enigmáticas.

OTRO AMOR

No atiende las palabras amorosas ni las miradas ardientes, ni abre su seno al oro...

Y así, aunque rica en hermosura es pobre, porque cuando se muera, morirá su tesoro.

GUERRA

—¿Cómo? ¿Tirar la espada y luego hablar de paz?

—Romeo es, no diré tan dócil, pero sí tan reservado como el capullo roído por envidioso gusano antes de que pueda desplegar sus hojas o dedicar al sol su belleza.

PUNTUALIDAD

Tan poco sabio es el llegar antes como el llegar después.

AGRADECIMIENTO Y DESESPERO

Una última mirada, un abrazo postrero y un beso que es el sello que unirá nuestras vidas para siempre. Y ahora tú, piloso perdido, amargo conductor y desesperado guía, destroza esta cansada ave sobre las rocas. Brindo por mi adorada (bebe). Esta droga es activa, como me prometiste, buen boticario... gracias. Así en un beso largo, voy a perder la vida...

RICOS Y POBRES

Llevas el hambre en la cara, la servidumbre en los ojos; la miseria pesa sobre tus espaldas, el mundo te desconoce, la ley no te protege. Así no serás nunca rico. No hagas caso a la ley, no hagas caso a nada y toma este...

En recuerdo de Alejandro Casona

MUERTO EN MADRID

CASONA, la casa grande,
construida en la ladera,
debajo de la montaña,
donde Casona naciera.

No sé si éste fue un seudónimo
o un nombre propio; pues, era
conocido por Casona,
que en asturiano es vivienda.

De España salió exiliado
cual miles, por sus ideas,
por caminos diferentes,
a naciones extranjeras,
sufriendo allí, y en silencio
del suelo hispano la ausencia.

En Méjico y Argentina
vivió, pensando en su tierra,
pasando año tras año,
de su regreso en espera:
así pasamos nosotros;
como él deseamos verla;
pero, nunca volveremos
si la dictadura impera.

Aunque andamos por el mundo
de una u otra manera,
los que salimos de España
no volveremos a ella.

Casona regresó a España
con amargura y tristeza,
sintiendo en el porvenir

del oprobio la vergüenza:
los sentimientos de antaño,
los pesares y las penas
volvió de nuevo a sentirlas
como antes las sintiera.

El regreso de Casona
al viejo suelo de Iberia,
para Franco fue alegría
para Casona tristeza.

Unos encuentran la suerte
de divertirse en las fiestas;
mientras otros que van sufren
de los jueces las condenas;
para unos color de rosa;
para otros de rosa negra;
para unos la alegría;
para otros la tristeza.

Casona se ha muerto ya:
descanse en paz, que sus penas
con la muerte han terminado
aun cuando otras muchas quedan.

La Prensa ensalzó su nombre,
su genio y su inteligencia,
y hasta cantaron los curas...
fue enterrado por la Iglesia.

Murió como otros mueren,
enterrados dondequiera.

Solano PALACIO

Sólo hay verdades relativas



por COSTA ISCAR

«No hay en el mundo una razón bastante fuerte para impedir a un hombre de ciencia publicar lo que él tiene por verdad».—Renan.

«Es muy difícil llegar a entenderse sobre cualquier definición y mucho menos sobre la palabra «verdad» cuando se conserva la creencia en **entidades absolutas**, las cuales, según los deterministas científicos, son sólo la consecuencia de sucesos históricos». — Le Dantec.

Estos aforismos pueden aplicarse a todas las cuestiones abstractas y abstrusas que el lenguaje impreciso del hombre plantea.

Divagar sobre los «fueros de la libertad creadora» es perderse en conceptos que chocan con la realidad.

Fueros, palabra enfática, llena de prejuicios y de privilegios legislativos y que no parece compaginar con el anhelo insaciable del mito de la libertad.

Libertad, aspiración imaginativa, inventada por el hombre para consolarse de su eterna esclavitud. Si el hombre llegó a la civilización de la sociedad jerarquizada, su libertad queda acondicionada a las múltiples ataduras que el engranaje autoritario impone.

Sólo el animal selvático, no perseguido por el hombre, es libre, pero libre en el medio indiferente cuando no hostil de la naturaleza.

Hay sí, libertades políticas, y esas son las únicas que las enclenques democracias admiten y que, en la práctica, se reducen a elegir al mandón de turno.

Todo gobierno más o menos despótico tiene que realizar obras públicas. Para eso el contribuyente y el vulgar consumidor pagan impuestos. Además hay que engrandecer a la patria, voz sonora que está en todos los labios que quieren gobernar de buen grado y por fuerza a las plebes del mundo.

Dictadura y democracia son términos que se conjugan muy bien; son el anverso y el reverso de la misma moneda: Explotación y Esclavitud del hombre por el hombre.

Crear en el sentido místico, cívico o ciudadano, es seguir dando vueltas a la noria de todos los sofismas y mentiras en que está enredada la especie humana.

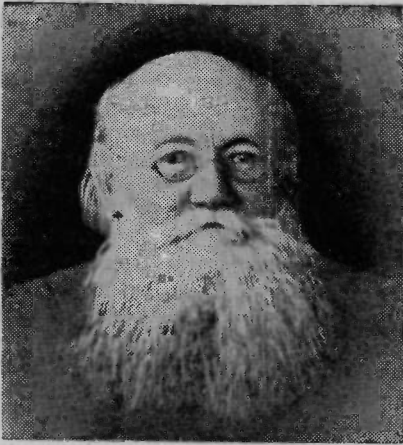
Los cerebros con tendencia científica y técnica son los que pueden crear las maravillas del progreso mecánico. Pero en seguida se movilizan los prejuicios, las martingalas del juego sucio, los intereses particulares del latrocinio legalista para

acapararse de los inventos liberadores que, por mor de las autoridades constituidas, que disponen de la riqueza y de todos los medios de corrupción, se hacen dueñas de todo lo que pudiendo servir a la vida, sólo sirve a la destrucción y a la muerte premeditada. No hacen falta los ejemplos. Nuestra época los da en «cadena».

Los exaltados por la fe cívica, que vino a suplantarse en ellos a la fe religiosa, se entusiasman con la militancia por la libertad, que todos proclaman y nadie goza... Son las paradojas de la vida moderna. Hay muchos aforismos, que son lo mejor de la dialéctica, pero para concluir con éstos, que no dicen nada y dicen mucho, es edificante afirmar con Le Dantec: **que los hombres científicos, no creyendo poseer la verdad absoluta, jamás serán hombres de acción, mientras no encuentren una nueva fórmula capaz de reemplazar, en el estado actual del mundo, las caducas y antiguas fórmulas tan peligrosas para la convivencia biológica de la especie humana.**

Para concretar esta afirmación del gran demoleedor de prejuicios que se hizo transcendente con publicaciones tan importantes como la de su obra «Las influencias ancestrales», no está demás el último aforismo: «Sólo el hombre no autoritario, el que se curó del estigma de «lo dijo el maestro» es capaz de ser libre... por lo menos en su pensamiento.» Y no ser autoritario equivale a hacerse anárquico, mal que les pese a los intelectuales de pacotilla y a los que quieren desvirtuar el verdadero significado de lo anárquico... Término repudiado y mal empleado por los partidarios de la logomaquia, pero que es la ironía de la vida y da al que ha llegado a comprenderlo la serenidad suficiente para contemplar la estupidez humana, no dejarse embaucar por los charlatanes autoritarios y adquirir una ética humana inconvencible en la tendencia biológica de «vida menos mala para el desgraciado género humano», que quizá se halla en el estertor de su agonía...





KROPOTKIN

UN TRIBUTO DE

Havelock Hellis

La ley introduce o sanciona la autoridad de esclavitud, de casta, de paternidad, de religión o de militarismo; o se camufla de su servidumbre y, a lo último, tiraniza bajo la sujeción del Estado. Por lo tanto, la ley siempre ha logrado imponer el yugo sobre el ser humano, sin que éste apenas se dé cuenta; yugo que no ha podido nunca sacarse, si no ha sido mediante la revolución.

..

Acostumbrados como estamos por prejuicios hereditarios y nuestra falsa educación e instrucción en representarnos la mano benéfica del gobierno, de la legislación y de la magistratura en todas partes, hemos llegado a la conclusión de que el hombre desmenuzará a sus semejantes en mil piezas cual a bestias salvajes el día en que no existiera policía; y que absoluto caos vendría cuando en una revolución se echara por la borda a toda clase de autoridad. Y, sin embargo, ante nuestros cegados ojos pasan miles y miles de grupos humanos libremente formados, sin la más mínima intervención de la ley, logrando resultados infinitamente superiores a los que hubieran alcanzado bajo cualquier tutelaje gubernamental.

Pedro Kropotkin

DE tiempo en tiempo vienen a la tierra hombres que se colocan al margen de la corriente de la común tradición y, en su pensamiento y en sus vidas, o en ambos a la vez, se niegan a reconocer la imposición de una autoridad externa o el mandato exterior, creyendo que la vida humana sólo puede ser armoniosamente y con felicidad vivida, cuando su orden sea autónomo y venga de adentro. De tales hombres y en recientes años, el más ilustre y el más distinguido, cabe al gran Tolstoi, ha sido Pedro Kropotkin.

El mismo era en sí demasiado modesto para magnificar su propio lugar en esta gran sucesión; pero amaba recordar los nombres de aquellas grandes figuras del pasado que también rechazaron la autoridad de rebaños. Al principio fue bien lejos —tan lejos como pudo ir—, e invocó el nombre de Lao Tzé el primero y más grande de los místicos. Luego mencionó a Aristipo de Cirene y a los Cínicos, a Zenón de Citio y a aquéllos entre los estoicos que propagaban la libre comunidad y en muchos aspectos estaban notablemente cerca de los pensadores libertarios de nuestros días. Más tarde anotaba a algunos entre los Husitas y los Anabaptistas. Kropotkin pasa por alto a Leonardo de Vinci quien, por su completo rechazo de toda autoridad exceptuando la de la Naturaleza y su menosprecio por el rebaño, era en el lado intelectual el supremo tipo representativo. Pero no dejó de reconocer a Rabelais que permanece, aunque sólo fuera por su concepción de la Abadía de Telega, el más brillante y lejano expositor de su filosofía. Menciona —y no hay duda que sorprenderá a muchos— el nombre de Fenelón, y no podía dejar de admitir al libre y flamígero genio de Diderot. Luego vino Godwin, quien primero formuló su filosofía en una coherente forma moderna, social y económica; y luego a la graciosa y encantadora figura de Guyau, que Kropotkin siempre miraba como el fundador de una nueva moralidad. El mismo Kropotkin tiene su alto lugar en esta noble pléyade, no tanto por su vigor o brillantez en cualquier dirección, como en una

hermosa combinación de cualidades, pues a la vez era un aristócrata y un mártir, un pensador filosófico y un revolucionario, eminente no sólo por sus grandes realizaciones en la ciencia, sino también por su buena voluntad a compartir la suerte de los más humildes, y entre los más notables por la nobleza de su carácter personal. Poesía una naturaleza hermosa en numerosos aspectos y era, sino naturalmente uno de los más grandes en la larga hilera de semejantes hombres, uno de los más típicos.

Hombres así a menudo se los llama de anarquistas y eso es lo que el mismo Kropotkin se llamaba. Inventado por Proudhon en 1840 y desde entonces tan a menudo empleado, no es aún un hombre muy venturoso. Sugiere una desorganizada rebelión contra todo gobierno y no es sorprendente que para la mente vulgar «anarquista» a menudo signifique «criminal», y aun menos sorprendente que el común criminal se haya catalogado a sí mismo a veces de anarquista. Pero la gente que se llama anarquista, al margen de los círculos criminales, no están en contra de la desorganización y tampoco rechazan al orden. Lo que buscan es mantener una organización que venga de adentro y que no sea externa, un gobernarse a sí mismo en vez de sufrir la imposición gubernativa de otros. «Haz lo que quieras», tal es la inscripción que Rabelais esculpió en su Abadía de Telema; pero en seguida clarificaba que la gente bien nacida y bien criada haría de buena voluntad solamente lo que es bueno hacer.

En un sentido más amplio los anarquistas representan una corriente de opinión que nunca ha dejado de existir. De un lado siempre han existido los estatistas, como Kropotkin acostumbraba a decir, y del otro, los anarquistas. Confían los estatistas en las establecidas y más o menos rígidas instituciones mantenidas por una fuerte minoría dominando a la mayoría; los anarquistas rechazan al Estado junto al capitalismo, a la opresión, a la guerra, a la que inevitablemente conduce. Pero hay, como sabemos, dos grupos de anarquistas, los individualistas anarquistas y los anarquistas comunistas que creen en una reorganización de la sociedad, iniciada por la revolución. Las supremas figuras en la historia que pueden calificarse de anarquistas, probablemente puede decirse que pertenecan al grupo individualista. Obviamente, en la tesis que éstos siguen, hay poca suerte de una rápida transformación de la sociedad; por lo tanto, los espíritus sanguíneos y optimistas tienden a orientarse hacia el comunismo anarquista que promete una cura rápida para los dolores del mundo. Y fue en esta última dirección por donde se encaminó Kropotkin. Esperaba que la revolución ocurriría al fin del siglo XIX, que empezaría en uno de los países de Europa y se extendería por el

mundo. La sociedad así formada tendría, decía, una notable organización. Pasaba por alto el hecho sobre lo que tanto el Estado es, que después de su expulsión por la puerta del frente, quizás se adentrara por la de atrás. Pues la muchedumbre será siempre muchedumbre, etiquétese o no a sí misma Estado, y una mayoría opresora nunca ha probado ser menos peligrosa que una minoría que oprime. La psicología de Kropotkin era un poco simple. Aseguraba que algunos seres humanos son «bestias venenosas» y deben ser destruidos por otro seres humanos a los que miraba como altruistas de alma pura. Pero apenas parece haberse dado cuenta que la mayoría de los seres humanos apenas si son lo uno o lo otro, pues tienen en ellos a la vez algo de «venenosa bestia» y algo de puras almas altruistas. La gran revolución que Kropotkin vaticinaba llegó en efecto, aunque años más tarde de lo que esperaba. Era una revolución que entonces no podíamos realmente estimar su exacto carácter, cuyas influencias parecía ser inmensas. Kropotkin se apresuró yendo a Rusia para tomar parte en ella, y allí en medio de la revolución para la cual pasó media vida preparándola, pero en la que pronto se sintió un extraño que acabó por desinteresarse completamente de ella, murió al fin.

De ningún modo debemos considerar a Kropotkin como que erró el camino. Al contrario, su vida fue el más grande de los aciertos. Es verdad que los entusiastas de este tipo y de tan noble corazón, sobrestiman el poder de su fe para mover montañas; no siempre reconocen, como Diderot, uno de los más grande entre ellos, tuvo el genio de ver y reconocer, que su credo es «diabólicamente ideal». Nos han dejado la luz de su inspiración y de su valor, luz que brillará encima de los hombres y que nunca se apagará, pues será siempre una llama ardiente, que mantendrá viva en cada uno de nosotros alguna chispa de esa más alta vida por la cual sólo la Humanidad verdaderamente vive.

Trad. V. M.

NOTA.—«Kropotkin, un tributo de Havelloc Ellis», fue primeramente publicado en «Pedro Kropotkin, el rebelde, el pensador y el humanitarista», un volumen de tributos y apreciaciones, compilado y editado por Joseph Ishill, publicado por las «Prensas del Libre Espiritu», 192 páginas, 16 ilustraciones, edición de 75 ejemplares no destinados a la venta. El presente ensayo, que contiene dos ilustraciones de Delannoyá fue impreso por el mismo editor en mayo de 1963, en una edición de 60 ejemplares para la distribución privada. Havelloc Ellis fue un ilustre sexólogo y hombre de ciencia inglés, recientemente desaparecido. Libre-pensador de altura, sus estudios perduran en la mente de los seres avanzados. Trad.

Las huellas de un peregrino: EUGEN RELGIS por Cosme Paules

(Conclusión)

CON AUGUSTO FOREL:

Hoy —me escribía Forel— cuando puede darse en ocho días en avión la vuelta a la Tierra, el internacionalismo se hace inevitable. Aquel que no lo comprende aún es un encostrado, esclavo de sus prejuicios. Muy satisfechos de la realización completa de sus descubrimientos, Copérnico, Cristóbal Colón y Américo Vespucio —si resucitaran en nuestros días— se burlarían de nuestros rabiosos chauvinistas nacionales, que desconocen todavía la necesidad absoluta de una ENTENTE pacífica entre todos los pueblos de nuestro pequeño globo terrestre...

... Es esa religión del Bien social la que ha determinado a Forel a hacerse «bahaísta». Había llamado mi atención acerca de esta religión supraconfesional, sin dogmas y sin sacerdotes, fundada en Persia entre los años 1852 y 1864, por Baha Ullah, y habíame puesto en relación con el sucesor de éste, Abdul Baha, que vivía entonces en Haifa, donde se halla un centro de este movimiento que cuenta con millones de adeptos en varios países. El bahaísmo toma los elementos del Bien social, es decir, moral, de todas las religiones «que el dogmatismo de los clérigos ha deformado, a saber: del budismo, del brahmanismo, del judaísmo, del islamismo y del cristianismo». Y también del monismo científico. Abdul Baha mismo precisa: «El Oriente tiene necesidad de los beneficios de la civilización material. Por otra parte, el Occidente carece de ideal espiritual. Es conveniente que este último se vuelva hacia el Oriente para recibir su luz y darle en cambio sus conocimientos científicos...»

Evoqué entonces la silueta del profesor Forel encorvado bajo la canasta suspendida de sus hombros, como nos lo presenta una fotografía incluida en una de sus folletos. Pues este sabio, no pudiendo trabajar ya dieciséis horas por día, ha tenido que limitar su trabajo útil a diez u once horas solamente. Y en su huerta, así como relata él mismo: «Me puse al corriente de los trabajos manuales, aprendí a transportar en un cuévano las innumerables piedras de mi jardín, a podar sus setos, a llevar leña, etc., para descansar de mis trabajos intelectuales...»

Un recodo del camino en pendiente. Y heme aquí a la entrada del pueblo de Yvorne. Se divisan algunas casas de piedra, con jardines y vergeles. No

necesito informarse: es la tercera casa de la derecha, con una placa de metal fijada sobre el vano del portón: «El Hormiguero». Entro. Cerca de la pared de fachada, algunos arriates de margaritas. La hiedra pende del tejado, por encima de las ventanas. Me recibe una anciana, derecha aún, de rostro franco y manos hacendosas. Es a ella, a su mujer, a quien el profesor Forel ha dedicado uno de sus trabajos cuando cumplió sesenta años. Es, por lo tanto, veinte años más «joven». Parece sorprendida de que un viajero por las grandes rutas europeas haya ido a detenerse allí. Los visitantes se han hecho muy raros, aunque el correo cotidiano sea aún voluminoso.

... Por fin, una voz áspera y trunca me hizo volver la cabeza. Reprimo un estremecimiento. Un anciano tan encorvado que el cuerpo parecía reducido a la mitad. La mano derecha, inerte, apretada contra el pecho. Según avanzaba hacia la mesa, hubiérase dicho que andaba con un sólo pie. La parálisis (a consecuencia de una apoplejía) le ha inmovilizado también la mitad del rostro. Cuando me dirigió el saludo de bienvenida, me di cuenta de que sólo con esfuerzo podía mover la lengua y los labios. Las palabras salían de la garganta violentamente arrancadas. Pero sobre la figura devastada, encuadrada en una corta barba blanca, brillaba la mirada, aunque los ojos estuvieran también gastados. Una mirada inolvidable: la de una inteligencia que se niega a abdicar ante la Gran Destructora, de una conciencia que conserva su claridad, sutil en medio de las brumas de la materia en decadencia...

... Es preciso ante todo —añade el profesor— poner en práctica la eugenesia. Los americanos han comenzado... Merced a la ciencia hemos logrado dominar a la naturaleza circundante, «mediante el auxilio de las energías acumuladas en nuestro cerebro», tras una herencia de millones de años... Sufrimos, pero también conocemos la alegría de vivir, de amar. Nos reproducimos y de este modo desafiamos a la muerte a través de nuestros hijos.

Del Testamento de Forel, leído por su hijo, el doctor Oscar Forel, el 29 de julio de 1931, en el crematorio de Lausana:

«Abandono la vida en paz, sin pesar, sin amargura, sin inquietud, con la firme esperanza en una vida mejor, no para mí, sino para vosotros, mis sucesores... He trabajado como un simple y honrado trabajador, que ara o edifica... Vosotros, mis

queridos hijos, continuad mi vida. Trabajad pacíficamente como los demás hombres, vuestros hermanos... Y pensad en mí silenciosa y serenamente, como si pensarais en mis hormigas, en mis libros o en los viejos nogales del jardín... No me lloréis. Tampoco llevéis luto por mí, ni de forma ni de fondo. ¡Sed todos alegres, desde hoy mismo! Si es posible, olvidad mis errores y mis debilidades. Desarrollad y mejorad lo que yo he podido realizar en beneficio de los demás... ¡Para nosotros, los muertos, el pasado no cambia! ¡A vosotros, los vivos, el porvenir que se puede modificar! Tened valor. ¡Adelante!» (Págs. 383, 384, 385, 386, 387, 389, 390.)

PABLO BIRUKOFF:

En su cuarto casi desnudo, delante de la gran mesa de abeto, cerca de la cual algunos estantes tienen a su alcance sus libros de cabecera, he hecho conocimiento con el antiguo secretario y compañero de Tolstoi. No se ha levantado y una de sus manos ha permanecido inerte, cerrada sobre el pecho. Experimenté la misma angustia que a la vista de Forel. ¿Por qué los grandes trabajadores intelectuales son heridos en su cerebro, en su corazón, en sus nervios, condenados a esa inmovilidad total o parcial del cuerpo miserable que no quiere (o que no puede soportar ya) los impulsos del alma y el vuelo cósmico del pensamiento febril?

Y Birukoff, sacando de uno de los estantes un libro, leyó:

«Me imagino que, desde la más tierna edad, a nuestros hijos debiera enseñárseles que un hombre no puede ser superior a otro y que no posee ningún privilegio sobre su prójimo; que es una bajeza y una vergüenza el querer hacerse superior al prójimo; que ninguna actitud es más humillante para un hombre que la de la cólera para con su prójimo; que la nulidad y la indignidad de un hombre no justifican mi cólera contra él ni mi querrela con él...»

...—En su segundo libro, Tolstoi analiza las causas de las guerras y prueba la contradicción en que cae la humanidad tolerando ese azote y pretendiendo, al mismo tiempo, que es cristiana... Déjame citar algunos pasajes del libro de Tolstoi:

... «El obrero sabe que esto se manifiesta en un mundo cuya injusta organización está comprobada por la ciencia y por la religión.» El nudo en que se hallan concentradas todas estas contradicciones, es el reclutamiento militar. Es cierto que el reclutamiento es necesario para el mantenimiento del Estado, pero, ¿tiene el mismo Estado su razón de ser? Los sacrificios que el hombre hace por él son tan grandes, que podemos preguntarnos si no es preferible renunciar a esta sujeción... los gobiernos lo saben y procuran por todos los medios a su alcance el circunscribir los focos aislados todavía de esas insinuaciones. El movimiento ha hecho ya progresos. Jesús ha dicho: «He venido para poner fuego en la tierra. ¡Cuánto quisiera que estuviera ya en llamas!»

... Y Birukoff me expone ampliamente cómo se ha esforzado Tolstoi en «eshonrar» la guerra. Interrogado a propósito de las causas de la guerra de los boers del Transvaal, Tolstoi había respondido como sigue:

«Si dos hombres que se han embriagado en una taberna, juegan a los naipes, disputan y comienzan a pelearse, no abrazaré el partido de uno de ellos, pese a las quejas y a las razones del otro. La causa de la mala conducta de estos hombres no es la injusticia de uno de ellos, sino el hecho de que, en lugar de trabajar o de descansar, han estimado que era preferible beber vino y jugar a los naipes en una taberna. De igual modo, si se me dice, en plena guerra que una de las partes es culpable, no podría dar mi aquiescencia... Las razones de la guerra del Transvaal, como de cualquier otra guerra, son claras: en primer lugar, la desigual distribución de las riquezas, es decir, el privilegio de un partido sobre los demás; luego, la existencia de una clase militar, esto es, de hombres educados y destinados para la matanza; la tercera causa radica en la doctrina falseada, que se halla en la base de la educación de la joven generación...»

Fácil es concebir la inquietud que se apoderó de Tolstoi cuando supo, en 1904, que había estallado el conflicto ruso-japonés. A la pregunta telegráfica (hipócrita) de un periódico americano, deseoso de satisfacer a su clientela, Tolstoi había respondido: «No estoy ni por los rusos ni por los japoneses, sino por los obreros de los dos países, engañados y obligados por sus gobiernos a ir a la guerra, contra su conciencia, su religión y en detrimento de su bienestar.» Un colaborador del «Figaro», Jorge Bourdon, fue a Isnaia-Poliana. Expuso las opiniones de Tolstoi sobre los problemas de la guerra en un libro: «Escuchando a Tolstoi.» Interrogado sobre el modo en que terminaría esta «guerra de razas», Tolstoi había replicado: «¿Qué me importa la lucha entre razas? No hago ninguna distinción entre ellas. Para mí, lo que tiene valor es el hombre. ¿Qué ventajas puede sacar el hombre de esta guerra?» ... «La conciencia me dice que el asesinato, en cualquier forma que sea, es detestable, que la guerra es un azote monstruoso y que hay que deshonrar todo lo que contribuya a prepararla... Si la verdadera conciencia cristiana hubiese penetrado en el fondo del alma humana, sería imposible para un hombre el coger un fusil e irse a matar a sus semejantes...»

... Comprobando la contradicción entre la bestialidad y la llamada civilización, cuyos progresos técnicos se hallan al alcance de los brutos, Tolstoi estima que esos hombres no tienen derecho a gozar de las ventajas de la civilización: «No solamente que no tienen el derecho moral de servirse de los ferrocarriles, de la electricidad, de la fotografía, del teléfono y del telégrafo, sino que aún el acceso a los simples oficios debiera estarles también prohibido, pues hacen uso de todas esas mejoras para la satisfacción de su ociosidad y de su libertinaje, para sus diversiones y para su destrucción recíproca...» (Págs. 392, 393, 395, 396, 397.)

Tenemos que terminar. No es posible proseguir señalando siquiera las más modestas huellas dejadas por este peregrino que nos envuelve en una montaña de visiones panorámicas, de penetraciones humanas a través de DOCE CAPITALLES europeas. En las cuartillas que siguen dejaremos constancia mínima apenas de cinco de estas huellas que nos llegan a lo más íntimo del ser consciente: Bartolomé de Ligt, Andreas Latzko, Stefan Zweig, Eva y, por último, esa nota sensible dedicada al tornero Gheorghe Nedelcu. Muchas otras radiantes luces dejamos por señalar en esta selección, pero a querer satisfacer nuestro impulso por transvasar todo lo que este singularísimo libro ha despertado en nosotros con su lectura, sobrepasaríamos todos los límites posibles en una presentación que queremos poner al alcance de los más estudiosos, con los menos renglones, pero no dejando margen a que se pueda entrever una nota que no tienda a la incitación de una mayor amplitud del lector por compenetrarse del superior contenido de DOCE CAPITALLES, en una época, como la presente, en donde la mentira abierta o camuflada impiden ver los rayos luminosos que despedieron las mentes preclaras de los hombres y mujeres encontrados por Relgis en su peregrinación por el centro del continente europeo, durante un tiempo de supuesta «paz» entre dos guerras mundiales. No nos cansaremos de decir al que estas líneas medite que para su conocimiento más amplio y profundo debe recurrir a la completa lectura del libro que nos ha servido de base para dar a conocer lo que consideramos imprescindible si se quiere introducir en tan inmenso panorama de acción ética e intelectual, a quienes más estimamos: los hombres y mujeres dispuestos a continuar —de acuerdo con las propias posibilidades temperamentales— la lucha por la conquista de mejores días para la humanidad y el ser que la compone.

BARTHELEMY DE LIGT:

... Y de Ligt comprobó con amargura:
—¡Ay! De igual modo que en el cristianismo antiguo se adaptó fatalmente a la sociedad romana en algunos centenares de años, el socialismo moderno se adaptó también fatalmente, en algunas decenas de años, a la sociedad capitalista e imperialista actual. La social-democracia iba a determinar la muerte del socialismo revolucionario. Mientras que la primera internacional tenía tendencias cosmopolitas y condenó, en 1868, toda participación en las guerras burguesas, la II Internacional olvidó de una manera cada vez más irresponsable su tarea, que consistía en combinar la lucha contra el capitalismo con la lucha contra la guerra: convirtióse en la víctima de sus propios medios políticos. Toda democracia socialista hállese condenada a traicionar su socialismo y a colaborar en la construcción del capitalismo moderno, demostrando al mismo tiempo que la titulada democracia no es más que un instrumento complicado para la clase dominante, con el fin de gobernar y dirigir los pueblos que creen gobernarse y

dirigirse por sí mismos. Habiendo aceptado la democracia moderna el sistema parlamentario y la participación en el gobierno en Estados capitalistas e imperialistas, la II Internacional fue arrastrada la mismo tiempo por la ideología nacional. Colaborando en la edificación del Estado, sus adherentes se sintieron obligados a la vez a participar en la defensa nacional. Por esto la guerra moral y práctico del socialismo moderno... En los medios neo-marxistas que, desde varios puntos de vista, estaban inspirados por las ideas anarquistas y sindicalista-revolucionarias, hubo una oposición seria, a no dudar, contra la guerra nacional capitalista. Su táctica fue inspirada, en distintos casos, por motivos verdaderamente revolucionarios. Sin embargo, como lo he comprobado en mi folleto «Las persecuciones religiosas en la Rusia soviética», desde la revolución de 1918 el bolchevismo y la III Internacional (cuyo objeto fue realmente englobar al mundo entero) han degenerado cada vez más desde el punto de vista revolucionario, porque, irresponsables también, pero de una manera muy distinta, han empleado en su lucha todos los medios de inquisición: la policía secreta, la opresión, la censura, el militarismo y la guerra. No es necesario que me extienda sobre esto, porque usted mismo, en su carta a Barbusse, ha protestado de una manera ejemplar contra el empleo de los medios que están esencialmente en contradicción con el objeto perseguido... He ahí las razanas por las cuales todo mi trabajo social se concentra sobre la idea de la responsabilidad. (Págs. 403, 404 y 405.)

ANDREAS LAZKO:

Stefan Zweig debía decirme el mismo día:
—Latzko ama el sufrimiento y el sufrimiento tiene por él preferencia...
Ningún otro escritor, quizá, me ha hecho sentir con tanta intensidad, con más potencia hipnótica como él —que es también un combatiente social— la gran tragedia de 1914. «Los hombres en guerra» suben su calvario, atraídos por ideales fatídicos o impulsados por las ilusiones colectivas, de la multitud aterrorizada por las divinidades terrestres. Suben sobre el sendero en espiral, al borde del precipicio que devora a los nuevos sacrificados. A sus pies y hasta en el lejano horizonte, ven a los pueblos degollarse entre sí en un entreverso frenético, bajo los cataclismos artificiales que sacuden la montaña. Y ellos suben sin tregua, y a cada curva el fresco de la guerra muestra nuevos horrores. Visiones multiplicadas hasta el infinito, de las que sobresalen algunas imágenes típicas, formidables símbolos de un sólo y mismo gesto: el hombre que mata al hombre. Esclavos y tiranos, todos sufren la misma obsesión: la de la Muerte, a través de la cual algunos llegan a la plenitud de la voluntad de dominar, mientras que el mayor número soporta el suplicio de la miseria física, del agotamiento sin remedio, de las heridas que llevan con frecuencia a la locura delirante y, con más frecuencia aún, al olvido en la Nada repleta de cadá-

veres deformes. Es el sufrimiento del cuerpo humano, con raros gritos de humanidad consciente. Es el drama de millones de anónimos embrujados por algunas ideas fijas y algunas vagas aspiraciones a la comunión o a la revuelta... «Los hombres en guerra» trepan al monte de su martirio: sus ojos contemplan, extraviados, las apariciones infernales. Y ellos aúllan cuando el dolor muerde en su carne y cuando los apuntadores del Crimen los hacen rodar en el abismo...

... Ahora quiero volver a Latzko al problema social:

—Sé que su socialismo no es una actitud, sino un acto revolucionario. ¿Encontrará usted en ese acto una solución?

—¿La solución del problema social? El movimiento empezó a afirmarse en Inglaterra, hace un siglo, por medio de una ley que prohibía a los niños menores de doce años... ¡trabajar más de doce horas por día! Contra esta ley, los propietarios de las grandes fábricas de tejidos protestaron violentamente. Pretendían que se verían obligados a cerrar sus fábricas, si los niños de menos de doce años, la mano de obra barata, no trabajaban más que doce horas diarias como máximo... Aunque los niños trabajen menos hoy, esto no impide que haya propietarios de fábricas enormemente ricos. A cada paso del movimiento social, este mismo juego se repite. Los propietarios no han hecho jamás concesiones de buen grado; los obreros debían dejar sin pan a sus mujeres e hijos, y rescatar la menor concesión a cambio de su hambre, con frecuencia de su sangre. Yo no he leído ni oído decir que un propietario haya propuesto jamás, por sí mismo, impulsado por un sentimiento de justicia, dar facilidades a sus obreros... (Páginas 418, 419, 422.)

EN SALZBURGO, CON STEFAN ZWEIG:

En su vestido verdoso de viajero infatigable, con su sombrero tirolés, con su largo y delgado cigarrero entre los dientes, Stefan Zweig es de una sencillez de aspecto y de una franqueza que ocultan, no obstante, sus grandes dotes de poeta, de crítico, de ensayista, de autor dramático y novelista. Os recibe con cordialidad, sin dejaros sospechar que os penetra y os diseca. Sus mejillas, de pómulos ligeramente rosados, hace pensar en el candor de un adolescente en el umbral de lo desconocido. Si ignorabais que es autor de esta imponente galería de retratos y de estudios literarios y psicológicos: Balzac, Dickens, Nietzsche, Höelderlin, Kleist... Stendhal, Casanova... Tolstoi, Dostoiewski, Romain Rolland: de las patéticas narraciones reunidas en los ciclos «Calidoscopio» y «La cadena»; de ese «Jeremías» cuya sombra profética se proyecta sobre el drama de 1914-1918, creeríais que va a proponeros acompañarlo en un viaje de aventuras.

... Hablando luego del cosmopolitismo que se confunde con el internacionalismo, Zweig, echando a un lado su plato, siéntese contento de poder delimitar una vez más estas dos nociones, de las cuales

ha comenzado a abusar también la prensa de gran tirada:

—Ya he escrito acerca de esto en la revista «Europa». Existen dos concepciones completamente distintas. El «cosmopolitismo» es una especie de hospitalidad convencional y cortés entre naciones cuya política recíproca es favorable. Se practica en tiempo de paz; y en tiempo de guerra no compromete a nadie. Es, por tanto, inofensiva, pudiendo cesar en cualquier momento, estando autorizada por los gobiernos en la medida en que sus intereses lo permiten. Que esos intereses lleguen a oponerse, y el intelectual cosmopolita vuelve a coger su pluma envenenada y, a veces, su fusil contra el «hermano» con el cual ha vaciado copas de champagne... «Internacionalismo» significa, por el contrario, adhesión al principio de la unidad indestructible de las naciones, independientes de las fructuaciones de la política. El internacionalismo sobrevive a la guerra. Más aún, la guerra es la prueba decisiva para un verdadero internacionalista, el cual debe afrontar a pie firme las fuerzas tiránicas, oponiéndoles su fe en la unidad intelectual del mundo. No conoce la «hospitalidad especial hacia los extranjeros» porque no conoce naciones «extranjeras». Para él, la fraternidad espiritual es muy natural y siempre se halla pronto a oponerse a cualquier guerra... Cada miembro de una sociedad internacional debe comprometerse solemnemente en una fe común y en una acción positiva. Yo pediría también un juramento que he formulado así:

«Declaro por mi honor, que en mis escritos jamás insultaré, menospreciaré ni ridiculizaré a una nación; que nunca echaré sobre un pueblo entero la responsabilidad de actos políticos y militares. Juro, por mi honor, que permaneceré fiel a esta convicción también en caso de guerra y aun en el caso en que mi nación tuviera que sufrir una injusticia por parte de otra nación. Es evidente que este juramento me deja toda la libertad de reirme de los políticos, de combatir los movimientos políticos o militares que aparecieran en otros países. Pero jamás haré responsable a un pueblo ni a una nación entera de los delitos y de los crímenes de sus dirigentes...»

... El último tren sale después de medianoche. No quiero retener más a Stefan Zweig: sé que otro viajero europeo lo espera en la biblioteca de allí arriba, sobre el Kapuzinerberg... (Págs. 426, 434 y 435.)

DE REGRESO. EN LA TUMBA DE EVA, HERMANA DEL PEREGRINO:

... Y deambulé entre los sepulcros. He descifrado inscripciones carcomidas, me he detenido ante túmulos frescos, antes lápidas casi enterradas ellas también, ante las filas uniformes de los que perecieron en la Gran Matanza, anónimos a los cuales se les ha puesto un nombre colectivo: «soldado prisionero ruso», «soldado austriaco», «soldado rumano», que se mataron los unos a los otros bajo el satánico mandato de los Estados en reyerta...

... Allá, bajo el monolito de mármol color de ceniza, se ha deshinchado la envoltura de una existencia. Después de mis peregrinaciones por diversos países, tras de haber absorbido con la vista los panoramas de un continente, de haber escuchado la voz de los precursores y camaradas, después de tantas investigaciones y comuniones, he llegado a la tumba de la hermana, para ser atenuado por la implacable advertencia de la muerte... (Pág. 456.)

EL CIRCUITO SE CIERRA. BUCAREST. APOTEOSIS FINAL CON LA VISITA DEL TORNERO GHEORGHE NEDELICU:

... En esta joven capital, he visto algo de las metrópolis que he recorrido: arcaísmo pintoresco y urbanismo geométrico, ensueño y velocidad, miseria y opulencia, todos los defectos y las virtudes, en una baránda de promesas, y victorias que empiezan a brotar...

En la calle donde vivo, al otro extremo de la ciudad. Un niño salía por la puerta del zaguán. Se cruzaron nuestras miradas en un centelleo de alegría:

—¡Papa!

Lo dejé con los bucles castaños, durmiendo en su camita. Ahora está usando blusa rayada de escolar, con la cartera sobre la espalda y con el cabello corto. Sobre el rostro tostado comienza a apuntar la expresión varonil.

—¡He aprendido a leer! —exclama Alejandro con gracioso orgullo.

Y desde el balcón del tercer piso, la mano de Ana, mi esposa, me hacía la señal de bienvenida, la misma señal que, hace seis semanas, significaba un cariñoso voto de feliz viaje por caminos que, no obstante, la atemorizaban porque los ignoraba y porque me alejaban. Mi jira se ha cumplido:

se ha cerrado como la hebilla de una cintura embrujada, en el oasis del hogar.

En el mismo día reanudé mi trabajo, ya que no lo he abandonado tampoco durante el viaje. Ese trabajo constante, de artífice de la Palabra, de jornalero de la Idea.

... Hacia el atardecer, en el momento de regresar a mi casa, la puerta se abrió de nuevo, empujada por una mano tímida. Un obrero, de pequeña estatura, y deseoso de leer y aprender.

—¡Bienvenido! —me dijo—. Y su sonrisa era seca, amarga, mientras sus ojos brillaban en la profundidad de las órbitas. Sabía que estaba enfermo. Después de una silenciosa vacilación, me ofreció un pequeño objeto de acero biselado, que tenía forma de libro, con dos iniciales grabadas y la fecha de hoy:

—Lo hice con algunas cápsulas de ametralladora, en mi torno del Arsenal.

—¿Todavía trabajas allí?

Un suspiro. Un meneo de cabeza:

—No me ha sido posible encontrar ocupación en otra parte... Me atormento sin cesar... Pero estoy decidido a partir...

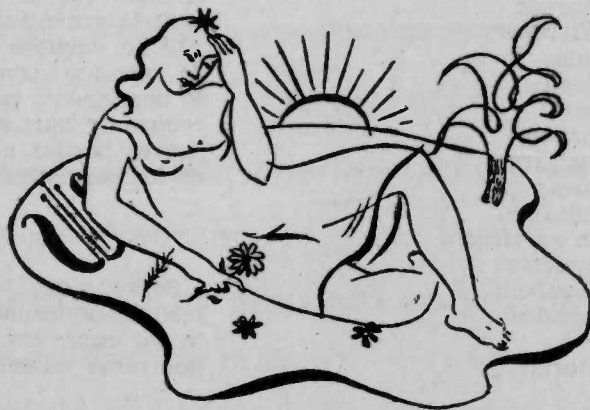
—¿A dónde?

—Al Brasil. A cualquier parte donde pueda trabajar por el pan, por la dignidad humana. Le ruego acepte esta cosita, como un testimonio, como un recuerdo...

Y apretando un lado del librito de acero —era un encendedor— surgió una pequeña llama...

Te agradezco, Gheorghe Nedelicu, por tu buen pensamiento, por la enseñanza que me has brindado. Cierro este libro con tu nombre de obrero, que involucra el de millones de trabajadores «por el pan, por la dignidad». Pues he escrito estas páginas con el pensamiento que te indujo a forjar un encendedor con unos cuantos proyectiles:

Por una luz, por muy pequeña que sea, pero bienhechora. (Págs. 450-460.)



Romance de la calera

A MI HERMANA CARMELA

por ABARRATEGUI

Mejor morir que ver
por la calle tanta muerte.
La emoción de haber vivido
serpentinamente estrecheces,
cocos de puntas obtusas
el alma amarga retiene.
La cal musita y barrunta
su blanco sino y parece
una novia predispuesta
a lavar sangres perennes.
La Iglesia abrió sus caleras
y por los sepulcros crece
poniendo capas de cal
y afrentas de inútil nieve.
Federicos y Garcías,
hermanos de mucha gente,
limpios nardos varoniles,
dolores fijos de siempre
que la cal de la locura
blanqueó como a paredes:
vuestra sangre, en los granados,
lirica y pura aparece
bordando banderas nuevas
de libertades silvestres.
Lorcas de España, dormidos
corazones con afluentes,
vivas conciencias que exigen
la utilidad de sus muertes.

Por la calera, Castilla,
de negro duro su suerte,
dirige a los crematorios
sus pasos sobrios y febles.
Los ojos y las chicharras
se achicharran sin el verde
que las altas jerarquías
requisaron y malvenden.
Y fundidos en terror
a fuego apuntan cipreses.
Castilla ensancha sus lares
desconfiados y agrestes;
se asoma el mar vomitando
trigos que sembró en su vientre
y pregunta por sus muertos
a unas olas que no vuelven.
Los sepulcros blanqueados
en soledad se divierten
pensando que la Victoria

se apoya sobre burdeles.
Y el mar, herido de pena,
en el alto mar se pierde.

¡Cales y mirtos antiguos!
¡Flores de seda crujiente!
¡Hornacinas de papel!
Por la carretera viene
un antiguo caracol
que en su caracola hierve.
Las agonías paganas
de los cristos impotentes
rabian en los soportales
que a recelos viejos huelen.
¡Macarenas y Dolores,
Pilaricas en sus mieles,
impregnan de cal a España
y piedras preciosas quieren!

Por el aire, todo olor
transido de roja sierpe,
la cal cuesta una peseta
y su medida es la muerte.

¡Cómo quema la calera
huesos, risas y claveles!
Aquí se calla la voz
del Pueblo que ignora siempre
el sabor que en su miseria
la Vida auténtica tiene.
Allí se encubre el hedor
de carroñas, con laureles,
Y por lejanas campiñas
rebuznan, hartos de preces,
pobres bestias asqueadas
de los desmanes terrestres.

Sobre todas las fachadas,
bien blanqueadas y alegres,
la cal cubre las miserias
que otras miserias encienden.



PARABOLA

EL DINERO

Un día después que Lycon se había ido, Excyclo interrogó en estos términos:

—Oh, Psicodoro, ¿produce menos males la moneda que el manantial envenenado del cual hablabas ayer?

Recibió, pues, esta respuesta:

—La moneda produce más males ella sola que todos los manantiales y todos los torrentes que caen de las montañas.

—Pero, volvió a decir, el que la inventó pensó solamente a ciertas ventajas que produce. Quiso ser el bienhechor de los hombres; quiso facilitar los cambios que el trueque hacía penosos e inciertos. Me parece, pues, que debes absolverlo como absolvistes al manantial. O quizás te gusta y lo admiras.

Psicodoro levantó los hombros.

La palabra de Excyclo se volvió áspera:

—Si bien comprendo, oh maestro, con la respuesta poco precisa con que dignas honorarme, en verdad cometes una injusticia, puesto que de dos actos semejantes, condenas a uno mientras absuelves a otro.

—El inventor del dinero, hijo mío, no se parece al manantial alto. Fue preciso para finalizar en tal invento, un pensamiento singular aplicado a las cosas bajas. Y nada ha dado que corresponda a las necesidades sanas del hombre. ¿Qué cosa ha producido que pueda satisfacer tu hambre, o protegerte contra el frío, o ponerte al abrigo del temor y del deseo? Más bien es el envenenador que, entre el manantial y la ciudad, ha interpuesto la fábrica; envenenando así las aguas, ensuciando con reflejos metálicos y fétidos lo que viene a nuestra boca.

Psicodoro se calló un instante y sus labios, antes

plegados como sintiendo asco, se volvían lentamente una sonrisa.

—La naturaleza, prosiguió, ha querido que los frutos, las carnes y las otras cosas necesarias se conserven poco tiempo. Esta sabia previsión estableció entre los hombres una fraternidad y algo así como una necesidad de bienestares recíprocos. Antaño, el que tenía demasiada comida le daba a su vecino, aunque ese vecino no poseyese nada útil para el trueque. La generosidad era el solo remedio al sufrimiento de ver perecer al bien inútilmente.

Los ojos del filósofo parecían mirar a un lejano y dichoso horizonte. Una tristeza, al contrario, los cerraba casi mientras terminaba su discurso:

—Hoy, por desgracia, el dinero permite cambiar lo que perecería contra una materia duradera, sin uso y sin valor en sí misma, pero que nuestra locura acepta como riqueza real. Bajo una forma tan dura como un corazón de rico, el que tiene demasiado amontona lo que les falta a los otros; edificando, con el hambre de los pobres, el edificio de su potencia y de su servidumbre. El inventor de la moneda ha perfeccionado algo: ha perfeccionado la tiranía de la esclavitud; ha hecho duradera, sólida y creciente a la desigualdad que antes era precaria, ligera e incierta. Es el padre de miríadas de muerte, de miríadas de violencias y de miríadas de bajezas. ¿Ha previsto algunos de sus crímenes o los ha querido, bandido que ríe enmascarado? No lo creo. Era más bien como aquellos que el pensamiento vil perjudica cuando pretende servir, como aquellos que solamente dan su basura y que reparte al azar su estiércol, lo mismo encima del pan que acaba de cocerse que sobre el campo que se va a sembrar...

CIENCIA MILITAR

—Trescientos mil muertos se han registrado en la batalla de Wagram.

Napoleón: —Las parisinas en una noche se encargarán de darnos más.



CONOZCAMOS A SAMBLANCAT

EL APRISMO

COMO sabéis muy bien, el Aprismo es el partido político revolucionario del Perú, cuya caperuza más roja calza Victor Raúl Haya de la Torre. ¡Salve, vincitor! Haya de la Torre es el terror de las viejas del Perú y de los jóvenes que tienen alma y cazcarrias de vieja. ¡Por la señal de la santa cruz, de la jeta a la braga en diminutivo lemosin y consonando con trompeta! ¡Amén, Jesús!

En Peruvia ha habido un teorizador social y un escritor que no era mulo; quiero decir, que tenía cerebro a kilos y pechugaba a lo macho mismamente. ¡Choca la zoca, González Prada! Casi todo lo demás rezuma petulación académica y reumatismo seminarizante. La microscopía del programa aprista, por ejemplo, pega a la pared al Solá de Cañizares menos iluso y le saca humo de la cachucha. Todas las plataformas políticas son vinada pura, generalmente con arrastre de negros posos. Pero, las hay que ni a heces vinarias llegan y ni para lavarse los quesos sirven.

Carta transatlántica del Apra: defensa matachinesca continental; internacionalización del canal de Panamá — ¡piscis!—; desbalcanización de las 20 naciones no saxo-americanas del Hemisferio, unificándolas lombardotoledanescamente; inter-americanismo, porque éste es un pan que se comen los cachorros de John Bull...dog; Amerindia c Indoamérica, en lugar de Iberoamérica.

La última de estas coplas de Calainos es la que más en gracia nos cae y mayormente nos pone el seso y hasta el sexo. Ha surgido en el ecumeno occidental hispanogarrulante, en los últimos 50 años, una corriente de opinión antibérica, que representan en México los pintores Ribera y Orozco, en Colombia Germán Arciniegas, en la Argentina Lugones y en Perú el aprismo. Esos son los que, en su perafán de borrar hasta la más remota huella de la Conquista, proponen que al divino feto de Cortés y de Pizarro se le llame Indoamérica y no Hispano-américa, ni Latinoamérica.

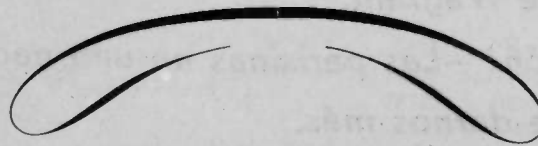
Cometió un alemán la alemanada de vesprepuciar a este Continente, que descubrimos, exploramos, colonizamos y civilizamos los españoles. Y ahora se destierran pedruscos, caragolinas, tejos y otros primores mayas y toltecas. para enfrentarlos con nuestra pintura, con nuestra archi-

tectura, con nuestro teatro, con nuestras letras y con nuestro civilismo. ¡Para desternillarse y destrangularse de risa! Batracomiomaquia contra gigantomaquia. Haya de la Torre, llega hasta la puerilidad de atribuir la caída del guíñol inca a la traición del indígena Felipillo, que malincheó con Pizarro y vendió la propia patria por 30 abalorios, como Judas a Cristo.

A América, chica honrada, sólo hay apellido, que razonablemente le cuadre: el de su papá. Debe, por tanto, llamársela Ultrahesperia, Iberia Occidentalis o España Nueva o novia. Y eso ni los terremotos que hacen bailar los Andes, lo mueven. Hasta para ofender a nuestra sangre helenorriña hemos de acudir aquí a las inventivas de su genio. Y así Indias del Ocaso llamó España a estos países solamente porque creyó Colón que había descubierto una especie de Malaca.

Pero, todos los que se han asomado al Nuevo Mundo saben que aquí ni hay ahora un sólo indio, ni lo ha habido nunca. Los indios no híbridos ni bastardos son los ribereños del Indo. Y de esos ni uno siquiera emigró a estas playas, porque tenía que saltar los 8 mil y pico de metros del cordón himaláico y los 7.000 de la era del Mico tibetana. Y ese brinco no hay garrochista que lo cubra. La migración de los hindúes no rastreó jamás el Norte y el Este tapiados, sino el Oeste más accesible, corriéndose los arios en dirección a Europa por el Turkeistán, la Bactriana, el Irán y Armenia, orillando el Caspio y remontando las chepas cáucaso-carpáticas, para inundar la estepa rusa.

Las razas que poblaron América, invadiéndola por el canuto del Behring, después de repechar Siberia, eran manchúes, tártaras y mongólicas o mongolas. No hay más que verles hoy a sus descendientes la cara, para convencerse de ello. Los caravaneros indostánicos eran gente viejamente civilizada, de rasgos fisonómicos armoniosos. Y las tribus que por estos desiertos pululan se parecen como una castañeta a otra a los hordarios de Atila y de Gengis Khan. Conque si deshispanizamos el Continente del peso, lo que procede no es llamarlo Indoamérica, mote doblemente falaz, sino rebautizarlo con el de Kalmukoamérica u otra gilipollada por el estilo.



POETAS DE AYER Y DE HOY

LA PRUEBA

Por RALI

No hay nobleza más sublime
que amar al que no es amado,
querer al que nunca supo,
perdonar al que es odiado.
Debes ser, aunque no quieran,
justo y desinteresado;
capaz de sufrir mil pruebas
y en la adversidad, forjado.
En la derrota maldita
no te des por derrotado,
y si sales vencedor
nunca seas desalmado.
Norte del que se ha perdido,
leal con el ultrajado;
labrador de fantasías:
deja el campo bien labrado.
No pienses en recoger
lo que otros han cultivado;
si cosechas decepciones
date siempre por pagado.
Si al afrontar el peligro
te sientes abandonado,
recuerda que no está solo
ni el hombre más desgraciado.
Si en la prueba no te ensucias
y te mantienes honrado,
llevarás, aunque no quieran,
un buen amigo a tu lado.
¿Quién puede parar el sol,
o hacer del viento un pañado

de libertades atadas
y heridas en el costado?
Ni en la cárcel está preso
quien se siente liberado:
el pensamiento del hombre
nunca estará encadenado.
Lo tienes todo en ti mismo:
tu voluntad es don preciado;
salta el río si te ves
por la malicia cercado.
Si ofendido no te humillas
aunque seas torturado,
conseguirás con tu hombría
vencer al que te ha humillado.
Has de ser con la injusticia
del tirano despiadado,
un rebelde y justiciero
de tu pueblo esclavizado.
Del roble debes tener
su poderío probado;
del águila la mirada;
del mártir, su apostolado.
No seas en el dolor
el primer recién llegado;
quien predica con ejemplos
ácaba crucificado.
Jamás te des por vencido;
si eres fiel a tu pasado,
siempre tendrás, en la prueba,
un buen amigo a tu lado.

Bajo el signo de ESTUDIO y RECREO

Fabiola	3,00	Influencia de las ideas absolutistas en el so-	
Fábulas Iriarte	4,00	cialismo	2,00
Fábulas Lafontaine	4,00	Ira (la), Séneca	2,00
Falsos redentores	8,00	Internacional obrera (la), V. García	4,50
Fantasma de Canterville	4,00	Invasión del mar, Verne	2,00
Faro del fin del mundo	2,00	Indias negras (las), Verne	2,00
Fascismo siglo XX, Rama	2,50	Irresponsables (los)	3,00
Fatalidad	2,00	Ivanhoe, Scott	3,00
Facciosos más y algunos frailes menos	2,50	Intereses creados, Benavente	3,50
Federación Local es el Municipio, Alaiz	0,50	Jane Eyre, Bronte	3,50
Fénix	5,50	Jardin encantado	3,50
Fertilidad y esterilidad en la mujer	0,80	Jardin de Acracia, Solano	3,00
Figón de la Reina Patoja	2,00	Johas el errante	0,50
Fin del mundo	8,40	Juan azul	4,50
Fisiología del trabajo humano	24,00	Judios sin dinero	6,00
Fortuna	5,00	Juicio de Eva	2,50
Fundamentos de la ciencia económica	6,00	Julio, Galdós	—
Filosofía fundamental, Balmes	4,00	Juanita la larga, Valera	—
Filosofía de la vida, Engels	3,00	Karaganda (campos de concentración de	4,00
Fin de la Tierra	5,50	españoles	1,00
Final de norma, Alarcón	2,50	Keraban el testarudo, Verne	4,00
Frente al mañana, Sánchez Albornoz	2,00	Kira Kiralina, Istrati	2,00
Fuera de la ley, Bajatierra	0,50	La isla del Tesoro, Stevenson	3,50
Formas literarias, Vossler	4,00	Interpretación de la historia, Leval	0,80
Fundamentos del cooperativismo	4,50	Intelecto helénico, Gener	4,50
Fundamentos de la neurosis de la infancia	4,50	Juana la loca, Picard	3,50
Fundamentos de la Geografía económica	4,00	Interpretació Llibertària del moviment	
Fundamentos del Nuevo Derecho	4,50	obrer català	1,50
Fermin Salvochea, Rocker	0,50	La de los tristes destinos	2,50
Familia sin nombre, Verne	4,50	Languidez, Storni	4,00
Fugitivos del amor, Kright	7,00	Lámpara maravillosa	2,00
Horas de lucha	6,50	Laberinto español, Brenan	24,00
Hombre ¿a dónde va? (el)	15,00	Lámpara que no ardió	4,00
Hombre que yo maté (el)	2,00	Lago negro	2,50
Humo, Turgueniev	4,00	Laski, o el hombre de gobierno	2,50
Humanitarismo y eugenesia	0,60	Leyendas, Becker	4,50
Ideas para una concepción biológica del mun-		La Fontaine, Taine	6,00
do, Uexkul	7,00	Ley del número, Mella	0,50
Ideas universales en el pensamiento español,		León Trotsky	3,00
Alaiz	0,50	Lirio del Valle, Balzac	4,50
Ideologías y regiones	3,60	Libertad de prensa	6,00
Impotencia en el hombre (la)	5,00	Libertad y civilización	6,00
Iliada (la)	6,00	Libertad sexual de la mujer	0,50
Importancia de llamarse Ernesto, Wilde	4,00	Libro de oro de la Revolución española	2,00
Infancia y juventud (mi)	3,00	Libro de tierras vírgenes	3,00
Influencias burguesas en el anarquismo,		Libertad de amar, Valenti	1,20
Fabbri	1,00	Literatura contemporánea, Blanco	5,50
Inteligencia de las flores (la), Meeterling	2,00	Libro de los cantares, Heine	4,00
Infancia entre dos esquinas	3,00	Lozana andaluza	6,00
Infancia en Nueva York	6,00	Lógica, S. Mill	6,00
Invernada en los hielos, Verne	2,00	Londres, J. Camba	4,00
Intruso (el), J. Ferrer	0,50	Los que tuvieron veinte años	6,00
Indomable (la), F. Montseny	1,50	Lógica, Balmes	4,00
Incógnita de Indoamérica	1,50	Lo que debería saber toda joven, Allen	0,60

Pedidos a nuestro servicio de librería

M. CELMA, 4, rue Belfort - Toulouse (H.-G.)

CENIT

sociología
ciencia - literatura



Editorial.

Ramón Liarte: El hombre y los libros.

Luis Bazal: Luctuoso recuerdo.

Severino Campos: Transcendencia del 1º de Mayo.

Salvador Seguí.

J. Muñoz Congost: Actualidad de la Idea.

Julio Just: Tierra y Libertad.

Floreal Ocaña: Voluntad libertaria.

M. R. Valdivieso: Muerte de muchos cambarios.

Eugen Relgis: Apuntes Uruguayos.

Costa Iscar: La vida y los libros.

Han Ryner: El crepúsculo de Bias.

¿Quién era Salvador Seguí?

170

Mayo - Junio 1966

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,50 F.



4: P. 5523

NUESTRA PORTADA

Salvador Seguí. «Ni santo ni mercader». Un hombre de carne y hueso. ¡Pero qué hombre! ¿Orador? Dantón y Bakunin tenían más cultura que el «Noi», pero no más elocuencia social, multitudinaria. Una estampa acabada del pueblo y para el pueblo un apóstol sin trampa ni cartón, un tipo ibérico, como diría su amigo Alaiz, el escritor que sentía poca veneración por los tribunos, eso fue, y algo más, nuestro Salvador Seguí. Nuestro en toda la integridad del vocablo: por fuera y por dentro. De la Confederación Nacional del Trabajo, a la que amara más que a su propia vida. Y a la C. N. T. le dio todo lo que tenía: prestigio a raudales, inteligencia natural desbordante, y una visión social no superada. ¿Qué más puede dar un hombre?

Salvador Seguí fue la expresión más definida del militante obrero y revolucionario. Organizador por vocación e intuitivo por naturaleza. Es hoy como ayer una de las figuras más relevantes de la revolución española. Cataluña, cuna de hombres íntegros y emprendedores, le tiene reservada una de las páginas paradigmáticas más brillantes de su historia. La clase obrera española sabe lo que representa Seguí. Actualmente, la juventud intelectual, obrera y campesina fija su mirada en la lección de este hombre tan nuestro, que ofrece ejemplos de audacia y de ponderación admirables. La C. N. T. no olvida a los suyos. El sindicalismo revolucionario peninsular recuerda a Salvador Seguí. Sin estatuas ni mausoleos, nuestros militantes son los forjadores de la nueva historia de la emancipación de los trabajadores y de todos los hombres que luchan por un mundo mejor.

Lo superficial pasa y lo permanente queda. Ahí está la configuración de una vida noble y generosa, marcando un hito ejemplar en los anales de la hombría de bien. Salvador Seguí fue una presencia que no se olvida.

GÉNIO

REVISTA BIMESTRAL DE SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y LITERATURA

REDACCION

Federica Montseny y Ramón Liarte

COLABORADORES

Vladimiro Muñoz, Evelio G. Fontaura, Hem Day, Campio Carpio, Eugen Relgis, Dr. Pedro Vallina, Germinal Esgleas, René Lamberet, Miguel Valdivieso, Cosme Paules, José Muñoz Congost, Floreal Ocaña, Dr. Amparo Poch, José Viadiu, Víctor García, J. Guerrero, Severino Campos.

Suscripción anual:

Francia	9,00
Exterior	11,00
Precio de un ejemplar suelto	1,50

Giros Michel Celma, C.C.P. 952-38
4, rue Belfort, 2ème étage F-31 TOULOUSE

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en los que aliente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)

CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XVI

Toulouse, Mayo - Junio 1966

N.º 170

EDITORIAL

CHICAGO, una lección que es ejemplo

1886 El movimiento obrero y anarcosindicalista crecía en los EE. UU. de América. Su fuerza social era desbordante. El capitalismo naciente y preponderante tenía una obsesión: poner punto final a la revolución que se gestaba en las capas llanas de la sociedad norteamericana. A sangre y fuego se liquidaron las ansias renovadoras de los hombres que habían elegido a Norteamérica como la nueva Meca revolucionaria. Por el embudo de la estatua de la libertad levantada en el puerto de New York, podrá pasar toda la basura del mundo, excepto la doctrina de reforma social.

El país de los aventureros de todas las latitudes, declaró la guerra social al obrerismo militante. Y cabe reconocer que la ganó transitoriamente. Para ello, la reacción no dudó en llenar de fango y lodo, el mármol y el oro de los poderosos. El gangsterismo entró en acción. No haremos responsable a todo un pueblo de la política llevada a cabo por los reaccionarios cubiertos bajo la bandera de la democracia. Siempre hay minorías despiertas que se salvan. Pero los conquistadores de oro y corruptores de conciencias, pedían sangre. Se levantó el cadalso. El nuevo maderamen se convirtió en amenaza contra los desposeídos de la fortuna.

Han pasado ochenta años. El proceso infame incoado contra el movimiento anarquista, constituyó un desafío a la clase obrera. El reto lanzado por el capitalismo no se detuvo ante nada ni ante nadie. Augusto Spies, Albert Parsons, Adolfo Fischer y Jorge Engel murieron heroicamente en la horca. Luis Lingg, el periodista indomable, se suicidó en la cárcel con un explosivo que llevaba oculto en su cabello rubio

como las espigas maduras del saber. Oscar Neebe, Miguel Schawb y Manuel Fielden, fueron condenados a quince años de reclusión. Más tarde, al revisarse el proceso, fueron puestos en libertad. El capitalismo no tiene entrañas: primero, asesina, y después, perdona.

No vamos a hacer el relato de este proceso trágico, cuyos detalles son conocidos de todos. Nos proponemos sacar la lección de los hechos para que la clase obrera no pierda más batallas en su lucha por la emancipación. Estos hombres excepcionales marcharon a la muerte con la sonrisa a flor de labios. Tenían la misma serenidad interior que Sócrates, el mismo temple desprendido que el misero de Galilea, parejo carácter que Giordano Bruno, idéntica firmeza que Galileo cuando exclamó: «E PUR SI MOUVE». Sí; la tierra da vueltas sin cesar. Se levanta el sol cuando se duermen las estrellas y los luceros. En la madre tierra, la semilla de la libertad germina. Crecen las plantas. Evolucionan las aguas por los ríos. El pensamiento no descansa jamás. Es arrollador como el aire, duro como la roca o el acero. De los graneros del legendario Egipto salió la simiente para que creciera en los campos arrasados por la barbarie. De la conciencia de los hombres sedientos de verdades eternas, volverá a surgir la luz de la verdad que alumbrará a todo el planera. Vivir, pero no claudicar. Morir cuando llega la hora de defender la razón, mas dejando ideas que perduran. Eternizarse en la mente y en el corazón de los hombres, tal es el mensaje de los grandes maestros que labran el camino de la justicia con sus pies de peregrinos.

República muerta sin gloria. Democracia soñada para recibir al hombre, transformada en



Gólgota de la revolución. Guerra de razas. Medievo de un régimen que quiere dirigir los destinos del mundo desconociendo el valor intrínseco del hombre. Pragmatismo y manufactura al servicio del más fuerte y osado. Imperio de la brutalidad vestido de Smoking. América del Norte no ha ganado ninguna victoria. Las va perdiendo todas, porque es incapaz de saber que hay un Dios más potente que todos los dioses de las viejas y nuevas mitologías religiosas: El Dios reparador de la justicia. Dios sin templos paganos ni catedrales edificadas por todos los proscritos y perseguidos. Los que no hemos nacido para rendir culto a los fantasmas, sabemos admirar y venerar todo cuanto la naturaleza contiene: sus maravillas insuperables, y las obras gigantescas levantadas por la mano del hombre. Divina creación que merece todos los cultos nacidos del amor humano, de la fraternidad universal, de la perfección infinita y eterna.

El Mensaje de los mártires de Chicago resuena en todos los continentes. Es el contenido de una doctrina imperecedera. La causa de los oprimidos llamados a triunfar.

No satisfecha con haber estrangulado el sindicalismo en Norteamérica, la nueva casta de amos que pretenden dominar el mundo, quieren hacerlo desaparecer de todas partes. Del pistolero dirigido por la ley, se ha pasado a una nueva táctica. Los capitalistas no ceden; saben evolucionar y elegir sus métodos de combate. Ahora se compra el prestigio, la inteligencia, la personalidad del hombre. El movimiento revolucionario de las diferentes escuelas, ha tenido muchas fallas. A los pistoleros a sueldo de la patronal, les sucederán los entregados y vendidos a la causa del más poderoso. Todos los recursos serán puestos en manos de esta nueva plaga que hará más daño que el cáncer y la filoxera. En el Congo, en los países latinoamericanos, en la cansada Europa, y especialmente en España, han salido a la superficie los nuevos tránsfugas para asestar un ruido golpe a la lucha por la justicia social. Las

tácticas de la reacción han cambiado; pero los fines son los mismos.

El movimiento obrero debe protegerse cada día más. Debe saber quienes son sus amigos y sus enemigos. Porque el enemigo va a tener mil caras. Y en todos los frentes debemos estar preparados y dispuestos para afrontar la lucha que se avecina. No cabe duda que volveremos al pasado. Al que no se venda, tratarán de calumniarlo. Los hombres avanzados, los pioneros del ideal, la militancia curtida en la lucha, no han dejado de sufrir. Se está dilucidando el destino del mundo conforme al Derecho y la razón, o de acuerdo con los moldes prefabricados por la reacción «civilizada». Y en este combate, como en tantos otros, no podemos retroceder. Es una batalla abierta y solapada a la vez. Abrigamos la esperanza de salir victoriosos en la prueba. Pero no hay que dormirse cuando el lobo se lanza a devorar a los infelices corderos.

La lección ofrecida por los Mártires de Chicago debe servirnos de ejemplo. Hay que fortificar los cuadros aguerridos del movimiento obrero. Se impone una selección metódica de valores probados y de nuevas voluntades capaces de soportar todas las pruebas. Los acontecimientos se nos echan encima. No perdamos más batallas; no toleremos que vuelva a derramarse la sangre de nuevos inocentes. Se trata de persistir, de vencer. De nuestra consecuencia y profundo sentido del deber, dependerá el resultado final.

Chicago, España y todos los pueblos oprimidos del orbe: la acción tesonera y tenaz; la inteligencia unida al sentido de solidaridad; la lucha cohesionada de los trabajadores, son las armas insobornables que nos quedan para salir victoriosos. El movimiento del trabajo, al rendir el merecido homenaje de recuerdo y admiración a todos los caídos, debe hacer una promesa de fidelidad: luchar por las ideas propagadas por los mártires de Chicago, símbolo del internacionalismo militante, hasta conseguir la emancipación económica y social de todos los pueblos del mundo.

PIADOSA JUSTICIA:

Un obrero fue detenido. En el tribunal, acusado como estaba de varios delitos, se oye infligir varias penas que sumaban 140 años de cárcel.

—Va, le dice el abogado con la aquiescencia general, cumplirás los que puedas. Nadie te exigirá más.

El hombre y los libros

por RAMON LIARTE

LOS libros son la voz del hombre. Expresan el mensaje de la vida. A través de ellos sabemos del pasado, anotamos una parte de lo que somos hoy; son ventanales abiertos hacia el mañana. La literatura es un arte que desborda todo método: es una vocación. No hay una propiedad intelectual. El sol, el viento, el día y la noche, no son propiedad exclusiva de nadie porque pertenecen a todos. Así ocurre con la literatura. No existe el dominio de la propiedad ni en las ideas. Lo exclusivo es ficticio, antinatural. Fue Angel Ganivet quien dijo: «El fruto nace de la flor; pero no es de la flor, es del árbol; el hombre es como una eflorescencia de la especie, y sus ideas no son suyas, sino de la especie que las nutre y las conserva.»

¡Cuántos libros hermosos se ofrecen al tacto de nuestras manos! Con la yema de los dedos los tocamos hasta encontrar el pulso de la vida espiritual. Nuestros ojos quedan extasiados al ver las líneas rectas, las curvas del pensamiento, el paisaje lleno de belleza. ¡Qué de libros encantadores, enjundiosos, magníficos, estupendos, sublimes! Libros para todos los gustos, para todas las edades, para todos los tiempos. Están escritos en lenguas diferentes, tratan temas variados y, sin embargo, los libros son la palabra del hombre de todas las latitudes. A veces, cuando pienso, me pregunto: ¿Es tuya la idea que acabas de expresar? ¿De dónde viene lo que dices? ¿Qué dirección tomará el concepto por ti comunicado? La pregunta es fácil para el niño y el ignorante; la respuesta es difícil para el sabio y el genio. ¡Quién pudiese preguntar teniendo la respuesta a flor de labios! De ahí que la existencia sea una expropiación permanente, forzosa. El revolucionario hace suyo cuanto descubre de bello y exquisito, no para guardarlo, sino para distribuirlo a manos llenas.

La literatura, decía Lanson, no es un objeto de saber; ella es ejercicio, gusto, placer. No la sabemos, la practicamos; se cultiva y ama. Es una forma de protesta contra el método rígido preconizado por los literatos de oficio, que pretenden hacer de ella una

ciencia cerrada, cuando por contra, es un arte abierto como las varillas de un abanico en un día de verano. La posición de Lanson es la del hombre refinado que expresa el orden de la belleza sin atarla a una forma determinada. Hace de la estética un símbolo para representar a la cultura en el certamen de la belleza y la bondad.

El literato no se forja como el científico o el sabio. Es un ser lleno de sentido personal. Está hecho para comunicar la pena y la alegría de sus semejantes. El hombre de letras, el escritor, no es lo mismo que el hombre culto que hace de la literatura un acopio intelectual. Es el escritor, un artista que lleva en sí mismo la concepción depurada del arte. Cuando piensa, siente; y sintiendo, no puede vivir sin pensar su pensamiento en lo que otros han pensado. El literato, por ser artista, crea movido por afán de innovación. Es, por naturaleza, revolucionario.

Sí; hay que estudiar la literatura; pero lo importante es amarla, hacerla nuestra sin sentir el egoísmo de propiedad. Existen dos opiniones decisivas sobre la literatura: una, es la expresión de la cultura viviente que nos ayuda a amarnos y conocernos mejor; otra, rutinaria y pesada que absorbemos por la fuerza sin tener idea de lo que puede proporcionarnos. La literatura debe ser poseída sin dejarse poseer por

ella. Gozarla sin que se marchite en nuestras manos. En una palabra: darse no es negarse. Y sólo afirmamos nuestra personalidad cuando damos lo mejor de nosotros mismos. La vida es una oferta constante.

LA CALIDAD DE LOS LIBROS

LA literatura no es un artículo de consumo. Quien ama los libros no se atreve a decir fácilmente: «Este libro es bueno; aquél malo.» Un libro, por mal concebido y escrito que esté, siempre es un libro; un esfuerzo que debé ser bien ejecutado. La escuela no es más que el jardín donde se cultiva el gusto literario; pero la cultura se completa fuera de la escuela, es decir, en el mundo que nos rodea. La literatura no es un medio para dar conocimientos, sino para engrandecer nuestros conocimientos. Se crea a sí misma porque es hija de un deseo, de una necesidad. No hay libro que no nos enseñe un paisaje inexplorado, desconocido.

¿Hay libros buenos y libros malos? Existen libros superiores, dotados de una pureza de sentimientos. Los mejores libros son aquellos que más cosas nos enseñan, ya que llegan al fondo de nuestro ser. Son libros de la vida para la vida. Por eso los consumimos con placer y los devoramos con hambre insaciable de conocimientos. Pero ha de haber

una medida para todo. Hay quien lee por leer. Eso es drogarse. El hombre debe hacerse a sí mismo para llenar su propia vida. Quien se harta de una cosa determinada, se expone a coger una indigestión; consigue aborrecer lo que desea.

Como libros abiertos son algunos hombres. Cada uno de sus gestos es una página imborrable. Así se va formando la obra que es el resumen de la vida. Y en la vida como en la obra ha de haber un equilibrio interior. ¿Quién no se sentiría inmensamente rico si pudiese recuperar los grandes libros que ha perdido en el largo camino de la existencia? Los libros que hemos estudiado en una edad determinada, con el candor propio de los años de adolescencia, no se olvidan nunca; dejan en nuestro corazón una huella muy honda. La literatura, como las ideas, conquista conciencias y cerebros cuanto mayor es su sensibilidad y su nobleza.

La historia de la literatura no estriba en enseñar los preceptos del arte de escribir; consiste en conocer los secretos psicológicos del hombre, descubriendo la textura moral del mundo para trazar la línea pura y anchurosa a la vez que nos conduzca hacia la fraternidad. Reside su fuerza en el ejercicio del pensamiento y la belleza de la forma. Así se fija la regla de conducta del escritor. Se trata de vivir el pensamiento para interpretar las ideas de su tiempo. Quien busca la razón acaba por encontrarla, ya que es testigo de la vida e intérprete del sentimiento del hombre. Lo que vé, está dispuesto a demostrarlo, y si es hombre de bien, defiende todas las causas justas como si se defendiese a sí mismo. Por ser estudioso busca la verdad, consagrando la parte más esencial de su existencia al servicio de sus semejantes. Un hombre de letras es un hombre de ideas.

Sin lugar a dudas que la vida se embellece con el arte y la cultura. A Boileau debemos este pensamiento feliz: «El estilo es el hombre». Exacto; todo hombre tiene su estilo, su forma, su manera de ver las cosas. En el mo-

do de presentarlas está la gracia, el triunfo o el fracaso. El esteta busca en todo la elegancia. Siendo la estética la teoría de la sensibilidad, ciencia que trata de lo bello, el escritor se dedica al estudio de la belleza no sólo por placer, sino por gusto, por ejercicio, como diría Lanson.

El artista es, ante todo, un subversivo, un revolucionario. Rompe barreras, salta vallas, parte prejuicios, deshace hipocresías. Sólo así libera al arte del atavismo. Lo mejor del arte está en el pueblo. Por eso el escritor que recoge el sentimiento popular, es quien alcanza el más alto grado de consagración artística. Tal fue el triunfo inmortal de nuestro Cervantes con su generoso hidalgo Don Quijote, al interpretar el alma española, típicamente popular, humana y universalista.

LOS GRANDES LIBROS

SALVADOR de Madariaga, de quien Albert Camus decía que es el gentil hombre de las letras, con sus hondos conocimientos de los libros, nos habla de las cariatides literarias de nuestro mundo moderno europeo. Rabelais, Montaigne y Cervantes. La risa descomunal rabalaisiana —nos dice— es ante todo una herramienta de demolición; Montaigne aporta a Europa la claridad del pensamiento; y Cervantes, el más grande de los tres y el creador de la sinfonía humana con más fuerza concebida y con más delicadeza orquestada, que conocen las letras europeas.

La Divina Comedia de Dante es una verdadera maravilla, forjadora de la conexión de la sabiduría griega con la misericordia cristiana. Libro hermoso y profundo, donde la literatura va de la mano con la filosofía, es La Celestina de Fernando de Rojas. Más de mil libros forman la producción literaria de Lope de Vega, mas Fernando de Rojas, con un libro ha dejado una huella más imborrable en el mundo del pensamiento europeo y universal. Su libro único es digno de compararse a las obras del genio inglés, Shakespeare, maestro incommensurable en el arte de decir y pensar. En cuanto se refiere

a la grandeza del Fausto de Goethe, cabe reconocer con admiración que «...ha logrado dotar a Europa de una forma viva y perenne para ese anhelo hacia el cenit del espíritu, ese deseo siempre insatisfecho de altura que es a la vez la esencia, la tragedia y la nobleza de Europa.» Libro sublime y aleccionador a la vez. es la obra de Gogol **Almas muertas**. Y libro que merece la lectura más reposada es, sin duda, **Le Rouge et le Noir**, una de las creaciones más logradas de la literatura francesa, no inferior, en modo alguno a **Los Miserables** de Hugo, «el grande», **El Padre Goriot** de Balzac o **Cyrano de Bergerac**, cuya belleza literaria alcanza escalar las altas cumbres del arte al ofrecernos un poema esencialmente humano, lleno de jugoso misticismo quijotesco.

Una obra definitiva, suprema creación del arte es la que nos dejara Iván Turgueniev; su libro esencial **Memorias de un cazador solitario**, ha influido considerablemente en la literatura moderna, trazando la curva de la vida como si fuera una media luna arabesca. En las obras de Tolstoi se descubre al verdadero santo de las letras. Apóstol del entendimiento humano, para quien la riqueza era hija de la avaricia y la maldad, pensaba como Proudhon y Bakunin, que la propiedad es un robo, ya que mantiene la dominación del poderoso en detrimento desposeído de la fortuna social. Pocos como Tolstoi han sabido cantar el amor con un estilo místico y sensual a la vez, llegando a la conclusión bienhechora del altruismo y la solidaridad como fundamento moral de la existencia. Dostoyevski nos ha legado obras de un valor incommensurable. El creador de **Los hermanos Karamazov**, es el psicólogo por excelencia que ha logrado dejar una escuela de honda penetración humana en lo más íntimo del ser. No quería ningún inocente sacrificado. Para él, una lágrima era una gota de sangre. Del sincero y laborioso Máximo Gorki, hemos aprendido muchas cosas: la fuente de la vida, el renacimiento del hombre libre que no quiere pasar a ser un ex-hombre. Pouchkin, poe-

ta entre los poetas, nos ha descubierto una veta literaria perdida en la noche del tiempo. ¡Lástima que no hayamos podido estudiar todos sus poemas a causa de las malas traducciones y la dificultad del idioma! Hay algo en este genio que los españoles tendremos que entender un día para tratar de descubrir el paralelismo que existe entre la literatura española y la rusa...

LOS GRANDES SACRIFICADOS

SOY de los que creen que el Siglo de Oro de la literatura española, se inicia con la generación del 98 hasta nuestros días. Tiempos amargos de prosa sublime y de poesía maravillosa. ¿Nombres dignos de ser mencionados? Docenas y docenas de escritores cuyas obras tendrán que ser desempolvadas a su debido tiempo, para rendir el merecido tributo de gratitud que bien ganado tienen nuestros poetas, literatos, historiadores y pensadores, perdidos en el inmenso bosque de este mundo pragmático y materialista que tiembla como un harapo sacudido por el aire cuando le hablan de las cosas y los hombres de la España mártir y eterna. Pero hemos de terminar. El tema es infinito. Necesita de muchos libros. Y a esta labor deben dedicarse los valores más calificados de nuestro idioma y de nuestro pensamiento. El crimen fraguado contra la sabiduría peninsular merece una reparación urgente. Las nuevas generaciones tienen ese deber.

¿Qué se espera de una obra li-

teraria? Ante todo, el grito de la sinceridad. Cuando el escritor no es sincero, se traiciona a sí mismo, y de rechazo, engaña al lector que busca la verdad. La sinceridad es la raíz de las emociones estéticas. La literatura debe orientar los instintos y cultivar las emociones. Una obra carente de sinceridad es incompleta, falsa. El libro que nos hace participar en la vida de los personajes; que nos adentra en el paisaje abierto de la vida como lo consigue *Jane Ayre* de Carlota Brontë, *Amok* de Stefan Zweig, *Avineta* de Pío Baroja, *Nada menos que todo un hombre*, de Unamuno, *La Peste* de Camus, y *La hora veinticinco* de Const. Virgil Gheorghiu, nos confunde con la existencia de seres y hechos que hemos conocido y captado. El libro presenta el sufrimiento del hombre, su vida toda. Por eso deja huellas en nuestro sentir, haciéndonos más fuertes y más comprensivos. Todos necesitamos ser comprendidos, ya que no siempre alcanzamos decir lo que pensamos ni hacer lo que queremos. Quien comprende, perdona, porque sabe amar. Desdichado del hombre que pasa por la vida sin comprender a nadie y sin perdonar absolutamente nada. La literatura es el mensaje de la comprensión. Quevedo, Balzac, Dickens, Dostoyevski, Zola, Stendhal, Valle Inclán, nos han presentado los defectos de la sociedad, diciéndonos cómo podemos superar los inconvenientes y atavismos que nos rodean por todas partes.

Los libros son Heraldos de convivencia. Educan y recrean; forman hombres. Preciso es leer, y sobre todo, meditar. Tener libros, cuidarlos, acariciarlos, tal es el sentido de la vida provechosa. La literatura nos libera de lo ordinario. De ella aprendemos a conocer el placer de la belleza, nos da la posibilidad de meditar y de estudiarnos. No almacenemos en la biblioteca particular, obras y más obras, haciendo montones de libros sin leer. No busquemos en los libros la creencia o la tendencia, sino la idea y la forma. Donde hay claridad de estilo, nobleza de intención, siempre se descubren secretos estimables, contrastes aleccionadores. Los libros no tienen nacionalidad. Pertenecen al mundo porque para él se escribieron.

Libros queridos y amados: ¡cuántas cosas me habéis enseñado! Me habéis repetido: «No odies, ama»; «no critiques, analiza»; «no mientas, dí la verdad». Vosotros me habéis indicado cuál es el manantial eterno de las cosas y el camino que no acaba nunca. Si un día me quedo solo, como tantas veces me ha sucedido, y alguien me pregunta: «¿Qué puedo ofrecerle?», una vez más, diré con hambre de saber, de comprender, de perdonar, de escalar un peldaño que me conduzca hacia la grandeza de la vida: Quiero un libro escrito por Cervantes, Goethe, Dante, Victor Hugo, Tolstoi o Unamuno; un libro que me haga vivir los dolores y sentir las esperanzas de todos los hombres.



Luctuoso recuerdo

 Por LUIS BAZAL

DESDE aquel 1° de mayo de 1886, preludio rojo a los trágicos sucesos del mitin de Haymarket, hasta el del año en curso, muchos giros y autogiros ha dado nuestro planeta sobre la ruleta solar; muchos trabajos y luchas, éxitos y fracasos, ilusiones y desesperanzas han servido de experiencia en la paciente y laboriosa vida del mundo del trabajo. Y, después de todo y a pesar de todo, ¿dónde nos hallamos ahora?

Aquellos cinco mártires: Lingg, Spies, Parsons, Engel y Fisher, víctimas propiciatorias del egoísmo criminal y sórdido del capitalismo yanqui, no volverán ya más a iluminar el cerebro virgen de los trabajadores con la antorcha de su doctrina. Aquella luz se apagó, se estranguló, sofocada entre torbellinos de humo, lágrimas y sangre. Desde entonces, se han encendido otras luces, muchas, muchísimas; unas fugaces y pálidas; otras resplandecientes y de inextinguible fulgor. Pero su luz se pierde en la espesísima niebla que envuelve por todas partes las masas de trabajadores, cada día más amplias y de heterogénea estructura.

Desde que los diferentes gobiernos del mundo capitalista, ya sea liberal, ya estatal, declararon oficial la fiesta del 1° de mayo, día del trabajador, símbolo augusto de las reivindicaciones obreras y anhelos de justicia, el gran día de los explotados se hundió insensiblemente en la oscuridad de la noche. El capitalismo es astuto. La mejor manera de birlar a los trabajadores la expresión más grandiosa de su personalidad y de la lucha de clases: el día de la gran protesta, ha sido haciéndola suya, patrocinándola. Es como si dijera: «¡Pobres trabajadores! ¡Cuánta razón tenéis! Esos capitalistas son tan inhumanos... Nada, nada. ¡A por ellos! Pero ¿dónde están?» Ahora me explico el empeño y los sacrificios que hace para llegar a la Luna. Si la cosa no fuera tan seria, ganas daría de reír. Sobre todo, los gobiernos llamados «comunistas», que tienen tan buen olfato en negocios de trabajadores, en esto se llevan la palma. De ahí el aparatoso espectáculo que organizan, en día tan señalado, con su vistoso bosque de banderas y descomunales pancartas, condecoraciones en serie, discursos, vitores. ¡Ah! Y, sobre todo, el interminable desfile de cañones y de los inventos novísimos de máquinas infernales. Esto, sin olvidar los cohetes.

La invitación a obreros y empleados a tener causa común con los patronos en los intereses de las empresas, ya por el sistema de acciones, ya por la

simple participación en los beneficios o dividendos, ha caído en el ambiente de la clase trabajadora como una ducha fría. De la noche a la mañana, un trabajador cualquiera (si la situación lo permite) puede pasar la línea o saltar el valladar que le separaba del capitalismo (al menos, simbólicamente), apareciendo así, como por arte de encantamiento, en el ancho campo de la especulación y el negocio. **Ipsa facto**, el que, una buena mañana, se despertó siendo obrero, se acuesta, al final del día, como un especulador. Y que le hablen de huelgas y otras músicas. Y, aunque tenga el cuerpo en el trabajo, tanto o más tiempo que antes, lo encuentra corto y ligero; ya que la ambición del lucro le da fuerzas y energías que jamás había sospechado.

No pocos trabajadores ya no están seguros del terreno en que se hallan: si en el de los explotadores, o el de los explotados. O si están en los dos. O, tal vez, en ninguno. Todo es cuestión de óptica. De este modo, también, procuran esquivar los golpes de una y otra parte, situándose donde les convenga. (O los reciben de todas; que es lo más seguro. Si retiran un carrillo, se «las» dan en el otro).

El célebre economista (o ecónomo) Carlos Marx, que era tan inteligente (por lo menos, él se lo creía y algunos de sus acólitos lo garantizan aún), por lo visto, no había contado con este «pequeño» detalle, tan «pequeño» que por ahí le falla, se le derrumba y hunde su colosal edificio de doctrinas, dogmas y preceptos. Con el progreso incesante de la técnica y la evolución de los pueblos, insospechada hasta ahora, es imposible calcular aun a dónde irán a parar todos los pronósticos, consignas y otras cábalas de tantos demagogos. ¡Ah! Y eso sin contar con la bomba. «¡Perdón!». Porque si el Tío Sam, u otro tío, en una de sus cabezonadas o «cabezaladas», a las que está acostumbrado, tiene la alegre ocurrencia de soltarnos una de sus «pildoras», como preludio a las otras que vendrán detrás, ya podemos preparar el paraguas.

De momento, los únicos que pueden respirar y hasta dormir reposados, sin dolores de cabeza, grandes ni pequeños, son aquellos que nacieron fatigados y no tienen pena de ello. Tales son, por ejemplo: los monjes mendicantes, las carmelitas descalzas y las parejas de jóvenes o de viejos amarrelados que se pasan las noches y los días viendo cómo corre el agua, cómo corre... corre... corre... «sous les ponts de Paris.» («Des clochards amoureux, sans doute »).

1° de mayo de 1966.

TRASCENDENCIA DEL 1.º DE MAYO

por SEVERINO CAMPOS

NO se ha podido poner en claro el origen de «La Fiesta del Trabajo». El interés que en ello se ha puesto por Dunois, Brake, Giovaneli y Dommanget, no ha logrado una feliz conclusión. Mientras tanto, lo que satisface, lo que revela mérito singular, es que el Primero de Mayo sintetiza anhelo de liberación del proletariado, al mismo tiempo que una proyección de vida de promesas bienhechoras.

Esta fecha es encarnación de muchas preocupaciones y sacrificios; algunos figuran en la historia de los episodios; otros, no. Los socialistas franceses, que para los efectos políticos se acogen a esa jornada en 1889, intentan adjudicarse la paternidad de tan importante evento. Minimizan, y hasta intentan ridiculizar lo ocurrido en Chicago en 1886; pues en el escenario del más magno acontecimiento que registra la historia del obrerismo no había ningún personaje marxista.

Aquellos que conozcan las diversas utopías existentes, habrán notado que no faltan en ellas indicaciones sobre lo necesario, conveniente y justo, referente a la reducción del horario del trabajo. Sin duda, esto debió tener alguna influencia en la formación intelectual de algunos socialistas, estatales o libertarios, pero no directamente en los organismos eminentemente obreros y sindicales. Como exponente propiamente de los trabajadores, que rompe con lo utópico, abriendo un ciclo de realidades manumisoras (a pesar de su fracaso en las diversas tentativas), está Roberto Owen.

Al margen de algunas suposiciones, que no negamos puedan tener algún contacto con la realidad, nos parece que el Primero de Mayo, o la fecha de magnas reivindicaciones, es idea fecundada en los medios obreros; todo cuanto en ella se agita se sitúa

contra la esclavitud, contra los Poderes y la burguesía. Como nota de relieve, a la que se le concede probable originalidad, están Los Caballeros del Trabajo, de Estados Unidos. Se cree fueron los primeros en celebrar el Primero de Mayo, con el fin de conquistar la jornada de ocho horas.

La alusión a Roberto Owen merece una ampliación. Ese hombre, de consciencia y sentimientos originales, debe figurar, en justicia, como claro valor precursor a la jornada de reivindicaciones y unión obrera. En su catecismo, teniendo en cuenta los derechos de los trabajadores, lo que eran y podían ser mediante su emancipación, referente a las ocho horas de trabajo dice:

«1.º Porque es la duración más larga de trabajo que la especie humana —teniendo en cuenta el vigor medio y concediendo el derecho a la existencia a los débiles tanto como a los fuertes— puede soportar manteniéndose en buena salud, inteligente y feliz.

2.º Porque los modernos descubrimientos químicos y mecánicos suprimen la necesidad de demandar un esfuerzo físico más largo.

3.º Porque ocho horas de trabajo, y una buena organización del mismo, pueden crear una superabundancia de riqueza para todos.

4.º Porque nadie tiene derecho a exigir, de sus semejantes, un trabajo más largo de lo que en

general es necesario para la sociedad, simplemente con el fin de enriquecerse empobreciendo a los otros.

5.º Porque el verdadero interés de cada uno reside en que todos los seres humanos sean sanos, inteligentes y ricos, y estén contentos.»

El razonamiento es tan lógico como elocuente. Aquellos que del Primero de Mayo pretendieron hacer un arma política, para escalar las gradas gubernamentales —Guesde, y su fracción socialista, en Francia; Pablo Iglesias, y sus seguidores, en España; varios prohombres del socialismo en otros países, sobre todo en Alemania—, no deben olvidar, que lo anteriormente citado de Owen data de 1833.

Lo sugerido en los congresos socialistas, celebrados en París en 1889, simultáneamente, nada tenía de original. Los anales del Primero de Mayo no registraban ningún sacrificio de parte de los marxistas. El fin propuesto no era otro que especular alrededor de una fecha, y de unos anhelos reivindicativos, con probabilidades, de éxitos electorales. Con la salvedad de que Owen, que con tanto calor y cariño tomó la causa de los trabajadores, ya en 1817, indicó era suficiente la jornada de ocho horas en el sistema comunitario que propugnaba.

Estas aportaciones, de por sí luminosas, propias de mentalidades científicas y corazones sensibles, se dan cita, y van reponiéndose, para formar la aurora de un maravilloso despertar social. Se ponen en movimiento y coordinan las rebeldías conscientes; proclaman la independencia del hombre, en su más amplio y profundo sentido de la vida. Todo

cuanto puede favorecer al conjunto humano se tiene en cuenta. Y la grandeza de esas inteligencias, y de esos corazones, se confirma al pugnar por la anulación de todos los privilegios.

Internacionalmente se conviene que ese ciclo histórico lo condensen las aspiraciones del Primero de Mayo. En tal caso, nadie tiene derecho a interpretarlo como una fiesta cualquiera. Es una aspiración manumisora que se ofrece a la Humanidad. No hay dogmatismo; rebasa los límites de todos los cotos políticos y religiosos. Es una fecha de evocación e inspiración, un punto de referencia histórica que reclama los más incondicionales respetos.

Las características esenciales del Primero de Mayo son profundamente humanas. Apesar de ser el proletariado quien le ha dado sentido social, los objetivos que marca el índice de sus luchas son superiores a las conquistas de clase. Se insta a las voluntades e inteligencia de los oprimidos, en primer lugar, porque éstos sienten en carne propia, más que nadie, los rigores de la opresión impuesta por las oligarquías. Por eso, de los que más sufren, de los que más soportan privaciones injustas, deben salir los elementos que constituyan el foco vibratorio que transforme al mundo.

Dado el sentido de su origen, y los precedentes que tiene en su haber histórico, el Primero de Mayo es patrimonio de los que pugnan por la amplia e idónea libertad. Para con esta fecha, aquéllos que reivindican la potestad del Estado, que justifican y practican la explotación del hombre, no tienen ningún derecho. Usen el denominador que quieran, eleven la voz que más atractiva consideren, desentonan en el clamor que hacen sentir los que sufren.

Toda persona que sienta el valor de la libertad, que haya soñado un mundo mejor, que contribuya y haga votos por una justa emancipación humana, no aceptará de buen grado, para el Primero de Mayo, paradas militares ni jornadas electorales. El recuerdo de algunos hechos trágicos le causará tristeza. Es natural, e inevitable, en las personas

que tengan un poco elevado el sentimiento de solidaridad.

Las condolencias hacia los mártires de la libertad, son testimonio de afecto a la causa por la cual se perdieron muchas vidas. De éstas ya tiene su estirpe el proletariado. Figuras lúcidas, de recio carácter y ágil inteligencia, proclamaron su incorporación a las grandes responsabilidades del conjunto humano. Se erigieron en defensores de los vejados, y el mundo de los grandes privilegios se dispuso a hacer pagar caro el atrevimiento.

Las magnas tareas de la lucha social, no obstante los sacrificios de las figuras más conscientes, todavía no lograron su fin supremo. Siguen su curso, reguieren abnegación, iniciativa, ejemplos constructivos. Nada de todo esto nos darán los hombres de mentalidad estatal y afanosos de explotación; éstos son los recursos disimulados del mundo que fomentó, y quiere prolongar, las amarguras que sólo recaen sobre los desposeídos.

El Primero de Mayo, para los explotados, es día de remembranza y meditación. En Francia, en España, en todas las principales ciudades del mundo industrial, hay trágicos capítulos que atraen nuestra atención. Fourmies. Lión, Barcelona, Viena, Berlín. Varsovia, Chicago, Roma, Lisboa, todas fueron teatro de luchas sangrientas, motivadas por los defensores del capitalismo y de las prerrogativas estatales. ¿Puede el proletariado formar en las filas de sus verdugos?

A tenor de todos estos problemas es de sumo interés no perder de vista la conducta de los socialistas. En 1889, después de los congresos a que nos hemos referido, intensificaron la campaña haciendo suyo el Primero de Mayo. Absorbieron las cámaras sindicales; el proletariado respondió a los llamados de reivindicación. El ambiente era revolucionario, porque sólo con el concurso de esas medidas interpretaban los trabajadores realizar ciertas conquistas. Jules Guesde, como jefe socialista, se atribuyó la facultad de cambiar las consignas y las tácticas. Y en 1891, vísperas del Primero de Mayo, cuando el

proletariado se disponía a actuar como el año anterior, el líder socialista que hemos nombrado, en nombre de la fracción que representaba, hizo pública la siguiente nota:

«En Francia, este año, la manifestación convertida en acción se realizará en las urnas. Instalando a nuestros candidatos en los ayuntamientos..., nuestro proletariado afirmará su solidaridad con el proletariado del mundo entero.»

Es comprensible que esta declaración cayera en los medios obreros como una bomba. Guesde, fiel intérprete de los procedimientos marxistas, identificaba sus propósitos para con el proletariado. En oposición a la acción revolucionaria, que era y es la eficaz, la que sentía el proletariado anhelante de reivindicaciones, proclama y quiere anteponer la mascarada electoral.

Desde ese momento, que se pronuncia un contundente divorcio con el sentimiento popular, los socialistas, tanto los llamados «posibilistas», como los marxistas, pierden la confianza que gozaron los dos años anteriores. Se entra en una fase de declive; el interés del Primero de Mayo, entre los trabajadores, se va eclipsando.

En 1895, por el mes de septiembre, en el Congreso de Limoges queda constituida la C. G. T. Opuesta completamente a las tácticas socialistas, motiva una resurrección de entusiasmo entre los trabajadores. Nuevamente se airea, con vigor, el estandarte reivindicativo de los explotados. En lo sucesivo, durante varios años, el Primero de Mayo es una jornada que se caracteriza con los métodos llamados de «acción directa».

Una pléyade de entusiastas, defensores de la clase obrera, con puntos de vista libertarios, hace del sindicato la principal brecha de combate. «La Voix du Peuple», órgano de la nueva organización sindical, vibra enjundiosa, abordando todos los problemas concernientes a los derechos de los trabajadores. Pouget, su director, caracterizado de seriedad excepcional, de una conciencia acrisolada en pruebas de fuego, goza

SEMBLANZAS

SALVADOR SEGUI

Salvador Seguí fue asesinado el 10 de marzo de 1923. Nuestro inolvidable compañero cayó cercado por el pistolero en Barcelona. Su palabra sigue acariciando nuestros oídos. En nuestra memoria permanece fresco el recuerdo. Era un hombre lleno de vigor. Una naturaleza recia y potente. Como hecha para la acción. Las multitudes eran su jardín. Los hombres, sus amigos. Costaba trabajo no querer a Seguí. Los jóvenes de su generación lo amaban sinceramente. Se hizo merecedor a su afición. No vanamente era uno de los que propugnaban por cambiar de arriba abajo los cimientos de la sociedad española.

Todo en él era juventud ardiente. Deseo de riesgo. Su voz de trueno se tornaba clamorosa cuando hablaba al pueblo. Su pensamiento claro y diáfano no tenía repliegues. Era directo como el rayo, arrullador como las palomas. Entre los grandes hombres de su tiempo destacó de

manera poderosa como un roble en campo fecundo. Orador brillante de la vieja escuela; organizador metódico como verdadero sindicalista revolucionario, cultivaba a las capas llanas, de donde surgió; pero se acercaba a los intelectuales para llamarlos a la lucha. Perfectamente sabía él que, de la conjugación del esfuerzo manual e intelectual había de salir la gran obra innovadora que presentía. La escuela liberal lo basa todo en el político elegido; el marxismo, en el partido dirigente; el sindicalismo revolucionario, en las organizaciones del trabajo. De ahí que Seguí fuera un conquistador de voluntades selectas para la gran obra revolucionaria. Se ha dicho de él que fue un aristócrata. Nada más lejos de la realidad. Obrero pintor, era un símbolo acabado de la C.N.T., a la que amaba más que a las pupilas de sus ojos, su punto débil, ya que era profundamente humano.

La burguesía catalana lo admi-

raba y lo odiaba a la vez. Veía en Seguí al hombre excepcional que podía realizar sus sueños dorados: acabar con la guerra de clases. Se dedicó a comprarlo sin fijar precio. Le ofrecieron los puestos máximos, los honores más desmedidos. Él, seguía su ruta de hombre insobornable. Las armas de la calumnia se cebaron en su persona. Nada le hizo mella. De la prueba salía cada vez más fuerte. Siempre erguido y majestuoso como un luchador griego. ¡Ah, si a los hombres de trapo pudiera servir de ejemplo este hombre de carne y hueso! Cuando no pudieron comprarlo ni descalificarlo, lo asesinaron cobardemente. Aquel día de luto, la clase obrera catalana y española, perdió uno de sus mejores defensores.

El nombre de Seguí va ligado a la vida misma de nuestro Movimiento. Forma parte de su historia. Es un símbolo moral que no se olvida. Como él, el valioso y modesto Comas, caído a su lado, y millares de militantes sindicalistas revolucionarios, ponen de manifiesto el sacrificio constante de la C.N.T. consentido desinteresadamente a la causa de los explotados y oprimidos. ¡Qué de nombres! Unos asesinados por el pistolero; otros, muertos por la bárbara represión franquista. Boal, Villaverde, Ballester, Isaac Puente, Peiró — la memoria se pierde contando nombres y hombres — y los grandes anónimos a quienes rendimos nuestro homenaje más sentido y emocionado. Luminarias de una generación espartana, española cien por cien, más grande que un mito griego.

Tuvieron estos hombres de la C.N.T. la virtud máxima, entre otras, de saber captar a las mi-

TRANSCENDENCIA DEL 1º DE MAYO

el respeto incluso de sus más recalcitrantes enemigos. Pero no está solo. La enorme responsabilidad que suponía ese movimiento, la comparte, entre otros, con Ivetot, Lemoux, Robert, Merckheim, Klemzinski, Griffuelhes y muchos otros.

Es la época en que el Primero de Mayo adquiere su verdadera fisonomía. Nada de campañas electorales. Únicamente Jaurés, de acuerdo en aquellos momentos con la acción que desarrollaba la C.G.T., solicita de ésta acción conjunta. El resto de los socialistas, que antes empuñaron el timón de los acontecimientos

de la fiesta del trabajo, quedan en el ostracismo, ya comprometidos con los poderes gubernamentales. Por eso, mientras a la cárcel iban Sebastián Faure, Malato, Tortelier, Merlino, Luisa Michel, Dumont, Leboucher, Tennevin, Tenni, Prodi, Cuisse, y muchos más, Guesde, Lafargue y otros socialistas no corrían ningún riesgo.

Seamos conscientes de lo que para la humanidad significa el Primero de Mayo. Es una fecha eminentemente revolucionaria, en la que no pueden exhibir vela más que los propios trabajadores.

norias más audaces y sanas del país. Cuando la montaña social no iba hacia ellos, eran ellos quienes subían la montaña, escalándola con las uñas y los dientes, siempre con la sonrisa a flor de labios. Esa labor de captación de valores, de atracción de personas para la tarea, fue su mayor conquista político-social.

Mucho tiene que aprender la militancia actual de estos hombres. Y mucho más todavía la juventud estudiosa y emprendedora. Seguí fue uno de los militantes más discutidos. Nunca esquivó la polémica. Jamás se apartó de los peligros. ¿Quién podía criticar a un hombre así? Cuando la C.N.T. estaba cercada, salía Seguí a dar la cara y el corazón. ¿Por qué no imitar ejemplos de esta naturaleza, que tanto nos honran? No quería luchar contra

los compañeros. Eso lo consideraba una cobardía. Le interesaba el pueblo, la C.N.T., la revolución peninsular que avizoraba con intuición de luchador infatigable. Hombre de una pieza, hacía del equilibrio su mejor arma de protección y defensa. Nadie podía desmoralizarlo. Hecho de impaciencias, se lanzaba a la lucha como un gigante; pero reflexivo e inteligente, sabía calibrar el pro y el contra de los hechos. No era pasión desmedida, sino vocación metódica. Doctor de acontecimientos y doctor de hombres dolientes. Por eso, es ejemplo de cuantos saben amar el valor intrínseco de uno de los nuestros.

No hay escapatoria posible. La desaparición de Seguí, asestó un rudo golpe a la C.N.T. Perfectamente lo habían previsto y

calculado nuestros enemigos. Murió en plena juventud: a los treinta y siete años. La C.N.T. ya tenía cuadros valiosos. Seguí pudo haber sido un orientador de calidad exquisita y excepcional para los años sucesivos. Pudo haber sido un faro potente, indicando el camino a recorrer.

Nuestro recuerdo no palidece. Al pensar en el compañero a quien tantas cosas buenas debemos, los hombres de la C.N.T. nos sentimos orgullosos. El camino del sindicalismo revolucionario, del socialismo con libertad, lo han trazado idealistas de la personalidad de Seguí. Sigamos el ejemplo de nuestros grandes desaparecidos. Quien sigue el buen camino y lleva la inteligencia llena de ideas, no se pierde nunca.

CONSEJO

No hay nada mejor que ser bueno; el ser granuja requiere unas cualidades y unas calidades que no están al alcance de cualquiera.

De *HABIA UNA VEZ UN HOMBRE DECENTE*

Actualidad de la idea

POR
J. MUÑOZ CONGOST

Una crisis social y económica evidente, socaba hoy los basamentos artificiales de las actuales estructuras políticas mundiales.

El mal es profundo y los síntomas indiscutibles. La más ligera ojeada a los mil escenarios que el mundo ofrece, distingue el rebullir del malestar en todos los horizontes.

Los paliativos, emplastos de curandero político, no sirven. El cuerpo enfermo de la sociedad empeora a ojos vistas.

Violencias raciales en los EE. UU., como en Africa del Sur.

Hambre en los pueblos subdesarrollados, hambre trágica, engendro de muertes sin número.

Golpes de Estado militares aquí y acullá.

Guerra fría y guerra viva como la que inflama al sudeste asiático.

Todo un juego infecto de ambiciones de expansión de dominio político, colofón triste al que llegó una sociedad regida por el abuso y la ley de la violencia.

Situación que vive en contraste doloroso con la belleza de los textos, letra muerta en papel mojado que a nadie engaña hoy, y menos que a nadie, a las jóvenes generaciones, conscientes del galimatías social, del absurdo de las convenciones establecidas... de todo cuanto existe artificialmente, mantenido por la fuerza de inercia del conservadurismo reaccionario y consentido por la actitud pasiva de cuantos dejan hacer.

Conciencia joven que repugna el idiotismo de las costumbres hechas leyes y se muestra en esas manifestaciones que chocan, y no son sino réplica del irredentorismo, protesta, inconformismo.

Protesta a la que falta quizá, una orientación, una faceta constructiva, el aspecto realizador de la acción revolucionaria, a causa de la ausencia de formación social básica.

Por ello se limita al clamor de su descontento de verse colocados en callejón que les parece sin salida, y lo es si no se derriba el viejo muro de todas las convenciones, de todas las estructuras, netamente fracasadas.

II

SEGUNDO PREAMBULO NECESARIO

En ello nos encontramos. En lo más profundo de la barrancada a que nos llevaron de claudicación en negación, quienes desde las cumbres del poder falsearon los sanos principios de la Revolución francesa.

Aprovechando el impulso generoso de un pueblo. en su despertar, en su toma de conciencia, hizándose en las alturas políticas, aplicaron las exigen-

cias humanitarias e igualitarias, motor de la revolución, para la edificación del Estado.

Y cediendo a la resistencia sorda del tradicionalismo, afirmaron más, en lugar de combatirlo, el predominio de unos sobre otros, la coexistencia de las jerarquías sociales.

Traición a una revolución que marcaba el triunfo de las concepciones liberales de los enciclopedistas, que elevaba al rango de laica religión el culto de la libertad.

Traición que impidió que los principios se llevaran a su aplicación práctica.

Sin establecer el preciso equilibrio, manteniendo el hecho combatido de la desigualdad de las clases sociales, convirtieron el principio de la libre concurrencia, que facilitó así el aplastamiento de los desarmados.

División en los objetivos:

De un lado se proclamaba que el individuo era un fin en sí y que todas las formas sociales debían contribuir a su completa expansión y a su mayor proyección.

De otro, garantizaban el principio de la propiedad, la permanencia de los poseedores, su independencia, frente a la dependencia del que nada posee.

La contradicción permitió acrecentar la personalidad del elemento regulador, del Estado, que prometía y no daba, que se apoyaba para su crecimiento en aquéllos que prometió combatir.

Al no dar siquiera la garantía material a todos los hombres, hicieron de la libertad política proclamada, una triste derisión, una ficción estéril.

A tal extremo que hoy no queda en la existencia legal de las llamadas democracias, las que dicen

inspirarse en aquellos principios, absolutamente nada.

III

TERCER PREAMBULO NECESARIO

Con el socialismo y la Internacional, una promesa de redención aparece de nuevo en el horizonte social, en las primeras décadas del siglo pasado.

Y aun en el seno de lo que debió ser motor, cerebro y corazón de las masas irredentas, cual fruto de la pestilencia política vivida, había de nacer el juego de las ambiciones políticas, de las ansias de poder y dominación, con menosprecio del individuo, base del todo.

Afirmaba Marx en el «Vorvaerts» del 7 de agosto de 1844:

«El Estado es incapaz de suprimir la miseria social y anular el pauperismo»... «Ningún Estado puede proceder de otra forma porque para suprimir la miseria, debería suprimirse a sí mismo, puesto que la causa del mal reside en la esencia, en la naturaleza misma del Estado y no en una forma determinada de él, como supone mucha gente radical y revolucionaria que aspira a cambiar esa forma por otra mejor»...

Y de aquellos principios e ideas, en las cuales se percibe un conocimiento de las raíces de la crisis social, se llega de trompición en engaño, a esa dictadura del proletariado, creación de un Estado mastodóntico, autoritario, totalitario, imperialista, tentacular, para el que el individuo no es nada.

El problema de base humana, pues de convivencia leal entre hombres se trata, fue convertido en fría ecuación de valores económicos cuya proyección no podía ser otra que la creación de nuevas oligarquías sustituyendo a las distraídas, y como ellas, instalándose en las cumbres de la autoridad.

El Estado-Patrón, así creado, en nombre de una misión providencial y redentora que se auto-atribuyera, se creyó autorizado a sacrificar el bienestar individual, en beneficio de una «causa superior».

Exigiendo la abdicación del propio juicio de cada hombre y de su conciencia, le convirtió en simple rodaje de la inmensa máquina de producción que es la sociedad comunista.

Donde no cabe la «veleidad» del libre juicio, ni la manifestación del espíritu independiente que se sabe condenado de antemano.

I

PRIMERAS CONSIDERACIONES

Democracias parlamentarias pues, de inspiración cristiana, liberal o socialista; «democracias populares» o «dictaduras de todo matiz, de la reacción a la llamada «del proletariado», son instituciones de ese Poder en múltiples formas, edificado sobre normas jurídicas que escapan al ciudadano, al individuo, al hombre, al que piden servidumbre y obediencia, contra pocas e inciertas garantías.

Estado que persiste en su permanencia, como pa-

rásito social que se aferra a sus privilegios, sin comprender que si pudo ser ayer, su existencia sólo pudo concebirse como institución histórica, transitoria, pasajera...

Y su hora ya pasó.

Porque fueron sus orígenes religiosos, ya que en su principio los representantes del mismo fueron investidos del poder divino.

Aun hoy, cuántos reyes y cuántos no siendo reyes, encuentran su mandato consagrado en piezas de moneda, con la inscripción: «Por la gracia de Dios».

Porque hoy más que ayer esa religión atada en solidaria interdependencia con el poder temporal, constituye uno de los más sólidos puntales de la estructuración social que sabemos caduca.

Estado y Religión, que implican por su permanencia, el mantenimiento de su cerrado criterio de la animalidad del hombre, al que estiman incapaz de una moral sana, de una conducta limpia, sin la amenaza del gendarme en la tierra, y Belcebú allá «en ese otro lado del lago de Stigia».

Estado y Religión que someten al hombre, incluso suponiendo que fuese capaz de resoluciones buenas para la colectividad.

Porque cuando el hombre quiere el bien, lo quiere libremente, no impuesto.

De la misma manera que en uso de su libre razón, rechaza todo principio de servidumbre y en su fuero interno no acepta la idea de Dios y de Amo, aunque pliegue su rodilla ante divinidad y autoridad, forzado por la coacción, por el temor, por la fuerza de la costumbre, quizá, o aun por conservadurismo, atado a pobres intereses que cual gaje de lealtad a lo existente, le concedieran.

SEGUNDAS CONSIDERACIONES

El germen de rebeldía existe en el hombre. Su amor a la libertad es innato y lucha en cada individuo con el peso de los intereses creados.

Rebeldía a todas las convenciones impuestas sin su acuerdo, porque el hombre tiene conciencia de su valor, de su existencia como ser que piensa, centro de su propio universo.

Conciencia de su individualismo que la hace anarquista, aun cuando no quiera creerlo.

Y aun cuando desee convencerle de que no es así, la realidad palpitante es que sí que lo es, porque el anarquismo es la manifestación más auténtica de las aspiraciones humanas y se presenta íntimamente ligado al movimiento social de nuestra época.

Aunque no lo parezca. Aun cuando quiera negarse, ya que posee algo que falta a las falsas panaceas sociales: la lógica.

Por ello sonreímos con amargura cuando oímos afirmar de manera gratuita que pasó la hora del anarquismo «doctrina social del pasado siglo»..., utopía..., ilusión, etc...

Frente a semejante pretensión afirmamos hoy como ayer, la actualidad permanente de la idea anarquista, de las posibilidades de realización constructiva de las concepciones anarcosindicalistas, de alto valor y alcance humano de las mismas.

Porque toman como base de la sociedad, a su unidad natural, al hombre, y como nexo de relación y de realización, el contrato social libremente aceptado.

Se reúnen los hombres no sobre la base de un contrato único, que no puede tener en cuenta la complejidad y carácter heterogéneos de la vida social, sino de un conjunto no limitado de acuerdos contractuales respondiendo a las diversas necesidades del individuo.

III

EL VERDADERO CONTRATO SOCIAL

Partiendo de la base de que ese contrato que el hombre establece con otros hombres, es un lazo condicional, provisional, modificable y revocable, el individuo pesa sobre él con toda la fuerza de su personalidad y sigue libre de retirarse del mismo en todo momento.

Como J.J.-Rousseau decía: «Los hombres se reúnen para convenir una forma de asociación que defienda y proteja con toda la fuerza común la persona y los bienes de cada asociado, y por la cual, cada uno, uniéndose a todos, no obedezca más que a sí mismo, quedando tan libre como antes.

Y añadió más tarde Fichte: «En el momento en que un ciudadano, perjudicado en el contrato, percibe que por su contrato con otros aventajados, pierde en el mismo, tiene el derecho absoluto de romper su contrato.

He aquí el principio animador de los contratos de libre asociación, concepción original del anarquismo.

Victoria de lo económico sobre lo político, transformación de un gobierno, simbolismo de autoridad, en conjunto de organismos económicos y sociales.

Concepción de convivencia social en que cada contratante debe recibir tanto como da.

Fuera de las obligaciones, necesariamente limitadas que se derivan de las cláusulas del contrato, continúa a gozar de su plena libertad y soberanía.

El contrato anarquista es de objetivos limitados. Da al individuo más libertad que le arrebató a la par que le añade ciertas garantías.

¿Cómo? A través de la extensión de este contrato, por el federalismo.

Es decir, coexistencia de múltiples contratos engendrándose unos a otros y equilibrándose fácilmente, dado que no son ni definitivos ni inamovibles.

Contratos sobre el plano profesional: el sindicato. Sobre el plano local: la comuna.

Contratos entre sindicatos en federaciones, como entre las comunas en regiones, hasta el plano nacional e internacional.

Unión libremente consentida, en la que el federalismo multiplica al infinito la voluntad individual.

Serie de círculos concéntricos, cuyo centro es siempre el individuo, que se encuentran, entrelazan, se ligan, en esfuerzo común.

Donde el individuo sigue siendo la base determinante, sin abdicación ni aun temporal de su intervención en la elaboración de esas convenciones de coexistencia con sus semejantes.

Individuo que en tanto que productor, interviene en la elaboración de esas convenciones de coexistencia con sus semejantes.

Individuo que en tanto que productor, interviene en la marcha de la economía a través del sindicato en el que milita, de su Federación de Industria, de los Comités Regionales, y Nacional de su Federación y por ende en los de Economía.

Ciudadano, que consume y tiene derecho al goce de la comodidad, de la distracción, de la instrucción, del deleite, interviniendo en la marcha de la vida social a través de la comuna.

Y en la base de unos y otros, la libre asamblea, donde el individuo, el hombre, es elemento libre de coacción, que se manifiesta, interviene, juzga, aprueba o desaprueba en el ejercicio de su plena personalidad.

Comunidad de intereses y objetivos, sin jerarquías, capaz y sólo ella lo es, de promover esa solidaridad universal que pueda resolver la crisis caótica.

Problema quizá de largo alcance, por la abdicación de la mayoría. Lo aceptamos y lo reconocemos. Pero la conciencia del verdadero alcance de nuestras posibilidades, y el conocimiento de la triste realidad de una sociedad que no reacciona ante el vejamen, aun sintiendo la necesidad, no puede impedirnos que sigamos, considerando, amando y sirviendo a los principios básicos del anarcosindicalismo, convencidos no sólo de nuestra razón, de la lógica que los principios encierran, sino a más de ello, de la permanente actualidad de éste y de las posibilidades de realización social, que representan frente a ese maremagnum en que se amenaza una sociedad cuyas estructuras, es indispensable destruir completamente, si se ha de repartir anárquicamente, tomando como principio y fin de la revolución permanente al hombre y su lucha por la conquista de la Comodidad.





PROBLEMAS
DE ESPAÑA



Tierra y Libertad

por JULIO JUST

CON este título se publicaba hace años en España un periódico anarquista que era muy leído por la clase obrera en Madrid, Barcelona y Valencia y por la clase campesina en Andalucía —fueron por Barcelona y Cádiz por donde entraron en España en el siglo XIX las primeras ideas sociales, dando lugar a la fundación de cooperativas, sociedades de socorros mutuos, intentos de falansterios fourieristas y organizaciones secretas de carácter revolucionario. El periódico solía venderse en la vía pública, pregonado a gritos, sobre todo en los lugares más concurridos y elegantes, frente a los caf es y restaurantes de moda, a la entrada de los teatros, ofreciéndolo con marcada predilección a los grandes señores que bajaban de sus carruajes lujosos, muchos de ellos blasonados. Generalmente el vendedor iba acompañado por tres o cuatro camaradas dispuestos a sostenerlo si llegaba el caso ya que en algunas ocasiones bandas de señoritos trataban de apoderarse de los números del semanario, y a veces lo conseguían con la complicidad de los guardias pisote ndolos y destruyéndolos con rabia. Esto daba lugar a refriegas y escándalos mezclándose por un momento blusas y alpargatas, chaquetas con ribetes de seda y zapatos de charol. Era la época en que Joaquín Dicenta daba al teatro su drama social «Juan José». Blasco Ib a ez lanzaba sus novelas «La Bodega» y «La Horda», y Baroja «La Busca» y «Mala Hierba», y en que muchos grandes pintores, como lo recuerda Eliseo Guardiola en sus estudios sobre «La importancia social del Arte», pintaban cuadros que se llamaban de rebeldía, como «Cuerda de presos» de José López Mezquita, como «La carga» de Ramón Casas, como «Día de huelga» de José Fillol, y en que Sorolla, el gran Sorolla, pintor del sol, de la vida al aire libre, sensual en todo, como buen mediterráneo y del que en estos días se celebra el centenario de su nacimiento, pintaba «Trata de blancas», «Triste herencia» y «Y aún dicen que el pescado es caro!», título sacado por cierto final de «Flor de Mayo», la hermosa novela de su hermano en arte Blasco Ib a ez.

En esta impregnación de lo que podríamos llamar lo social cotidiano, se puede señalar varias influencias de muy diferente origen: el desarrollo avasallador del capitalismo con sus gigantescas empresas industriales a base de máquinas que van sustituyendo al hombre, el desarrollo paralelo del socia-

lismo y del anarquismo con su crítica demoledora, sus huelgas y movimientos, muchas veces sangrientas. Es visible también, sobre todo en los artistas plásticos, el ascendiente de críticos de arte doblados de sociólogos, como el inglés Ruskin muy divulgado por la editorial Sempere de Valencia, de la que era animador y director literario el propio Blasco Ib a ez, que publicó muchas de sus obras de interés est tico y humanista, entre ellas «La corona de olivo silvestre», habiéndose conocido también sus «Cartas familiares», dirigidas a los obreros de Inglaterra y su «Moral del polvo». Movimiento social en el que la Iglesia, que a pesar de su aire impasible vive alerta e inquieta por los avances de la ciencia con sus descubrimientos portentosos y sus audacias creadoras tomó parte. Lo hizo sobre todo bajo la dirección del Papa León XIII, al impulso de las Encíclicas «Rerum Novarum» y «Gravis de communi» que le valieron el título de «Papa social» y «Papa de los obreros».

El caso es que «Tierra y Libertad», el semanario anarquista de que ven  hablando llegó a tener mucha voga entre el proletariado catalán y el valenciano y sobre todo entre los campesinos andaluces. Decía en términos concretos, rotundos que se apoderaban fácilmente de los gañanes y braceros sin tierra y sin pan, tratados a palos si protestaban, la vieja, secular aspiración suya. Ped an a gritos una reforma agraria que los permitiera arar y sembrar y tener donde, llegada la hora «caerse muertos» sin tener que depender del señor que en los siglos XIX y XX seguía teniendo el mismo poder que en los tiempos feudales de mesnadas, siervos y derechos sobre vidas y haciendas, incluido el de «pernada». «Tierra y Libertad», era un título que resumía con la brevedad y fuerza de una sentencia popular todo un programa político a realizar que ya aparece en los pensadores españoles de los siglos XVII y XVIII, que se intenta aplicar por el Conde de Aranda con sus partimientos de tierras en Extremadura y Andalucía. «Tierra y Libertad» era tan claro, tan expresivo, tenía tanto relieve en la mente del misero campesino andaluz, como aquellas fórmulas políticas del gran Joaquín Costa cuando buscando crear un vasto movimiento nacional para cambiar radicalmente España, incorporándola vigorosamente a Europa sin perder su personalidad singular, decía: «Doble llave al sepulcro del Cid»; «Política de calzón y alpargata»; «Hay que europeizar a España»; «La libertad sin

garbanzos no es libertad»; «La escuela y la despenza son la nueva Covadonga y el nuevo San Juan de la Peña».

Esa receptividad del bracero andaluz, que podríamos llamar explosiva, no explica porque en parte alguna de España, salvo Extremadura y una parte de Castilla, la situación del trabajador de la tierra es más miserable. No tienen nada, nada. Trabajan la mitad del año. Los jornales son bajos, para mal comer un pedazo de pan rociado con aceite y una cebolla o cosa así. En cambio unos cientos de propietarios, no llegan ni mucho menos al millar, ni al tercio, tienen más de la mitad de la tierra en todas las provincias andaluzas. Se trata de fincas de más de 500 hectáreas. En Sevilla y Cádiz hay más de un centenar con 1.000 hectáreas.

Muchas de esas fincas se dedican a la cría de toros de lidia o a cotos de caza. Robar aceituna o coger una liebre porque el hambre aprieta se castigaba y castiga con severidad. Muchos, a causa de estos castigos se lanzaban al campo. El hambre y la injusticia social ha sido la causa de la existencia del bandolerismo andaluz. José María el Tempranillo, Diego Corrientes y los Siete niños de Ecija fueron inmensamente populares en el siglo XIX cantándose en las plazas públicas y en los cortijos sus proezas exaltando las imaginaciones la bravura de esos hombres al detener las diligencias custodiadas por migueletes y castigar a los señores que trataban mal a sus gañanes y socorrer liberalmente a los pobres. Eran para el pobre vulgo sediento de justicia algo así como esos caballeros andantes encargados de hacer justicia con trabuco y faca como en otros tiempos fabulosos los había que hacían lo mismo con lanza y rodela. El dilema para los hombres enérgicos era trágico; o echarse al monte, jugándose la vida a cara y cruz, o hacerse torero o emigrar. El famoso torero Rafael Guerra, «El Califa», sentencioso y grave, como buen cordobés, recordó este dilema contestando a alguien que le preguntó si no tenía miedo a las cornadas de los toros: «más cornás da el hambre», replicó. Todo lo cual explica que tantas veces haya habido sangrientos levantamientos campesinos. De ellos habló con profundo conocimiento el notario don Juan Díaz del Moral en su Historia de las agitaciones campesinas andaluzas, como habló del bandolerismo andaluz, fruto como he dicho del hambre heredada de padres a hijos en la gañanía andaluza, don Julián Zugasti, a cuya obra le puso prólogo por cierto nada menos que don Segismundo Moret, quien fue presidente del Gobierno. La bandera, el programa, el grito de combate de esos movimientos estudiados por Díaz del Moral era «el reparto», el reparto de la tierra. El reparto que no se hizo después de la épica guerra contra Napoleón, como era de justicia que se hiciera porque fue el pueblo quien sostuvo el peso de la lucha — el símbolo está en los piqueros andaluces que se batieron contra Dupont en Bailén, vencién-dole, lo que resonó como algo extraordinario, inconcebible en toda Europa, desde el Rhin hasta el Volga y el Tiber. Reparto que sin duda se hubiera hecho de haberse establecido en España un régimen nuevo como el que se

dibujó en las Cortes de Cádiz en 1812 y no el régimen absolutista de Fernando VII. ¡El reparto!... Palabra que electriza y exalta al campesino andaluz que siente hambre de tierra, no para ir hacia un colectivismo agrario sino hacia la propiedad individual, para tener «donde caerse muerto cuando llegue la hora». Con esa idea martieándoles en la frente, formaron los campesinos de Jerez, la tierra del famosísimo vino, dos sociedades secretas que fueron extendiéndose por casi toda Andalucía: la **Mano Negra** y el **Tribunal Popular**, que fueron descubiertas en 1883 y que dieron lugar a un ruidoso proceso en el que se dictaron 15 penas de muerte y más tarde, en la noche del 8 de enero de 1892, a un movimiento en el que miles de campesinos armados de hoces, bieldos y escopetas se apoderaron de Jerez, con sus ricos palacios y sus bodegas, que valen verdaderas fortunas. Agitaciones de esta clase, estudiadas como he dicho por Díaz del Moral, las hubo en 1856, 1861 y 1892. Todas ellas, como se ve, en plena monarquía. No había entonces peligro comunista, Moscú era zarista, no existía en la mayor parte de esas fechas ninguna Internacional. Lo que había en esos tiempos, que eran los de Isabel II, Alfonso XII y la Regencia de María Cristina, era hambre. Como la hay hoy.

La República quiso remediar eso. Para ello hizo su Ley de Reforma Agraria discutida y aprobada por las Cortes Constituyentes. Esa reforma figuraba en el programa de los republicanos desde que a comienzos del siglo XIX nace el republicanismo español. Contra ella, y sólo contra ella, no porque hubiera peligro comunista en España, que eso era una invención, se levantó el general Sanjurjo el 10 de agosto de 1932. Se sublevó al servicio de los amos de la tierra, de los latifundistas de Sevilla, de Córdoba, de Cádiz, de Granada, de Jaén, de Badajoz, de Ciudad Real, de Toledo. Significativo era que el movimiento sedicioso estallara simultáneamente en Madrid, con el fin de herir en la cabeza a la República, y en Sevilla para satisfacción de los señores del Círculo de Labradores. Y la República no fusiló a Sanjurjo ni a sus ayudantes el general García de la Herranz y el teniente coronel Esteban Infantini a los generales Cavalcanti y Fernández Pérez, que también se sublevaron. Cuatro años más tarde, el 17 de julio de 1936, volvería el general Sanjurjo a sublevarse al frente de otros generales, los Franco, Mola, Godet y otros. ¿Por qué iba a estallar un movimiento comunista? ¿Qué falsedad! ¿Dónde estaban las masas comunistas? ¿Eran un peligro los 14 diputados de esa filiación entre los 474 que había en el Parlamento de la República? ¿Se sublevaron los generales franceses porque hubiera en el Parlamento 76 diputados en 1936 y años más tarde más de un centenar? ¿Se han sublevado en Italia porque haya otros tantos en su Parlamento? No, la causa verdadera de la sublevación que abatió a la República después de tres años de lucha en que el pueblo español se batió con tanto heroísmo fue, como en agosto de 1932, para que no hubiera Reforma Agraria. Entonces para que no llegara a aprobarse la Ley que se estaba discutiendo en el Parlamento; en 1936 para que no se aplicara, pues los latifundistas

y parte del ejército como brazo armado suyo tenían que el Gobierno, con la experiencia de lo ocurrido antes realizara a rajatabla miles de asentamientos y con ello se asegurara la República para siempre. Y no hubo desde luego la tal Reforma ya preconizada desde los tiempos de Luis Vives, de Mariana y otros grandes pensadores, algunos de ellos, como el propio Mariana, eclesiásticos, pasando por Jovellanos, Floridablanca, Aranda y otros grandes ministros de Carlos III y Flores Estrada más tarde hasta Joaquín Costa. Ninguno de ellos, salvo los dos últimos, era republicano — el español, hasta fines del siglo XVIII, como se puede ver en el teatro clásico, juntamente con el francés, era el más monárquico de los europeos —, ni había, claro está, comunistas ni ese es el camino. Por lo demás, esa reforma que se presenta como algo temeroso que va a destruir el orden social, el equilibrio de la nación, es de sentido altamente conservador ya que extiende y generaliza la propiedad en beneficio de los más, y aumenta la producción y con ello la renta nacional, que impide las emigraciones a las ciudades y al extranjero.

No hubo, he dicho, Reforma Agraria. No se ha hecho después. Pero el problema está ahí, agravándose día a día, como se agravan los problemas de la autonomía regional que se creen resueltos porque se ha puesto una mordaza a las gentes. Y la prueba de que el problema está vivo, pidiendo a gritos solución es que el propio Franco en un viaje que hizo a través de Andalucía habló de que era necesaria una justa redistribución de la tierra.» Y más tarde han aludido a él pintando la miseria y desesperación de los campesinos andaluces, monseñor Bueno Monreal, cardenal arzobispo de Sevilla y otros prelados apoyándose en la encíclica «Mater et Magistra» del Papa Juan XXIII y en las conclu-

siones de la XX Semana Social Española celebrada en Granada, desde el 26 de noviembre al 3 de diciembre de 1961. Posición que ha ido generalizándose en la Iglesia española, lo que ha exasperado al general Franco hasta el punto de decir en un discurso, pronunciado en lo alto del Cerro Garabitas, cerca de Madrid, ante 15.000 antiguos oficiales de lo que él llama «la Cruzada», que en la Iglesia se habían producido infiltraciones marxistas.» Declaración inesperada, insólita. En tiempos de la República podía decirse, aunque no fuera verdad, que las masas se habían hecho comunistas por aquello que dijo Franco de «el liberalismo les abre las puertas.» Pero no se dijo sin embargo nunca que el comunismo se hubiera infiltrado en la Iglesia española como ahora lo dice el propio caudillo, y no sólo entre el clero bajo, sino en las alturas eclesiásticas. Claro que eso no es verdad, lo que pasa es que Franco no quiere tolerar que se diga que al cabo de 29 años de reinar en España para hacerla grande, rica y feliz, haya tan gran miseria en el pueblo, sobre todo en las clases campesinas, proclamando esto, entre otros hechos igualmente concluyentes, como la creciente emigración, el fracaso total, estrepitoso de su régimen.

En el fondo lo que hay es que habiendo ayudado los grandes terratenientes al triunfo de Franco, habiendo organizado la sublevación Agraria aunque en su viaje a Andalucía pudo descubrir que la vida del campesino allí es un infierno. Como no podría hacerla la Monarquía si por desgracia para España se restableciera, porque por falta de apoyo popular se ha de apoyar en las clases ricas, en los latifundistas y en lo más reaccionario del Ejército y la Iglesia para tenerse en pie. Sólo la República puede hacer esa Reforma en bien de España, único modo de dar a su economía asiento perdurable.

*Si el hábito no hace el
monje, ¿qué hábito hace el
carcelero?*

CONDUCTA HUMANA MEJOR

POR UNA

Voluntad libertaria

por FLOREAL OCAÑA

El determinismo-positivista ha estado basándose en la ciencia o más ampliamente dicho: en todas las ciencias; pero nuestros «contradictores» hoy lo reducen a concepto que se opone al mismo ideal científico que se fundamenta en la duda, en el estudio libre, sin trabas, ni deterministas siquiera, en la investigación, en la experimentación y en la sustentación —o eliminación— de errores que se creyeron verdades, un tiempo, más o menos largo, por verdades realmente comprobables.

La conducta que van observando los precitados deterministas es realmente anticientífica, dogmática, religiosa. Y, a nuestro entender, han dejado de ser positivistas. Lo prueban con su pensamiento y su comportamiento que los concretan diciéndonos: dentro o fuera de los límites del determinismo-mecanicista — que, según nosotros, se oponen al verdadero positivismo —, que es decir claramente: con nosotros, incondicionalmente, o frente totalmente a nosotros, porque en aquél nos hemos encerrado, y no estamos dispuestos a pasar más allá del mismo. Actualmente su sentir y pensar, sin emoción dinámica de vida progresiva, lo resumen adoptando esta actitud estática. No se dan cuenta siquiera de que los ácratas no podemos ser hombres de partido, ni de religión nueva alguna, o en formación, aunque se denomine determinista.

Una mentira o una verdad parcial — como la del determinismo-mecanicista — repetida un millón o más de veces, como ha ocurrido con las religiones, acaba pareciendo verdad total, absoluta, al sujeto que la repite y termina defendiéndola como tal con todas sus fuerzas. Este es el proceso psíquico-mental que está manifestándose en nuestros «contradictores», consciente o inconscientemente, sin desearlo, quizá, la parte inquieta y buena de sus naturalezas. Y consideramos, pensando en su bien, que poniendo en movimiento la buena voluntad consciente tendrán que realizar un gran esfuerzo para detener ese proceso psicológico que amenaza inutilizarlos como buenos y efectivos elementos progresivos.

Generalizando, y anticipándose a nuestro tiempo de acelerado progreso tecnológico y científico. Ricardo Mella escribió muy acertadamente: «Sistematizar es labor de ciencia y sistematizando nos cerra-

mos a la ciencia: dogmatizamos. He ahí la razón de todo esto cerrado.» Y ésta es la razón de la sinrazón actual de los deterministas-mecanicistas: no querer pasar del determinismo. Sintematizando hasta ese grado extremo, el Dr. R. Martínez y el escritor que nos contradicen dogmatizan, se cierran a la ciencia mismo como hoy les repetiría Ricardo Mella, si viviera, con muchísimas más razones que ayer.

El doctor precitado pretende contradecirnos habiéndonos de la definición del indeterminismo en el campo de la Física como se hizo hace varias largas décadas, sin mencionar la fórmula de Werner Heisenberg, y de otros sabios del Instituto «Max Planck», de Alemania, que colaboraron a elaborarla, de la cual hemos hablado en varios números de CENIT. Es indudable que la desconoce, pues de estar enterado de la misma tendría, forzosamente, que callar o definirlo de manera más amplia y profunda, de acuerdo con los nuevos conocimientos científicos aportados, entre otros hombres de ciencia, por el propio definidor del principio de indeterminación que lleva su nombre: Werner Heisenberg. El contradictor se refiere al indeterminismo como si nos hablara, en esta hora, del átomo como lo definían hace setenta años: que es indivisible, inmutable, etc., y no como se define y explica desde que pudo ser dividido, transformado, etc., etc., dando lugar a la iniciación de la Era Atómica y Espacial.

Se comprende que el Papa «negro» Pablo VI declare, en su primera encíclica, lo que la Iglesia está repitiendo desde hace casi dos mil años: que aunque adaptará sus prédicas a la mentalidad moderna, continuará oponiéndose, con todas sus fuerzas, a la «invasión de lo nuevo». Y esto es, en suma, lo que hacen el Papa rojo Dictador IV en Rusia y contornos, todas las religiones y todos los Estados más o menos violentamente, según la resistencia que hallan en las fuerzas progresistas de los Pueblos.

Todos los religiosos y todos los políticos, esencialmente intransigentes e intolerantes, dogmáticos, encerrándose en su fe, religiosa o estatal, dicen *noli me tangere*, pero los ácratas no podemos decir lo mismo con respecto a lo relacionado con nuestras ideas.

Si pensáramos como los deterministas-mecanicistas del presente, de forma tan corta y estrecha, tan limitada, tendríamos una visión tan superficial y anodina como la suya sobre el mundo que nos rodea y sobre nosotros mismos. Y jamás nos hubiéramos atrevido, ni nos atreveríamos a preguntarnos como nos hemos preguntado a menudo, en la soledad, reflexionando sobre el ser y el no ser, que son la misma cosa desde el punto de vista material, cósmico: ¿Cómo se elabora y organiza la materia y se logra, por ejemplo, un conjunto tan armonioso en el cuerpo humano, en un organismo que es capaz de restituir la piel después de producirse una herida; sustituir las funciones de un centro cerebral por otro, las de otro órgano, glándula, viscera, etc., parcial o totalmente extirpada; acoplar todas sus partes y continuar viviendo?

(Pueden leerse los ejemplos que damos al respecto en el escrito que nos publicaron en el número 136 de CENIT correspondiente al mes de abril de 1962).

Otra pregunta fundamental nos hacemos: ¿Cómo es el «mecanicismo» del principio organizador que relaciona y equilibra las funciones, agrupa y transforma, que parece constituir la base misma de los instintos y reflejos de la máquina humana que posee tan múltiples o variadas propiedades y no una sola, que es, en realidad, lo que creen y defienden algunos deterministas-mecanicistas: la de «vegetar maquinalmente»? Se nos podrá decir, entre otras cosas, lo que parece más lógico: que es un proceso vital o biológico natural peculiar del organismo necesario a su conservación global. Pero ni a nosotros ni a los mismos mecanicistas satisface la respuesta completamente.

En nuestros días la psicología científica nos dice: «Todavía no sabemos en qué consiste tal conjunto, pero tanto la Psicología como la Biología han encontrado dicho factor organizador. Debido a él pueden funcionar nuestras percepciones, transformando estímulos simples en los objetos que vemos, en los sonidos que oímos y los sentimientos que sentimos. Nuestra percepción selecciona, transforma, agrupa, organiza e integra. Esto es algo más que una simple respuesta a un estímulo simple o, en otras palabras, el mundo está compuesto, para nosotros, de elementos inconexos».

Sería prolijo transcribir cuanto la Psicología, la Fisiología y la Biología dicen hoy de esa función en el organismo, de esa fuerza integradora. Consideramos que a ésta, en el presente, podemos llamarla **voluntad consciente** ayer desconocida — tanto como lo fuerza de gravedad lo fue hasta Newton—, en formación como el mismo ser humano: energía psicosomática en aumento incesante, desde la más lejana noche de los tiempos, para superarse y asegurar la existencia, primera necesidad biológica a satisfacer.

Creemos, porque lo sentimos y lo pensamos, que la voluntad consciente — más valiosa que el impulso biológico inconsciente, ligado al instinto de conservación, del animal irracional que fue el hombre primigenio — es en el cuerpo humano lo que la fuerza de gravedad resulta ser, hasta cierto punto,

en medio de la materia del Cosmos: aumenta o disminuye su potencia de acuerdo a como en éste se distribuye y mueve aquella como la fuerza de voluntad según sean mayores o menores los malos o los buenos elementos culturales, en particular, que el sujeto posea por haberlos asimilado y formado con la misma naturaleza. Así le es posible moverse, con más o menos seguridad y potencialidad en mal o buen sentido de la vida.

Nuestros contradictores creen con fe religiosa en lo imposible y en fatalismo de su determinismo-mecanicista. Por eso ni intentan siquiera, como nosotros, arriesgando cometer yerros, penetrar en las incógnitas de nuestro cuerpo y del Cosmos. Pero si se atreven a preguntarnos, con tono burlesco, dónde se halla la facultad o el órgano de la voluntad. Nos la hacen por pertenecer a las preguntas que consideran imposibles de contestar. Veán, pues, que no eludimos ni las más inquisitivas como ellos han estado eludiendo todas las nuestras, desde hace años, o las felsean para seguir expresando sandeces. Sin espíritu de alta comprensión, sin tolerancia, sin lealtad y sin nobleza no es posible la discusión de altura ni la propia superación, personal, moral e intelectual.

Siendo precisas las analogías y los contrastes de ideas antes de contestar a nuestros detractores, más ampliamente, en la medida de lo posible, les preguntamos, a nuestra vez, con fondo y tono serio: ¿Dónde está el órgano productor de la fuerza de gravedad que ha estado pareciendo, a todo el mundo, la mayor de las fuerzas conocidas por el hombre desde Newton y Einstein hasta nuestros días? No existe un órgano causante de energías consideradas, por el común de las gentes, como las más poderosas. Casualmente, no por una causa — de manera indeterminada, la fuerza de gravedad aumenta o disminuye su potencia — como explicamos en artículos anteriores — por el juego o la combinación de las múltiples energías que existen — digámoslo así, y por serlo cierto — en el «Cuerpo Cósmico», como ocurre, con determinadas diferencias en el mismo cuerpo humano para la formación consciente de la fuerza de voluntad.

Las diferencias entre las precitadas fuerzas son obvias: mientras la de gravedad la producen, de manera casual, energías, elementos y cuerpos inconexos, en su mayor parte por aquella organizados y mantenidos a distancias determinadas, escapando muchos a su influencia, la fuerza de voluntad es producida, conscientemente, por el hombre, y con ella puede determinar, voluntariamente, sus actos y movimientos, su comportamiento, toda su vida que significa más que la conducta. Ciertamente que el hombre cuenta con los materiales y órganos adecuados o necesarios para establecerla, pero lo logra gracias a que su organismo ha adquirido conciencia y siente lo que no puede sentir el Cosmos: la necesidad de elegir las acciones que puedan favorecer el mejor desarrollo de su vida globalmente considerada. Y esa fuerza de voluntad consciente puede ser utilizada por el sujeto tanto en sentido negativo como positivo, para fines egoístas o altruistas, para mal o para bien del género

humano. He aquí por qué sentimos tanto la necesidad ética, social y hasta estética — porque lo justo es bueno y es bello — de que se cultive, crezca y se fortalezca, en número cada día mayor de nuestros semejantes, la voluntad humanista libertaria, la positiva, que es decir constructiva, en oposición a la voluntad autoritaria, religiosa, llámese o no política por ser negativa, destructiva. Y por más vueltas que le damos al asunto, que reflexionemos al respecto, no podemos acabar de comprender qué de malo ven en esta actividad humanística, revolucionaria, en el más amplio sentido de la palabra y del concepto, los deterministas mecanicistas que nos contradicen.

Hablemos antes del origen de la fuerza de gravedad y de su relativa influencia en la materia que se mueve en el Espacio. Ciertamente es que «los cuerpos se atraen en razón directa de sus masas y en razón inversa al cuadrado de sus distancias»; pero comprobamos cuán relativa es esta ley mecánica que no evita las innumerables y permanentes colisiones entre los cuerpos que vagan por el Cosmos. Algo semejante sucede asimismo entre los hombres y los Estados; chocan con sus ideas, con sus pasiones y con sus ambiciones nobles e innobles que acaban lanzándolos, físicamente, a unos contra los otros. Sólo cuando los individuos humanos aumenten las fuerzas morales y de buena voluntad — a las que ninguna importancia dan los deterministas-mecanicistas — superando a las fuerzas inmorales y retrógradas, de mala voluntad, defensores del principio de autoridad se podrán evitar los choques violentos y destructivos entre los hombres y los pueblos, y la misma guerra nuclear, prescindiendo de los Estados que la están organizando por ser guerreros por naturaleza.

Relacionamos el Hombre con el Cosmos, porque creemos lo que sentimos en medio del mismo, de la materia a la que debemos la vida: que alguna fuerza pueda ser originada en nuestro propio cuerpo no por una facultad o por un órgano determinado sino por el conjunto de todas sus energías como comprobamos sucede en el Espacio con la fuerza de gravedad. ¿Es que la personalidad y la individualidad no proyectan fuerza de carácter, energías morales, afectivas y mentales capaces de influir en todo nuestro ser psicosomático heredado y en la sangre, en particular, al recibir el impacto de las impresiones y de las emociones?

En nuestros días, estudiando y relacionando las investigaciones y experiencias, en general, realizadas por la Psicología y la Biología en estas ciencias hallamos coincidencias que, al respecto, pueden resumirse con las siguientes líneas: que la misma corriente sanguínea, que relaciona y vivifica a todos los órganos del cuerpo, parece poseer determinadas características que le son dadas no sólo por todo el organismo sino también por la personalidad.

Recordamos que Hemingway dijo: «Los recuerdos deben hacerse sangre en nosotros.» Pero más sugerente es lo que escribió Nietzsche relacionándolo con este vital humor rojo, pese a ser un escritor tan iconoclasta: «Escribe con sangre y verás que la sangre es espíritu... Porque la sangre es la vida.»

Mucho se ha hablado y se habla sobre «la voz de la sangre», Y Lin Yutang, coincidiendo, en el fondo, con el sentir Nietzscheano, dijo en otros términos: «La que escribas con las entrañas tendrá valor de eternidad.»

Consideramos que Lin Yutang y Nietzsche se acercaron a la realidad bio-cósmica-humana partiendo de lo sentido y brotado, espontáneamente, de lo más íntimo de sus respectivas estructuras psicológicas. Nietzsche, en su tiempo, no se detuvo siquiera a pensar que la Psicología, con la colaboración de otras ciencias, podría, algún día, interesarse por estudiar y empezar a explicar su singular palpitación de vida, su honda emoción vital a la que su cerebro privilegiado no le opuso razones por considerar que serían inferiores a lo que sintió.

Ciertamente es lo dicho por Nietzsche: cuanto leemos escrito con lágrimas y sangre, con tensión psicológica que parece contener toda la vida del sujeto preocupado, por ejemplo, por el bien de sus semejantes, es lo que más perdura en la memoria de la humanidad, porque, en realidad, es energía afectiva universal.

Nada puede perderse en el universo; ni las energías que el hombre utiliza para formar su carácter, su individualidad. Su constante preocupación y actividad progresiva va imprimiendo en la sangre características de su personalidad y aumentando la fuerza de voluntad que le hace perseverar.

Los elementos que forman un trozo de madera no se pierden porque la mayor parte se esfuma al quemarla. Si admitiéramos que de aquella nada queda ya por efecto de la combustión significaría tanto como negar a la materia misma, que algo puede perderse en el universo. Más erróneo sería, a nuestro entender, creer que las energías físicas y nerviosas que el ser humano no deja escapar de sí mismo, relativamente hablando, que las emplea en su superación y perfección moral, psíquica y mental se pierden totalmente.

Con la actividad constante que desarrollamos para constituir nuestra personalidad aprovechando la herencia psicosomática, las energías inconscientes y, en particular, las conscientes vamos influenciando a la sangre; y el torrente sanguíneo distribuyéndose por todo nuestro cuerpo le transmite las fuerzas de la personalidad contribuyendo a originar — en parte, como se origina la fuerza de gravedad — la voluntad de obrar, la energía equilibradora, organizadora y relacionadora de todas las potencias de nuestro ser consciente — de lo que carece la fuerza de gravedad —, de todas sus funciones, la fuerza, en fin, que, guiada por la conciencia moral, integra y selecciona actividades y hace cambiar la dirección de nuestros actos y movimientos. Y no olvidemos el papel importantísimo que en todas las funciones del cuerpo desempeña el cerebro — del que hablaremos más adelante — al cual también llega la influencia del «agente» de la personalidad y de la voluntad — como de la salud y de la enfermedad — vivificándolo, permitiéndole funcionar: la sangre que, como dice Nietzsche, es la vida misma.

¿Cuánto decimos es producto de desequilibrios

mentales? Otras opiniones, ajenas y propias, que expresamos hace años fueron confirmadas, en nuestros días, por la ciencia. Errores también cometimos y seguiremos cometiendo como yerran los mismos científicos miles de veces en investigaciones y experiencias al pasar años, a menudo, sin obtener los resultados que buscan. Lo que les importa son los aciertos por pocos que sean. Quien no arriesga no acierta. Es lo seguro en cualquier actividad humana.

Pensamos, con buena lógica, a nuestro entender, que si en las entrañas — como podría decir Lin Yutang en nuestros días — del Cosmos existe la fuerza de gravedad ¿por qué rechazar, de forma absoluta que en el seno de nuestro organismo se produce la fuerza de voluntad, un fenómeno o proceso psicológico debido a la combinación — como en sentido puramente físico se manifiesta en el Espacio — de todas las energías fisiológicas, biológicas, psíquicas y mentales o cerebrales que engloba?

La voluntad consciente es tan invisible, tan impalpable, por el momento, como lo es la fuerza de gravedad. ¿Vamos a negar la existencia de esta última, porque no puede demostrarse que se debe a un órgano determinado del mecanismo cósmico? Consideramos que las dos existen: una en medio de

los materiales que forman el cuerpo humano, y la otra entre los que ocupan el Espacio infinito.

Por otra parte, ¿es posible negar que el sujeto normal puede tener curiosidad, sentimientos, ideación, amor, moral, conciencia, etc.? ¿Dónde se localizan en el cerebro cada uno de estos atributos que se manifiestan en todos los individuos humanos normales? Sin embargo existen, son realidades psicológicas y fisiológicas, porque producen impresiones, sensaciones, emociones, ideas y actividades constructivas y hasta destructivas. Y comprobamos el origen material de todas esas y otras cualidades al observar que empiezan pudiendo provocar la aceleración en el organismo de los procesos químicos y la producción de ondas cerebrales — cuatro tipos de ondas — con distintos ritmos bioeléctricos, con sus respectivas peculiares frecuencias y voltajes, mayores y menores, que oscilan entre 20 y 150 millonésimas de voltio. Y éste es igual, como es sabido, al amperio o a la décima parte de la unidad de intensidad del sistema electromagnético C.G.S. Más adelante estudiamos, someramente, los procesos eléctricos de los cuerpos celulares nerviosos. Ahora sólo los mencionamos para afirmar que aun basándonos en nuestras concepciones materialistas no todo puede explicarse con rigidez mecánica.



MUERTE DE MUCHOS CAMBORIOS

Muerte de muchos Camborios
Sombras de muerte bailaban
sevillanas de dolor.

Sombras que vimos bajando
del siniestro corredor.

Las voces que se apagaron
al disgustarse el amor,
fueron voces que se dieron
con dejo desgarrador.

Las botas de los soldados,
con bencina y alcanfor,
pisotearon piltrafas
sobre el frío mostrador.

El mármol de tanto altar
quiso ser polvo mejor.

Niñas de ojos vacíos
demudaban el color.

La sangre vertida era
sangre de humilde sabor.

Las arrogancias reían
al oírse el estertor
que en la tierra lujuriosa
se tragaba con fervor.

Cuando estrellados se alzaron
la soberbia y el terror,

la infamia beata y ciega
se puso manto de horror
y corriendo por las calles
hizo matanza mayor.

Hasta los gallos recuerdan
el horroroso fragor

de montañas que explotaron
hartas de tanto temblor.

..

De cualquier modo han matado
al hombre de corazón.

Su delito estaba escrito
en una limpia canción.

Jesucristo ya no tiene
que hablar más de su pasión.

En España le han mostrado
que es piedad y compasión.

La Piedad es una moza
que come pan con jamón.

La Compasión, una monja
sin mocedad ni ilusión.

Por decir aquí aire libre
hoy se nos mete en prisión

y el delincuente se pudre
sin la suerte del ladrón.

Viuda España y viudas

sin posible filiciación,
van un sepulcro buscando

donde, con adoración,
crean poner en sus hombres

gotas de tierna emoción.

Los fascistas ya han pasado
por el largo callejón,

y lloran desmadejados
los geranios de un balcón.

..

Siete saltos a la hora
la muerte bermeja dio
Y el reloj no tuvo tiempo
para marcar lo que vió
cuando a los bravos Camborios
la guardia civil prendió.
¡Ay, caballeros, qué miedo
la misma muerte sintió!
La ocupación era tanta
que los sentidos perdió
y herramienta desdentada
a la falange pasó
sin nombrarles la piedad
que sola en un monte halló.
No eran ratas, eran rojos
lo que en torrentes cayó;
unos a palo y vergajo
la mala leche linchó;
otros, con machete agudo
la infame hueste punzó;
lo cierto es que, de la trampa,
nadie del Pueblo escapó.
Y la católica España,
en la sangre se erigió
de Camborios impotentes,
Pérez, Ibáñez, Godoy
que a la muerte se brindaron
cual la vida los parió.

M. R. VALDIVIESO

DE MI
CALEN-
DARIO

Apuntes Uruguayos

por EUGEN RELGIS

7 de Diciembre.

Acto de recordación del poeta Julio J. Casal, junto al árbol que lleva su nombre, en la Quinta Morales, frente al Museo municipal Juan M. Blanes. En este parque, uno de los pocos todavía intactos, en la capital uruguaya, invadida por el urbanismo moderno, un magnífico cedro de Líbano nos cubría con su sombra en la tarde de verano opulento. Los asistentes, casi todos poetas y sus familiares. Y los tres hijos de Casal, poetas también. Un poeta ha evocado al animador del grupo y la revista «Alfar», otro hizo una breve exégesis de su poema «Plegaria». Diez más se sucedieron: Carlos Sabat Ercasty, Humberto Zarrilli, Manuel de Castro, Uruguay González Poggi, Cipriano Viturera, Generoso Medina, Casravilla Lemos, Mireya Dotti, Juvenal Ortiz Saralegui, Vicente Basso Maglio, Alfredo Mario Ferreiro (los tres últimos, fallecidos poco después). Al lado del sencillo monolito, han leído su poesía que reflejaba lo mejor, lo más hondo y más lúcido de cada uno en el umbral del «más allá».

Cerca, del otro lado de las rejas del parque, el estruendo de la calle, con sus autobuses atestados y los relucientes coches de los turistas domingueros, no podía perturbar el recogimiento de los fieles servidores de los sueños y de los ideales. Apenas uno que otro paseante se detenía por algunos momentos, para contemplar la extraña ceremonia susurrante de cadencias e imágenes. Pero la primera y la última palabra la tuvo el recordado vate, con sus versos grabados en la piedra grisácea:

Cuando acaso regreses
Al último viaje
De acogedora tierra,
Me encontrarás al fin
En un temblor de hoja
Que mecerá tu sueño...

17 de mayo.

He aquí las palabras de un gran amigo de los desterrados, el doctor Emilio Frugoni, el primero de los intelectuales uruguayos que vino a verme, algunos días después de mi desembarco en su país hospitalario. Confieso que no sabía entonces que este anciano era un aguerrido y venerado combatiente social —ex decano de la Facultad de Derecho, jefe del partido socialista, el primer embajador del Uruguay a Moscú— escritor y periodista exiliado durante la dictadura de Tierra; y sobre todo poeta de amplia visión humana y profunda sensibilidad (autor, precisamente, de un libro titulado «La sensibilidad americana»). En 1952 me entregó una página para la revista «Exilio» de Río de Janeiro, portavoz —¡ay, enmudecido después de dos números!— de algunos escritores runanos:

«El desarraigo de un escritor —decía Emilio Frugoni— del medio donde ha formado su espíritu y arrojado al aire de la vida, durante años, ardientes flores de su alma, es siempre un accidente de hondas repercusiones en la esencia misma de su obra.

«Lo es aun cuando en la fuerza expresiva de su pensamiento halla un impulso de alas que le permite salvar desde arriba todas las fronteras geográficas y naturalizarse en cualquier sitio del mundo en que le sea permitido expresarse y volcarse espiri-

tualmente en la comunicación literaria.

«Y nada le ayuda tanto a sobrellevar las amarguras del exilio, como vivir asido a un ideal de confraternidad humana y de valorización del hombre para el cumplimiento de sus nobles fines.

«Llegue a Vd. el mensaje cordial con que quiero dar un abrazo de solidaridad a todos los escritores que se engrandecen en el destierro, manteniendo encendida su lámpara sobre el más ancho camino del porvenir...»

¡Nada de comentarios! Estas palabras expresan directamente un acto de comunión espiritual. Renuevan y fortalecen. Como un bálsamo sobre las heridas invisibles del alma. Y consuelan, asimismo, por el silencio forzado de los lejanos compañeros y amigos de allá, en el país abandonado, donde ellos no pueden sino pensar en lo que otros gritan desde estas riberas, con la esperanza del reencuentro salvador.

2 de abril.

A Julio Garet Mas. — Estoy en deuda con Vd. desde hace mucho. No le envió **ahora** un libro más —**El Espíritu Activo**, que salió en enero, próximo pasado— para agradecerle sus cartas tan cordiales. Cuando he leído su nombre entre los participantes en las Jornadas interamericanas de Poesía, en Piriápolis, me alegré mucho. En fin, me dije, voy a conocerle personalmente, después de tanto cartear... Pero (siempre hay un pero con dos r) he ignorado la postergación de las Jornadas, y me fui el 2 de marzo —día de mi cumpleaños también— con mi esposa. Sólo me encontrado algunos cofrades argentinos y

brasileños que incurrieron en el mismo error. No pude aguantar dos semanas más. Mi esposa enfermó (sabe Vd. por qué: por la epidemia que hacía estragos en el balneario superpoblado y por la falta de «dieta» adecuada). De regreso a Montevideo, sus **Cien Romances** me esperaban en un montón de cartas e impresos. Es Vd. muy generoso. Los frutos tardíos siempre son más ricos y logrados. Releo ahora algunos, para olvidarme, ya que estoy con fiebre desde hace tres días. «Gripe», dice el doctor. Cansancio, agotamiento —yo lo sé mejor— después de once años de esfuerzos y preocupaciones en este hospitalario país de mi «refugio» sudamericano.

Su tarjeta de Piriápolis con la imagen a la vez sombría y ferviente del poeta Julio Herrera y Reissig que —así me parecez está calentándose con una frazada el sufrido cuerpo hundido en el sillón, y recobrar el ánimo con la lectura de su devota Julieta, la he recibido recién ayer. El correo del caracol... Mucho lamento estos desvíos de nuestras rutas. Finalmente, tenemos que encontrarnos de algún modo. La «alternativa es clara» (¡algo puedo sacar del vocabulario político autóctono!) o viene Vd. a verme cuando pase por la Capital, o se me ofrece la oportunidad de viajar por el Norte del país, que no he visto todavía, y detenerme en Salto, para una o dos conferencias, ya que según los diarios— no faltan allí instituciones culturales activas, animadas por hombres de gran corazón, como Vd...

Diciembre 1965.

Cartas poéticas, a Maruja González Villegas:

He releído con agrado «Amor callado» y «Mar demorado» en la nueva edición: **Tiempo de claridad** que ofrece, enriquecido, una armoniosa visión de su mundo poético. Profunda sensibilidad, refrenada por una lucidez a la vez discreta y amarga. Y una comprensión de las fatalidades de la vida, que no es resignación y abandono. Es una **entereza** que halla su apoyo y su refugio en la

contemplación del mar. Más que otros aspectos de la naturaleza, es en el mar y por el mar que se reflejan y se expresan los tormentos, los consuelos y los olvidos humanos.

A NORMA PEREZ MARTIN:

Tan breves, concentradas, estas poesías reunidas en **Náufragos**, apenas pinceladas en una estrofa, me hacen pensar en las tankas y los hai-kaic japoneses, a pesar del «modernismo» de su contenido. El mérito consiste en hacer adivinar o percibir lo íntimo de una alma, por una imagen y a veces por una sola palabra. Y el lector tiene que agregar de lo suyo. El prólogo en verso del Sur constituye la mejor interpretación de «Náufragos», título por lo menos sorprendente, de parte de una poetisa joven, a la vez soñadora y realista, y —por añadidura— profesora de literatura centroamericana.

A Norma Suiffet: ¡Qué sorpresa al recibir su libro de poemas **Las voces incandescentes!** Así, pues la profesora, la autora de ensayos literarios, la evocadora tan comprensiva de obras poéticas y de figuras del pasado histórico y de nuestro tiempo tan contradictorio, es también poetisa...Tarde o temprano, el «cuaderno secreto» tenía que salir a luz: todo un mundo de almas que anhelan, padecen, se mueren y renacen en un alma que expresa con franqueza, sin falso pudor y sin orgullo falaz, en palabras sencillas, directas, elementales—como las imágenes mismas de la naturaleza en su desamparo, en su aparente soledad, en su «vacío sin fin» que es, pese a todo, esencia de la vida misma. Sus poemas nos consuela en el alboroto de tantos corrientes de poesía «modernista», que se quiere «estética» y juega con ciertas palabras cuyo sentido hay que buscarlo en vocabularios de aficionados o de embusteros profesionales. Hace mucho que no hemos leído una confesión tan pura, de tanta honestidad y candor, y a la vez de tanta valentía en afrontar las hipocresías y las arrogancias de las tertulias que suelen llamarse «literarias».

27 de abril

En mi calendario, este día me ofrece la imagen de una graciosa niña en un jardín lozano: «Una flor entre flores». Sucedió que este mismo día, mi amiga y traductora María Paulina Fernández Sanz —después de conversar sobre problemas «transcendentales»— pusiera en mis manos, inesperadamente, con una sonrisa algo irónica, un cuaderno de poesías para niños. Mejor dicho: un gran album con profusión de dibujos y colores.

—Lea esto —me dijo—. Quizás le divierta, descubriendo un mundo olvidado o ignorado por los escritores serios, demasiado sabios, profundos y aun inaccesibles para la mayoría de los lectores llegados a la edad madura...

En verdad, los escritores que «se realizan a sí mismos» no piensan siempre en sus lectores: en su edad, su vocación, su preparación intelectual o profesional. Cada libro espera a su lector. Y el lector, el verdadero, que se busca a sí mismo en el libro sabe encontrar —por ese magnetismo, psíquico, espiritual o estético— lo que pueda satisfacer su curiosidad, su interés, su anhelo de conocimiento o de superación.

Hojeo el album, y siento mis pensamientos refrenados por una extraña sensación de retroceder en el tiempo, con más de medio siglo. Y me pregunto si yo también he leído una vez «cosas» tan sencillas e ingenuas como estos poemitas en los cuales abundan los diminutivos: estrellitas, sombrillita, honguito, corderillo y de colores claros y versos para escolares desde el primer hasta el quinto grado, y que llevan el título: **Calesita**. Aprendí así una palabra más, que en francés se dice **carrousel** y en mi idioma **caishori** (caballitos). Trato de trasponerme en la mentalidad elemental del niño (1er grado) que, contemplando la «linda luna» y las «estrellas jugando a la ronda», quiere detenerlas:

forman otra estrella...
Alzo la manita
y mis cinco dedos

Y esta otra poesía, la canción del caracol, muy dormilón:

Caracol, caracolito
saca los cuernos al sol,

¡cómo despierta en mí un recuerdo de infancia!

Caracol
col, col...

Refrán que se oye igual en casi todos los idiomas, en rumano también:

Melc, melc
codobelc...

Así, en pocos minutos, hojeando algunas láminas (que firma Silvestre Peciari Basiaco), alternando la imagen con el verso, la melodía con el color, lo real con lo fantástico, lo ingenuo y genuino con la sugestión de una sabiduría a la vez milenaria y cósmica, he leído estas diez poesías que —lo confieso— yo nunca podría escribir. Porque hay que ser tan tierno, fresco, puro y vivaz como los niños, para lograr acercarse a su sensibilidad e inteligencia. La autora: Marita Carpintero de Tutté, lo ha logrado. Hizo bien en dedicar sus «poemas inspirados por la flor de milagro que es el niño» al Maestro, ya que él tiene la noble tarea de «modelador del espíritu infantil».

Ojalá que este espíritu infantil no sea del todo alterado o desvanecido en esta incipiente era atómica en que hasta el niño, «flor de milagro», se torna un precoz y feroz cazador de «imágenes» mecánicas que invaden el cielo de las «estrellitas» con estupendos cohetes y satélites, con astronavíos en locas carreras interplanetarias, transplantando, por absurdas analogías, en los ilimitados reinos de la eternidad, las terroríficas guerras entre los pueblos «civilizados». A esas guerras que arrasan en la tierra —«grano de arena»— a las multitudes humanas y sus obras verdaderamente bellas y útiles, creadas por el influjo siempre renovado del amor y de la paz...

4 de Mayo

A Dora Isella Russell.

Debo confesar que me es difícil agradecer su artículo publicado en el suplemento literario de «El Día». Uno encuentra siempre al-

gunas palabras para cumplir con una obligación moral. Pero en esta circunstancia se trata de algo realmente excepcional. No ha escrito usted un artículo por mera complacencia, y tampoco me ha colmado con esos elogios (merecidos o no) que pueden satisfacer al actor, pero que no dicen nada de su obra. Y es la obra, su significado, su valor, lo que importa ante todo.

Desde el título —«Una conciencia en acción», usted ha demostrado su interés por estudiar mis libros y desentrañar la idea central, el principio predominante que ha impulsado al actor a perseverar en su esfuerzo de creación cultural, de acción espiritual y de lucha en pro de los ideales universalmente humanos. Dice usted muy bien cuál es el sentido de una actividad perseguida, refrenada por la guerra y las dictaduras de Europa, pero que ha retomado su vuelo desde que el autor ha encontrado, en el Uruguay, la primera condición de toda obra de cultura, de paz y de fraternidad, es decir: la libertad de conciencia, la libertad de expresar el pensamiento y la libertad de coordinar, prácticamente, la idea y la acción.

Entre las amistades que he ganado aquí, durante esos diez años de duro trabajo, la vuestra se ha manifestado de un modo discreto, pero real, a través de esa comunión de espíritu, expresada finalmente en un artículo sobrio, sincero y confraternal, y que puede servir para la comprensión de mis obras, más aún que las otras formas de apreciación crítica. Sin olvidar o desconocer los testimonios anteriores, de parte de los intelectuales y confrades uruguayos en el sentido de la aceptación de mis esfuerzos culturales que (a esta última razón) constituyen una contribución a la cultura de su país. Ya conoce Usted, a través de mis ensayos sobre el humanismo en el Uruguay y «La segunda revisión de Rodó», publicado en la *Revista Nacional*, que yo he hallado aquí los elementos que han facilitado esa soldadura intelectual y moral, necesaria para la continuación del trabajo en otro continente, después de las penosas pruebas del comienzo, en ese destierro que se ha tornado para mí renovador, activo y fructífero, pese a la edad y a las condiciones de vida social, «generalmente deficientes para un escritor independiente»...

EJEMPLO A SEGUIR POR TODOS LOS AMIGOS DE CENIT

Donativos recibidos hasta hoy para la revista.

M. Guerrero, Marckolsheim	8,00 F
J. Grau, Orleans	5,00 »
F. Palomar, Orleans	5,00 »
P. Ciria, Blou	20,00 »
E. Farré, Mont-de-Marsan	10,00 »
A. Aguilar, Cugnoux	10,00 »
C. Cacho, Tigeanx	10,00 »
E. Martínez, Angouleme	10,00 »
Durán, Toulouse	20,00 »
Casals, Tarascon	300,00 »
J. Santana, Jumencourt	7,00 »
Sesar, Carcassonne	10,00 »
F. Mayorga, Australia	10,50 »
J. Vidaller, LeH avre	8,00 »
Gainzarain, Bonas	22,00 »
Fumado, Osseja	3,13 »
Brugues, Mane	10,00 »
Vicente, Rive-de-Gier	10,00 »
Pamies, Toulouse	3,00 »

Agudo, Toulouse	5,00 »
Bernal, Eureux	2,00 »
Nisse Latt, Goteborg	20,00 »
Rotland, Villablard	10,00 »
Virgili, Fresnes	5,00 »
De Varios, Paris	10,00 »
Regales, Bourg-de-Thizy	5,00 »
B. Corcero, Aix-en-Provence	5,00 »
E. Cano, Paris	8,00 »
L. Montilla, Domont	3,00 »
E. Martínez, Aigues-Martes	10,00 »
D. Esteban, Prades	2,50 »
Serrano, Laon	10,00 »
M. Aguilar, Beaumont-Lomagne	5,00 »
Pamies, Toulouse	6,00 »
Liarte, Toulouse	10,00 »
Puigvert, Fenouillet	6,00 »
R. Puig, Toulouse	5,00 »
Mateo, Toulouse	5,00 »
Bazal, Toulouse	10,00 »
A. Alvarez, Toulouse	10,00 »

La vida y los libros

«SOBRE HEROES Y TUMBAS»
de Ernesto Sábato

por COSTA ISCAR

NOVELA espeluznante por la ciales; parece escrita por que desfilan seres demen-un hombre en estado de sonambulismo, de pesadilla, quizá sufriendo estigmas neuróticos, puesto que se hace bien patente el humor atrabiliario del autor.

Alternan lo imaginado por la fantasía febril con razonamientos bien cimentados, de una notable inteligencia al servicio de una crítica sagaz en la superficie y en la profundidad del hombre, tanto en lo social como en sus relaciones con los diversos aspectos de la convivencia. Se emplea la ironía fina y penetrante con pulcritud y al mismo tiempo se desvaría en el tosco terreno de lo brutal y de lo grosero que llega a la crueldad abyecta.

No se explica el ensañamiento con los ciegos, a quienes califica de «secta sagrada» y maligna. Aun tomando el informe como símbolo, no se ve el motivo de aludir, sin reservas, a los no videntes y a las instituciones que los protegen... Es una insensatez que ha causado indignación entre esta gente que tiene los mismos «vicios y virtudes» que los que gozan de vista de lince.

La crudeza del lenguaje toca los lindes de la pornografía. No siendo moralistas con máscara de hipocresía, se acepta la verdadera moral biológica que no produce la náusea.

Es evidente la paradoja que hay en premiar por un jurado de «honorables» esta obra obscena, en la que no queda títere con cabeza... Todos descabellados, y así dice el autor:

«Si se hicieran alinear todos los canallas que hay en el planeta, ¡qué formidable ejército y qué muestrario inesperado! Desde la «pura inocencia de la niñez» hasta los «pobres viejitos» (como si por serlo dejaran de ser «sinver-

güenzas»), sin olvidar a los «pobres cieguitos» que son el motivo de este «Informe», pasando por los correctos funcionarios municipales..., ministros, gobernadores, médicos y abogados en su casi totalidad; las matronas que ahora dirigen sociedades de ayuda al leproso o al cardíaco (después de haber galopado sus buenas carreras en camas ajenas y de haber contribuido precisamente al incremento de las enfermedades del corazón); gerentes de grandes empresas, jovencitas de apariencia frágil y ojos de gacela (pero capaces de desplumar a cualquier tonto que crea en el romanticismo femenino o en la debilidad y desamparo de su sexo), inspectores municipales, funcionarios coloniales, embajadores condecorados...» (y siguen tres etcéteras para que quepan todos los canallas que no han sido nombrados —digo yo— y ver pág. 254).

Aunque no asusten las palabras gruesas, es mejor emplear las que no son insultantes, no obstante que pueden ser duras y no ambigüas o diplomáticas. Estallar la indignación con el sarcasmo explosivo, no es propio de la ingénita admonición con que se manifiesta la ironía y el escepticismo, de mucha más eficacia y valía intelectual que la injuria que invectiva con infames epítetos los vicios y las desarmonías.

No se quite valor a la obra del «insigne» Ernesto Sábato.

Sería largo detallar todos los aciertos de su disección sobre el cuerpo tarado de la sociedad, mas las invectivas son excesivas y equivalen a los que un cirujano loco podría expresar contra el cuerpo doliente al que opera.

Un detalle notable de esta violenta diatriba es la conversación del señor Molinari, «hombre res-

petable, un pilar de la Nación, un perfecto cerdo...» con el postulante de trabajo y protagonista de la obra: Martín... Se muestra en esta escena de monólogo el vil antifaz del verdadero burgués, en el más bajo sentido del término. Es un trazo de mano maestra y es tanta la repugnancia que el produce el discurso al bueno de Martín que debe apresurarse para salir del «solemne despacho» y lanzarle a vomitar en la calle. (Págs. 123-29).

El autor ha conocido bien la militancia anarquista y la describe fielmente, aunque a muchos no les guste el recuerdo. En la conciencia de Ernesto Sábato todavía late la luz maravillosa del ideal anárquico. Y así exclama sinceramente al final de la página histórica que dedica al anarquismo y a sus adeptos: «En la madrugada de febrero de 1931 fueron fusilados Di Giovanni y Scarfó. Murieron gritando ¡Viva la Anarquía! Pero en realidad aquellos gritos parecieron anunciar su muerte definitiva en esta región del mundo... Y con ella, el fin de muchas cosas.»

Después de estas notas hechas al vuelo de las ideas expuestas en este libro enajenante, en que abundan los elementos escatológicos, sólo queda el enigma de la razón que ha predominado para

Premiarlo y tener la virtud excepcional de ser traducido a otros idiomas... Quizá los señores que juzgando sus méritos no dejaron de ver la verdad que brilla como una magnífica perla perdida entre la ganga... Aun a su pesar reconocieron el valor inconmensurable de la exclamación: «¡Justicia y más Justicia!» «Nada de símbolos; cada uno ha de comer su exacta y total canallada.» (pág. 255).

NOTA: Léase con atención y sin prejuicios las exaltadas páginas 243 a 253, en las que el sarcasmo triunfa contra una sociedad corrompida y corruptora...

PALABRAS DEL MAESTRO

El crepúsculo de Bias

por HAN RYNER

AUNQUE muy debilitado ya por su vejez, Bias, el más sabio de los Siete Sabios, había querido, ante el tribunal de Priena, defender a un amigo acusado. Y había logrado su libertad. Agotado por ese esfuerzo tan grande, se había desmayado al pronunciarse la sentencia. Pero su síncope fue algo así como un deslumbramiento y se le oyó decir, alegre, cayendo en los brazos de su vecino:

—¡Un bien más que me llevaré conmigo!

Lo llevaron a su casa y lo acostaron en la cama. Todos se dieron cuenta que iba a morir y él mismo, saliendo de su desmayo, comprendió que se moría.

Sus labios dibujaron una dulce sonrisa como, al pie del monte Micalo sonríe el último recodo y el último murmullo del río Meandro. Y pronunció otra vez la frase que repetía con amor

—¡Todos mis bienes me los llevo conmigo!

Pero su hijo Teutamos preguntó, tratando de contener sus sollozos:

—¿A qué llamas tú bienes, padre amado y venerado?

—A lo que sólo puedo llevarme.

—¡Oh el más sabio entre los sabios! Otros sabios han dicho que ningún bien se lleva cuando se muere.

—Hijo mío, alguna apariencia te ha engañado. No puede ser sabio quien no da un nombre glorioso y fiel al bien que siempre va con uno mismo a todas partes.

Padre, ¿qué es lo que tú te llevas? Dime, ¿cuáles son esos bienes que nunca se pierden

—Son muy hermosos para que tengan un nombre. ¿O crees tú que existen nombres capaces de expresar la belleza de las cosas verdaderas?... Me llevo lo que sé... lo que conozco más allá de las palabras... los bienes que no pueden ni perderse ni darse... que cada uno debe lograr por sí mismo... que se han encarnado en

mi mismo... que no se pueden dejar ni recibir en herencia... que florecen, más allá de las palabras, en el espíritu emocionado y en el corazón encantado... que no se distinguen de mi corazón encantado y de mi espíritu emocionado... Me llevo conmigo lo que la vida me ha enseñado.

—¿Y qué es lo que la vida te ha enseñado?

—A vivir.

—¿Y nos enseña algo la muerte? ¿O es que la muerte no es la desaparición de todo?

—Hijo mío, no acabes la mentira que ibas a decir. La muerte enriquece como la vida. Todo acontecimiento fluye hacia el recipiente que yo soy. Y el sabio es un recipiente que no deja perder nada.

—¿Qué me enseñará la muerte? Si la vida me enseña a vivir, la muerte sólo me puede enseñar a morir.

La sonrisa de Bias, en este momento, hizo pensar en una llama ascendiente.

—No sé, dijo el sabio, lo que la muerte podrá enseñar a Teutamos. En cuanto a mí, la muerte me enseña a vivir.

—¿Qué dices?

—Entre otras cosas, la vida me ha hecho conocer, que vivir es morir. La muerte me enseña, entre otras cosas, que morir es vivir.

—Hablas incomprensiblemente, padre.

—¿Crees que yo me enriquecía solamente cuando estaba sentado, o cuando estaba de pie, o cuando estaba acostado? ¿No me fueron la enfermedad y la salud enseñanzas iguales? ¿Es que no veía nada cuando a las cosas miraba o cuando a mí me miraba? ¿Es acaso una hoja un espectáculo menos inagotable que un bosque y hay menos materia de medita-

ción si miras uno de tus dedos o si viajas a través de países lejanos? Todo es vivir y todo enseña a vivir. Estar vivo o estar muerto, todo es vida y, si eres capaz de aprender, es la vida una continua enseñanza. Quien niega el nombre de vida a una sola forma a un solo aspecto, a una sola actitud, a un solo paisaje, se proclama incapaz de escuchar la lección diversa y fiel de la vida. ¿No lo podría comparar al demente que siempre optaría por quedarse de pie o acostado, y nunca comería o caminaría?... Me llevo hacia la muerte todo mi bien aprendido en la vida.

Bias calló, sus ojos se cerraron. Pero su sonrisa hacía pensar en bellezas calmas y vastas, y en no se sabe qué rica paz de luz. Y luego de un largo silencio, el sabio dijo de nuevo:

—Cuanto más te sonrío ¡oh muerte!, más me sonrías. Proyectado hacia tu beso enriquecedor, te llevo el dote del poco bien que he podido recoger en la vida.

El silencio, esta vez, dejó abierta la boca. Los ojos, que antes se cerraron por cansancio o por voluntad volvieron a abrirse. ¿Qué espectáculo contemplaban que los vivos no podían mirar?

Teutamos besó aquel cuerpo. Y balbuceó, ensayando de contener su dolor:

—Si tu no has perdido nada, padre mío, ¿no lo he perdido yo todo?

Luego, su dolor triunfó. Teutamos, llorando, se dejó caer en un asiento y, con la cabeza en las manos, lamentó:

—Vida o Muerte, ¿podrán enseñarme otra cosa que no sea llorar?

Notas. — Los siete sabios griegos eran: Tales de Mileto, Pitágoras, Bias, Cleóbulo, Mison, Chilón y Solón.

Yo he llegado a la meditación de que la Vida es lo siguiente: «La vida es la transformación lenta o brusca, mas incesante, de toda la materia cósmica y de la fuerza que la anima.» La Muerte, pues, no existe más que de nombre. Dicho de otro modo: «Morir es renacer a la Vida Universal.»

— V. M.

¿Quién era Salvador Seguí?

¿Para qué vamos a decir nada nosotros si él con sus propias palabras es tan explícito, tan claro y concreto, tan seguro y tan noble?

El mismo describe su corazón, su cerebro despierto y lúcido tanto cuando luchaba y se mezclaba en los asuntos sociales como cuando sólo era niño. Un niño, no como todos los demás. Veámoslo:

«Cierta día me escapé de casa. Mi madre me encontró tres días después en las inmediaciones de Montjuich. Por toda reprimenda me estrechó en sus brazos llorando. Aquel día aprendí a querer más a mi madre.»

Su corazón de niño ya captó el valor moral del abrazo maternal: «Aquel día aprendí a querer más a mi madre». ¡Qué magnífica declaración, qué sinceridad! ¡Qué profundo conocimiento de la naturaleza humana demostró!

Nietzsche fue su autor predilecto, «Así hablaba Zaratustra» su biblia.

Pero el mejor orientador lo encontró en la situación obrera que le rodeaba y su naturaleza e ímpetu de justicia social.

Tenia un concepto tan elevado de la clase menesterosa que, para comprenderlo no hay más que retener este otro pensamiento suyo: «Quien necesita no miente, aunque diga mentiras.»

Su valentía era consciente, no ciega ni desconocida, tenía ya el presentimiento de lo que por fin llegó: el asesinato cobarde y por la espalda en manos de los pistoleros.

En cierta ocasión en una reunión de amigos alguien afirmaba que ya lo habían matado, el informador decía incluso que él mismo lo había visto caer.

Apenas dichas estas palabras nuestro Seguí que se presenta vivo e intacto.

— ¿Qué te ha pasado? Se nos aseguraba que te habían matado.

— Ya lo vets —contestó sonriendo— la gente se adelanta. Todavía no... todavía no...

Murió a los 33 años y a pesar de su juventud opinaba con un conocimiento de causa sobre todos los asuntos sociales que dejaba perplejos incluso a sus enemigos. Veamos como definía sus conceptos:

SOBRE EL SINDICALISMO

«Respecto a los núcleos sindicales, imperfectos, es verdad, lo que hay que hacer es vigorizarlos, capacitándolos colectiva y profesionalmente, porque es indudable que los grupos profesionales, productores manuales e intelectuales, no sólo pueden ser la base de toda ordenación económica, sino también el punto de partida de la elevación moral de la humanidad.»

«Cualquier sistema ideado sin tener en cuenta los grupos productores, sin considerarlos factor principal de vida, llevará en su entraña dos inmoralidades: una económica, al obligar al trabajo a que se emplee en parte en tareas improductivas; otra moral, al establecer categorías mantenidas por la desigualdad económica.»

«La independencia del espíritu y

su elevación no podrán conseguirse mientras exista un asomo de tiranía y a evitar que pueda subsistir tenemos el deber de consagrar todos nuestros esfuerzos. El Sindicalismo, que está todavía en el principio de su constitución, es un excelente vehículo para llevar a la humanidad a puesto seguro.»

«¿Que no es una solución final y completa? En eso hemos de convenir todos; por eso aceptamos, a la par que la cooperación de los técnicos y de los intelectuales, el concepto político del comunismo libertario, cosas ambas que han de impedir que el Sindicalismo caiga en un estrecho profesionalismo.»

Seguí, que psíquicamente era un organizador, el hecho de unir y estructurar las fuerzas obreras lo sentía con vehemencia. Se daba cuenta

de que «el Sindicalismo estaba en el principio de su constitución» e iba modelando y buscando en cada momento un medio para nutrirlo y hacerlo fuerte.

«El Sindicalismo no es fruto de un momento circunstancial que nos sirve sólo para determinados casos: como tampoco es el resultado de una lucha sostenida contra la burguesía: es lo uno y lo otro, pero también es algo más.»

«¿Quién puede negar que el Sindicato, a falta de órganos más apropiados, pueda ser por su característica profesional una garantía para asegurar la producción y distribución de los productos el día siguiente de la Revolución?»

«¿Quién puede negar que el Sindicato es el medio que nos puede pro-

porcionar el dominio de nuestra técnica a la par que acrecentar los grados de nuestra capacitación colectiva para las prácticas del Socialismo?»

«¿Quién puede negar que el Sindicato, por su característica de potencia económica, puede convertirse en el medio más poderoso para la realización del hecho revolucionario, garantizando su continuidad y triunfo?»

★

«Claro está que su misión queda reducida a la economía. Los valores económicos en la sociedad capitalista quedan siempre a su disposición y favor. La misión del Sindicato será pugnar constantemente hasta reducir a mínimas proporciones el poder del capitalismo, para con más facilidad darle la batalla definitiva.»

«No puede negarse que según sea la participación de los elementos revolucionarios en la marcha de los Sindicatos, tal será la obra como resultado de los mismos. No obstante, téngase en cuenta que los trabajadores no se han librado de preocupaciones y convencionalismos, y no sería lógico ni prudente abandonarlos a sus propias aberraciones. Acordémonos siempre que todos los que integramos el Sindicato tenemos algo común; el ser igualmente explotados.»

«Considerando al Sindicato como una síntesis de fuerza, donde el proletariado condensa su acción contra la burguesía, no es lógico ni conveniente apartarse de su seno si no queremos desertar de la actuación emancipadora.»

«Considerando al Sindicato como una garantía para contrarrestar la organización capitalista, todo individual apartamiento de aquél, por parte de los esclavos del salario, es un refuerzo indirecto que recibe la burguesía consolidando su poder.»

«Considerando el Sindicato como reparador de las condiciones económicas de la vida, haciendo que se establezca el equilibrio para que el salario cubra las más apremiantes necesidades de la misma, entendemos: que es lesivo para los productores no estar representados en aquél, ya que así, como consecuencia, se acepta la concepción económica de la sociedad capitalista.»

«Considerando al Sindicato como un medio para educar a las multitudes

ignaras, queda demostrada la convención de que todos los espíritus rebeldes y todos los que ansien mejores estados de justicia coadyuven a su obra para que realice más pronto y fácilmente su misión.»

Considerando al Sindicato como instrumento para realizar la transmutación de los valores económicos de la sociedad burguesa, sería un pecado de deserción no colaborar en el triunfo de la clase obrera.»

«Por estas razones somos sindicalistas; pero ciertos ácratas no ven la posibilidad de realizar lo que afirmamos sin que la organización sindical sea netamente anarquista; no quieren comprender que la acción obrera no es filosófica ni integral, sino puramente de clase; no aciertan a ver que al esclavo del salario le es más fácil darse cuenta de un malestar y del proceder de la burguesía, que no de sentir la tiranía del Estado o de conocer la farsa religiosa, ya que las privaciones y miserias de los suyos se les imponen con toda la fuerza.»

«Para opinar así vamos del lado de Bakunin, quien en su folleto «La política de la Internacional» expone de una manera clara y expresiva lo que vamos a reproducir:

«Pensamos que los fundadores de la Asociación Internacional procedieron con gran prudencia al eliminar de su programa las cuestiones políticas y religiosas. No es que carecieran de opiniones políticas y antirreligiosas concretas; pero se abstuvieron de intruducirlas en su programa porque su fin principal era ante todo unir a las masas obreras del mundo civilizado en una acción común.»

«Lo esencial es que todos los trabajadores se unan para el fin de dentro de la lucha y del Sindicato, fácilmente comprenderán cuáles son sus enemigos.»

«Si el Sindicalismo, pues, viene a ser el momento consciente y mental de la acción del proletariado, es por ello que soy sindicalista.»

«Y así asistimos a la paradoja de que la riqueza, de que ese emporio de la civilización, que era el esfuerzo, la suma de nuestra inteligencia y de nuestras energías musculares, ha en-

gendrado la ruina, el dolor y la tragedia.»

★

«Consecuencia de esto es que cuando una clase tiene la responsabilidad como el capitalismo actualmente la tiene, y se encuentra en una situación tal como se encontró en el año 1914, es que existe en lo íntimo de esa clase la incapacidad y la descomposición.»

«Por eso repito, como decía al principio, que asistimos a la bancarrota de la burguesía internacional. Precisamente por eso es por lo que hay necesidad de que el sentido crítico, por una parte, y el sentido constructivo por otra, penetren en lo más hondo de nuestra situación, porque vienen momentos tales de responsabilidad y peligro que si nosotros no estuviéramos preparados y suficientemente organizados para hacer el traspaso del poder de la burguesía al proletariado, daríamos la sensación de nuestra incapacidad, de nuestra desorganización, y no podríamos realizar aquella obra que es precisamente el norte y guía de nuestra actuación, en la que, en definitiva, la humanidad debe asentar todo bienestar, su libertad y su justicia.»

«He ahí la obra del Sindicato Unico. No para que haya la ventaja de que el conjunto de secciones apoyen a la sección de lucha, no sólomente por eso.»

«Queremos el Sindicato Unico para que nuestros compañeros sientan la dignidad de su profesión; queremos el Sindicato Unico para que seamos fuertes y seamos indestructibles; queremos el Sindicato Unico para hacer una labor neta y realmente revolucionaria; queremos el Sindicato Unico para que cuando llegue el momento de la transformación social estemos lo suficientemente preparados para hacer que el traspaso de poder se verifique con la mayor normalidad posible.»

«Dentro del Sindicato Unico han de existir escuelas profesionales; al Sindicato Unico tienen que venir los intelectuales; dentro del Sindicato Unico tienen cabida los técnicos —si no vinieran los iríamos a buscar—, ya que necesitamos el concurso de todos los que trabajan para la realización de nuestra obra.»

«El momento apremia y la Historia nos empuja para que estemos lo suficientemente preparados y terminar con el predominio capitalista que nos esclaviza, embrutece y mata precisamente porque queremos vivir una vida noble y digna; porque queremos, por encima de todo, el reinado de la justicia sobre la tierra.»

«Es una desgracia y una honda pe-

«Hay necesidad de que al exponer nuestras energías, nuestra libertad e incluso nuestra vida, tengamos preparada la capacidad, tengamos consolidadas nuestras posiciones, traducidas en instrumento de organización y de lucha para convertir en realidad aquellos ideales por los cuales luchamos.»

«Sin eso no se consigue nada. Por ello os invito, para que cuando lle-

na para los trabajadores —y para nosotros más que para nadie— que en pleno siglo XX, tengamos que recorrer las ciudades y los pueblos de España, aconsejando a los obreros para que se afilien a los Sindicatos, ya que, estando en ellos, se podrán defender de los zarpazos y de la explotación burguesa y del Estado. De-

LUCHA

que el momento nos encuentren lo suficientemente preparados, teniendo las ideas consolidadas y vigorosas, el brazo fuerte y dispuesto a la lucha, y una organización verdad y enardecida para ir a la conquista de nuestras reivindicaciones de clase.»

«Es preciso saber que las ideas se imponen y triunfan, no solamente por el placer de luchar, sino cuando existe un estado de conciencia en la colectividad que las defiende, cuando

ellos que es una pena y una desgracia porque entendemos que tendrían que ser los mismos trabajadores, por instinto de conservación y de clase, los que, sin que nadie se lo aconsejara, ingresasen en los Sindicatos, ya que es la única arma de que disponen, de que disponemos, para la defensa de nuestros intereses y para preparar una sociedad más justa y equitativa para todos.»

se posee una capacidad preparada y una organización sólida que las imponga.»

«De esta manera es como nosotros, en definitiva, lograremos el triunfo de nuestros ideales, haciéndonos dignos de nosotros mismos, garantizando a la sociedad un alto valor de justicia y escribiendo en las páginas de la historia el hecho más interesante que hay que escribir: la libertad económica de los pueblos.»

SOBRE REGIONALISMO

«La política patrocinada por «La Lliga» ha pretendido, y en parte lo ha logrado, dar a entender a toda España que en Cataluña no existe otro problema que el suyo: el regionalista.»

«Esto es una falsedad; en Cataluña, después del problema social, que no es catalán, sino universal, existe el problema que tienen planteado otros pueblos de Europa. El problema de libertad y descentralización administrativa, que todos los hombres liberales del mundo aceptamos. Ahora que, este problema, no lo representa «La Lliga», puesto que si lo representara Cambó no habría sido minis-

tro ni su gente ministerial, en un poder centralista.»

«La Lliga Regionalista» no es una agrupación política en el sentido honrado de la palabra, sino un conglomerado de hombres de negocios que «hacen política» para arrancar del Poder público determinadas concesiones a favor de sus industrias y negocios, sin conceder ninguna importancia a las ideas que dicen defender.»

«Que se dé a Cataluña la autonomía, que se dé, si se quiere, la independencia; pero, ¿sabéis quiénes se-

rían los primeros en no aceptarla? Los primeros en no aceptar la independencia de Cataluña, serían los mercaderes de «La Lliga Regionalista». La misma burguesía catalana que está dentro de «La Lliga», sería la que no aceptaría de ninguna manera.»

«Además, está demostrado que no les interesa este problema; ellos lo utilizan como trampolín, unas veces, para cotizar a cambio de carteras su posición política; otras como medio para promover algaradas con el fin de provocar represiones contra los elementos obreros. Este es el camino que siguen los hombres de «La Lliga.»

INDEPENDENCIA ORGANICA

«Que la organización obrera, que los trabajadores, no podían ni debían encargarse a otras personas que no fueran sus propios hermanos de explotación, elegidos libremente en asambleas, la defensa de sus intereses, ni la ejecución de planes reivindicativos de sus derechos políticos, puesto que desde sus naturales y legítimos organismos, desde sus núcleos propios, se disponían a conquistar, para toda la humanidad, todo cuanto

el derecho humano representaba para el hombre y para la sociedad.»

«Es costumbre, en asambleas de esta naturaleza, que los compañeros expongan ideas, hagan sugerencias que las honren, o que relaten hechos que se ajusten a la verdad.

Y si se trata, como ahora, de enjuiciar a alguien de faltas o delitos contra la moral de la organización sindical y del anarquismo, es obliga-

ción de los «jueces», si es que son honrados y no «unos pobres diablos, de aportar, al conocimiento del Tribunal, pruebas, o por lo menos indicios probatorios que den valor a la acusación.

Como nada han hecho los acusadores en tal sentido, me abstengo de contestarles por no descender a cierto terreno.

«Ya sé que, a pesar de la atención

que me habéis prestado (el orador habló más de tres horas seguidas) hay entre vosotros algunos a quienes no habré convencido. Y es que, en nuestros medios — cosa lamentable — existen gentes para las cuales las cuestiones personales, las intrigas, las pequeñas pasiones, y el sectarismo:

cuentan más que los grandes ideales que dicen sustentar.»

«No hace mucho la organización tomó acuerdos que alguien de vosotros quiere que sean revocados. Puesto que aquí no se trata ahora de la organización sino de mí, que siempre

me sometí a ella, propongo: «Que se cierre desde fuera la puerta de la Sala, que se apague la luz y que cada uno de mis enemigos saque, si la lleva en el bolsillo, su pistola; yo sacaré la mía y nos liaremos a tiros. No veo otra manera de acabar con tanta mierda. ¿Aceptáis o no aceptáis? Nadie respiró.

ANARQUISMO Y SINDICALISMO

Conferencia pronunciada en el Castillo de «La Motte», de Mahón, el 31 de diciembre de 1920. (1).

Es creencia general que Sindicalismo no significa nada. Los equívocos que alrededor de aquella negación se

han formado son tantos, y de tal magnitud algunos, que conviene, es preciso, de una vez para siempre, deshacerlos, destruirlos.

Que el Sindicalismo no es nada, no sería nada, sin la espiritualidad irradiada del Anarquismo, como al-

gunos afirman, condicionalmente es verdad. Nada más que condicionalmente.

(1) Seguí estuvo preso esta vez durante 16 meses.

QUE ES EL ANARQUISMO

Anarquismo es una gradación del pensamiento humano. Diríamos mejor, que es la más alta gradación del pensamiento humano. Es una lógica consecuencia de las diversas fases que a través del tiempo han sufrido las ideas, tamizadas por el sentimiento.

Las ideas todas, sin los hombres que las crean, no son nada. Sin que los hombres las crearan no existirían. Por consiguiente, pues, las ideas han sido determinadas por éstos.

La Anarquía, repítámoslo, no es anterior al hombre, porque si así fuera, los anarquistas dejarían de ser, espiritual y moralmente, lo que fueron y lo que son para rendir, fanáticamente, culto a lo sobrenatural.

En tal caso no se diferenciarían los principios anárquicos de los principios deístas.

Y, precisamente, por ser las ideas creadas por el hombre, por el hombre concebidas, tienen consistencia y valor humano. De lo contrario, ya lo dijimos, nada serían; nada valdrían.

Serían, sí, un valor negativo. Serían una negación de la conciencia de los hombres. Concretemos.

Toda idea que no pase o no haya pasado por los procesos de la evolución, no son sino elucubraciones mentales.

El Anarquismo debió pasar por ese proceso evolutivo de que hablamos. Si así no fuera, no se concebiría la Anarquía como manifestación humana.

Tengamos en cuenta otra cosa. Que todas las ideas, las más modestas como las más audaces, han sufrido aquel proceso de evolución. Lo demuestra el que ni una sola de las concebidas ha sido llevada a la práctica, ha plasmado en realidades, en su concepción primitiva, en su integridad y en su pureza. Así las religiones; todas las concepciones filosóficas, económicas y políticas. Así nuestras ideas.

Algunas, incluso, de la concepción a la realización, han dejado en el

tránsito jirones de sus principios.

Ahora bien. Con cuanto más fe se lucha y cuanto más íntegramente sea planteada la lucha, más pronto y más felizmente se llegará a la realización de las ideas. Por el contrario, más tardarán en realizarse, cuanto más indiferentes seamos.

Pero tened en cuenta también, no lo olvidéis, porque el desengaño sería funesto, que aquéllas pierden la integridad de su concepción originaria, como asimismo toda idea se bifurca, para que pueda ser llevada a la práctica, más o menos tarde, por los nuevos caminos abiertos, lo de más inmediata realización.

Una idea puede dar margen a nuevas concepciones ideológicas; a nuevas exposiciones. Puede ser motivo para crear organizaciones que basándose en la concepción espiritual de la misma idea, cree otras nuevas. Y aun cuando no sean las mismas fundamentalmente en nada pueden diferenciarse.

QUE ES EL SINDICALISMO

Eso ocurre con el Sindicalismo. Por que el Anarquismo, sentemos esta afirmación, dio lugar al Sindicalismo.

El Sindicalismo es la base, la orientación económica del Anarquismo. Digamos su concepción. La Anarquía no es un ideal de realización inmediata.

No lo limita nada. Por su extensión espiritual, es infinito. Para su

implantación, no tiene lugar ni tiempo. En el orden social de las ideas jamás los hombres llegarán a dominarlo.

Hagamos otra afirmación respecto al Anarquismo, y es que siendo la concepción ideal de la vida de los hombres, no llegará a tener realización, porque es una perfección tal del pensamiento que para ello tiene

que pasar por las fases de lo definitivo.

Al revés de lo ocurrido con las religiones positivas, que dieron formas tangibles a cuanto se propusieron que las tuviera, el Anarquismo, por las razones antes expuestas, no puede hacerlo.

Admitiendo que el Anarquismo, a través de los tiempos, pudiera ser una realidad, no dudéis de que antes da-

rá margen a la creación de otras concepciones y otras escuelas, nacidas, desde luego, de la primitiva concepción de la idea.

El anarquismo no llegará a plasmar la realidad en su verdadera filosofía. Sería tanto como definirlo y limitarlo. Y eso, no.

Por esa razón, Anarquismo es ya Individualismo. De la misma manera que aquel ideal en su integridad es individualista, hay también la concepción colectivista que acepta aquellas cosas del Anarquismo de más fácil realización.

Es innegable, por tanto, que nuestra organización, que el Sindicalismo, es hijo espiritual del Anarquismo.

El Anarquismo no tiene un origen material. No nace en un punto para morir en otro. Es propio de la inteligencia y del sentimiento. Es la suma, como decíamos, de perfecciones humanas.

¿Y qué significación tiene el Sindicalismo?

Históricamente, es la resultante y una condenación del proceso del pensamiento; ideológicamente, es la condensación del pensamiento, al que dieron vida los compañeros de la Internacional; prácticamente, es el arma, es el instrumento del Anarquismo para llevar a la práctica lo más inmediato de su doctrina.

Dicen que el Sindicato no es nada. Se niega valor al Sindicato. Es un

error esta afirmación. Si es, el Sindicato. Es cerebro. Cerebro y brazo. No se comprende el uno sin el otro.

Creo pueden estar orgullosos los anarquistas, si el Sindicalismo y su instrumento el Sindicato, plasman en realidad alguna o algunas de las concepciones del Anarquismo. El Sindicalismo tiende a usufructuar las prerrogativas que le son propias en el orden social.

Claro que Sindicalismo no es Anarquismo. Pero si es una gradación del Anarquismo.

Afirmase también que el Sindicalismo no tiene ideas propias. No es cierto.

Es un error más, es otra afirmación.

En los Congresos celebrados en los años 1910, 15, 16, 18 y 19. el Sindicalismo llega a precisar que se apoderará de los instrumentos de trabajo. Y cuando se habla de la idea práctica del comunismo, se dice que eso es Anarquismo. Si, bien. Pero, ¿de qué instrumento se valdría éste para la realización de su postulado económico? Del Sindicato, ¿no?

El Anarquismo dio al Sindicalismo alma y espíritu. Mas, a nadie quepa la menor duda que el Sindicalismo es una promesa y una garantía para la precipitación de las ideas anarquistas.

¿Quién niega que el Sindicalismo plantea y resuelve el problema económico, problema de los problemas?

Los anarquistas en los sindicatos

Labor a realizar

Algunos anarquistas, cuando creen que la organización no ha de ser estatal, ¿qué se proponen? Dirán que hacer prácticas de Anarquismo para llegar a una casi perfección. ¿Y no puede ser, no podría ser, que los compañeros del 68 y del 73, en sus Congresos, y a pesar de sus manifestaciones sectarias, previeran y comprendieran que el aspecto económico del Anarquismo tuviera inmediata realización? Yo creo que sí.

Siertos aspectos de los problemas que el Anarquismo plantea, pueden realizarse.

¿Quiénes, si no los trabajadores, están en condiciones de comprender nuevas concepciones del Pensamiento? ¿Quiénes, si no los trabajadores,

pueden llevar a cabo un movimiento de renovación?

Mas dudo haya nadie que crea asistir a la derrota de los valores económicos del mundo capitalista y burgués; que asista al derrumbamiento de las falsas y viejas concepciones, burguesas también, sustituyendo valores y concepciones con los problemas que en su integridad plantea el Anarquismo. Digamos, porque a la verdad nos debemos, que vamos al planteamiento de los problemas parciales del Anarquismo.

La misión de los anarquistas, está en los Sindicatos para velar por la vida de éstos y orientarlos.

No desamparando la acción sindical, más influencia ejercerán; más libertarias serán las organizaciones;

¿Quién osará negar que el Sindicalismo revolucionario y libertario, en su concepción económica, quién dudará, quién negará, repito, que sea el auxiliar poderoso y eficaz del Anarquismo?

He ahí la virtualidad del Sindicalismo. Por esa razón no estamos de acuerdo con los socialistas. Ellos *hacen hombres* que no creen en su personalidad.

Los socialistas, con la obra que realizan, retardan el momento de la posesión integral de las prerrogativas sociales del hombre. Mientras haya quien crea que los problemas no los debemos resolver por sí, ante sí, sino que su solución depende de otros, el hombre no hará jamás nada. Quien crea en la organización estatal, es un esclavo.

La virtud del Sindicalismo, puesto que tiene ideas propias, es relevar y sustituir los factores del capitalismo y de la burguesía.

La organización profesional del Sindicalismo, orientado en un sentido revolucionario y libertario, se acerca al Anarquismo.

Sindicalismo, es la agrupación natural de los elementos de una misma profesión. Este, no sólo sustituirá los valores burgueses y capitalistas que hablé antes, sino que dará garantías de moralidad y personalidad no dadas, hasta el presente, por ningún régimen burgués.

El Sindicalismo, digámoslo ya, es la avanzada del Anarquismo.

antes precipitarán el advenimiento de una nueva sociedad.

Los anarquistas deben hacer práctica de la concepción anarquista dentro de los Sindicatos. El apartamiento de los anarquistas de las agrupaciones profesionales, es un suicidio. Todo debe y puede hacerse en los Sindicatos.

De ninguna manera quiere eso decir que aquéllos disuelvan los grupos que tuvieren constituidos. No; de ninguna manera. Por el contrario, pueden integrar los Sindicatos. Cuando más influencia ejerzan, más anarquismo y más anarquistas harán. Hoy no asusta, como en otro tiempo, el Anarquismo, y ello es debido a los trabajos de convencimiento realizados. Gracias a la influencia ejercida por los anarquistas, pudo darse el caso

de que la organización sindicalista aceptara, en los Congresos Regional de Cataluña y Nacional de los años

1918 y 1919 respectivamente, la declaración terminante de que nos dirigiéramos a la conquista del comunismo

libertario, cosa que quizá se hubiera rechazado en el año 1914 por el apartamiento de los anarquistas de las organizaciones.

El Estado Ruso

La función de los Sindicatos.

No son los grupos anarquistas, ni las organizaciones estatales, quienes tienen que organizar y regularizar la producción. Son los Sindicatos.

No somos leninistas (1) porque no creemos que el Estado sea, por más revolucionario y socialista que se titule, quien debe usufructuar los elementos de producción. Quien únicamente tiene solvencia para ello son los sindicatos. En primer lugar porque son más morales. Después, porque son más competentes.

El Estado ruso, por esencialmente socialista que sea, no es el llamado a distribuir la producción. Eso sería tanto como hacer creer a los hombres en un factor sobrenatural.

Ya en Alemania se han producido varios fracasos con un Estado socialista. Y aun cuando la situación no sea la misma allí que en Rusia, es significativa la incompetencia del Estado.

Se han producido dos grandes movimientos huelguísticos. Uno el de Westfalia y otro el de Essen. ¿Por qué esto? Sencillamente: porque el Estado hace mal lo que los sindicatos harán bien.

Por eso los negocios de la producción no pueden estar en manos del Estado, ni de los grupos anarquistas, éstos como culminación del extremismo.

Distribuirán y normalizarán la producción, el consumo y el cambio — llevemos esta idea al ánimo de los trabajadores — los Sindicatos, ya que el Sindicato se hace suya la concepción anarquista del postulado económico.

No estamos en período de preparación, sino de realización.

A los Sindicatos han de ir a darle fuerza y relieve los sectores de la acción y la educación.

Los grupos de afinidad vendrán como superación a las organizaciones sindicales.

Y cuando sean realidad tangible nuestros deseos; cuando nuestros esfuerzos revolucionarios hayan culminado con el triunfo del proletariado; cuando el hombre, de esclavo pase a ser libre, procuremos que todos los valores de la vida humana tengan representación en el Sindicato y tengan todos los hombres mayor garantía de personalidad, independencia y emancipación.

Tengámoslo muy presente, porque de lo contrario será vano esfuerzo el que realicemos. Rusia ha triunfado revolucionariamente, pero no ha podido vencer económicamente por no haber dado el poder a los Sindicatos, se sobreentiende que no el Poder para imponer una dictadura, sino el Poder para regularizar la producción.

Habrà, aquí o allá, donde sea, más o menos perturbaciones, pero más o

menos tarde también, la responsabilidad de la producción, del consumo y del cambio, irá a manos de las organizaciones profesionales.

Estamos perdiendo lastimosamente el tiempo, negando virtudes al Sindicato, virtudes que ciertamente nadie ha dado, pero que en cambio puede tener. Eso no son más que elucubraciones mentales. Puede ser un criterio personal, muy respetable por cierto y nadie discute. Y precisamente porque la respetabilidad de las opiniones no es discutible, no discutamos tampoco virtudes.

¿Que el Sindicato es algo amorfo? Démosle espiritualidad. Elevémosle, elevándonos nosotros por encima de pasiones y discusiones estériles e insustanciales y hagamos todos por que cumpla la finalidad económica más inmediata y que le está reservada para realizar.

El Sindicalismo o el Sindicato, es una garantía, la mayor garantía, dentro de un régimen proletario.

La revolución social, con nuestros Sindicatos, puede quedar afianzada 24 horas después de su triunfo. Para ello, claro, necesitamos una extensa y profunda preparación.

(1) Seguí empleó la palabra « leninista » como concreción de la política económica de Rusia, que definiere el presidente de la República de los Soviets.

El Sindicalismo y el problema de la cultura

Se nos presenta otro problema importantísimo que el proletariado debe resolver: el de la cultura.

¿Qué harán los trabajadores al día siguiente de la revolución con respecto a este problema? ¿Qué harán de los ateneos, de las escuelas, de las bibliotecas, de los institutos profesionales, etc., los trabajadores?

La labor a realizar la encomienda el Sindicalismo a los grupos de afinidad, a los diferentes sectores de la inteligencia que integren nuestros Sindicatos.

Si la preparación, nuestra preparación es lo fecunda que deseamos y procuramos hoy sea, al día siguiente de la revolución, destruiremos, así, destruiremos, todo cuanto en el orden de cultura nos pueda ser perjudicial.

Si destruimos universidades, y destruimos ateneos, en cuanto al aspecto moral que en este momento damos a la palabra, habremos realizado una obra fecunda contra la rutina imperante.

Hemos de crear nuestras universidades y nuestros ateneos.

Si no podemos, si los acontecimientos nos sorprendieran, si no tuviéramos tiempo, nos aprovecharíamos de lo que hubiese realizado la burguesía en este sentido. Lo que si haremos aun en último caso, es arrancar de cuajo lo malo, lo perverso y lo inútil. Utilizaríamos definitivamente nuestra labor.

Esto haría el Sindicalismo en el problema de la cultura. Esto haría indiscutiblemente.



El genio del Anarquismo y el hombre práctico del Sindicalismo

Valgámonos de imágenes para explicar la concepción filosófica del Anarquismo y la orientación práctica del Sindicalismo.

En un pueblo cualquiera de la tierra preséntase el Genio encarnado en un hombre. El Genio tiene una concepción humana de la vida.

Estudiando las diferentes escuelas filosóficas, compulsando todas las ideas, ha llegado a la conclusión de que los demás hombres no saben vivir sin odios, sin miserias, sin recelos, sin necesidades y sin injusticias. La veleidad y el orgullo juegan un papel importante en la vida de aquellos hombres.

Pero el Genio tiene ideas propias, con una filosofía propia, siendo lo que podríamos llamar un aristócrata del Pensamiento.

Tiene soluciones a los problemas de la economía y de la cultura.

Abarca tal extensión su pensamiento, es tan inmenso, que el Genio no puede de una vez plasmar en realidad sus concepciones.

Al pueblo donde el Genio llegara, encontró otro hombre. No era Genio, pero un hombre práctico y además inteligente.

El Genio-Hombre, inició al Hombre práctico en los secretos de lo que él llegó a concebir. El Hombre comprende al Genio y es poseso de la fe que a éste anima.

Pero no conocedor de los otros hombres y de las costumbres de los otros hombres, y amante, al fin, de las realidades inmediatas, le dice al Genio:

— Aquí es imposible hacer cuanto deseas. Conozco a esos hombres, tengo sobre ellos ascendente, me estiman por los años que hace convivo con ellos, me consideran y me respetan, y por esta razón puedo decirte que si les expusieras lo que a mí me expones, te crearían un desequilibrado. Sin embargo, en cuanto me has expuesto hay ideas que pueden ser realizadas e implantadas casi inmediatamente. Esa gente quiere eso. Realidades. Desgraciadamente le asusta el pensar. Quiere cosas factibles. Quiere, al exponer incluso su existencia, que del resultado de su exposición obtengan, por lo menos, un provecho material de los suyos. Quizás más adelante consigamos despertar la conciencia. Hoy no les harías interesar en tus proyectos ideales. A pesar del respeto que me he conquistado entre esos hombres, no lograría conseguir que tus concepciones humanas hicieran presa de sus cerebros. Me comprometo, sí, a hablarle, a que me escuchen, incluso a que te secunden en tu plan económico. A nada más me comprometo. Yo sí. Yo prometo no cejar en la siembra de la semilla que depositas en mi cerebro.

— Bien — contestó el Genio —. Comprendo y me explico tus temores. A tu conciencia, a tu inteligencia y a tus sentimientos, dejo realices lo más inmediatamente posible las ideas que creas están en consonancia con el sentir y el pensar de esa gente.

Eres un hombre práctico y me sirves.

El Genio que así hablaba al Hombre, era el Anarquismo. El hombre práctico e inteligente, era el Sindicalismo. Constancia en el propósito y confianza en nosotros mismos.

Y ahora, amigos míos, dejadme que diga esta noche mis últimas palabras. Que en estas horas de recogimiento, en las que nos une el dolor y una luminosa esperanza de manumisión económica y espiritual, hagamos una profesión de fe, de constancia en el propósito y de confianza en nosotros mismos.

Muchas han de ser las noches que nos reunamos como en esta ocasión, para que nos sintamos más nuestros; para que aprendamos a querernos.

Hoy, el azar, nos ha reunido en esta prisión. Mañana el deber, ha de volver a reunirnos. Y siempre, hoy o mañana, juntas o separadas nuestras personas, habremos de elevar el corazón y el pensamiento, por encima de cuanto nos rodea. Sólo así será posible triunfar.

Os decía que es preciso tener constancia en el propósito, porque si en esos ligeros accidentes de la lucha desmayáramos, sería imposible la realización de nuestros ideales.

Confianza en nosotros mismos, porque significa seguridad, y significa honradez, y significa bondad del propósito.

No creáis en los hombres, en cuanto creer en los hombres significaría hipoteca de vuestra voluntad, pero creed en cada uno de vosotros.

Y no desesperemos, pues el calvario a recorrer ha de ser largo.

POETAS DE AYER Y DE HOY

La abeja y los zánganos

Fácilmente se luce con citar y elogiar
a los hombres grandes de la antigüedad:
el mérito está en imitarlos.

A tratar de un gravísimo negocio
Se juntaron los zánganos un día.
Cada cual varios medios discurría
Para disimular su inútil ocio;
Y por librarse de tan fea nota
A la vista de los otros animales,
Aun el más perezoso y más idiota
Quería, bien o mal, hacer panales.
Mas como el trabajar les era duro,
Y el enjambre inexperto
No estaba muy seguro
De rematar la empresa con acierto,
Intentaron salir de aquel apuro
Con acudir a una colmena vieja,
Y sacar el cadáver de una Abeja
Muy hábil en su tiempo y laboriosa;
Hacerla, con la pompa más honrosa,
Unas grandes exequias funerales,
Y susurrar elogios inmortales
De lo ingeniosa que era
En labrar dulce miel y blanca cera.
Con esto se alababan tan ufanos,
Que una Abeja les dijo por despique:
«¿No trabajáis más que eso? Pues hermanos
Jamás equivaldrá vuestro zumbido
A una gota de miel que yo fabrique».
¡Cuántos pasar por sabios han querido
Con citar a los muertos que lo han sido!
¡Y qué pomposamente que los citan!
Mas pregunto yo ahora: ¿los imitan?

IRIARTE



Bajo el signo de ESTUDIO y RECREO

Manón	3 00	Misión de guerra en España, Hayes	15 00
Mandarín (el)	2 50	Misterio y otros cuentos	2 50
Manantial (el)	15 00	Memorias de Cisneros (2 v.)	28 00
Manón Lescaut	2 50	Más allá de los Urales	6 00
Manual de clasificación y archivo	3 00	Moloc (el)	8 00
Marianet	5 00	Montes de Oca	2 50
Mario y el hipnotizador	5 00	Molinera de Arcos	4 50
Martín Fierro	3 50	Moradas, Santa Teresa	4 50
Maternidad y espíritu	3 00	Movimiento Libertario en E. A. y A.	1 00
Mayor pendiente	10 00	Montalvez, Pereda	4 00
Mazzini, King	6 00	Monederos falsos	7 00
Marxismo y socialismo libertario, Guerin ..	8 50	Monate P.	0,50
Más allá del amor y de la vida	3 00	Muchacha del ideal	2 50
Marzo y el 2 de Mayo	2 50	Mujer (la), Faure	1 00
Mascarilla y trébol	3 50	Mujer de ámbar, Gómez	3 50
Matrimonios	7 00	Mundo es ancho (el)	9 00
Magallanes	5 00	Mundo nuevo	1 80
Más allá de los montes Urales	4 00	Municipio español desde la época de Roma	0 50
Memorias de un cortesano	2 50	Muelle de las brumas	2 50
Mendizábal	2 50	Mundo de ayer (el)	5 60
Medicina sexual	y 50	[1984, Orwells	3 00
Memorias de P. Casals	1 00	Morganáticos, M. Nordau	1 00
Memorias del Congreso de 1960	3 00	Municipio, mandatario de la asamblea, Alaiz	0 50
Memorias del Congreso de París	1 00	Narváez	2 50
Metafísica, Balmes	4 00	Niki o la historia de un perro	6 00
Método de autosugestión	6 00	Ni víctimas ni verdugos	2 00
Mis montañas	2 00	Nueva York, Maurand	3 00
Mi adorable mamá	2 50	Nuestra Señora de París	5 00
Mi conciencia, Chantepleure	2 00	Nuevo drama de Europa	6 00
Mi tío Spencer	6 00	Nacha Regules	2 00
Mi amiga Flica	6 00	Napoleón y las mujeres	2 00
Mi política, Gordón Ordás (tomo I)	15 00	Náufragos, Adrián del Valle (incompleto) ..	0 00
Idem, idem, idem (tomo II)	15 00	Náufrago del Cyntia	4 50
Idem, idem, idem (tomo III)	20 00	Niño de la bola, Alarcón	2 50
Mi política fuera de España, Gordás	20 00	Noticias de ninguna parte	3 00
Mientras yo agonizo	6 00	Noches tristes	5 00
Militancia pide la palabra (la)	0 50	Norteamericanos en su salsa	3 00
Mis entrevistas, Gorki	5 00	Nociones de historia natural	0 60
Mis prisiones, Pellico	4 00	Novela de Roger de Flor	3 60
Misión presidencial	8 40	Nubes de estío	4 50
Mito de Sísifo y Hombre rebelde	19 00	Nuestros primeros 20 años	16 00
Misterio de Frontenac	6 00	Nostradamus	2 50
Mito de la cruzada	16 50	Nuevo Israel, Souchy	5 00
Mi religión y otros ensayos, Unamuno	4 50	Nueva maldición del practicismo, Alaiz	0 50
Mi infancia, Cajal	4 00	Nuestros objetivos, Santillán	1 00
Mi paso por la política	6 00	Ni Franco ni la Monarquía	080
Mi lucha, Hitler	5 00	Notas, Ortega y Gasset	3 50
Misión de prensa en España, Chavez	15 00	Novelas ejemplares, Cervantes	4 50

Pedidos a nuestro servicio de librería

M. CELMA, 4, rue Belfort - Toulouse (H.-G.)

CENIT

— sociología —
ciencia — literatura

BOLE

Sumario

Editorial. — La conciencia mundial contra el franquismo. — León Felipe: ¿Por qué habla tan alto el español? - El salmo es mío. — Ramón Llarte: Los desterrados ante la encrucijada internacional. — Severino Campos: Los factores positivos de la revolución española. — Eugen Relgis: Humanismo libertario. — Pepitas de García Lorca. — V. M.: El pensamiento vivo de Carlos Malato. — Abarrátegui: Romance de la Peña Roja. — Jacinto Guerrero Lucas: Insolvencia democrática. — Hem Day: Una vida agitada: Bakunin. — Floreal Ocaña: La voluntad libertaria.

171

Julio - Agosto 1966

REVISTA MENSUAL

PRECIO : 1,50 F.

4025523



NUESTRA PORTADA

El color por excelencia de la tierra de España es rojo, como el rostro calcinado y las manos callosas y arrugadas del campesino que la cultiva y trabaja. Este campesino que lleva un terrón de tierra en la mano del corazón, es la imagen más definitiva y acabada del hombre del agro. Todo seco, todo yermo. Hay que remover la tierra con el corvo arado, con el tractor, abriendo surcos de manumisión. Sólo así el fantasma del hambre nuirá del campo como un enemigo secular y permanente.

Necesario es remover o remejer a fondo las conciencias. Por emancipar a los campesinos, a los hombres de la esclavitud, se llevó a cabo una de las revoluciones más conscientes y constructivas que registra la historia universal. Este hombre del agro es un símbolo moral y una bandera de lucha. ¡19 de Julio de 1936! El grito de «Tierra y Libertad», está grabado en las piedras y endurecido en las mentes. Tierra libre para el titán que la remueve con su esfuerzo agotador. La tierra no tiene llave, ni puerta ni cancerbero. Hay que llevar el agua a los campos secos y la cultura a las inteligencias olvidadas. Tal es el imperativo de nuestra revolución, para cambiar de arriba abajo, la faz y la fisonomía de España.

CENIT

REVISTA BIMESTRAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

REDACCION

Federica Montseny y Ramón Llarte

COLABORADORES

Vladimiro Muñoz, Evelio G. Fontaura, Hem Day, Campio Carpio, Eugen Relgis, Dr. Pedro Vallina, Germinal Esgleas, René Lamberet, Cosme Paules, José Muñoz Congost, Floreal Ocaña, Dr. Amparo Poch, José Viadiu, Víctor García, J. Guerrero, Severino Campos.

Suscripción anual:

Francia	9,00
Exterior	11,00
Precio de un ejemplar suelto	1,50

Giros Michel Celma, C.C.P. 952-38

4, rue Belfort, 2ème étage

F-31 TOULOUSE

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en los que aiente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)

GENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XVI

Toulouse, Julio - Agosto 1966

N.º 171

EDITORIAL



HOMBRES SIN TIERRA O TIERRA SIN HOMBRES

NADA es más grande ni más hondo que el llamado misterio de la creación. ¿Hay algo superior a la madre que mece al hijo de sus entrañas en sus brazos sublimes y delicados? ¿Existe un gesto más viril que el del campesino que coge un terrón arrancado del cuerpo palpitante y eterno de la madre tierra? Por cantra, dos cuadros aterradores presenta la existencia vacía de sentido: madres sin hijos, y hombres sin tierra. O lo que es peor: tierra sin hombres.

Todas las vanidades del mundo no valen lo que un trozo de tierra.

La tierra de España nos pertenece. Es nuestra. Del campesino que la trabaja. A los españoles amantes de la libertad nos han despojado de todos los bienes. Pero no nos han podido quitar la tierra. Ahí está, dando vueltas sin cesar. ¿Quién ha de cultivar el campo yermo, el jardín virgen? Sabedlo bien, empresarios de nuestra tragedia: la tierra de España es nuestra.

Podréis pasar una y mil veces destruyendo surcos, talando árboles, robando minerales. La tiranía os venderá, por diez monedas, la sangre y la carne de España. Pero tenedlo bien presente: la tierra de España nos pertenece. Y con la tierra, el hombre que calla y piensa. Nuestra es la idea del que sabe esperar sin darse por vencido. ¿Vencidos? ¡Nunca!

¿Lo hemos perdido todo? No; todo no. La tierra es nuestra. Pensando en las tierras ensangrentadas de España, volvemos a decir: ¡Tierra y libertad! Grito de Renacimiento. Canto de

protesta. Lucha sin tregua contra los verdugos y explotadores.

Pocas cosas nos quedan de nuestra desventurada España. Tenemos artistas exilados, obreros magníficos que ofrecen sus manos al mercado internacional. Y, campesinos hambrientos. Y muertos, muchos muertos. Pero los muertos representan una riqueza excepcional. Son simiente de doctrina. Abono de la tierra madre. Y la tierra de España es nuestra. Los hombres pasan, los partidos desaparecen. Queda la tierra pidiendo nuevos esfuerzos, redoblados sacrificios.

Plantar un árbol, sembrar un grano de trigo, regar una flor. Menuda cosecha ha de salir de estos tres actos modestos. España es un erial. Y hay que transformarla en un vergel. Hay que conseguir que nuestra desencajada sociedad deje de ser la moribunda de las naciones. Se impone una reparación urgente.

¿Cuál es la causa de nuestra humillante y desconsoladora decadencia?

En las cumbres del Poder están los responsables directos de nuestra ruina. Usurpan los derechos del pueblo. Oran porque no saben pensar. Suplican en vez de hacer obras positivas. Imploran perdón, ya que no supieron practicar la concordia. En el fondo del abismo se encuentra el pueblo, luchando para salvarse. Los espoliados y los desleídos. Quienes nunca olvidaron que el trabajo es el Alfa y el Omega de la vida. Es España una gran colectividad de creadores desgobernada por una cuadrilla de aventureros, señoritos y caciques.

Las clases llamadas directoras, culpables del entumecimiento general, deben desaparecer. No podemos seguir jugando a la lotería. La sociedad española no puede seguir siendo un garito. Se trata de no dejarnos hundir más hondo dentro de nosotros mismos. Lo importante es levantarse. No huir. Marchar hacia adelante.

La hora de la gran prueba llega. No se trata de hacer política de pacotilla. Se trata de hermanar la ciencia con el arte, la libertad con la fraternidad, la inteligencia con el trabajo, la razón con la justicia. Frente a la desgana y la fatalidad cabe oponer el método ordenador, la reflexión constructiva, la falsa nobleza, polvorosa, rorida y oxidada, nos ha dejado una España seca. Sólo mediante la hidalguía social y la honradez en las labores diarias, fuente de todas las riquezas, podrá reconstruirse la auténtica nobleza de España.

Noble es el campesino que trabaja de sol a sol; noble el sabio que estudia para remediar los males colectivos; noble el obrero de la mina, de la fábrica y la factoría. Nosotros somos un pueblo de nobles destruido por una falsa y vergonzosa nobleza de repugnantes pergaminos.

El trabajo representa la verdadera ciencia de la vida social.

¡Hombres sin tierra y tierra sin hombres!

La juventud huyendo de España como de la peste. Dando saltos de una nación a otra en busca de mejores jornales. El arado duerme arrinconado. La cuadra sin piensos. Llena de telarañas. Poblada de superstición. Todo está por hacer. Y no se hace nada. Perdido en la inmensa llanura del campo, el titán de la tierra, acaricia con sus manos un terrón, y dice: ¡Qué tierra más hermosa si pudiese beber agua! El tintero sin una gota de tinta. La pizarra fría como la losa de una tumba. Y el maestro, el buen maestro, depitiendo la lección sin conseguir forjar la obra que lleva en su conciencia como un sueño cortado.

Existe una salida. Necesario es encontrarla. ¡Por el trabajo y la revolución debemos rehacernos! Lo demás son monsergas. Cuentos. La verdad está dentro de nosotros mismos. No nos engañemos. O hacemos una revolución total que cambie de abajo arriba la vida de nuestro país, o continuaremos siendo un pueblo arrinconado en el granero donde duermen las viejas civilizaciones.

Las disputas nos empequeñecen. Sólo se pelean los soberbios y los incultos. El que no quiera ver la verdad española es porque se siente incapaz de medir la decadencia que nos aletarga y rebaja. Sólo se superan los males conociendo y atacando sus causas.

Tierra de labradores es la nuestra. Hombres menospreciados. La tierra es como la idea o la cultura. Bien tratada, servida desinteresada-

mente, cultivada con esmero, da buenos frutos. Pero cuando se la deja abandonada, crece la cizaña, brota la desolación y triunfa la rutina.

¿Qué política nos han ofrecido las clases dirigentes? Su poder nos ha costado ríos de sangre, balsas de sudor. ¿Resultados obtenidos? Ninguno digno de ser mencionado. Soberbia religiosa. Fanatismo delirante. Matonería militar que ha querido hacer escuela de buen gusto. Carencia de capacidad de visión futura. Sequías estatales por doquier. Preciso es luchar para que la tierra española, símbolo de alegría, deje de ser campo de servidumbre.

Ha pasado el tiempo de las sucesiones truncadas y las componendas esgañosas. Al que quiera estudiar debemos darle escuela y universidad. Al campesino tierra libre y útiles modernos para superar nuestro rezago. Al técnico hay que ofrecerle los medios necesarios para que pueda emprender una gran tarea. Y al obrero, las mayores facilidades para que haga obras. Están fuera de uso las palabras de ocasión. Obras son amores y no buenas razones. Que la razón nos sobra por todas partes y lo que nos hacen falta son obras de provecho.

El lirismo político debe dejar paso libre a la acción social.

Hombres de acción es lo que necesitamos. Voluntades erguidas. Manos afanosas de hacer. Creadores. Idealistas que obren. El que no quiera luchar que se retire. España no se salvará rezando ni llorando. Será nuestro pueblo lo que debe ser, una sociedad bien organizada, cuando los hombres de acción, surgidos del campo de la cultura y de las capas llanas, se dispongan a dar al pueblo lo que es del pueblo, sacándolo del abismo en que se encuentra sitiado.

Por el campesino español, por el titán de la tierra y sus hermanos expoliados y oprimidos, nos opusimos al avance bárbaro de las clases reaccionarias, y levantamos la bandera de la revolución. Con más derecho que nunca, si cabe, defendemos las posiciones de antaño.

Hay que regar el campo, la inteligencia y el cuerpo de España. La justicia no es una limosna ni una misericordia, es un derecho.

Vale más una raíz que un millón de oraciones. Tiene más importancia un gesto decidido y consciente que cien discursos. La época de la elocuencia ha pasado. Es el momento de la acción. ¡Por la tierra sin hombres y los hombres sin tierra! Sólo un pueblo decidido y revolucionario puede hacer la revolución que necesita la tierra, el cerebro y el corazón de España.

¡Aún quedan hombres en la tierra, que no están dispuestos a consentir que nuestra tierra madre, se encuentre un día despoblada de hombres!

LA CONCIENCIA MUNDIAL CONTRA EL FRANQUISMO

ITALIA

«Nosotros somos y permanecemos enemigos irreductibles del tiránico régimen franquista, como lo fuimos de Mussolini y de Hitler, y condenamos toda iniciativa diplomática que, bajo cualquier pretexto y en cualquier forma, pueda contribuir a apoyar su posición en España y en el mundo.

Al hipócrita argumento de que es competencia exclusiva del pueblo español el librarse de la dictadura que actualmente le oprime, respondemos que la democracia española fue dominada y vencida, en realidad, por una coalición fascista internacional, y que por lo tanto es incumbencia histórica de los pueblos libres redimirse de la vergüenza de haberlo consentido en su tiempo.»

Ignacio Silone. — **Matteo Metteotti.**
— **Ugo Guido Mondolfo.** — **Paolo Vitorelli.** — **Mario Zagati.**

ITALIA

Giuseppe Saragat. — Escritor. Presidente de la República Italiana.

«Europa tiene necesidad de España como España tiene necesidad de Europa. Pero la España que Europa necesita es la patria libre de un pueblo libre. La dictadura franquista no es España, aunque una diplomacia miope crea poder pasar sobre este hecho fundamental.

Luchar por restituir la libertad al pueblo español es luchar por restituir España a Europa y a la civilización democrática.»

Giuseppe Saragat.

YUGOESLAVIA

Bodizar Lavric. — Decano de la Facultad de Medicina de Lubliana. Miembro de la Academia eslovena de Ciencias y Artes.

«No es posible olvidar ni pronto ni fácilmente

los actos de barbarie y los sufrimientos que ocasionó el fascismo. Sin embargo, se ayuda ahora al causante del fascismo en España cómplice y superviviente de la segunda guerra mundial, al déspota sanguinario Franco.

No hay rehabilitación para tales culpables ni debe haberla. En nombre de todas las víctimas del fascismo, en nombre de los millones de muertos y de seres convertidos en ruinas humanas, en nombre de la cultura y del progreso, en nombre de la paz y en nombre de las gentes honradas elevo una protesta contra tales maquinaciones.»

Odizar Lavric.

SUECIA

«Los Estados Unidos afirman deber reforzar la democracia para contener la agresión comunista, y yo pienso que los amigos de la democracia española deben sentir irónica amargura al escuchar tales propósitos, incluso a pesar de que tales afirmaciones no son nuevas, no representan más que el acompañamiento de los constantes esfuerzos del gobierno americano desde hace ya largos años para sostener a Franco.

El agudo contraste entre las palabras y los hechos da que pensar. Tal vez ciertos estadistas desprecian en tal grado a los seres racionales que los consideran incapaces de darse cuenta de la doble línea de una política que dice fortalecer la democracia cuando, al mismo tiempo, fortalece al fascismo.

¿Qué piensa el pueblo español cuando ve el apoyo que ciertos poderosos prestan al fascismo de Franco? ¿Y qué piensan los pueblos que lucharon, no hace tanto, contra Hitler, y que han aprendido en las escuelas las grandes palabras de la constitución, palabras de libertad y de soberanía democráticas?

El pueblo español nos parece hoy un mártir que con sus mortales sufrimientos por las convicciones democráticas ha manifestado la verdad a millones de seres humanos. Esta verdad es un hecho político. España es un testimonio

de la veracidad del principio de que el régimen de los grandes «trusts» y de los grandes intereses financieros conduce a la opresión del pueblo.»

Georg Branting.

PORTUGAL

Fidelino de Figueiredo. — Historiador.

«O valor da Civilização e da cultura mede-se pelo grau da sua eficiência para melhorar a vida do individuo no conjunto social: o seu padrão económico e intelectual, e a sua dignidade de pessoa. Este anhelito constante de melhora-mento é a propia liberdade, pela qual o homen batalha, desde tempos da caverna pré-histórica.

¿Qual foi o paiz que na sua actuação histórica ergueu mais alto o sentimento da dignidade pessoal, ao ponto de se tornar legitimamente a patria classica do individualismo? **Hespanha.** Os propios intervallos dos seus despotismos tem raizes nessa concepção individualista da vida: os despotas exerceriam sem limites os seus supostos direitos individuaes.

Portanto, os homes livres de toda a Terra devem lutar pela restauração da liberdade individualista na patria propia della, Hespanha, em regimen legal, que abarque pacificamente a poderosa variedade regional e moral da civilização hespanhola e a reponha em marcha creadora. Portanto devem execrar as manovras da plutocracia cynica para prolongar a existencia do que ha muito de vera jazer na valla commun dos negros absurdos da historia.»

Fidelino de Figueiredo.

URUGUAY

Juana de Ibarbouru. — Escritora.

«Tengo la oportunidad de hacer pública una vez más mi adhesión al pueblo español, mi profunda enemistad hacia todas las dictaduras, mi firme, convencido, razonado y apasionado amor por la democracia, que es aire y luz para todos, y que yo siento hasta la sangre.»

Juana de Ibarbouru.

YUGOESLAVIA

Bodizar Jakac. — Rector de la Academia de Artes Plásticas de Liubiana. Primer premio de pintura.

«¿Acaso no bastan las heridas profundas, el aniquilamiento feroz, las incontables victimas del franquismo?»

No dejemos que este mal persista para no hacernos responsables de sus atropellos, sufrimientos y destrucciones de los valores culturales creados a través de largos siglos.

Censuro duramente el extraño juego que consiste en prestar ayuda moral y material al fascismo de Franco, encubriendo y apoyando a

ese régimen criminal contra el cual lucharon tantas naciones y a tan alto precio.

Me adhiero a la enérgica protesta de los trabajadores intelectuales del mundo que están luchando por la libertad y la dignidad humanas.»

Rodizar Jakac.

YUGOESLAVIA

Antun Augustincic. — Profesor de la Academia de Bellas Artes de Zagreb. Presidente de la Asociación de Escultores Yugoescavos.

«Me uno sin reservas a las protestas contra el hecho de prestar ayuda al gobierno de Franco. Cualquier clase de ayuda a este gobierno, de donde quiera que venga, significa dar apoyo directo a un régimen fascista contra el cual lucha tenazmente el valeroso pueblo español.

Las ayudas al franquismo no pueden conciliarse de ningún modo con los intereses del pueblo español: ni con ningún otro pueblo que ame la libertad. Los pueblos yugoescavos solidarios de los españoles en su lucha por la España democrática no pueden de ningún modo aprobar que se proporcione cualquier clase de ayuda al dictador Franco y a su régimen fascista.»

Antun Augustincic.

MEJICO

J. C. Orrozeo. — Pintor. — Autógrafo del gran muralista mejicano.

«Un saludo al gran pueblo español y mi deseo vehemente de que triunfe de sus numerosos enemigos seculares de dentro, de fuera y de todas partes.»

J. C. Orrozeo.

MEJICO

Martín Luis Guzmán. — Novelista. De la Academia Mejicana de la Lengua.

«Como en la primera hora de la sublevación fascista contra la república española, mi adhesión a ésta, después de tantos años, sigue in-convencible, y más que nunca me confirmo hoy en mi idea de que Franco es tan solo un faccioso cuyo gobierno fue impuesto en España por potencias extranjeras.

Franco, además, encabeza una dictadura abominable, abominable en lo material y en lo espiritual.»

M. Luis Guzmán.

ITALIA

Ferruccio Parri. — Escritor. Ex-presidente del Consejo de Ministros.

«La guerra ha destrozado el fascismo en Alemania y en Italia; lo ha respetado, sin embar-

go, en España. Franco, aislando a España con el cerco de hierro de su censura y de su policía, rompe, contradice y mina peligrosamente la unidad democrática de la Europa occidental, la cual solamente bajo un régimen democrático, alejado del comunismo y del fascismo, puede salvar independencia y libertad y vivir su propia civilización.

Si Europa reconoce a Franco, demuestra su desconfianza en la propia vitalidad y en el propio destino, poseída de una lerdá incapacidad de creer y de tener voluntad propia.»

Ferrucio Parri.

ITALIA

Giuliano Vasalli. — Profesor de Derecho Penal de la Universidad de Génova.

«La permanencia del régimen franquista en España y la progresiva obliteración de este problema en las mentes de los estadistas de las naciones democráticas, desalientan a los que creen en la democracia en todo el mundo y es fuente de gran amargura para todos los que han combatido y sufrido en su defensa. Un reconocimiento más amplio del régimen franquista por parte de los gobiernos de los países democráticos, aunque se base en las exigencias de la «Realpolitik», restablecería la división, aún más, entre las exigencias de la política y las de la civilización y la humanidad.

Abierta esta brecha, las consecuencias podrían ser de incalculable daño.

No se puede luchar por la democracia y en nombre de la democracia cuando se toleran o se alientan excepciones tan ofensivas para la democracia misma.»

Giuliano Vasalli.

ITALIA

Lionello Venturi. — Historiador.

«Tienen ustedes perfecta razón. El dictador Franco es una vergüenza de la humanidad. Es preciso que sea echado a un lado para que el frente democrático de las Naciones Unidas tengan un sentido. Estoy convencido de que la debilidad, el apaciguamiento, frente al franquismo hará derrumbarse toda confianza en la democracia, lo que será mucho peor que una derrota militar.»

Lionello Venturi.

BELGICA

Louis Peirard. — Escritor.

«Regímenes como el de Franco, regímenes que destierran y persiguen las ideas, espurgan las bibliotecas públicas, restablecen la censura en espera de los autos de fe, son una injuria a la patria de Cervantes, a la España eterna cuya grandeza esperamos contemplar nuevamente.»

Louis Peirard.

AUSTRIA

Hugo Huppert. — Poeta.

«El que a través de las centurias siga el maravilloso vuelo del «genio latino» en la esfera espiritual hispano-ibérica, lo sabe con certeza: la púrpura real fue el pesado disfraz mortuario, no la vestidura fiel a su linaje. Y Miguel de Cervantes, que prestó ala a aquel genio, no ha podido inspirar a ningún falangista. Nadie sino los luchadores de la libertad eran los portadores de esa noble, legítima herencia nacional, y solo puede renacer y fructificar en la República española.»

Hugo Huppert.

AUSTRIA

Franz Theodor Csokor. — Escritor.

«La guerra civil española, que se desencadenó con furia durante tres años, está indisolublemente ligada a la segunda guerra mundial. Es preciso enfrentarse con esto como se hizo con el hitlerismo, si queremos que la Justicia no se quede a mitad del camino.»

Franz Theodor Csokor.

AUSTRIA

Víctor Matejka. — Escritor.

«Cada nuevo día que el mundo tolera el régimen de Franco, escarnece la conciencia de la humanidad.»

Victor Matejka.

ALEMANIA

Hermann Hesse. — Premio Nobel de Literatura.

«Los esfuerzos por el mantenimiento de la resistencia contra el gobierno fascista de España tienen mi completa simpatía. Es desconsolador que los Estados Unidos tiendan a defender su ideología democrática únicamente en los países ocupados. Yo espero que la conciencia mundial no se dormirá de nuevo y que el pueblo español conquistará una forma de existencia política propia y más digna.»

Hermann Hesse.

ALEMANIA

Anna Seghers. — Novelista.

«Estoy, he estado, y estaré siempre dispuesta a ayudar allí donde el pueblo español luche por su libertad.»

Anna Seghers.

FRANCIA

Albert Camus. — Premio Nobel de Literatura.

«No habrá Europa en tanto que haya Franco. Porque no hay unidad posible allí donde la conciencia está desgarrada. Y gran ofensa a la conciencia europea es el mantenimiento de una dictadura ilegal y sangrienta por las mismas naciones que pretendían y pretenden todavía luchar contra las dictaduras.

Los Estados Unidos quieren oponerse al comunismo sosteniendo a Franco. Pero para los que conozcan España, el comunismo nunca ha tenido en ella ninguna posibilidad real. El país de la insurrección, de la sensualidad y del orgullo, no podía acoger profundamente una doctrina en la que la razón es deificada y el individuo sometido al devenir histórico. Sin embargo, por el mantenimiento cínico de Franco y el trastorno que su impunidad ha ocasionado en las conciencias, el comunismo tiene una posibilidad en España: se llama State Department.

Por lo demás, para quienes no nos ocupamos de estrategia el problema se plantea de otra manera. No hay libertad, no hay porvenir ni reposo posibles para un cierto número de europeos, entre los que me cuento, en tanto que el más orgulloso de los pueblos sea mantenido en esclavitud, y en tanto que el honor se convierta en escarnio en la misma tierra en que ha nacido.»

Albert Camus

ALEMANIA

Willi Bredel. — Novelista.

«Allí donde viven hombres, todo demócrata y antifascista honrado siente como una ignominia que el primer Quisling hitleriano esté todavía en el poder y que pueda seguir ejerciendo su dictadura sobre un pueblo que con tanto heroísmo resistió contra los lacayos fascistas.»

Willi Bredel.

ARGENTINA

Herminia Brumana. — Escritora.

«¿Aceptación de Franco? ¿Olvido total de la pasada tragedia española y desconocimiento del descaro presente?

¿Que pasa con los hombres de esta época? ¿Han perdido la memoria y la dignidad?»

Herminia Brumana.

BRASIL

Alfonso Schmidt. — Novelista.

«Cuando el gobierno norteamericano rompió con los nazis y les declaró la guerra, justificán-

dolo con razones democráticas, no todos dieron crédito a su sinceridad. Y los hechos se han encargado de demostrar que había, en efecto, lugar a dudas. Ahora se extienden los brazos a Franco, el polichinela español de las manos ensangrentadas. La democracia se arranca así la última máscara.»

Alfonso Schmidt.

BRASIL

Julio Mezquita Filho. — Escritor.

«No puedo dejar de unir mi protesta a la de los demócratas españoles contra la política de colaboración con el gobierno de Franco.

En 1939, y con el pretexto de asegurarse el apoyo del caudillo brasileño a una aventurada participación de Estados Unidos en la Guerra que se avecinaba, Roosevelt tuvo la iniciativa de un acercamiento al jefe del «Estado Nuevo». Esa actitud americana costaría al Brasil cinco años por lo menos de régimen discrecional. El resultado de esa política oportunista e inmoral fue la pérdida, por parte de la opinión democrática, de su confianza en la gran República del Norte y en la sinceridad de sus sentimientos continentales.

Ahora, en Madrid, como entonces en Brasil, los EE. UU. se muestran dispuestos a desconocer la evidencia, despreciando deliberadamente el sentir de la nación española, manteniendo al totalitarismo franquista. Entre la amistad de la democracia ibérica y la benevolencia del fascismo oficial los norteamericanos optan por esto último.

Política errada, política peligrosa, política, como diría Ruy Barbosa, para plantadores de coles, pero no para el pueblo que debería, antes que nada, tratar de fortalecer el prestigio moral de que tanto necesita en las actuales circunstancias.»

Julio Mezquita.

CANADA

Leopold Infeld. — Físico.

«Han pasado muchos años desde que se produjo el ataque fascista contra el pueblo español, años cargados de grandes acontecimientos y luchas. Pero nadie que se oponga al fascismo ha olvidado a España ni podrá olvidarla nunca. El pueblo español se ha convertido en un símbolo del valor, así como Franco se ha convertido en un símbolo de la opresión. Los hombres que odian el fascismo saben que su fin solamente podrá estar simbolizado por la derrota del régimen franquista. ¡Ojalá llegue pronto ese día!»

Léopold Infeld.

C H E C O E S L O V A Q U I A

F. C. Weiskopf. — Novelista.

«Todo escritor que hoy quiera ser digno de este nombre debe tomar partido contra el «caudillo», ese engendro hitleriano, y por la España eterna, la España de Cervantes y de los innumerables soldados de la República abatidos por los fascistas, la España que no puede ser asesinada.»

F. C. Weiskopf

E S T A D O S U N I D O S D E A M E R I C A

Waldo Frank. — Escritor.

«El mundo sabe que la «victoria» de Franco fue en realidad la del fascismo internacional; y que aún así hubiera sido imposible sin la traición de las democracias occidentales. Pero el hecho de que nosotros, naciones como Estados Unidos e Inglaterra todavía toleremos la presencia de Franco en España, todavía toleremos el exilio de los grandes españoles, revela trágicamente la presente confusión e impotencia de la democracia. Vuestra exclusión de España es nuestra propia exclusión de un mundo de justicia social y de libertad espiritual.»

Waldo Frank.

E S T A D O S U N I D O S D E A M E R I C A

Constantino Panunzio. — Profesor de Sociología de la Universidad de California.

«Es una tragedia verdadera la posición adoptada por numerosos países con respecto al régimen franquista; dicha tragedia es doble cuando este régimen se vé reconocido por las Naciones Unidas. A menos que las naciones que combatieron con tanto esfuerzo por liberarse del fascismo estén dispuestas a arrinconar esta victoria tan duramente conseguida, a menos de que estén dispuestas a admitir que estuvieron equivocadas en principio al combatir al fascismo, deben continuar repudiando al régimen franquista. En realidad, debieran tomar ahora una actitud más firme, para que los tentáculos del fascismo no hagan otra vez presa en el cuerpo político y hundan una vez más al mundo en un abismo mayor.»

Constantino Panunzio.

C H I L E

Gabriela Mistral. — Premio Nobel de literatura.

«La simpatía por la República española en el gremio literario de nuestros países nos es

con-natural. Nosotros, sudamericanos, pensamos en República, y no concebimos ideal ninguno que no sea republicano. Las corrientes fascistas son minorías.

Nuestras caídas en las dictaduras, aunque suelen durar años, siempre las vivimos en un clima de pesadumbre y de rubor.

Dicho ésto, sobra añadir que nuestra lealtad a la República española dura y perdura en nosotros. No puede ser de otro modo.

Guardamos con ansiedad y ternura el fuego intacto de lealtad hacia esa República fallida, pero que sigue existiendo.

La desgracia del pueblo español oprimido nos duele como una desgracia doméstica. Vive en nosotros ese bello amor, y esta porfiada esperanza.»

Gabriela Mistral.

M E J I C O

Alfonso Reyes. — Presidente del Colegio de México. Miembro fundador del Colegio Nacional. De la Academia Mexicana de la Lengua.

«Cuando yo pienso en España, pienso también en Hispanoamérica, y viceversa. Solo nos ha dividido un siglo el esperar a que España, a su vez, realizara su independencia, como antes la habían realizado las repúblicas americanas. En cuanto pudimos disfrutar de esta nivelación política fue evidente nuestra hermandad. Hoy está de nuevo interrumpida: mal para España y mal para América. Los que desean el bien de América, por encima de combinaciones transitorias, sólo pueden desear que España vuelva a la morada democrática donde la esperan sus parientes del Nuevo Mundo.»

Alfonso Reyes.

I T A L I A

Randolfo Pacciardi. — Escritor.

«No necesito escribir líneas de solidaridad para con los republicanos españoles: ¿Para qué, una líneas? Ellos están en mi corazón, y lo saben.

Por muchos meses, España fue la patria común de los hombres liberales. Nosotros, italianos no olvidamos que el fascismo de nuestro país, aparentemente victorioso en vuestra tierra, encontró en los campos de Guadalajara la iniciación de su agonía.

Situándonos en la lucha con la brigada Garibaldi no consideramos haber pagado nuestro tributo. No tendremos paz mientras el heroico, el santo Madrid continúe profanado por el dictador.»

Randolfo Pacciardi.

M E J I C O

Enrique González Martínez. — De la Academia Mejicana de la Lengua.

«No haber prestado auxilio a la República española traicionada, fue un imperdonable error político; ayudar a Franco, el usurpador nazifascista, es un crimen internacional.»

E. González Martínez.

V E N E Z U E L A

Grupo:

«Los abajo firmantes, pertenecientes a diversos sectores democráticos y progresistas de este país, vemos con sorpresa los cambios habidos con relación al caso de la España franquista. Nosotros, viejos amigos de la República Española, no podemos quedar indiferentes ante el cambio que implica graves peligros para el futuro de la democracia no ya solo en España, sino también en todo nuestro continente, pues bien conocidas son las actividades regresivas que el régimen actual de aquel país realiza a través de todas las naciones de este hemisferio.

Cuando una continuada política de errores desastrosos y la lucha decidida, incansable y heroica de los españoles ha puesto al régimen franquista al borde del precipicio, las democracias tienden la mano a uno de los más siniestros tiranos, a una de las figuras más repulsivas de la política moderna, al hombre ayer aliado a nazis y fascistas, cómplice de la matanza en la que perdieron la vida innumerables de sus compatriotas.

Nosotros, inmensamente preocupados por el porvenir de este continente y su desarrollo democrático y porque se haga justicia en el caso de España, patentizamos la necesidad para la democracia de contribuir valiosamente a la lucha que el pueblo español sostiene por su liberación, y de que cese toda protección económica y militar al régimen fascista de Franco.

La voz alarmada de la democracia consciente debe ser oída ahora, para que no se prolongue una situación vergonzante para toda la humanidad digna.»

Carlos Augusto León, premio nacional de Literatura. — **Juan Lizcano V.**, poeta. — **Miguel Otero Silva**, escritor. — **José Fabiani Ruiz**, de la Facultad de Filosofía y Letras. — **Vicente Gerbasi**, premio nacional de poesía. — **Miguel Acosta Saignes**, Director del Instituto de Antropología.

Y U G O E S L A V I A

Ivo Andric. — Miembro de la Academia servia de Ciencias y Artes. Presidente de la Unión de Escritores de Yugoslavia.

«Hace ya años que el pueblo español lucha por una vida libre y justa, por un orden social más avanzado, contra las formas monstruosas y anticuadas de la opresión del espíritu y contra la explotación.

Los hombres progresistas de todo el mundo consideran esta lucha como parte de la lucha general por una vida libre y mejor del hombre trabajador. En la fase actual de esta gran batalla, cuando se entrelazan alrededor de España los cálculos y los intereses políticos internacionales, me parece justo que todo combatiente por la libertad del pueblo español oiga voces de aliento y de simpatía de puntos diversos del mundo. Es justo que en este momento escuche la voz de nuestra solidaridad; que sepa que siempre y en todas partes estamos al tanto de su lucha y lo acompañamos, no solo con nuestros votos, sino con la firme fe de que la causa del pueblo español — causa de la libertad — vencerá; que de un momento a otro claudicará ante ella el régimen de oscura tiranía que el tiempo ha condenado, que la razón ha descartado, y que el pueblo español ha combatido con tanto valor y tanta consecuencia.»

Ivo Andric.

U R U G U A Y

Antonio Rubio. — Universitario.

«Como hijo de español y como demócrata de arraigadas convicciones, miro con profunda simpatía y como si se tratara de cosa propia, la causa de la República española.

Ella merece el apoyo moral de la humanidad; no sólo por lo que representa como principio y como idealismo, sino por la forma heroica y digna en que supo caer defendiéndolos.»

A. Rubio

I T A L I A

Giorgio Mortara. — Economista.

«La historia de los últimos años, confirmando las enseñanzas de una teoría secular, atestigua que no hay posibilidad de acuerdo duradero entre los regimenes democráticos y los autocráticos. Los nombres de Stresa, Mónaco, Yalta, Postdam, recuerdan otras tantas derrotas de la democracia.

Ahora, cegadas por el terror del bolchevismo, las democracias han descendido de nuevo a pactar con la autocracia. Los enemigos de la libertad contemplan, con mal disimulada alegría, el triste espectáculo de las manos amigables que tienden hacia ellos los países que se dicen democráticos.

Quien todavía cree que la salvación de la civilización radica en la defensa de las instituciones libres debe protestar enérgicamente contra esta nefasta tendencia, para que sean evitados nuevos errores, y sean reparados los ya cometidos.»

Giorgio Mortara

M E J I C O

Antonio Castro Leal. — Escritor. —
De la Academia Mejicana de la Lengua.
Delegado de México en la U.N.E.S.C.O.

«1936. Desgraciadamente Europa vivía entonces en ese momento tan lamentable y vergonzoso en que la coalición nazifascista había sembrado el pánico en todos los países europeos y empezaba a recoger los frutos.

Los nazifascistas tomaron por su cuenta el triunfo de la reacción en España y la hicieron triunfar, a pesar de los sacrificios y heroísmos del pueblo español republicano y de la pequeña ayuda de ciertos países, entre los que me honra recordar que se encontró México.

Y dentro de la cultura la situación es la misma, es decir, que se ha roto la continuidad de la historia española. Al triunfo de la reacción salieron de España la mayor parte de los intelectuales y se repartieron por América. Esta es una página gloriosa de la cultura española que abarca, como la conquista, todo el ámbito del Continente americano.»

A. Castro Leal

M E J I C O

Arturo Rosenblueth. — Del Instituto Nacional de Carderología. — De la Academia de Medicina.

«La memoria humana es débil. Los años transcurridos desde que, oficialmente, terminó la guerra, han bastado para que mucha gente olvide que dicha guerra fue entablada para destruir una ideología y un régimen político que amenazaban al globo entero, que menoscababan la dignidad humana, que ofendían todos los ideales éticos.

Por una ceguera deliberada, muchas personas y muchos países, desde antes de que estallara el conflicto en proporciones mundiales, se desentendieron del hecho de que en España, tal como en Alemania y en Italia, había un régimen que proclamaba las mismas mentiras y que, aunque en pequeño, ofrecía las mismas amenazas.

La memoria sigue corta y la ceguera persiste. El fascismo no murió cuando murieron Mussolini y Hitler. Franco sigue en vida y su filosofía humana y política no ha cambiado. Sigue constituyendo una mofa a la democracia, una vergüenza para España y un peligro para el mundo.»

Arturo Rosenblueth

I T A L I A

Vittorio Angeloni. — Profesor de Derecho de la Universidad de Roma.

«El pueblo español ha encontrado en su camino a muchos italianos enviados — parte con engaños y parte con autoridad — por la dictadura fascista en ayuda de Franco. Por otra parte ha visto también voluntarios italianos que acudieron a combatir y a morir en defensa de su libertad.

El pueblo italiano, que ha podido recuperar su libertad a través de las terribles desgracias de la guerra, y que, en su gran mayoría, quiere evitar el recaer en la dictadura, cualquiera que sea su color, siente por el pueblo español la más viva simpatía y desea que el lento pero tenaz esfuerzo de sus mejores hombres, encaminado a reivindicar su derecho a gobernarse según su voluntad, no encuentre en los demás pueblos del mundo más que aliento y ayuda en toda ocasión.»

Vittorio Angeloni

B R A S I L

Rogério P. Sampaio. — Escritor.

«La opinión realmente democrática del mundo se muestra cada vez más preocupada ante la actitud que algunos países vienen manteniendo con relación a la España franquista. No se comprende que la democracia continúe despreciando aquello por lo que luchó y por lo que sacrificó millares de sus hijos: el respeto a las libertades básicas. Si antes del segundo conflicto mundial las llamadas «potencias occidentales» dieron tantas pruebas de debilidad, de tolerancia, que redundaron en la hecatombe, es penoso comprobar que en el momento actual aún persisten en esa orientación, a pesar del corto plazo transcurrido desde la segunda guerra mundial.

Cuando Mussolini, ridiculamente, invadió Abisinia desafiando todo y a todos, no se le tomó en serio, pero eso le dio confianza para emprender más tarde la destrucción del régimen republicano español. Y aquí, cuando moros, italianos fascistas, alemanes nazistas y mercenarios de toda especie se empeñaban en la obra terrible de exterminar un régimen de libertades, los gobiernos democráticos quedaron inertes, dominados por intereses mezquinos.

Vino la guerra. Con dolor, con sufrimientos atroces, con sacrificios de poblaciones enteras, fueron eliminados los regímenes de fuerza. Pero en la Península Ibérica logró quedar en pie un régimen infecto, que es mancha para la civilización y desafío al mundo. Y los años pasan. Y a medida que el tiempo transcurre aparece acá y allá, un apoyo a ese régimen bárbaro e injusto para un gran pueblo.

En todo el mundo, la opinión pública no consigue comprender cómo naciones que sufrieron, que lucharon, que se empobrecieron, pueden, directa o indirectamente, apoyar al régimen franquista. ¿Será que los «líderes» de esas naciones no perciben que la humanidad civilizada

ya llegó a una fase en la que no es posible engañarla con actos sospechosos y acciones motivadas por segundas intenciones? Se impone el esclarecimiento de tal contingencia porque cada día que pasa inspira menos confianza en los pueblos, en los pueblos conscientes de los hechos, la actitud de gobiernos que, por vías directas o tortuosas, persisten en considerar a la humanidad como fácil juguete, aunque sean tremendas sus responsabilidades.»

Rogério Sampaio

A L E M A N I A

Henrich Man. — Escritor.

«Un pueblo que no quiere ser vencido no puede ser vencido. Esta frase sigue siendo verdadera, largo tiempo después de las catástrofes, que nunca la han desmentido. La ciencia y la conciencia de España residen, como siempre, en las figuras de sus pensadores. Cuán superficial, cuán débil en el fondo es un despotismo, allí donde no lo acatan los valores espirituales y morales, que son los únicos que formulan el juicio de un país, fallo que, cuando suena la hora, el pueblo ejecuta.»

Heinrich Mann

B R A S I L

Rubens do Amarall. — Escritor.

«Durante la ascensión del nazifascismo, en Italia, en Alemania, en el Brasil, y en otras partes, me negué siempre a admitir que tuviésemos que escoger entre las fasces y la svástica, de un lado, y la hoz y el martillo, de otro. Para mí el bien más precioso del hombre es la libertad, de la que se derivan los demás bienes. Y habríamos de situarla en el medio, contra Lenin y Stalin, contra Hitler y Mussolini, para que la vida fuese digna de ser vivida.

La prolongada actitud en favor de Franco es la aceptación de la tesis nazifascista. Para combatir un totalitarismo, el de la izquierda, se adhiere a otro, el de la derecha...

La España franquista aparece como un triunfo en la lucha trabada entre el Occidente democrata y el Oriente soviético. Mas ¿qué triunfo es ése que niega la propia democracia?

Si el Caudillo es necesario hoy, entonces el Duce y el Führer lo fueron ayer. Y los «líderes» que levantaron el mundo contra las hordas mussolini-hitlerianas ¿estarán arrepentidos de haberlas destruido para la liberación de la humanidad? Si no es así, ¿cómo toleran y por qué admiten la compañía del dictador español, el más odioso de los dictadores porque invadió su patria y asesinó a su pueblo con la ayuda decisiva de los ejércitos italianos y alemanes, quienes le dieron la victoria contra España?

¿Franco en los Organismos internacionales? ¿Su sitio hubiera estado en Nuremberg!...»

Rubens do Amarail

ESTADOS UNIDOS DE AMERICA

Lion Feuchwanger. — Novelista.

«Quien conozca la historia del pueblo español sabe que aquellos que cuentan con una victoria perdurable de Franco apuestan del lado perdido. Ningún poder en el mundo podrá impedir que el pueblo español continúe su lucha por la libertad y que al fin la consiga.

Lion Feuchwanger.

Charles Duff. — Escritor.

«A causa de su crueldad e inmoralidad, Franco y su estado policiaco han sido condenados en el mundo entero por todos los hombres y mujeres cuyo sentido de los derechos humanos y de los valores no se ha atrofiado.

Ahora, cuando la civilización está amenazada con la destrucción en una catastrófica lucha entre Estados-potencia, hay bandos que cortejan la monstruosidad como aliada potencial. Esto equivale a admitir lo que la humanidad no ha tolerado ni tolerará jamás: una bárbara tiranía. Al cortejar a la infamia franquista, las potencias occidentales se contaminan con su bestialidad y vuelven sospechosa su causa entera. De proseguir ese cortejo, se colocarán a sí mismos en el nivel moral de Franco, y pagarán el precio inevitable de perder la confianza de sus pueblos.»

Charles Duff

I N G L A T E R R A

Noel-Baker. — Escritor. — Miembro del Parlamento inglés.

«Desde 1945, el régimen todavía imperante en España viene siendo un grave ejemplo de asunto inacabado que nos dejó en herencia la guerra. El paso del tiempo y la intensificación de la guerra fría hacen que la supervivencia de Franco y de su régimen fascista merezca menos atención por parte de ministros y diplomáticos. Pero no ha sido olvidada por la opinión democrática del mundo entero, que sigue con la más viva simpatía la heroica y paciente lucha de los pueblos de España por la liberación de la tiranía fascista que les impusieron Hitler y Mussolini.»

Francis Noel-Baker

I N G L A T E R R A

J. G. Growthor. — Escritor científico.

«En la larga y áspera lucha contra el fascismo, paso preliminar hacia la libertad y la paz, el pueblo español se ha comportado con heroísmo infatigable. Hitler y Mussolini, que pusieron a Franco en el poder, yacen en las tumbas deshonrosas. Pero Franco subsiste y la agonía de

España continúa. ¿Por qué ocurre esto? Porque todos los centros de reacción, en el mundo del negocio, de la diplomacia y de la religión, ven en el franquismo la llave estratégica para la protección de sus privilegios.

Una España libre significa una Europa socialista, una Hispanoamérica liberal y un mundo progresivo.

No es de extrañar que los banqueros, los fanáticos, los militaristas se agrupen en torno del enfatuado dictador de Madrid para apuntalar su régimen tambaleante.

Esta desagradable mascarada dura ya demasiado tiempo. Es hora ya de que Franco vaya a hacer compañía a sus patronos. La historia no agradecerá a los que le sostienen sus esfuerzos por retrasar lo inevitable.

Honor a los indomables luchadores españoles contra el fascismo, cuya gloria se acrecienta con la prolongación y la entereza de su lucha. Estos héroes triunfarán, sentando así los cimientos inmovibles de la paz permanente.»

J. G. Growther

INGLATERRA

Augustus John. — Pintor.

«Ningún pueblo civilizado, de América o del resto del mundo, podrá nunca perdonar la bestial tiranía que con la ayuda de Hitler y Mussolini se impuso en España y que ha llevado a esta nación a la ruina.

Los españoles son tenaces y no olvidan. Cuando Franco esté de cuerpo presente, un cadáver pestilente y deshonrado, los espíritus de sus víctimas, surgidos de la muerte, marcharán junto a sus nuevos camaradas de la España renaciente.»

A. John

INGLATERRA

G. D. H. Cole. — Profesor de Sociología de la Universidad de Oxford. — Presidente de la Sociedad Fabiana.

«Estoy, desde luego, completamente de acuerdo con todas las personas de honrada conciencia democrática en condenar la presente dictadura española y en desear el restablecimiento de un gobierno democrático en España, con el debido respeto al sentimiento regional y a la importancia de España como miembro de la hermandad de los países civilizados en Europa.»

G. D. H. Cole

FRANCIA

Jean Camp. — Escritor.

«Se avergonzarán las generaciones futuras de que, ganada la guerra de las democracias contra los fascismos, siga en pie el régimen fran-

quista que supo, con saña y crueldad, amordazar la libertad española y que impere todavía en la tierra de Cervantes el obcecado Caudillo que aniquiló toda la magnífica obra cultural de la República, y que mandó fusilar, en una pared de Granada, al mayor poeta que desde Lope de Vega había sabido expresar el alma profunda de su pueblo.»

Jaen Camp

FRANCIA

Henry Levy-Bruhl. — Profesor de la Facultad de Derecho de París.

«La liberación de Europa nos trajo, al lado de motivos de orgullo, muchas decepciones. Pero el mantenimiento de Franco y de su abyecta dictadura sobre la noble y desgraciada España es más que una decepción: es un escándalo abominable. Si los gangsters de Berlín, de Roma y de Tokio fueron abatidos, el de Madrid señorea todavía, y España, después de una guerra civil salvaje, sigue entregada a la Falange y a su jefe. La Historia dirá gracias a qué complicidades inconfesables España no pudo beneficiarse del Movimiento liberador de 1945, y quedó así con sus hierros. Entre tanto Franco gobierna España. Si se puede usar esta expresión para designar un régimen en el que los recursos de la nación se entregan a una pandilla, mientras quedan insatisfechas las necesidades elementales de las clases populares. Pero son muchos los españoles que, en el interior de la Península y fuera de sus fronteras, luchan por derribar la dictadura: muchos son también los amigos de la España democrática, y sin duda ya no está muy lejos el día en que podamos saludar la resurrección de la libertad y del derecho en España.»

Henri Levy-Bruhl

FRANCIA

Jean-Jacques Bernard. — Escritor.

«Han tenido ustedes razón en no dudar de mis sentimientos. El apoyo prestado a la dictadura franquista es un crimen contra la conciencia humana. Pero la protesta contra este crimen tomaría un aspecto partidista y perdería por ello todo valor si no se elevara por encima del caso particular de Franco y no condenase la opresión de cualquier parte que venga, todos los atentados a la libertad y a la dignidad del hombre, el totalitarismo en todas sus formas y bajo todas sus máscaras.»

Jean-Jacques Bernard

FRANCIA

Georges Duhamel. — Escritor. — Miembro de la Academia francesa.

«No me ocupo de política. La política tal como actualmente se practica me inspira horror. Dicho esto, repruebo los regimenes de dictadura, cualesquiera que sean: arrastran siempre a los pueblos hacia horribles catástrofes.»

Georges Duhamel

ESTADOS UNIDOS DE AMERICA

Norbert Wiener. — Del Departamento de Matemáticas del Instituto Tecnológico de Massachussetts.

«He tenido contacto intelectual y personal con muchos de los refugiados españoles. Los conozco como un grupo de hombres de carácter y de sinceridad, de habilidad y poder moral e intelectual. Ya perdió mucho el mundo porque no pudieron desarrollar su talento y su ingenio en su ambiente natural de España. En España, como en toda otra parte de dictadura y represión, se ha perdido ahora el espíritu de pensamiento libre y de creación. ¡Que vuelva este gran país a su posición merecida entre las naciones creadoras y conservadoras de la cultura mundial!»

FRANCIA

Jean Cassou. — Escritor.

«Reconociendo y aceptando a Franco, el mundo civilizado resucita a Hitler y a Mussolini. Apenas unos años después de la guerra por la que el mundo se liberó de Hitler y Mussolini,

reniega ya de su sacrificio, reniega de su victoria, reniega de sí mismo. Esto es absolutamente increíble. España, la sublime, la heroica España, la España honor del género humano, que desde hace años y años sufre el más atroz martirio, sufre, además, esta afrenta. Son sus hermanas, las naciones libres, las naciones democráticas, quienes le escupen al rostro esta suprema injuria. No, no es posible, no es verdad. Los pueblos no pueden aceptar esta monstruosa combinación de gobiernos que así se vuelven irresponsables, con actos de tal modo contrarios a la justicia y a toda verdad que no pueden revestir ninguna significación y quedan suspendidos en el vacío, como un escándalo incomprensible y gratuito, condenando a sus autores a la execración de la historia. Admitir a Franco es confesar como un error y un crimen la guerra santa que se hizo contra el error y el crimen, contra el fascismo, el nazismo, la barbarie. Es insultar a los muertos de Londres y Oradour, de Rotterdam y de Belgrado, del Alamein, del Vercors y de Stalingrado, de Normandía, de Noruega y de Bohemia, de todos los lugares del mundo en que hombres de todos los países del mundo han caído por la libertad, después de aquellos primeros héroes y de aquellos primeros mártires que cayeron en Madrid, en Guadalajara y en Guernica, y cuyo recuerdo sagrado mora imperecedero en el corazón de todos los vivos de hoy.»

Jean Cassou

¿POR QUE HABLA TAN ALTO EL ESPAÑOL?

ESTE tono levantado del español es un defecto. Viejo ya, de raza. Viejo e incurable. Es una enfermedad crónica. Tenemos los españoles la gargante destemplada y en carne viva. Hablamos a grito herido y estamos desentonados para siempre, para siempre, porque tres veces, tres veces, tres veces tuvimos que desgañitarnos en la Historia hasta desgarrarnos la laringe.

La primera fue cuando descubrimos este continente y fue necesario que gritásemos sin ninguna medida: ¡Tierra! ¡Tierra! ¡Tierra! Había que gritar esta palabra para que sonase más que el mar y llegase hasta los oídos de los hombres que se habían quedado en la otra orilla. Acabábamos de descubrir un mundo nuevo, un mundo de otras dimensiones al que cinco siglos más tarde, en el gran naufragio de Europa, tenía que agarrarse la esperanza del hombre. ¡Había motivos para gritar! ¡Había motivos para hablar alto!

La segunda fue cuando salió por el mundo, grotescamente vestido, con una lanza rota y una visera de papel, aquel estrafalario fantasma de la Mancha, lanzando al viento desafortunadamente esta palabra de luz olvidada por los

hombres: ¡Justicia! ¡Justicia! ¡Justicia! ¡También había para gritar! ¡También había motivos para hablar alto!

El otro grito es más reciente. Yo estuve en el coro. Aún tengo la voz parda de la ronquera. Fue el que dimos sobre la colina de Madrid, el año 1936, para prevenir a la majada, para soliviantar a los pastores, para despertar al mundo: ¡Eh, que viene el lobo! ¡Que viene el lobo! ¡Que viene el lobo...!

El que dijo Tierra y el que dijo Justicia es el mismo español que gritaba hace unos años nada más, desde la colina de Madrid a los pastores: ¡Eh, que viene el lobo...!

Nadie le oyó. Los viejos rabadanes del mundo que escriben la Historia a su capricho cerraron todos los postigos, se hicieron los sordos, se taparon los oídos con cemento y todavía ahora no hacen más que preguntar: pero, ¿por qué habla tan alto el español?

Sin embargo, el español no habla alto. Ya lo ha dicho. Volveré a repetir: el español habla desde el nivel exacto del hombre, y el que piensa que habla demasiado alto es porque le escucha desde el fondo de un pozo.

LEON FELIPE

Los desterrados ante la encrucijada internacional

por RAMON LIARTE

HAY muchas maneras de ser desterrado, de perder el contacto material con la tierra querida sin poderla tocar con las manos ni los pies. Mas no es posible que ninguna sea tan penosa y trágica como la nuestra. El destierro español es la angustia de vivir la vida que no se vive. ¿Habrà castigo mayor que pasar los mejores años de la existencia en pleno destierro?

Si quieres perder a un hombre échalo fuera de su tierra. Arbol trasplantado, ya no es el mismo árbol. Es otro, pero no es el mismo que era. Y nosotros luchamos para ser lo que fuimos, no dejando de ser lo que somos. Salimos de España sin el arca de Noé. Dejamos atrás todo lo más querido, aunque mucho de lo que amamos entrañablemente esté a nuestro lado. Vivimos con la esperanza de recuperar lo que nos pertenece: el paisaje verde, el cielo azul, la tierra parda de España.

Veintisiete años han pasado. Años tristes de ausencia. ¿Qué hemos hecho fuera de nuestra tierra? Hemos consentido las mayores ofrendas por la libertad y la salvación del mundo. Los desterrados españoles hemos estado en todos los frentes. Nuestro combate no ha podido ser más desinteresado. Lo hemos dado todo sin reserva alguna por afinicar la causa del Derecho y la justicia universal. El pago que hemos recibido no puede ser más injusto. Con nosotros se ha practicado la política realista del interés de Estado y la traición a secas, y en todas las direcciones. Este mundo de manufacturas no sabe pagar más que a los mercenarios. Claro está que el mercenario pide poco, y nosotros exigimos mucho. A nosotros no se nos puede pagar con moneda de cambio. Nosotros pedimos tierra libre, campo abierto. Y la tierra perdida se reconquista con gotas de sudor y de sangre.

Se nos ha reprochado que éramos incapaces de unirnos. Eso es mentira intencionada. La verdad es otra. Se ha tratado de dividirnos y descomponernos empleando armas poco nobles. Podrá replicarse, no sin cierta razón, que por ser incautos hemos picado en el anzuelo. Como náufragos nos hemos agarrado a todas las tablas de salvación. ¿Qué sabíamos nosotros, pobres infelices, de política internacional, de «realidades contabilizables» y otras zarandajas por el estilo!...

Londres nos ha venido ofreciendo una monarquía con los pies de arcilla y la cabeza de trapo. Moscú

nos ha negado y desconocido. Wáshington ha dado tiempo al tiempo para que llegase el fin de la esperanza. Las Naciones Unidas, o por unir, nos han apuñalado por la espalda. ¿Hemos tenido más confianza en los demás que en nosotros mismos? Pues sí; tan torpes éramos que sin trabajo alguno llegamos a creer en dos cosas esenciales que forman parte de nuestra razón de ser: en la solidaridad humana y en la hermandad de los pueblos. No es culpa nuestra. Si los otros han traicionado principios y creencias, nosotros somos una afirmación constante. Que se nieguen ellos. Nosotros no negamos absolutamente nada de lo que somos y representamos, Judas no nos ha servido nunca de ejemplo, ya que no es una lección, sino una mueca repugnante.

Hay que decirnos la verdad. Con mentiras no se superan las desgracias. Estamos completamente solos. Hemos de ganar la batalla definitiva con nuestras propias fuerzas. Si nos pareciésemos a los demás, dejaríamos de ser lo que somos. Y todo, excepto eso. Se nos reprocha que nos hemos divorciado de nuestro pueblo. ¿Habrà injuria más vil? ¿Cómo vamos a divorciarnos de quien estamos unidos por mil lazos visibles e invisibles? Se agrega que no vivimos la realidad española. Otro rumbo hubiesen tomado las cosas de haber estado nosotros trabajando la tierra de nuestras esperanzas. Y hasta se dice que somos incapaces de hacer «borrón y cuenta nueva» para emprender la nueva caminata de la historia. Hay muchas cosas que no pueden borrarse. Aquí no puede bajarse el telón y decir con acento mujeril: «Esto ha terminado, puesto que no ha pasado nada». Que lo diga quién quiera. El agiotista y el banquero, el cobarde y el renegado, siempre hablan de la misma manera. Nosotros hablamos alto, en español, y seguiremos diciendo la verdad sin dobleces: lo que ha sucedido en España necesita un ajuste de cuentas. La justicia no puede ser traicionada. El pueblo exige una reparación.

Los desterrados hemos estado en todo momento al lado de España. Nuestro divorcio es falso a todas luces. No resiste el contacto de la prueba. Cuando este momento llegue, sabemos cual será la sanción ya ella nos atenemos.

Hace ya demasiados años que el español se mira de perfil o de soslayo. Pero llegará el instante deseado en que podremos mirarnos cara a cara. Y bajará la frente quien sienta una acusación pro-

funda en la conciencia. De una cosa estamos seguros: el pueblo español sabrá elegir a los suyos. No se puede meter en el mismo saco a los hombres de bien y a los verdugos e inquisidores. ¡Eso nunca!

Hay que echar las cartas sobre el tapete verde. Lo que se busca es que el destierro político-social desaparezca. Representamos un pasado glorioso. Somos una fuerza moral y humana de primer orden. Y no habrá una solución de raíz puramente española, mientras el exilio no diga su palabra de honor. El mundo político está contra los desterrados españoles; pero que se sepa de una vez para todas: nosotros no aceptamos el fallo de un mundo que se niega a sí mismo, y que carece de moral para juzgar a los demás. Ni quienes nos han traicionado, ni los que han pretendido devorarnos, podrán con nosotros. ¿Quién ha representado mejor que nosotros a la España de la dignidad y de la idea? ¿No hemos hecho de nuestro pueblo una bandera llena de honra, enarbolada en todas las latitudes? Nadie nos ha ganado a ser más fieles al testamento social de nuestro país. La prueba es que el idioma castellano se ha convertido en un idioma de trabajo. ¡Lengua de protesta que es canto de esperanza!

El tiempo no pasa por pasar. Lo que ayer se decía vuelve a repetirse hoy. Las nuevas generaciones buscan una solución al drama peninsular. Los trabajadores encadenados redoblan su ofensiva como saben y como pueden. Hay una toma de conciencia en el pensamiento y la acción de los intelectuales. El clero pretende sacudirse el fardo del pasado para salir airoso en el presente y asegurar su porvenir. Las clases pudientes comienzan a comprender, tarde y con daño, que las cosas no pueden continuar así. Vacila el Ejército al adoptar la postura del momento y se ofrece como fuerza de garantía del orden, que, con la espada destruyó. Un hecho es evidente: El exilio ha ganado la batalla moralmente. Y una conclusión es innegable: Se va hacia la destrucción completa y sistemática de las fuerzas desterradas para que no decidan en la marcha de los hechos futuros.

¿Que nosotros no somos toda España? ¿Que la C. N. T. del exilio no es más que una parte de la C. N. T. del interior? ¿Que los republicanos, socia-

listas, vascos, catalanes, comunistas y anarcosindicalistas desterrados somos una exigua minoría española? Nadie ha dicho lo contrario. Pero hay quien se empeña en deformar el buen sentido de las cosas. ¡Cuántas armas y mentiras se manejan para destruir la verdad! España no es una maleta ni un tabernáculo. Como nosotros no somos un fardo ni un garito. Somos, eso sí, una parte decisiva de los desterrados. La España del destierro. Pasamos la frontera con las banderas tintas con sangre. Las tablas de la ley del contrato político-social español están empapadas de sudor y lágrimas. El tabernáculo cargado de mirra e incienso lo tienen los otros. Mas una cosa es nuestra y nadie nos la puede arrebatar: la idea hecha cuerpo en la fidelidad a la causa que defendemos. No hemos desertado de ningún combate. Nos mantenemos firmes en nuestras posiciones. Es nuestra ambición regresar a España. Nuestro hogar es la C. N. T. De ella venimos. Con ella estamos. De su seno no nos separaremos jamás.

Queremos volver a España para confundirnos modestamente con nuestro pueblo. Deseamos reunirnos con nuestros compañeros de lucha e ideas. Mucho es lo que nosotros tendremos que escuchar de esa colmena social y humana, objeto de todos los ensueños. Mucho será también lo que nosotros podremos decir con acento cariñoso y fraternal. De ese reencuentro venturoso tendremos que sacar lecciones de gran provecho para todos. En nuestra casa no se presentará factura de servicios prestados ni exigencia de privilegios. El nepotismo nada tiene que ver con el anarquismo. Todos somos iguales. Cada uno ha dado lo que ha podido. ¿Quién conseguirá llevarse a la C. N. T.? A nuestra Organización no se la lleva nadie. Pertenece a todos. La interpretará quien mejor la sirva. Los hombres del destierro sólo queremos una cosa: recoger las aspiraciones de la clase obrera, sumarnos al concierto de voces del pueblo y luchar por la idea que nos anima. El día que podamos decir: ¡Por fin, por fin hemos llegado a nuestra tierra!, ese será nuestro gran día. El triunfo total de la esperanza. Pies descalzos y manos callosas. Campo abierto y tierra libre. Las grandes revoluciones comienzan cuando despierta el alba.

Creo un deber manifestaros que en estas circunstancias me siento intensamente ligado, en la crisis de vuestro país, a las fuerzas leales y a su heroica lucha; al mismo tiempo quiero deciros que me avergüenzo de que los países democráticos no hayan encontrado en esta situación la energía necesaria para cumplir con sus deberes. — A. Einstein.

(En carta dirigida al embajador de España en los Estados Unidos en 1936)

Los factores positivos de la revolución española

por SEVERINO CAMPOS

HACE unos días tuvimos en nuestras manos una bibliografía de la Revolución Española. La hojeamos muy a la ligera. Según en ella se indica, pasan de seis mil las obras escritas sobre el magno acontecimiento. Algunas hemos leído, pero estamos muy lejos de conocer todo ese misal literario. Ninguna revolución de las que registra la historia, pensamos, ha motivado tantas y tan profundas preocupaciones. Ninguna de ellas, tampoco, ha penetrado tan hondo en prácticas de colaboración y convivencia humana. Fue una superación práctica a ciertas hipótesis, una realidad parcial y valiosa de lo que el pensamiento libertario había propagado.

A un estudio concienzudo de este acontecimiento le será indispensable abarcar facetas de formación y predisposición popular. Es decir, de cultivo ético e ideológico, encaminado a objetivos especiales, por lo cual se descubrirán, y apreciarán, las efectivas tareas del anarquismo español. Y no podrán eludirse, en tanto que meritoria culminación revolucionaria, los factores de creación, que tienen su principal expresión constructiva en el esfuerzo e ingenio de la clase trabajadora.

¿Estarán comprendidos todos esos fenómenos sociales entre lo mucho que se ha escrito? Lo dudamos. ¿Se agotaron los recursos del tema? Nos parece que no. Deducimos habrá muchas consideraciones coincidentes entre lo que se ha dicho. Ello indica, como es de comprender, que los acontecimientos despertaron interés, que afectaron ampliamente a las personas preocupadas en los problemas sociales. Y que se trata, sin ningún género de dudas, de una revolución con características originales.

Todavía se producirá más alrededor de este episodio. Tanto en su fase de gestación como en la magna eclosión subversiva, así como en su colectiva expresión laboriosa, hay repliegues que ocultan datos interesantísimos. Son testimonios de gran valor popular e ideológico, sorpresas inéditas en la marcha ascendente de los pueblos, que la reacción tiene mucho interés no vean la luz del día.

Todas las revoluciones de tendencia liberadora tuvieron que lamentar el fenómeno pernicioso de la oposición reaccionaria; pero la española, a más, tiene que vérselas también con la repugnante detracción. Esta, al fin y al cabo, siempre resulta mucho peor que la primera.

Todos los enfoques políticos, al igual que los modos literarios, ya tomaron la palabra. ¿Quién ha revelado la verdad? ¿Dónde está el espíritu justiciero que haya aquilatado la razón y alcance de nuestro gran episodio? No lo conocemos. Opinamos que lo medular, lo positivo, lo sustancioso de la Revolución Española permanece inédito.

El tiempo es un auxiliar de los de mayor importancia para valorar la obra de las personas y de los pueblos. Posibilita reflexiones de amplitud y profundidad que la espontaneidad, a veces efervescente, no logra debida penetración, para descubrir el valor ético y social de algo que no deja de ser un gran paso en la historia.

De la Revolución Española no puede decirse que llenó todas las formas arquitectónicas de las utopías más seductoras, pero sí que, en su desenvolvimiento práctico, todas ellas se vieron representadas. Desde el hecho subversivo al cultivo de la más elevada asignatura cultural, todo tenía un principio básico tendente a mejorar la existencia del hombre.

Aunque muy esquemática, era una nomenclatura social de tipo comunitario, grabada en la mentalidad de una muy respetable corriente laboriosa, abierta a la perfección en la medida que la práctica aconsejara. Este exponente, radiante como faro que alumbraba los senderos del porvenir, es la conciencia y la bondad de una clase, que las prerrogativas de los poderosos discriminaron y distanciaron de los lugares de emancipación intelectual.

El desenvolvimiento revolucionario se efectúa, preferentemente, compatible con la concepción comunitaria del anarquismo. Rudimentario era el sistema administrativo y distributivo, pero no había en ello implícito el propósito de desigualdad entre el elemento laborioso. Además, la improvisación hacia inevitables errores y deficiencias, debidas a carencias de tiempo y de elementos para elevar y perfeccionar toda clase de movimiento productivo.

Y sin embargo, las colectividades, principalmente las campesinas, elevan el rendimiento a un grado superior al nivel logrado por la burguesía y los gobiernos. Todo se desenvuelve a este tenor mientras los trabajadores, gozando la libertad que ganaron en la contienda revolucionaria, fueron determinantes directos en la organización del trabajo. Toda su pericia y esfuerzo se ponen a disposición de los mejores resultados, como tributo al enaltecimiento social.

En esta conducta había, no una tradicional «mística» ideológica, sino una aportación de voluntad, de iniciativa y de esfuerzo, creados y predispuestos por los organismos obreros de influencia libertaria. Al través del lapso de visible iniciativa popular, todos los relieves de superioridad social que la Revolución Española tiene son de raíz libertaria. Y son tantos y tan exuberantes, que entre ellos, ni siquiera pálidamente se erige ninguno que corresponda a otra concepción ideológica.

La pérdida de esos testimonios no se consuma por falta de iniciativa y bondad en el elemento tra-

bajador. El problema es complejo, pero desde el ángulo que se quiera enfocar justifica las conclusiones del anarquismo. Como factor de desintegración, con repercusión desastrosa en todos los medios que vitalizaban la obra revolucionaria, está la formación y preponderancia de los distintos gobiernos que se sucedieron en el lapso revolucionario, y formación del llamado «ejército regular».

Esa evolución llevó en España, y llevará donde quiera que se inicie en ciclo revolucionario, consecuencias negativas a todas las libertades populares y progresistas. Se pudo constatar que a la par que los gobiernos se revestían de nuevas y mayores prerrogativas, se restaban facultades de todo orden a los derechos y esfuerzos del pueblo. La víctima principal fue la clase trabajadora más consciente.

Tales medidas, premeditadas y aplicadas por la reacción desfigurada, eran el desarme más efectivo que podía efectuarse en la capa revolucionaria que con clara visión propugnaba el ascenso social. El reconocimiento y respeto a los gobiernos, como la reivindicación del ejército hechura tradicional, se elevaron casi a tabú por los nuevos rectores del Estado. Sobre la cabeza de las personas irredentas se levantaba el espadón de Damocles.

Una vez más la historia ratifica la razón de los fundamentos ácratas; las frías matemáticas, o los análisis químicos de laboratorio, no dan pruebas científicas más concluyentes. En ese resurgir del sentimiento estatal, implícitamente queda tangible y floreciente la existencia de jerarquías políticas y económicas, antagónicas a lo que se proclamó al estallar la Revolución con gritos de libertad y justicia.

En esas condiciones, la situación de la corriente auténticamente revolucionaria era por demás delicada. Frente así, a más de las fuerzas reaccionarias que provocaron los acontecimientos, hay los imponderables disidentes, «la nueva clase», surgida en el seno del campo revolucionario anhelado como jardín de efectivas y seductoras libertades.

Para la obra revolucionaria, forjada sólo con el sudor de la clase trabajadora, las tendencias de los nuevos poderes no son menos inclementes que la acción de los reconocidos fascistas. Sin apelar a muchos otros testimonios, recordad la suerte que corrieron las colectividades de Aragón, Cataluña y Levante. Lo cual quiere decir, que de una manera o de otra, la contienda revolucionaria, en su aspecto material, irremisiblemente estaba perdida.

La reivindicación de los preceptos estatales redujo, en proporción elevada, la potencia moral e intelectual que en principio respondía a la revolución constructiva. Es un fenómeno que ya fue evidente en la revolución rusa, y que por obedecer a los mismos principios debía producir efectos análogos en España. Siempre, y en todas partes, la acción del Estado tratará de desfigurar la obra debida a la acción directa del pueblo.

Sin embargo, los enemigos de los principios que

dieron fuerza y realidad social a la Revolución Española se engañan si creen haber logrado victoria total y definitiva. Ese acontecimiento, como ninguno de sus similares antepasados, puso en práctica una concepción del derecho humano que ningún jurista ni código quisieron reconocer.

Nada ni nadie hará desaparecer ese testimonio social, producto de la mentalidad y del sentimiento libertario. Está destinado a ser, con más amplitud y profundidad que la Comuna de París, punto de referencia de grandes estudios. Constatamos se ha hablado mucho de la organización del trabajo, descuidando, poco menos que completamente, los antecedentes colectivos y personales que dieron vigor y forma a ese sistema de vida.

Si con método inductivo se estudia ese gran acontecimiento, forzosamente se llegará a la conclusión de que lo habido no fue obra providencial ni resultado de impulso espontáneo. Los sociólogos, sean biólogos, etnólogos, antropólogos o de otra especialidad, en la Revolución Española tienen campo abierto para amplios y profundos estudios. Y quizá, si no se incorporan a las investigaciones con adversa premeditación, como hacia Gustavo Lebon, la tarea principal puedan desempeñarla los psicólogos.

La aspiración revolucionaria de tendencia igualitaria, con previsión para medidas equánimes, lleva en sí sólido sedimento de meditaciones en todas aquellas personas que, por propia voluntad, ocuparon su lugar en el escenario de los acontecimientos. Todo ello, bien mirado, es la antorcha que el hombre sano hace fulgurar cada día con más esplendor. Es que con ella ausente las tinieblas de un pasado excesivamente opresor, al mismo tiempo que leñala los faustos caminos conducentes a más amplias libertades.

En el proceso pre-revolucionario, la siembra de rebeldía, como el cultivo moral e intelectual de los trabajadores, el pensamiento ácrata lo fomentó casi en su totalidad. Es un timbre de gloria para los libertarios. Así, en ese exponente, donde queda rubricada la grandeza del ideal, están representadas las figuras precursoras de la Revolución, a cuya preparación se entregaron con constancia, buen tacto y conducta ejemplar.

Esa premisa fue una realidad solidaria muy provechosa. En las relaciones del trabajo comunitario se constataron sus huellas, que nadie confundía, ya que expresaban un ideal y una finalidad muy superior a todo lo existente. Todo indicaba una procedencia ideológica, todo enfocaba un fin de originalidad social.

No es herejía afirmar que en el cumplimiento de deberes revolucionarios, a la clase trabajadora corresponde el índice más elevado. En ella hubo siempre expresión de sinceridad, actitud de abnegación, y concurso regular al trabajo. No olvidemos a sus elementos. Hay que tenerlos en cuenta. Si fueron los factores positivos de la revolución pasada, igualmente lo serán en el futuro.

HUMANISMO LIBERTARIO

HACE más de cuarenta años, cuando se publicó en rumano la edición original de mi libro «El Humanismo y la Internacional de los Intelectuales», (Bucarest, 1921) he consagrado un capítulo a varios conceptos y actitudes individualistas con relación al humanitarismo. Sólo he aludido a los... nihilistas ¡que se disfrazan de anarquistas!

Un año más tarde, cuando he condensado este libro en un folleto: «Los principios humanitaristas», las primeras traducciones en francés e inglés facilitaron su difusión, en 17 o 18 idiomas, en publicaciones de distintos matices ideológicos. Sobre todo en español, estos «Principios» fueron reproducidos en todos los periódicos libertarios y anarquistas — y es así que he descubierto que, en el fondo de los conceptos positivos del humanitarismo moderno (que es *otra cosa* que el humanismo antiguo, más bien ético y filosófico) residen los elementos ideológicos de los movimientos sociales que — aunque divididos en agrupaciones nacionales e internacionales bajo diferentes rótulos y lemas — proclaman y persiguen los mismos objetivos: liberación individual, asociación económica igualitaria, desintoxicación del fetichismo gubernamental, rechazo de toda autoridad de arriba hacia abajo, descentralización del Poder estatal con todas sus manifestaciones perniciosas: militarismo brutal, burocracia parasitaria, dogmas chauvinistas y eclesiásticos, etc. Es decir, rechazo de toda violencia física, de opresión en nombre de ficciones (que ocultan intereses de clase), de fanatismo político, de oscurantismo cultivado en instituciones de enseñanza, de supersticiones conservadas bajo las apariencias de progreso técnico y de las confusiones culturales.

A través de los «clásicos» del anarquismo, desde los antiguos filósofos griegos hasta los modernos teóricos y sociólogos — Godwin, Proudhon, Bakunin, Kropotkin, Reclus, Nettlau, Malatesta, Fabbri, Landauer, Rocker,

por EUGEN RELGIS

Grave, Faure, Armand (sin olvidar a Tolstoi, Thoreau y otros reformadores afines) — he llegado a conocer la variada florecencia del pensamiento libertario. Todavía muy joven cuando, en mi lejano país natal, he buscado la solución de mis «problemas de conciencia» en este mundo convulsionado, he encontrado luego — gracias también a extensas relaciones supranacionales — las hondas realidades de la «familia humana» mundial que anhela las mismas metas, a pesar de sus matices idiomáticos y culturales, y a sus medios de acción en las arenas sociales.

Y he descubierto algo más: que muchos verdaderos intelectuales (entre los trabajadores con el cerebro y con las manos) han manifestado su adhesión, su apoyo, su participación principal y aun práctica, en los movimientos libertarios y anarquistas, después de vivir en carne propia los errores y los horrores de las dos guerras mundiales, de las grandes y pequeñas revoluciones políticas y pseudo-sociales, de los regímenes totalitarios de sujeción y exterminio, de los partidos únicos de derecha o de izquierda igualmente tiránicos y sangrientos. En mis libros he expuesto varios movimientos internacionales de los intelectuales, de carácter antiautoritario. Mi actuación humanitarista y pacifista me proporcionó la adhesión de personalidades culturales y sociales (sólo con mi encuesta titulada «Los caminos de la paz», de 1929-1932, he conseguido 165 colaboraciones). Y, para citar algunos contemporáneos como Albert Camus, Aldous Huxley y Georges Orwell, ya fallecidos, o como Herbert Read, Bertrand Russell, Alex Comfort, Erich Fromm, Karl Jaspers, Lewis Mumford, etc. Hay grandes trabajadores intelectuales que piensan y actúan como los libertarios y los anarquistas, sin declararse abiertamente — salvo pocas excepciones — como tales.

Hay quienes evitan también el calificativo de humanistas o de humanitaristas, por el sentido erróneamente peyorativo de estas palabras. No se atreven de llamarse compañeros de los ácratas que tan caro pagaron y siguen pagando en los países «democráticos» y en aquellos sometidos a dictaduras — rojas, negras, verdes, pardas, azules — su valentía de librarse de la esclavitud mental, política y económica.

Nosotros que no vacilamos de llamarnos humanitaristas, apoyados en los principios científicos y éticos de la cultura universal, reconocemos francamente los conceptos antiautoritarios y los movimientos por la liberación del individuo que quiere superarse, es decir, que quiere conocerse a sí mismo, humanizándose cada vez más. Partimos de la crítica lúcida, realista. Ya lo dijo Amiel: la mayoría de los seres humanos no son hombres, sino candidatos a la humanidad. Nuestro optimismo no es ingenuo, meramente idealista, sino biológico y, por consiguiente, evolutivo. Nuestras armas de lucha son vivas, creadoras; se llaman: amor y libertad, por la ayuda mutua espontánea, por la solidaridad genuina que supera las fronteras artificiales de los Estados, las orgullosas soberanías nacionales, los dogmas teocráticos y los falaces antagonismos políticos.

Sin alarde de profetismo, a la pregunta del amigo Fontaura: ¿qué posibilidades, cara al futuro, puede ofrecer el anarquismo internacional en nuestros días? — contesto que el porvenir de este anarquismo está en estrecha correlación con el progreso real del humanitarismo. En la medida que el hombre se humaniza (ya que en nuestros días nos enfrentamos con la más tremenda deshumanización por la opresión estatal y la amenaza de destrucción bélica, termonuclear, de nuestra especie) — en la medida en que el hombre llegue a ser consciente de sí mismo, practicando la solidaridad positiva para con sus semejantes, en los marcos planetarios elásticos y

Pepitas de García Lorca

MENOS EN EL LIMBO

Esfinge del pecado: la manzana.

★

FLOR Y FRUTO

Tristeza del azahar profanado: la naranja.

★

CRONOS

Serena poesía de lo rancio: la bellota.

★

REALMENTE

La esperanza es una invención del corazón.

★

ARBOL CAIDO

Serás nidal de ranas
y de hormigas
Tendrás por verdes canas

las hortigas
y un día la corriente
llevará tu corteza.
El hombre miserable
es un ángel caído.
La tierra es el probable
paraíso perdido.

★

MACHO CABRIO

¡Cuántos encantos
tiene tu barba,
tu frente ancha,
rudo don Juan!
¡Qué gran acento
el de tu mirada
mefistofélica
y pasional!

★

RIVAL DE LA VELETA

Por las callejas

hombres embozados,
y en las torres
veletas girando.

★

INVISIBLE

El grito deja en el viento
una sombra de ciprés.

★

SOCIAL

Vuelvo otra vez a echar las redes
sobre la fuente de mi vida,
redes hechas con hilos de espe-
ranza,
nudos de poesía...
y sacos piedras falsas entre un
cielo
de pasiones dormidas.

★

MAESTRO CHOPO

Las cosas que se van no vuelven
[nunca.
y entre el claro gentío de los
[vientos
es inútil quejarse.
¿Verdad, Chopo, maestro de la
[brisa?

★

OTONAL

La nieve del alma tiene
copos de besos y escenas,
que se hundieron en la sombra
o en la luz del que las piensa.

★

OPORTUNISMO

Los días de fiesta
van sobre ruedas.
El tío-vivo los trae.
y los lleva.

★

CORAZONADAS

Mi corazón es una mariposa,
niños buenos del prado,
que presa por la araña gris del
[tiempo
tiene el polen fatal del desen-
[gaño.

HUMANISMO LIBERTARIO

coordinados, de las federaciones libres de trabajadores manuales e intelectuales — se puede confiar en el porvenir del anarquismo, igual que en del humanitarismo.

Parafraseando la célebre proclama del filósofo y sociólogo Giovanni Bovio acerca del anarquismo, decimos también que, humano es el pensamiento y hacia el humanitarismo camina la Historia. Y no olvidemos que los seres humanos, los individuos evolucionados, que saben lo que quieren, hacen la verdadera Historia, y no los dioses de los dogmas oscurantistas, ni los mandatos de los falsos gobernantes encaramados en las cumbres del Poder político, militar y económico.

Eugen RELGIS

P.S. — Cabe recordar aquí, con

respecto al humanitarismo libertario, esta aclaración de Sebastián Faure en su «Encyclopédie Anarchiste»:

«No existe, no podría existir, un «credo» o un «catecismo» libertario. Todo lo que existe y constituye lo que puede llamarse doctrina anarquista, es un conjunto de principios generales, de conceptos fundamentales y de aplicaciones prácticas sobre los cuales se puede establecer el acuerdo entre los individuos que se oponen a la autoridad y que luchan, de un modo aislado y colectivo, contra todas las disciplinas y constricciones políticas, económicas, intelectuales y morales que derivan de aquella... La autoridad se presenta bajo tres formas principales que engendran tres clases de coerciones: 1) la forma política: el Estado; 2) la forma económica: el Capital; 3) la forma moral: la Religión.»

COMPLEMENTO

Alma y sangre doliente de las flores es la miel, condensada a través de otro espíritu.

★

INMENSIDAD

Admites en tu cueva nada más que la sombra. ¿Es cierto, noche negra?

★

DOCUMENTOS

Por un monte de papel asoma la noche fría. ¡Oh, dolor de la verdad! ¡Oh, dolor de la mentira!

★

IMPOTENCIA

No conseguirá nunca tu lengua herir el horizonte.

★

BENEMERITA

La mirada de mulo joven del gitanillo ensombrece y agiganta los ojirris del Teniente Coronel de la Guardia Civil.

★

CUALIDADES CIVILONAS

La noche se puso íntima como una pequeña plaza. Guardias civiles borrachos en la puerta golpeaban.

★

La Virgen cura a los niños con salivilla de estrella. Pero la Guardia Civil avanza sembrando hogueras donde joven y desnuda la imaginación se quema. Rosa la de los Camborios gime sentada en la puerta con sus dos pechos cortados puestos en una bandeja. Y otras muchachas corrian perseguidas por sus trenzas en un aire donde estallan rosas de pólvora negra.

★

¡Oh, ciudad de los gitanos la Guardia Civil se aleja por un túnel de silencio mientras las llamas te cercan!

INMOVILIDAD

Fuente eterna del rocío: la mañana.

★

RECOMPENSA

Hijas mías, dormid que viene el [lobo, las obejitas balan. ¿Ha llegado el otoño, compañeras? dice una flor ajada.

★

LA SEGUNDA NARIZ

El presentimiento es la nariz del corazón.

★

EXQUISITO

Cuando por el monte oscuro baja Soledad Montoya cobre amarillo, su carne huele a caballo y a sombra

EL SEGUNDO OMBLIGO

Ombbligo de la madrugada es el lucero del alba.

★

SEGUNDA PATRIA

La noche negra es la patria donde nació el primer beso que sabe a beso.

★

INQUIETUD

Estar pendiente de una voz es estar sentado en la guillotina de la Revolución Francesa.

★

CHUPIPTEROS

Homenaje, banquete o fiesta, una losa más en nuestra tumba literaria. No hay momento más triste que el del aplauso organizado.

★

DIVINO DIABLO

El diablo católico se disfraza de perra para entrar en los conventos.

★

MORDAZ

Una vez le preguntaron a Ignacio Espeleta: ¿Cómo, no trabajas? Y él respondió: ¿Cómo voy a trabajar si soy de Cádiz?

CRUZ Y TOROS

Los ritos de Viernes Santo y la fiesta de toros forman el triunfo de la muerte española.

★

PASION

Sigo dos infinitos: las canciones y los dulces.

★

NIÑOS RICOS

El niño rico tiene la nana de la mujer pobre que le da al mismo tiempo, con su cándida leche silvestre, la mrdula del país.

★

A JUEZ

Núñez de Arce: el insípido; Campoamor, poeta de estética periodística, bodas, bautizos y entierros; Zorrilla, el malo (excepto en sus dramas y leyendas).

★

MAGNIFICO

Llamar a un dulce; tocino del cielo o suspiros de monja y a un cauce profundo, buey de agua.

★

GONGORINAS

Mi poeta. La geografía y el cielo triunfan [de la biblioteca. Sudor de los cielos es el rocío. Estrellas mudas: las flores. Saliva de las flores: el néctar. Bostezo melancólico de la tierra: [una gruta.

Señor, que me devuelvan mi alma antigua de niño madura de leyendas con el gorro de plumas y el sable de madera.

★

NOCTURNO

Hinojo, serpiente y junco, aroma, rastro y penumbra, aire, tierra y soledad. (La escala llega a la luna.)

El pensamiento vivo de CARLOS MALATO

¿Qué hombre puede titularse legítimamente propietario de la más pequeña parcela de tierra? ¿Cuándo la ha creado? ¿Quién de sus predecesores ha poseído jamás el verdadero título de posesión?

La historia no es otra cosa que un perpetuo conflicto de las razas y de los pueblos, que se empujan y se atropellan, pretendiendo legitimar por medio de leyes, sus conquistas, debidas a la fuerza o a la astucia.

¿Quiénes son los ladrones, los que habiendo acaparado — pacíficamente o no, poco importa — la tierra y sus riquezas, pretenden condenar al resto de sus semejantes, o los que negando todo privilegio y todo derecho hereditario quieren dar a su dominio a la humanidad entera?

La organización social que sufrimos conduce por todas partes a la expropiación de las masas, a la hegemonía de una casta.

Sin haber envejecido leyendo gruesos volúmenes, manuales de los economistas, ¿no es una idea muy sencilla pensar que las riquezas increadas, preexistentes a la humanidad, en el suelo y en el subsuelo, no pueden ser el patrimonio de unos pocos, como no lo pueden ser el océano, el aire y la luz del sol?

Las riquezas creadas por el hombre, que son hoy tan abundantes, y que todos sin temor podrían disfrutarlas, si hubieran de tener una clase de poseedores inmediatos, ¿no sería ésta la clase de productores?

Instrucción, invenciones, descubrimientos, todo esto tiene un

fin social, y resume el trabajo colectivo de los contemporáneos y el de las generaciones precedentes.

Los ingenieros que construyen puentes y abren istmos, ¿habrían llegado a concebir y ejecutar esas obras gigantescas cuya gloria disfrutan ellos solos, sin el concurso del cantero, del albañil, del carpintero, de todos los oscuros obreros manuales, y sin el maestro que antes les enseñó la geometría y el álgebra?

Que se estudien las costumbres de los pequeños patronos, de los pequeños comerciantes, de los tenderos, y se encontrará casi en todos el rebajamiento moral, la sórdida concupiscencia, la desconfianza y el egoísmo más brutal; todo esto se concibe: son esclavos de su situación.

Por todas partes está escrita con lágrimas y con sangre la historia de la propiedad.

Es evidente que si la justicia y el interés público reclaman que las fuentes de riqueza estén a disposición de la sociedad entera, existe una especie de propiedad privada que conviene respetar en absoluto, so pena de desconocer toda libertad y provocar incesantes conflictos, y ésta es la propiedad de las cosas que sirven al individuo para sus necesidades particulares; arrebatar el pan o el traje a alguien, sería un acto inconcebible.

El socialismo libertario comenzará sencillamente por la socialización de los medios de producción; entrando poco a poco en las costumbres, multiplicará la circulación de los productos, pasando de mano en mano, hasta el punto de que la propiedad individual llegará a estar, en cierto

modo, por todas partes y en ninguna parte.

Tres formas de propiedad prevalecerán. La propiedad común o universal, extendiéndose a las fuentes naturales de producción (tierra, minas, agua), y comprendiendo el capital idea (instrucción, inventos, descubrimientos). La propiedad colectiva abrazando la posesión de los instrumentos industriales para las agrupaciones obreras. Y la propiedad individual afecta a los objetos de un uso personal.

La propiedad intelectual, que hay necesidad de defender con encarnizamiento, en un ambiente de monopolio y explotación donde el pobre de ingenio esté a merced del rico ignorante, no tiene ya razón de existir en una sociedad socialista libertaria.

La universalización de la propiedad intelectual no impedirá la admiración hacia el genio, admiración necesaria par estimular las iniciativas, y mucho más legítima por cuanto en una sociedad en que todo el bienestar posible esté al alcance de todos, este sentimiento no creará a unos pocos una situación privilegiada.

La armonía social en un mundo libre, no podrá ser turbada por la eterna causa de ambiciones, de conflicto y de crímenes: el oro.

La Biblia considera extrañas las unas a las otras todas las partes del universo, admite a cada instante la intervención de una fuerza creadora que hace algo de la nada; cuando, en verdad, todo ocurre del modo más sencillo: todo se transforma y nada se crea, porque nada se

destruye; no siendo la muerte más que el punto de partida de una nueva forma.

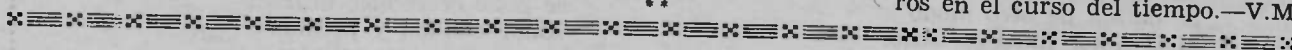
Del hombre al insecto, de la roca a la flor, del océano a la nube, todas las partes de la materia eterna se confunden y se completan, siendo solidarias unas de otras.

**

El progreso es la vida circulando por todo, comunicándose de la tierra a la planta, haciendo surgir de las viejas células destruidas nuevas germinaciones, alentando al ser organizado y dándole nuevas fuerzas en la lucha por la vida es el hombre arrojando lejos de sí su resto de animalidad, y que sin avergonzarse de su origen, busca el ideal en la negación del pasado.

**

En su marcha ascendente el progreso describe una inmensa espiral a cada instante nuevos obstáculos parece que han de reducirle al punto de partida, pero después de estos retrocesos adquiere una nueva impulsión, gracias a la cual destruye todo lo que lo detenía.



QUE ES LO QUE HACEN Y NO HAN HECHO

Romance de la Peña Roja

A mis hijos.

La madrugada remonta
pendientes color corinto.
Hay violetas que reparten
cardenales por el río.
Más allá del corazón
abre el dolor un camino
y por allí van, descalzos,
hombres sin nombres y niños.
Llanuras de temple pardo
con desmadejados hilos
de gallos semaforistas
y marianistas tranquilos;
colinas de paja oscura
con arroyos presentidos
por donde rueda la muerte
con olor de vino tinto,
despuntan en cielos bajos
coronadas por espinos.
Las bestezuelas reanudan

cópulas entre crujidos,
y un rechinar de altos dientes
se escabulle al infinito.
Ese suelo está asustado.
Legiones de forajidos
con bastardas pretensiones
destierran sus cuchillos.
Agua bendita y de acero
salta en pilares malditos.
Y en beatitudes ardientes
con sabor de pergamino,
va humedeciendo resecos
odios patrios renegridos.

El aire, lleno de partes,
se atabala insensitivo.
La mentira de la infamia
se abre pasos fementidos.
Gritos de glorias inciertas

Desde su nacimiento, la humanidad está en rebeldía contra sí misma, y esta perpetua rebeldía es el factor más importante del progreso, costosamente conquistado, pero progreso al fin.

**

¡Sumisión! ¡Ah, no, rebeldía y protesta mientras sea el hombre carne de cañón! ¡Rebeldía y protesta mientras la mujer sea carne de placer! Por la rebeldía contra el dogma, el creyente se hizo pensador; por la rebeldía contra la autoridad, el ciudadano acabará por hacerse hombre libre.

¿Por qué, pues, los pueblos que

*

han conquistado el derecho de pensar, no han de conquistar el derecho de vivir?

**

De la fusión de todos los pueblos surgirá seguramente en un número de siglos que no se puede determinar, una raza unificada que resumirá los principales caracteres de las que habían servido para constituirla: la raza humana.

**

Libre en adelante, pacificada y unida, la humanidad proseguirá su marcha hacia el progreso sin límites.

Selección de V. M.

NOTA. — Se ha consultado el folleto de Carlos Malato titulado **Desenvolvimiento de la Humanidad** (Centro Editorial Presa, de Maucci Hermanos, colección «Los Pequeños Grandes Libros», número 70, Barcelona, sin fecha; pero, probablemente de a principios de siglo). Esta colección consta de valiosos títulos y de no menos valiosos autores: Kropotkin, Reclus, Bakunin, Malato, Grave, Tolstoi, Malatesta, Luisa Michel, Proudhon, Gori, etc. Malato estudia con notable ensayo el desarrollo de la humanidad, desde los tiempos prehistóricos hasta nuestra época, siendo su conclusión favorable en cuanto a especie; a pesar de las trabas y reacciones que momentáneamente se oponen al empuje y avance del progreso; obstáculos que para los no entendidos parecen definitivos, y solamente son temporeros en el curso del tiempo.—V.M.

se van mezclando a otro grito
de muerte inmediata y sola
al desmembrado enemigo.
Y el enemigo sin cuerpo,
sin dinero y sin testigos,
fue a reunirse en desbandada
con los sepulcros anónimos.
Cuando de pie los valientes,
sujetos de amor sin mito
defienden con la razón
integridades y bríos,
la traición se ensaña en aras
de altares y de santísimos.
Por los altos de ciudades,
en cementerios ahitos,
en sótanos abismales
y tugurios imprecisos,
se rasga la vida joven
del Pueblo que muere niño.
Sin cruces y sin calvarios,
las llagas de Jesucristo
se repiten aunque dicen
que los sin Dios extinguidos,
son la barbarie que Dios
castiga por eso mismo.

.....
La madrugada detiene
sus pasos de rojo fijo.
Cae de bruces como un joven
gitano de cuerpo limpio
y no quiere ver más albas
mientras que el odio divino
se defina de otro modo
si el Amor halla su sitio.
España herida en sus partes
hace un nudo con su sino
y manejando rosarios
sujeta sus pies con grillos.
Qué color tendrá en la ley
la causa del genocidio.
Debe tener el color
que tiene, diseco, el mirlo;
las hieles achicharradas
con aceite de ricino.
La Verdad desencantada,
en forma de golondrino,
fue renqueando vacía
a pastar entre borricos.
Lloran, verdes, las muchachas.
Silban, hirientes, chiquillos.
Muchachos hoscos revientan
su vejiga de destinos.
Urañas, las viejas mascan
el polvorón de los siglos,
y otros hombres, si hombres son
los que se quedan vacíos
de honra y de libertad
con manos en los bolsillos,
mordisquean las piltrafas
de sus secos desperdicios.

.....
¿Dónde, cómo y cuándo Dios
autorizó los suplicios,

el fusilamiento en ramos
de hombres claros y magníficos;
las prisiones apretadas
sin ventanas ni resquicios;
los arrebatos de rabia
hasta morir de hastío;
las solemnes bofetadas
y los pelados indignos;
el desgarrón de las carnes
a vil garrotazo limpio;
el rechinar de los dientes
que se tragaban molidos
quienes hablar no quisieron
en favor del fratricidio.
¡Dios, si es Dios y pone dioses
debe haberse arrepentido
de haber dejado en España
tanta infamia a su capricho!
¿Es mejor callar, o qué?
¿Mejor morir sin decirlo,
Pueblo de España irredento,
saca tu mal del olvido
y escucha el romance en ascuas
del amado Federico...

.....
Las piquetas de los jueces
bajan buscando al romero.
Nadie por la calle en sombra
atreve el paso sin serlo.
Caballos de sombra y muerte
llegan con trote pequeño
y la canción española
se pone crespones negros.
Amor callado y perdido/
se sumerge, sin reflejos,
en un puñado de latas
de conservas y excrementos.
Pordioseros falangistas
alzan sus palmas al cielo
con una chungá dramática
de esperanzas sin remedios.
¡Ay, Libertad, Libertad
qué oscura y sorda te has vuelto!
No preguntes por la llama
que dió relumbre a tu pelo,
porque tu nombre es delito
desde que viene a lo lejos.
Mi pesar ensangrentado
es que han quitado de en medio
los ojos que a ti te hacían
dos palomas con tus pechos.
Tu alegría ya no está:
te la mataron riendo
unos falangistas verdes
de gamados cerebelos.
Libertad, pesar de amor
detenido en su misterio,
por fin las olas del amar
laman arenas de ruedas.
Ahora que hablamos de luz
ve que pena hendida tengo
en tierra sin aceitunas
ni azogue tras los espejos.

Libertad, qué pena absurda
 llena tus cauces resecos.
 «¡Qué pena tan lastimosa!»
 ¡Qué pena con tanto duelo!
 Lloramos limón los dos
 en las pastillas del suelo.
 Esto que pasa en España
 no tiene ya más remedio
 que durar hasta que un día
 alcance el Amor al Pueblo.
 Y si al Amor le han vedado
 esos reales senderos
 con oscuros murallones
 de ignorancias con inciensos,
 que el Pueblo mismo se busque
 Amor con sus propios medios.

... ..
 ¡Ay, qué pena tan gigante
 por la garganta y el pecho!
 Parece como si el mar
 de hiel y lima, aquí dentro
 golpease con sus olas
 los arrecifes inmensos.

¡Qué pena! En bastarda luz,
 un sucio mantón de flecos
 se echa la loca Victoria
 y corre por esos puertos
 en busca de nazis pardos
 que lleva a su patrio lecho.
 Libertad, no sabes tú
 que es lo que hacen y no han hecho
 en tugurios de embajadas
 quienes asiéndole el pelo
 a media España arrastraron
 golpeándole los pechos.
 Libertad, sin luz dormida:
 apaga tu corazón
 y duerme en el vasto yermo.
 La paz es un cuento impuro.

Yo, como soy lo que quiero
 aunque la ley me persiga,
 te lo digo ahora que puedo:
 Mejor que todos se vayan
 a otra parte con el cuento.

ABARRATEGUI

EL SALMO ES MIO

por LEON FELIPE

U la España que se llevó la canción se
 llevó el salmo también. Jamás oí en
 las catedrales españolas un salmo
 afilado que pudiese clavar en el cie-
 lo, en la tierra o en la carne del
 hombre. Y siempre me preguntaba al entrar en
 las iglesias: ¿Dónde está el salmo? ¿Dónde lo
 habrán escondido los canónigos?

Durante el espolio de la última guerra espa-
 ñola lo encontré. Lo habían guardado los sa-
 cristanes en una vitrina y allí lo retenían como
 un idolillo inútil ya y sin sentido, para que lo
 contemplasen la erudición eclesiástica, los poe-
 tas pedantes y los turistas.

En Medellín, ciudad clara, ubérrima y levíti-
 ca de Colombia, la prensa reaccionaria que,
 como en todas partes, vive de la calumnia, asa-
 lariada, dijo en coro cuando pasé hace ya un
 año por allí, que yo era un rojo sacrilego que
 había robado los cálices y las joyas de las igle-
 sias.

Pero no fue esto lo que robé. Fue algo más
 sagrado: Lo que me robé fue el salmo. Diré
 cómo pasó: Al final ya de la contienda, allá
 por los últimos días del año 38, cuando los rojos
 se habían incautado de las iglesias y de los or-
 namentos sagrados (de los utensilios, y de los
 cubiletes de los malabaristas y de los merca-
 deres del templo) yo me llevé el salmo.

Denunciadme al Sumo Pontífice, dadle mis
 señas, mostradle mi cédula (este libro es mi cé-
 dula).

Decidle que eso que va aullando en la ráfaga
 negra del viento por todos los caminos de la
 tierra... es el salmo. Y que yo me lo llevo, que
 me lo llevo en mi garganta, que es la garganta
 rota y desesperada del Hombre a quien él ha
 dejado sin altar.

No me lo robo: me lo llevo... ¡lo rescato! El
 salmo es mio... ¡del poeta! El salmo es una joya
 que les dimos en prenda los poetas a los sacer-
 dotes.

¡Fue un préstamo!... Y ahora me lo llevo.

Cuando los arzobispos bendicen el puñal y la
 pólvora y pactan con el sapo iscarriote y la-
 dron... ¿para qué quieren el salmo?

El poeta lo resucita... se lo lleva. Porque el
 salmo es del poeta... ¡Mio! ¡El salmo es mio!

Franco, tuya es la hacienda, la casa, el ca-
 ballo y la pistola. Mía es la voz antigua de la
 tierra.

Tú te quedas con todo y me dejas desnudo y
 errante por el mundo... Mas yo te dejo mudo...
 ¡Mudo!

¿Y cómo vas a recoger el trigo, y a alimen-
 tar el fuego, si yo me llevo la canción?

Insolvencia democrática

por JACINTO GUERRERO LUCAS

Auschwitz... Treblinka... Mathausen... Nombres de evocación trágica cuya actualidad terrible no puede ser apagada.

La vieja Europa azotada por el sadismo fascista. Víctima propiciatoria de la ambición criminal nutrida por los germanos.

Imagen apocalíptica. La locura nazi escribe las páginas más infectas del quehacer contemporáneo.

Con un tarado mental presidiendo sus destinos —desgraciada paranoico con apetencias de César—, los alemanes zozobran en el placer enfermizo de animalidad racista, cual deber inaplazable de su casta «superior».

Invasiones, represión, ejecuciones masivas, colaboración, torturas... La noche del despotismo, con su inevitable corte de bajezas infamantes, se enseña de Europa.

En la sociedad autómatas de los concentracionarios el hombre es un desterrado. El instinto animal prima como regla inalterable de imposición en los nazis, de legítima defensa en el seno de sus víctimas.

Largamente madurada, la voluntad de exterminio concebida por el fúhrer se va materializando con realizaciones prácticas. El crimen, regla de Estado, que balbucea, discreto, por el trabajo forzoso, adquiere consagración en los campos de la muerte.

Y el largo calvario empieza. La bestialidad fascista prepara técnicamente la supresión de millones de víctimas indefensas; la desaparición física de millones de europeos. Los «gentlemen» distinguidos de los Estados Mayores dan forma al plan asesino que ha de conmover al mundo. Organizan la estrategia de eliminación masiva. Fijan la disposición de los campos de exterminio. Calculan el rendimiento de los hornos crematorios...

Las procesiones de presos, mujeres desnudas, niños, caminando a latigazos hacia la muerte, que acogen como una liberación, se alargan interminables.

La ferocidad germana se desata incontenible. Los alemanes torturan, mutilan, deportan, matan. Insultos, humillaciones, latigazos, horcas, hambre. Un universo de horror, de crueldad gratuita, de vicio escalofriante.

Son testimonios atroces que han de permanecer vivos. Que no admiten el olvido ni la reconciliación. Que prohíben el perdón.

El simple curso del tiempo no se basta a mitigar la imagen exasperante del más sucio genocidio que ha registrado la Historia.

No ha sido un pueblo de locos, la Alemania del nazismo, ni tampoco de guerreros, como lo pretenden tantos; sino un pueblo de sub-hombres, de histéricos y cobardes: los locos no industrializan los

cabellos de sus víctimas. Los guerreros no patean a las mujeres encinta...

Yo no soy historiador. Pero tal vez no es inútil insistir una vez más acerca de una evidencia que ya nadie pone en duda: la responsabilidad de la cobardía demócrata en el resurgir potente del nacional-socialismo.

Se ha de poner el acento en la complicidad clara de la Europa corrompida, tímida y conservadora. Incapaz de reaccionar a la provocación nazi, ni a las piruetas estúpidas del Napoleón romano...

Y destacar sin reservas la ceguera escandalosa, la impotencia criminal de franceses y de ingleses, del antifascismo todo, que no supo calibrar la importancia decisiva de nuestra guerra civil, y que asistió indiferente a la coalición fascista dirigida contra España pensando, con su recato, ser agradables a Hitler.

Los mediocres dirigentes de la Europa democrática no midieron a su tiempo que era su propio destino el discutido en Madrid, Zaragoza o Barcelona. Coincidieron presurosos en las traiciones a España, contribuyendo a la pérdida de nuestra joven República...

Y con tal vil abandono se perdieron ellos mismos: Las mismas hordas fascistas que asolaron nuestras tierras aullaban, poco más tarde, por las campiñas francesas o en las calles de Amsterdam; pisoteaban triunfantes el corazón de París y llenaban de terror las poblaciones de Bélgica...

Soy de los que lo celebran.

«La Historia —dice Camús— tiene la cara sangrienta...» El enfrentamiento eterno entre verdugos y víctimas no tolera diferencias. Con el bocado español se pretendía calmar el apetito fascista. Era indigno pretender comprar la tranquilidad de la Europa democrática al precio del sacrificio de todo el pueblo de España.

El postulado humanista no paga los goces propios con la moneda del duelo producido a los ajenos. Pienso —volviendo a Camús— que el bofetón dado a un negro en un barrio de Los Angeles colorea la mejilla del obrero de París, y que los pies congelados del deportado a Siberia hacen daño en los zapatos de cualquier hombre consciente que habite en países cálidos.

La fraternidad social sabe poco de fronteras. La abdicación europea incubó la bestia nazi. Su complacencia fue causa de la tragedia terrible que conmovió la Península. La traición a nuestro pueblo fue una gran deuda de sangre. Es justo que Europa fuera azotada por los nazis, y que sufriera en su carne los zarpazos dolorosos que con tanto desenfado admitió contra nosotros.

Aquella Europa de infamia no mereció otro destino.

Las constataciones tristes de insolvencia democrática demostrada en el pasado conducen a preguntarse si los demócratas saben interpretar el mensaje de rectitud inviolable que los desastres habidos parecen aconsejar. Pues Europa no ha aprendido la lección de la gran guerra.

Primero fue Nuremberg, una de las ciudadelas del nacional-socialismo llamada a ser el teatro de los sébres procesos «de criminales de guerra». En este primer encuentro la justicia democrática juega un papel negativo. Un legalismo de escándalo ofrece mil subterfugios a los nazis asesinos que invocan con insistencia su carácter militar y se refugian, tenaces, tras el telón de obediencia.

Obediencia...», «militar...»: Argumentos contundentes que hallan eco acogedor en los fiscales demócratas. Los bandoleros fascistas supieron dar en el clavo. Pues la obediencia es el orden. Y, terminada la guerra, los dirigentes demócratas se encuentran sedientos de orden. Les corre prisa poner orden en sus propias casas...

El fascismo ya vencido, es urgente dar la caza a los nuevos enemigos: Resistencia, ex-combatientes, trabajadores armados, comunismo, sindicatos... Los vencedores demócratas sueñan con la disciplina. Los disciplinados nazis son dignos de su interés y hasta de sus indulgencias...

Cientos de miles de muertos, torturas halucinantes, guerra, destrucción, miserias, de los luchadores del bien, los caídos, soldados y resistentes, los mutilados, los huérfanos, reciben, con la clemencia de los jueces democráticos que conciben atenuantes para ciertos procesados, el primer agravio serio.

Otros muchos han seguido: en realidad la victoria de los llamados demócratas, o tal vez mejor el uso que éstos han hecho de aquélla, podría constituir el escándalo del siglo. Después de haber apelado al esfuerzo sobrehumano de todos los hombres libres para ayudarla a salvarse la Democracia ha pactado con los verdugos de pueblos, persistiendo en la postura de negativa cobarde que ya la llevó al desastre.

El propio caso de España es demasiado evidente y se basta por sí solo para acusar la indecencia del llamado mundo libre. Más de veinte años después del triunfo sobre el fascismo, vemos los residuos nazis instalados en Madrid, a pesar del compromiso contraído con la España antifascista por los líderes notorios del mundillo democrático. Sin que haya excepción alguna.

Pero hay también el rearme y la industrialización de Alemania Federal, y el papel que se le otorga de gendarme de Occidente...

Hay la legión incontable de los nazis procesados, criminales convencidos condenados —pura fórmula— a la adetención eterna y puestos en libertad, discretamente, más tarde...

Hay el neto acercamiento de la actual Alemania con la España falangista y el Portugal del fascismo; nuevo eje escandaloso de la reacción europea...

Hay el caso «Der Spiegel» y el periodista alemán detenido por Sevilla... Y el escándalo reciente de la escucha telefónica...

Hav esa plaga de nazis, de fascistas, de «S.S.»

camuflados en los puestos de responsabilidad económica y política de la Alemania «demócrata»...

Existe aún en Alemania un número incalculable de nostálgicos racistas, de criminales de guerra, de verdugos conocidos en los campos de exterminio. Sus nombres son conocidos, y su personalidad, como sus tristes hazañas...

Todos llevan actualmente una vida placentera: funcionarios, comerciantes, en la consideración y el respeto generales...

Las víctimas del fascismo, que son la sangre y la carne de la Europa democrática, claman aún su dolor, su tragedia pavorosa. Mas la Democracia es sorda. Sorda, ciega... y masoquista. La legalidad demócrata no pone gran interés en obtener el castigo de todas las alimañas que se abrigan, confiadas, al otro lado del Rhin.

Al regresar de los frentes, las fuerzas antifascistas compuestas de hombres del pueblo dispuestos a defender la libertad con su vidas no supieron asentar un universo más digno que no ridiculizara los esfuerzos realizados. Dócilmente se plegaron a las consignas «de arriba». Entregaron sus fusiles y volvieron a los cauces que ya conocieran antes...

Desde entonces la Justicia no deja de ser burlada, y los valores sociales claramente adulterados por los mismos dirigentes que les pidieron la vida para poder defenderlos...

Los antiguos combatientes se reúnen en las fechas del Calendario Oficial. Encienden alguna llama y pasean banderitas. Dicen, con voz temblorosa, que «... la Victoria...» «...los Héroes...». Luego regresan al Orden, a solicitar, humildes, un aumento de pensión o la carta gratuita para sentarse en los trenes. A rivalizar, jurando todas las enfermedades que puedan tal vez lograrles un retiro misero...

Entre tanto Florian Winter, carnicero de Baviera, Jefe del N.P.D., el partido del nazismo renaciente en Alemania, es nombrado consejero municipal en Franconia, el 13 de marzo último.

En vísperas de elecciones de puestos municipales, un candidato de Erlanger ha exaltado la «grandeza de la Alemania fascista», en un discurso lanzado con miras electorales.

Se hacen peregrinaciones a las tumbas de los nazis ajusticiados en Nuremberg y se les brindan coronas con la misma ceremonia que a los caídos aliados.

El nazi Seep Dietrich, viejo criminal de guerra que fue condenado a muerte —y más tarde liberado— ha muerto recientemente. A su entierro han acudido más de 5.000 fascistas miembros de las Divisiones Hitler, Groos Detchland y Das Reich. Ha sido entonado a coro el canto «Horst Wessel Lied», el himno nazi que empieza ... «SS prietas las filas...»

Cosas todas toleradas por la «comprensión» demócrata en la Alemania moderna de los derechos del hombre...

La catadura moral de la Alemania presente no puede ser cotizada más cara que la fascista.

Existe una diferencia entre el reptil Adenauer —o su paralelo Ehrard— y el llamado Adolfo Hitler... ¡Hitler jugaba más limpio!

Una vida agitada: BAKUNIN

Tu pensamiento tiene el curso fecundante del sol:
 El oriente lo lanzó desde las nieves inmóviles
 Al occidente de los mares, que el enorme despertar
 De los desconocidos volcanes puebla de tempestades y de islas
 Sus rayos de rebeldía han quemado el sueño
 Con el cual resignaba el hombre sus miserias útiles,
 Explota debajo de ellos con un verbo igual
 A los ruidos de fuego en el caos de las ciudades.
 Dice el alba del trabajo libre y fraternal,
 Los guerreros sin hazaña, los sacerdotes sin altar,
 Las naciones que bate se tambalean en sus bases.
 Disipa la Historia, apaga espadas y cruces,
 Y sobre la eternidad que su juventud abraza,
 Se enciende y dice, a pesar del odio y sus temores,
 El amor que hace el cielo sin dios de nuestros éxtasis.

Georges Pioch

UN hombre no solamente gran pensador, profundo removedor de ideas, sino además, y ante todo, hombre de acción. Tal fue Bakunin. Es importante estudiar la enseñanza legada por un tal personaje.

Miguel Bakunin nació el 8 de mayo de 1814, de una familia noble y rica, en Priamoukhino, en la gobernación de Tver, en Rusia, hoy rebautizado por los dueños del Kremlin: Kalinin.

En diciembre de 1825, Bakunin tiene once años. La revolución rusa ha sido vencida y da su nombre a los que en ella se sacrificaron cuerpo y alma. Mientras que sus horcas se alinean indefinidamente, serán siempre una luz para el porvenir. Más tarde, evocando a los decembristas, Bakunin escribirá: «Un ruso que no ama a su patria no puede hablar friamente de aquellos hombres; son nuestra gloria más pura... son nuestros santos, nuestros héroes, los mártires de nuestra libertad, ¡los profetas de nuestro porvenir!»

A los 18 años, después de una residencia de tres años en la escuela de artillería de San Petersburgo, es enviado como oficial a una comarca lejana. Lleva allí una vida que le desagrada profundamente, sin embargo, dos años después, comprendiendo que se encaminaba por un mal camino, dimite y se traslada a Moscú, donde se inscribe como estudiante en la universidad.

Durante seis años, trabaja, medita, lee intensamente. Hasta ahora, nada tiene de un revolucionario. Parece, al contrario, ser un rabioso conservador que acepta el despotismo de Nicolás 1°.

Hacia 1840, evoluciona y se determina en un sentido revolucionario. Con un deseo imperioso de respirar una atmósfera menos sofocante que la de San Petersburgo, va a seguir sus estudios en Berlín, en donde hace amistad con Iván Turguenief, el ilustre novelista ruso.

A los 28 años sus ideas se precisan. Hegelianista de vanguardia, se revela con un nuevo aspecto de-

terminando su concepto nuevo de la vida social: «hombre nuevo para la vida nueva».

En la primavera de 1842, Bakunin habita Dresde y publica en «Los Anales Alemanes» de Arnold Ruge, «La reacción en Alemania, fragmento por un francés», estudio potente que Herzen notaba como una obra maestra: «El deseo de la destrucción es igualmente un deseo creador», publicado con el seudónimo de Jules Elizard. Este escrito permite a algunos, el calificar toda teoría de Bakunin, manchada con espíritu destructor, lo que le valió ser calificado, injustamente, el genio de la pandestrucción cuando en realidad fue un espíritu constructivo, revolucionario, creador de un mundo social nuevo. En efecto, esta fuerza negativa, incluso belicosa, era sólo la afirmación de aquel mundo nuevo «fundado únicamente sobre el trabajo emancipado, y creándose por sí mismo, encima de las ruinas del mundo antiguo, por la organización y por la federación libre de las asociaciones obreras liberadas del yugo tanto económico como político y de las clases privilegiadas.»

Está explicado en «La Protesta de la Alianza» de un modo que no puede prestarse a equívoco: «Estos dos lados de la misma cuestión, uno negativo y otro positivo, son inseparables. Nadie puede querer destruir sin tener al menos una imaginación lejana, verdadera o falsa del orden de cosas que debería según él suceder al que ahora existe; y cuanto más viva es esta imaginación en él, tanto más potente se vuelve su fuerza destructiva; y cuanto más se acerca a la verdad, es decir, cuanto más conforme es al desarrollo necesario del mundo social, tanto más los efectos de su acción destructiva se vuelven saludables y útiles. Pues la acción destructiva está siempre determinada, no solamente en su esencia y en el grado de su intensidad, sino aun en sus modos, en sus caminos y en los medios que emplea, por el ideal positivo que constituye su inspiración primera, su alma.»

Vol verá sobre este tema para desarrollarlo más

ampliamente. Lo que le preocupa siempre es la búsqueda de un espíritu renovador, un espíritu eternamente joven, que afirma con estos términos:

«Confiemos pues en ese Espíritu eterno que destruye y aniquila porque en él reside el eterno manantial de todo lo que vive. La atmósfera de la destrucción es al mismo tiempo la de la vivificación.»

H. E. Kaminski, en su primer capítulo de «La vida de un revolucionario», hacía alusión a los decembristas cuando escribía: «Los decembristas no tienen sucesores. El pueblo por el cual murieron nada sabe o no comprende nada de su sacrificio. En la nobleza su memoria sólo suscita vagos sentimientos de vergüenza, fastidio y miedo; apenas se osa hablar de «aquellos desgraciados». Dos jóvenes, Herzen y Ogareff, juran vengarlos, franqueando los límites que los separan de las masas populares.

«Durante medio siglo Rusia no se mueve. El mayor imperio del mundo se inclina sin ninguna resistencia bajo el azote de Nicolás 1°. Alrededor del zar el vacío es absoluto: ningún movimiento político, apenas discusiones literarias.

»No existe nada.

»En este silencio, en esta oscuridad, un solo hombre hace la guerra contra el zar. El primero que se rebela abiertamente y el primero que busca al pueblo. Este hombre es Miguel Bakunin. Es el orientador de envergadura. Toda una juventud marchará sobre sus huellas y generaciones enteras en sus luchas, sus esperanzas, sus sacrificios, tendrán los ojos fijados en él. Su silueta gigantesca planeará por mucho tiempo en Rusia, como el profeta y el símbolo del campesino eslavo. Con él comienza la revolución rusa.»

En Dresde encuentra Bakunin al joven poeta revolucionario G. Herwegh y hace la amistad del músico Adolfo Reichel. Pero ya estrechamente vigilado por la policía, vese rápidamente forzado a dejar el país. Se traslada a Zurich, acompañado por el joven poeta y frecuenta a los socialistas.

De nuevo obligado a alejarse, pasa a Suiza romanda, hace una corta estancia en las orillas del lago Lemán, pasa a Savoya y a Valais, para terminar por instalarse a principios del invierno en Berna, donde es acogido en la intimidad de la familia del profesor W. Vogt.

En febrero de 1845, Bakunin recibe la orden del gobierno ruso para regresar a su país. Se niega a obtemperar. El zar le destituye de sus derechos cívicos y de sus títulos de nobleza. Enseguida, el suelo de la República helvética cesa en serie hospitalario. Llega a Bélgica, va a Bruselas, pero no por mucho tiempo. En julio del mismo año, está en París, en donde vivirá hasta diciembre de 1847. Vuelve a encontrarse con A. Ruge y hace el conocimiento de Karl Marx, que más tarde se volvió su adversario en la Internacional.

Bakunin colabora en los «Anales franco-alemanes», entra en relación con P. Leroux, G. Sand, F. de Lammenais y se hace un íntimo de P. J. Proudhon.

El 29 de noviembre de 1847 habla en el banquete conmemorativo de la insurrección polaca, lo que le valió el ser expulsado de Francia, a requerimiento

del embajador ruso Kisselef, y a pesar de la interpelación de la oposición en las dos cámaras.

Refugiado en Bruselas, la revolución de 1848 le vuelve a abrir las puertas de Francia. Corre a París para «vivir los más hermosos días de su vida en la cálida atmósfera de la rebelión». Atraído un poco después por las insurrecciones de Viena y de Berlín, llega a Francfort, Colonia, Berlín, Leipzig, asiste a la conferencia polaca de Breslau, luego al congreso general de los eslavos que tiene lugar en Praga, el 2 de junio.

El 12 de junio, el pueblo sublevado libra batalla contra el ejército imperial.

Bakunin abandona el congreso, empuña un fusil, se lanza en la batalla; pero la rebelión es pronto aplastada y cuando toda esperanza de triunfo se pierde, se escapa y se refugia en Breslau.

En 1849 la insurrección estalla en Dresde. Toma parte Bakunin, pero fracasa igualmente. Se retira a Chemnitz, en donde, al ser descubierto, es detenido y encarcelado en la fortaleza de Königstein. Juzgado, es condenado a muerte, mientras que su compañero, el ilustre músico R. Wagner, logra pasar a Suiza.

Richard Wagner ha consignado en sus memorias, algunos recuerdos sobre Bakunin. He aquí el retrato que de él hace: «Todo en Bakunin era enorme, pesado y como de una frescura primitiva. Habitado a la discusión oral, se sentía enteramente bien cuando, extendido sobre el canapé poco confortable de su huésped (Reichel), podía discutir con los hombres más diversos, los problemas de la revolución.

»En estas discusiones la victoria siempre era para Bakunin, era imposible resistir a sus argumentaciones, a su tono de convicción, a sus conclusiones de un radicalismo extremo.

»Bakunin tenía una aversión sin nombre contra los tiranos y más aún contra los filisteos. El enunciado de aquellas teorías pavorosas no le impedía ser un hombre de una gran amabilidad y de una rara delicadeza de sentimientos.

»Comprendía todos mis sueños de arte ideal, todas mis aprensiones, todo mi desespero sobre esto. Encontraba «terriblemente hermosos» los fragmentos del «Bajel fantasma».

Wagner relata aún que el domingo de Ramos del año 1849, la capilla de la corte, bajo la dirección de su director de orquesta, un concierto donde figuraba la Novena Sinfonía de Beethoven.

Aunque buscado por la policía, Bakunin asistió secretamente a la repetición general. Después de la ejecución de la célebre sinfonía, se aproximó a los músicos y exclamó: «Toda la música puede perecer en el gran incendio mundial que se prepara; pero ¡debemos conservar esta sinfonía, aunque peligren nuestras vidas!»

El incendio debía producirse en Dresde algunos días después, y Bakunin fue uno de los principales héroes de la insurrección. Se conoce el fin de esta aventura. Pero lo que se conoce menos, es que aquel movimiento había parecido a Bakunin estúpido y ridículo. Fue arrastrado por el noble y valeroso ejemplo de uno de sus admiradores, Heubner, que

pertenecía a la izquierda moderada del parlamento sajón y que Bakunin consideraba como un hombre de una gran nobleza de carácter. El día en que Heubner le preguntó «si no creía que había llegado el tiempo de licenciar a los sublevados en vez de continuar una lucha cuyo triunfo se había alejado», se negó. «Cuando se ha sublevado a los hombres hay que ir hasta el fin. Si se encuentra la muerte el honor está a salvo; de lo contrario, nadie en el porvenir tendrá confianza en estas clases de luchas.»

Los sublevados habían abandonado Dresde por Chemnitz, en donde esperaban mantenerse y popularizar la insurrección. No pudieron realizar su sueño. Mientras que, ya al límite de sus fuerzas, Heubner, Bakunin y Martin llegaban a un hotel para descansar un poco, fueron detenidos. Bakunin pasó un año en las prisiones de Saxe.

El 13 de junio, entregado a Austria, es encerrado en Praga, luego en Olmutz y, por segunda vez condenado a muerte; pero una conmutación de pena le salvó. El gobierno ruso le reclama a su vez; es entregado y conducido a San Petersburgo, en donde se le encierra en la fortaleza Pedro y Pablo. Allí pasa tres años en los cuales el escorbuto, la fiebre y el insomnio minan su constitución hasta entonces tan fuerte. Transferido a la fortaleza de Schulselburg, sale de esta tumba en marzo de 1877, para ser internado en Tomsk, en Siberia.

Al año siguiente se casa con Antonie Kwiathovska, joven de origen polaco. Poco tiempo después recibe el ofrecimiento de una función administrativa que rehúsa para no corromper su pureza revolucionaria. Es trasladado a Irkutsk en 1859, desde donde logra evadirse en junio de 1861.

Llega a Yokohama, a San Francisco, llega hasta Nueva York, desde donde se embarca para Inglaterra, desembarcando el 27 de diciembre en Londres, donde vuelve a ver a sus viejos amigos Herzen y Ogareff. Pronto vuelve de nuevo a la acción. Se entrega a ella por entero con una especie de voluptuosidad impetuosa.

En 1863 Polonia se subleva de nuevo. Bakunin parte para Estocolmo, con la esperanza de pasar a Lituania, pero la expedición fracasa, y la insurrección es aplastada. Regresa de nuevo a Londres, en donde ve por última vez a Karl Marx, en 1864. Parte para Italia, habita en Florencia y luego en Nápoles. Crea una organización secreta que, más tarde, con el nombre de «Alianza Internacional de la Democracia Socialista» adhiere en bloque a la Internacional.

En 1869, en el cuarto Congreso Internacional de Basilea, se afirma Bakunin colectivista revolucionario, partidario de la destrucción del Estado y de la abolición de la propiedad individual del suelo y combate igualmente el derecho de herencia. Marx que nunca le había querido, le detesta y comienza contra él una temible y pérfida guerra, con su arma habitual: la calumnia. El Congreso terminado, Bakunin deja Ginebra para Locarno. La Internacional ginebrina cae en poder de los políticos dirigidos por Outine, triste personaje, del cual Marx se sirvió para su política contra Bakunin.

La guerra franco-alemana acababa de estallar. Exasperado por las primeras victorias prusianas, Bakunin escribe sus «Cartas a un francés sobre la crisis actual», vehemente llamada a la revolución social, a la insurrección espontánea. Quiere utilizar el patriotismo hereditario de las masas para realizar el ideal revolucionario; luego, predicando con el ejemplo, parte para Lyon a unirse con los sublevados de la insurrección comunista. La indecisión de algunos hace abortar el movimiento; Bakunin en Marsella, se esconde durante un mes; luego se traslada a Génova, para regresar a Locarno en donde pasa cinco meses en una triste soledad y una pobreza inenarrable.

El 18 de marzo se proclama la Comuna de París. Súbitamente reconfortado, Bakunin se encuentra en medio de los jurasianos, preparado para atravesar la frontera. Pero la Comuna sucumbe a pesar del heroísmo del pueblo y Bakunin regresa otra vez a Locarno.

Las querellas desencadenadas por Outine no se apaciguaban, el mal se agravaba y, en septiembre de 1871, una conferencia privada fue convocada en Londres por el Consejo General de la Internacional, se toman resoluciones destruyendo la autonomía de las secciones y provocando reprobaciones. Apropiándose una idea particularmente marxista, declara que «la constitución del proletariado en partido político es indispensable para asegurar el triunfo de la revolución social y que el movimiento económico y la acción política de la clase obrera están íntimamente unidos.»

Afluyeron protestas de todas partes. Marx responde derramando montones de difamaciones contra Bakunin. El 2 de septiembre de 1872, un Congreso es convocado en La Haya. Bakunin y su amigo James Guillaume son expulsados de la Internacional. Se aprovechó el último día del Congreso, cuando la tercera parte de los delegados habían ya partido. Para deshonorarlo se le acusó de estafa y chantaje.

El 15 de septiembre, en Saint Imier, los antiautoritarios convocan un Congreso y Bakunin expone las bases del anarquismo (comunista) práctico. Los delegados afirman su posición teórica sobre ciertos puntos de vista de la doctrina marxista. Como escribía Malatesta, que asistía a este Congreso: «Esta hacia de la conquista del poder político el primer deber de la clase obrera; los antiautoritarios afirmaron que el primer deber del proletariado era la destrucción de todo poder político — la idea anarquista había nacido —.»

Pero fatigado de esta larga lucha — la prisión le había envejecido antes de la edad —, aspirando a un poco de reposo, Bakunin dirige en octubre de 1873, su dimisión de miembro de la Federación Jurasiana y de miembro de la Internacional.

«No me siento más con las fuerzas necesarias para la lucha: no podría ser en el campo del proletariado más que un estorbo en vez de una ayuda. Me retiro, pues, queridos compañeros, lleno de simpatía por vosotros y por vuestra grande y santa causa, — la causa de la humanidad —. Continuaré siguiendo con ansiedad fraternal todos vuestros

pasos, y saludaré con felicidad cada uno de vuestros nuevos triunfos. Hasta la muerte, siempre seré vuestro.»

Bakunin se retiró a Locarno a casa de su amigo Carlos Cafiero, pero en julio-agosto de 1874, los amigos italianos, habiendo preparado un movimiento, no pudo impedir el trasladarse a Bolonia para tomar parte en él. Habiendo fracasado el movimiento se fue a Suiza.

La enfermedad se agravaba, alcanzaba el cuerpo y el espíritu. En 1876 se traslada a Berna para ver al Dr. A. Vogt, con el fin de curarse. «Vengo aquí para que me cures o para morir». Su amigo le exhortaba a llevar una vida ordenada. «Siempre he vivido de una manera desordenada. ¡Y bien! Se dirá de mí: Su vida fue desordenada, pero su muerte muy ordenada.» Su mal no tiene remedio. Se extingue un atardecer en casa de Reichel, de una uremia aguda, el 1º de julio de 1876.

Kaminski escribe: «Muerto pobre, enterrado en la tierra del exilio, todo lo que lega a la posteridad es un nombre, una doctrina, una leyenda, un ejemplo y una esperanza.» ¿No es ya suficiente para la eternidad de Bakunin, ese revolucionario muerto sin «profesión», según las exigencias del estado civil? Seguirá siendo un hombre que vive, dominando a las muchedumbres con su talla de gigante y con su grandeza de alma poco común.

La vida tumultuosa de este subversivo ha inspirado a muchos escritores: Turguenief, Wagner, Zola, Luisa Michel, Albert Camus. Biellinsky escribe de él: «Miguel Bakunin ha pecado mucho, ha cometido muchos errores; pero lleva en él una fuerza que borra todos sus defectos personales. Se trata del principio del eterno movimiento que está en el fondo de su alma.»

H. E. Kaminski, citado más arriba, dice aún: «Pero Bakunin es no solamente un revolucionario ruso, es también un revolucionario internacional y el creador de una doctrina de la revolución universal. Es todo eso y más aún. Describirle no es pues evocar una vida, una época, una teoría; es evocar un principio vital, el más vital de todos: el de la misma revolución.»

«Bakunin y la revolución se confunden. El la representa, la encarna, la lleva en sus entrañas. Ella es su razón de ser, la pone en su atmósfera apropiada, la atrae y la marca con su huella. Su vida no se desarrolla como una carrera, aunque ésta fuese la misma carrera revolucionaria, con puntos culminantes y con peripecias, sino como una sola y misma lucha, cuyas diferentes fases se ordenan en su diversidad, en torno a un tema único. A pesar de todas sus evoluciones, no cambia. Ofrece varios aspectos de una actividad que es siempre la misma, no tanto por sus métodos, ni por los fines inmediatos que por su voluntad y sus conceptos forman su conciencia. Los anarquistas se reclaman de él; pero lo que les ha dado es más aún un ejemplo que una doctrina.»

En «Penseiro e Volontà, de julio de 1926, Enrico Malatesta narra su primer encuentro con Bakunin, tal como éste se le apareció un atardecer, cuando acompañado por Cafiero, llegó a la casa

que habitaba en Zurich. La leyenda de Bakunin había ya inflamado la juventud de Malatesta.

«Bakunin en Nápoles era una especie de mito. Había estado allí, si no me engaño, en 1864 y en 1867. Y había dejado una impresión profunda. Se hablaba de él como un ser extraordinario; y, como casi siempre pasa, se exageraban sus cualidades y sus defectos. Se hablaba de su talla gigantesca, de su apetito formidable, de su manera pantagruélica, de su desprecio absoluto por el dinero. Se contaba que había llegado a Nápoles con una gruesa suma en el momento donde a menudo se encontraban los revolucionarios polacos que habían huído de la represión que dio paso a la insurrección de 1863. Bakunin dio simplemente la mitad de lo que poseía al primer polaco necesitado que encontró; luego la mitad de lo que le quedaba al segundo polaco, y así a continuación, hasta el momento que llegó pronto, en que se encontró sin un céntimo. Entonces distribuyó, según se dice, el dinero de sus amigos con la misma indiferencia de gentilhombre que había tenido al distribuir el suyo.

»En realidad, una leyenda más o menos fundada se forma siempre alrededor de un hombre que sale de lo ordinario por su carácter y por sus opiniones. En Nápoles se hablaba mucho en todos los círculos avanzados (o supuestos tales) de las ideas prodigiosas de Bakunin. Aquel ruso había venido a tambalear todas las tradiciones, todos los dogmas sociales, políticos y patrióticos, considerados hasta entonces por la masa de los «intelectuales» napolitanos como verdades seguras y fuera de discusión. Para unos, Bakunin era un bárbaro del norte, sin dios y sin patria, sin respeto por ninguna cosa sagrada: constituía un peligro para la santa civilización italiana y latina. Para otros era el hombre que había insuflado en las tradiciones napolitanas un soplo de aire salubre, que había abierto los ojos a la juventud, que había desvelado nuevos y vastos horizontes: de hecho, sus discípulos, Fanelli, De Luca, Gambuzzi, Paladino, etc., fueron los primeros socialistas, los primeros internacionalistas, los primeros anarquistas de Nápoles y de Italia.»

Bakunin se había vuelto para Malatesta un personaje de leyenda y se comprende su orgullo con la idea de que él, joven en la acción revolucionaria, estaba a dos pasos de escuchar pronto la voz de aquel titán de la idea, de conocer al hombre, de apretarle las manos. Un sueño a realizarse: aproximarse a Bakunin y escuchar su cálido verbo.

Pero Malatesta era enfermizo, escupía sangre, estaba considerado como tísico y casi desahuciado. Llegó a Zurich, a casa de Bakunin, agotado, tosiendo, con una alta fiebre. Su huésped le forzó a acostarse, le preparó un té caliente. «Todo eso — escribe Malatesta — me fue derecho al corazón. Mientras yo estaba tapado con las frazadas y que todos creían que dormía, oí que Bakunin decía en voz baja cosas agradables sobre mí. Luego añadió con tristeza: «Lástima que esté enfermo; le perderemos en seguida. No durará ni seis meses.» Yo no dí importancia al triste pronóstico porque me parecía imposible morir. (Aún hoy, no me he hecho del todo a esa idea). Pensaba entonces que era casi un cri-

men morir, cuando había tanto que hacer por la humanidad. Me sentía feliz con la estica de Bakunin, y me prometí todo el mundo para merecerla. Y ahora que estoy aquí cargado de años, me siento orgulloso al decir que, si por mi incapacidad o por la adversidad de las circunstancias, no he podido hacer lo que me había prometido, al menos en las intenciones, no he desmerecido la estima que Bakunin por mí tenía cuando era joven.»

Malatesta se despertó curado. Y al otro día comenzaron las interminables discusiones en las cuales tomaron parte otros compañeros llegados de España, de otros lugares de Suiza y de otras partes. Luego tuvo lugar el Congreso de Saint-Imier, en donde fueron adoptados los principios anarquistas formulados con la inspiración de Bakunin. Helos aquí:

1.—La destrucción de todo poder político es el primer deber de los trabajadores.

2.—Toda organización de un poder político, llamado provisional y revolucionario, tendente a esta destrucción, sólo podría ser un engaño más, tan peligroso para el proletariado como todos los gobiernos existentes.

3.—Rechazando todo compromiso, para ir recto a la realización de la revolución social, los trabajadores de todo el mundo deben establecer al margen de toda política burguesa, la solidaridad de la acción revolucionaria.

Y Malatesta nos dice aún: «Así fue como conocí a Bakunin, cuando ya estaba agotado por la edad, y minado por las enfermedades contraídas en las prisiones de Siberia. Pero yo le encontré lleno de energías y de entusiasmo, y comprendí cual era su potencia de comunicación. Era imposible para un joven tener contacto con él sin sentirse inflamado por el sagrado fuego, sin ver ampliarse todos sus horizontes, sin sentirse caballero de una noble causa, sin hacer proyectos magnánimos.

»Y esto ocurrió a cuantos cayeron bajo su centelleo. Más tarde, algunos — habiendo acabado el

contacto directo — cambiaron poco a poco de ideas y de carácter. Se perdieron en los caminos más diversos, mientras que otros continuaron resintiéndolo y, si aún viven, resienten aún su influencia.

»Pero no hubo nadie, me parece, que practicando, aun por poco tiempo, la compañía de Bakunin, no se haya vuelto mejor.»

Miguel Bakunin tiene el poder de tomar posesión de las almas humanas. Una inmortal primavera, según un escritor ruso, anima esta existencia tumultuosa, en la cual la acción completa con una intensidad sin igual, un pensamiento siempre despierto.

Victor Dave ha dicho de Bakunin que «era de quienes uno se da y se abnega por ellos,»

El nombre de Bakunin no puede ser olvidado por las nuevas generaciones militantes que trabajan por la manumisión y la liberación de las sociedades para sacarlas del yugo monstruoso de un capitalismo arrogante, cínico o inhumano. No se puede callar el que Bakunin era un apasionado de la libertad y que por la tiranía tuvo un odio implacable. Para él «la libertad sin el socialismo, es el privilegio y la injusticia.» Y «el socialismo sin libertad es la esclavitud y la brutalidad.»

No se puede sacrificar la libertad al socialismo, lo que es necesario — y Bakunin lo proclama con fuerza — es aplastar al principio de autoridad, si se quiere que triunfe la revolución social.

En 1871, en pleno reinado de la ciencia y del positivismo, Bakunin escribía: «La única misión de la ciencia es la de iluminar el camino. Pero la sola vida, liberada de todas las trabas gubernamentales y doctrinarias, y dejada en la plenitud de su acción, puede crear.»

Y un pensamiento, me parece, resume al hombre y a la obra: «En último término, el fin supremo de todo desarrollo humano, es la libertad.»

Hem DAY

(Trad.: V. M.)

El fascismo internacional envía sus tropas a España y financia a los rebeldes. Moros y legionarios invaden aquel glorioso país, dejando a su paso la muerte y la miseria.

En esta hora grave y decisiva, en esta hora de sufrimientos para el pueblo español, yo hago un llamamiento a la conciencia de la humanidad.

Acudid en auxilio de la democracia, todos vosotros, millones de hombres, por la salud de la civilización y de la cultura. — Rabindranath Tagore. (En manifiesto dirigido a la opinión pública, en

1938)

POR UNA CONDUCTA HUMANA MEJOR

La voluntad libertaria

por FLOREAL OCAÑA

He aquí el fallo de los deterministas mecanicistas: querer explicar todas las funciones del cuerpo humano como si éste fuera una máquina compleja, pero en la que todo está previsto cómo funciona o ha de funcionar, rigurosamente, con precisión matemática. Y nuestros «contradictores», erigiéndose en teóricos actuales del determinismo — cuando lo estamos haciendo pasar a la historia —, para ser consecuentes tienen que seguir defendiendo las viejas posiciones hasta el límite extremo: negar, de acuerdo con Hamon y el conductismo de Watson, que la mente pueda influir en el cuerpo. ¡En tiempos que la Medicina psicosomática lo afirma y lo ha probado científicamente, de modo absoluto! ¿Pueden ignorar y negar esto el Dr. R. Martínez y su compañero en «contradicciones»? Con su actitud actual lo niegan, como si estuvieran solos en el mundo, sin querer ver ni oír que la Medicina moderna psicosomática lo está probando tratando millones de pacientes en todo el orbe. Y por sostener su teoría «mecanicista» tienen que continuar negando también, absurdamente, como tantas otras cosas, la existencia de la conciencia, porque no hallan el órgano o la facultad que la produzca. No tienen en cuenta que existe, a nuestro entender, como existen en el cuerpo con conciencia y el cerebro en aquél que funciona en conjunto y que, activado por ésta, por la conciencia, puede producir funciones que se deban a la combinación de las energías globales del mismo, de todas sus partes, descartando que haya funciones que pueda realizar una sola región cerebral conocida o inadvertida aunque una o más de éstas tengan una mayor participación que otras sin dejar de contar la intervención, también, de otros órganos, glándulas y vísceras en el desarrollo voluntario e involuntario, consciente e inconsciente, de los fenómenos y procesos psicológicos y fisiológicos.

Mente evolucionada alguna puede creer en la existencia de lo sobrenatural, negación de lo natural, del concepto ser, de cuanto existe, sea o no todavía conocido, pero si en los fenómenos y procesos precitados y los biológicos, en general, que tienen lugar en nuestro organismo, los podamos o no explicar y probar completamente.

Basándonos en los estudios y experiencias psicofisiológicas vamos señalando correlaciones y semejanzas con cuanto ya hablamos en varios escritos, sobre los orígenes de la fuerza de gravedad y de la fuerza de voluntad. Y seguimos manteniendo la opinión de que sólo las relaciones biocósmicas del hombre pueden llevarnos a resultados positivos.

Consideramos, por otra parte, que si algunas correlaciones que intuimos existen, para explicarnos fenómenos y procesos biológicos determinados, no nos los han enseñado, porque no se pueden probar aún científica y totalmente, somos libres para intentar deducirlas de las conocidas, sobre todo observando que no están en contradicción con éstas, sin dejar, no obstante, de continuar marchando por senderos naturales del saber, por caminos científicos hacia el encuentro de la explicación comprobable en todos los sentidos.

Deseamos, de todo corazón, que nuestros contradictores, que llevan más de una década maltratándonos — al que escribe — y falseando nuestros conceptos, en vez de aceptar la discusión seria, instructiva y educativa, y que han acabado por hacer que los tratemos con cierta crudeza, comprender que nos hemos propuesto de acuerdo con la ciencia moderna y el acratismo: que lo importante es afirmar e ir probando que en la Naturaleza se hallan todas las respuestas — en la del hombre mismo — que deseamos conocer: las conocidas y las inadvertidas, y nos esforzamos por hallar hasta las más sutiles, las que han ido escapando a la inteligencia del hombre y a sus sentidos, no todos bien conocidos, ni descubiertos todos los existentes en el cuerpo humano. Hoy sabemos que aparte de los conocidos cinco sentidos está ya estudiándose, por ejemplo, el sentido llamado *kinestésico*, el del sentido muscular, sentido del movimiento del que ya hablamos en el número 130 de CENIT. Se ignora, pues, cuántos sentidos tiene el organismo, y es el conocimiento de esta ignorancia lo que nos decide a exteriorizar cuanto sentimos por considerar, repetimos, que por algo es sentido, y no debemos silenciarlo.

Buceando por el mundo de lo desconocido, o no suficientemente conocido, corremos el riesgo de errar más de una vez; pero pese a todo no es lo

atrevido que resulta ser lo que dice nuestro viejo contradictor en la revista desde la que también nos contradice el Dr. R. Martínez: «Hoy el hombre sabe casi hasta los mínimos detalles sobre el mecanismo de sus acciones.» Y lo dice como si fuera la última palabra de la ciencia, lo definitivo e incontrovertible, siendo falso, porque la verdad conocida por psicólogos, fisiólogos y biólogos es que del mismo cerebro se ignora tanto o más de lo que se sabe de dicho órgano. Más abajo comentamos la parte fundamental de su tesis expuesta en el mismo número de la revista «T. y L.», donde publica también las palabras que transcribiremos textualmente.

Preferible que estancar el pensamiento, provocando la anquilosis del mismo, es seguir ejercitándolo para progresar, sin importarnos cometer errores por tratar de explicarnos cosas ignoradas aun, o al menos por nosotros. Lo peor es no pensar por nosotros mismos: pensar como otros han dicho que pensemos lo pensado por ellos que es, en realidad, no pensar, no usar nuestra propia razón, repetir,

tan solo, lo que puede contener error. Siempre hemos de estar dispuestos a la acuciosa búsqueda de una verdad, de la certeza, por nuestra propia cuenta, sin detenernos a recordar, siquiera, cómo razonaron otros sujetos sobre la misma materia que estudiamos para evitar sus influencias mentales que pudieran hacernos incurrir en los mismos o semejantes errores — o imperfecciones — que cometieron, si los hubiera, parciales o totales.

A todos nuestros semejantes normales se les «escapan» expresiones que brotando de su **inconsciente**, se acercan, a nuestro entender, a las elevadas concepciones materialistas que vamos exponiendo: al mismo Dr. R. Martínez. Al final de su artículo IV este Dr. para afirmar su posición **determinista-mecanicista** concreta su pensamiento diciendo: «Pensamos que el hombre es un animal formado por una combinación más o menos sutil de algunos materiales del universo en que vive y que está sujeto a todas las leyes que son comunes a la materia que está compuesto.»

(Continuará)



POETAS DE AYER Y DE HOY

I

España, no hay recuerdos
tuyos, no eres memoria,
si quiero recordar
los azahares,
el mercado amarillo
o las ácidas sombras de Valencia,
cierro la frente,
abro los ojos,
y me muerdo la boca.
No, no tengo recuerdos,
no quiero nada con tu forma seca
ni con tu generosa cabellera,
no quiero tus espigas,
no quiero ir recogiénolas
en la melancolía de un camino;
te quiero intacta, entera
a mí restituida
con hechos y palabras,
con todos tus sentidos,
desenlazada y libre,
metálica y abierta;
Granada roja y dura,
topacio negro, España,
amor mío, cadera
y esqueleto del mundo,
guitarra incandescente,
fuego sin mutilar, oh, dolorosa
piedra amada,
si yo te recordara
el corazón se me desangraría.
Y necesito sangre
para reconquistar tus hermosuras,
para que tu silencio
de golpe se arrodille
vencido, terminado,
y se oiga la voz de tus pueblos
en el nuevo coro del mundo.

II

Hay algo,
fermentaciones, lágrimas,
lunas, ¡vuelos, dolores,
se advierte
que pasa algo.
Un punto, algo
como un cometa
de color escarlata
son todas tus querellas,
España,
tus hombres, tus mujeres.
España.
Hay un océano,
un vasto viento eléctrico
que fabrica relámpagos,
algo crece en tu vientre,
España,
reconocemos
al hermano que viene:
levántalo a la luz,

nútrelo con tu sangre,
que corra
apenas si nacido,
que muerda
ahora,
dale
leche de hidra salvaje,
fuerza de tierra atómica,
dale todos tus huesos,
los huesos que no olvidan,
dale las cuencas abiertas
de nuestros fusilados,
dale tu vida, y la mía
si la quieres,
y entonces
entregale cuchillos,
fusiles escondidos,
araña
bajo tu lecho,
busca en las sementeras,
saca del aire las armas,
y déjalo que luce,
España, que luce tu hijo,
que luce tu hijo, España,
rompe
tu cárcel, abre
todos tus ojos,
levanta
tu antiguo corazón
porque ésa es tu bandera,
la nueva estrella en medio
de tu sangre vertida.
Levántate
y clama,
levántate
y derriba.
Levántate y construye,
segadora,
echa al mundo tu hijo,
amasa tu pan de nuevo,
la tierra está esperando
tus manos y tu harina.
Es tu victoria
la que nos hace falta,
la que buscamos antes de dormir,
la que esperamos
antes de despertar,
tu victoria olvidada
va errante en los caminos,
déjala entrar,
deja entrar tu victoria,
abre las puertas,
que tu hijo abra la puerta
con recias manos rojas de minero,
que se abran las puertas de España,
porque ésa es la victoria
que nos falta
y sin esa victoria
no hay honor en la tierra.

E

S

P

A

Ñ

A

PABLO NERUDA

Bajo el signo de ESTUDIO y RECREO

Cartas a un escéptico, Balmes	4 00	Mi paso por la política	6 00
Duelo al sol, Busch	3 50	Mi lucha, Hitler	5 00
Duque de ayer, Audaz	3 50	Misión de prensa en España, Chavez	15 00
Diccionario español ilustrado	30 00	Misión de guerra en España, Hayes	15 00
Estudios Literarios, Menéndez Pidal	4 00	Misterio y otros cuentos	2 50
El señor de la Salle, Gallardo	3 50	Memorias de Cisneros (2 v.)	28 00
Grito en la noche, Mata	5 00	Más allá de los Urales	6 00
La maja desnuda, Dax	3 50	Moloc (el)	8 00
La perfecta casada, Fr. Luis de León	3 50	Montes de Oca	2 50
Manón	3 00	Moradas, Santa Teresa	4 50
Mandarin (el)	2 50	Movimiento Libertario en E. A. y A.	1 00
Manantial (el)	15 00	Montalvez, Pereda	4 00
Manón Lescaut	2 50	Monederos falsos	7 00
Manual de clasificación y archivo	3 00	Monate P.	0,50
Mario y el hipnotizador	5 00	Muchacha del ideal	2 50
Martin Fierro	3 50	Mujer de ámbar, Gómez	3 50
Maternidad y espíritu	3 00	Mundo es ancho (el)	9 00
Mayor pendiente	10 00	Mundo nuevo	1 80
Mazzini, King	6 00	Municipio español desde la época de Roma	0 50
Marxismo y socialismo libertario, Guerin	8 50	Muelle de las brumas	2 50
Más allá del amor y de la vida	3 00	Mundo de ayer (el)	5 60
Marzo y el 2 de Mayo	2 50	Morganáticos, M. Nordau	1 00
Mascarilla y trébol	3 50	Municipio, mandatario de la asamblea, Alaiz	0 50
Matrimonios	7 00	Narváz	2 50
Magallanes	5 00	Niki o la historia de un perro	6 00
Más allá de los montes Urales	4 00	Ni víctimas ni verdugos	2 00
Memorias de un cortesano	2 50	Nueva York, Maurand	3 00
Mendizábal	2 50	Nuevo drama de Europa	6 00
Medicina sexual	y 50	Nacha Regules	2 00
Memorias de P. Casals	1 00	Napoleón y las mujeres	2 00
Memorias del Congreso de 1960	3 00	Náufragos, Adrián del Valle (incompleto)	0 00
Memorias del Congreso de París	1 00	Náufrago del Cyntia	4 50
Método de autosugestión	6 00	Niño de la bola, Alarcón	2 50
Mis montañas	2 00	Noticias de ninguna parte	3 00
Mi adorable mamá	2 50	Noches tristes	5 00
Mi conciencia, Chantepleure	2 00	Norteamericanos en su salsa	3 00
Mi tío Spencer	6 00	Nociones de historia natural	0 60
Mi amiga Flica	6 00	Novela de Roger de Flor	3 60
Mi política, Gordón Ordás (tomo I)	15 00	Nubes de estío	4 50
Idem, idem, idem (tomo II)	15 00	Nuestros primeros 20 años	16 00
Idem, idem, idem (tomo III)	20 00	Nostradamus	2 50
Mi política fuera de España, Gordás	20 00	Nuevo Israel, Souchy	5 00
Mientras yo agonizo	6 00	Nueva maldición del practicismo, Alaiz	0 50
Militancia pide la palabra (la)	0 50	Nuestros objetivos, Santillán	1 00
Mis interviús, Gorki	5 00	Ni Franco ni la Monarquía	0 80
Mis prisiones, Pellico	4 00	Nuestra señora de París, Hugo	5 00
Misión presidencial	8 40	Nicolai, Belgis	6 50
Mito de Sisifo y Hombre rebelde	19 00	Peñas Arriba, Pereda	5 00
Misterio de Frontenac	6 00	Reconquistada, Mata	2 50
Mito de la cruzada	16 50	Sabor de la Tierrauca, Pereda	3 50
Mi infancia, Cajal	4 00	Sotileza, Pereda	4 00

Pedidos a nuestro servicio de librería

M. CELMA, 4, rue Belfort - Toulouse (H.-G.)

QUINTO

— sociología —
ciencia — literatura



Editorial.

Ramón Liarte: Trayectoria y objetivos del movimiento obrero anarcosindicalista.

J. Muñoz Congost: Presencia de la C. N. T.

Albert Camus y España.

Jacinto Guerrero Lucas: Sugerencia a Bertrand Russell.

Eugen Relgis: De mi calendario.

Floreal Ocaña: La voluntad libertaria.

Cosme Paules: Armonías.

Marín: El deporte como arte y desarrollo.

Doménech de Bellmunt: No lo olvidemos.

Vicente Artés: Sociedades de Naciones.

La vida y los libros.

H. Plaça: Una exposición de «Shum».

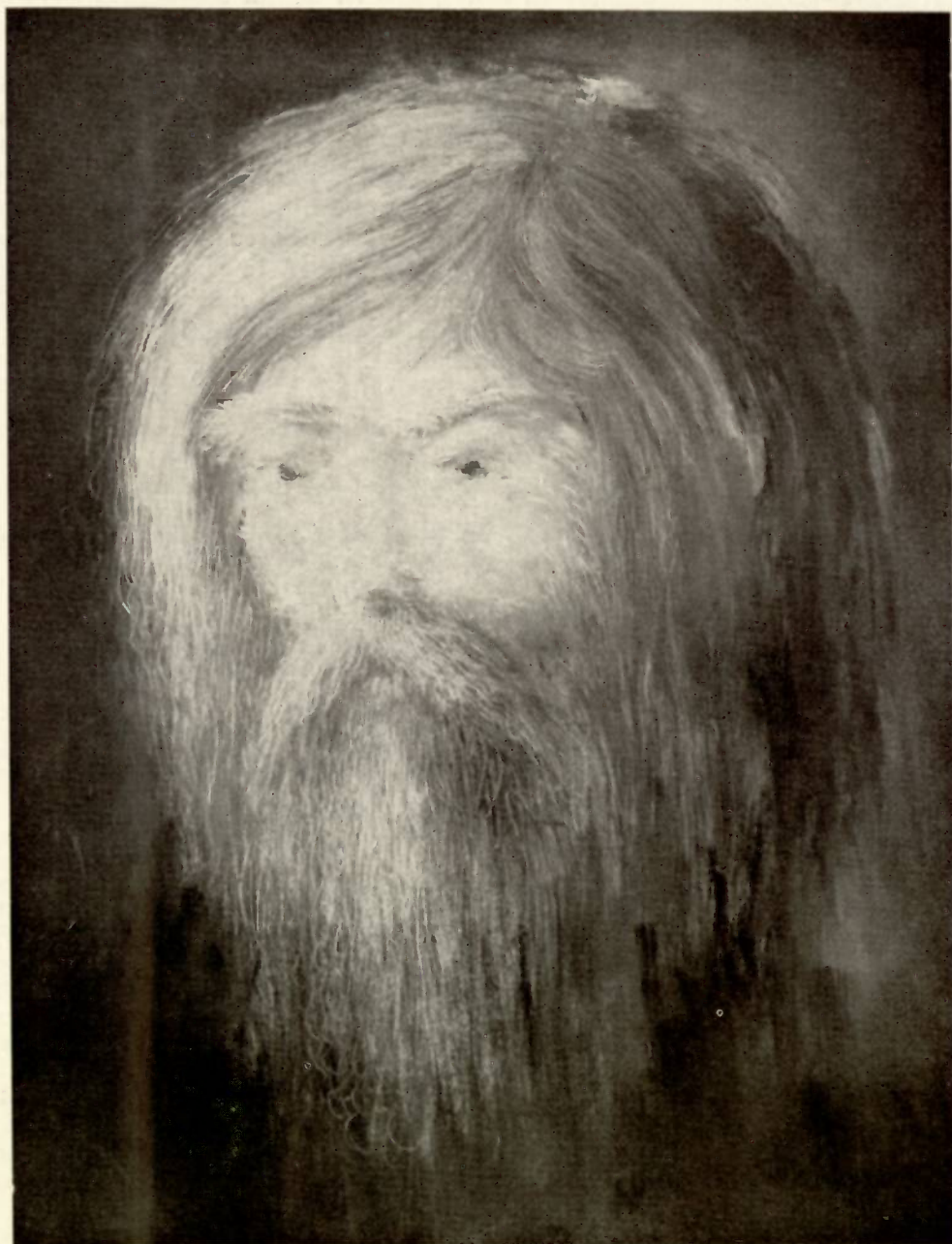
172

Septiembre - Octubre 1966

REVISTA MENSUAL

PRECIO : 1,50 F.

4^o P 5523



NUESTRA PORTADA

EL IDEALISTA. El artista «Shum» ha plasmado, con mano maestra, la personalidad singular, llena de humanidad, del idealista. Es el hombre de bien. ¿Intelectuales? Nunca amarga un dulce. Pero sobre todo, y ante todo, hidalgos desprendidos de la inteligencia. La sabiduría debe estar al servicio del bien. Un grano de trigo cosechado por el campesino vale tanto como una pepita del saber ofrecida por el sabio bondadoso y bueno. El hombre de ideas es un ser en activo, sabedor de que su esfuerzo sirve para algo y que aprovecha a alguien. La inteligencia puesta a disposición del mal, no es ciencia ni arte, es utilitaria y egoísta; pura mercancía averiada. Un rostro lleno de meditación, poblado de huellas de dolor y de ternura. Cara de sabio, conciencia de hombre, estilo rebosante de modestia y mirada llena de serenidad contemplativa. El idealista es el verbo del mundo. Cuando sueña, hace caminos; cuando piensa, fabrica estrellas y luceros; cuando sufre, es porque ama. Lleva en sí mismo la luz y la energía que alumbran y mueven al universo del sol a la noche. No está de vuelta de nada porque permanece estrechamente unido al gran todo de la especie humana, de la vida.

GENIO

REVISTA BIMESTRAL DE SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y LITERATURA

REDACCION

Federica Montseny y Ramón Liarte

COLABORADORES

Vladimiro Muñoz, Evelio G. Fontaura, Hem Day, Campio Carpio, Eugen Relgis, Dr. Pedro Vallina, Germinal Esglesas, René Lamberet, Cosme Paules, José Muñoz Congost, Floreal Ocaña, Dr. Amparo Poch, José Viadiu, Víctor García, J. Guerrero. Severino Campos.

Suscripción anual:

Francia	9,00
Exterior	11,00
Precio de un ejemplar suelto	1,50

Giros Michel Celma, C.C.P. 952-38
4, rue Belfort, 2ème étage F-31 TOULOUSE

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en los que aiente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)

CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XVI

Toulouse, Septiembre - Octubre 1966

N.º 172

EDITORIAL



LEALTAD Y SINCERIDAD

NADA empequeñece más al hombre que la hipocresía. El miedo a decir la verdad hace que se cometan los mayores disparates. Desde que el maldito Dr. Goebbels, elevó la mentira política a las cumbres del Poder, transformándola en doctrina del Estado totalitario, la doblez ha hecho escuela y no de Humanidades precisamente. Hay quien miente por necesidad. Se dice, incluso, que existen mentiras piadosas que no dañan. El conspirador no miente cuando equivoca al verdugo. Lo que hace es guardar la verdad, como un tesoro, para que no se perverta ni sea agarrada. Pero muchos mienten por el perverso vicio de mentir. Y lo que sucede es, que no engañan a los demás. Se engañan a sí mismos. Se niegan y traicionan.

¿Por qué estar en error si una verdad se afirma y demuestra? Se impone un nuevo planteamiento de lo humano. Las mentiras más atrevidas brotan de los labios. El engaño nefasto surge también del corazón. ¿Por qué esa insana cobardía moral que consiste en no decir lo que piensa? Ya dijo el demócrata doctor nazi, que la mentira, cuanto más grande, tiene más posibilidades de ser creída. ¿Será acaso por eso mismo, que las verdades redondas sólo son abrazadas por los hombres sinceros y nobles?

Cultivar la mentira es propio de los débiles de carácter.

Si no se está de acuerdo con una idea determinada lo que procede es abandonarla. No sirve más que el que sirve de verdad. Clarificar las corrientes, sentir las ideas, defender las posiciones, debe ser el cometido primordial de esta hora de ahora. Lo que no es, no puede ser. Y se es, hasta cuando uno se ignora. De la misma manera que no se es, engañándose conciencia adentro. ¿Por qué no ser sinceros cuando nadie nos obliga a mentir? Se comprende perfectamente la actitud de Giordano Bru-

no, teniendo que ocultar su verdad para no ser sacrificado. Y aún se comprende mejor su convicción puesta en el triunfo de la verdad. No se propaga una causa si no se está completamente convencido de que ésta representa la razón. Sólo el error merece ser enmendado. No hay pecado, si se desconoce el pecado. Mas el que yerra a sabiendas no merece indulgencia ni disculpa. La mentira política es la historia del delito de Estado. Y este mundo de intereses nacionalistas disfrazados de ideologías, debe ser desenmascarado. Sólo así triunfará la verdad. Sólo así podremos reencontrar al hombre. ¡Menuda adquisición para una idea!

¡Mentira! Nosotros no somos descontentos de todo ni negamos nada que no merezca ser negado. Sabemos apreciar el valor relativo o fundamental de las cosas. Y vamos a los hechos que no engañan. En el curso de la última guerra mundial, los hombres y los pueblos esperaban una rehabilitación de la auténtica democracia. No ha sido así. La mayoría de ideas que lanzara Abraham Lincoln, han sido citadas centenares de veces por los mejores escritores anarcosindicalistas y reproducidas en la prensa libertaria: «Como no quiero ser esclavo, tampoco quiero ser amo. Ese es mi concepto de la democracia. Toda desviación de tal concepto no importa en qué grado, no es democracia.» ¿Quién de nosotros es capaz de no defender esta idea llena de grandeza moral y humana? Pero, ¿qué mente honrada y limpia puede perdonar, o estar al lado del desaparecido Foster Dulles, del general Eisenhower, o del verdulero Johnson, ese ropavejero de Texas que, llamándose demócrata ensucia y mancha la bandera de la democracia?

Nunca nos hemos declarado leninistas, a pesar de que Lenin se apropiara muchas de las ideas de Bakunin, utilizándolas y deformándolas a su gusto y capricho. Pero sabiendo apreciar la condi-

ción humana, con sus complejos y debilidades, hemos establecido una diferencia entre Lenin y Stalin. No; Balmes no es lo mismo que Loyola, ni San Agustín es Borgia.

No en balde respetamos todas las ideas bien intencionadas, no dejando de combatir sin tregua ni descanso los métodos draconianos que en nombre de falsas ideologías se ponen en circulación. Sinceridad es igual a decencia. Una política de calderilla es puro veneno. Y contra el envenenamiento reinante se impone el vomitivo si queremos curarnos.

Respetamos a los creyentes que no se avergüencen de creer dando pruebas de su fe con obras y ejemplos. Pero estamos en oposición abierta a la hipocresía religiosa y estatal, que corrompen al universo en que habitamos. Maquiavelo ha triunfado en el Vaticano, en la Casa Blanca y en el Kremlin, ya que ha impuesto su precepto: «A los enemigos hay que ensalzarlos o suprimirlos.» Y ésta es la metodología al uso en una época de Tartufos que hacen de los postulados un arsenal de mentiras.

Se ha proclamado la libertad del hombre ante el derecho, y desde los personajes más repugnantes de la democracia actual a los tiranos de todos los pelajes, la ensalzan para suprimirla en seguida. ¿Qué valen los Derechos del Hombre y del Ciudadano; de qué sirve la libertad en un mundo poblado por millones de criaturas inocentes que mueren recomidas por el hambre y la peste? ¿Por qué se afirma que el comunismo de Estado encarna la paz y la convivencia universal, cuando estamos asistiendo a una lucha despiadada y feroz entre comunismos rivales que han degenerado en el peor de los nacionalismos? ¿Pueden hablar de libertad quienes someten al hombre a la más brutal dictadura, con el espejuelo de acabar con unas clases parasitarias mientras fomentan la nueva casta del despotismo que cercena la coexistencia verdadera de las libertades humanas?

Comparar al apóstol José Martí con el demagogo Fidel Castro, supondría tanto como meter en el mismo saco a Gandhi y a Pablo VI. Y esta es la

delimitación de fronteras geográficas y humanas que establecemos los libertarios.

El mundo actual necesita algo más que procesos políticos, jurídicos o morales. El proceso de Nuremberg ha sido la mueca más asquerosa del siglo. Franco ha sido reivindicado por la democracia internacional; goza de la ayuda intensa de Norteamérica; establece relaciones económicas y culturales con la U.R.S.S. y los países del «globo comunista»; hace barcos y cambia productos con el gobierno de Castro. Y es el estadista mimado del Vaticano al día, que, en la noche, sabe poner una vela a Dios y otra al diablo. Sobran las palabras oportunistas, de ocasión; y hacen falta hechos decisivos, actitudes resueltas y sinceras.

Todo lo que se haga con el fin de extirpar el mal nos parece bien, y por mucho que hagamos siempre nos parecerá poco.

Un cuadro maravilloso de Goya, representa la tragedia actual con aguafuertes espantosos. Su título es, «Murió la verdad». Sin embargo, la verdad no ha muerto. Lo que ocurre es que la mentira es la moneda de cambio de este proceso general de las ideas y los hombres. Que cada uno diga a dónde va y qué pretende llevar a cabo. Lealtad y sinceridad por encima de todo. De esta manera podremos saber con quién contamos dentro y fuera de casa. No hay que invertir los términos ni talar los árboles frondosos. El que se haya equivocado de trayectoria que lo diga y que proceda en consecuencia. Quien nos mira con simpatía y nos da su aliento debe incorporarse sin reserva alguna a la lucha por la libertad sin desviaciones.

La verdad sólo es dable a los temperamentos rícos y desprendidos. El verdadero proceso de los hombres libres consiste en saber elegir el camino que nos lleva a la verdad del bien universal, desentrañando las potencias del malestar humano engendrado por la mentira autoritaria. Los caminos están perfectamente trazados y el campo es libre. Que cada uno siga la voz de su conciencia, pero con lealtad y sinceridad. Es lo menos que pueden pedir quienes están dispuestos a darlo todo por los demás.

Los gobiernos y las leyes, en esencia, consisten en restricciones de la libertad, y la libertad es el mayor de los bienes políticos. Los gobiernos no desaparecen por sí mismos y las revoluciones tampoco pueden abolirlos si los pueblos no tienen experiencias para organizar la vida social; es decir, si no saben gobernarse por sí mismos. Nuestro tiempo está lleno de ejemplos que nos demuestran que los gobiernos revolucionarios no son mejores, ni conceden más libertades que las que había en el tiempo prerevolucionario. Por ello, la centralización política tiene que ser sustituida por organizaciones y asociaciones populares, locales y regionales «ad hoc».

El ideal libertario no es una utopía irrealizable; pero tampoco un regalo del cielo. Se realizará y expandirá en la medida en que el pueblo sepa tomar la organización social con sus propias manos.

Este concepto libertario me parece muy elevado, pero realista al mismo tiempo. No prometáis nada y no alimentéis esperanzas ilusorias. Al contrario, queréis despertar en el pueblo la confianza en sí mismo. Este lenguaje nos hace falta. Acéptenme, compañeros, como uno de los suyos. —

BERTRAND RUSSELL.

TRAYECTORIA Y OBJETIVOS

del movimiento obrero anarcosindicalista

Por RAMON LIARTE

El Estado lleva en sí mismo el germen del despotismo. Si vive es porque se hace temer. Crece y se desarrolla debido a la flaqueza humana. De la misma manera que existen millones de hombres que no pueden vivir sin un Dios, las sociedades que abdican de sus derechos se entregan maniatadas en poder del Estado, que es, sin duda, el enemigo número uno del hombre.

Siglo y medio de liberalismo inflamado de declaraciones en favor de la soberanía de la sociedad, sólo ha servido para fortificar el Poder despótico. Un siglo de lucha socialista dedicada a emancipar a los trabajadores de los tentáculos del Estado, nos presenta un balance desastroso: quiebra de los procedimientos socialistas que al Estado han servido, y fortificación de las posiciones estatales que podían haber sido desbordadas. Cuando el Estado agoniza, siempre hay un engreído dispuesto a refortalecer sus estamentos.

La clase obrera estaba llamada a llevar cada día más lejos los avances parciales obtenidos por el liberalismo clásico. Lamentablemente, la realidad es desoladora. Los que tenían el deber de destruir la máquina demoníaca del Estado, no han hecho más que darle fuerza para que prosiga imponiendo sus métodos arbitrarios sobre la sociedad. En el mundo liberal y socialista, de alguna manera hay que llamarlo, el Estado tiene más poderes que en la Roma de los Césares. Ciertamente es que los patricios y señores han pasado a la historia; pero asistimos con nuestra pasividad a consagrar la victoria de la tecnocracia gubernamental y del militante político, así en el campo liberal como socialista.

La trilogía de la decadencia representada por la religión, el capital y el Estado, ha sufrido grandes alteraciones. El poder de la barbarie concentrado en las manos de los conquistadores y los déspotas, fue dominado por el «poder espiritual» que en la religión tiene su origen. Las Iglesias de todas las latitudes ganaron la batalla temporal. Dios pudo más que la espada porque supo forjar tiranos a su imagen y semejanza. Al correr el tiempo, la riqueza acumulada pasó a ser decisiva, hasta llegar a imponer su hegemonía. El capitalismo quiso gobernar y modeló el Estado conforme a sus ambiciones de expansión y predominio. Al entregarse a la política parlamentaria, al tráfico mundial, al ejercicio del poder, al militarismo de nueva casta, el capitalismo liberal no supo intuir que creaba su propia pérdida dando vida a un anueva forma de Estado. Y

la ingenuidad de los llamados revolucionarios socialistas lanzó un reto que quiso ser bandera de lucha emancipadora: «Puesto que el Estado es la fuerza, hay que apoderarse del Estado para ser fuertes.» Y fuertes han llegado a ser, no cabe duda, muchos de cuantos así pensaban. Pero ha sido la suya, una fuerza efímera, ya que otra fuerza superior, la del Estado por ellos rehecho, los ha barrido sin el menor remordimiento de conciencia. Ante todo, debemos ser objetivos al analizar los hechos. La religión ha sido dominada por el capitalismo; el dólar ha comprado tabernáculos, iglesias y altares. No obstante, la victoria capitalista ha sido a lo Pirro, puesto que, al crecer el Estado, como un monstruo gigantesco, se ha hecho dueño y señor de todo lo que sirve a sus intereses y apetencias. Con razón reza un refrán castellano. «Cria cuervos, que te sacarán los ojos».

El jefe del Estado tiene los poderes que le concede el partido gobernante y los que él se toma sin consultar a nadie. Manda el poder político en la máquina administrativa; dirige el potencial militar; pone a su servicio la ciencia y la técnica; hace y deshace por todas partes. No valen equivocaciones al respecto: la sociedad y el Estado son antagónicos. El poder político vive y prospera a costa de todos. De lo dicho se infiere que, hasta en los denominados países democráticos, los organismos locales, comarcales y regionales, no sean influyentes, sino dependientes; las entidades culturales carecen de personalidad determinante, ya que son dirigidas y determinadas; y las organizaciones obreras han pasado a ser miembros del Poder omnipotente y absoluto. El Estado, no hay que engañarse una vez más, no admite división de poderes. No tolera que nadie se inmiscuya en sus asuntos. Establece patente de corso y crea la exclusiva sin tasa ni medida. El Estado moderno es en sí y para sí, el centro en torno del cual gira la existencia terrestre.

En nombre de la ética social, Pedro José Proudhon supo expresar sus ideas con mano maestra diciendo sentencias como éstas: «El Estado hace leyes, tantas como intereses quiere proteger, y como los intereses son innumerables, de aquí que la máquina legislativa tenga que estar trabajando sin descanso. Esa máquina hace llover leyes y ordenanzas sobre el pueblo. El suelo del Estado se hallará bien pronto cubierto de un rímero de papel, que los geólogos, al hacer la historia de la tierra, designarán con el nombre de formación papirácea.» Puerta estrecha por la cual el que entra no sale;

red espesa que envuelve y aprisiona; laberinto de perdición y locura que revienta el cerebro y paraliza los sentidos; tal es el engranaje de la autoridad, medio de oprimir y despojar de lo que pertenece al hombre en particular, y a la sociedad en su totalidad.

El hombre es su propio ser. Es su fin y su vida. Si quiere ser algo, tiene la obligación de protegerse, no confiando sus poderes a manos extrañas. Sus entidades administrativas, sus ideas y querencias debe ponerlas a salvo de todo poder coercitivo. Todas las formas de Estado están contra el hombre; luego el hombre debe luchar contra todas las formas de Estado. Sólo así podrá ser libre en la libertad multiforme y recíproca. La justicia, decía Eltzbacher, exige que el puesto del Estado lo ocupe una convivencia social de los hombres cuya base sea la norma jurídica que prescribe que se cumplan los contratos.» Convivencia creadora y evolutiva que, a nuestro juicio, sólo puede alcanzar sus objetivos en la federación.

LA FEDERACION LIBRE CONTRA EL ESTADO OPRESOR



QUIEREN los estatólatras modernos su-peditarnos al Estado uniforme. La uniformidad es el estado más alejado del orden; es el desorden único. Sólo la diversidad constituye la perfección del Universo en la universal variedad de todo lo que existe para ser y sobrevivir.

Los exégetas del Estado intentan dominar el pensamiento y el sentimiento, la idea y la acción, para sofocar toda emoción humana. El sabio Heráclito ya replicaba en su tiempo a cuantos pretendían establecer la unidad ciega y obtusa. «La diversidad es como una armonía de tensiones opuestas, como la del arco y la lira.» Voluntad de armonía como sentenciara Han Ryner, que no es lo mismo que voluntad de potencia a la manera de Nietzsche. El Estado tritura; la Federación libera. Creemos federaciones libres al margen y contra el Estado para que los hombres conquisten todos sus derechos.

Las unidades locales deben ser libres federándose entre sí. Base de entronque de las comunas son las comarcas independientes que a la región autónoma le ofrecen su cooperación. Las regiones han de tener presente que el Estado nunca les concederá la auténtica autonomía administrativa y funcional, y que su deber es conquistarla dejando de ser satélites del Poder avasallador. El Estado no puede dar más que la que tiene: imposición creciente, violencia insana. No da nada, puesto que lo roba todo. Crece paulatinamente cuando encuentra algunas resistencias; se afirma y consolida de la noche a la mañana cuando nadie obstaculiza su avance, y a medida que echa raíces impone su ley de hierro. Es el nuestro el siglo del triunfo máximo del Estado. ¿Cómo no ha de serlo, si los esclavos, en vez de alzarse contra él, se convierten en sus mejores

servidores? Los espartaquistas murieron a manos de la crueldad de Roma; los revolucionarios al servicio del Estado proletario perecen sin pena ni gloria. ¿Hay muerte más espantosa y estéril que la muerte sin dignidad? Maldita eficacia la de la justificación de unos medios que sólo llevan a un fin: el entierro de los valores morales más justificados. El Estado está contra nosotros y nosotros lo desafiamos porque sabemos que podemos vivir sin él. Y si en la lucha encontramos la muerte, será por haber combatido todo lo que se opone a la convivencia humana. Hay dos estilos de vida: la del esclavo voluntario, o la del esclavo que quiere ser libre. Quien combate por la libertad, en ese mismo instante, ya es un hombre libre. Quien se entrega a la sevicia del poder y lo sirve con mansedumbre y veneración, piense como pensare, siempre será un lacayo con título de militante revolucionario. Hay una compasión que no nos parece razonable: la deificación de la bajeza. Los mejores entre los hombres, los más viriles y clarividentes, se han rebelado contra el absolutismo para no ser funcionarios de la esclavitud, sino defensores de la justicia.

El Estado y el federalismo son incompatibles. La naturaleza de la libertad nada tiene que ver con la artificialidad del autoritarismo. Símbolo de la rapiña legalizada, del robo descarado, de la imposición galopante, es el Estado usurpador de los derechos ajenos. Es el único delincuente que, además de no pasar por la guillotina o el pelotón de ejecución, goza de todos los honores de la débil condición humana. Por el contrario, la federación fomenta la paz social, asegura y protege el racional equilibrio colectivo; fragua en la mente y la conciencia el contrato interno y externo. El federalismo establece la justicia en la libre asociación entre iguales; el Estado incuba la autoridad del fuerte contra el débil, sembrando la guerra por doquier.

Francisco Pi y Margall, supo puntualizar con claridad de estilo y vastos conocimientos el asunto que nos ocupa, afirmando lo siguiente: «El federalismo parte no de la humanidad, sino del hombre. El hombre ve salir por espontáneo y natural desarrollo, la familia, el pueblo, la provincia, la nación, los grupos de naciones; y como no acierta a comprender que las colectividades no participen de la naturaleza e índole esencial de los elementos que la constituyen, viendo autónomo al individuo, reconoce y declara autónomas las provincias y el municipio, y autónoma cada una por derecho propio. No deja ni al municipio ni a la provincia a merced del Estado, como el unitarismo; los quiere dirigidos por poderes que ellos mismos elijan, no por poderes que deban a la nación su origen. De la nación emanan los poderes nacionales; pero de la provincia los provinciales y del municipio los municipales. Niega al Estado aún el derecho de intervenir en el régimen interior de las provincias y los pueblos.»

El Estado absorbe la división territorial, pues que nacido de la avaricia, hace suyo todo cuanto encuentra a su paso; desintegra el principio natural de federación para instalar un imperio nacional supeditado a sus fines. Quienes creyeron que el

«Estado proletario» podía llevar a cabo la verdadera revolución, hoy pueden comprobar, a la vista de los acontecimientos mundiales, que el Estado ha descompuesto la revolución, embebiendo a los revolucionarios, como una esponja marina embebe una gota de agua. La lucha contra la autoridad es eterna y no morirá sino con el último de los hombres que luchan incansablemente contra el mal.

Sólo en la división de poderes, en la descentralización administrativa, en la planificación técnica de base municipal asociada científica y moralmente, es decir, en el sindicalismo socialmente libertario, puede hallar la revolución de la clase obrera su cauce anchuroso y fecundo. Los partidarios de la eficacia del procedimiento en provecho de los medios y los fines, han de reconocer su derrota, so pena de que hayan nacido para ser eternos derrotados sin salvación posible. Están en pleno fin de los medios sin haber logrado consolidar las ideas por las cuales decían luchar. El tiempo de su historia no está hecho con el pensamiento de sus postulados. Cabe reconocer que el enemigo de clase no hubiese hecho un trabajo más corrosivo y demoleedor contra la causa por ellos postulada. ¿Habrá locura mayor que la del esclavo que venera las cadenas que le oprimen, la del proletario forjando su propia destrucción, o la del revolucionario que salva al despotismo contra el que decía luchar, convirtiéndose en tirano y déspota de su propia doctrina? El unitarismo contemporáneo ha concentrado el proceso político-administrativo a cargo del Estado, asestando un rudo golpe a la libertad. No dejamos de consignar que el Estado liberal ha liberado a las clases explotadoras; tampoco negamos que el Estado proletario ha ensanchado el radio de expansión de la nueva casta dirigente, mas la realidad es que los pueblos continúan sojuzgados porque la revolución social, popular y multitudinaria, ha sido traicionada. Sólo la federación concebida por Proudhon y Pi y Margall, está capacitada para sacudirse el yugo del despotismo centralista, creando las organizaciones del trabajo responsable para administrarse a sí mismas. Una revolución que traiciona sus propias ideas no merece ningún sacrificio, ya que no representa la libertad de los inocentes, sino el exterminio de los justos.

HACIA UN NUEVO COMIENZO

El período de transición que atraviesa el mundo actual tiene causas profundas que deben ser examinadas detenidamente. Las dos guerras mundiales sucedidas en este siglo de confusión y mutaciones; el nacimiento del Estado totalitario, apoderándose de las naciones más fuertes de cuatro continentes; la pugna desgarradora entre nacionalismos llamados de clase, que incluso dicen obedecer a una misma disciplina política, han cegado las fuentes del entendimiento, impidiendo el brote de nuevas ideas generosas. Estas causas desastrosas han conducido a los hombres y los pueblos hacia un embrutecimiento general. Los con-

ceptos éticos han sido sacrificados en aras a la violencia impuesta por los nuevos detentadores del poder. Es la que actualmente padecemos una fase de cambios que ha hecho cisco las relaciones sociales y humanas. No es un hecho nuevo. La desviación moral crea crisis espantosas.

Los movimientos obreros de inspiración revolucionaria han perdido valores a toda prueba. Son huecos que no se llenan por arte de magia y encantamiento. La misma crisis colectiva que padece la humanidad, se manifiesta de rechazo en las organizaciones más desprendidas y altruistas. El desequilibrio reinante provoca luchas intestinas, engendra la desconfianza y divide a los hombres. De la miseria, salvo raras excepciones que por ser pocas no cuentan, sólo brota la miseria. El movimiento revolucionario debe fortalecerse superando esta larga etapa de decadencia.

Rudolf Rocker, el sociólogo más eminente de nuestro tiempo, nos ofrece su criterio acerca de la postración general. Ahí van sus meditaciones: «En tiempos normales hay una cooperación natural entre los hombres de diferentes edades. Tenemos una juventud con sus grandes esperanzas y su típico entusiasmo; hay hombres más maduros que ya han recogido preciosas experiencias; y hay los veteranos que han vivido diferentes fases del movimiento, luchando bajo distintas condiciones. La relación entre ellos produce una atmósfera sana y estimulante que es muy decisiva para la evolución de las nuevas energías espirituales del movimiento.»

La nueva generación ha sido deformada por la guerra, y hay que reconocer sus méritos cuando busca una orientación segura y firme. La juventud troquelada en los talleres totalitarios sólo ha conocido los «slogans» estatales, sancionados e impuestos por el poder político. No culpemos a los recién llegados de los males que nos dejaron los extravíos pasados. Pero lo triste del caso es, que, hay quien se empeña en torturarse y en no dejar vivir a los demás. Los fracasos ajenos los considera fracasos propios; la crisis de los otros la estima y cataloga como crisis suya, o lo que es peor: de los que fueron suyos ayer. Esa inclinación desalentadora es puramente masoquista. Nada tiene de «voluntad de armonía» ni de «voluntad de potencia». Y mucho menos de voluntad de ser. Y puesto que todo quisque cita y menciona al maestro Rocker, suyas son estas palabras de aliento que deben estimularnos a todos: «Pero tanto más deberíamos alegrarnos de que durante los últimos años, en todas partes, y no solamente en nuestros medios, sino también en el seno de muchos otros movimientos y hasta profundamente en las filas de la socialdemocracia y el socialismo, se manifiestan nuevas ideas para comprender la nueva situación y se realizan esfuerzos para encontrar medios y caminos susceptibles de hacer posible un renacimiento de la vida espiritual y social. Precisamente este fenómeno prometedor no es ningún síntoma de crisis, sino un síntoma de salud interior que abre el camino hacia nuevos conceptos que son frutos de las experiencias vividas.»

Necesario es que en esta fase de prueba y sanción mantengamos firme la voluntad. El revolucionario consciente no lo cifra todo en un juego de azar, o de gana y pierde. Sabe que su conquista futura no se alcanza en un día. O digámoslo con la fuerza polémica de Alberto Camus: «...la revolución sin más límites que la eficacia histórica significa la servidumbre sin límites.» Y ni que decir tiene que nosotros no podemos ser siervos de ningún proceso histórico. La revolución necesita tiempo y demanda espacio. Es un trabajo tenaz y prodigioso que pretende abarcar desde el hombre al universo.

El anarcosindicalismo es una doctrina experimental. Tiene en cuenta los hechos y las cosas. Es ciencia porque propende a descubrir lo mejor; es técnica porque desea ahorrar energías en el proceso creador y laborioso. Y ante todo, es una moral hecha vida de tensiones armónicas. Conviene, pues, que teniendo en cuenta la relatividad de todo lo que nos rodea, la naturaleza misma que no es estática, sino transformadora, no caigamos en las ideas absolutas, que son la negación de la doctrina. Toda exageración está mal fundada. Nuestros maestros han sido hombres de un equilibrio interior y exterior a toda prueba. Lógico es que nosotros no exageremos la nota rompiendo inconscientemente la ordenación de ideas y valores que reclaman la estabilidad, hija de la comprensión. La concepción de los límites no impide ningún acto nuevo y generoso; pero enseña a no sobrepasar ciertos puntos de conexión comunitaria que rigen la vida social. Todo tiene una medida, y el anarquismo es conocimiento. Quien conoce y se conoce, no puede desconocer nada que merezca ser conocido.

Hemos dicho que el Estado es el enemigo número uno del hombre y tenemos motivos sobrados para hacer esta afirmación. Sin embargo, justo es reconocer que no todos los gobernantes son iguales aunque merezcan ser combatidos con distintos procedimientos. El Estado político de la India, Israel, México y otros países, difiere del Estado nazifascista o comunista totalitario. Los Estados Unidos de Norteamérica tienen mucho que aprender de los países escandinavos. Indira Gandhi nada tiene de común con el sátrapa ferrolano, ni la historia política de un Pi y Margall, por ejemplo, se parece como una gota de agua a otra gota de agua, a la historia de un Stalin, Hitler o cualquier aventurero de turno. Se ha dicho que «el mejor gobierno es el que menos gobierna», y es ésta una idea de alto sentido común. Agregaremos que luchamos para que la sociedad se oriente y administre a sí misma. Mientras no se alcance este propósito noble y bienhechor, lucharemos contra toda amenaza a la libertad, afincando el derecho a la justicia. El arte y la ciencia tienen su propia medida. La revolución está presidida por un orden. Un orden nuevo, dentro de una sociedad más perfecta y más libre, es el ideal de justicia que el anarcosindicalismo quiere establecer sobre la tierra. Ese orden es la federación.

CAPACIDAD Y SENTIDO DE CREACION

EL movimiento libertario mundial debe salir nuevamente a la palestra, levantando voz y bandera contra el conformismo reinante. En ningún momento podemos hacer nada que contribuya a fortalecer el Estado, puesto que sabemos es un instrumento opresor dirigido por las clases dominantes; mas tenemos la obligación de hacer todo lo que sea posible en defensa de nuestros objetivos y finalidades. Hay que salir de casa llevando la buenanueva a todas partes. Existe una línea divisoria entre los partidarios del Estado y los fervientes defensores de la Federación.

Son muchos los que están más que de vuelta de las concepciones totalitarias. Nuevas inquietudes se van formando en la conciencia humana. Debemos y podemos entendernos con cuantos honradamente luchan por la libertad. Entre los verdaderos liberales y los libertarios existen muchos puntos de coincidencia. Una misma posición de defensa nos une; una lucha común perfectamente planteada ha de agruparnos. En los medios obreros e intelectuales del mundo late una aspiración justiciera: acabar con el presente estado de cosas. El anarcosindicalismo militante tiene grandes reservas morales y doctrinales para propiciar este nuevo renacimiento.

Somos sindicalistas revolucionarios. Queremos la unión de los explotados, de todos los hombres sedientos de libertad, y a esta lucha debemos aplicarnos afanosamente. Si se nos pregunta una vez más: «¿Sois socialistas?» Responderemos concretamente: sí, mas no de partido, sino de proyección antiautoritaria y contenido universal.

Luchamos para garantizar el bienestar personal en el amplio campo del esfuerzo manual e intelectual asociado, de la federación libre, de las organizaciones del trabajo responsable y determinante. Queremos la manumisión de los seres humanos en el seno de los grupos naturales. El hombre generoso y altruista contra el imperio de las masas domesticadas por el Poder político; el municipio libre de toda tutela gubernamental contra el Estado que representa la sumisión sin límites; la sociedad federada contra la oligarquía capitalista o estatal.

El anarcosindicalismo debe replantear la lucha contra los Estados nacionales soberanos, proponiendo un proyecto de federación europea, independiente del vasallaje uniforme y cuadrículado. Tenemos la obligación de formular nuestros puntos de vista actuales sobre la gran federación mundial, precisando que los poderes centrales sólo conducen al poder central. Importa demostrar que la ciencia y la técnica deben estar al servicio del hombre; que la cultura y el arte no necesitan de comisarios ni de inquisidores; que los sindicatos obreros deben volver a ser el vehículo de la revolución social y no miembros supeditados a las consignas de Estado; que los hombres son capaces de vivir en armonía y los pueblos en paz, rompiendo la férrea disciplina de las dictaduras; que las contradicciones políticas pueden ser resueltas mediante una cooperación económica y social basada en el socialismo y la liber-

Presencia de la C.N.T.

Por J. MUÑOZ CONGOST

LA C. N. T., de vieja historia y de acción inspirada en los principios del anarcosindicalismo, ésa que algunos, haciendo juego a los teóricos de todas las nuevas teorías sociales, de las que hablaremos, califican de anacrónica y en desuso, cuando sólo un abordar de sus teorías se vio en nuestra revolución.

Es cierto que nuestro exilio es duro y que 27 años han podido hacer reflexionar a muchos en la inacción y en el deseo de realizaciones. Pero lo inconcebible es que la reflexión haya sido negativa.

Sin negar errores, propios del hombre, no se puede concebir que en el seno de nuestras mismas filas, se proponga de nuevo de manera clara, abandonar nuestra apelación de anarquistas o anarcosindicalistas, «coco» de las especies zoológicas del capitalismo.

No podemos cambiar nuestras apelaciones sin cambiar el ideario y las convicciones que forman parte de nuestro propio ser. Somos revolucionarios por convicción y no sólo por reconocer la necesidad de unas reivindicaciones materiales, sino porque en el conflicto histórico entre el hombre libre y la coacción restrictiva de la autoridad, hemos visto fracasar una a una todas las soluciones económicas y sociales que se han venido proponiendo para resolver las facetas progresivas de las crisis de convivencia humana.

Revolucionarios internacionalmente, cuanto más si nos ceñimos a los problemas candentes que afectan a nuestro pueblo mismo, a los pueblos del conjunto ibérico que la historia oficial pretendió siempre reunir en un conjunto monolítico que llaman España.

Y hemos de constatar con tristeza la paradoja de que alguien en nombre de la defensa de los intereses de esos pueblos y de nuestras ideas lleguen a afirmar cándidamente que los motivos de la revolución integral y permanente que preconizamos, dejaron de serlo, al tiempo que otros, en nombre de otras ideas y de otros principios, afirman la necesidad absoluta de la revolución para resolver la crisis española.

Queremos concebir y comprender que es grande el deseo común de nuestro pueblo de abandonar la carreta infamante de los servidores del fascismo hoy disfrazados, de los pretorianos del triste ejército de Africa, de los que cedieron los destinos del país, sumándose de manera gregaria, como rebaño,

ayer a los criminales del Eje Roma-Berlín, hoy a los defensores de todos los privilegios de razas, de clase, del oro, del capitalismo en desbandada, que son los políticos estadounidenses.

Queremos llegar a hacernos a la idea de que son tantos los deseos de ver libre a nuestro país, que se propongan para ello todas las concesiones, todos los sacrificios.

Sin embargo, a los que tal posición adoptan, hemos de recordarles con la rudeza de nuestro lenguaje, que durante el período 1936-1939, el *slogan* que se hizo estandarte de lucha confederal: «Renunciamos a todo menos a la victoria», nos llevó paulatinamente — no sin resistencias, confesémoslo — a todas las renunciaciones y por ende a renunciar a la misma victoria desde el primer momento.

Porque si el 19 de julio de 1936, vio la hecatombe del Estado en todas sus formas, como pudimos verificar, para ver un pueblo en armas defender su porvenir frente a la cohorte trágica de las falanges de la reacción histórica, si seguidamente el mismo pueblo quiso y pudo, poner en marcha una economía abandonada por cómplices del «pronunciamiento», y ver la calle de España reemplazar sin reglamentos, jurisdicciones ni leyes escritas, de la noche a la mañana, a los estamentos artificiales del Estado, el argumento de pretendidas ayudas externas que sólo fueron comercio, complacencia o maniobra política, nos hizo abandonar paso a paso en los 33 meses de lucha, las realizaciones sociales para dejar salir a la vida pública, día a día, las fuerzas timoratas que en los momentos del combate en las barricadas, escondieron en lo más sombrío de sus cavernas.

Y de ceder el paso a la democracia representativa, representó la puesta en marcha de viejas instituciones. Renunciando a la revolución, renunciábamos a la victoria, porque a los hombres del Cuartel de la Montaña y de Atarazanas, los reemplazábamos por aquellos que hicieron todo lo posible en esos días para llegar a un arreglo con los sublevados, dispuestos a ceder y conceder cuanto fuere posible, despreciando el esfuerzo heroico de los hombres de la barricada, a los que preferían, como prefirieron y siguen prefiriendo, las sombras muertas de las mal llamadas fuerzas del orden y de la moral, llámese cristiana, o llámese como se llame.

Porque en aquel entonces de haber escuchado hombres como Mola, las proposiciones del en aquellos días representante del Estado Republicano Don Diego Martínez Barrio, la coalición se hubiese realizado, entre los sublevados y los hombres de la legalidad republicana contra el pueblo.

Y precisamente por la lección de esos largos meses de lucha enconada cuyos verdaderos orígenes falseó la historia oficial del franquismo, mantenemos hoy una posición que algunos pueden calificar de intransigente.

Porque pueden ser grandes, inmensos los deseos de ver a España desembarazada de la monstruosidad institucional del Estado franquista; pueden ser incommensurables las aspiraciones de paz de todos los españoles, pero en nombre de esos deseos, de esa necesidad que no discutimos, aceptar la participación y la presencia de los que fueron factores mismos del crimen contra todo un pueblo, sería dar prueba de infantilismo, de miopía, de ceguera social.

Porque devolver a España una fachada más o menos democrática, con la supervivencia de todas las cabezas de la hidra monstruosa que la mantuvo en la más gris de las miserias, será condenar a nuestro pueblo, a las nuevas generaciones, a nuestros hijos, a los hijos de nuestros hijos, al retorno periódico de los «pronunciamientos militares», de la guerra civil, cada vez que las necesidades perentorias de la evolución exigiesen medidas de realizaciones sociales que irían necesariamente contra los intereses de los supervivientes.

No ya pues por deseo de desquite, ni aun de justicia responsable por los crímenes cometidos. Aun olvidando el pasado con todos sus crímenes. Aun haciendo borrón y cuenta nueva, cara al porvenir, para garantizar a éste, para asegurar al lado de la libertad una existencia digna a los pueblos de España, hemos de mantenernos en una posición firme, a trueque de parecer intransigentes ante todo un pueblo desgarrado por la tragedia.

Porque esa intransigencia de nuestra posición, que no puede admitir concesión alguna a los cómplices arrepentidos de su «cruzada», hombres de un arrepentimiento que no borra la sangre vertida, porque esas concesiones suponen supervivencia de fuerzas de reacción viva.

Representan dar vigor y legalidad a quienes se opondrán en todo momento a las realizaciones revolucionarias absolutamente necesarias para resolver la crisis ibérica.

¿Habremos acaso resuelto todos los problemas del porvenir español con un solo cambio de instituciones?

El remozamiento de nuestra industria, el problema del campo español, la miseria de un campesinado errante de región en región y de nación en nación hoy, alejar de la miseria de los suburbios ciudadanos habitados por una masa de parias, subproletariado avergonzante, no se resuelven sin una redistribución de la riqueza, sin una transformación social total y permanente, sin nuevas normas de convivencia que solo nuestra revolución puede dar.

A esas transformaciones se opondrán con todas sus fuerzas, esos mismos a quienes hoy se quiere dar personalidad y presencia como factores de oposición al franquismo. Y puede que lo sean hoy momentáneamente. Pero ayer, hoy y mañana serán factores de oposición continua e ininterrumpida a toda reivindicación que limite sus privilegios históricos.

Y estamos absolutamente seguros que en su oposición a esas reivindicaciones que son normales, indispensables, absolutamente necesarias para dar fin a la crisis española, llegarán a todos los extremos como llegaron en julio de 1936.

¿Y en nombre de esa paz que se nos dice que de sean todos los españoles de hoy, hemos de condenar a los de mañana a vivir en permanente repetición, al estallido periódico de conjuras militares, de conspiraciones de sacristía, de levantamiento de fuerzas mercenarias?

En nombre de la C.N.T. tendremos que decir ¡No! con esa negación rotunda que lleva toda la fuerza de nuestra convicción. Si hay que sacrificar la generación presente para augurar el bienestar digno de nuestros hijos, de las futuras generaciones, habrá que hacerlo, mal que nos pese, por mucho que nos duela en nuestro egoísmo personal o colectivo, desgarrando quizás nuestras ilusiones.

Y si no lo hiciéramos así, no seríamos lo que somos. No podríamos presentarnos ante nosotros mismos, ante la historia de los pueblos, no la historia oficial, sino la del progreso evolutivo humano, con la frente alta, con la satisfacción y el orgullo de saber, que venciendo todas las fuerzas inertes de lo acomodaticio, supimos cumplir la misión revolucionaria de unas ideas, bajo las cuales dijimos agruparnos.

Respetamos y comprendemos todas las posiciones. Aceptamos el hecho de que en el combate social permanente, las fuerzas que se encuentran frente a la revolución tomen sus propias posiciones, es natural, como es lógico dentro de su lógica egoísta, que defiendan sus intereses. Lo ilógico, antinatural e incomprensible es que nosotros podamos suponer que una colaboración pueda establecerse entre ellos y nosotros. Es aún posible que el fragor de la lucha nos encuentre codo a codo frente a nuestro enemigo de siempre, su enemigo momentáneo de hoy. Lo que no puede ser posible, es que se nos pida ningún compromiso que pudiera anular nuestra propia acción. Que se nos pida renunciemos a nuestra personalidad, en nombre de la personalidad híbrida de una pretendida coalición de bases falsas y de vida efímera.

Por formación, por características sociales y humanas, el pueblo español, no siente en su fuero interno doctrinas extrañas que entrañen una dejación de su personalidad.

No fue un hecho fortuito ni accidental, el que la mayoría aplastante del pueblo español, el que la fuerza determinante del mismo, lo constituyan siempre dos organizaciones clásicas del sindicalismo español, la C.N.T. y la U.G.T.

No fue tampoco resultado del azar, el que en los momentos de crisis sociales de su historia, el Esta-

tad; que el mito de las soberanías nacionales debe ser suplantado por el contrato libre de los pueblos autónomos; que nuestro planeta no debe estar dividido en vencedores y vencidos; que lo que importa es acabar con todas las clases parasitarias y anti-económicas para crear el entendimiento de toda la especie humana; que el hombre puede vivir sin el Estado y no el Estado sin el hombre; que la guerra moderna supone, además de un estado de barbarie, la destrucción de nuestro planeta; que las reservas acumuladas deben convertirse en ayuda de los países rezagados; que el principio de solidaridad social, científico-técnico y moral tiene una posibilidad de realización; en una palabra, que sólo trabajando podemos hacer obra.

Hay que desempolvar tesoros éticos, unir a los hombres de buena voluntad y trazar planes federalistas que puedan ser transformados en hechos tangibles y positivos para todos. Para acabar con el Estado urge crear una sociedad libre, alentando todas las formas variadas y múltiples que desemboquen en la justicia social. Pluralidad y variedad contra uniformidad y unitarismo. En este nuevo combate aún podemos tener a nuestro lado a los más aptos y a los mejores, si tenemos en cuenta que el error debe ser disculpado y la verdad reconocida.

Lejos de nosotros está la intención de combatir a los que no piensan como los libertarios. No protestamos por sistema, sino por justicia. Tampoco pretendemos demostrar que estamos en posesión de la verdad absoluta. Desde hace más de veinte siglos todo está en plan de revisión y análisis. Pero sin soberbia vana ni fanatismo ciego, estamos en condiciones de afirmar que la gran experiencia española ha puesto de relieve que mediante la sociali-

zación de los campos, fábricas y talleres, de los medios de transporte y de los efectivos técnico-científicos, el pueblo puede establecer el socialismo libertario, haciendo posible que lo que hoy se considera una utopía, mañana sea una realidad.

Un pueblo gallardo y emprendedor ha dado la pauta a seguir. La construcción del socialismo con libertad puede hacerse sin decretos de Estado, sin leyes legisladas por el parlamento, sin ordenanzas que lo limitan y deforman. La sabiduría del pueblo español consagró los postulados anarcosindicalistas. El movimiento libertario no ha fracasado; ha salido victorioso de la gran prueba. Todo intento político que pretenda desconocer la creación popular de 1936 a 1939, está condenado al fracaso. Si Europa y el mundo quieren salvarse no tienen más que dos caminos a recorrer: el de la federación mundial o el del exterminio completo.

Quien da primas al agresor o se pasa con armas y bagajes al campo del enemigo está incapacitado para participar en las nuevas creaciones que se avecinan. Esta época de crisis y abatimiento universal será superada, como lo fueron otras crisis anteriores. El oficio de ser un hombre es uno de los más difíciles de aprender. Sigamos las huellas trazadas por los que nunca dejaron de ser hombres de ideas.

El hombre lucha. La idea vive. La organización se nutre de las ideas y los hombres. Al razonamiento metafísico del dios absurdo y a la sociología del Estado omnipotente, nosotros oponemos la doctrina de la libertad y el redescubrimiento del hombre. El porvenir se forja luchando en el presente.

ENSIMISMAMIENTO Y ALTERACION

La vida de cada uno de nosotros es algo que no nos es dado hecho, regalado, sino algo que hay que hacer. La vida da mucho quehacer, pero además no es sino ese quehacer que da a cada cual, y un quehacer, repito, no es una cosa, sino algo activo, en un sentido que trasciende todos los demás. Porque en el caso de los demás seres se supone que alguien o algo que ya es, actúa; pero aquí se trata de que precisamente para ser hay que actuar, que no se es sino esa actuación. El hombre, quiera o no, tiene que hacerse a sí mismo, autofabricarse. Esta última expresión no es del todo inoportuna. Ella subraya que el hombre, en la raíz misma de su esencia, se encuentra antes que en ninguna otra, en la actuación del técnico. Para el hombre, vivir es, desde luego, y antes que otra cosa, esforzarse en que haya lo que aún hay; a saber, él, él mismo, aprovechando para ello lo que hay; en suma, «es» producción. Con esto quiero decir que la vida no es fundamentalmente como tantos siglos han creído: contemplación, pensamiento, teoría. No; es producción, fabricación, y sólo porque éstas lo exigen; por lo tanto, después, y no antes, es pensamiento, teoría y ciencia. Vivir..., es decir, hallar los medios para realizar el programa que se es. El mundo, la circunstancia, se presenta desde luego como primera materia y como posible máquina. — J. ORTEGA Y GASSET.

do estallase hecho trizas, y que la presencia del país en acción fuese cristalizada a través de las municipalidades. Porque sólo aquellas municipalidades salidas de la voluntad de lucha, como son los sindicatos, cristalizan la voluntad de intervención directa en la vida social que sienten los hombres de España.

No fue tampoco un hecho incidental y sin importancia, el que las ideas bakuninistas encontraran en nuestro país un eco como el que encontraron. Si fue así, es porque las mismas respondían y responden a las aspiraciones de los pueblos peninsulares. Y por responder a esas aspiraciones, la C.N.T. fue lo que fue y es lo que es hoy: la idea y la acción en que se cristalizan todas las facetas sociales, políticas y económicas de la Revolución a que aspiran los hijos de España.

Conscientes de esta realidad, ¿cuál ha de ser la posición responsable de la militancia confederal?

La permanencia de nuestra organización, garantía de la lucha por la libertad y la emancipación social dentro de la dignidad.

Pero todo ello, siempre y cuando la C.N.T. siga respondiendo a los principios que la animaron, y que no renuncie a las tácticas de acción directa. Tácticas quizá mal comprendidas por quienes en su deseo sincero de permanente renovación, — y sólo me refiero a quienes estén animados de ese deseo sincero —, pueden creer erróneamente que los acontecimientos sobrepasaron las modalidades de la acción revolucionaria del anarcosindicalismo.

Porque las tácticas de acción directa, no implican otra limitación que la de no colaboración con el poder político, con el Estado, ni con las fuerzas representativas del capitalismo privado o de Estado.

Negando nuestra presencia en ningún organismo oficial de Estado, porque nuestro no reconocimiento del mismo se hará en las razones de la imposibilidad de colaboración con el mismo, nuestra acción puede encontrar un vasto campo de acción revolucionaria. ¿En qué pues los acontecimientos, se avanzaron sobre estas tácticas que responden al más amplio de los idearios?

Hay quien pretende, en la rebusca huera de argumentos que apoyen ese deseo impreciso de renovación, que no nos encontramos en presencia de las mismas circunstancias que hace 25 años, que si la C.N.T. fue fuerza determinante no sabemos si lo es hoy que los años no pasaron en balde, y que en las nuevas generaciones de cenetistas del interior puede existir visión distinta de los problemas.

Tampoco lo negaremos. Pero que no se niegue a la vez la presencia permanente de una militancia convencida, que se forjó en horas tristes de acción clandestina y que por la fuerza de los años, es hoy fuerza de experiencia y razón, y sobre todo a la militancia que vivió en plena juventud, la gesta heroica de un pueblo luchando por su libertad. Aquellas J.J. Libertarias de 1936 a 1939, hombres maduros hay, militancia que si vivió la experiencia en pleno entusiasmo, maduró en las acciones de la clandestinidad y en las amargas lecciones de exilio.

Y a esta militancia, de la que formo parte, me dirijo hoy para decirles: Nosotros que vivimos la

experiencia revolucionaria y que sufrimos del embate furioso para defenderla contra la osadía creciente de los sostenedores del Estado. Nosotros que constatamos con dolor en el alma, que las concesiones fueron la base del fracaso, que conocimos la doblez de la acción política y el tira y afloja de un juego inmundo de ambiciones.

Nosotros, tenemos que ser base y punto de partida de todas las etapas de la lucha, motor vigorizador, ariete de la acción cenetista, bastión de sus principios, de sus tácticas, de sus intereses que son los intereses del pueblo español, firmes en nuestras posiciones de combate ideológico y no consentiremos que se adulteren las principios y tácticas de nuestra organización, que se falsee la revolución, que no se pretenda jugar con el nombre de nuestra C.N.T., aquella C.N.T. de los Lorenzo, Seguí, Ascaso, Durruti, la C.N.T. de los luchadores silenciosos, de los hombres de la calle, de los Sabatés y otros, la C.N.T. de las barricadas y de las colectividades y de las socializaciones, la C.N.T. sección española de la A.I.T., la C.N.T. de la acción revolucionaria, que no sabe de debates dialécticos ni de finezas de lenguaje, ni de torneos oratorios, que sólo conoce el sacrificio, la abnegación, la renuncia de sí mismo, para no renunciar a nada más, y menos que a nada a sus objetivos revolucionarios.

A esa generación pues, base vital de la Confederación corresponde pues la más penosa de las misiones y por dicha razón, la C.N.T. les dice con el alma entera puesta en el llamamiento: Si cada renuncia ideológica o táctica es un paso atrás en la marcha revolucionaria, sabed que la lucha será violenta, el embate duro y el obstáculo casi infranqueable. Pie firme pues y voluntad unánimemente dispuesta, garantías únicas de superación permanente de nuestro Movimiento y obligación militante ineludible.

Sabemos que esa base militante no fallará en su misión y que de ella partirá la sola acción capaz de proseguir una lucha que no será fácil aún y después de la terminación del franquismo.

Si hay que recomenzar, recomenzaremos. Si hay que partir a cero, de cero partiremos. Desde la base de nuestros sindicatos, en silencio o con estruendo, con o sin posibilidades, pero sin negación de un solo punto de la idea. Si la C.N.T. negara su historia, o su razón de ser, negándose a sí misma, dejaría de ser la C.N.T. para incorporarse a la masa informe de los sindicatos claudicantes que hoy quieren forzar su voluntad.

Y la C.N.T. no puede negarse, porque para evitarlo, estará presente a toda hora de la lucha, esa generación militante, que si supo responder ayer, sabe responder hoy y sabrá responder mañana.

..

No faltará quien piense ante esta afirmación nítida de posiciones, que con esta actitud se dificulta la posibilidad de una acción conjunta del antifranquismo español, para derrocar al régimen. Y eso tampoco es razón ni argumento valedero que puede resistir a la verdad de nuestra acción.

A través de la historia de nuestra Organización exilada como de la del Interior, son numerosas las

llamadas e intentos de nuestra C.N.T. para llegar a una acción conjunta de las fuerzas antifascistas con vistas al derrocamiento del franquismo.

Si no existiera la Alianza Sindical, podríamos decir que el resultado sería un cero absoluto.

Se han constituido organismos, órganos y orgánillos que pretendieron aglutinar todas las voluntades en formaciones híbridas de programa e intenciones.

Se ha llegado a la constitución de organismos de Alianza entre los partidos políticos sin la presencia de la C.N.T.

Y ello ¿por qué? Por que la idea motriz de esas alianzas y uniones, más que de la acción liberadora, a la necesidad de asegurar las posiciones ulteriores. Es decir en el claro lenguaje de los refranes españoles, porque lo más importante era repartirse la piel del oso, sin pensar en quien debería matar la fiera.

Por ello se ha considerado siempre un impedimento a la acción conjunta con la C.N.T., el hecho de que nosotros no admitimos ningún compromiso posterior a la liberación. Por que la C.N.T. considera que nada hay de común en las líneas de acción de los partidos políticos y de ella, fuera de un objetivo único: el derrocamiento del franquismo.

Y como es lógico, las organizaciones políticas, antes de realizar un solo paso, necesitan asegurar su supervivencia, garantizar el beneficio y la utilización de los resultados del combate.

Es para ellos fundamental, el respeto a instituciones forjadas en el papel por los dirigentes. Y es para nosotros absolutamente necesaria la libertad de acción para que el pueblo español manifieste su voluntad, no en referendums ni consultas electorales amañadas siempre y adulteradas por reglamentos legislados para ello, sino su voluntad en la calle, en los lugares de trabajo.

Por ello decimos, queden libres Partidos y Organizaciones al día siguiente de la liberación para organizar cuanto quieran, pero no pidan a la C.N.T. sumisión y acatamiento, que ésta no acepta para nadie ni con nadie.

Se dijo de Bakunín, durante su intervención, en uno de los muchos movimientos revolucionarios en que intervino: Este hombre es magnífico para la revolución, pero había que matarle al día siguiente del triunfo de ésta.

Y esto es lo que se pretende de la Confederación. Su aportación al combate liberador, su anulación al terminar éste. Al no aceptar tales condiciones, la acción conjunta con nuestra organización representa un peligro para las aspiraciones de poder democrático-burgués. Razón por la cual se prefiere el acercamiento a todas las fuerzas de tinte y color turbios que surgen hoy con la complacencia del régimen, para preparar la combinación política que de apariencias de liberación.

Dispuestos a que continúen en pie las instituciones, con sus lacias, defectos, con todo lo de hoy, en inmenso abrazo de Vergara que condena a nuestro pueblo a futuras y funestas luchas.

Esa si que es posición egoísta, solución de momento a la que se acomodan líderes y liderillos de todo

matiz dejando los problemas latentes para que los resuelvan los que vengan detras.

Y sabemos conscientemente que en esta actitud nada noble por cierto, desde los hombres del régimen actual con deseos de cambio falacioso, hasta las llamadas izquierdas españolas, todos saben que la presencia de la C.N.T. representa un peligro para el pago de sus ambiciones. Y si no se neutraliza la C.N.T., las aspiraciones revolucionarias de sus hombres, seguirán siendo espada de Damocles sobre las instituciones estatales a crear.

Así vemos nacer, maniobras y operaciones tendientes a crear la diversión y la confusión en las filas del anarcosindicalismo español. Maniobras que desgraciadamente encuentran eco en una parte de la militancia, que en sincero deseo de acción que no negamos, no aciertan a ver el peligro desviacionista, si no de eliminación pura y simple que se persigue.

La militancia deberá vivir en el alerta constante en defensa de la misma organización, ya que no faltarán los esfuerzos para neutralizarla, para ver de borrar del panorama social español la única garantía de sinceridad en el combate: la C.N.T.

La vieja táctica de creación de Central Sindical Unica que reuna los esfuerzos y la fuerza de las dos sindicales españolas, ha vuelto a subir a la palestra y aún como base y propósito de la llamada Alianza Sindical Obrera, creada en el interior de España. A este respecto diremos que no sólo en las bases de este organismo creado al margen de la misma A. S. encontramos aquellas contradicciones que nos hacen ver el peligro, sino que en las mismas declaraciones de sus propios creadores, vemos la contraposición entre ideas.

Según las bases del pacto establecido, la A.S.O. preconiza la colaboración para el porvenir de la España liberada, hasta la creación de la Central Unica. De diversas declaraciones parece deducirse que la A.S.O. no es una Alianza sino una Organización Sindical clandestina, creada con militantes de las dos centrales españolas, y con elementos de otras tendencias, deseando incorporar en sus filas otros de las hermandades obreras de Acción Católica e incluso «falangistas de izquierda».

¿No serán acaso pretendientes a la sucesión de la Central Sindical Vertical española?

Pudiera ser muy bien que se tratase de asegurar la supervivencia de ésta, con sus estatutos, su estructura, sus posibilidades, sus cuadros, etc... para ahogar toda veleidat revolucionaria.

En el proceso a varios de sus componentes, éstos han declarado públicamente su divorcio con las organizaciones del exilio, su independencia con respecto a ello, y su deseo de incorporar en el seno de la misma a todos los obreros de todas las tendencias.

Nunca un militante de la C.N.T. en nombre de la misma pudo negar la misma.

Si a ello añadimos el hecho de que dicha A.S.O. se encuentra apoyada, orientada y financiada por el turbio sindicalismo americano en colaboración siempre con el Estado yanqui, tendremos razones más que suficientes para permanecer en atenta es-

pectativa, que no permita el tiempo de la maniobra, si maniobra hubiera.

Una vez más repetimos: No hay en nuestras manifestaciones acritud ni censura para quienes crean laborando así trabajar por el bien de nuestro país. Nunca quisimos imponer nuestro punto de vista como el único factible y siempre reconocimos el derecho de cada uno de estimar y juzgar los problemas con arreglo a sus concepciones e interpretación de los mismos.

Existan en buena hora los amigos de la unidad sindical, existan quienes crean que es necesaria la colaboración sindical en el seno de los organismos del Estado.

No negamos el derecho de vida ni el combate de quienes tengan esas ideas distintas de las nuestras. Lo que no consentimos ni consentiremos en modo alguno es que se pretenda jugar con los anagramas y nombre de nuestra organización para defender posiciones contrarias a los intereses de la misma.

Pueden quienes así piensen llegar a crear sindicalismos de concepción diferente, o más todavía forjar el Partido político que convenga a su interpretación del momento. Serán un aporte más a la labor desorientadora y disgregadora de los servidores del Estado. Nieguen los principios y la necesidad de la Revolución quienes crean que puede ayudarse a la evolución humana con el tira y afloja de los espectaculares debates parlamentarios. Libres son de hacerlo. Pero en nombre de la C.N.T., No. En nombre del anarcosindicalismo, no. Porque desde que aceptaron eso que llaman «nuevas ideas o concepciones del momento», cambiaron «de piel» como también se ha dicho y dejaron las filas del anarcosindicalismo.

Y ni argumentos bien buscados, ni falaciosos razonamientos, ni sabias exposiciones podrán justificar lo injustificable. Un anarcosindicalismo, dispuesto a colaborar en los organismos del Estado. El color negro, solo puede modificarse dejando ser negro. El anarcosindicalismo, teñido de cualquier innovación que niegue sus principios fundamentales dejará de ser anarcosindicalismo. Y el día que la C.N.T. perdiera esa fuerza vital, esa línea firme y consecuente (aún seguimos siendo amigos de la consecuencia ideológica pese a quienes llaman a la inconsecuencia como solución).

El día que la C.N.T. perdiera esa personalidad que le da la presencia anarquista en sus sindicatos, dejaría de ser aquella organización cuyas realizaciones fueron lección, para convertirse en una más de esas organizaciones sindicales, justificativas de un burocratismo exagerado, destinada a conseguir las ventajas parciales que como migajas de la mesa de los poderosos, el capitalismo como concesión al mal menor, da.

Y no se fundó para eso la C.N.T. española, la sección hispana de la A.I.T. La misión del sindicalismo libertario es más alta y más digna.

Si supo estar en la avanzada de las luchas sociales lo fue por comprender que la conquista de las mejoras inmediatas era un objetivo permanente, pero no el objetivo fundamental que fue y sigue siendo la instauración de nuevas modalidades de

convivencia social, la organización de nueva sociedad sobre las ruinas de la barbarie capitalista. De esa nueva sociedad que partiendo del Municipio y del Sindicato, del Comunismo Libertario, lleve la humanidad en revolución permanente y no finalista a la verdadera expansión de las libertades humanas.

De la misma manera que si hoy la lucha contra el franquismo es un objetivo primordial, fundamental y básico, tampoco podemos considerar esta lucha como objetivo final de la C.N.T. En este combate hemos de volcar hoy toda nuestra voluntad de lucha, sabemos que con la consecución de este objetivo, el todo de un país libre no se habrá conseguido y que entonces la fase más ingrata quizá habrá de comenzar.

Se debate hoy el país y el régimen en una crisis que no nos prolongaremos en analizar y cuyas soluciones no serán ni con mucho fáciles. La economía del franquismo, la salva hoy la misma degradación de la dignidad española.

La cesión del suelo español a potencias de colonización económica. Aquella otra de posiciones de combate a los colosos imperialistas en presencia. Venta de las posibilidades nacionales, practicada desde siglos atrás y que llevó al colmo de la exageración el régimen que subsistió por la subasta al mejor postor: ayer Alemania e Italia, hoy América, quien sabe si mañana, de ofrecerse la ocasión, a la Rusia soviética.

El turismo, exponente del bajo y mísero nivel de vida nacional, pues es más que sabido que el turismo de hoy se vuelca en los países pobres donde su esparcimiento y solaz es más barato, es otro de los salvadores del régimen. Los millones de dólares de mercancías que la industria no llega a vender en el extranjero, son vendidas al extranjero en el propio suelo.

Así, las costas mediterráneas españolas se convierten hoy, para vergüenza del franquismo, en pular de colonias de ociosos de todos los países. Entre ellos, quizá, muchos de los que usando de un nivel normal de existencia en sus países y de su derecho a las ventajas económicas de países normalmente desarrollados, no alcanzan a concebir que esas vacaciones españolas, aseguran la supervivencia y la prolongación de la miseria española, aportando su ayuda solidaria de obreros, a la economía de un régimen que les desprecia en su misma calidad de obreros.

Pero los más, magnates de la industria y del comercio en el mundo, vienen a España, donde el acceso a la propiedad de solaz y divertimento es más barato que en sus países respectivos. Y el régimen les recibe a unos y otros con la sonrisa del histrión, del hospedero barato que se curva ante el cliente de bolsa repleta. Y organiza espectáculos y distracciones para aumentar una clientela que le salva de la ruina.

El mismo turismo, sin embargo, es insuficiente para el equilibrio de la balanza de pagos española. Las últimas cifras oficiales franquistas así lo mostraron. Si esta se equilibró fue gracias al aporte

masivo de los envíos realizados por los emigrantes españoles.

¡Oh paradoja! La miseria de los españoles, obligándoles a expatriarse, como parias errantes del hambre y del sudor, salva la economía del régimen que les vende.

Franco y los suyos descubrieron así una materia prima de exportación, que reemplaza el fracaso de sus pomposos planes del desarrollo: la exportación de carne humana, de miseria, de sudor y de músculos españoles.

Exportación ya organizada y controlada, que puede crecer cada día, pues quedan aún en los suburbios de las ciudades españolas, cientos de miles de hombres amontonados en condiciones inverosímiles, y un peonaje agrícola errante de región en región. Más de la tercera parte de la población española, se encuentra viviendo en las zonas económicas llamadas zonas del hambre.

F. de Castro en su libro «La demagogia de los hechos» nos dice:

«La mancha negra de las zonas del hambre se extiende por Andalucía, Albacete, Murcia, Extremadura, Castilla la Nueva, a más de todas las grandes zonas urbanas.»

¿Es concebible después de 25 años de pregonada paz y reconstrucción, la existencia de pueblos como la Chauca en Almería, 20.000 habitantes viviendo en 900 cuevas y 1.600 chabolas, sin retretes, sin asistencia médica, ni fuentes, ni lavadero público, ni oficinas de correo, ni electricidad?

¿Que en los suburbios barceloneses, de 177.000 personas, 66.000 vivan aún en 1.200 chabolas de madera y lata, con locales escolares para 10.000, sobre una población escolar de 25.000, con 15 dispensarios (uno para 12.000 personas)?

..

No vamos a extendernos en cifras ni estadísticas en esta ocasión. Lo cierto es que el verdadero nivel del pueblo español es el de los países subdesarrollados.

Y el problema de proporciones inmensas al que habrá de enfrentarse para la reconstrucción de la economía es claro: Un pueblo en la indigencia, una estructura económica que no produce los bienes suficientes, sin dinámica auténtica de desarrollo.

Ese problema sólo puede resolverse por un cambio radical de estructuras y dicho cambio solo será posible a través de un proceso revolucionario que elimine de raíz los obstáculos.

Es del conocimiento de todos quienes constituirán esos obstáculos: Grandes propietarios, terratenientes, grupos industriales con capitales extranjeros hoy, la misma Iglesia, que es uno de los mayores propietarios españoles.

Y el ejército español, pretoriano al servicio de todos los privilegios.

Y si podemos hoy constatar el fracaso de la pretendida cruzada franquista que partió de una mentira hecha historia: el peligro bolchevique. Sabemos a ciencia y conciencia, que todo régimen de composición que le sustituya, o contemporizará con la fuerza de freno y reacción de las clases privilegiadas, o será arrollado por la sublevación de éstas.

Negar, evitar la revolución constructiva, será aplazar el problema. Y nosotros no podemos, ni debemos ni queremos ser cómplices de semejante crimen contra el pueblo español y en consecuencia no podemos admitir compromiso alguno con las fuerzas representativas de presuntas e inútiles soluciones del momento.

Se dice que somos intransigentes en nuestra posición revolucionaria y debemos declarar en plena voz, a todos los vientos, con la claridad que fue siempre nuestra norma que nuestra intransigencia revolucionaria tiene una base humana, inmensamente humana, que se cimenta no sólo en el amor a las libertades, sino además en la convicción más íntima que la revolución es imprescindible necesaria, porque si para una mayoría o minoría, la continuidad de la miseria de otros, no es problema, nosotros hemos de pensar y sentir en las entrañas, la miseria de esos millones que no son ni siquiera proletariado, de ese subproletariado que arrastra su miseria en el campo español y en los suburbios urbanos, fuerza latente que espera su hora, la misma hora que espera la C.N.T. española.

La verdadera libertad, aquella que alía la libre disposición de la persona, a la igualdad económica, sólo podrá conseguirse en detrimento de las clases privilegiadas.

Estas no cederán voluntariamente sus privilegios. Y a la violencia de su resistencia habrá que enfrentar la violencia del esfuerzo manumisor. Ninguna política será capaz de realizarlo.

La revolución será inevitable y la revolución nos encontrará en nuestro puesto, a nosotros los militantes libertarios, los hombres de una C.N.T. auténtica, que por esta razón no podrá admitir mediatizaciones, componendas, ni compromisos.

Si fue la C.N.T. garantía revolucionaria hasta hoy, lo será mañana por la voluntad de su militancia.

Y volcaremos en la lucha toda la pujanza vital de nuestras convicciones y esfuerzos, como debemos volcar hoy en el combate liberador toda esa misma pujanza y convicción, convencidos de que esa liberación que algunos esperan como objetivo final, será el punto de partida de la Revolución manumisora, la revolución libertaria.



ALBERT CAMUS Y ESPAÑA

ESTA visto que las democracias del Oeste se hacen una tradición de traicionar a sus amigos, y que los regimenes del Este se crean una obligación de devorarlos. Entre ambos, hemos de hacer una Europa que no sea la de los embusteros ni la de los esclavos. Pues es, desde luego, cierto que hemos de hacer una Europa. Lo que ocurre es que no queremos una Europa cualquiera. Aceptar la construcción de una Europa con los generales criminales, con el general rebelde Franco, sería aceptar la Europa de los renegados. Y, después de todo, si es esa Europa la que las Democracias del Oeste quieren, les era fácil tenerla. Hitler ha intentado construirla, y casi lo ha conseguido; bastaba con ponerse de rodillas, y la Europa ideal habría sido edificada sobre los huesos y la ceniza de los hombres asesinados. No es eso lo que los hombres de Occidente querían. Han luchado, de 1936 a 1945, muriendo a millones y agonizando en la noche de las prisiones para que Europa y su cultura sigan siendo esperanza y conserven un sentido. Si hay quien olvida esas cosas nosotros no lo olvidamos. Europa es, ante todo, una fidelidad. Por eso estamos aquí, y afirmamos todo esto.

SI creo a los periódicos franquistas, el Mariscal Pétain llamaba a Franco «la espada más brillante de Europa». Son cortesías militares que no tienen consecuencia. Pero es que precisamente no queremos de una Europa defendida por esta clase de espadas. Los servidores de los grandes nazis desearían la construcción de una Europa aristocrática. No tengo nada contra la aristocracia. Creo al contrario que el problema que se plantea a la civilización europea es el de la creación de nuevas élites, por haber sido deshonradas las suyas. Pero la aristocracia del franquismo se parece demasiado a los señores de Hitler. Es la aristocracia de un «gang», la realeza del crimen, la cruel señoría de la mediocridad. Por mi parte no reconozco más aristocracia que la que proporcionan el trabajo y la inteligencia. Ambas son oprimidas, insultadas o utilizadas cínicamente, en el mundo de hoy, por una raza de criados y de funcionarios a las órdenes del poder. Liberadas y reconciliadas, reconciliadas sobre todo, harán la única Europa que puede durar; no la del trabajo forzoso o la inteligencia al servicio de la doctrina; no la de la hipocresía ni la moral de tenderos, sino la Europa viva de

las comunas y de los sindicatos, que prepara el renacimiento que esperamos. En este inmenso esfuerzo, mi convicción es que no podemos, en ningún caso prescindir de España.



EN efecto, Europa no se ha convertido en esta tierra inhumana — en la que, sin embargo, todo el mundo habla de humanismo —, en este campamento de esclavos y en este mundo de sombras y de ruinas, más que porque se ha entregado sin pudor a doctrinas desmesuradas, porque ha soñado ser una tierra de dioses y ha escogido para divi-

nizar al hombre el envilecer a todos los hombres a los medios del poder. Las filosofías del Norte la han ayudado y aconsejado en esta bella empresa. Y hoy, en la Europa de Nietzsche, de Hegel y de Marx, recogemos los frutos de esa locura. Si el hombre se ha vuelto un Dios, forzoso es reconocer que se ha vuelto poca cosa; ese Dios tiene una cara de hombre reducido al último grado de bajeza, de fiscal. Jamás reinaron sobre la tierra dioses tan mezquinos. ¿Quién puede extrañarse, al verlos en las primeras páginas de los periódicos o en las pantallas cinematográficas, de que sus Iglesias sean, ante todo, policíacas?

Europa no ha sido grande más que en la tensión que ha sabido introducir entre sus pueblos, sus valores, sus doctrinas. Es tensión equilibrada o no es nada. En cuanto ha renunciado a ella y escogido el hacer reinar por la violencia la unidad abstracta de una doctrina, ha degenerado, convirtiéndose en esta madre agotada que no da a luz más que criaturas avaras y odiosas. Y es tal vez justo que dichas criaturas acaben por lanzarse las unas contra las otras, para encontrar por fin una imposible paz en una muerte desesperada. Pero nuestra tarea, el papel que nos corresponde a to-

dos nosotros, no es el de servir a esta terrible justicia. Es crear una nueva justicia, más modesta, en una Europa renaciente — renunciando, por consiguiente, a las doctrinas que pretenden sacrificarlo todo a la Historia, — a la razón y al poder. Y para ello, tenemos que volver a encontrar el camino del mundo, equilibrar al hombre por la naturaleza, el mal por la belleza, la justicia por la compasión. En fin, tenemos que renacer en la dura tensión atenta que hace las sociedades fecundas. Es ahí donde la ayuda de España nos es indispensable.

¿Cómo prescindir, en efecto, de esa cultura española en la que jamás, jamás una sola vez, en siglos de historia, la carne y el grito del hombre han sido sacrificados a la idea pura, que ha sabido dar al mundo, al mismo tiempo, Don Juan y Don Quijote, las más altas imágenes de la sensualidad y del misticismo, que en sus creaciones más locas no se separa del realismo cotidiano, cultura completa, en fin, que cubre con su fuerza creadora el universo entero, del sol a la noche? Es esta cultura la que puede ayudarnos a rehacer una Europa que no excluya nada del mundo, ni mutile nada del hombre. Todavía alimenta hoy, en parte, nuestra esperanza. Y al mismo tiempo en que esta cultura era amordazada en España, daba su mejor sangre a esta Europa y a esta esperanza. Los muertos españoles de los campos alemanes, de Glières, de la división Leclerc, y los 25.000 muertos en los desiertos de Libia eran esta cultura y esta Europa. Es a ellos a quienes seguimos fieles. Y si en alguna parte reviven hoy, dentro de su país, es en esos estudiantes y esos obreros de España que acaban de gritar al mundo sorprendido que la verdadera España no ha muerto, y que reclama de nuevo el lugar que la corresponde.

PERO si la Europa de mañana no se puede pasar sin España, tampoco puede, por las mismas razones, hacerse con la España de Franco. Europa es una expresión contrastada, y no puede acomodarse de doctrinas

suficientemente idiotas, suficientemente feroces, para prohibir toda expresión que no sea la propia. Al mismo tiempo en que los ministros de Franco formulan el voto de que las élites de España y Francia se compenetren más, su censura prohíbe numerosas obras sublimes, incontables escritores selectos, incluso de los que no han pasado jamás por revolucionarios. En lo que nos respecta, nosotros consentimos de buen grado en leer a Benavente; son los libros del señor Benavente los que no se dejan leer, y nada más. Recientes afirmaciones franquistas pretenden que la censura había sido mitigada. Tras examen de los textos podemos tranquilizarnos: la mitigación se resume a confirmar que todo está permitido, menos lo que está prohibido. El propio Franco, que se inspira gustoso de uno de nuestros grandes escritores, me refiero a Joseph Proudhomme, ha declarado que «la España del Alcázar de Toledo estaba ligada a la cátedra de San Pedro». Ello no impide que censure al propio Papa, cuando el Papa se pronuncia por la libertad de prensa, por ejemplo. En la Europa que es la nuestra, el Papa tiene derecho a hablar, como lo tienen los que piensan que el Papa hace muy mal uso de ese derecho.

La Europa que queremos es también un orden. Y cuando cualquiera puede detener a cualquiera, cuando la delación es alentada, cuando las mujeres encinta en las prisiones son dispensadas de trabajar, generosamente, pero solo el noveno mes, entonces estamos en el desorden, y Franco prueba al mundo entero que es un peligroso anarquista, más peligroso que los propios anarquistas españoles que, ellos, luchan por un orden. Y el desorden, al menos para mí, es culminante en esta odiosa confusión en que la religión está mezclada a las ejecuciones y en que el cura se perfila tras el verdugo. Las órdenes de ejecución se terminan, en la España franquista, por este deseo piadoso al director de la cárcel. «Dios guarde a Vd. muchos años». Se obliga a los prisioneros a suscribir un abono al semanario «Redención». Esta Europa,

en la que Dios está reservado al uso particular de los directores de prisiones ¿es, tal vez, esa la civilización por la que debemos combatir y morir? ¡No! Hay, por fortuna, una redención que no necesita suscripciones y que reside en el juicio de los hombres libres. Si existe un Cristo en España, está, es cierto, en la cárcel, pero en la parte baja de las celdas. Está con todos los hombres, víctimas del atropello ignominioso del franquismo. Esos hombres son nuestros hermanos, y los hijos de la libre Europa.

NUESTRA Europa es también la de la verdadera cultura. Y, siento tener que decirlo, no veo ningún signo de cultura en la España de Franco. He leído por completo la filosofía de la historia que es personal al Caudillo. Se resume en esto: «La Franc-Masonería, oculta en el caballo de Troya de la Enciclopedia, ha sido introducida en España por los Borbones». He leído al mismo tiempo que un peregrino católico de América, recibido por Franco, le ha encontrado «extraordinariamente inteligente». Un peregrino es siempre un entusiasta. No quiere haberse molestado para nada. Pero, en fin, encuentro la frase de Franco y la del peregrino absolutamente incompatibles. Mi convicción de que la cultura y la España oficial de hoy no tienen más que una ligerísima relación de cortesía se vé reafirmada cuando leo que «Franco debe resolver, con su espada, los nudos gordianos de problemas seculares cuya solución estaba reservada a su genio», o que «parece que Dios haya colocado el sino de Franco bajo el símbolo de esas aspiraciones históricas fulgurantes, destacando esta cabeza eureolada sobre el horizonte de nuestro siglo...» No, la idolatría no es la cultura. La cultura muere en la España franquista, cuando menos, de ridículo. En fin, cuando Franco exige su sitio en el concierto de las naciones y reclama el derecho (que reclamamos con él) para España de tener el gobierno que le plazca, resume su doctrina en esta fórmula que, como ya imagináis, no dejó de analizar: «No es que andemos en

diferente dirección... Es que vamos más aprisa que los otros, y que estamos ya en el camino de regreso mientras que los otros avanzan aun penosamente hacia el objetivo». Esta metáfora osada se basta, por sí sola, para explicarlo todo, y basta sobre todo para justificar que para nuestra cultura, preferamos la Europa de Unamuno a la de los adalides franquistas.

EN fin, y esto lo resume todo, nuestra Europa no puede pasarse sin la paz. La España de Franco no vive, y no sobrevive, más que gracias a la amenaza permanente de otra guerra, mientras que, en España, la República se vé reforzada cada vez que la paz vé aumentar sus posibilidades. Si, para existir, Europa debiera pasar por la guerra, será la Europa de las policías y de la ruina. Sólo así se comprende que Franco sea juzgado imprescindible, debido a la inoportuna ausencia de Hitler y Mussolini. Es así como piensan los que se hacen de Europa una imagen que nos horroriza. Franco ha sido juzgado severamente hasta el día en que los estrategas se apercibieron de que disponía de 30 divisiones. Es entonces cuando Franco entró en la senda de la verdad. Se le ha aplicado, reformándola para él, la fórmula de Pascal, que se ha convertido en esto: «error por debajo de 30 divisiones, verdad por encima de ellas». En tales condiciones, ¿para qué hacer la guerra a los ru-

sos? Rusia es más verdadera que la misma verdad, puesto que dispone de casi doscientas divisiones. Pero Rusia es el enemigo, y todo lo que pueda servir para combatirla es bueno. Para triunfar, primero hay que traicionar a la verdad. Pues bien, ha llegado el momento de que digamos bien alto que la Europa que queremos no será jamás aquella en la que la justicia de una causa tenga que ser valorada por el número de sus cañones. Es ya suficiente imbecil el calcular la fuerza de un ejército por el número de sus oficiales. A ese paso el ejército español es, en efecto, el más fuerte del mundo. Pero es también el más débil. Hay que ser un pensador del Departamento de Estado para poder imaginar que el pueblo español combatirá en nombre de una libertad que no tiene. Pero la estupidez no es nada. Lo que es verdaderamente grave es la traición de una causa sagrada, la de la sola Europa de que queremos. Aceptando el reanudar la relaciones con Franco, la América oficial y sus amigos firmaron la ruptura con una cierta Europa que es la nuestra, y que continuaremos defendiendo y sirviendo juntos. Y como mejor la serviremos es precisamente distinguiéndonos de todos los que no tienen ya ningún derecho moral de servirla, de los que a favor de provocaciones policiacas limitan, en nuestra propia tierra, la libertad de los militantes antifranquistas, los mismos que han aceptado, en su tiempo, que las elec-

ciones argelinas fueran trucadas, los que se lavaron las manos con la sangre de los fusilados de Praga, los que insultaron a los prisioneros concentracionarios de los campos rusos. Todos esos han perdido el derecho de hablar de Europa y de denunciar a Franco. ¿Quién hablará pues? ¿Quién le denunciará? Amigos españoles, la respuesta es sencilla: la voz tranquila de la fidelidad. Pero la fidelidad no es solitaria. Somos, en todo el mundo, millones de fieles, los que preparamos el día de la reunión.

El propio interior de España lo grita sin descanso. Nos corresponde aunarnos, y no hacer jamás nada que nos pueda separar. Sí, unámonos solamente, y uníos, os lo suplico. La España del Exilio tiene aquí su justificación, en esta unión realizada, en esta lucha paciente e inflexible.

Vendrá el día en que Europa triunfe de sus miserias y de sus crímenes, en que, por fin, reviva.

Pero ese día, he aquí lo que quiero deciros, será exactamente el mismo que aquél día en que la España de la fidelidad, acudida de los cuatro rincones del mundo, se reagrupe en la cima del Pirineo, y vea extenderse, ante ella, la vieja tierra herida que tantos de entre vosotros han esperado en vano, y que os espera silenciosamente desde hace tan largo tiempo.

Ese día, nosotros, europeos, recobramos, con vosotros, una patria más.

LA LIBERTAD DE PENSAMIENTO

La mentira impresa y propalada cae por sí sola, y puede ser rebatida con la palabra misma. Por el contrario, la verdad impresa y propalada triunfa, pero triunfa a fuerza de convencer, triunfo sin violentar, y éste es el más bello triunfo posible. En estos principios se apoya la libertad de pensamiento, y en este sentido no conocemos crimen mayor que el empeño que los gobiernos ponen en coartarla. No sólo privan de un derecho a su generación, sino que asesinan en su germen a su posteridad. En nuestra opinión, los hombres todos deben saberlo todo. Sólo así podrán juzgar, sólo así podrán elegir.. — MARIANO JOSE DE LARRA.



SUGERENCIA A

BERTRAND RUSSELL

Por JACINTO GUERRERO LUCAS

EN ocasiones diversas, con la insistencia agobiante que exigen las nobles causas, nuestra voz se ha levantado para acusar el escándalo de la ciencia corrompida, que lejos de abrir al hombre horizontes más risueños, cierne sobre su cabeza el peso amenazador del anónimo exterminio.

Sin pudores trasnochados, sin pretender hacer gala de comprensiones suicidas, sin mostrarnos resignados a admitir razonamientos teñidos de oportunismo político y económico, ni a considerar, pacientes, los imperativos bélicos invocados por los bloques en pugna de hegemonías, señalamos sin descanso la abdicación consternante de los cerebros del siglo, asesinos potenciales de todo el género humano y servidores conscientes de la ambición depravada de los estadistas necios que no conocen más medio de afirmar su envergadura que la posibilidad del desastre colectivo.

Cuando los hombres de ciencia domestican la energía poderosa del planeta para hacer de ella un vehículo de locuras estatales fallan su papel más alto, aientan a los valores más vitales de la especie, prostituyen bajamente la misión más esencial que la Ciencia se ha asignado...

Nos ha tocado vivir el tiempo de la vergüenza. La rendición de los hombres en cuyos hombros descansa la tarea impresionante de los avances científicos y los adelantos técnicos es un golpe muy sensible, un atraso irreparable. El pronunciado divorcio del progreso material con la corriente humanista retrata cumplidamente la tristeza de una época sometida por entero al maniobreo político del imperio del dinero, en sucio concubinaje con el opio religioso y el afán imperialista de los grandes del momento.

La ciencia de destrucción tiene la cara pequeña. Los grandes hombres vendidos a directrices bastardas son los pigmeos del siglo. Su corona está tejida del desprecio de los hombres que aún escuchan la llamada serena del corazón. Es esta una realidad que la aureola oficial no consigue mitigar.

La situación que dibujo es un

arma de dos filos que penetrará en la carne de sus propios creadores. La conciencia universal empieza a movilizarse. La indiferencia se esfuma, dejando paso a un murmullo de indignación general cristalizado, a menudo, en bellas iniciativas que nosotros, luchadores, nos debemos de aplaudir.

La tarea gigantesca, conmovedora y humana del biólogo Jean Rostand es ejemplo edificante de la verdadera ciencia, acreedora al respeto y al fervor reconocido de los soldados del bien. Como aplaudimos sin trabas las conquistas permanentes de la investigación médica, o la tarea abnegada de profesores y sabios que luchan contra el misterio, animados del deseo de mejorar la existencia.

Todos los hombres de ciencia no son unos desalmados.

Pero vengo a Bertrand Russell, a quien quiero sugerir un gesto transcendental.

El gran filósofo inglés proyecta constituir un tribunal de conciencia, y procesar ante él al llamado Lyndon Johnson, presidente del gobierno de los Estados Unidos, como criminal de guerra, culpable de genocidio contra el pueblo vietnamita.

Dicho tribunal, compuesto por

ciertos hombres de letras y otras personalidades de valor reconocido, debe reunirse en París, el mes de Noviembre próximo. Tan humana iniciativa no precisa comentarios. Bástenos pues afirmar que detrás de Bertrand Russell, detrás de los demás jueces que con él formen equipo, se encuentra la aspiración más legítima del mundo, y el consuelo esperado, el aliento caluroso, la emocionada confianza y la fe voluntariosa de todos los hombres dignos que no aceptan la impotencia ante el atropello «yanki», ni ante ningún otro exceso cometido contra el hombre, cualquiera que sea su origen.

Yo sugiero a Bertrand Russell que su tribunal estudie las responsabilidades de otro criminal de guerra culpable de genocidio, de un verdugo ensangrentado acusado del delito de alta traición a su pueblo, de un malhechor renegado, del tirano tenebroso que ha enlutado el desarrollo contemporáneo de España, adulterado el espíritu de la conciencia española, proscrito la inteligencia, desterrado la justicia, pisoteado el derecho...

... Hablo de Francisco Franco.

El coyote ferrolano debe ocupar el banquillo junto al vaquero de



De mi calendario

Por EUGEN RELGIS

Montevideo, 23 de marzo.

HOY, el cartero me entregó junto con algunas cartas y media docena de revistas,

un paquete: un libro más, entre tantos que me envían los autores o las editoriales. Pero las estampillas me dejan asombrado; es de

Bucarest, la capital del país que abandoné hace casi diez años. La fecha del envío: 20 de enero. Más de dos meses, para recibir un libro de un continente a otro. Raras veces llegan aquí libros de mi país natal, y sólo si llevan la etiqueta oficial.

SUGERENCIA A BERTRAND RUSSELL

Texas, su cómplice y protector. Sus delitos son comunes.

Es la demanda insistente que dirijo a Bertrand Russell, y al hacerlo me reclamo de la autoridad grandiosa de la España del silencio, que tiene un largo tributo pagado a la humanidad y merece ser oída de cuantos claman justicia reclamándose del hombre.

El proceso del «caudillo», aún de carácter simbólico, es un gesto inaplazable, un deber ineludible para un tribunal moral. Nuestra causa es importante. Abrimos el expediente más enojoso de Europa. Recordamos, machacones, el abandono cobarde de que se nos hizo víctimas. Tenemos pruebas terribles. Testigos innumerables.

La Historia y el Universo declaran en nuestro nombre. La opresión del interior y los dolores de exilio hablan también por nosotros. No podemos resignarnos a que el crimen se respalde con el transcurso del tiempo, ni a que se encubra al abrigo de los hechos consumados.

Insistimos en creer en la actitud de los hombres de corazón caudaloso. Estamos aquí, esperando, pidiendo reparación, y clamando sin cesar, desde nuestra piel de toro, las verdades poderosas que perduran en el seno de la España amordazada. Lanzando el mensaje claro de humanidad generosa que supimos prestigiar a través del sacrificio de nuestros hombres mejores, que seguimos defendiendo con la tenaz resistencia opuesta a la dictadura, ante los silencios cómplices de los demócratas vanos y los tristes abandonos de los poderes del campo mal llamado socialista.

«Ayer Madrid, hoy Saigón» no es solamente un «slogan» de actualidad periodística, sino un paralelo claro de situaciones de escándalo que actualiza, en el presente, lo que es ya un viejo problema sobre las tierras ibéricas.

Si Bertrand Russell lo acepta, le corresponde el honor, la oportunidad histórica, de poner un fin simbólico a la situación más trágica que padece el Occidente.

El pueblo español espera.

Abro el paquete. No es un libro. Sobre la carátula en tela: 1957. En la tapa interior: **Calendario** y, abajo, en inglés: **Foreign Languages Publishing House, Bucarest**. ¿Propaganda para los extranjeros? Quizá, pero disfrazada, sin slogans políticos. En papel ilustración, cada página ofrece, en la mitad superior, una imagen: paisajes, figuras, escenas de la vida popular, vistas de ciudades, del campo, de la montaña, del mar. Imágenes que se suceden con los días y las estaciones. Y cada una despierta en mí un recuerdo, un rostro, un pensamiento. Un mundo entero, y medio siglo de trabajo, de empeños y luchas...

¿Quién me envió este regalo de Año nuevo? ¿Una hermana, un amigo, un compañero que permanece fiel en aquel país donde uno no puede poner su firma ni siquiera en un calendario? Quienquiera sea, le doy mil gracias. Escribo estas líneas al margen de la página correspondiente a la fecha. Allí, comienza la primavera.

En un Estado totalitario, a un innovador cuyas ideas no sean del agrado del gobierno, no sólo se le condena a muerte, accidente ante el cual puede permanecer indiferente un hombre valeroso, sino que se le impide en absoluto dar a conocer su doctrina. En semejantes comunidades las innovaciones solamente pueden venir del gobierno y no es probable que el gobierno, como tampoco lo hizo en tiempos pasados, apruebe nada contrario a sus intereses inmediatos. En un Estado totalitario acontecimientos como la aparición del budismo o del cristianismo son casi imposibles, y por muy grande que sea su heroísmo, un reformador moral no podrá ejercer influencia humana, que se debe al gran aumento del control de los individuos que han hecho posible la técnica moderna de gobierno. Es un hecho muy grave que demuestra lo funesto que es un régimen totalitario para todo progreso moral. — BERTRAND RUSSELL.

ra. Aquí, el otoño. No importa. A las fechas y las imágenes del calendario recibido de allende el océano, se superponen las realidades diarias de mi refugio sudamericano. El pensar vence al tiempo; los sueños y la acción pueden suprimir el espacio. Vida doble y, sin embargo, unitaria. El pasado se filtra a través del presente hacia un mundo sin fronteras: el de los ideales que siempre brotan de las cenizas de la Tierra...

Empiezo, pues, otro «Diario». Para mí, para el desconocido que me hizo llegar el calendario — y para otros, quizá, hermanos en espíritu, dispersos en la gran Familia Humana, una y múltiple en su destino, con todas sus derrotas y victorias.

24 de marzo.

La soleada imagen, en esta hoja del calendario, lleva mi pensamiento a los años remotos de mi infancia, al principio del siglo. En el patio de una casa campesina, dos niñas atrevidas con sus trajes nacionales, de largas faldas plegadas y bordeadas y de largas trenzas, están charlando con otras dos niñas encaramadas en la balaustrada de madera que circunda la planta baja. Vetusta es la casa, pero envuelta en la tibia luz primaveral que se refleja en los cabellos dorados y en la sonrisa traviesa de esas mujercitas en miniatura, que parecen muñecas. Ellas me recuerdan, sin embargo las visitas que mi madre hacía en ciertos días a mi abuela o a mis tías, en la pequeña ciudad rodeada de montañas. Tenía que acompañarla, casi siempre, vestido con el traje de fiesta y tenía que estar quieto, hojeando un álbum de fotos de la familia. ¡Cuántas figuras surgen ahora, de otras generaciones, todas de otro mundo, del mundo de mi infancia!

—¿Pero tuviste infancia?

Pregunta sin voz, sin gesto, amarga, algo sarcástica, como ajena a mi mismo, que hizo caer bruscamente el negro telón sobre el escenario apenas vislumbrado de mis primeros siete años. Silencio, silencio... Desde entonces *incipit vita nova*. El niño se convirtió en hombre, en otro hombre...

Y esta noche busco sus trazos en **Mirón el Sordo**, mi primera novela que algunos consideran como una autobiografía, pero que es en realidad la biografía de cualquier joven que quiere conocerse a sí mismo y se empeña en forjar su propio destino.

25 de marzo

De la idílica imagen campesina, he ahí, por saltos de mil, dos mil y más metros, la visión de algunas cimas de los Cárpatos. En este sitio, una montaña truncada; se llama precisamente así: **Retezatul**, el tronchado. Pero en el horizonte se perfilan otras montañas, con sus peñascos altos, más altos y ocultos por las cintas de nubes o blanqueados en algunos declives por la nieve que se resiste a las brasas del verano.

En los años confusos de mi adolescencia, escalé estas montañas, aquí y en otros sitios, al norte de la cordillera. La montaña ha sido mi fascinación y mi anhelo de superación. Vencer la cálida pereza de la campiña fértil y soñolienta; subir, jadeante, de un escalón a otro, hacia la cumbre de un ideal que siempre se aleja, hacia otro peñasco, hacia otro vértice inaccesible de la eternidad radiante.

La montaña de la Vida no es sólo un capítulo de mi novela ya citada. Es el sentido mismo de mi vida... Y aquí, en otro continente, he evocado a los Andes a través de los recuerdos carpatinos. Quise subir nuevamente, con mi alma y mi mente, las montañas sudamericanas (mil tres poemas andinos: **Comienzo de un mundo**, **Alma mater**, **Los Indios**, que no pude escribir sino en rumano, mi idioma natal) antes de bajar por la otra vertiente, en la última etapa de mi existencia.

— Es verdad, es seguro, es real lo que está abajo, en la tierra, es igual a lo que está arriba, en el cielo, y lo que está arriba, es igual a lo que está abajo...

Fusión y transmutación de las armonías universales en la unidad creadora. Nunca un concepto metafísico se me ha revelado tan positivo, tan inmediato en su verdad, como en estas dobles siluetas paralelas e iguales. ¡Qué salto, desde los tropiezos y tanteos de la infancia, a la juventud ho-

llando el lomo de una montaña vencida! Y los cuatro mozos miran del mismo lado, hacia las cimas rocosas, hacia los vértices nevados, fundidos en el infinito, que los llaman, los fascinan con sus indecibles promesas y glorias. Con victorias que ellos quieren y deben conquistar, pese a los abismos en acecho...

1° de abril

Este día de primavera radiante en mi país natal, y de otoño grisáceo, casi deshojado en el otro hemisferio de mi tardío refugio, es también el día en que suele desatarse en todas partes ese espíritu burlón, más o menos logrado, inventivo, burdo o ingenuo, que divierte y aun alivia las cargas cotidianas, y que no debe ofender, humillar, ni enojar a nadie. La broma ligera, el engaño inocente, el susto que se disipa en carcajadas, la chanza chispeante, el tropezón amistoso, la farsa graciosa... tantos pretextos para eludir en algunas breves horas las obligaciones sociales, transigir con las leyes rígidas y las convenciones morales en un mundo que carece todavía de paz, justicia y libertad...

A mí, la hoja del calendario me ofrece una imagen tan sencilla como encantadora. Es generosa, fraternal, consoladora. Una mano de labrador, dura, firme, con trazos como tajos en los dedos gruesos, la piel arrugada y las uñas cortas. Y en el hueco de la palma un pollito recién salido de su cáscarón, se perfila con su pico cerrado, con su ojo grande, que refleja un rayo de luz y una indecible mezcla de gravedad y ternura, de curiosidad y temor, envuelto todo en su plumón dorado, y la cabeza salpicada de manchas oscuras... ¡Con cuánto cuidado y cariño lo sostiene la tosca mano del trabajador de la tierra! De esa **alma mater**, siempre nutricia, siempre renovadora en sus germinaciones y descomposiciones. El milagro de la creación está allí, en la mano hacendosa del hombre. Y la sorpresa, la «broma» de este día — y de siempre — surgida del abismo de la nada y las tinieblas de la muerte es, sencillamente esta: la Vida.

POR UNA CONDUCTA HUMANA MEJOR

La voluntad libertaria

por FLOREAL OCAÑA

(Continuación)

CON respecto a que el hombre esté sujeto a todas las leyes del universo, comprobamos que no lo está tanto, que va escapando, por ejemplo, hasta de la fuerza de la gravedad, yendo en camino de vencerla y acabar por ser él, el hombre, el que sujetará o dominará esa fuerza para sus fines, como está ya aprovechando otras energías, llamadas «leyes», como las de la herencia, modificándolas y superándolas. Estas últimas tanto para beneficiar a los sujetos normales como a los anormales que significa mejorar la salud física y mental de nuestra especie. Quizá las últimas palabras en este sentido hayan sido las que pronunció E. L. Tatum, Premio Nobel de Medicina 1958, en agosto de 1963, participando en el simposio médico mundial que se celebró en Guadalajara (República Mexicana) a principios del precitado mes y año. Afirmó que «el mundo está en los umbrales de la era genérica molecular que abre enormes posibilidades para curar, incluso, las enfermedades congénitas. Sin precisar fecha, este sabio, delante de científicos de otros países, asentó que se llegarán a controlar los genes defectuosos, que son los que generan las enfermedades hereditarias.

Tatum, especializado en el estudio de la amnesia senil, el retraso mental, que es una falla genésica, afirmó que para prevenir las enfermedades hereditarias pueden encontrarse evaluaciones químicas para hallar los defectos genéticos. Y que, en determinados casos, los cónyuges podrían ser advertidos del peligro de sus hijos.

En cuanto a lo substancial de la concepción materialista, expuesta por el Dr. R. Martínez estamos de acuerdo hasta cierto punto. Al manifestar que el individuo humano «es una combinación más o menos sutil de materiales del universo en que vive y que está sujeto a todas las leyes que son comunes a la materia de que está compuesto» dice algo tanto o más sentido que pensado: es, a nuestro entender, concepto coincidente, en lo fundamental, con el nuestro y con lo que expresaron Nietzsche, Lin Yutang y otros escritores y hombres de ciencia.

¡Qué más sutil, Dr. R. Martínez, que la fuerza de gravedad, sin órgano que la produzca, siendo, sin embargo, aparentemente, la más poderosa de las fuerzas que existen! Si cree en ésta ¿por qué no creer, de igual modo, en la existencia de la fuerza de voluntad, que consideramos energía humana tanto o más sutil que aquélla? Se lo impiden, al parecer, sus ideas hechas, pero consideramos sintió que existe mientras escribió el párrafo transcrito hablando sobre cosas comunes a la materia y al hombre, al pronunciarlo la voz de su sangre, su vida toda, por ley biológica común a todo lo existente, arrastrando por hondo sentir vital al vincularse, un instante, al Cosmos que lo gestó.

El que escribe y los que coinciden creemos en la existencia de la fuerza de gravedad, sin órgano que la produzca, repetimos, como en la fuerza de voluntad, aunque los deterministas-mecanicistas no encuentren el equivalente orgánico o fisiológico, porque ambas fuerzas las sentimos operar en nuestro derredor y en nosotros mismos.

Nuestros contradictores posiblemente aceptarán también esta concepción, que extraemos de las enseñanzas que nos ofrecen los nuevos conocimientos científicos, cuando no piensen partiendo del estricto concepto de materia que los obsesiona dotándola, con la imaginación, de mecanismos inexistentes, organizándola a su manera o como se ha estado hablando sobre la misma hasta el año de 1964; cuando, en fin, refiriéndose a la vida universal, decidan, como acabamos de decidir nosotros — el que escribe al menos —, basándose en datos aportados por la ciencia, razonar partiendo de una nueva realidad, que consideramos acertada: de que la materia es, en efecto, producida por la energía, que a ésta se deben sus estados líquidos, sólidos y gaseosos, todas sus transformaciones; cuando comprendan que cuanto nos rodea es sólo energía visible formando cuerpos sólidos, más o menos voluminosos, e invisible para nuestros órganos de la visión, la mayor parte, pero pudiendo obrar, aunque de forma casual, indeterminada, como energía de múltiples modos, conocidos unos e ignorados otros, interviniendo e influyendo, más o menos sutilmente, en todas las manifestaciones vitales de la materia que se mueve por el espacio.

en consideración, en particular desde el año 1964, que la materia es creada por la energía de la expansión del universo. Nosotros, inspirándonos en

En el mundo científico ha empezado a tomarse esto, hemos expresado algo más amplio por creerlo lógico: que es propiedad intrínseca de la energía que forma el Cosmos. Pero sobre la idea que nos ha servido de inspiración no podemos teorizar ni extendernos en consideraciones, porque es un producto de conceptos matemáticos grandemente complicados del astrofísico Fred Hoyle y del estudiante F. V. Narlikar, de 49 y 26 años de edad, respectivamente. Pero damos importancia a sus ideas, porque Fred Hoyle, profesor de astronomía de la universidad de Cambridge y de filosofía experimental de Pasadena, es considerado, en nuestros días, el primer científico del mundo en su especialidad.

No tenemos información sobre la tesis que Hoyle presentó sobre el «Campo de la Creación», en la Real Sociedad de Londres el 11 de junio de 1964. Pero sabemos tenía que explicar cómo se crea la materia en el universo. Hoyle, astrofísico que más se distingue en el progreso de la cosmogonía, sostiene que el universo siempre ha existido y que continuamente surgen nuevas estrellas, mientras mueren las que son viejas. Opina también que el universo existe eternamente y que es infinito. Son ideas, en general, que hemos estado sosteniendo desde el año 1961, desde el querido «Solidaridad Obrera», de París, y más continuamente en números de CENIT.

Al hablar de la expansión del universo recordamos que Einstein creyó lo contrario en 1917. Hasta 1916 que se publicó la «Teoría de la relatividad», de Einstein, la cosmogonía era una mezcla de filosofía, religión, astrología y mito. No se había previsto lo complicado de la existencia del universo hasta que sir William Herschel descubrió con su telescopio lo que había más allá de la Vía Láctea.

Einstein, como se sabe, aceptó los descubrimientos de Herschel y confeccionó un modelo del universo en 1917, el cual era finito y para un observador colocado dentro de él, las galaxias permanecían inmóviles.

Einstein se equivocó, como lo probó en 1920 Edwin P. Hubble, de la universidad de California, al descubrir que las galaxias, así como la Vía Láctea, tienden a alejarse a una velocidad proporcionada a sus distancias. En concreto: el universo se expande. Y el velocímetro de Hubble usado hace más de cuarenta años para medir la expansión del universo es el mismo que hoy se usa para los **quasars**.

El reciente descubrimiento de los **quasars** ha prolongado el conocimiento del universo más allá del llamado camino evolutivo, ampliándose así, considerablemente, el campo de observación y estudio del mismo. Son objetos o cuerpos densos y compactos y, por lo tanto, no pueden tomarse por galaxias como tampoco por estrellas por sus extraordinarias dimensiones. A los **quasars** los llamamos **objetos**, como los astrónomos, por no haber podido ser todavía clasificados, pese a que en su estudio están colaborando la Radioastronomía, nueva cien-

cia, y la Astronomía tradicional, con los estudios recién descubiertos al saber que están a unos siete mil millones de años luz. Esto significa que se hallan a la mitad del camino de la edad del universo, en distancia, que se calcula en 13 mil millones de años luz.

Primero se descubrieron nueve de estos objetos, en el curso del año de 1964 descubriéronse dieciséis más y los radioastrónomos y astrónomos esperan descubrir otros 100 durante los años 1965-66. Con los telescopios ópticos los **quasars** aparecen como estrellitas de décimatercera o décimacuarta dimensión. Medida la velocidad de uno de estos objetos se comprobó que se trasladaba a 130.000 kilómetros por segundo.

Con los astrónomos colaboran también los físicos nucleares, porque los **quasars**, los objetos observables más distantes del universo general una energía calculada en 10 mil millones de veces mayor a la del Sol. Esta energía fue notada, por vez primera, por radioastrónomos mediante el radiotelescopio Parker (de 63 metros) instalado cerca de Sidney, en Australia, mientras que las coordenadas fueron definidas por los astrónomos de Monte Palomar (EE. UU.) con el telescopio óptico de 60 metros, con el que obtuvieron una extraordinaria fotografía.

Astrónomos, radioastrónomos y físicos nucleares están colaborando para aprovechar las fuerzas de la Naturaleza tanto del mundo que habitamos como de otros mundos que van estando, teóricamente, al al cance de la mano del hombre. La acción de los científicos se extiende utilizando desde el núcleo hasta el conocimiento de las estrellas en sus galaxias por medio de los nuevos telescopios electrónicos, que prevén la existencia de estrellas y objetos muy lejanos.

A los científicos humanizados o humanizándose ve preocupándoles la salud y la suerte del hombre, y que sólo la ciencia pura como comprobamos leyendo la siguiente declaración hecha por el Comité Astronáutico de los Estados Unidos en enero de 1964: «Necesitamos llegar al conocimiento de la materia de la energía, de la vida misma, para fortalecer nuestros propósitos y nuestra propia filosofía utilizando para ello toda herramienta a nuestro alcance actual o futuro y mejorar la condición humana.»

«Canacimiento de la materia, de la energía, de la vida misma». Es la preocupación de la que están impregnados todos nuestros escritos. Y obsérvese cómo el precitado comité, constituido por hombres de ciencia, escribe con sugerente énfasis la palabra **energía**, porque es la razón de ser de todo, la vida misma, de la que tanto hemos hablado estos últimos años.

Cuanto nace o se forma sigue un determinado proceso físico-químico o biológico hasta llegar a su término natural: a desvanecerse. Y a la inversa, según admitamos el fin de los cuerpos orgánicos habrá que aceptarse su origen: cómo nacieron o se formaron. Y es indudable que si unos y otros débense a la energía únicamente, ésta es la que puede asimismo terminar con ellos o hacerlos pasar a

otras formas de ser, siempre siendo esto o aquello de manera casual, sin dejar jamás de ser.

Es el caso del hombre y su planeta Tierra frente a la energía acumulada en el Sol, del que recibe luz y calor, que le permite vivir, pero en su seno nos reserva el fin de ambos según los nuevos conocimientos físicos y astronómicos. Sin embargo el hombre, más pronto de lo que muchos de nuestros semejantes creen, habrá ingeniado el modo de llevar la Tierra hacia otras regiones del Cosmos para escapar a ser destruido con el hogar donde vio la luz primera. Pero en el supuesto que no lo lograra y se cumplieran los procesos del movimiento de la energía, recordemos lo siguiente: que el Sol nos está enviando olas de calor que parten de su superficie, en la que se calcula tiene una temperatura de 10.000 grados Fahrenheit, mientras en el interior de esa especie de esfera de energía escondida o concentrada en forma de gases, la temperatura se acerca a los 30 millones de grados.

El fin natural de la Tierra se calcula para dentro de unos 10.000 millones de años: cuando, al parecer, quedarán al descubierto, los fuegos blancos del núcleo del Sol, porque entonces, de permanecer la Tierra en su órbita actual, recibirá olas de calor de más de 20 millones de grados que incendiarán la atmósfera, evaporarán las aguas de los lagos, de los ríos y de los mares, derretirán las rocas y los metales y, en fin, con rapidez increíble la energía acabará con toda la materia sólida, desvaneciéndola, haciendo que vuelva, primero, al fuego primigenio, transformándolo, en seguida, en nubes de gases y polvo, que serán lanzados en todas direcciones del universo por la radiación impelente del Sol. Simultáneamente el mismo fin tendrán los satélites y demás astros del sistema solar... Y este mismo final le está reservado al Sol, dentro de más miles de millones de años — o acaso al desvanecerse los astros que estaban bajo su influencia por variar la fuerza de gravedad y sufrir su núcleo la expansión y desvanecimiento de todos los gases — se enfrie o no, por la intervención de otra estrella u objeto de mayor magnitud. Los **quasars**, por ejemplo, generan, repetimos, una energía 10.000 millones de veces superior a la del Sol.

El fin o desvanecimiento, mejor dicho, de los cuerpos visibles hoy en el espacio coincide con la formación o nacimiento de los mismos según el pensamiento científico actual que todavía no se enseña en las escuelas. Ciertamente, una de las hipótesis llamadas más modernas relativas a la formación de nuestro Sistema Solar, que se está enseñando, en el presente, en los libros de geografía, en todos los grados de la enseñanza, en todo el mundo, es que una estrella se rozó con nuestro Sol y éste desprendió glóbulos de polvo y gas que formaron los planetas que lo rodean. Se suponía, y continúa suponiéndose, que la Tierra debió su forma-

ción a un accidente no común en el universo. Por otra parte, algunos astrónomos, observando la lenta rotación del Sol supusieron que fue ocasionada, precisamente, en gran parte, por el precipitado pequeño volumen de materia que se desprendió de él.

Hace apenas cinco años, la revista norteamericana «Selecciones», que se edita en varios idiomas, publicó la opinión de Otto Struve, director del Observatorio Radioastronómico Nacional de los EE. UU. que ratificando lo fundamental de la teoría mencionada dice: «Al desprenderse las materias que formaron los planetas se llevaron consigo parte de la energía que impulsaba la rotación original.» Pero al descubrirse que miles de millones de estrellas giran también lentamente como el Sol, se desecha la hipótesis que nuestro Sistema Solar se haya formado en virtud de un rozamiento o colisión afortunada — para nosotros — excepcional. Por consiguiente, la lenta rotación de las estrellas es un movimiento normal de las mismas en todas las galaxias. Y no son pocas teniendo en cuenta que se dice que el Universo contiene mil millones de galaxias y sólo la nuestra tiene 100.000 millones de estrellas, y no es la que tiene más.

Consideramos erróneas las ideas sobre ciencia astronómica expuestas en «Selecciones» — y otras que en el mismo tiempo se publicaron en «Life», en un número extraordinario — que, actualmente, siguen enseñándose en las escuelas de todos los países. Nuestro criterio no es caprichoso: lo basamos, como los lectores van comprobando, en los nuevos conocimientos, en los más recientes descubrimientos científicos. En particular desde la 106ª reunión organizada por la «Sociedad Astronómica Americana» que celebró sus sesiones durante los días de la penúltima semana de agosto de 1960 en el auditorio de la **Facultad de Ciencias de la Ciudad Universitaria ubicada en México, D. F.** Asistieron 150 astrónomos que discutieron 77 trabajos que se presentaron.

¿Cuál es la hipótesis más cercana a la verdad sobre la formación de una estrella? El problema de una es el problema normal de todas las estrellas o ha de serlo para ser admitida como verdad comprobable, por verdades que han de «encadenarse» a la misma, con ligeras diferencias no esenciales. La respuesta fue dada por el estudio Haro-Mnikowski — mexicano el primer sabio y norteamericano el segundo — sobre los glóbulos nebulares que fue presentado en la precitada reunión de astrónomos del continente americano. En él se estudian los procesos, las excitaciones, etc., de los glóbulos nebulosos sosteniendo esta tesis admitida por los científicos presentes: «que las condensaciones contienen una **protoestrella** y que la excitación observada es debida a procesos radioactivos en la superficie de la **protoestrella.**»

(Continuará)



ARMONIAS

por COSME PAULES

CUANDO se rompe la armonía, la música deja de ser música; cuando consigo mismo el ser humano se desarmoniza, su posible felicidad se anula; cuando dos o más quieren un fin, si la armónica afinidad sufre, el fin se imposibilita, se esfuma y perece. Ya no hay fin, porque se han roto los medios. Todo es simple.

Los seres humanos, los idealistas, no pueden pretender armonizar con el prójimo, lo mismo que las máquinas; éstas tienen los mismos conductos, idénticas medidas para cada tipo; aquéllos no; aquéllos sienten a su manera individual cada uno, por sí y para sí. La armonía de las máquinas puede ser hecha, construída; la armonía entre afines de ideal, ha de ser querida y lograda con voluntarioso esfuerzo personal entre las partes. Las máquinas se dirigen por los expertos, los seres humanos o se autodirigen a sí mismos o dejan de ser.

Los idealistas, para serlo de verdad, están obligados a dirigir su propia armonía, a sustentarla y esforzarse por hacerla positiva y eficaz. No tienen otra escapatoria si desean solidarizarse unos con otros para conquistar un fin que a todos enamora. La máquina se construye y anda si es perfecta; el idealista ha de ir formándose a sí mismo y robusteciéndose sin cesar a base de su voluntad puesta en movimiento de una manera permanente y sin dobles. De lo contrario fracasa y se funde en la inacción o en lo que todavía es peor: en el actuar contrariamente a lo que desea.

El idealista no puede pretender que su afin piense y actúe en todo momento de acuerdo con su propio cartabón, pues contra idealistas — seres humanos conscientes — existen tantos cartabones como personas que sienten necesidad de utilizarlos para

su propio pensar y actuar en concordancia armónica con los demás. Si uno pretende que su afin se rija por las ideas, los experimentos, los sentimientos y las clarividencias que él mismo ausculta y concibe al correr el velo de su desarrollo físico y mental, topará de inmediato y sin evasión posible con la reticencia y aun la contrariedad manifiesta del afin que tiene otro sentido del inmediato transcurrir de los momentos cambiables de su existencialidad. La idea está allí, con su meta cercana o lejana, con sus satisfacciones gratas e ingratas, con sus luchas, sus pesares, sus triunfos y también sus derrotas, pero el modo de sentirla, de apreciarla y de calcular los impulsos constructivos en pos de su consecución, cada uno y todos los afines entre sí, la desarrollan de acuerdo con el ritmo de su propio existir que no tiene parecido alguno con el sentir y el ritmo de sus semejantes.

Es posible que lo anterior parezca a algunos — o quizás lo sea en realidad —, algo excesivamente nebuloso para poder ser captado simplemente, con la sencillez que las más importantes cosas de la vida del hombre exigen a quien pretende hacer de ellas su personal exposición. Nada mejor que la sencillez para expresar lo que es y debe ser de todos, lo que todos por sí mismos son o pueden ser capaces de sentir con igual altura de miras conscientes y responsables. Así también no hay peor cosa para las cosas del hombre que rebuscarlo confusiones, hacer difícil la comprensión de lo que se quiere manifestar.

Por otro parte es bien sabido que lo simple para uno, puede ser muy compuesto para otro. De lo que se trata es de que cada cual medite y saque consecuencias eficaces sobre no importa qué proposición de altura.

Si un día llegásemos a la conclusión de que entre los medios afines libres no existía manera de lograr una efectiva armonía de conjunto, podríamos estar seguros de que no habría ninguna posibilidad de transformación social, de puesta en práctica de ningún idealismo humano. Las únicas desarmonías posibles entre afines no pueden ser otras que las del momento ingrato, las que tienen tendencia a mirar las cosas sobre puntos de mira distintos, pero en el fondo básicamente iguales. Un crimen será siempre un crimen para cualquier idealista que lo mire; pero un crimen puede ser una virtud para el juez que necesita destacar y defender ciertas reglas establecidas para la convivencia entre explotadores y explotados, pongamos por ejemplo. Para el nazifascismo peninsular el garrrote vil aplicado a Granados y Delgado, no hace mucho tiempo, significa la defensa absoluta de una supuesta «virtud» dominante que favorece a las castas del poder y la riqueza acaparadas, pero ese inmenso crimen no puede dejar de serlo para cuantos tienen una idea humana y alta de la sociedad y del hombre que la compone. Así con todo: Los afines, en casos de ésa — y de cualquier otra naturaleza —, no pueden evitar, so pena de hundirse a sí mismos en la inacción y en la nada, sentir el repudio mayor contra semejante derramamiento de sangre inútil de inocentes. Si en un tal caso u en otro semejante, por pequeñeces o al parecer grandes detalles circunstanciales, los afines pierden armonía de relación y de sentimiento, entónces puede afirmarse que no actúan como seres humanos sino como máquinas que alguien conocido u oculto dirige y presiona para hacer posible la más nefasta confusión en el campo de la libertad.

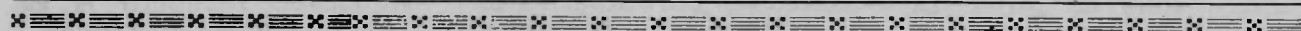
Los puntos de vista de los hombres y mujeres idealistas, conscientes y consecuentes consigo mismos y con los ideales que dicen sustentar, tienen que ser diferentes, y no necesitan de ninguna manera ser absolutamente iguales para llevar adelante la justicia de su causa que sólo podrá tener un porvenir venturoso desde el momento que sepan mantener la afinidad armónica que requieren las esencias más puras de la vida en sociedad para surgir como flores y frutos en medio del estercolero sostenido por los instrumentos mortales del autoritarismo. No hay que olvidar que sólo en la base de la conciencia idealista se sustenta la posibilidad de prosecución factible de llegar a realizaciones efectivas en el seno de la sociedad. ¿Cómo sería pues posible asimismo la cerrazón mental de quienes se empeñan o parecen empeñarse en lograr que todo y todos se muevan al unísono con los latidos de su propio corazón, a sabiendas de que el corazón de los otros también tiene su propio ritmo y que no por ello ha de

ser causa de desarmonía cierta entre el conjunto idealista?

Está fuera de toda discusión que no puede haber armonía entre autoritarios y libertarios. Pero si puede y tiene que existir entre autoritarios por un lado y libertarios por otro. Cada tono que desarmonice en su propia textura debe cambiar de sitio; si no lo hace rompe el ritmo, la melodía y la total ejecución. Es algo así como un quiste sinfónico que se hace imprescindible extirpar. Cualquier pretendido libre que empañe la armonía de la libertad con un acorde autoritario, mientras permanezca, destruye toda posibilidad ejecutoria. Del mismo modo, cualquier autoritario que se destape rebelde al yugo que lo domina, pasa a ser cincel demoledor del edificio de la esclavitud. Eso es fundamental; es innegable y no hay forma de afinarlo. Es un obstáculo para su propio campo de acción, es partícula que impide el verdadero desarrollo de su propia planta. De la planta a la cual cree digna de su ubicación. Pero en tanto el individuo afín no desarmonice con esa esencia que

lo realiza y lo conforma, nadie tiene derecho en justicia a demostrar con él, a restarle simpatía, a producir un desapego que en el mejor de los casos sólo lograría ir socavando el terreno dentro del cual sus firmes convicciones se desarrollan al unísono con los de su rango.

No es el presente un problema difícil ni mucho menos. Está bien claro para quien quiera que lo medite por su cuenta y desee llegar a conclusiones afirmativas y procedentes. Los que se empeñan en resolver las materias, las esencias y las notas o tonos de esta armonía posible y efectiva entre quienes ansían un mundo y una humanidad feliz, o bien estarían ciegos o representan partículas lanzadas y sádicamente dirigidas como cortantes piedras por manos ocultas tras el telón de la inconsciencia y de la maldad, contra la fortaleza de la dignidad humana puesta de manifiesto desde el día mismo que un ser humano dijo: ¡No más esclavitud! Y pronunció las palabras justicia y libertad para todos y cada uno en el seno de una sociedad de iguales.



El deporte como arte y desarrollo

Por MARIN (Entusiasta de CENIT)

En este artículo hemos tratado de analizar los problemas planteados por un hecho moderno. El deporte nos ha parecido uno de los problemas nuevos de nuestra época. Su éxito en las masas nos ha incitado a este análisis. Pensamos que el deporte puede constituir una de las bases de esta cultura nueva que todos anhelamos.

«Deploro pertenecer a una generación que desconsideró el deporte... En las asignaturas intelectuales, las reglas impuestas a los juegos del espíritu son cercanas de las impuestas a los juegos del estadio.» (P. Valery.)

El deporte conoció una gran fama en el mundo antiguo griego. La ciudad de Olympia atraía cada cuatro años a todos los campeones de la península

y a la muchedumbre de espectadores venidos a presenciar esta gran lucha. Al vencedor ofrecían la corona de laurel, signo de inmortalidad, recompensa que premiaba también al poeta. Eso ya es un signo de la importancia y del valor que los griegos atribuían a estos juegos. El francés Pierre de Coubertin reanudó esta tradición dos milenios después, exactamente en 1896, fecha de los primeros juegos olímpicos de la época contemporánea. Tuvo lugar en Atenas.

La importancia del deporte crece cada día más. Los medios de información actuales han contribuido mucho a esta popularidad. Basta recorrer un diario para averiguar que el hecho deportivo y el hecho político o social vecino. La Vuelta a Francia eclipsa a los acontecimientos más importantes que puedan ocurrir en el mundo.

Esta importancia nadie la discute, pero su valor sí. Unos lo ensalzan, mientras los demás lo consi-

deran como casi una degeneración humana. ¿Dónde está la verdad? Se dice a menudo que la verdad está en el medio, pero eso no es contestar a la cuestión; así que trataremos de explicar qué es el deporte y cuáles son o pueden ser sus valores, a juicio nuestro.

Como una sociedad cualquiera, un equipo deportivo es un mundo organizado; mundo que no tiene en cuenta las clases sociales. Cada individuo ofrece lo mejor de él mismo para que el equipo tenga el sumo rendimiento. Así vemos que cuando el equipo está reunido, es decir cuando este mundo de tamaño menor funciona lo hace por encima de las diferencias sociales. Los laudatores del deporte han adelantado siempre este hecho: que el médico, el obrero, el campesino ceñidos de la misma camiseta no se distinguen. Eso para un espíritu libre es la imagen misma de una sociedad justa.

Pero aquí surge un problema fundamental. Este momento de libertad ofrecido en el campo de deportes ¿nos será dado simplemente para saciar nuestra necesidad de libertad, o al contrario, podrá ser la chispa que despertará al hombre permitiendo su liberación? El verdadero deportista padecerá de una organización del trabajo en la cual el que quiere trabajar no lo puede siempre porque esta organización está lejos de ser tan justa como la de un equipo deportivo en la cual ninguno de los participantes se enriquece en detrimento de los demás. En resumidas cuentas el deporte ofrece a la vez los medios de combatir la enajenación del trabajador y las de ocultarla, es decir agraviarla. El deporte presenta este dilema al educador: servir a la juventud o sujetarla. El deporte puede ser puesto al servicio del humanismo, es decir servir el culto de la libertad mediante el enriquecimiento de la participación social o al contrario arriesga orientar al adolescente hacia un animalismo que adula y desarrolla sus peores tendencias regresivas. La práctica del deporte ofrece a unos deportistas, el medio de volver a encontrar su dignidad humana mientras los demás se enajenan en su práctica. Eso depende del carácter del atleta y aún más de los dirigentes y otras personas que tienen por misión el encuadrar a estos jóvenes. El deporte como toda actividad humana depende de los esfuerzos de cada uno, **sólo será lo que le harán los aficionados.**

El deportista no se puede separar del deporte. Hay entre los dos, una serie de acciones recíprocas. El atleta da al deporte sus valores morales, ahora vamos a elucidar lo que el deporte trae al hombre. Ante todo es un medio de conocimiento de sí mismo. Aquí, uno no puede engañarse, conoce sus límites. Aprende a conocer su cuerpo, a dosificar sus esfuerzos para llegar bien a la meta. Eso ya pide un trabajo del espíritu. Obliga al hombre a domar su cuerpo para que obedezca de un modo armonioso

y eficaz. Así se ha comprobado estadísticas en mano que un obrero manual practicando deporte tiene una adaptación más grande y más rápida a su trabajo. Una nueva forma de aptitud o de inteligencia se ha desarrollado en esos sujetos. Adaptación al trabajo significa adaptación social. El esfuerzo que nos enseña nuestros límites nos permite reconocer el valor de los demás. Esta lucha leal nos da el respeto al ajeno, sea cual sea su valor. Este sentimiento de respeto al prójimo alcanza al conocimiento del hombre como ser único que la cultura debe darnos.

¿Pero, dirá la gente, para que sirven tantos esfuerzos? La primera reacción es sonreír. ¿Qué contestar a tal pregunta? si el que pregunta no ha comprendido que el deporte es una de las cosas inútiles que hacen que la vida valga la pena de ser vida? Nos serviremos aquí de un texto de Th. Maulnier: «El deporte es inútil. Inútil como todo lo que ayuda a tolerar la vida, justifica la vida, ennoblece la vida. Inútil como el juego, porque es juego. Inútil como la poesía. ¿Para qué sirve la poesía?»

Aquí tocamos a la esencia del deporte que es juego. Eso implica un rasgo fundamental que es su gratuidad. Por eso el profesionalismo nos parece una traición de esta idea cada vez que la noción de juego es infringida. El deporte por sí mismo es su propio fin. Debe guardar siempre su carácter natural y su espontaneidad. Al mirar dos chicos desafiándose para saber quién llegará primero al árbol cercano se comprende la esencia misma del deporte. Para el verdadero deportista este esfuerzo llega a ser un medio de expresión y por eso viene a ser una necesidad. Corriendo en el arenal, entre peñas, en sendas, en unión perfecta con la naturaleza que les rodea, se les verá una expresión de fervor en el semblante, se parecen a verdaderos místicos.

El deporte y el arte tienen muchos rasgos semejantes. Los dos obran en una total gratuidad, en ambos el hombre se encuentra con su propia soledad. El artista como el deportista olvidan el tiempo y no son más que lo que hacen.

Hemos tratado de ver los problemas más importantes que plantea el deporte. Estamos seguros que puede desempeñar un gran papel en la liberación del hombre. Pero necesita de todos un esfuerzo continuo porque puede caer muy fácilmente en un animalismo que favorece al enajenamiento de los seres. En el mundo moderno permite al hombre guardar el contacto con la naturaleza y con él mismo. El mejor cumplimiento que se le pueda hacer, se encuentra en estas palabras escritas por Giraudoux: «Por donde pasa el deporte, aunque sea en los centros mineros o industriales, crece el césped más túpido de la nación.»

////////////////////////////////////
El paleta perfecto es el que no se asombra de nada; ni aún de su propia estupidez.
 //////////////////////////////////////

EL 15 DE OCTUBRE DE 1940
moría fusilado el presidente Luis Companys...

NO LO OLVIDEMOS

Por DOMENEC DE BELLMUNT

El 15 de octubre de 1940 caía fusilado en Montjuich Luis Companys. No lo olvidemos. Y moría gritando: «¡Por Cataluña!» Y descalzo, para tocar en aquella hora trágica la tierra catalana que tanto amó.

En el 26 aniversario de su muerte el mejor homenaje que podemos rendir a su memoria es el de evocar su personalidad, su obra y las circunstancias que le llevaron ante el pelotón fascista de ejecución.

¿Quién fue Luis Companys? Un luchador, un idealista, un defensor de la libertad y de la justicia social. Diecinueve veces encarcelado, pasó más tiempo de su vida en las prisiones que en libertad.

Había nacido en el Tarrós el 22 de junio de 1873. Tarrós: que quiere decir terrón, terruño. Familia de payeses, de trabajadores de la tierra. La obra capital de su vida será la de luchar por la emancipación del «rabassaire» y la de participar en el Parlamento español en la elaboración de la reforma agraria. Desde su adolescencia comparte sus luchas por la libertad y la justicia social con dos compañeros que también caerán asesinados: Layret y Salvador Seguí.

Durante la dictadura de Primo de Rivera conspira con los republicanos, los liberales antidinásticos y los sindicalistas para precipitar la caída de la Monarquía. Y en 1931 se une a Macià y a la izquierda catalana, de la cual será el jefe de minoría en el Parlamento de la República. Desde su escaño de las Cortes y en los trabajos de las comisiones defiende valientemente y artículo por artículo el Estatuto de la Autonomía de Cataluña.

No ha sido nunca un catalanista lírico de Juegos Florales y barretina folklórica. Pero ha sido el político catalán que más ha luchado (y con más eficacia) para atraer las masas obreras, del campo o de la ciudad, hacia la defensa de las libertades catalanas, destruyendo así el mito que tanto mal había causado al catalanismo: el de ser una plataforma política de la Lliga Regionalista y del capitalismo catalán. Porque desgraciadamente es un hecho histórico que durante la dictadura de Primo de Rivera la burguesía catalana (la de la Lliga) sostuvo al dictador como antes de 1923 había sostenido a Martínez Anido y Arlegui los asesinos de Layret y de Salvador Seguí (y de tantos otros luchadores sindicalistas). Los regionalistas, sin embargo, no tenían el monopolio del amor a Cataluña, pues el verdadero catalanismo se encontraba mejor representado por los republicanos catalanes del Poble Català y por los intransigentes idealistas de la Unió Catalanista. Por eso Companys, Junto con Macià, pudo probar a las masas obreras que no eran incompatibles los ideales de justicia social y de las libertades catalanas. Su vida ejemplar era una garantía de lealtad y de nobleza.

A la muerte de Macià, el pueblo de Cataluña le lleva a la presidencia de la Generalidad. Y con gran dignidad, con elevado sentido político, asegura la difícil sucesión del «Avi», el venerable abuelo que había galvanizado a las masas catalanas.

Companys es el presidente popular al que medio Cataluña tutea. Quiere dar a su país un contenido social substantivo, eficaz, pero debe luchar con dificultades impropias no

solamente en su tierra (en donde los hombres de la Lliga se dedican a boycotear la ley agraria catalana), sino también en el frente español, en donde las derechas de Gil Robles, vencedoras en las elecciones de 1933, comenzaban a destruir la obra democrática realizada por las Constituyentes de la República.

Y llega el 6 de octubre de 1934 con las tragedias de Asturias y de Cataluña. Y el encarcelamiento de Companys con todo su gobierno, su proceso, su reclusión en el Penal del Puerto de Santamaría. Y el despertar del pueblo, unido de nuevo, como en 1931, en febrero de 1936, haciendo triunfar las candidaturas de las izquierdas y abriendo las puertas de las cárceles españolas a miles de republicanos.

Desde aquel momento, las derechas españolas, secularmente representadas por las tres fuerzas (la espada, la sotana y la caja de caudales) se unen estrechamente para dar la batalla a la República, vencedora lealmente en las urnas. Y buscan la alianza de Hitler y de Mussolini, es decir, del fascismo internacional, para atacar al pueblo español. Y viene el alzamiento militar del 19 de julio de 1936. Y la guerra con su millón de muertos.

La guerra «provisionalmente» perdida por los republicanos, aplastados bajo el hierro y las bombas del fascismo.

La actitud de Companys durante la guerra es un ejemplo de abnegación, de lealtad y de valentía. Visita los frentes, sale a la calle, transforma con Terradellas la industria catalana de paz en industria de guerra, lucha sin cesar y no abandona su patria

hasta que el último combatiente ha pasado la frontera.

Acogido al derecho de asilo, como todos los refugiados, se retira a La Baule y allí irán a detenerle los policías de Falange, del brazo de los esbirros alemanes de la Gestapo. Y después de unos días de detención en la cárcel de París y una escala en la de Burdeos es conducido a Madrid por una escolta de policías falangistas al mando de Urraca, jefe de la Policía de la Embajada, y de otro policía llamado Monzón.

En Madrid es maltratado en los calabozos de Gobernación, y después trasladado a Barcelona para ser encarcelado en las mazmorras del castillo de Montjuich, en donde el 14 de octubre de 1940 se celebrará un simulacro de consejo de guerra sumarisimo presidido por el general Manuel González González, y formado por los generales de brigada Calco Conejo, García Rivera, Giménez Sáenz, Latorre Roca e Irigoyen Torres. Como fiscal actuaba el auditor Enrique de Querol Durán y como ponente el general coronel Velázquez.

La sentencia ya la tenían hecha antes de juzgarle por «rebelión militar» (!) y condenarle a morir fusilado. Al día siguiente, el 15 de octubre de 1940 (no lo olvidemos) a las seis y media de la mañana Companys comparece ante el pelotón de ejecución, renuncia a que le tapen los ojos, se descalza y antes de morir grita: «¡Por Cataluña!»

«¡Por Cataluña!», en sus labios, quiere decir por la justicia, por la

libertad, por la dignidad y el bienestar del pueblo catalán.

Los falangistas, españoles representantes seculares de la anti-España retrógrada, clerical, oligárquica, unitarista y centralizadora, creyeron que fusilando al presidente Companys destruían el alma de Cataluña, aniquilaban el ideal de libertad, quemaban la semilla y las raíces. Que substituyendo las banderas republicana y catalana por la roja y gualda de los Borbones y el «Himno de Riego» y «Els Segadors» por el «Cara al Sol» y la «Marcha Real», ya estaba todo consumado, Cataluña sembrada de sal, la Generalidad enterrada y el nombre de Companys olvidado para siempre.

Esto demuestra que, además de perversos, son burros, (con perdón de los simpáticos cuadrúpedos) porque la biografía del presidente mártir no acaba, ni mucho menos, el 15 de octubre de 1940, sino que aquel día empieza una nueva carrera maravillosa de resurrección y de prestigio que, como al Cid, le hará ganar batallas después de muerto. Porque Companys, el nombre de Companys, la sonrisa afable de Companys, la bondad de Companys, la obra de Companys y su muerte gloriosa, están en el alma y en el corazón de todos los catalanes y de los republicanos españoles amantes de la justicia y de la libertad.

Porque todos sabemos que un día, dentro de un año o de diez o de veinte, que eso no tiene importancia, la estatua de Companys se alzará en

lo alto de la montaña de Montjuich y en todas las plazas de los pueblos de Cataluña. Y que entonces su sangre generosa habrá fecundado su patria y la justicia habrá triunfado reparando ante la historia el crimen que fue su muerte. Un crimen que no ha sido todavía juzgado ni vengado y que constituye la vergüenza de las Naciones Unidas, de la Carta del Atlántico, de las democracias occidentales y orientales, del Tribunal de Nuremberg y de todos los hombres de Estado dichos de la post-guerra.

(El asesinato de Companys es un crimen contra la ley moral, contra la ética universal, contra el derecho de gentes y una violación flagrante del derecho de asilo y de los tratados vigentes de extradición.)

Y aquí, en CENIT, que me presta hospitalidad para estas líneas, puedo añadir lo que no puede decir en mi tesis francesa de Doctorado de Derecho, en la que pruebo jurídicamente que Franco es un criminal de guerra que debía haber sido juzgado por el Tribunal de Nuremberg por muchos crímenes, pero especialmente por el asesinato de Companys. Y es lo siguiente: que no habrá justicia internacional, ni democracia internacional, ni Europa Unida, ni paz auténtica en el mundo, mientras no sean reparadas las injusticias cometidas por unas Naciones Unidas que sostienen a Franco y que con su actitud falsa, hipócrita y asquerosa, dan náuseas y ganas de vomitar.

Nosotros no pretenderíamos nunca educar a las masas. A las masas que las parta un rayo. Nos dirigimos al hombre, que es lo único que nos interesa: al hombre en todos los sentidos de la palabra: al hombre ingénero y al hombre individual, al hombre esencial y al hombre empíricamente dado a circunstancias de lugar y de tiempo, sin excluir al animal humano en sus relaciones con la naturaleza. Pero el hombre masa no existe para nosotros. Aunque el concepto de masa pueda aplicarse adecuadamente al hombre, porque esa noción físico matemática no contiene un átomo de humanidad. Perdonad que os diga cosas de tan marcada perogrullez. En nuestros días hay que decirlo todo. Porque aquellos mismos que defienden a las aglomeraciones humanas frente a sus más abominables explotadores, han recogido el concepto de masa para convertirlo en categoría social, ética y aún estética. Y esto es francamente absurdo. Imaginad lo que podría ser una pedagogía para las masas. ¡La educación del niño masa! Ella sería, en verdad, la pedagogía del mismo Herodes, algo monstruoso.

Antonio MACHADO

SOCIEDADES DE NACIONES

Por VICENTE ARTES

DESPUES de la Gran Guerra (1914-1918) surgió un organismo internacional denominado Sociedad de Naciones, que, precisamente por ser «de Naciones» fracasó rotundamente en todas sus empresas pacificadoras y desarmamentistas porque los pueblos propiamente dichos no estaban asociados a dicha institución con la aportación de sus respectivos problemas económicos, políticos y sociales.

A dicha Sociedad acudieron con sus carteras de divisas las grandes firmas comerciales e industriales; los complejos bancarios; los «marchands de canons»; los Estados Mayores de los Ejércitos asociados y la tecnocracia del cambalache colonial y opresora de los pueblos donde el hambre y la miseria tenían carta de naturaleza.

Europa estaba completamente balkanizada, dividida en sectores de influencia política; un nudo de naciones se ahogaba en la propia salsa de su espacio vital sin más horizontes que dirimir sus mezquinos problemas internos y sus querellas de campanario. Voces que clamaban en desierto y caían en el más sordo de los abismos pedían la Federación de Europa en un compacto bloque de intereses políticos y sociales, porque la sangre derramada en los campos de batalla exigía un esfuerzo común de buena voluntad. Pero esa buena voluntad no existía en ninguna parte, porque el «estado de cosas» exigía la continuidad ambiental de los clanes bienhallados en el mundo de los negocios, de la diplomacia y de la política.

Cuando más Conferencias del Desarme se celebraban más armas salían de las fábricas de artefactos homicidas que después de haber sido ensayadas en los bancos de pruebas técnicos propiamente dichos, eran experimentadas en los bancos de prueba «en carne viva» en los múltiples conflictos que se sucedían y que la Sociedad de Naciones era incapaz de evitar. El primer banco de pruebas de importancia considerable fue la Guerra de España — nuestra guerra — hecho comprobado por los propios inventores de la «No Intervención». Allí acudieron con sus prototipos y su material de línea las naciones interesadas en la fabricación en serie de modernos modelos de combate y destrucción. La Sociedad de Naciones recibió su acta de defunción en los campos de batalla de la Península Ibérica donde el organismo de Ginebra quedó hecho añicos, por su ineficacia manifiesta.

Pasada la Segunda hecatombe mundial otro organismo salió de las ruinas de Hiroshima y Nagasaki: la O.N.U., segunda edición corregida y aumentada de la primera. (Nunca segundas partes — dicen — fueron buenas). Esta segunda edición se ha manifestado, además de ineficaz, detestable.

Los nuevos nacionalismos fomentados y que han surgido en cada Continente, especialmente en África y Asia son un foco de discordias y de guerras de sector desbordando los bien pagados servicios de la O.N.U. y su flamante Consejo de Seguridad, cuyas instituciones de origen se encuentran al borde de ser enterradas vivas por sus propios creadores.

La congolización de los conflictos se sucede a un ritmo acelerado. La tragedia del Viet-Nam y las que diariamente se ven surgir en todas partes, representan un lastre excesivo que hará zozobrar la desvencijada nave de la O.N.U. en cualquier escollo de su peligrosa ruta.

Mientras escribimos estas cuartillas, la prensa diaria nos informa que M. U. Thant, rehusa el renovar su mandato como Secretario General de la O.N.U., alegando como uno de los motivos fundamentales la impotencia del Organismo Internacional delante de un conflicto como el del Viet-Nam. Y añade: que la guerra del Viet-Nam, por su misma crueldad y los sufrimientos que causa a su pueblo es un reproche constante dirigido a la conciencia de la humanidad. La presión de los acontecimientos lleva, inexorablemente, a una mayor conflagración, mientras que los esfuerzos desplegados para amortiguar estos peligros son desastrosamente lentos.

M. U. Thant, a nuestro juicio, sigue la misma trayectoria de hombre de buena voluntad que la que costó la vida al Presidente americano Kennedy. U. Thant, cuya traducción en francés significa «Monsieur Clair», como su nombre indica, no está dispuesto a continuar siendo cómplice de la impotencia y la hipocresía manifiesta de los hombres de Estado que representan en la O.N.U. los intereses de los mercaderes y fabricantes de armas. Sucedió en dicho cargo, en 1961, a M. Hamarkjoels, muerto en un accidente de aviación en el Congo-Leopoldville, cuyas causas técnicas aun no han sido puestas en claro.

El, ha intentado por todos los medios entablar francas negociaciones entre las partes contendientes y su primera desilusión data de una tentativa organizada por él en 1965 en Rangoon entre repre-

sentantes de Hanoi y Washington y que fue obstruída por la posición negativa de M. Rusk. Porque en realidad, la O.N.U. sólo está compuesta por las grandes Potencias: Estados Unidos, U.R.S.S., siguiéndoles en influencia Inglaterra, Francia, Italia, etc. Las demás naciones sólo representan un pistón de menguado calibre. Las pequeñas potencias no han sabido actuar con la armonía de David derribando al gigante Goliat, como le respondió el representante de Filipinas al coloso Soviético en una de las acaloradas sesiones en donde se incubaba la actual ineficacia del Organismo de Estados Reunidos.

Y no son sólo los Estados Unidos en donde se incuba la futura guerra cuyos desastrosos resultados son incalculables. Después de un viaje a Moscú, M. Thant, perdió su natural serenidad ante los conflictos que desbordan el área de su secretariado: «Mis conversaciones con los dirigentes Soviéticos han confirmado mis temores — yo siempre lo he pensado — de que la guerra del Viet-Nam puede degenerar en un conflicto mayor.»

La posición de la China es irreductible y decidida a sacrificar parte de la inmensa densidad de sus habitantes para hacer frente a la «escalada» americana, a pesar de la aparente neutralización que representa la Unión Soviética delante de los problemas internos de los Partidas Comunistas en Asia y en Europa. La China Comunista no se encuentra

suficientemente garantizada con los 50 km. de zona neutral trazados entre el Viet-Nam y la China en donde ningún avión tiene el derecho de penetrar; pero... por otra parte M. Rusk, ha declarado que la zona desmilitarizada del 17° paralelo podrá no ser respetada por las fuerzas americanas. ¡Qué ilusiones se pueden formar los pueblos con los hombres de Estado que les representan! El propio M. Cabot Lodge, quitándose la carétita, sobre los «derechos» de Washington o Saigón, ha dicho simplemente: «En este asunto, la cuestión de Derecho es una cosa secundaria.»

¿Para qué queremos más comentarios?... Los que fabrican los Códigos y los Derechos se retractan constantemente, burlan las leyes fabricadas, usurpan los Derechos del Hombre con un cinismo desconcertante, convierten sus propias banderas y estandartes en vulgares aljofifas y los Parlamentos, Congresos y Conferencias en Patios de Monipodio donde los profesionales de la política campan como vulgares vividores dentro de los turbios medios de las instituciones oficiales bajo el denominador común de Estados constituidos. La cosa pública, los intereses generales de los pueblos que pretenden representar quedan maltrechos dentro de un monstruoso caos de vulgares intereses partidistas de las clanes que por astucia o por audacia han asaltado el llamado Poder en la inmensa Isla de los Pingüinos del mundo que vivimos.

A los artistas y reformadores de oficio
convendría advertirles:

Primero. Que muchas cosas que están mal
por fuera, están bien por dentro.

Segundo. Que lo contrario es también frecuente.

Tercero. Que no basta mover para renovar.

Cuarto. Que no basta renovar para mejorar.

Quinto. Que no hay nada que sea absolutamente impeorable.

Antonio MACHADO

La vida y los libros

VEINTE AÑOS

EN 1946, los Cuadernos volvieron a la vida. El número de la nueva serie aparecía como suplemento a los Cuadernos de la Isla de nuestro amigo Camille Belliard. Se había ofrecido en aquel período difícil para las publicaciones. Tampoco debemos olvidar que al mismo tiempo se había prometido a los «Amigos» la edición, en la *Amistad por el Libro de Frente al Público*. Los primeros abonados lo recibieron al fin del año. Teníamos entonces 180 adherentes.

Si quisiéramos inscribir y comentar los acontecimientos fastos y nefastos de estos veinte años, no bastaría el presente cuaderno entero. ¿Inscribir a nuestros muertos? Son casi 300 nombres en la recordación. ¿Cuántos desplazamientos y direcciones perdidas! Para volver a encontrar el contacto, después de la guerra, y la edición, en 1941, en la APLL, del *Florilegio de Parábolas y de Ensueños...* Desde el segundo trimestre, en 1946, encontrábamos un impresor en Bauvais, pudiendo así dar regularmente textos; de 46 páginas iniciales podíamos pasar a 32 páginas, siempre demasiado reducidas para la abundancia de materias a someter a los amigos, a los investigadores, y a los historiadores de la literatura. Desde 1957, encontramos 300 contribuciones anuales, lentamente sobrepasados desde entonces. Aún no hemos alcanzado las 400 cotizaciones regulares indispensables para nuestro equilibrio presupuestario — sobre el millar de nombres que han podido ser inscriptos —.

Del Comité de Honor primitivo, sólo queda entre nosotros Raymond Duncan quien, en 1939, había publicado el primer Cuaderno. Desaparecido nuestro presi-

dente de Honor, después de Rosny el mayor: Léon Frapié; nuestros presidentes Florian-Parmenier, Banville d'Hostel, Gérard de Lacaze-Duthiers, Charles Bau-doin...

Cada trimestre, un Cuaderno anuncia una reunión. Irénée Mauget albergaba primero a los «Amigos» en su Casa de los Intelectuales. Luego nos ofreció Fernand Pignatel la hospitalidad en la calle Logelbach. En 1952, nos establecimos en el subsuelo del café de la Gare, hasta que en fin, la Sociedad religiosa de los Cuáqueros nos reservó su calmo refugio.

Pero, ¡cuántas otras manifestaciones! En 1947, el 3 de noviembre, para festejar la reaparición de *La Torre de los Pueblos*, en la Sala Susset, una gran reunión con E. Armand. Sesiones poéticas debidas a Suzanne Gonnell, en donde tuvimos la revelación de la joven Pascale de Boysson. El 7 de mayo de 1950, grande y bella mañana en la Schola Cantorum en donde el verbo poético y dramático de Han Ryner vivía por la gracia de Louise Autant-Lara, Simone Gay, Jane Hyrem, Claire Marly, Claude Villon, Paul Barthot, Elie Broïda, Leo Champion, Emile Drain y Raymond Offner. Con la presidencia de honor de Jean Rostand, que se ha vuelto nuestro actual presidente, en las Sociedades Savantes el 26 de febrero de 1954, los testimonios ardientes de Hem Day, Aristide Lapeyre, Maurice Laisant y Louis Simon estaban dedicados a nuestro «filósofo antiautoritario», y una exposición rica de documentos se sometía al público. En 1958, siempre con el patronaje de Jean Rostand, el *Premio de los Bouquinistes* se otorgaba a la obra ryneriana, y especialmente a *El hombre hormiga*. En 1961, para el centenario del nacimien-

to de Han Ryner, las ceremonias, en la Sorbonne. En 1963, para el vigésimoquinto aniversario de la muerte de Han Ryner, emisión radial de *La Belleza*.

Casi cuarenta grupos y círculos en donde, por varias veces, se estudia al principio de los narradores. Más de 150 conferencias. Millares de artículos en varios centenares de revistas y diarios. En nuestros cuadernos, 300 artículos de Han Ryner, 90 colaboradores, 150 autores reproducidos o publicados.

El primer objeto de nuestra acción era realizar la publicación de las obras póstumas de Han Ryner. Fue un libro poco conocido aún, *Frente al Público*, el que abrió la publicación de después de la guerra. Salido gracias a la APLL, contiene algunas de las más potentes conferencias conservadas del maestro del verbo, repletas de pensamiento en su variedad de tono. Luego, en 1950, en Messein, salió *Juana de Arco y su Madre*, libro brillante y sensible, hecho para el más vasto de los públicos. En 1954, el inolvidable adiós de Joseph Maurelle: *La Muerte de Han Ryner*, prefaciada por Georgette Ryner, uniendo a la emoción y a la ternura, el preciso y profundo conocimiento del pensamiento del amigo.

Una continuación de recuerdos. En 1956, la infancia: *Me llamo Eliacin*; en 1957, la adolescencia: *...A las Hortigas*; en 1958, *El Surco Perfumado*, todo ardiente de amor por Jacques Frehel (Alicia Telot), alma noble y alta, artista única. En 1959, restituyendo *La Sabiduría riante* agotada desde hacía veinte años, nosotros dábamos *La Risa del Sabio*, en donde irradia la ética de un hombre libre. En fin, para el vigésimo quinto aniversario de

la muerte de nuestro querido desaparecido, APLL publica en 1963 la obra testamentaria: **Las Grandes Flores del Desierto**, testimonio sobre el dulce poverello (pobrecito) de Asís, libro de luz que no parece ha de ser comprendido en nuestro presente amenazado, como hace treinta años cuando Han Ryner sentía venir catástrofes y desasosiegos.

Algunas reediciones en estos veinte años, con estas ocho publicaciones. la inmensa **Torre de los Pueblos**, gracias a la intervención de nuestro bien querido y gran Charles Baudouin, aparece en 1947, en el «Monte Blanco». En 1947 aún, en «El Hombre y la Vida» y al más módico de los precios, **Los Viajes de Psicólogo**. En 1952, en «Las Bellas Lecturas», **El Hombre Hormiga** es presentado por Vicent Musell.

Traducciones: **Piccolo Manuale Individualista** (Pequeño Manual Individualista), Milán, 1949; **Il Crepuscolo di Eliseo Reclus**, 1964, **Storicita di Gesù** (Historia de Jesús), 1965, los dos traducidos por J. Mascii. En 1956 y en Tokio: **La Esfinge Roja** por Kuni Matsuo; 1956, **La Grecia Libertaria** (El Individualismo en la Antigüedad) por V. Muñoz. En 1961 y en Río de Janeiro, **O Quinto Evangelho** (El Quinto Evangelio); en 1965, **Hasta el Alma**, por Costa Iscar.

Números especiales sobre Han Ryner: **Quo Vadis** en 1948, **Europe** en 1961, **Pensée et Action** en 1963. Capítulos sobre Han Ryner en **Luz de Occidente** de Suzanne Gonnell, Eugen Relgis en **Doce Capitales**, André Respaut le incluye en su libro sobre federalismo, y también André Lorulot le estudia. Por su parte, en hebreo, H. Fenster, escribe un folleto sobre él; y Stephen Mac Say, en **El Cuento**, 1965 le estudia.

Tal es el rápido balance del trabajo realizado.

¿Existe una vigencia de Han Ryner?

Nosotros sabemos que los Cuadernos son leídos y apreciados. y que constituyen una imponente colección de documentos. No es éste el lugar ni el momento de creer nuestro esfuerzo terminado. Quedan fragmentos, curiosidades, confesiones, correspon-

dencias, conrerencias, una masa de inéditos. Obras póstumas considerables. Los **Monos que Danzan**, anunciados desde 1912, novela picaresca del siglo II de nuestra era; una muy curiosa y nueva obra sobre **Juana de Arco** aún; **Diálogos de la Guerra**, la publicación integral de **Mi Hermano Emperador** que, en 1937, apareció ligeramente mutilado en la «Patria Humana» — novela-folletón de capa y espada que **La Humanidad** publicó en 1917: **Las Manos de Dios** —; el segundo volumen de las obras oratorias, y muchas otras cosas aun, testimonian una curiosidad siempre renovada sobre Han Ryner y su prodigiosa labor.

Débase prever que Han Ryner al tomar por fin su lugar de escritor clásico y de filósofo original, una edición de sus obras completas sea realizada. Pero ante todo, una reedición de las obras completas reclamadas por los jóvenes amigos nuestros, y que todos los que ignoran hasta el nombre de Han Ryner descubrirían asombrados que libros así hayan sido pasados por alto, por un público que lee desde hace medio siglo: **El Quinto Evangelio**, **Las Parábolas Cinicas**, **Las Verdaderas Pláticas de Sócrates**, **El Hombre Hormiga**, **Los Cristianos y los Filósofos**, **Las Apariciones de Ahasvero**, **El Hijo del Silencio**, **Los Pacíficos**, **Un Nuevo Diógenes**, obras notables que es casi del todo imposible procurárselas.

Esperamos la puesta en escena por un joven osado de **Hasta el Alma**, «**Viva el Rey!**», **La Vihora**, **Los Esclavos**, **La Belleza...**

Se debería publicar un índice general de los Cuadernos, ya indispensable para los investigadores. ¿No sería también necesario un repertorio completo, el «Libro» de los Amigos?

Cada uno debe decidirse a empuñar el bastón simbólico del peregrino para hacer conocer, para hacer leer a Han Ryner. Cada uno debe hablar, él mismo, para él mismo, para la amistad viviente, que revela un amigo nuevo y un hombre que se realiza. Nosotros no nos confinamos en una admiración celosa y muda. Un amigo no tiene miedo en perderse

celebrando la belleza fraternal del pensamiento, de la forma, de la obra del gran amigo. Quiere encontrar la emoción gemela al descubrir las diferencias maravillosas que componen la armonía humana. Tiene el valor de encontrarse y de decirse, y la discreción precisa que permite la espera. Sabe que cuanto más numerosos seamos los amigos verdaderos de Han Ryner, más buscaremos a ser por nuestra cuenta hombres verdaderos, y más crecerán las posibilidades de la humanidad. Encontremos alrededor de nosotros los que pueden, muy simplemente, ser de los nuestros. Basta con quererlo y tomarse el tiempo para ello. No es una vulgar «propaganda» lo que sugerimos, sino un despertar. Insistid, explicad. Nosotros os suministraremos los documentos. Publicaremos una noticia neta y tan simple que pueda ayudar a vuestra exploración. Pedidnos boletines de adhesión. Esparced los libros disponibles: ¡no faltan las bibliotecas que carecen de un autor como Han Ryner! Dadnos direcciones.

Es ya tiempo. Nuestras fuerzas son limitadas. Tenemos necesidad de un aporte nuevo y vivaz. Pedimos insistentemente a cada amigo el no adormecerse. ¡Qué ejemplo para nosotros el de Han Ryner, en la aurora de sus 77 años, pensando en un renacer de su espíritu, y proyectando obras que no repetirían a las ya realizadas! ¡Aquel invierno de 1938 en el cual fue abatido, en plena labor intelectual, no estaba en su corazón siempre palpitante!

Siéndole fieles en amistad, y siendo nosotros mismos, aquella frase de un dramaturgo español: **Ganar Amigos**, hagámosla nuestra.

Louis Simon

★

La frase citada en español, viene en nuestro idioma en el original. Entre las traducciones de Han Ryner realizadas a nuestro idioma cabe citar además que CENIT ha publicado: **Los Primeros Estoicos**, **Claude Tillier** y los recuerdos de adolescencia del sabio, con el título **Colgando los Hábitos**. Asimismo, nuestra re-



UNA EXPOSICION DE "SHUM"

por H. PLAJA

NUESTRO viejo amigo Acher, «el Poeta», que no se escapará de la memoria de muchos y viejos militantes, acaba de celebrar una de las tantas exposiciones como viene celebrando desde nuestro exilio.

«Shum» emprendió nueva ruta pictórica. Sin dejar de poner en su nueva etapa de actividades, el sello de su sentir y de su pensamiento de cara a la libertad.

Recordamos muy bien nuestra campaña en 1924, fecha en que nos hallábamos en la dirección de «Solidaridad Obrera» de Barcelona, para liberarlo de la pena máxima que el régimen de Primo de Rivera habíale impuesto por delito político.

Y de su producción artística conservamos el más grato de los recuerdos.

Pensamos en estos momentos en aquella ilustración confeccionada en Santofia, cuyas páginas, redactadas e ilustradas maravillosamente, llenaron de emoción nuestras almas, y causaron gran sensación entre las gentes doctas a las cuales se les iba mostrando el libro que contenía más de 100 hojas. Era ejemplar único, hecho con la paciencia y el cuidado que la tranquilidad del presidio, para un artista como «Shum», permite en las largas e interminables horas del encierro.

Creemos que la época a que nos referimos fue culminante para «Shum». La genialidad tiene su momento específico, y en aquel momento de ostracismo forzado en que el hombre permanece al margen del ruido de la sociedad, «Shum» supo inspirarse como nunca para revelarse como gran artista y como idealista.

Más tarde, advenida la República «de trabajadores de todas clases», «Shum» se pierde en las ave-

nidas de la turbulenta euforia, y la tiranía del vivir material marca un triste impacto en su actividad...

En el torbellino de nuestra tragedia, de nuestro exilio, «Shum» prosigue su obra artística, y si bien no vemos colaboraciones en nuestra prensa, el artista va cultivando su arte y el duro vivir le inclina al medio comercial donde también triunfa.

Más tarde, revive en «Shum» el artista de ayer. Pero también se mece en el ambiente de un modernismo o de un ultraísmo que la época impone, y en cuyo vaivén no sucumbe el artista, pero queda algo debilitado el genio del artista de ayer.

De todas maneras el amigo «Shum», siempre imbuido de un glorioso pasado que le hizo hombre, ha sabido intercalar entre su gran producción, entre su valiosa aportación artística, el producto de su sueño ideal de ayer.

De entre la última exposición celebrada, con 50 y tantos cuadros, entresacamos cinco o seis que nos autentifican a nuestro querido amigo de ayer. Pero sobre todo, uno de ellos, cuya reproducción nos permitimos, refleja la intimidad y el sentimiento de sus añejas colaboraciones artísticas. Y pensamos en algunos momentos, si la efigie aquí reproducida, no quiere reflejar su ayer, poniendo en la superficie de nuestros recuerdos la autenticidad espiritual de «Shum».

No somos técnicos, ni críticos de arte, sino emocionables en sentimientos artísticos. Y por ello nos relevamos de internarnos en este camino, dejando la labor para la gran crítica de arte, Margarita Nelken, cuya labor hacia «Shum» ha sido en México de gran importancia, dándole a conocer y elevando su arte tal como merece.

LA VIDA Y LOS LIBROS

vista ha publicado un sinnúmero de artículos de Han Ryner, en casi toda su totalidad inéditos. Es de destacar asimismo que, en la España libertaria de otrora, Han Ryner fue muy difundido. La editorial «Vértice» de Sabadell publicó por primera vez **El Quinto Evangelio**. A las ediciones de **La Revista Blanca** se debe **El In-**

genioso Hidalgo Miguel de Cervantes, El Aventurero de Amor y El Autodidacta. Por su parte, **Estudios de Valencia** publicó **El Subjetivismo y La Esfinge Roja.** La «**Guilda de los Amigos del Libro**» de Barcelona publicó un poco antes de la Revolución, su obra maestra **La Sabiduría Riente.** Y existía el proyecto de pu-

blicar en España las «**Obras completas**» de Han Ryner. Es de esperar, como escribe el amigo Simón, que una editorial gala publique asimismo sus «**Obras Completas**» para que, a la vez de hacer reconocer como se debe el nombre de Han Ryner, esparza a los cuatro vientos su vital filosofía.

V. M.

POETAS DE AYER Y DE HOY

DE LA MANO AL AMOR

Ven hijo mío al Amor
ganado a pulso de llanto,
y en esa flor, mientras tanto,
trata sólo de ser flor.
Luego vendrá lo mejor
hecho presencia y encanto.

Ven con las manos al pan
que masó nuestra alegría
de vivir de cara al día.
Ven e iremos donde van
los hombres que el paso dar.
con claro gusto de hombría.

La noche oscura pasó
con su carro de quimeras.
Abre en tus ojos palmeras
de la luz que en ti tejó
la eternidad, porque vió
tus miras de altas esferas.

Es hora de caminar
dando todo lo adquirido,
de levantar al caído
y ayudarlo a caminar.
El caro modo de amar
tiene amando su sentido.

Yo te propongo, del Bien
el Bien mismo en tu persona.
La Vida Eterna te abona
el precio con su sostén.
Si tan alto miras, ven,
que ya el amor te corona.

Nadie te engañe al querer
venderte, acaso, al capricho.
No encierres en vano nicho
cuanto aquí te dió el saber.
Di la verdad al poner
tu vida siempre en lo dicho.

Yo te he querido mostrar
que el amor entero y puro
no puede andar en lo oscuro
ni en lo escondido habitar.
Por eso, cuando he de amar,
hacerlo en alto procuro.

Hay una ciencia a seguir
en todas partes del día.
Lo que importa es la ambrosia
que habremos de compartir
cuando hayamos de vivir
como el Amor nos envía.

¿Cuál ha de ser la canción
que entonces con claro pecho
cuando sabes que lo hecho
parte del Verbo en acción?
¡Corra libre el corazón
como el río por su lecho!

Ven, hijo mío, a vivir
del trabajo de tu idea.
Que tu propósito sea
la íntegra Verdad servir.
Y no te importe morir
si la Vida lo desea.

ABARRATEGUI

Bajo el signo de ESTUDIO y RECREO

Carlos de Europa, W. Lewis	4 50	Misión presidencial	8 40
Cuentos del México antiguo, A. Valle	3 50	Mito de Sisifo y Hombre rebelde	19 00
Cartas a un escéptico, Balmes	4 00	Misterio de Frontenac	6 00
Duelo al sol, Busch	3 50	Mito de la cruzada	16 50
Diccionario español ilustrado	30 00	Mi infancia, Cajal	4 00
Estudios Literarios, Menéndez Pidal	4 00	Mi paso por la política	6 00
El héroe, El discreto, Gracián	3 50	Misión de prensa en España, Chavez	15 00
El señor de la Salle, Gallardo	3 50	Misión de guerra en España, Hayes	15 00
Fermina Márquez, V. Larbaud	3 50	Misterio y otros cuentos	2 50
Familia de Albareda, F. Caballero	3 50	Memorias de Cisneros (2 v.)	28 00
Grito en la noche, Mata	5 00	Más allá de los Urales	6 00
La maja desnuda, Dax	3 50	Montes de Oca	2 50
La perfecta casada, Fr. Luis de León	3 50	Movimiento Libertario en E. A. y A.	1 00
Lecturas españolas, Azorín	3 50	Montalvez, Pereda	4 00
Manón	3 00	Monederos falsos	7 00
Mandarin (el)	2 50	Muchacha del ideal	2 50
Manantial (el)	15 00	Mujer de ámbar, Gómez	3 50
Manón Lescaut	2 50	Mundo nuevo	1 80
Manual de clasificación y archivo	3 00	Municipio español desde la época de Roma	0 50
Mario y el hipnotizador	5 00	Muelle de las brumas	2 50
Martin Fierro	3 50	Mundo de ayer (el)	5 60
Maternidad y espíritu	3 00	Morganáticos, M. Nordau	1 00
Mayor pendiente	10 00	Municipio, mandatario de la asamblea, Alaiz	0 50
Mazzini, King	6 00	Narváez	2 50
Marxismo y socialismo libertario, Guerin	8 50	Ni víctimas ni verdugos	2 00
Más allá del amor y de la vida	3 00	Nueva York, Maurand	3 00
Marzo y el 2 de Mayo	2 50	Nuevo drama de Europa	6 00
Mascarilla y trébol	3 50	Nacha Regules	2 00
Matrimonios	7 00	Napoleón y las mujeres	2 00
Magallanes	5 00	Náufragos, Adrián del Valle (incompleto)	0 00
Más allá de los montes Urales	4 00	Náufrago del Cyntia	4 50
Memorias de un cortesano	2 50	Niño de la bola, Alarcón	2 50
Mendizábal	2 50	Noticias de ninguna parte	3 00
Medicina sexual	y 50	Noches tristes	5 00
Memorias de P. Casals	1 00	Norteamericanos en su salsa	3 00
Memorias del Congreso de 1960	3 00	Nociones de historia natural	0 60
Memorias del Congreso de París	1 00	Novela de Roger de Flor	3 60
Método de autosugestión	6 00	Novelas ejemplares, Cervantes	4 50
Mis montañas	2 00	Nubes de estío	4 50
Mi adorable mamá	2 50	Nuestros primeros 20 años	16 00
Mi conciencia, Chantepleure	2 00	Nostradamus	2 50
Mi tío Spencer	6 00	Nueva maldición del practicismo, Alaiz	0 50
Mi amiga Flica	6 00	Ni Franco ni la Monarquía	0 80
Mi política, Gordón Ordás (tomo I)	15 00	Nicolaj, Relgis	6 50
Idem, idem, idem (tomo II)	15 00	Peñas Arriba, Pereda	5 00
Idem, idem, idem (tomo III)	20 00	Rimas y leyenda, Bécquer	3 50
Mi política fuera de España, Gordás	20 00	Rey Lear, Shakespeare	3 50
Mientras yo agonizo	6 00	Reconquistada, Mata	2 50
Militancia pide la palabra (la)	0 50	Sabor de la Tierra, Pereda	3 50
Mis interviús, Gorki	5 00	Sotileza, Pereda	4 00
Mis prisiones, Pellico	4 00	Zalacain el aventurero, Baroja	3 50

Pedidos a nuestro servicio de librería

M. CELMA, 4, rue Belfort - Toulouse (H.-G.)

CENIT

sociología
ciencia - literatura



Editorial.

Ramón Liarte: Ni reino ni profetas.

León Gerbe: El temple rebelde del pintor Courbet.

M. Celma: Camus el grande.

Victor Garcia: Miguel Cam-puzano.

Eugen Relgis: La voz de Juan de Mairena. Preliminarío a una trilogía de novelas.

V. M.: La vida y los libros.

Floreal Ocaña: La voluntad libertaria.

Pedro Kropotkin: Bakunin.
Miguel Servet.

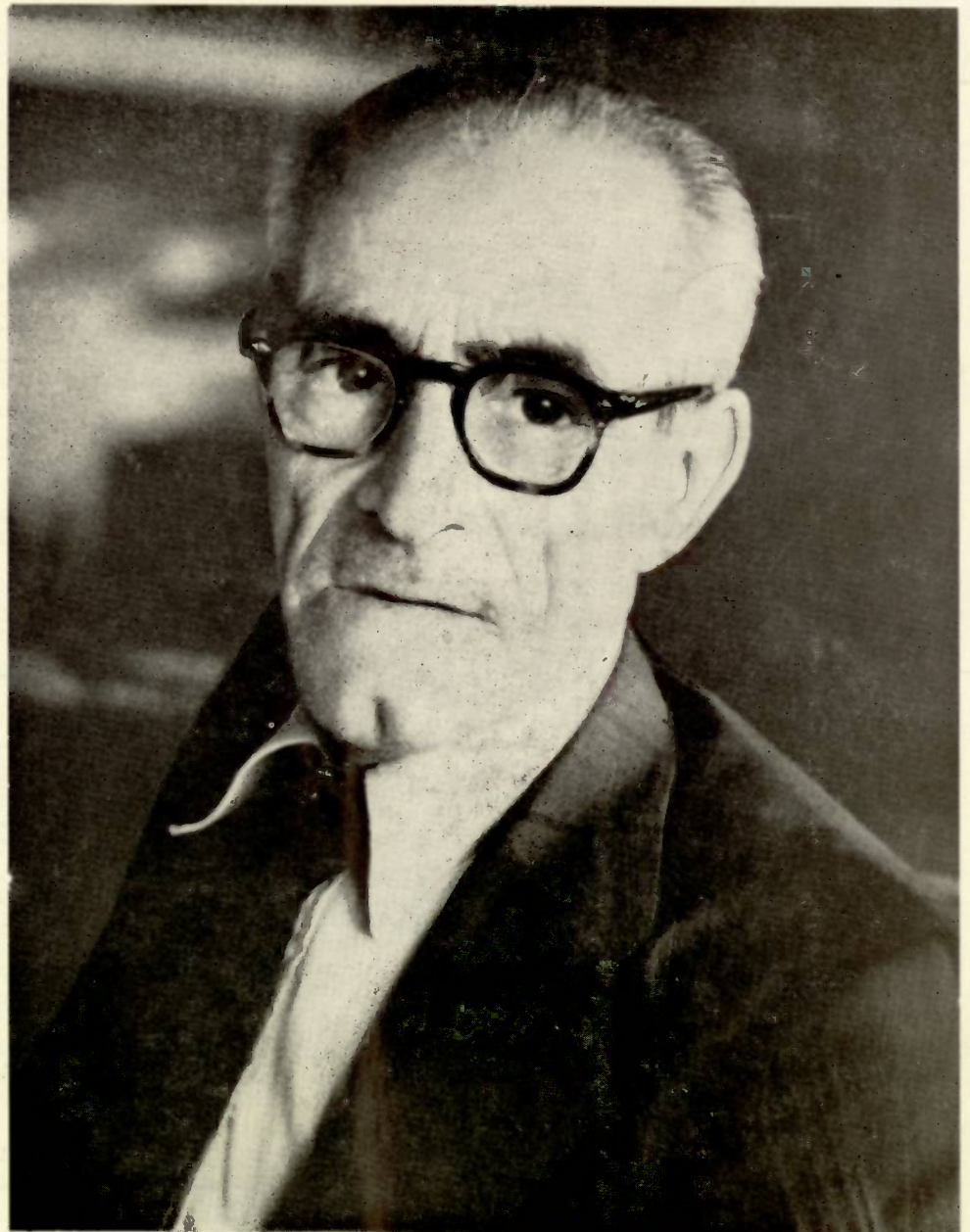
173

Noviembre - Diciembre 1966

REVISTA MENSUAL

PRECIO : 1,50 F.

40P5523



NUESTRA PORTADA

S E ha dicho que lo mismo que el sacerdote es el proletario del clero — el pobre de la casa, como diríamos en cualquier pueblo — en los intelectuales es el maestro. Es más, hasta se le discute su calidad intelectual.

Ver como hacia el maestro se ejerce un desprecio casi general es desolador. Sin embargo, habrá que admitir formal y seriamente que el maestro de escuela viene en segundo lugar, después de los padres y antes que el periodista, cual arquitecto de ese hermoso edificio, a veces tan malegrado, como es el niño. El maestro es el primer modelador de su alma, su enseñanza, sus palabras, su carácter, será o no admitido por el niño, pero aún rechazado, éste guardará grabado en su mente el primer paso dado en el mundo de la enseñanza, paso dado de la mano del maestro.

Y Campuzano ha sido uno de estos modeladores. Maestro racionalista, sin la criminal guerra que todo lo hundió, con seguridad que ahora no solamente elogiáramos su obra sino que conoceríamos toda una pléyade de hombres que vendrían con sus firmas y desde sus puestos racionalistas como él a decirnos: gracias a la pedagogía y esfuerzo de Francisco Ferrer Guardia, continuada por Campuzano y demás maestros que le siguieron, nos encontramos en primera fila practicando la enseñanza total, es decir, la que rompe lanzas contra todas las falsas teorías, contra las injusticias, contra las desigualdades, contra las nefastas leyendas, contra los dogmas.

Y, no cabe duda, a la cabeza de ellos, o entre los más tenaces, serenos y compenetrados con la pedagogía moderna y con el niño, se encontraría el compañero Campuzano. La guerra lo desbarató todo. De maestro de niños se convirtió en hombre proscrito con todas sus dificultades.

Por eso, en la galería de hombres que CENIT ofrece no podía faltar este insigne maestro racionalista, compañero de los trabajadores, hombre anarquista, todo un anarquista y todo un hombre. Nada menos.

REVISTA BIMESTRAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

REDACCION

Federica Montseny y Ramón Liarte

COLABORADORES

Vladimiro Muñoz, Evelio G. Fontaura, Hem Day, Campio Carpio, Eugen Relgis, Dr. Pedro Vallina, Germinal Esgleas, Renée Lamberet, Cosme Paules, José Muñoz Congost, Floreal Ocaña, Dr. Amparo Poch, José Viadiu, Víctor García, J. Guerrero. Severino Campos.

Suscripción anual:

Francia	9,00
Exterior	11,00
Precio de un ejemplar suelto	1,50

Giros Michel Celma, C.C.P. 952-38

4, rue Belfort, 2ème étage

F-31 TOULOUSE

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en los que aliente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)

CENIT

★ REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA ★

Año XVI

Toulouse, Noviembre - Diciembre de 1966

N.º 173

EDITORIAL



LA CLASE OBRERA ANTE SU DESTINO

TODA fuerza consciente se manifiesta y acredita por sus obras. Retroceder lo andado, guiados por el vicio de andar y más andar para no ir a ninguna parte, es falta de consecuencia, cuando no de sentido común. El pasado pertenece a la historia antigua. Es el presente hijo de la vida que se hace cada día.

Un porvenir cargado de responsabilidades se ofrece al movimiento obrero hispano. De ahí que la unión sindical sea una necesidad de hoy y de mañana. Trabajo cohesionado que nadie debe eludir. Todo intento de fraccionar y dividir a la clase obrera es mezquino y condenable. La valoración de un movimiento obrero moderno, fiel a las respectivas doctrinas de emancipación social y humana, apoyado en todo lo que representa el ayer honroso, articulando la acción de los trabajadores para conquistar un puesto en la vida, tales son los imperativos de la hora actual.

Somos anarcosindicalistas. Si queremos el anarquismo en el movimiento obrero es porque propiciamos la acción conjugada, es decir, la lucha de clases, abierta y decidida para conseguir los objetivos del sindicalismo independiente y revolucionario. No hacemos del tiempo una religión, sino un elemento al servicio del progreso general. No creemos en un futuro milenio lleno de deliquios. Los hombres nacen, crecen y mueren. Y en todas las épocas tendrán que luchar por la perfección y la justicia. Si admitimos que el hombre de carne y hueso es de por sí imperfecto, nunca llegará a la perfección. Y si a ese ciclo llegase, nuestra misión de pioneros del derecho habría terminado. Pero hemos de trabajar hoy, mañana y siempre. Lo que hay más allá del progreso, progreso y vida es.

Por ser revolucionario creemos en un perfeccio-

social. El camino trazado por la inteligencia no namiento que regula y embellece las relaciones termina nunca. La lucha contra toda imposición, contra todo límite autoritario, es para nosotros el contenido esencial de nuestro combate moral y renovador. La teología descansa en lo inmutable y engendra el despotismo. Luchamos en todo momento por un desenvolvimiento ulterior. Nos rebelamos cuando vemos al hombre atado a la llamada infalibilidad del Estado que anula toda personalidad e impide el resurgir venturoso de nuevas creaciones libres.

Propiciamos una organización moderna del esfuerzo. Nos guía el propósito de administrar todas las energías puestas en juego. Consideramos que la multiplicidad ordenadora y armónica de los resortes técnicos y de los valores humanos puede superar con creces al gregarismo uniformista y totalitario. Hondos de cimientos, altos de techo, abiertos de par en par a las corrientes purificadoras de la vida, queremos mirar hacia el futuro orillando lo que en el pasado pudo separarnos de nuestros iguales. Y es que entendemos, por algo somos sindicalistas revolucionarios, que es ésta la mejor manera de construir la gran ruta abierta a una mayor comprensión de los asuntos comunes que, unidos, debemos resolver.

Necesario es que la clase obrera se encare con su propio destino. Que sea cada día menos política y más social y sindicalista. No hay que perderse haciendo retoques cuando el viejo castillo del capital se bambolea. ¿Revolucionarios? A demostrarlo tocan. ¿De qué manera? Construyendo la nueva morada social, el palacio del trabajo y la inteligencia, en cuyo espacio limpio y claro tengan cabida todos los hombres que son útiles de una manera u

otra al Renacimiento de las artes, a la unidad de los trabajadores, a la felicidad de la vida redimida de la esclavitud. El pueblo es la parte activa de la sociedad. El sindicalismo es la vida sana del esfuerzo. La idea de la justicia es la doctrina del trabajo organizado que anhela edificar un mundo mejor.

Se ha derramado mucha sangre en la lucha por la emancipación social para que los oportunistas de todos los barrancales vuelvan a especular en torno a nuestra obra solidaria. Los trabajadores deben saber elegir entre los suyos y sus enemigos descarados o encubiertos. El oportunismo político cambia de chaqueta y se vuelve sindicalista para no perder el tren que sale de la estación del progreso creciente. No podemos dar carta de naturaleza social a quienes buscan un solo objetivo: sembrar la desunión en el campo del trabajo, creando más organizaciones artificiales que gusanos tiene un estercolero.

Hay que ser consecuentes aunque no lo sean los demás. Quienes esperan nuevas oportunidades para especular con la fuerza y el crédito moral del movimiento obrero hispano, pierden el tiempo lastimosamente. La historia de los aventureros que se sitúan cerca de las prebendas, no puede ni debe repetirse. No basta montar una organización sindical que cabe en un seminario. Lo esencial es echar raíces en la entraña del trabajo. Hacer labor efectiva que redunde en beneficio de la clase obrera.

La obra clandestina, callada y silenciosa que estamos levantando rodeados de obstáculos y dificultades, debe ser cimentada de tal manera que, el enemigo no pueda hacer grietas en nuestros muros ni debilitar posiciones que deben ser firmes defendiendo la justeza de nuestros postulados.

Se ha pretendido dividirnos, hasta el punto de negar nuestra influencia orgánica y moral sobre el pueblo, al que no podemos hablar como quisiéramos, libremente. Se nos ha negado el pan, la sal, el aceite y la llama, para vencernos por aburrimiento y desesperación. Se han lanzado calumnias y mentiras en todas las direcciones; pero al fin de cuentas cada uno ha quedado en su lugar. ¿Cuáles son los resultados obtenidos?

Conscientes de su fracaso, nuestros detractores confabulados, ahora buscan la manera de hacer triunfar una nueva maniobra. Tratan de hacernos creer que son más partidarios de la unidad de la clase obrera que todos nosotros juntos. Y tenaces en sus ambiciones inconfesables buscan la unión por la base, por la cúspide y el rellano. Hemos de decir la verdad cueste lo que cueste y no jugar al engaño en ningún momento. Formalidad y consecuencia no excluyen firmeza de ideas y reciedumbre en las posiciones adoptadas responsablemente.

Estamos firmemente persuadidos de la exactitud moral de nuestra lucha. Los que han insultado y expoliado a la clase obrera, por arte de magia, no pueden ser sus representantes ni sentarse a nuestra mesa austera. Quien desee hacer lo contrario puede hacer de su capa un sayo. Nosotros no queremos integrar banderas ni unir lo imposible con lo posible, lo bueno con lo averiado. Queremos salvar la parte sana de la gangrena y la peste. Hay que actuar con energía y valor. Tomar otra actitud sería fatal para los altos valores morales que representamos. Esto es lo que nos enseñan los hechos y lo que no deberíamos olvidar nunca. Nosotros estamos dispuestos a examinar toda idea aceptable y a respetarla. Todo lo que surja de una trayectoria honrada y bien definida nos parece bueno; pero no se nos puede exigir que nos confundamos con el primer advenedizo que nos lance proyectos de dispersión para meternos los diablos en las tripas.

La C. N. T. se ha distinguido siempre por tres cosas principales: lealtad, sinceridad y consecuencia. Los amigos saben perfectamente que no engañamos en ningún momento; los enemigos, también. Somos anarcosindicalistas, es decir, sindicalistas revolucionarios; queremos la unión de la clase obrera. Vamos hacia objetivos y finalidades que no podemos negar. No queremos imponernos; no toleraremos imposiciones. En el camino de la lucha por la dignidad del hombre y la emancipación de la clase obrera nos encontrarán trabajando todos los que verdaderamente quieran hacer una transformación a fondo de la sociedad de clases por una sociedad de hombres libres e iguales, así en el esfuerzo como en los resultados obtenidos.

PUEBLOS

Un hombre dijo a un rebaño de carneros:

— Debéis quererme, pues he afilado con arte el cuchillo que ha de degollaros. Aclamad pues a vuestro bienhechor.

Al oír esto los carneros balaron en conjunto. Pero no pude adivinar si el balido significaba una aprobación. Ya que el balido de los rebaños y de los pueblos aclama siempre a los matarifes que afilan los cuchillos. Sin embargo, a veces su sentido es oscuro, equívoco y estremecido. Afirman algunos que la voz del pueblo es la voz de los dioses. Tal vez tienen razón y — hasta que un sacerdote o un orador los traduzca de modo que complazca a los tiranos —, el rugido del trueno, el vuelo de los pájaros, el balido de los carneros y los gritos discordes del pueblo no significarán absolutamente nada.

(Trad. V. M.)

HAN RYNER

Ni reino ni profetas

por RAMON LIARTE

DICESE que Joseph Smith, fundador del mormonismo, tuvo necesidad de un ángel para que le enseñase el sitio donde estaba escondido el libro Mormón, que, como es sabido, fue escrito en hojas de oro, pero en un idioma y con una letra que Smith no sabía leer. A la divina providencia no se le escapa el menor detalle, y habiendo previsto la dificultad puso, junto al libro, unas gafas con cristales de diamantes biselados, de tal manera que, el profeta sólo con ponérselas sobre la nariz podía traducir el libro al inglés. Pero el libro de las hojas de oro, una vez que Smith terminó su trabajo fue devuelto al cielo por el ángel guardián. Los santos de los mormones encontraban esta explicación completamente natural, y nosotros tendremos que contentarnos con la narración, ya que en los dominios de la fe todas las aventuras son posibles y sucederán.

Antes y después de Smith se han contado muchas fantasías. Se nos ha dicho que debemos pensar por categorías, que el espíritu absoluto es el dios de la creación flotando encima del agua. El mito de las misiones históricas ha venido haciendo verdaderos estragos. Con ideas así no hay que romperse la cabeza pensando y discurriendo. Desde el idealismo absoluto, hasta llegar a la idea de un dios durmiente sumido en el sueño profundo de los siglos, todo se ha venido explicando como lo más fácil y natural del mundo; y hay en alguna de estas ideas cierto encanto adolescente y un sentido de belleza que apasiona y deleita. Pero una cosa es la fe y otra la razón. Conveniente será, pues, razonar en torno a ideas y objetivos que sean para el hombre no una revelación, sino mensaje de estímulo y aliento. Las cosas y los hechos no son tan sencillas como a primera vista aparecen. Todo evoluciona lenta y gradualmente y no hay absolutamente nada que consiga alcanzar el estado supremo de la perfección.

El anarquismo no es como afirman sus detractores, un dogma cerrado a la rosa de los vientos; ni cerrado ni de ninguna manera; es una experiencia abierta al progreso revolucionario y transformador. Quiere una sociedad mejor y propone métodos hacerlos para lograrla. Sabe que la doctrina no es un regalo providencial y que el hombre tiene que hacerse cada día para perfeccionar su existencia.

Hay que acabar con la manía de las frases hechas. Debemos oponernos a los conceptos lapidarios que suenan a batallas al estilo de las Termópilas, Sagunto y Numancia. Tenemos unas ideas y éstas

han de servirnos de brújula, dándonos la seguridad de que nos encontramos en movimiento y que avanzamos hacia nuevas etapas de justicia. De ahí que nuestra propaganda deba estar orientada en todo momento por la claridad de los vocablos y el humanismo de las concepciones que sentimos.

Somos verbo y carne del pueblo. Militantes infatigables de un movimiento de apoyo mutuo. El pueblo no es nunca una abstracción; es una realidad viva endurecida en la geografía, escrita en la historia. El pueblo es la sociedad, el trabajo y la vida. Los que creyendo servir al pueblo se han apartado de él, deben volver al punto de partida. Preferible es reorientarse que suicidarse. Después de la escisión de la Primera Internacional, el socialismo parlamentario y estatal se ha confundido con el poder político dando vida a Estados de tipo totalitario o reforzando los viejos engranajes de la socialdemocracia capitalista. Se ha distribuido la piel del oso que todavía está libre en el bosque de la autoridad nacionalista. Se ha pretendido hacernos creer que, forjando una nueva forma de Estado, éste iría a parar al museo de antigüedades como el viejo telar de Penélope. Y lo curioso del caso es, que los militantes revolucionarios partidarios del Estado proletario, como los santos de los antiguos mormones, creen en las fatalidades históricas como si fuesen verdades indiscutibles y eternas.

No puedo soportar ninguna clase de aristocracia porque siempre acaban incubando nuevas clases fomentadoras de nuevos privilegios. Ya la concepción principesca romana decía despreciativamente: «Todo para el pueblo, pero sin el pueblo.» Los años negros del natalicio totalitario fueron más espinosos. Lenin y Zinoviev concretaron su pensamiento de esta manera al echar los cimientos de la Internacional Roja: «Todo por el Estado, nada al margen o contra el Estado.» Y la experiencia no ha podido ser más aterradora. Ahora se dice que todo aquello pertenece al pasado. Lo que hace pensar en la sentencia de Jan Valtin: «La noche quedó atrás.» Sigo de cerca lo que se ha dado en llamar evolución del comunismo internacional, y hasta leo, cuando se dejan leer, los papeles desleídos de los comunistas españoles. En ellos encuentro las mismas frases, las mismas caras, las mismas cosas. Hay una falta de originalidad insoportable y una pedantería tradicionalista sin freno. Indudablemente, algo queda atrás. Todo pasa si lo nuevo viene. Pero quedó atrás un pasado horrible que no se borra. Yo no sé si será verdad o no eso que dice: «De

los arrepentidos es el reino de los cielos.» Aquí sobran los arrepentidos y faltan los convencidos.

El movimiento obrero y revolucionario internacional ha de estar persuadido de una idea vital: el pueblo vale más que el Estado y lo que importa es la victoria de aquél en detrimento de éste. No vanamente los libertarios volvemos a manifestar con acento seguro y firme, que es voz de razón: «Todo para el pueblo y por el pueblo.» No se puede luchar por la emancipación del pueblo y despreciarlo porque lleva las manos sucias de tanto trabajar por los demás. Quien avanza hacia la libertad debe estar convencido de una idea esencial: en el camino de la justicia no puede haber ninguna meta absoluta. Si tal cosa desconocemos es que no hemos aprendido nada de la lucha social. Si por haber alcanzado un objetivo creemos haberlo encontrado todo, nos convertimos en enemigos declarados de la revolución.

Hemos sido y debemos ser en todo momento partidarios de la dependencia recíproca entre los hombres. Hemos de cumplir con nuestros deberes, llenar nuestras obligaciones, en el caso en que no lo hagan los demás. Esta ha sido siempre nuestra fuerza de proyección. Representamos un movimiento de raíz y esencia populares. Formamos parte de las organizaciones del trabajo, a las que queremos modelar de acuerdo con la concepción más amplia del pensamiento libre. Ni por asomo hemos creído en la lucha revolucionaria, en la acción política al margen y contra el pueblo. Y es que estamos convencidos de una tesis que deberían saberse de memoria todos cuantos dicen ser partidarios de la libertad: no creemos que se pueda dictaminar desde el poder la manumisión de los desheredados; no intuimos que la cultura se fabrique por decretos; no admitimos que el hombre pase a ser juguete y pelele de la ley dictada por el más fuerte.

¿Qué objetivo perseguimos?

Queremos construir una nueva sociedad, un mundo nuevo, yendo de los acontecimientos experimentales a la ciencia probada y demostrada. Quien no haya asimilado esta lógica social y obrera es porque se empeña en no comprender nada de lo que le rodea. Los conceptos cerrados, absolutos, desembocan en el despotismo. Lo que forma la razón de ser del sindicalismo revolucionario militante es su voluntad de incitar al pueblo a un trabajo creador y eficaz. No promete paraísos, no ofrece lo que no puede dar. Le dice al hombre que tiene necesidad de levantarse para caminar. Habla al pueblo con el léxico de la confianza puesto en su propio destino para decirle: O te salvas tú o no te salva nadie. Lo que quiere decir, que no debemos confiar poderes a manos ajenas ni apoderarnos de lo que pertenece a la comunidad. Crear las condiciones de vida dentro de una comunidad libre donde los hombres dejen de estar sometidos a una tutela exterior, tal debe ser la divisa que nos sirva de norte orientador en todo momento.

No hay trabajo que sea definitivo. Toda obra puede ser mejorada. Por acertados que estemos en nuestros vaticinios, por bien que llevemos a cabo los quehaceres diarios, siempre cometeremos yerros.

Es propio de hombres incurrir en equivocaciones. Lo importante es estar dispuestos a rectificar cuando reconozcamos nuestro error. Y decisivo es mantener las posiciones con energía si la verdad nos demuestra que hemos trabajado con verdadera inteligencia.

Algo hay peor que el fracaso: No hacer nada por miedo a fracasar. Lo que no admite disculpa es la desgana. Hay que rebelarse contra el no hacer y el no dejar hacer. Debemos ser activos en nuestros planes, emprendedores y objetivos. Y sobre todo, constantes. Lo que se inicia bien debe acabarse mejor aún. Si todo puede ser mejorado o empeorado, como no hay duda, la síntesis ha de ser provechosa. Ya es más que sabido que la apatía es estéril. Por el contrario, la acción es hija de la virilidad. Existe en la prueba el poder del conocimiento; es la conclusión de la experiencia. Probar es valorar. Y nuestro valor social y humano reside en la base experimental de cada día.

Se equivoca quien medita y calcula; pero calculando bien y meditando con alteza de miras se enderezan los errores y se trazan planes felices. Tropezar quien avanza, no quien se tumba en la cuneta del camino. Va hacia la luz el que huye de las tinieblas. Por eso el luchador desinteresado no se pierde nunca, ni aun cuando se equivoque.

Sí, la noche quedó atrás...

Los decepcionados de todos los puertos, desde el konsomol arrepentido hasta el tecnócrata que se ha apoderado de la revolución traicionada, miran el nuevo día con impaciencia. Nadie quiere admitir la derrota completa. Nosotros somos la esperanza del amanecer que se dibuja en el horizonte. No hablemos de los fracasos ajenos más que para sacar lecciones. Hablemos, y en alta voz, de lo que todos podemos hacer. Las huellas de la libertad son hondas. La mentira es destruida por la acción razonada. Con la razón no puede nadie fracasar. Contra ésta se estrellan todas las maquinaciones.

El libro de las hojas de oro ha desaparecido por encanto. Nos hemos quedado solos con el gran libro de la vida. Carlos Marx, como Joseph Smith, han equivocado a quienes creyeron en sus profecías. El reino de la profecía ha terminado. El cristo es un mito. La concepción de la idea absoluta una barbaridad. Del partido único y la línea exacta ya no hablan ni los sargentos fracasados de la revolución. ¿Qué queda de la noche perdida entre el cero y el infinito? Queda el hombre creador de ideas; el socialismo con libertad que no ofrece cielos ni levanta cadalsos, pero que presenta soluciones. El socialismo llamado científico no lo era porque ignoró los factores determinantes de la evolución, la fuerza moral del apoyo y las reservas misteriosas de la naturaleza íntima de la vida visible e invisible. La profecía fue elevada a la categoría de dogma y la razón, a la vuelta de los años, pudo más que la dialéctica.

No se trata de pensar por categorías. Piensan los hombres cuanto más hombres y libres son. La filosofía metafísica de Hegel se ha hundido en la nada. No se salva tampoco el concepto materialista de la

El temple rebelde del pintor Courbet

por LEON GERBE

GUSTAVO COURBET, hijo de campesinos acomodados de Ornans, localidad situada en el departamento del Doubs, nació el 10 de junio de 1819. Fue refractario al estudio y no obstante frecuentó el pequeño instituto de la localidad, donde un profesor ya de edad avanzada, discípulo de Gros, le enseñó el dibujo. También entonces su abuelo, el bonachón de Oudot, ferviente jacobino cuya divisa era: «¡Grita fuerte y sigue adelante!», se encargó de formarle un carácter viril e inculcarle principios republicanos. Hasta la edad de dieciocho años, Courbet estuvo por el valle de la Loue, alternando sus quehaceres entre las tareas campesinas y los estudios, bastante desordenados. Luego se fue al Colegio Real de Besançon, marchando después a París. Mas, una vez llegado a la capital, en lugar de proseguir sus estudios de Derecho, envió una firme advertencia a sus padres aduciendo que «sería pintor y no otra cosa».

Estudiante pobre, Gustavo Courbet tuvo que conformarse, durante mucho tiempo, con hacer una sola comida al día, teniendo alquilada una reducida habitación de hotel. Frecuentaba estudios de pintores, visitando, sobre todo, el museo del Louvre, fijando su atención y haciendo copia de los pintores primitivos, y de los maestros de la escuela flamenca, de la holandesa y de la española. La pintura religiosa de la escuela italiana, no conseguía atraer a un artista como él, apasionado de la vida, de lo real, que manifestaba: «Jamás he visto hombre alguno que llevara alas; por consiguiente: nunca pintaré un ángel.»

NI REINO NI PROFETAS

historia. ¿Qué importa todo esto si se ha salvado el hombre?

El Mesías revolucionario no tiene ya cometido alguno a cumplir. Quiso separar la idea humanista de la revolución y ha sido devorado por el mecanicismo de los fines. Prescindamos de reinos y super-elegidos. Necesario es acabar con el proceso de la revolución frustrada para iniciar un nuevo contrato: el de los hombres que quieren vivir gozando y disfrutando la libertad más allá del dominio del espacio porque quiere ser sentido y pensamiento del tiempo, que es vida.

En 1842 Courbet, habiendo alquilado un estudio, pintó sus primeras telas: «Courbet con un perro negro», «El guitarrista», «Un hombre herido», «Los amantes en el campo», en los que su naciente realismo no había llegado todavía a desprenderse de las tendencias románticas de la época. Su producción pasó desapercibida hasta que en 1887, pretendiendo exponer en el Salón de París, a donde llevó tres cuadros: «Urbain Cuenot», «El Violoncelista», y el «Hombre fumando en pipa», sus obras fueron rechazadas. También alcanzaron la misma suerte los cuadros de Daumier, Decamps, Delacroix, y Teodoro Rousseau. Tal medida les indignó, y entonces tomaron la iniciativa de crear el primer Salón de los Independientes.

Durante la revolución del 1848, Courbet, cuyo federalismo se había consolidado más ante la ruda realidad social que ofrecía la vida parisina, envió algunos dibujos al periódico «Salut Public», destacando uno de ellos en que se representaba el asalto a una barricada por los insurgentes. Ya tiempo después hizo un viaje a Holanda para estudiar las obras de los maestros que tan bien han sabido reflejar el realismo del vivir cotidiano. Este viaje fue fructuoso. En el Salón de 1849 Courbet expuso: «La vendimia en Ornans», «La Vallée de la Louve», «Los de la comuna de Chassagne», «Marc Trapadoux», «El Hombre del cinturón de cuero», y sobre todo, el célebre cuadro «Sobremesa en Ornans», que recuerda los interiores rústicos de Le Nain, evidenciando con ello estar ya liberado de la influencia del romanticismo, para entrar en un realismo sincero, equilibrado, que ya en adelante fue la característica suya. Esta tela, en la que ha representado, en torno a una mesa de hogar campesino, a unos aldeanos escuchando a un violinista, alcanzó profusión de comentarios favorables, siendo adquirida por el Estado.

Tras del éxito obtenido, Courbet se instaló en Ornans, transformando en taller el granero de su abuelo Oudot. Su estancia en el pueblo, dominado por el deseo de ofrecer una fiel representación de la vida provinciana, sustiuyendo las ficciones por la realidad, dio por resultado el que hiciera tres obras maestras: «Un entierro en Ornans», «Los campesinos de Flagey regresando de la feria», y «Los Picapedreros». Habiendo sido enviados dichos cuadros al Salón de París de 1850-1851, fueron motivo de escándalo, tildando a su autor de no hacer más que obra horrible, o trivial. Courbet fue despectiva-

mente calificado de «pintor de letreros». Todo ello motivó el que adquiriera celebridad. «¡Grita fuerte y mantente firme!» decíale constantemente el bueno de su abuelo Oudot, entusiasmado por el promovido alboroto. En cuanto al padre del pintor, también apasionado, no hubiera vacilado en vender sus campos y sus viñedos para ayudar en su lucha al joven pintor.

«El Entierro de Ornans», con su cementerio bajo un cielo triste, con una cincuentena de personajes, apiñados ante la abierta fosa, es de un intenso realismo, constituyendo sorprendente galería de retratos, donde las características de los campesinos se evidencian con extraordinario relieve. «El Estañador», «Los afiladores», «La Hilandera» y, sobre todo, «Los Picapedreros», del Museo de Dresde, calificados de «inmundos» por los aristócratas, se cuentan entre las primeras obras pictóricas en las que prepondera un sentimiento justo de lo que es el trabajo, una perfecta comprensión y simpatía para con los trabajadores. No diremos, como decía Proudhon, llevado de su entusiasmo: «Courbet, pintor humanitario, considerando el derecho al trabajo y los derechos del trabajador, ha anunciado con ello el fin del capitalismo y la soberanía de los productores.» Nosotros vemos en él al primer artista que se situó valerosamente del lado del proletariado. Supo ilustrar, de un modo patético, la vida precaria de los trabajadores, como en «Los Picapedreros», la fatalidad de una existencia, la conclusión de una vida de trabajo mal retribuida», como escribió Proudhon. Y sino llegó a mostrar, como le pedía el gran pensador citado, en lo relativo al obrero, «su belleza viril y su dignidad inteligente», por lo menos alcanzó Courbet a enseñar magníficamente el camino de ello.

Después de sus cuadros de carácter social, pintó «Las Señoritas de la Aldea», que provocaron la hilaridad, luego unas corpulentas «Bañistas» desnudas, que motivaron gran escándalo. En la Exposición Universal de 1855, habiendo el jurado rehusado «El Entierro de Ornans» y el célebre «Taller de Pintor», Courbet abrió una exposición particular, situada en una barraca, y en los Campos Eliseos, de París. Una tan audaz iniciativa fue considerada anárquica. El pintor de Ornans respondió con orgullo a sus detractores: «Jamás trataré de vivir del favor de los gobernantes. Es al público a quien me dirijo, el cual, si gusta de ver mis pinturas, sabrá retribuir su placer.» Su exposición tuvo un gran éxito, en particular su «Taller de Pintor», donde él

se halla representado, una mujer de espléndida desnudez junto a él, luego sus amigos: Proudhon, Baudelaire, Champfleury, y un humilde y misero conjunto humano de modelos.

Courbet, considerado desde entonces como iniciador de un estilo en pintura, abrió un taller. Dedicose entonces a pintar motivos de caza, con lo que reveló una gran maestría en reflejar los animales y los paisajes.

En 1863 ofreció su gran composición satírica: «El retorno del Sermón» o «Los curas», que tras de haber hecho un recorrido triunfal por diversas exposiciones, en Inglaterra, fue destruido el cuadro por un fanático. Son también de Courbet unas marinas de excepcional belleza, tales como «Tormenta en el Mar», y «El acantilado de Etretat».

Llegado ya a una reconocida celebridad, el maestro pintor de Ornans supo mantenerse independiente, y rehusó con dignidad la distinción de la Legión de Honor, que le ofrecía Napoleón III. Más aún: fiel a sus ideas federalistas, se sumó valerosamente a la acción revolucionaria del 1870, participando activamente en la Comuna, por cuyo motivo, se le hizo después consejo de guerra. Condenado por haber aconsejado el derribar la Columna Vendome, logró salir de Francia, refugiándose en Tour de Peilz, departamento de Vaud, en Suiza. Agotado por las vicisitudes sufridas, falleció en el destierro el 31 de diciembre de 1877.

Jules Vallés, en un artículo reivindicativo, publicado en el «Reveil», celebró su memoria en términos vehementes: «He ahí como de pintor pasó a ser un miembro de la Comuna, como el bermellón le entró en la sangre, como su sombrero se trocó en gorro de presidiario; simplemente por ser un hombre libre, honesto, tomando el camino de los que sufren, de los pobres. Quien pintó «La Hilandera», «Los Picapedreros», «El Entierro de Ornans», tenía que estar, inevitablemente, en ocasión decisiva, del lado donde está el trabajo, la miseria, el arroyo.»

Las posteridad ha realizado a Courbet, tras lo lamentable de sus días postreros. Su influencia ha llegado a dominar toda la escuela realista francesa; ella ha marcado su ascendiente artístico en talentos tan originales como los correspondientes a Manet, Renoir, Cézane, Whistler y Guillaumin. El Museo del Louvre posee una importante colección de obras del gran artista de Ornans, que, junto con Daumier, representa un firme temperamento revolucionario y un gran artista.

(Trad. Fontaura.)



FILTRO DE IDEAS

CAMUS, EL GRANDE

por M. CELMA

EL día 4 de enero de 1960, a consecuencia de un accidente de la circulación ocurrido cerca de Montereau, moría Albert Camus Sintés. Tenía 47 años.

Pocos días después se presentó en mi domicilio un hombre para solicitarme, en nombre de cierta asociación, un comentario, amplio y lo más completo posible, sobre la obra de Camus.

Por razones diversas, entre las que la envergadura de la tarea no fue la que menos contó, decliné la solicitud. No estaba entonces preparado ni había leído a Camus con la atención que requiere un comentario de la talla que se me pedía. ¿Lo estoy acaso hoy? ¿Quién va a estar preparado para comentar a Camus, cuando éste estudia en su obra a los pensadores más ilustres de todos los tiempos, las civilizaciones que más legado han dejado a la humanidad, desde la de Egipto a la de Grecia, desde la de Roma a la actual? ¿Cómo poder comentar a Camus sin antes estudiar a Barbusse y a Balzac, a Bernanos y a Bakunin, a Beaudelaire y a Bossuet, a Calderón y a Cervantes... y como éstos cien más entre los que citaremos: Cromwell, Chamfort, Claudel, Cicerón, Dostoiewski, Defoe, Epicuro, Espinoza, Esquilo, Escipión, Faulkner, Giraudoux, Goethe, Guillén de Castro, Hugo; y Hemingway, del cual dice, y yo me alegro de ello, que «daría cien Hemingways por un Stendhal, etc. ¿Cómo atreverse con el hombre Camus, que además de participar personalmente en el ajeteo de su época, cual un verdadero «engagé», ha sabido opinar sobre temas tan importantes y tan escabrosos como son el amor, la dictadura, el crimen — en sus diversos aspectos legales y extralegales —, la idea de culpabilidad en el individuo y la parte que a la sociedad corresponde?

Camus — Camus el Grande — no puede, no debe analizarse a la ligera ni fragmentariamente, y en este caso se necesita tiempo, mucho tiempo, para que en el juicio no se peque de muy injusto. Por eso yo, que no he dispuesto más que de unos minutos por día, y no todos los días, para dedicarme a la lectura, he necesitado meses y años y un período de hospitalización antes de poder escribir una palabra sobre Albert Camus. Hoy empiezo, y a decir verdad, a pesar de que lo he hecho con toda mi paciencia y mi fe, no estoy seguro de que lo más esencial de Camus no se me pierda entre los centenares de notas, acotaciones y subrayados que he recogido sobre el particular. Sencillamente, se ne-

cesitaria ser otro Camus para poder hablar de Camus con solvencia. Este aspecto debía señalarse sin tardar para que sirva de disculpa mía ante el lector, que con razón viese en mis comentarios despropósitos — que sin duda no faltarán, aunque muy involuntariamente dichos —, algún olvido significativo, sinrazones, interpretaciones y falsías que pudieran aparecer, pues de todo corazón adelanto que tan sólo puede ocurrir por incapacidad, jamás intencionadamente.

Hay para temblar ante Camus cuando se sabe que éste se mete y penetra en todas las teorías filosóficas, ideas sociales, conceptos de política, corrientes literarias, etc.

Hay que enjuagarse la boca veinte veces antes de lanzar una palabra sobre el hombre que tan concienzuda y contundentemente se ha pronunciado sobre la metafísica y la teología, sobre el concepto Dios como sobre la condición de extranjero, de exilado, en la que vive y se desvive el hombre en nuestra época.

En cuanto a España, bien podemos afirmar que en adelante, patrioterismos aparte, no podrá hablarse nunca de nuestro pueblo sin que se haga mención a Albert Camus, ya que hay que reconocer en Camus el mejor de entre la media docena de hombres que han sabido elevar la voz y defenderlo ante la fuerza bruta de los ejércitos armados y de los políticos de profesión que lo han ultrajado.

Hablar de Camus no es fácil. Nos da a través de su obra toda una colección de siluetas, de almas, que viven y se suceden — para volver a reaparecer infinitamente — en el cerebro y en el corazón del esclavo, en el cerebro y en el corazón del hombre libre, en el cerebro y en el corazón del manso y del rebelde, del humilde y del altanero, del laborioso y del holgazán, del existencialista y del surrealista, del ateo y del creyente, del escritor y del analfabeto, del valiente y del cobarde.

Cada tema que ofrece merece años de estudio y de investigación y aun de esta manera habría que tomar precauciones para que, al explorarlas, sus ideas no quedasen desvirtuadas ni falseadas.

Enamorado de la civilización griega, de la belleza griega, del arte griego, ¿cómo deambular sobre este terreno sin antes leer y estudiar a los pensadores que han sabido reflejar este arte, esa belleza y aquella civilización?

La grandeza de Camus sobrepasa los límites normales de un hombre que como éste, sin riquezas y

sin salud, necesitaba dedicarse cada día, como Machado, a sudar para ganar el pan que comía y pagar el lecho en que yacía, y, sin embargo, su obra es enciclopédica, es universal, es de vanguardia y es de su tiempo. Camus no es historiador. Ya nos referiremos al concepto que le merece la historia para que se comprenda por qué no es historiador. Camus es un enamorado del teatro por lo mucho que mediante este arte se puede educar a la humanidad; y además quiere remozar y reactualizar a los trágicos griegos, inspirarse en ellos para anatematizar a los tiranos de la hora.

Habla de Calígula, y de la Peste, así, con mayúscula, porque en la peste incluye a todos los microbios pestíferos y a todos los hombres que cual monstruosos microbios provocan la muerte y el espanto alrededor suyo, un alrededor sin límites, que llega de confin a confin del planeta, y que incluso va más allá de los horizontes terrestres.

Camus nos criba la creación y separa el grano de la paja; es decir, se las arregla de forma que nos obliga a cada uno a que separemos la parte que nos corresponde. Cuando se refiere a la felicidad es para que sepamos donde está la desdicha humana; cuando nos describe las peripecias de un personaje, como por ejemplo, Paradoux, es para que veamos en él a un tipo de individuos que forman legión en nuestros tiempos; cuando dirige sus tiros al gobierno lo hace para que la idea de gobierno quede sujeta a su justo valor y lugar. Cuando nos dibuja al hombre nos encontramos ante un mosaico de virtudes y defectos, de grandezas y de miserias, de bondadosa alma y de alma cruel, por lo que no puedes por menos que reconocerle a Camus un cerebro privilegiado; un cerebro de ésos que tanto y tan directamente se acercan a dios para ayudarle en su pobreza creadora, para enmendar la página del dios de los cristianos, de cualquier dios, pues que todos han dejado cosas por hacer, cosas mal hechas, y hasta, incluso, cosas hechas con maldad.

Leyendo a Camus nos damos cuenta del papel que juega en los más graves conflictos humanos el corazón duro como la inocencia, la sensualidad como la indiferencia. De la justicia nos ofrece no pocos aspectos capaz cada uno de impedir que los hombres se conviertan en jueces ni aun para los casos más sentenciosamente justos.

A veces las reflexiones nos la da a modo de soliloquios, otras veces por medio de parábolas muy acertadas; otras creando el tipo adecuado para que a través suyo se vea un estado de alma, una reacción consciente, el gesto, la mueca, la acción, los entusiasmos, presos casi siempre del subconsciente.

Del brazo de Dostoiewski unas veces, del de Kierkegaard otras, de sus amigos y vecinos más cercanos las más, nos pasea por el mundo como Dante nos hizo pasear por el infierno.

El bien máspreciado para él es la Libertad, también con mayúscula, pero sus temas más insistentes son: la idea de la muerte, la idea de lo absurdo y la idea del absoluto.

Un mundo pasado y por venir, un mundo que no perece, encontramos en cada palabra de Camus.

Las diferentes formas de calificar una época, ya se llame cartesiana, o pascaliana, nihilista, renacentista, greco-romana o marxista-capitalista, tienen su plaza en la obra de Camus.

El odio como la amistad, el placer como los sufrimientos, la policía como los revolucionarios, el suicidio, el atentado, la mujer y el sexo, el terror como la traición, tantos aspectos de su tiempo y de todos los tiempos que en sus múltiples coloridos se ven en este inmenso laboratorio síquico como es la obra camusiana.

Epoca de violencia desenfundada la suya, a la violencia dedica muchas reflexiones, como las dedica al voluntarismo y al determinismo, a lo mucho que éste tiene del primero como a lo poco que el primero es producto del segundo. La verdad, la verdad y su antípoda la mentira, queda ora bien-trecha ora maltrecha, pero sin género de dudas nunca.

No tiene Camus ideas unilaterales. Respeta a todos, pero solamente con la porción y en la medida que cada uno se merece.

A Calígula o a Franco los enjuicia con espíritu recto y alma serena, pero en tono y con palabras diferentes a las que emplea cuando su vista se fija en los trabajadores, en los pensadores respetuosos, en los seres respetables. Ni Franco ni Calígula son seres humanos en boca de Camus. Naturalmente, el alto concepto del hombre no permite otra cosa.

He ahí, escrito a vuelo de pluma, un pobre e íntimo reflejo de los temas que, abusando, quizás, de las páginas de CENIT — intentaré desmenuzarlos bajo el título «Filtro de Ideas» — Camus el Grande —. Tarea que ya tenía emprendida antes del estúpido accidente que sufrí hace unos meses — aunque gracias a él, dicho sea de paso, he completado y enriquecido con nuevas reflexiones.

Con bastante optimismo, pues, pero con mucha más inquietud, me atrevo a darles publicidad, con la esperanza de que si nuevos imponderables — por ejemplo, otro automóvil que acabe con mis huesos y con mi pluma — no se interponen, al final se habrá obtenido un resultado... pasablemente soportable por los lectores.

Entre vuestra paciencia, vuestra tolerancia y mi atrevimiento habremos rendido un homenaje de honor al gran amigo de España, al gran libertario y gran pensador rebelde que fue Albert Camus Sintés.

Esta es por lo menos mi ilusión y con ella pongo punto final a estas primeras líneas con la promesa de iniciar la crítica en el próximo número de la revista.

BIOGRAFIAS CONFEDERALES

MIGUEL CAMPUZANO

por VÍCTOR GARCÍA

MIGUEL CAMPUZANO solía decirnos que él abrazaba dos sacerdocios: el de la enseñanza y el del periodismo. El primero lo ejerció profusamente allá, en su inolvidable España y, muy efímeramente, en el exilio francés; el segundo en América, a donde fue a parar como tantos otros luchadores del antifascismo español. Esta América, que tenía que ser cabeza de puente provisional y trampolín para un próximo regreso a la piel de toro curtida para la inmensa mayoría del refugiado iluso, se ha ido convirtiendo en la piadosa y última morada de muchos de los nuestros. Después de haber regado con el sudor surcos en la Colonia del Caporal de los Indios en la Antilla dominicana; en Santo Domingo de los Colorados en el Ecuador; en Camatagua de Venezuela; en la Pampa, en la Araucanía, en el Anahuac, en el Altiplano, el refugiado español termina ofreciendo su cuerpo a la tierra, no siempre generosa, de la América Hispana, para que, a cambio de esta última contribución fertilizante, el Nuevo Mundo le permita el descanso postrero y definitivo que en vida tan difícil fuera.

Franco y los que dirigen el mundo han ido de acuerdo en cuanto a la solución del problema del refugiado español. Puesto que se trata de un problema generacional — los hijos de los refugiados no son refugiados, al revés de la otra gran diáspora, la israelita, en la que los descendientes permanecen judíos — ha bastado dejar transcurrir los años para que la muerte vaya eliminando el problema. La solución, cuando la busque el historiador del mañana, podrá deducirla visitando los cementerios del mundo. Todavía es prematuro para ello. Ahora la presencia del refugiado se ubica en el taller, en la fábrica, en la universidad, en el laboratorio, en el campo y ello en no importa qué coordinada geográfica; unos años más y las lápidas permitirán el censo...

«Hubo los refugiados españoles» citarán las generaciones más jóvenes de América. Y la mayoría de las veces lo harán con melancolía. Se acordarán de alguno de «aquellos refugiados» que tanto aportaron para ellos y su país.

Es este recuerdo el que lleva a todo el personal que trabaja en el periódico «La República», de Caracas, a los dos años casi de haber fallecido Campuzano, a desprenderse de un día de salario para unir este dinero y crear la «Biblioteca Miguel Campuzano».

A los cinco años de haberse fundado el periódico éste ya cuenta con una nómina de cinco muertos. Sin embargo hubo unanimidad en la elección del nombre y ello porque Campuzano dejó un vacío no colmado entre los compañeros de trabajo.

El exilio fue para Campuzano la línea divisoria de estos dos sacerdocios que señalábamos antes. El del periodismo, que columbraba con el trofeo de «Premio Nacional del Periodismo» de Venezuela poco antes de morir, lo abraza al pasar a la orilla Poniente del Atlántico; el de la enseñanza lo abraza en España, todavía imberbe.

Hace unos cuatro años, sobre su mesa de trabajo, me señalaba emocionado un periódico que en formato tabloide se edita en Valladolid: «El Norte de Castilla». En él hay una sección titulada «Hace cincuenta años» y en la correspondiente al 30 de junio de 1962 Campuzano había subrayado, emocionado, unas líneas en negrita, tipo 8, que decían: «Hoy ha recibido el título de profesor D. Miguel Campuzano García...»

Cuando todavía no había cumplido 18 años — nació el 29 de septiembre de 1894 en Valladolid — Campuzano recibía el título de Profesor de Primera Enseñanza, Elemental y Superior. Un año más tarde, en 1913, Valladolid amanece, en la calle Santa Cla-

ra, con una escuela más, «La Ilustración». Unos pocos pupitres, la pizarra, varios mapas y algunos cuadros alegóricos forman el mobiliario y hornato de la escuela novel. Los vallisoletanos, mediante circular del 10 de septiembre, pasan a ser sabedores del acontecimiento. La circular la firma el Director de «La Ilustración»: Miguel Campuzano García.

Su mística fue menos poderosa que la hostilidad ambiental. La Iglesia rodeó a Campuzano de un valladar de enconos y finalmente nuestro maestro tuvo que cerrar. En España el decir popular de «Pasar más hambre que un maestro de escuela» tiene una fase aguda y desesperada cuando el maestro de escuela es, además, un rebelde.

Durante diez años estuvo Campuzano deambulando por las casas de enseñanza de la Península. Su rebeldía iba tomando forma porque los ideales republicanos de su padre le parecieron siempre tímidos y para una España oprimida y desangrada por las guerras de Filipinas, Cuba y Marruecos, la solución tenía que ser más drástica. Había que, además de despertar las conciencias infantiles de sus alumnos, ayudar al trabajador que, bien que voluntarioso, arrastraba una secuencia de privaciones culturales las cuales resultaban verdaderos obstáculos para los anhelos ma-

numisores del mismo. Los sindicatos de la Confederación Nacional del Trabajo le ofrecieron mayores oportunidades para su cruzada de enseñanza y, a cambio, Campuzano iba impregnándose, como esponja sedienta, de los ideales libertarios de los que ya no se apartaría más.

1924 fue un año que dejó profunda huella en nuestro hombre. En San Feliu de Guixols, Gerona, se le confía la dirección de la Escuela Racionalista de aquella inquieta localidad. En 1929 ya lo vemos en Valencia, dirigiendo «El Cabañal», otra escuela racionalista. Se convierte en ariete de la enseñanza libertaria junto con ese puñado de maestros que el anarcosindicalismo español, con preocupaciones que se proyectan siempre más allá de la mera reivindicación económica, ha mantenido siempre en sus filas y que tanta labor realizara en el seno de las filas laboriosas que nacían rebeldes pero que sólo la cultura convertía en revolucionarias. El tránsito de Campuzano por los pueblos y ciudades de España pasó a ser preocupación de la monarquía y, paradójicamente, mientras en 1924 la dictadura de Primo de Rivera tolera y autoriza la Escuela Racionalista de San Feliu de Guixols, en 1929 la dictablanda de Berenguer detiene a nuestro maestro y lo encarcela por «Anarquista peligroso».

Salido de la cárcel, la Unión Patriótica le ofrece la dirección de una escuela mantenida por el partido pero Campuzano ya se siente completamente ligado a los ideales ácratas y prefiere declinar la oferta. Su seguridad personal sigue inquietante y se va a Francia bien que regresa en breve porque sin niños a quienes enseñar es como agonizar lentamente. En 1930 ya lo vemos ejerciendo de nuevo su sacerdocio en Arcos de Jalón. Con el advenimiento de la República un nuevo cambio ocurre: En Mataró, donde existe una fuerte organización confederal, se le reclama para estar al frente de la «Escuela-Ateneo» y allí permanece hasta el fin de la guerra. La «Escuela-Ateneo» — los historiadores de la Revolución Española, inclusive los más abnegados a la causa

progresista, se han empeñado en minimizar u orillar esta fase tan interesante de la enseñanza patrocinada por los medios obreros que sufragaban gustosos grupos escolares todo y faltando lo imprescindible en sus hogares — era la experiencia cimera de nuestro vallisoletano y sería, salvo unos efímeros días pedagógicos en Francia, la última en el primero de sus sacerdocios. Dividida en tres grupos escolares y teniendo un cuadro de once profesores, la «Escuela-Ateneo» de Mataró pasaba a ser, en aquel lejano año de 1931, un complejo de enseñanza como pocos tenía España incluyendo las escuelas del Estado.

El desenlace de la Guerra de España nos convirtió a todos en perdedores. Campuzano perdía, irremisiblemente, sus almárgos de futuros anarquistas. Se sumó a las largas hileras de acosados que franqueaban las abras y lugares de acceso que por los Pirineos conducían a Francia. Niños desperdigados le hicieron comprender que su misión era permanecer a su lado y durante algunos meses lo vemos en Banyuls sur Mer, al alcance de la mano de la Cataluña que se había convertido en su tierra de adopción, donde el gobierno de la República acondicionó una colonia escolar. Julio Just en visita oficial y en representación del gobierno republicano no pudo por menos que felicitar a Campuzano por la labor que estaba llevando en la colonia, felicitación que fuera ratificada desde París, al regresar Just a la ciudad del Sena, mediante carta que Campuzano guardara celosamente durante muchos años.

En el mes de mayo de 1940, a bordo del destartado «La Salle», Campuzano y los suyos embarcan con rumbo hacia Santo Domingo. Abandonaba Europa y su España para siempre, bien que él creía, como la totalidad de los refugiados que siguieron su camino, que se trataba de una ausencia provisional. Abandonaba su suelo y su sacerdocio. En el Nuevo Mundo se iba a dedicar a una nueva vida, a un nuevo sacerdocio. Pero no de inmediato, desgraciadamente.

Trujillo abría su isla a los re-

fugiados. Una mano de obra preparada y hombres formados para toda clase de profesiones se le ofrecían sin condiciones de ninguna clase y, lo que era preferible para sus designios, sin protección consular alguna. Jesús de Galindez y muchos más pagaron caro este desamparo.

Campuzano estuvo a punto de pagar moneda alta también.

Los refugiados eran diseminados por toda la isla dominicana y hoy son célebres los lugares transitados por ellos: San Juan de la Maguana, El Corral de los Indios, Pedro Sánchez... Lugares todos ellos extraviados de la topografía insular y sin condiciones para recibir a nadie. Trujillo pensaba que con las manos desnudas los españoles iban a secar ciénagas, nivelar otros, fertilizar desiertos y descuidaba el detalle primordial de que los llegados todavía no habían secobrado el hábito librado en la tan desigual contienda de España. Pensar en jornadas suplementarias por parte de los organismos exhaustos que acababan de llegar era un contrasentido. Pero en el español lo imposible se cultiva y eran muchos los dominicanos que llegaron a asombrarse frente a los esfuerzos de un músculo que ya se creía incapaz de dar más de sí. En la memoria de todos perdura la imagen de aquel vergel que ideara Gregorio Jover allí donde nadie lograba más que tierra calva. Otros Jover hubieron y, bien que en minoría, dejaron sentado el concepto que Abella, otro refugiado que se levantó a pulso en la Dominicana, se atribuía para él y sus regionales: «Els catalans, de les pedres en fan pans».

Para todos, poco a poco, la isla resultó ingrata; no los isleños ya que no hay refugiado que no catalogue a los dominicanos como a los más buenos y hospitalarios americanos que le han salido al encuentro. Desde México, Chile, Venezuela y otros países de Indamérica, empezaron a tenderse puentes en una sola dirección: dando siempre la espalda a Santo Domingo.

Un Paludismo pernicioso casi acaba con Campuzano. Llevado a Ciudad Trujillo, el hospital no puede dar cabida a tanto enfermo

y Campuzano se aferra a la vida contra una dolencia que deja en vida a uno de cada mil. Los vómitos de sangre acaban con el enfermo y Campuzano decide engullir la sangre que acude hacia la boca para desamparar su cuerpo. No basta, Villegas, otro refugiado, da la suya y nuestro hombre logra salvarse.

Restablecido, decide, finalmente, ir a Venezuela donde desembarca en 1943 cuando en el país existía un clima de cierta tolerancia bajo la presidencia del general Medina Angarita.

Al poco tiempo logra ingresar en la redacción de «El País», periódico portavoz de Acción Democrática que, en aquel entonces, abrazaba ideas socializantes de parecido marchamo a las divulgadas por el APRA de Haya de la Torre en el Perú y el Partido de Liberación Nacional de José Figueres en Costa Rica. Tímidamente comienza a presentar sus cuartillas a Rómulo Betancourt, director del diario en aquel entonces, firmándolas como «Modesto Educador». No podía desprenderse, no quería, de su bagaje de maestro. En alguna parte tenía que continuar reivindicando su amada profesión, fuera ello solo en el seudónimo que abrazaba.

Sus primeros artículos, además, versan sobre educación. Se maravilla de los grandes, modernos y luminosos locales que se habilitan para escuelas en América: «Hoy los edificios que se destinan para Escuelas (lo pone con mayúscula para darle más valor) reúnen todas aquellas condiciones que la moderna pedagogía con claridad meridiana dice que deben reunir, pues la escuela de hoy no es la tortura espiritual, ni física a que estaban sometidos durante horas los tiernos infantes.» («El País» 11 feb. 1954). Machaca su concepto de que puede ser el padre el mejor de los maestros. Concepto que ya vemos en «Albada», un modesto boletín que aparecía, bilingüe, en Mataró: «Si el niño hubiera sido educado, de haber podido ser, por los padres...», «pero no solamente debe ser a los maestros que esté encomendada esta espinosa labor, sino a los padres...» («Albada», Ma-

taró agosto de 1934) y que de nuevo esgrime en «El País»: «La mayoría de los padres creen que ya han cumplido con sus deberes como tales, enviando a sus hijos a la escuela...», «Acerquemos la escuela al hogar hasta fundirlos en un solo crisol...»

Pronto, sin embargo, orillase el «Modesto Educador» y aparece Campuzano para reivindicar el «presente» como antifascista de todos los días: «Sigo siendo el luchador antifascista de siempre. Sigo siendo, y cada día con mayor firmeza, el que siempre fui. Los sinsabores y vicisitudes han templado mi ánimo de tal manera que no me ha llegado la hora de las vacilaciones ni de la apostasía...» («El País», 26 de nov. 1944).

A lo largo de sus trabajos apreciados en «El País», donde ejercía la jefatura de cables porque se le estimaba como muy avezado en la cuestión internacional, se puede seguir una trayectoria inequívoca y siempre encarando el norte nitido de la lealtad y la consecuencia. Era el prototipo español tal cual lo reivindica Quedo: «Al español más lo constituye en serlo la lealtad que la patria; de tal forma que deja de ser español quien deja de ser leal.» Campuzano era amigo hasta el límite y pobre del que tocaba al amigo. Silvio Santiago, un gallego confederal emprendedor, fue blanco de un anónimo de «El Herald», un periódico amarillista en busca siempre del sensacionalismo. Desde las columnas de «El País», cuando Silvio Santiago empezaba a sufrir de cierta soledad como consecuencia de los repetidos ataques amamantados, con toda seguridad, desde la Embajada de España, Campuzano lanzó su contraataque arriesgando lo que fuera, en aras al amigo difamado y emplazando al anónimo de «El Herald» a dilucidar sus acusaciones. («El País» 1 diciembre 1944). «El Herald» no volvió a reincidir.

Su paso por «El País» fue decisivo. Llegó a formar conciencias sin llegar, ya sería pedir demasiado, a formar anarquistas. Dejó una estela de amistades que, más tarde, descollarían en la política y en la literatura de Venezuela.

Rómulo Betancourt lo consideraba amigo suyo, lo mismo Leoni, el actual presidente del país. No ocultaba, por comprometedor que fuera la situación — cuando el decenio de Pérez Jiménez — su fe libertaria. América era una prolongación de la lucha antifranquista y, como escribiera José Ángel Ciliberto en nota necrológica para Campuzano, éste «era, para aquellos momentos, el arquetipo del español venido a América en busca de refugio y trincheras para seguir peleando contra las agresivas arremetidas victoriosas — 1943-44 — del fascismo.» («El Mundo», 26 septiembre de 1964).

Todos sabían que Campuzano era anarquista. El lo gritaba desafiante, y porque era un ejemplo de hidalguía, lealtad y valor se le respetaba y se respetaba su ideal. «Un ideal — según dijera Francisco J. Avila, presidente de la Asociación Venezolana de Periodistas con motivo de la inauguración de la Biblioteca Miguel Campuzano — que cada día nos parece menos ilusorio y utópico. El pensamiento de Campuzano, según el cual los obreros tomarán a su cargo la producción y los destinos de los países, en un ámbito supremo de libertad, nos parece cada día más próximo.»

Nadie ignoraba el acratismo de Campuzano y el mérito suyo ha sido el de saber hacer respetar un ideal demasiado manoseado en la acepción negativa de caos. Muchos han sido los anarquistas españoles que no han ocultado, ni en medio de la mayor hostilidad, sus pensares y sus sentires. Sin embargo pocos han sido los que en el exilio lograran calar tan hondo en el ánimo de las gentes que conviven y trabajan con uno. Cuando Campuzano arribó a Caracas su llegada coincidió con la fundación de «El País» y allí se estrenaron periodistas que con el tiempo harían cotizar su nombre. Muchos de ellos son deudores a Campuzano y los hay que todavía lo reconocen.

Hombres como Campuzano, Pi i Sunyer, Mira López, Pujol, Grau, Asúa, Américo Castro, Sánchez Albornoz, etc. todos ellos integrantes de la España Peregrina, han ganado más votos que

todas las promesas, incumplidas, del franquismo en favor de América. La España que se desea en toda Indoamérica es la antifranquista, la de la libertad. La España donde, al decir de Ciliberto, Campuzano «modeló mentes y corazones infantiles para las buenas cosas. De la España — no menos idealista — que el pretendió modelar con el cincel de las ideas de Kropotkin, Proudhon y Durruti. Porque Miguel Campuzano, a fuer de idealista puro, creía con pasión de carbonario en que la acracia es la mejor y la más democrática forma de convivir los hombres en sociedad. Y por esto no admitía sino la fuerte pero inasible autoridad del espíritu y de la inteligencia; el señorío de la bondad bien entendida y mejor encaminada.» («El Mundo», 26 sep. 1964).

Como José Angel Ciliberto, que ha llegado a saber de los ideales anarquistas — sin que quiera ello decir que los abraza — a través de la «pasión de carbonario» de Campuzano, encontraremos muchos en Caracas. Frente a la acepción arbitraria, siempre mayoritaria, de la anarquía como sinónimo de caos existe, en Venezuela, como en todas partes, la acepción veraz; en la difusión de esta última Campuzano ha participado como pocos.

Cuando los militares llevaron a cabo su golpe de Estado, en 1948, que derrocará el gobierno de Rómulo Gallegos, «El País» vio sus puertas cerradas. Campuzano pasó a trabajar en «Últimas Noticias», otro periódico caraqueño que absorbió, como los demás, a la mayoría del personal de «El País». Durante diez años Venezuela vivió sojuzgada a la bota pretoriana de Pérez Jiménez. La clandestinidad acción-democrática conoció en esos días del valor de Campuzano quien, por la amistad que sentía por algunos miembros del partido de Betancourt, se ofreció para varias misiones delicadas y peligrosas.

En «Últimas Noticias», propiedad de una familia que posee una cadena de periódicos y ha sabido sobrevivir muy holgadamente a todos los avatares políticos de Venezuela, duró hasta poco antes del derrocamiento del Pérezjime-

nismo. Capriles, la referida familia, acabó por despedirlo cuando su capacidad profesional llegó a pesar menos que su continua crítica demoleadora de los procedimientos deshonestos de «La Cadena», que es así como es conocida la familia de los Capriles en Caracas.

Restablecido de nuevo el régimen de relativa libertad que siguió al derrocamiento de la dictadura de Pérez Jiménez, el 23 de enero de 1958, participó en la fundación de «La República» donde la muerte lo hallara, ya con 70 años al borde de ser cumplidos, el 24 de septiembre de 1964.

Con anterioridad, en 1963, el Ministerio de Educación le concedía el «Premio Nacional de Periodismo». Hay en ello cierta ironía. El ministerio dedicado a la primera de sus dos grandes profesiones, la de la enseñanza, lo descuida en este aspecto para coronarlo con el mayor de los galardones por sus méritos periodistas.

No hubo descanso en la vida de Campuzano, ni lo buscó jamás. Huyó los honores, el premio que le concedieran como periodista, unos 300 dólares, no le duró dos días. Armonía, su compañera, pudo ser operada de inmediato y el saldo lo ofreció Campuzano en un brindis para sus compañeros de trabajo.

Era de los que no contornean obstáculos, prefería probar su fuerza de frente. Su ateísmo lo había heredado de su padre y lo fortaleció en los medios ácratas. «Tres veces le he ganado la batalla a la Iglesia», me decía en cierta ocasión. La primera de ellas en Arcos de Jalón; Un obreiro confederal sufrió un accidente mortal y el cura de pueblo se propuso, naturalmente, darle sepultura religiosa. Campuzano, revestido de la autoridad de maestro, tan respetada en los villorrios, logró presionar lo suficiente frente al juez del lugar para que se respetaran los sentimientos del muerto, hartos conocidos en Arcos de Jalón. En otra oportunidad ocurrió lo mismo con un amigo suyo, sastre y librepensador; Campuzano repitió su «Vadeto Eccléscia» y su amigo fue sin cruz ni cura a la fosa. La tercera de las batallas ganadas fue

con motivo de la muerte de su hermana.

Esta tenacidad en todo lo que abrazaba era un rasgo característico de Campuzano. Los años lo habían deshidratado, empequeñecido físicamente. Parecía un ser de dos dimensiones. Su voz, en cambio, era recia y segura. Esta seguridad que adquiere el español de la meseta, de la Castilla, donde el castellano entra en la leche materna, el cierzo y el sol, desde que el hombre asoma al mundo, sin lenguas intermedias como en Galicia, Vasconia, Cataluña, Valencia, Baleares o sin deformaciones. Era agresiva su voz, para orillar ambigüedades o promesas «sine die». Sus discusiones descartaban las concesiones al adversario. O le daba toda la razón — ¡Cuán pocas veces! — o se la quedaba toda. Nada de cambalaches: — «Tú una parte y yo la otra» — sino el todo. Era un sibarita de la poética, y un egoísta. Paradójicamente, Campuzano era un hombre muy altruista. No necesitaba, como Benjamín Franklin, revisar mentalmente, al final de la jornada, si entre lo realizado durante el día había una buena acción. Sobradamente figuraban éstas.

Preparado para la vida supo estarlo para la muerte. Fue el encargado de darnos ánimos cuando el desenlace era irremediable. Le tenía tanto amor a la vida que no quiso ensombrecerla ni en los últimos instantes. La vivió totalmente, sin queja ni llanto.

Víctor GARCÍA

En 1926 «La Revista Blanca» le publicó a Campuzano, correspondiendo al n° 65 de «La Novela Ideal», una obra que tituló «Armonía». El argumento es sencillo y gira sobre un personaje central, Armonía, a través del cual Campuzano exterioriza sus conceptos sobre la guerra (pág. 4) el estado deplorable de España (p. 5), la escuela racionalista (p. 6), el amor (p. 10 y 21), la mujer (p. 11), la cárcel (p. 16), la barrera generacional (p. 23), un proyecto de vivienda comunitario (p. 23), las madres (28), la maternidad y

(Pasa a la página 4850.)

La voz de Juan de Mairena

por EUGEN RELGIS

Aunque parezca mentira.

La verdad es la verdad, dígala Agamenón o su porquero.

Agamenón. — Conforme.

El porquero. — No me convencé.

Poesía directa.

— Señor Pérez, salgo usted a la pizarra y escriba: «Los eventos consuetudinarios que acontecen en la rúa.

El alumno escribe lo que se le dicta.

— Vaya usted poniendo eso en lenguaje poético.

El alumno, después de meditar, escribe: «Lo que pasa en la calle».

Mairena. — No está mal.

La verdad de la blasfemia.

La blasfemia forma parte de la religión popular. Desconfiad de un pueblo donde no se blasfema: lo popular es el ateísmo. Prohibir la blasfemia con leyes punitivas, más o menos severas, es envenenar el corazón del pueblo, obligándole a ser insurrecto en su diálogo con la divinidad. Dios, que lee en los corazones, se dejará engañar? Antes perdona. El — no lo dudéis — la blasfemia proferida, que aquella otra hipócritamente guardada en el fondo del alma, o, más hipócritamente todavía, trocada en oración.

Mas no todo es folklore en la blasfemia, que decía mi maestro Abel Martín. En una Facultad de Teología bien organizada es imprescindible — para los estudios del doctorado, naturalmente — una cátedra de Blasfemia, desempeñada, si fuera posible, por el mismo Demonio.

Plaza al Demonio.

— Continúe usted, señor Rodríguez, desarrollando el tema.

— En una república cristiana — habla Rodríguez, en el ejercicio de oratoria — democrática y liberal conviene otorgar al Demonio carta de naturaleza y de ciudadanía, obligarle a vivir dentro de la ley, prescribirle deberes a cambio de concederle derechos, sobre todo el específicamente demoníaco: el

derecho a la emisión del pensamiento. Que como tal Demonio nos hable, que ponga cátedra, señores. No os asustéis. El Demonio, a última hora, no tiene razón; pero tiene razones. Hay que escucharlas todas.

Política de rebote.

En España — no lo olvidemos — la acción política de tendencia progresiva suele ser débil, porque carece de originalidad; es puro mimetismo que no pasa de simple excitante de la reacción. Se diría que sólo el resorte reaccionario funciona en nuestra máquina social con alguna precisión y energía. Los políticos que pretenden gobernar hacia el porvenir deben tener en cuenta la reacción de fondo que sigue en España a todo avance de superficie. Nuestros políticos llamados de izquierda, un tanto frívolos — digámoslo de pasada —, rara vez calculan, cuando disparan sus fusiles de retórica futurista, el retroceso de las culatas, aunque parezca extraño, más violento que el tiro.

¿Fracaso?

Se habla del fracaso de los intelectuales en política. Yo no he creído nunca en él. Se le confunde con el fracaso de ciertos virtuosos de la inteligencia, hombres de algún ingenio literario o de alguna habilidad añeja a la literatura y a la conversación — médicos, retóricos, fonetistas, ventrílocuos —, que no siempre son los más inteligentes.

Silbido simbólico.

El español suele ser un buen hombre, generalmente inclinado a la piedad. Las prácticas crueles — a pesar de nuestra afición a los toros — no tendrán nunca buena opinión en España. En cambio, nos falta respeto, simpatía, y, sobre todo, complacencia con el éxito ajeno. Si véis que un torero ejecuta en el ruedo una faena impecable y que la plaza entera bate palmas estrepitosamente, aguardad un poco. Cuando el silencio se haya restablecido, veréis, indefectiblemente, un hombre que se levanta, se lleva los dedos a la boca, y silba con toda la fuerza de sus pulmones. No creáis que ese hombre silba al torero — probablemente lo aplaudió también —: silba al aplauso.

Derechos de la mujer.

Donde la mujer suele estar, como en España — decía Juan de Mairena — en su puesto, es decir, en su casa, cerca del fogón y consagrada al cuidado de sus hijos, es ella la que casi siempre domina, hasta imprimir el sello de su voluntad a la sociedad entera. El verdadero problema es allí el de la emancipación de los varones, sometidos a un régimen maternal demasiado rígido. La mujer perfectamente abacia en la vida pública, es voz cantante y voto decisivo en todo lo demás. Si unos cuantos viragos del sufragismo, que no hacen falta en ningún país, consiguiesen en España de la frivolidad masculina la concesión del voto a la mujer, las mujeres propiamente dichas votarían contra el voto; quiero decir que enterrarían en las urnas el régimen político que, imprudentemente, les concedió un derecho a que ellas no aspiraban. Esto sería lo inmediato. Sí, más tarde, observásemos que la mujer deseaba, en efecto, intervenir en la vida política, y que pedía el voto, sabiendo lo que pedía, entonces podríamos asegurar que el matriarcado español comenzó a perder su fuerza y que el varón tiraba de la mujer más que la mujer del varón. Esto sería entre nosotros profundamente revolucionario. Pero es peligro demasiado remoto para que pueda todavía preocuparnos.

La patria que unos venden y otros compran.

La patria. — decía Juan Mairena —, es, en España, un sentimiento esencialmente popular, del cual suelen jactarse los señoritos. En los trances más duros, los señoritos la invocan y la venden; el pueblo la compra con su sangre y no la mienta siquiera. Si algún díauviéreis que tomar parte en una lucha de clases, no vaciléis en poner os del lado del pueblo, que es el lado de España, aunque las banderas populares ostenten los lemas más abstractos. Si el pueblo canta la «Marsellesa», la canta en español; si algún día grita: «¡Viva Rusia!», pensad que la Rusia de ese grito del pueblo, si es en guerra civil, puede ser mucho más española que la España de sus adversarios.

España inconfundible.

En España — habla Juan Mairena a sus alumnos —, este ancho promontorio de Europa, han de reñirse todavía batallas muy importantes para el mundo occidental. Cuando penséis en España, no olvidéis ni su historia ni su tradición; pero no creáis que la esencia española os la puede revelar el pasado. Esto es lo que suelen ignorar los historiadores. Un pueblo es siempre una empresa futura, un arco tendido hasta el mañana. El que este mañana nos sea desconocido no invalida la necesidad de su previo conocimiento para explicarnos todo lo demás. De modo que la verdadera historia de un pueblo no la encontraréis casi nunca en lo que de él se ha escrito. El hombre lleva a la historia — cuando la lleva — dentro de sí; ella se le revela como deseos y esperanza, como temor, a veces, mas

siempre complicada con el futuro. Un pueblo es una muchedumbre de hombres que temen, desean y esperan aproximadamente las mismas cosas. Sin conocer alguna de ellas, no haréis nada, en historia que merezca leerse.

No olvidéis, sin embargo, que, desde otro punto de vista, el hombre, futurista incurable, es el único animal tradicionalista, y que el pasado adquiere para él un extraño prestigio. Reparad — aunque sólo sea de paso — en que es el hombre entre los primates, el único animal capaz de preocuparse más de sus mayores que de sus pequeños y, por descontado el único animal que venera a sus abuelos. Reparad también en que la memoria humana es tan extensa y vigorosa, que por ella, sobre todo, aventaja el hombre a las otras alimañas de su grupo zoológico. Justamente enorgullecido de su memoria, llega el hombre a pensar que es, precisamente, lo pasado aquello que no pasa, porque los hechos cósmicos, cualquiera que sea su naturaleza, quedan solidificados e inmutables en el fluir de nuestra conciencia, al pasar de la percepción al recuerdo. Tal es uno de los milagros que atribuye el hombre a su intervención en el universo.

Las naciones y sus abogados.

Algún día — habla Mairena en el café — se reunirán las grandes naciones para asegurar la paz en el mundo. ¿Lo conseguirán? Eso es otra cuestión. Lo indudable es que el prestigio de esa Sociedad no puede nunca menoscabarse. Si surge un conflicto entre dos pequeñas naciones, las grandes aconsejarán la paz paternalmente. Si las pequeñas se empeñan en pelear, allá ellas. Las grandes se dirán: no es cosa de que vayamos a enredarla convirtiendo una guerra insignificante entre pigmeos en otra guerra en que intervienen los titanes. Ya que no la paz absoluta la Sociedad de las Naciones conseguirá un minimum de guerra. Y su prestigio queda a salvo. Si surge un conflicto entre grandes potencias, lo más probable es que la Sociedad de Naciones deje de existir, y mal puede fracasar una Sociedad no existente.

— Y en el caso, amigo Mairena, de que surja el conflicto porque una gran nación quiera comerse a otra pequeña, ¿qué hacen entonces las grandes naciones asociadas?

— Salirle al paso para impedirlo, querido don Cosme.

— ¿Y si la gran nación insiste en comerse a la pequeña?

— Entonces las grandes naciones le ordenarán que se la coma, pero en nombre de todas. Y siempre quedará a salvo el prestigio de la Sociedad de las Naciones.

La sabiduría de nuestro pueblo.

Juan de Mairena había pensado fundar en su tierra una Escuela Popular de Sabiduría. Renunció a este propósito cuando murió su maestro, a quien él destinaba la cátedra de Poética y Metafísica. El se reservaba la cátedra de Sofística.

— Es lástima — decía — que sean siempre los mejores propósitos aquéllos que se malogren mientras que prosperan las ideicas de los tontos, arbitristas y revolvedores de la peor especie. Tenemos un pueblo maravillosamente dotado para la sabiduría; en el mejor sentido de la palabra: un pueblo a quien no acaba de entontecer una clase media, entontecida a su vez por la indigencia científica de nuestras Universidades y por el pragmatismo eclesiástico, enemigo siempre de las altas actividades del espíritu. Nos empeñamos en que este pueblo aprenda a leer, sin decirle para qué y sin reparar en que él sabe muy bien lo poco que nosotros leemos. Pensamos, además, que ha de agradecernos esas escuelas prácticas donde puede aprender la manera más científica y económica de serrar un tablón. Y creemos inocentemente que se reía en nuestras barbas si le hablásemos de Platón. Grave error. De Platón no se ríen más que los señoritos, en el mal sentido — si alguno hay bueno — de la palabra.

En Andalucía quizá.

Esta Escuela tendría éxito en España, a condición — claro está — de que hubiese maestros capaces de mantenerla, y muy especialmente en la región andaluza, donde el hombre no se ha degradado todavía por el culto perverso al trabajo, quiero decir por el afán de adquirir, a cambio de la fatiga muscular, dinero para comprar placeres y satisfacciones materiales.

Es natural — permitidme una pequeña digresión — que el hombre de la Europa septentrional, originariamente cargador o extractor de masas pesadas, talador de selvas, etc.; obligado en suma, a un esfuerzo brutal en un clima duro, busque su emancipación por la máquina, mientras que el hombre de la cultura meridional originariamente esclavista y negrero, busque el ocio *sine qua non* de una vida noble por la vía ascética, reduciendo a un mínimo sus apetencias más o menos bestiales.

De todos modos — decía mi maestro —, una sana concepción del trabajo será siempre la de la actividad marginal de carácter más o menos cinético, a la vera y al servicio de las actividades específicamente humanas: atención, reflexión, especulación, contemplación admirativa, etcétera, que son actividades esencialmente quietistas o, dicho más modestamente, sedentarias. Pero dejemos a un lado mi maestro y sus teorías, ya rancias, sobre el *homo sapiens* frente al *homo faber*, y aquella más fantástica suya sobre un *homúnculus móvili*, que se convierte en mero proyectil, perdiendo de paso su calidad de semoviente. Y volvamos a la Escuela de Sabiduría.

La religión de los granujas.

Las religiones históricas — habla Mairena a sus alumnos —, que se dicen reveladas, nada tendrían que temer de nuestra Escuela de Sabiduría; porque nosotros no combatiríamos ninguna creencia, sino que nos limitaríamos a buscar las nuestras. Nosot

ros sólo combatimos, y no siempre de un modo directo, las creencias falsas, es decir, las incredulidades que se disfrazan de creencias. Usted puede, señor Martínez...

— Presente.

— Creer en el infierno hasta achicharrarse en él anticipadamente; pero de ningún modo aconsejar a su prójimo esa creencia, sin una previa y decidida participación de usted en ella. No sé si comprende usted bien lo que le digo. Nosotros militamos contra una sola religión, que juzgamos irreligiosa: la mansa y perversa que tiene encallado a todo el occidente. Llamémosle pragmatismo, para darle el nombre elegido por los anglosajones del Nuevo Continente, que, todavía ponen el mingo en el mundo, para bautizar una ingeniosa filosofía o, si os place, una ingeniosa carencia de filosofía. La palabra pragmatismo viene un poco estrecha a nuestro concepto, porque nosotros aludimos con ella a la religión natural de casi todos los granujas, sin distinción de continentes. Quisiéramos nosotros contribuir, en la medida de nuestras fuerzas, a limpiar el mundo de hipocresía, de *cant* inglés, etc.

Sólo cinismo.

Es cierto — decía proféticamente mi maestro — que se avecinan guerras terribles, revoluciones cruentísimas, entre cuyas pausas más hondas pudiéramos señalar, acaso, la discordancia entre la acción y sus postulados ideales, y una gran pugna entre la elementalidad y la cultura que anegue el mundo en una ingente ola de cinismo. Estamos abocados a una catástrofe moral de proporciones gigantescas, en la cual sólo queden en pie las virtudes cínicas. Los políticos tendrán que aferrarse a ellas y gobernar con ellas. Nuestra misión es adelantarnos por la inteligencia a devolver su dignidad de hombre al animal humano.

Las élites.

En cuanto al concepto de *élite* o *minoría selecta* tendríamos mucho que decir con relación a nuestra Escuela de Sabiduría, porque él nos plantea problemas muy difíciles, cuando no insolubles. Estos problemas pasarían, acaso intactos, de la clase de Sofística a la de Metafísica. Sólo he de anticiparos que yo no creo en la posibilidad de una suma de valores cualitativos, porque ella implica una previa homogeneización que supone, a su vez, una descualificación de estos mismos valores. Nosotros necesitamos, para esta Escuela, un hombre extraordinario, o si queréis, varios hombres extraordinarios, pero capaces, cada uno de ellos, de levantar en vilo por su propio esfuerzo, el fardo de la sabiduría. ¿El fardo de su propia sabiduría? Claro. No hay más sabiduría que la propia. Y como para nosotros no existiría la división del trabajo, porque nosotros empezamos por no trabajar o, en último caso, por no aceptar trabajo que fuere divisible, el grupo de sabios especializados en las más difíciles disciplinas científicas, ni vendría a nuestra Escuela ni, mucho menos, saldría de ella. Nosotros no ha-

briamos de negar nuestro respeto ni nuestra veneración a este grupo de sabios, pero de ningún modo les concederíamos mayor importancia que al hombre ingenuo, capaz de plantearse espontáneamente los problemas más esenciales.

El intelectual.

¿Intelectuales? ¿Por qué no? Pero nunca virtuosos de la inteligencia. La inteligencia ha de servir siempre para algo, aplicarse a algo, aprovechar a alguien. Si averiguásemos que la inteligencia no servía para nada, mucho menos entonces la exhibiríamos en ejercicios supérfluos, deportivos, puramente gimnásticos. Que exista una gimnástica intelectual que fortalezca y agilite intelectualmente a quien la ejecuta, es muy posible. Pero sería para nosotros una actividad privada, de puro utilitaria y egoísta, como el comer o purgarse, lavarse o vestirse, nunca para exhibirla en público. La gimnástica, como espectáculo, tiene entoncete a medio mundo y acabará por entontecer al otro medio.

El pensador y el político.

Las cabezas que embisten, cabezas de choque, en la batalla política pueden ser útiles, a condición de que no actúen por iniciativa propia; porque en este caso peligran las cabezas que piensan, que son las más necesarias. En política como en todo lo demás.

Al hombre público, muy especialmente al político, hay que exigirle que posea las virtudes públicas, todas las cuales se resumen en una: **fidelidad a la propia máscara**. Decía mi maestro Abel Martín — habla Mairena a sus discípulos de Sofística — que un hombre público que queda mal en público es mucho peor que una mujer pública que no queda bien en privado. Bromas aparte — añadía —, reparad en que no hay lío político que no sea un trueque, una confusión de máscaras, un mal ensayo de comedia, en que nadie sabe su papel.

Procurad, sin embargo, los que vais para políticos, que vuestra máscara sea, en lo posible, obra vuestra; hacéosla vosotros mismos, para evitar que os la pongan — que os la **impongan** — vuestros enemigos o vuestros correligionarios; y no la hagáis tan rígida, tan imperiosa e impermeable que os sofoque el rostro, porque más tarde o más temprano, hay que dar la cara.

Con naturalidad.

Huid de escenarios, púlpitos, plataformas y pedestales. Nunca perdáis contacto con el suelo; porque sólo así tendréis una idea aproximada de vuestra estatura.

Soldado desconocido.

Nunca debéis incurrir en esa monstruosa ironía del homenaje al soldado desconocido, a ese pobre héroe anónimo por definición, muerto en el campo

de batalla, y que por si milagro levantara la cabeza para decirnos: «Yo me llamaba Pérez», tendríamos que enterrarle otra vez, gritándole: «Torna a la huesa, ¡oh, Pérez infeliz!, porque nada de esto va contigo».

Pensar todo.

Sed originales; yo os lo aconsejo; casi me atrevería a ordenároslo. Para ello — claro es — tenéis que renunciar al aplauso de los snobs y de los fanáticos de la novedad; porque éstos creerán siempre haber leído algo de lo que vosotros pensáis, y aun pensarán, además, que vosotros lo habíais leído también, aunque en ediciones profanadas ya por el vulgo, y que, en último término, no lo habéis comprendido tan bien como ellos. A vosotros no os importa pensar lo que habéis leído ochenta veces y oído quinientas, porque no es lo mismo pensar que haber leído.

La poesía que sea algo

No hay mejor definición de la poesía que ésta: «poesía es algo de lo que hacen los poetas». Que sea este algo no debéis preuntarlo al poeta. Porque no será nunca el poeta quien os conteste.

¿Se lo preguntaréis a los profesores de Literatura? Nosotros sí os contestaremos, porque para eso estamos. Es nuestra obligación. «Poesía, señores, será el residuo obtenido después de una delicada operación crítica, que consiste en eliminar de cuanto se vende por poesía todo lo que no lo es». La operación es difícil de realizar. Porque para eliminar de cuanto se vende por poesía la ganga o escoria antipoética que lo acompaña, habría que saber lo que no es poesía, y para ello saber, anticipadamente, lo que es poesía. Si lo supiéramos, señores, la experiencia sería un tanto supérflua, que no exenta de amenidad. Mas la verdad es que no lo sabemos, y que la experiencia parece irrealizable.

¿Se lo preguntaremos a los filósofos? Ellos nos contestarán que nuestra pregunta es demasiado ingénua y que, en último término, no se creen en la obligación de contestarla. Ellos no se han preguntado nunca qué sea la poesía, sino qué es algo que sea algo, y si es posible saber algo de algo, o si habremos de contentarnos con no saber nada que merezca saberse.

Hemos de hablar modestamente de la poesía, sin pretender definirla, ni mucho menos obtenerla por vía experimental químicamente pura.

La buena letra

Huid del preciosismo literario, que es el mayor enemigo de la originalidad. Pensad que escribís en una lengua madura, repleta de **folklore**, de saber popular, y que ese fue el barro santo de donde sacó Cervantes la creación literaria más original de todos los tiempos. No olvidéis, sin embargo, que el «preciosismo», que persigue una originalidad frívola y de pura costra, pudiera tener razón contra vosotros, cuando no cumplís el deber primordial de

poner en la materia que labráis el doble cuño de vuestra inteligencia y de vuestro corazón. Y tendrá más razón todavía si os zambullís en la barbarie casticista, que pretende hacer algo por la mera renuncia a la cultura universal.

La cultura y el pueblo

Mairena tenía una idea del *folklore* que no era la de los *folkloristas* de nuestros días. Para él no era el *folklore* un estudio de las reminiscencias de viejas culturas, de elementos muertos que arrastra inconscientemente el alma del pueblo en su lengua, en sus prácticas, en sus costumbres, etc. Mairena vivía en una gran población andaluza, compuesta de una burguesía algo beocia, de una aristocracia demasiado rural y de un pueblo inteligente, fino, sensible, de artesanos que saben su oficio y para quienes el hacer bien las cosas es, como para el artista, mucho más importante que el hacerlas. Cuando alguien se lamentaba del poco arraigo y escaso ambiente que tenía allí la Universidad, Mairena, que había estudiado en ella y la guardaba respeto y cariño, solía decir: «Mucho me temo que la causa de eso sea más profunda de lo que se cree. Es muy posible que, entre nosotros, el saber universitario no puede competir con el *folklore*, con el saber popular. El pueblo sabe más, y sobre todo, mejor que nosotros. El hombre que sabe hacer algo de un modo perfecto — un zapato, un sombrero, una guitarra, un ladrillo — no es nunca un trabajador inconsciente, que ajusta su labor a viejas fórmulas y recetas, sino un artista que pone toda su alma en cada momento de su trabajo. A este hombre no es fácil engañarle con cosas mal sabidas o hechas a desgana». Pensaba Mairena que el *folklore* era cultura viva y creadora de un pueblo de quien había mucho que aprender, para luego poder enseñar bien a las clases adineradas.

Tiempos rudos

Porque se avencinan tiempos duros, y los hombres se aperciben a luchar — pueblos contra pueblos, clases contra clases, razas contra razas —, mal año para los sofistas, los escépticos, los desocupados, y los charlatanes. Se recrudescerá el pensar pragmático, quiero decir el pensar consagrado a reforzar los resortes de la acción. ¡Hay que vivir! Es el grito de bandera, siempre que los hombres se deciden a matarse. Y la chufla de Voltaire: *Je n'en vois pas la nécessité* no hará reír, ni mucho menos, vencerá a nadie. Y esta cátedra mía — la de Retórica, no la de Gimnasia — será suprimida de real orden, si es que no me persigue y condena por corruptor de la juventud.

Los dioses temibles

O por enemigo de los dioses. De los dioses en que no se cree. Porque no hay que olvidar lo que tantas veces dijo mi maestro: «Nada hay más temible que el celo sacerdotal de los incrédulos». Dicho de otro modo: «Que Dios nos libre de los dioses apócrifos», en el sentido etimológico de la palabra: de los dio-

ses ocultos, secretos, inconfesados. Porque éstos han sido siempre los más crueles, y, obre todo, los más perversos; ellos dictan los sacrificios que se ofrendan a los otros dioses, a los dioses de culto oficialmente reconocido.

Dios y el confitero

— Desde cierto punto de vista — decía mi maestro —, nada hay más burgués que un proletario, puesto que, al fin, el proletariado es una creación de la burguesía. Proletarios del mundo — añadía — uníos para acabar lo antes posible con la burguesía y, consecuentemente, con el proletariado.

Su maestro de usted, querido Mairena, debía estar más loco que una gavia.

— Es posible. Pero oiga usted, amigo Tostólez, lo que contaba de un confitero andaluz, muy descreído a quien quiso convertir un filósofo pragmático a la religión de sus mayores.

— De los mayores ¿de quien, amigo Mairena? Porque ese «sus» es algo anfibológico.

— De los mayores del filósofo pragmático, probablemente. Pero escuche usted lo que decía el filósofo: «Si usted creyera en Dios, en un Juez Supremo que había de pedirle a usted cuentas de sus actos, haría usted unos confites mucho mejores que esos que usted vende, y los daría más baratos, y ganaría usted mucho dinero, porque aumentaría usted considerablemente su clientela. Le conviene a usted creer en Dios». «¿Pero Dios existe señor doctor?» — preguntó el confitero —. «Eso es cuestión baladí — replicó el filósofo —. Lo importante es que usted crea en Dios.» «Pero ¿y si no puedo?» — volvió a preguntar el confitero —. «Tampoco eso tiene demasiada importancia. Basta con que usted quiera creer. Porque de ese modo una de tres: o usted acaba por creer que cree, lo que viene a ser aproximadamente lo mismo, o, en último caso, trabaja usted en sus confituras como si creyera. Y siempre vendrá a resultar que usted mejora el género que vende, en beneficio de su cliente y en el suyo propio.»

El confitero — contaba mi maestro — no fue del todo insensible a las razones del filósofo. «Vuelva usted por aquí — le dijo — dentro de unos días.»

Cuando volvió el filósofo encontró cambiada la muestra del confitero, que rezaba así: «Confitería de Angel Martínez, proveedor de Su Divina Majestad».

— Está bien. Pero conviene saber, amigo Mairena, si la calidad de los confites...

— La calidad de los confites, en efecto, no había mejorado. Pero, lo que decía el confitero a su amigo filósofo: «Lo importante es que usted crea que ha mejorado, o quiera usted creerlo, o, en último caso, que usted se coma esos confites y me los pague como si lo creyera.»

Poesía es lo segundo

— Daréte el dulce fruto sazonado del peral en la rama ponderosa.

— ¿Quieres decir que me darás una pera?

— ¡Claro!...

La cinematografía

Sin embargo al cinematógrafo, que tiene tanto de arte bello como la escritura, o la imprenta, o el telégrafo, es decir, no mucho, y muchísimo en cambio, de vehículo de cultura y de medio para su difusión, hay que exigirle, como a la fotografía, que nos deje enfrente de los objetos reales, sin añadirles más que el movimiento, cuando lo tienen, reproducido con la mayor exactitud posible. Porque sólo el objeto real, inagotable para quien sepa mirarlo, puede interesarnos en fotografía. Y ya es bastante que podamos ver en Chipiona la cataratas del Niágara, los barcos del canal de Suez, la pesca del atún en las almadrabas de Huelva. Fotografiar fantasmas compuestos en un taller de cineastas es algo perfectamente estúpido. El único modo de que no podamos imaginar lo imaginario es que nos lo den en fotografía, a la par de los objetos reales que percibimos. El niño sueña con las figuras de un cuento de hadas, a condición de que sea él quien imagine, que tenga, al menos, algo que imaginar en ellas. Y el hombre, también. Un fantasma fotografiado no es más interesante que una cafetera. En general, la cinematografía orientada hacia la

novela, el cuento o el teatro es profundamente anti-pedagógica. Ella contribuirá a entontecer el mundo, preparando nuevas generaciones que no sepan ver ni soñar. Cuando haya en Europa dictadores con sentido común, se llenarán los presidios de cineastas. (Esto era un decir, claro está, de Juan de Mairena para impresionar a sus alumnos).

La muerte del Poeta

Siempre que tengo noticia de la muerte de un poeta, me ocurre pensar: ¡Cuántas veces, por razón de su oficio, habrá este hombre mentado a la muerte, sin creer en ella! ¿Y qué habrá pensado ahora, al verla salir como figura final de su propia caja de sorpresas?

No está bien que tratemos retóricamente de algo tan serio como es la muerte. Sin embargo, siempre se ha dicho que la grandeza de Sócrates resalta más que nunca cuando, aguardando la hora de tomar la cicuta, entabla el diálogo inmortal quitándole toda solemnidad al tema de la muerte: «Un diálogo más, aunque sea el último... Y a esa mujer que se la lleven a su casa».



A los tradicionalistas convendría recordarles lo que a veces se ha dicho contra ellos:

Primero. Que si la historia es, como el tiempo irreversible, no hay manera de restaurar lo pasado.

Segundo. Que si hay algo en la historia fuera del tiempo, valores eternos, eso, que no ha pasado, tampoco puede restaurarse.

Tercero. Que si aquellos polvos trajeron estos lodos, no se puede condenar al presente y absolver al pasado.

Cuarto. Que si tornásemos a aquellos polvos volveríamos a estos lodos.

Quinto. Que todo reaccionarismo consecuente termina en la caverna...

Preliminarario a una trilogía de novelas

DE no haber escrito en 1917 mi confesión al lector de la trilogía *Petru Arbore*, la volvería a redactar ahora casi literalmente. Está pues de más que repita, pasados tres decenios, un credo que se aclara en mí al emerger del encantado jardín de la adolescencia para penetrar en las arenas sociales. Los tres volúmenes de la novela fueron escritos en los primeros tres años de la anterior guerra mundial, que aparece tan esfumada como una ingenua litografía, con ruinas románticas y horrores en cierto modo mezquinos, frente a las destrucciones y atrocidades inconmensurables — inconcebibles y sin embargo realizadas, inhumanas y no obstante soportadas por millones de hombres — en la segunda conflagración mundial. Jamás he sentido más dolorosamente la verdad de esas palabras dichas por un sabio como Amiel: la mayoría de los seres humanos no son hombres, sino apenas candidatos a la humanidad...

Durante la última guerra, en horas tardías, con la luz mortecina y la ventana tapada con papel negro, y aún en el refugio subterráneo, durante el fragor de los bombardeos aéreos, he releído estas páginas. Pedro Arbol, mi «héroe», no se hizo viejo. ¿Qué importa si algunos detalles técnicos han sido superados en el «arte» de la matanza y la aniquilación? En todos los motivos exteriores de la novela existe solamente una diferencia de amplitud e intensidad en relación con las circunstancias ulteriores, de la segunda guerra. Pero desde la aventura erótica del comienzo, hasta los trágicos problemas de conciencia del final, Pedro Arbol pertenece al presente, como lo fue del pasado, como lo será del mañana, pero más cerca de sus anhelos: el conocimiento de sí mismo, la tensión incesante hacia el autoperfeccionamiento, la realización progresiva de los ideales espirituales merced a la verdadera libertad y justicia entre los individuos y entre los pueblos.

Pedro Arbol siguió siendo mi compañero de ruta. Yo he envejecido treinta años desde que le había plasmado en mi mente y mi corazón. Mas él conservará su juventud, insuflándome en horas de depresión su arrojo y optimismo, recuperadas después de prolongadas aflicciones, de tenaces

combates consigo mismo y con el mundo circundante.

Y ahora aparece en nueva vestimenta, como el árbol cuyo follaje reverdece. Porque los tres volúmenes amalgamados en uno, son como tres retoños que con el tiempo formaron un solo tronco. Y lo que se llama «estilo», «expresión literaria» o «materia prima» ha sufrido, inevitablemente, una meticulosa operación selectiva, es decir, de eliminación y pulimento. Muchas hojas se marchitaron, algunas ramas cayeron rotas; pero crecieron otras en su lugar. En el primer prefacio he proclamado — hasta dejar perplejo a un crítico — el paralelismo entre el fondo y la forma («el estilo sigue la evolución del héroe»). ¿Por qué no habría de reconocer también esta sencilla verdad: el estilo sigue la evolución del autor? Este tiene no solamente el derecho, sino el deber de ser duro, sin condescendencia para con las propias realizaciones, de no considerarlas logradas y acabadas, su pluma debe ser guiada por una mano sincera y voluntaria, por una conciencia creadora que quiere distinguir lo transitorio de lo permanente en el corto pasaje del individuo por este mundo asolado de negaciones, arruinado y degollado en cada generación por ficciones colectivas.

Pues «las colectividades artificiales y sojuzgadas» que guerrearon de 1914 a 1918, llegaron a las horribles masacres de 1939 a 1945 por las mismas causas ocultas, por esas psicosis colectivas surgidas de los focos fomentados por los poseídos del odio, de las torturas, los crímenes y el saqueo. El mayor peligro para el hombre — nos advertía el profesor C. G. Jung en «L'homme à la découverte de son âme», 1946 — no es el hambre, ni el microbio, ni el cáncer o los cataclismos geológicos. Es el hombre mismo. Porque no existe todavía «una protección eficaz contra las epidemias psíquicas, cuyos estragos superan con mucho las más tremendas catástrofes de la naturaleza... El supremo peligro que amenaza tanto al ser individual como a los pueblos juntos, es el **peligro psíquico**». La razón estuvo impotente hasta nuestros días, porque sus «argumentos» se dirigían sólo a la conciencia, y no penetraban también en el mundo del inconsciente. Para el hombre, el peligro emana de las muchedumbres azuzadas, deshumanizadas, en las cuales el inconsciente ahoga las advertencias y los consejos racionales de la conciencia.

La psicología, la más joven de las ciencias, nos ayudará a conocernos a nosotros mismos, a re-

conocer los grandes peligros que acechan bajo lemas y apariencias falaces. Y **Petru Arbore** — que, según expresara otro crítico, representa al hombre de todas partes y podría llamarse Pierre Arbore, Pedro Arbol o Peter Baum — es, ante todo, una novela psicológica. No a la manera anticuada de los fabricantes de literatura y de «éxitos de librería». Constituye una exploración de la vida interior, real y sin embargo tan ignorada por la mayoría de los lectores.

Escrita en una época en que aún no habían aparecido o no se habían difundido las obras reveladoras de los grandes investigadores psicológicos — desde Freud

hasta Alfred Adler y desde Jung hasta el Dr. Allendy, Ad. Ferrière, Ch. Baudouin, para nombrar tan sólo unos pocos — esta novela es el testimonio viviente de las leyes y verdades proclamadas por los precursores de la nueva «ciencia del alma». Sus servidores tienen la misión de preparar, junto a todos los que luchan por la paz y la justicia social, lo que he tratado de presentar por medio de mi héroe: una humanidad constituida de individuos conscientes y libres, pero solidarios con el destino tan trágico y sangriento de los pueblos que no saben o no reconocen todavía que el «genus humanum est unum».

EUGEN RELGIS

Miguel Campuzano

(Viene de la pág. 4842.)

el aborto (p. 30 y 31). El nombre de la novela debería ser el mismo que el de su compañera, Armonía, a la que sólo conoció un año más tarde. De esta unión ejemplar quedan ahora Acracia y Artorix, dos hijos ya mayores.

En América, aparte algún trabajo aparecido en «Democracia» de Santo Domingo, la actividad peñolera de Campuzano se concentró toda en Caracas, donde, como ya hemos tenido ocasión de señalar, colaboró en «El País», «Últimas Noticias» y «La República».



Proclamar como divino todo lo que es grande, justo, noble y bello en la humanidad, es reconocer, implícitamente, que el hombre por él mismo es incapaz de producirlo; lo que quiere decir que, abandonada a sí misma, la humanidad por naturaleza es miserable, inicua y vil.

Denigrar a la humanidad para poder ensalzar a Dios es la esencia de todas las religiones.

BAKUNIN

La vida y los libros

TACURUSES

Los tres idiomas más importantes que se hablan en América: el inglés, el español y el portugués, no se hablan paralelamente en el Nuevo Mundo. Es decir, difieren bastante. El inglés, por ejemplo, se escribe, inclusive, más simplificado. Pero en el caso del español y tomando por ejemplo las regiones rioplatenses, existe el «seseo», el «ceceo», una acentuación «antípoda» y un vocabulario exclusivo; además de guardar en uso algunos vocablos del castellano antiguo. Como ejemplo, y para ilustración de nuestros lectores, citaremos uno de los libros rioplatenses que consideramos más valiosos desde el punto de vista libertario: **Tacuruses** por Serafin J. García. Tacuruses, son unos montículos de tierra, cónicos o semiesféricos, que se encuentran en los campos.

Si bien este libro está lejos de igualar al **Martin Fierro** de José Hernández, merece ser destacado como ejemplo de la influencia del pensamiento libertario en los escritores del Plata, y en los primeros cincuenta años del siglo presente. Transcribiremos, pues, una poesía de **Tacuruses** — se trata de un libro de poesías —, que los «payadores» (trovadores populares) la han hecho suya y, con frecuencia, se escucha inclusive en las emisiones radiales. Pondremos entre paréntesis e inmediatamente después del vocablo oscuro para las inteligencias europeas, la traducción adecuada. He aquí, pues, la poesía:

OREJANO (animal contramarcado)

Yo sé qu'en el pago (lugar) me tienen idea (le quieren mal)

porque a los que mandan no les cabresto (no les hace caso);

porque despreciando las güeyas (huellas) ajenas sé abirme caminos pa (para) dir (ir) ande (adonde) quiero.

Porque no me han visto lamber la coyunda ni andar hociendo p'hacerme (para hacerme) de un peso (moneda local),

y saben de sobra que soy duro'e (duro de) boca y no me asujeta ni un freno mulero.

Porque cuando tengo que cantar verdades las canto derecho nomás (nada más), a lo macho, aunque esas verdades amuestren (muestran) bicheras (gusaneras)

ande (en donde) naide (nadie) creiba (creía) que hubiera gusanos.

Porque al copetudo de riñón cubierto (se trata del rico)

— pa (para) quien n'usa (no usa) leyes ningún comisario (jefe policial) —

lo trato lo mesmo (mismo) que al que sólo tiene chiripá (ex-pantalón campestre) de bolsa pa taparse'l (el) rabo.

Porque no m'enyenan (me llenan) con cuatro mentiras

los maracaneses (loros) que vienen del pueblo (ciudad)

a elogiar divisas ya desmerecidas

y'hacernos (y a hacernos) promesas que nunca cumplieron.

Porque cuando truje (llevé) mi china (moza) pal (para el) rancho

me olvidé que hay jueces p'hacer casamientos,

y que nada vale la mujer más güena (buena)

si su hombre por eya (ella) no ha pagao (pagado) derecho.

Porque a mis gurises (hiños) los he criado (criado) infieles

aunqu'el cura grite qu'irán (que irán) al infierno, y digo ande (a donde) cuadre que pa (para) nada sirven

los que sólo viven pirinchando (rogando) al cielo.

Porque aunque no tengo ni en qué cairme (caerme) muerto,

soy más rico qu'esos (que esos) que agrandan sus campos

pagando en sancochos (bazofia) de tumba reseca

al pobre pión (peón), qu'echa (que echa) los bofes (pulmones cinchando (trabajando duro).

¡Por eso en el pago (lugar) me tienen idea (le quieren mal)!

¡Porqu'entre los ceibos estorba un quebracho (árbol autóctono)!

¡Poque a tuitos (todos) ojos (ellos) le han puesto marca

y tienen envidia de verme orejano (no marcado)!

¿Y a mí que m'importa? ¡Soy chúcaro (arisco) y libre!

¡No sigo a caudiyos (caudillos) ni en leyes me atraco!

¡Y voy por los rumbos clariaos (clareados) de mi antojo

y a naides (nadie) preciso pa (para) ser mi baquiaino (diestro conocedor del campo)!

Serafin J. García es un escritor uruguayo, que es asimismo autor de otros libros dignos de mención: **En Carne Viva, Tierra Amarga, Burbujas, Barro y Sol, Asfalto, Raiz y Alas**, etc.

ROSSELL

En el año 1964 moría en Montevideo (Uruguay), Albano Rosell. Había nacido a últimos del siglo pasado en la ciudad catalana de Sabadell (España). De ideas libertarias y una persona muy culta, fue uno de los íntimos de Francisco Ferrer, teniendo a su cargo una de las Escuelas Modernas de la periferia barcelonesa. Luego emigró a Sudamérica, radicándose en el pequeño país platense.

Desde su escritorio, en su casa, Rosell colaboró en la prensa anarquista mundial, especialmente en la de lengua castellana. Lo hizo firmado con diversos seudónimos: Dr. Frank Aube, Laureano d'Ore, Germina Alba, Victoria Zeda, etc. También empleaba a menudo su propio nombre. Algunas publicaciones, como es ejemplo «Cultura Proletaria» de York, animada otrora por Pedro Esteve, aparecían saturadas con sus escritos.

La prosa de Rosell era de lo más logrado y hermoso. Escritos a veces cortos y fructuosos, dignos de perduración; sobre todo, los firmados con seudónimos femeninos. Fue un gran defensor de los derechos de la mujer y de la plenitud del niño. Basta sólo citar a su hermosísimo librito ¡**La Educación de Vuestros Hijos, Hombres Libres!**, firmado por Germina Alba. Con este librito educador, Rosell colócase a la altura de Francisco Ferrer, Pestalozzi, Sebastián Faure, Magdalena Vernet, Elena Key, León Tolstoi y otros ilustres pedagogos.

La prestigiosa editorial libertaria «Estudios» de Valencia (España), le publicó su obra maestra educativa **Albores**, ilustrada con hermosa portada de Renau. Un crítico de la época opinaba: «Este libro viene a llenar un vacío que se experimentaba por falta de obras que ayuden a padres y educadores en la formación moral de sus hijos, que sepan despertar tanto en el hombre como en el niño, ese sentimiento fraterno, ese hondo calor de humanidad que cimienta el respeto propio y constituye la dignidad del individuo.»

Precursor de un Mundo Nuevo, al igual que otros utopistas del pasado, también Rosell escribió su utopía: **En el País de Macrobía**. Haciendo la crítica de la misma, Federica Montseny escribía en «La Revista Blanca» de Barcelona: «A la serie de utopías desde **La Ciudad del Sol** de Campanella, a nuestros días, puede agregarse sin desdoro, este bello libro de Albano Rosell, al que no se ha dado la importancia que merecía y a la que es acreedor por su galanura, su construcción y su visión de un futuro mundo ideal. **El País de Macrobía** puede colocarse dignamente junto al **Humanisferio** de Dejacques, y supera, en visión futurista, a **Las Noticias de Ninguna parte** de Guillermo Morris.»

Naturista de altura, escribió numerosos ensayos al respecto. Lo prueban **Naturismo en Acción**, **La Renovación de la Escuela desde el Punto de Vista Naturista**, **Naturología Humana**, **El Naturismo Integral y el Hombre Libre**, **Naturismo y Educación de la Infancia**, etc. Antonia Maymón escribía en la revista «Naturismo»: «En Rosell vemos sintetizados nuestros pensamientos.» El diario catalán «L'Humanitat» (1935) escribía: «No nos es desconocido

este autor, al que recordamos como un luchador avanzado convertido al naturismo, del que devino apóstol.»

Lejos de su tierra natal, siempre tuvo un gran amor por ella, a la vez que era un entusiasta universalista. La hermosa lengua de Jacinto Verdguer resonaba sonora en su casa y era un deleite escucharle platicar con ella. Como no podría ser de otro modo, Rosell fue también fecundo escritor en catalán, idioma en el que ha dejado numerosos trabajos (sainetes, esbozos, poemas, dramas, conferencias, ensayos históricos, etc.) Citemos algunos títulos: **Els Llaminers**, **Plors del cor**, **Artistes**, **Els Llenyataires**, **El Dret a la Vida**, **La Fàbrica**, **Calvari**, **L'actual moment històric i els problmes educatius**, **Instrucció i Analfabetisme**, etc.

Admirador apasionado de Ibsen y de su teatro moral, la fecunda pluma de Rosell enriqueció el acervo teatral libre: **Espejuelos**, **La Argolla**, **En el Vacío**, **Aventando Cenizas**, **Risas y Llantos**, **Ruinas**, **El Condenado**, **Sirenas**, **Hipnosugestiomania**, etc. Pero, en este aspecto, posiblemente sea más recordado Rosell por su teatro infantil, esencialmente educador: **Fraternal**, **El Tío Corneja**, **Los Golosos**, **Cuando seamos mayores...**, **Colonia de los Amores**, **Maternología**, **Claror Lejana**, **Deberes**. En su obrita **Teatro Infantil** escribía Rosell: «Mis obritas van dedicadas a la infancia que halle en ellas alguna emoción, algún placer, alguna enseñanza, tanto como intérpretes que como espectadores.»

A nuestro juicio, sus obras maestras son **La Otra Humanidad** (narración social), y **En Plena Civilización** (divagaciones sobre ética sociológica). En ellas, Rosell, exponía el mundo venidero de sus anhelos, de nuestros anhelos, el mundo de la Libertad, hacia el cual se encamina la humanidad impulsada por estos hombres faros (siendo uno de ellos el propio Rosell) y por el avance arrollador y libertario de la ciencia al servicio del bienestar social y del avance técnico de la humanidad.

Uno de sus libros más bellos, producción del oca-so de su vida, fue **Floshilda Darien**. La Mujer, personificando la Belleza en nuestra especie; la Mujer Libre había sido en Rosell tema de luminosa hermosura; la floración moral de la Mujer el fin hacia el cual tendía; y la creación del Hombre Nuevo a través del Niño. Por algo su hijo se llamó Porvenir)... Asistimos en nuestra época a un falso feminismo. La mujer imita al hombre viciada y mediocrata por una sociedad sin alma. Con su maestría singular, Rosell analizó este tema en **Floshilda Darien**, alcanzando horizontes inigualados por otros pasados estudiosos.

Rosell editó él mismo casi todas sus obras, en un tiempo, ¡desgraciadamente ya ido!, en donde publicar era más fácil que en el presente. Su sello editorial era «Analectos». Y su «Ex-Libris» uno de los más hermosos que nos ha sido posible contemplar. Con sabio sentido de la economía, Rosell llenaba luminosamente todos sus espacios libres; después de la semblanza física, el raso fructífero. Véanse estos ejemplos: «Joaquín Costa (1846-1911)». Su famosa premisa para la regeneración de España, consistente en despensas y escuelas, es todo un progra-

ma. Numerosísimas son sus obras y dignas de estudio.» «Eliseo Reclus (1830-1905). Humanista y geógrafo universal. Muchas de sus obras serían libros de texto en Escuelas Libres, si hubiese criterio racional en los hombres.»

La obra de Rosell merece ser recordada y reeditada, cuando las posibilidades sean buenas. Su ejemplo es digno de destacar, para el bien de las nuevas generaciones que, agarrando la flamigera antorcha del Ideal común, prosiguen la marcha hacia la Anarquía.

LOS HERMANOS ELIAS Y ELISEO RECLUS, O DEL PROTESTANTISMO AL ANARQUISMO

(Ediciones «Los Amigos de Eliseo Reclus», París 1964).

La biografía de Eliseo Reclus ha sido escrita en 1939 por Pablo Reclus, hijo de Elías Reclus y sobrino de Eliseo. Discípulo de Eliseo en sus opiniones anarquistas, Pablo Reclus (1858-1941), quien debía pagar sus convicciones con un exilio de diez años, estaba más calificado que cualquier otra persona para exponer la evolución intelectual de su tío, y esta biografía, síntesis de la vida del pensador y del sabio que fue Eliseo Reclus, es el fruto de una larga meditación.

Pablo Reclus ha vivido en la intimidad de su tío Eliseo y ha trabajado con él. Como lo dice en sus «Recuerdos Personales» que se encontrarán en este volumen: «En mi infancia vivíamos juntos, en sus viejos días trabajamos juntos, y de 1870 a 1905 raros fueron los años en el curso de los cuales yo no pasara algunos días con él.»

Se notará por otra parte que la correspondencia y los otros escritos de Eliseo constituyen casi la mitad del texto de la biografía, texto que los comentarios del autor ligan con un orden lógico. Vemos así asegurado que la obra deja poco lugar a una interpretación personal, aunque sólo fuera parcial del pensamiento de Eliseo, puesto que éste mismo nos lo expone.

El manuscrito de la biografía había sido entregado por Pablo Reclus a los descendientes de Eliseo Reclus. Después de la muerte del autor, M. Teodoro Lafon tuvo el cuidado de hacer policopiar la obra, y de distribuirla a los miembros de la familia Reclus, con la cual le unían lazos. Nos ha parecido que, como documento de historia social, merecía una más amplia difusión y, colocándonos en este punto de vista, nos ha parecido útil añadir primero la *Vida de Elías Reclus* escrita por Eliseo en 1904 enseguida que su hermano murió y un año antes de su propio deceso, y luego un *Discurso* pronunciado en 1895 en la entrada solemne de la Universidad Nueva de Bruselas. De estos dos textos que se publicaron en la época en ediciones limitadas, el primero evoca en un estilo incomparable el medio familiar en el cual los hermanos Reclus fueron criados, y el segundo es una exposición por parte de Eliseo sobre sus ideas acerca de la educación. Siguen para completar los elementos biográficos precisados, algunos pasajes de los *Recuerdos Personales* sobre Elías y Eliseo Reclus, escritos por

Pablo Reclus en 1927 y aparecidos entonces, en inglés, en los Estados Unidos, en el libro de Joseph Ishill, *Elías y Eliseo Reclus, In Memoriam*, y en francés en un número especial de *El Sembrador*, hoy completamente agotado.

En anexo, el lector encontrará una breve cronología de la vida de Pablo Reclus, una noticia histórica sobre el lugar de origen de los Reclus, Sainte-Foy-la-Grande, noticia cuyos elementos nos han sido amablemente ofrecidos por un nativo del lugar, M. Jean Corriger, y por último una bibliografía de Elías y Eliseo Reclus.

Los hijos de Pablo Reclus.

Siempre lamentamos que en Francia no se hubiese publicado una biografía sobre el gran Eliseo Reclus. Desde hace numerosos años circulaba en España y Argentina, la hermosa biografía sobre Eliseo Reclus debida a la incomparable pluma del Dr. Max Nettlau que, es de esperar vea asimismo la luz en el país de Molière. Este libro de Pablo Reclus llena pues un gran vacío.

Eliseo Reclus fue muy querido en España y en los países hispanoamericanos. En la Universidad de Montevideo (calle Tristán Narvaja) puede aún verse esculpido su nombre, junto al de otros sabios. El gran traductor de Eliseo Reclus fue Roberto Robert (que nosotros sólo hemos visto mencionado en *El Proletariado Militante* de Anselmo Lorenzo). Los libros de Eliseo alcanzaron gran difusión al ser publicados por la editorial valenciana Sempere y Cía. (más tarde también la editorial «Estudios» de Valencia hizo hermosas reediciones). En cuanto a la biografía de Nettlau apareció en Barcelona y fue publicada por «La Revista Blanca».

De Elías Reclus publicó la editorial barcelonesa «Granada y Cía.» su hermosa obra *Los Primitivos* (reeditada luego — 1946 — por la «Semca» de Buenos Aires). También de Onésimo Reclus se publicó algún título en España.

Bastaría la sola obra de Eliseo Reclus, *Evolución, Revolución y el Ideal Anarquista*, para merecer la gloria de la posteridad. Libro de todos los tiempos que puede vaticinarse alcanzará en el futuro numerosas ediciones. De sus escritos geográficos destaquemos aquí sus hermosísimas monografías *Historia de un Arroyo*, e *Historia de una Montaña*.

Y Eliseo Reclus nos dio su gran divisa, que es también la de todos nosotros: ¡*La Anarquía es la más alta expresión del Orden!* Agradecemos pues, que a este gran sabio y pensador del anarquismo, nos lo haya presentado, también por su parte, el publicista libertario belga Hem Day, en una serie de folletos dedicados a Eliseo Reclus; principalmente en el cuaderno nº 5 de «Pensamiento y Acción» titulado: *Eliseo Reclus, Sabio Anarquista*.

Como dato ilustrativo recordamos que una avenida marginal a la gran explanada parisiense donde está erigida la Torre Eiffel, lleva el nombre de Eliseo Reclus.

Este hermoso libro de Pablo Reclus, contiene cuatro ilustraciones fuera de texto. La primera, de Eliseo, será nueva para todos los lectores y mues-

POR UNA CONDUCTA HUMANA MEJOR

La voluntad libertaria

por FLOREAL OCAÑA

(Continuación)

No somos científicos — al menos el que escribe —, y al hablar de las maravillas del Universo lo hacemos con lenguaje llano, el único que podemos emplear al referirnos a la **protoestrella** como de la gestación de un nuevo ser — del «estado embrionario» — estelar en el seno de una nube difusa de energía cósmica haciéndose visible. El **globulo nebuloso** podemos compararlo a una especie de «nuevo cósmico» sin cáscara conteniendo todos los elementos y materiales necesarios para la formación de una estrella. Los que ésta no «asimila» durante el proceso natural de su constitución suponemos son los que acaban formando otros pequeños cuerpos celestes. Al hablar de los materiales no «asimilados» nos referimos a las **energías** de parte de la nebulosa que no se concentró o integró, en el tiempo «normal», a la estrella, y que se dispersa rechazada o impelida por la radiación luminosa de ésta. Así nació el Sol o nace una estrella que tarda en formarse casi un millón de años. Llamémosle «edad» del recién nacido astro en el Espacio que inicia «splendorosa» primera etapa de su evolución astral siendo el centro del sistema planetario que se desprendió de él mismo. Para algunos planetas al cabo de millones de años será fuente de calor y de vida de distintas especies biológicas, como el Sol lo es para las que aparecieron en la Tierra. Los astrofísicos han contado diez trillones de estrellas idénticas a nuestro Sol, gran número mucho mayores que éste.

La intensa contracción gravitacional de la estrella en formación y su rotación superior a la parte de la nebulosa que sigue envolviéndola van «despegándola» y dispersándola, al parecer, del modo que antes expliquemos. Este sobrante — digámoslo

así — del **globulo nebuloso** se va fraccionando formando diferentes volúmenes de energía que van distanciándose unos de otros, y del mismo Sol o estrella hasta el límite relativo de ser atraídos «en razón directa de sus masas y en razón inversa al cuadrado de sus distancias» que logra mantenerlos en órbitas como las que describen los astros de nuestro sistema Solar. Condensándose y enfriándose pronto sus masas ígneas en virtud de sus reducidas dimensiones respectivas, comparadas con las de las estrellas, van formando los cuerpos sólidos que llamamos planetas, satélites, asteroides, etc.

Al llegar a este punto preguntamos: ¿Se deberá a caso a estas circunstancias que los mayores satélites — como la Luna, por ejemplo — de volumen inferior a los planetas se enfriaron antes — como entre dos fuegos se apaga primero el que menos combustible tiene de la misma calidad —, como también se agotaron rápidamente los cortos recursos existentes en los mismos que hicieron posible se iniciara el desarrollo biológico de flora y fauna que pudieron nacer y adaptarse al respectivo peculiar físico de cada uno de estos diminutos globos terráqueos? Muy cerca está el día que el hombre, pisando su suelo y penetrando en las entrañas de los satélites, lo averiguará y saldrá de dudas. Pero si en alguno de estos pequeños astros llegaron a existir animales inteligentes es obvio que no pudieron alcanzar el desarrollo de sus facultades mentales hasta el grado de poder descubrir y saber utilizar la energía de los átomos para intentar salvarse como el hombre en el planeta Tierra podrá intentarlo y lograrlo, seguramente, por haber tenido la suerte de nacer y morar donde le es posible alcanzar una mayor longevidad.

Son simples suposiciones; lo real parece ser que los cuerpos celestes de nuestro sistema planetario — y de otros sistemas solares — hayan podido o no tener en sus superficies terráqueas y acuosas especies vegetales y animales, seguirán vagando por el Espacio, rodando por sus órbitas, hasta el día que se descubran los fuegos blancos del núcleo del Sol y los **desvanezca** confundiéndolos otra vez con la energía misma que los originó.

El estudio Minkowski-Haro en el que nos basamos para vulgarizarlo exponiendo, además, cuanto nos inspiró, lo consideramos un estudio completo

LA VIDA Y LOS LIBROS

tra ya en su rostro la «bondad innata» a la que aludía E. Armand en la más hermosa poesía sobre Eliseo Reclus que conocemos nosotros. La impresión es buena y casi limpia de errores. En resumen, una verdadera joya para cualquier biblioteca, pública o privada.

V. M.

sobre las formaciones estelares, sin contradicciones que es la condición que reclama la verdad científica para ser admitida como tal. Pero es justo reconocer que lo iniciaron Guillermo Haro — que lo terminó con Minkowski — célebre astrónoma mexicana y George Herbing, del Observatorio de la Universidad de California, EE. UU. En el año de 1949 ambos sabios hicieron observaciones simultáneas al respecto y a sus descubrimientos los llamaron «objetos Haro-Herbing». Al mismo tiempo se da la razón a los estudios que en este mismo sentido iniciaron, posteriormente, Fesekov y Shmidt, célebres astrofísicos y a las observaciones que sobre el mismo estudio, coincidiendo, han estado realizando los astrónomos rusos del observatorio astronómico de Crimea descubridores de la «Nova de Hércules 1960».

Hemos hablado de la **energía** formando estrellas y cuerpos sólidos, **casualmente**, desintegrándolos y **desvaneciéndolos** con el tiempo la misma **energía** para llegar a la conclusión que más importa conocer, porque todo depende de sus cambios: de las **energías cósmicas**, que son permanentes, **no aniquilables**. Y todos los cuerpos u objetos observables formados por aquéllas están condenados a **desvanecerse**, a volver a confundirse con el Todo, pero no a desaparecer, a ser reducidos a la «nada». Si admitiéramos que la **energía** puede ser aniquilada significaría aceptar lo inadmisible: que el mismo Cosmos puede tener fin.

Hablamos en estos términos porque los mismos físicos modernos usando todavía vieja terminología pueden producir confusión en las mentes de los profanos al proseguir diciendo, basándose en la $E = mc^2$ de Einstein, que «la materia sólo puede desaparecer si se transforma en energía». Y ahora la Física añade que hasta «al corpúsculo se le puede aniquilar». Sin embargo consideramos que éste **no es**, forzosamente partícula de materia, fragmento de masa o de substancia, porque sus características son realmente energéticas en el lugar del Espacio que opera y sólo es observable, por medio de los más modernos aparatos que hoy tienen los físicos, de modo casi astral, al **manifestarse**, al operar.

Aunque lo digan sabios consideramos que tan erróneo es decir que «la materia puede desaparecer si se transforma en energía» como que «el corpúsculo hoy es aniquilable». No nos contradecimos con la Ciencia diciendo que es mejor no hablar de desapariciones y de aniquilamientos en el Universo. Resulta, a nuestro entender, más fácil y más claro para los estudios biocósmicos, partir de lo reconocido esencial: de la **energía** incorruptible, siempre existente. Esta certitud facilita el trabajo de vulgarización, porque es el meollo de todo, que lo forma todo. Así evitamos las confusiones y las complicaciones innecesarias pudiendo hablar, como lo hacemos llanamente nosotros, de **desvanecimiento** de la materia y de transformaciones de la energía en otras manifestaciones de energía al combinarse sus elementos, produciéndose en el Cosmos modificaciones eléctricas o magnéticas.

Consideramos que la terminología que usamos y — y produciendo energía para señalar y reafirmar lo

proponemos es la adecuada para aplicarla a los conocimientos y estudios actuales por eso hablamos, por vez primera, de **desvanecimientos** de los cuerpos, observables o no, por la intervención de las **energías cósmicas** que se **manifiestan**, sin tener, obligatoriamente, dimensiones y formas determinables, absolutas.

Es obvio que esta tesis la confirma cuanto ya expliquemos sobre el origen de las estrellas y de nuestro sistema planetario, y cómo se **desvanecen** y se reintegran a la **energía cósmica**. Decimos una vez más que la consideramos, acertada al observar que coincide con otras verdades del Cosmos. Y es que una verdad en éste ha de ir ligada a otra verdad fundamental del mismo para probar que es verdad. No puede existir una verdad aislada o separada de las demás verdades que el Cosmos engloba.

Aunque ya se sobreentiende la diferencia que establecemos entre **materia** y **energía** la vamos a concretar, casi gráficamente, con pocas palabras: que la **materia se presenta** y la **energía se manifiesta** sin lo cual no puede descubrirse, por observada ni con los más perfeccionados aparatos de Física. Cuanto hoy se **presenta** a nuestra vista como **materia sólida** — líquida o gaseosa — en el planeta Tierra, las rocas, por ejemplo, que pisamos o contemplamos como **materia inorgánica**, inerte, mañana, lejano, al ser derretidas y **desvanecidas**, con cuanto forma el globo terráqueo que habitamos — suponiendo que el hombre no lograra llevarlo a otro lugar del Espacio — transformados sus elementos formarán, otra vez, parte activa de los movimientos de las **energías del Cosmos**.

El hombre no sólo cuenta con los precitados aparatos capaces hasta de descubrir los **cuanta** y observar distintos corpúsculos, que tanto ayudan a los físicos en sus investigaciones científicas sino, también, como es sabido, ha inventado y construido máquinas maravillosas con las que produce transformaciones de la materia y energía que puede aprovechar para su mal o para su bien, que es lo deseable. Con el ciclotrón, el **sincrotrón** y otras máquinas más perfeccionadas, que podemos llamar «cañones» atómicos, produce altas velocidades de partículas que aumentan su potencia de penetración en los átomos al ser disparados sobre éstos. Bombardeando, por ejemplo, el aluminio con partículas de **alfa** se convierte en fósforo; el lito bombardeado o «cañoneado» con **brotones** se transforma en helio. Y sabe todo el mundo atento que la fisión de un átomo de uranio produce millones de veces más **energía** que la combustión de un átomo de carbono. Por eso eligieron el uranio para fabricar las primeras bombas atómicas, maldecidas por el mundo sensible.

Ha sido necesaria esta digresión sobre las formaciones y desintegraciones estelares, según se deduce de los más modernos estudios fisicoastronómicos, sobre, en fin, el «nacimiento» y el **desvanecimiento** de lo llamado materia, rozando apenas los cambios que hoy el hombre es capaz de producir con sus máquinas en los átomos, transformando la materia

considerado por nosotros el único valor cósmico transformador que puede, incluso, de forma indeterminada, casual, transformarse a sí mismo y producir, repetimos, permanentemente, formas observables o no por el hombre: es la energía o las energías que se mueven en el Espacio, que todo lo invaden: hasta al mismo ser humano en el que alguna forma sutil de energía opera formando parte de su naturaleza, con la que vive y perece.

En el Espacio, operando está la fuerza de gravedad, estableciendo un casual y relativo equilibrio entre las formaciones ígneas, gaseosas y los cuerpos que vagan por aquél mientras que, cosa curiosa: las fuerzas en el juego del átomo son eléctricas y no debidas a la gravedad si es posible, volvemos a repetir — porque nos obliga a hacerlo el topar con más coincidencias —, que otras energías, correlacionadas con fuerzas eléctricas y electromagnéticas, sean manejadas por la voluntad humana, forma en el hombre puede operar, porque solamente él es capaz, en el Universo, de adquirir y desarrollar energías psicológicas. Estas se manifiestan a través de su conducta, y lo presentan como el único ser material, observable, en el que se comprueban los determinismos psicológicos, los únicos existentes en el Espacio y en el planeta Tierra como lo prueban, hasta la saciedad, sus acciones y sus ideaciones en todas las actividades humanas: que sólo el hombre puede determinar modificaciones en cuanto lo rodea, a sabiendas de lo que hace. Todo lo demás, es decir, cuanto ocurre a su alrededor es natural, indeterminado, casual, sucediendo sin tener necesidad de suceder. ¿Pueden o no comprender nuestros contradictores estas sencillas y claras razones? ¿Seguirán diciendo que éstas las exponemos sin fundamento alguno?

Todo en el Espacio sucede naturalmente, sin sentir nada el Cosmos, en el que lo llamado por nosotros vivir y morir son equivalentes: energías en movimiento incesante; sin continuidad, porque no tuvieron principio para poder decirse que continuaban moviéndose y produciendo cambios en las formas de ser; sin determinismo, por no ser causadas ni ser efectos de causas, y sin causalidad, porque todas las formaciones y dinamismos de las energías cósmicas son causales.

Se irá comprendiendo, más y más, por qué consideramos existe una diferencia fundamental entre hablar de materia o de energía variables en el Universo, que pueden originar fuerzas como la de gravedad y en nuestro propio organismo combinarse energías eléctricas, fisiológicas y psicológicas para producir la fuerza de voluntad.

La materia ya no la consideramos materia exactamente, como hasta hoy es corriente imaginarse: es pura energía. Producto de ésta es todo lo deno-

minado inorgánico tan llamado materia como lo orgánico, pero bien sabemos que volverán a reintegrarse a la energía universal por la acción de ésta misma en el permanente ser o no ser esto o aquello que en el Espacio es la misma cosa.

Lo hemos dicho de varios modos y podríamos seguir dando razones con términos y ejemplos distintos, hasta el infinito, sin término, que nos llevarían siempre a la misma conclusión: si lo hecho por algo, que sólo él puede hacerlo, vuelve al seno de dicho algo que lo hizo o lo formó de sí mismo ¿es o no éste lo esencial, lo que cuenta, el valor único permanente? Así lo creemos. Y es el caso de la materia que al hacerse presente, en formas y en dimensiones distintas, lo debe a la energía, terminando por retornar a ésta y formar parte de combinaciones energéticas.

Desde el átomo al Cosmos, pasando por el hombre, todo tiene relaciones y semejanzas que «son comunes a la materia como dice el Dr. R. Martínez, con el que no coincidimos al interpretar a la materia misma, a la luz de los conocimientos actuales, por ser la energía la generadora de todas las formas materiales de ser.

Acabamos de mencionar al átomo, del que decimos más arriba se presenta con propiedades integradoras de sus partículas diferentes a las que operan en el Espacio y en el organismo humano: eléctricas, de gravedad y psicológicas, respectivamente. Y ciertas semejanzas del átomo con el Universo y con el hombre, con respecto a las energías internas aquí libradoras, debemos exponerlas aunque sea brevemente:

Se ha dicho, repetidamente, que el átomo se asemeja al sistema solar. En efecto, en lugar del Sol está el núcleo central con planetas, aunque la velocidad de los electrones, rodando en órbitas alrededor del átomo, describiendo casi una esfera, es mucho mayor que la de los planetas que giran en derredor del Sol. Pero en el núcleo — como en el astro solar — radica la radioactividad, la energía interna, la energía nuclear que no sólo contiene los neutrones y los protones sino que a veces surgen de él, del núcleo, electrones también, otros rayos gamma y al dividirlo aparecen partículas inestables llamadas mesones, que los físicos interpretan como una transitoria materialización de las fuerzas que mantienen unidas, en reducidísimo espacio, a tantas partículas del átomo. Algo semejante a la función de la fuerza de gravedad en el Espacio y a la fuerza de voluntad, a nuestro entender, que el sujeto adquiere y utiliza, conscientemente, para equilibrar sus funciones — o debieran darle este buen sentido — sensoriales, emocionales y fisiológicas e integrar el género de vida que decide adoptar, que incluye la conducta.



BAKUNIN

EL viejo Blanqui tenía por costumbre decir que la influencia de los acontecimientos está medida más por sus consecuencias indirectas que por sus consecuencias directas, — las primeras siendo siempre más importantes que las últimas.

Cuando se habla de Bakunin, es necesario medir su influencia, no tanto por lo que personalmente realizó como por la influencia que ejerció sobre quienes le rodeaban — sobre su pensamiento y su actividad —.

Sus producciones literarias no fueron numerosas. La Idea de Estado y el Anarquismo, el desarrollo histórico de la Asociación Internacional de los Trabajadores, Dios y el Estado, he aquí los tres pequeños libros que escribió. El resto: «El Imperio Knuto-germánico», «Cartas a un francés sobre la crisis actual», «La política teológica y Mazzini», «Los osos de Berna», etc., fueron folletos que escribió para responder a una cuestión de actualidad, o cartas que escribió a compañeros y que alcanzaron la forma de un folleto. Los libros indicados más arriba tuvieron el mismo origen.

Bakunin se ponía a escribir un libro sobre un asunto de actualidad. Pero su carta se volvía pronto un folleto y éste un libro, pues, con su profundo concepto de la filosofía histórica y su conocimiento inmenso de informaciones sobre los acontecimientos contemporáneos, tenía tanto que decir que las páginas se llenaban pronto.

Si pensamos solamente a lo que sus amigos y él — y sus amigos eran Herzen, Ogareff, Mazzini, Ledru-Rollin, y todos los hombres de acción mejores que vivieron en la década revolucionaria de 1840-1850 — habían pensado y sentido durante los sueños que vivieron en los años de esperanza que precedieron a 1848 y los años de desesperación que siguieron; si recordamos el período que habían atravesado, comprenderemos fácilmente la masa de pensamientos, imágenes, hechos y argumentos extraídos de la vida real que habían hecho impresión en el espíritu de Bakunin. Comprenderemos pues por qué sus generalizaciones de la filosofía histórica están tan ricamente ilustradas con hechos y pensamientos extraídos de los acontecimientos contemporáneos.

Débase notar sin embargo que cada folleto salido de la pluma de Bakunin marcaba un tiempo de la historia del pensamiento revolucionario en Europa. Su discurso en el Congreso de la Paz y de la Liga de la Libertad, fue un desafío lanzado a todos los radicales de Europa. Bakunin declaraba que el radicalismo de 1848 había ya pasado a la historia y

que una era nueva — la era del socialismo del trabajo — había nacido; que, paralelamente a la cuestión de la libertad política, se planteaba la cuestión de la independencia económica, la cuestión del derecho de propiedad y que, en lo sucesivo, éste sería el factor dominante de la historia en Europa.

Su folleto, dirigido a los mazzinianos, anunciaba el fin del período de las «conspiraciones» para la independencia nacional y el comienzo de la revolución social. Anunciaba también el fin del socialismo cristiano, sentimental, y el comienzo del comunismo ateo, realista. Su famosa carta a Herzen sobre la Internacional y el realismo de Bazaroff tuvo el mismo significado para Rusia.

«Los osos de Berna», son una palabra de despido al democratismo filisteo suizo. «Las Cartas a un francés», escritas durante la guerra de 1870-71, letanía al radicalismo de Gambetta, son una llamada para la era nueva que pronto encontró su expresión en la Comuna de París — aquella insurrección que, haciendo litera de la idea del socialismo de Estado según Luis Blanc, proclamaba la idea nueva de una Comuna comunista. La Comuna levantándose en defensa del territorio y comenzando la revolución social en su propio recinto, — he ahí lo que recomendaba como medio para rechazar a la invasión alemana.

«El Imperio Knuto-germánico», es la visión del viejo revolucionario que percibe perfectamente la reacción que invadirá Europa en los treinta o cuarenta años que seguirán, como consecuencia del triunfo del concepto militarista de Bismarck patronizando a Lasalle. Este folleto indicó una toda nueva tendencia del pensamiento moderno, en los países latinos, hacia el comunismo no estatal o anarquismo.

Finalmente, «La Idea de Estado y el Anarquismo», «El Desarrollo de la Internacional», y «Dios y el Estado», a pesar de sus formas de folleto combativo (debido a que fueron escritos para las necesidades del momento) contienen para el lector que piensa, más pensamiento práctico y comprensión filosófica de la historia que el montón de tratados universitarios o socialistas estatales en donde la ausencia de ideas profundas se enmascara con una dialéctica nebulosa.

No se encuentran en ellos recetas prefabricadas para la cocina política. Los que esperan encontrar en un libro la solución de todas sus dudas sin tener que pensar ellos mismos, se decepcionarán con las obras de Bakunin. Pero si se es capaz de pensar por sí mismo, si se mira a un libro como una producción destinada a provocar reflexiones indepen-

dientes — como una conversación con un hombre inteligente que excita vuestra inteligencia —, en este caso las generalizaciones ardientes de Bakunin, siempre desordenadas, a veces luminosas y chispeantes, ayudarán más en su evolución revolucionaria que todos los tratados más arriba citados.

No obstante, la fuerza principal de Bakunin no reposaba en sus escritos: estaba en su influencia personal. Fue él quien hizo de Byelnisky (1) lo que luego éste fue para Rusia, el tipo del socialista revolucionario, nihilista, intransigente, tipo personificado más tarde en nuestra admirable juventud rusa de los años 1870 y siguientes. Fue Bakunin quien provocó el nuevo nacimiento de Byelnisky. «Usted es mi padre espiritual», escribió a Bakunin.

En París, en 1847, y en Alemania, en 1848, su influencia sobre todos los hombres de marca fue inmensa. En su *Perfecto Wagnerita*, dice Bernard Shaw chanceando que en Siegfried ignorando todo temor y raptando a Brunehilde por la fuerza de su amor irresistible, Wagner personificó a Bakunin, al lado del cual se encontró en la revolución de Dresde. Muy probablemente no fue personalmente a Bakunin, sino al tipo de revolucionario indomable que Wagner buscó a personificar en Siegfried, y seguramente en su creación. Wagner se impresionó con su intrépido amigo. No solamente sobre Wagner, sino aun sobre George Sand, sobre Herzen, sobre Ogaroff, sobre el medio de jóvenes socialistas parisienses, sobre la joven Alemania como sobre la joven Italia — e incluso sobre los jóvenes suecos —, Bakunin ejerció en su tiempo una influencia de las más potentes. Los contemporáneos decían de él: «Era imposible de aproximarse y de no sentirse penetrado por su espíritu revolucionario, de no sentirse arrastrado por su argumentación revolucionaria.»

Lo mismo ocurrió en 1862, cuando después de haber huido de Siberia, se reunió con sus amigos de Londres e inmediatamente a su retorno, empezó a organizar las fuerzas revolucionarias.

Es posible, como su amigo Herzen le reprochó después del fracaso de la insurrección polaca, que haya puesto más esperanza en quienes se le aproximaban que la que merecían. Pero, ¿no se ha dicho la misma cosa de Mazzini y de todos los otros sinceros revolucionarios? Tal vez ejerció una influencia tan mágica porque creía en el hombre, porque creía que la gran causa a la cual le enrollaba haría surgir en el recién llegado todo lo mejor que en él había. Y es lo que ocurría. Con la influencia de Bakunin, el personaje daba a la revolución todo cuanto era capaz. Hacia llamada a las cualidades más nobles del hombre; y si algunos, los que se esforzó en inspirar, no respondían plenamente a su esperanza, los políticos sin escrúpulos que traficaban en el socialismo y abundaban en las filas de sus adversarios marxistas, no lograron nunca captar su confianza.

Los hombres que Bakunin agrupó en su famosa alianza — Varlin, Eliseo Reclus, Caffiero, Malatesta, Fanelli (su emisario en España), James Gui-

llaume, Schwitzguebel, etc., — esos hombres eran de lo mejor que las razas latinas habían producido hasta entonces. El juicio de Bakunin sobre los hombres era maravillosamente exacto. Léase, por ejemplo, lo que escribió de Nechaieff, de quien había asombrosamente indicado los lados buenos y malos. ¿Quién podría añadir algo a este estudio de un carácter?

Pero su influencia sobre los hombres tenía una significación más amplia: lo que llama la atención, es el nivel moral excesivamente elevado de los hombres que se agruparon alrededor de él, en Europa occidental, como sus amigos íntimos. Yo no he conocido personalmente a Bakunin, pero he conocido muy íntimamente a la mayoría de quienes trabajaron con él en la Asociación Internacional de los Trabajadores y que Marx, Engels y Liebknecht persiguieron con un odio irreconciliable. Mantengo lo que acabo de decir frente a quienes los odiaron tan amargamente. La historia, estoy seguro, confirmará mi apreciación. La revolución social contó entre ellos a una falange de sus mejores partidarios y defensores.

Yo he mencionado brevemente, en «Memorias de un revolucionario», la actividad de Bakunin en el seno de la Internacional, en el momento en donde la derrota aplastante de Francia, el aplastamiento de treinta y cinco mil trabajadores parisienses después de la caída de la Comuna, el triunfo del imperio alemán, habían inaugurado un periodo de reacción que dura aún — en donde Marx y sus amigos se esforzaban, por toda clase de intrigas, en transformar la Internacional, creada con el fin de una lucha directa contra el capitalismo, en un arma política parlamentaria en manos de aquellos trabajadores que pronto iban a pasar al campo de los filisteos — en aquel momento las federaciones federalistas de la Internacional, inspiradas por Bakunin, se volvieron la única fortaleza aun en pie contra toda la reacción europea.

Es Bakunin y a sus amigos que debemas pues, en un gran grado, que el espíritu revolucionario — infundido en grandes dosis por la Internacional en las masas obreras — sea mantenido en los países latinos y a un punto tal que impidió el movimiento retrógrado comenzado en las clases medias, hasta hace poco radicales, arrastrar a los trabajadores en su caída.

Entre aquellos obreros nació y creció aquel joven poder que, abandonado pronto por los ex revolucionarios radicales, tomó en sus manos, en Europa, la lucha por la libertad y se desarrolló gradualmente hasta volverse el anarquismo comunista con su ideal de igualdad política y económica, y su osada negación de la explotación del hombre por el Capital y el Estado.

Trad. V. M.)

Pedro Kropotkin

(1) Byelnisky era un gran crítico ruso de los años 1840-50. Al fin de su vida, se volvió comunista y revolucionario, impidiendo su muerte sola el que fuera detenido.

MIGUEL SERVET

A Servet merece le
sean arrancadas las
entrañas.

(Sermón del P. Bucero)

INDISCUTIBLEMENTE la figura española de trascendencia univrsal, más atrayente por el halo romántico que rodea su vida, es Miguel Servet.

Servet encarna en su vida y en su obra factores tan castizamente españoles y tan representativos del espíritu liberal español del siglo XVI, que, independientemente del valor positivo de su descubrimiento médico, de la certeza o falsedad de sus teorías teológicas y de la obra literaria y geográfica que lega a la posteridad, la sola trayectoria de su vida es ejemplo e imagen del español exiliado, en voluntario y doloroso destierro, por mantener incólume su libertad de pensamiento y acción.

No se ha hecho todavía, aunque algunos la hayan esbozado, una historia de las emigraciones españolas. De ella surgirá patente un hecho único y sorprendente en la historia de un pueblo. España, desde tiempos muy remotos, se desprende periódicamente de lo más florido y avanzado de la intelectualidad enviándola a rodar, desvalida y desconectada, por países extraños e inconexos. Pocos de estos españoles vuelven a su patria, y sin embargo, ¡eh aquí lo maravilloso del español!, estos expulsados o huidos son los que más han elaborado y con mayor eficacia por el conocimiento universal de España y a quienes se debe la mayoría de los hechos universales de la historia española.

Hay, en la historia de España, emigraciones tumultuosas y nutridas como la expulsión de los judíos; hay otras independientes y forzadas como la de Antonio Pérez, el bribón que se jugaba la cabeza quedándose en España. Pero hay también los éxodos callados y tranquilos, los volunta-

rios, los puramente ideales, movidos únicamente por el sentimiento de justicia y libertad que, al abandonar España, lo hacen con el alma transida de dolor en busca de una atmósfera más tolerante y más libre.

En este tipo de emigrados, que hacen legión a través de la historia, unos brillan por su valer intelectual propio; otros pasan inadvertidos en la tristeza profunda de la lejanía y sin más recompensa que la satisfacción personal de su recto comportamiento. En estos emigrados voluntarios es donde se han reunido los valores más altos de la intelectualidad emigrada. El ejemplo de siempre es Vives. Exilado voluntario, instado a volver con promesas de bienestar y honores, que sabe resistir firme en su rebeldía, con la conciencia clara de sus hechos y el dolor profundo por la patria abandonada.

Marañón, en su época de exilado transitorio, escribió un ensayo sobre Luis Vives. Lo escribió en París y el lector percibe que mientras dejaba correr la pluma modelando sus ideas, se sintió también un poco Luis Vives. Sin embargo, al prologarlo con una rápida visión de los españoles exilados olvidó a Servet. Olvido tal vez premeditado y forzado por la situación. Servet no era el tipo que convenía glosar en aquellos momentos. Era tal vez demasiado heterodoxo para una España como la actual que llega a concordatos inadmisibles por vergonzosos. Y sin embargo Servet es una figura heroica de exilado español; tan heroica, que a los cuarenta años, después de más de veinte apartado de su patria, cuando ya es hora de que las pasiones se serenen y la vida se contemple sosegada y reflexiva-

mente, abandona una posición desahogada y honrosa para entrar a luchar en el cubil del enemigo hasta perder la vida en defensa de sus ideas.

La familia Servet tenía un apodo. De padres a hijos añadían a su nombre el alias familiar. Las escrituras del notario de la villa de Xixena, padre de nuestro héroe, aparecen firmadas muchas veces como Antonio Servet alias Revés. Miguel, el hijo, firma sus primeras obras teológicas y antitrinitarias como **Micaelo Serveto, alias Revés**. Tener un apodo entre la población rural de España, y más en la época casi medieval en que nace Servet, no tendría ninguna importancia, si no fuese que ese apodo nos resulta dato fundamental para comprender a Servet y su espíritu. Revés, Rebes o Revec, en algunas partes de Cataluña (1) quiere decir literalmente **bofetón**, pero en sentido figurado se aplica para calificar a una cosa o persona de enrevesada, difícil, contradictoria o aviesa. Y aquí tenemos algo muy valioso para empezar a descifrar a Servet y explicarnos, en parte, su carácter. Carácter que debía venirle de raza ya que su padre también mantenía el mismo sobrenombre familiar.

Servet, lo vemos en sus obras, es enrevesado, persistente, contradictor de todos y avieso. Pero avieso, en el verdadero y primitivo sentido de la palabra, que quiere decir: desviado, torcido, fuera de regla. Así se nos presenta toda su vida. Es difícil encauzarlo por los caminos manidos. En religión hace su propia interpretación bíblica y la sostiene hasta la muerte. En medi-

(1) También en Aragón, «te doy un revés», indica dar una bofetada con el dorso de la mano. (N.D.L.R.)

cina se aparta del saber tradicional y describe algo importantísimo. En geografía se arranca contra Ptolomeo dejándolo irrecognocible, aunque naturalmente tan desviado de las creencias tradicionales que algunos de sus párrafos pasaron a la Inquisición.

Tan independiente y enrevesado resultó Servet el **Revés** y tan poco amigo de seguir a ojos cerrados la ciencia tradicional y las creencias oficiales, que pronto tuvo necesidad de abandonar su patria y hogar. España nunca ha sido un lugar propicio para que progrese el libre pensamiento, máxime si éste florece en el siglo XVI y en materia religiosa. Desconocemos si tuvo algún tropiezo antes de salir o si lo hizo espontáneamente en busca de espacios menos cargados y atmósferas más libres. Lo que sí está comprobado es que al abandonar España, a los diez y siete años, ya era docto en leyes e idiomas y había desertado de la fe católica. Entonces es cuando empieza a crear por su cuenta una nueva interpretación de las Escrituras, tan desconectada de todas las demás, que le hacen decir a Menéndez y Pelayo (biógrafo puntual pero afectivo): **Servet, ni fue ortodoxo, ni luterano, ni anabaptista, sino heresiarca sui generis con aires de reformador y profeta.**

Y aquí tenemos retratado a Servet, no es hombre que pueda unirse a un grupo; no puede seguir apegado a una ortodoxia que no siente y se lanza sólo con el fuego de su dialéctica y la espada de su pluma a luchar contra todo y contra todos para imponer sus ideas. Tiene su criterio propio, a veces erróneo, sobre las interpretaciones bíblicas pero no cede ante nada ni ante nadie. Casi todos sus biógrafos han empleado el símil de considerarlo un Alonso Quijano. Un español al que se le ha despertado el Quijote que todos llevamos dentro y lo ha arrastrado movido por la fuerza espiritual de sus ideas, a una existencia inverosímil. Hasta la misma imagen que de él nos ha quedado lo representa extenuado, pálido, estático y con la barba corta y puntiaguda que sabemos usara el imaginario, pero real,

Hidalgo castellano. El mismo Menéndez y Pelayo pierde por un momento la severidad con que siempre lo trata como enemigo de su fe para prodigarle un piropo y llamarle **Espíritu franco y abierto, especie de caballero andante de la Teología.**

Servet fuera de España lleva una vida novelesca y novelada. Inquieto por naturaleza no puede quedar inactivo frente al tremendo choque y rotura de la espiritualidad que se está produciendo. Quiere meter baza en la Reforma. Pero otra vez es el **Revés** quien le impide unirse a ninguna de las tendencias ya esbozadas estatuidas. Entonces él inventa la suya y la pasea triunfante por Europa. Lutero, Zwinglio y Calvino le parecen muy moderados en sus ideas; sus Iglesias las encuentra poco nuevas. El punto de batalla por el cual mide a los demás reformadores, es el dogma de la Trinidad. Mientras una Iglesia lo siga admitiendo, será para Servet tibia e indecisa su Revolución. En su intransigencia y rebeldía de los veinte años no tiene reparos para afirmar que todo lo acordado en el Concilio de Nicea varios siglos antes es nulo y sin valor.

Y como su aviesa naturaleza (recordemos lo que quiere decir avieso) le empuja, no encuentra inconveniente en visitar uno por uno a los mayores reformadores para aconsejarles eliminar el dogma trinitario de la nueva Iglesia evangélica. Esta tenacidad le pierde. Martín Bucero, Capiton, Ecolampadio, son visitados, pero no convencidos, y naturalmente entre ellos se avisan y avisan a los restantes, del peligro que el español representa para sus ideas. Servet apenas ha cumplido 21 años cuando ya Bucero ha declarado desde el púlpito, con la más tolerante caridad cristiana, **que merece le sean arrancadas las entrañas de su cuerpo viviente.** Zwinglio por su parte ha escrito a Ecolampadio **que es indigno de respirar quien así blasfema,** y Servet obstinado y rebelde, al conocer estas amenazas, lanza a la imprenta un libro conteniendo sus ideas y teorías. El libro se llama **De Trinitatibus erroribus.** No podemos ni sabría-

mos analizarlo, pero sí podemos afirmar un hecho cierto. Desde el momento de la aparición del libro no queda un solo reformador o católico que no esté en contra de Servet y vea en él a un auténtico demonio suelto en la tierra.

Un episodio de esta lucha de Servet contra toda la cristiandad por imponer sus ideas ha pasado inadvertido para casi todos sus biógrafos. Nos referimos a las relaciones de Servet con Erasmo, que tan sagazmente ha sabido descubrir Bataillon. Cuando en 1532 la corte de Carlos V se reúne en Ratisbona, la atención de todos los presentes es para el libro de Servet. El autor, ignorado por casi todos los asistentes, es en cambio conocido del Dr. Quintana, el confesor del rey, de quien fue paje en Italia. Este al examinar el libro cree encontrar en él una clara influencia o colaboración alemana. Erasmo se aterra, ya sabemos que su carácter era bastante pusilánime, y en el acto declara y hace saber que no tiene nada de común con el hereje de Servet. Pero, y esto es lo más importante por ser lo que no encontramos en ninguna biografía servetiana, Erasmo advierte que Servet ha querido ir a visitarlo y someterle su obra, pero él se ha negado a recibirlo y oírlo. Dice Bataillon: **El hecho de que Servet haya buscado la aprobación de Erasmo es infinitamente curioso.** Y nosotros añadimos: ¿Hubiera cambiado en algo la trayectoria espiritual de Servet si llega a tener la ocasión de hablar con Erasmo? Indudablemente, Servet, como otros muchos de sus contemporáneos españoles, debió de recibir el estímulo de la rebeldía teológica a través de las obras erasmianas y al tratar de exponerle sus ideas buscaba con seguridad un apoyo moral en el viejo maestro. ¿Quién sabe? El hecho real es que Erasmo esquivo a Servet tratando con seguridad de no comprometerse más de lo que hasta entonces estaba.

La atmósfera estaba muy caldeada. Servet es perseguido por tiros y troyanos. La posición de **heresiarca sui generis** es difícil mantenerla en un clima cargado de pasiones y resentimientos. Entonces decide desaparecer, esfu-

marse, cambiando de nombre y de país para despistar a sus enemigos. Así es como nace Michel de Villeneuve. Surge una mañana en la universidad parisina para comenzar la que pudiéramos llamar época fecunda de su vida. Su profundo conocimiento de lenguas y humanidades le abre las puertas del trabajo más adecuado a su saber, y se traslada a Lyon para corregir y comentar la geografía de Ptolomeo que van a editar los hermanos Gaspar y Melchor Trechsel. El resultado es grandioso. De su pluma sale el Ptolomeo irreconocible; ha modificado conceptos, nombres, distancias, le ha añadido notas aclaratorias y un largo prefacio. Los mapas son explicados, una nueva tabla sirve para convertir todos los grados en equinocciales, otra indica las distancias y un copisísimo índice ayuda al lector en la busca de datos. Servet queda consagrado desde entonces como el geógrafo más distinguido de su tiempo y considerado hasta como el padre de la Geografía comparada. Pero al acabar la edición se acaba el interés geográfico. Nuevos libros entran a las prensas y nuevos temas pasan, para ser corregidos, sobre la mesa de Servet. Abundan los libros médicos y Servet se aficiona a ésta, para él nueva ciencia, donde encuentra argumentos con que afirmar sus dormidas teorías teológicas.

En Lyon ejerce la medicina Sinforiano Champier hombre mediano y vanidoso, con buena erudición, una ambición sin límites y autor de innumerables obras médicas e históricas. Servet se aficiona a su trato y termina por servirle de ayudante y amanuense. De él recibe las primeras nociones de ciencia médica, dictadas en una ortodoxia galénica pura, pues Champier es un furibundo galenista. Ya veremos cómo Servet también se aparta pronto de Galeno.

De esta estancia en Lyon, y en casa de Champier, tenemos otro dato que tampoco ha sido recogido por los biógrafos servetianos. Servet en sus años lyoneses traba conocimiento, precisamente en casa de su maestro, con un joven a quien acaban de nombrar

médico del Hôtel-Dieu de Lyon. Es también de erudición vastísima y acaba de iniciar por su cuenta la recuperación de textos hipocráticos y galénicos adulterados en su paso medieval. Este joven, antítesis espiritual de Servet no obstante la comunidad de algunas inquietudes, es Francisco Rabelais. Ignoramos con exactitud la realidad de su trato. Pero la imaginación nos lleva a suponer cómo sería el choque entre espiritualidades tan opuestas. El idealismo de Servet frente al realismo de Rabelais debieron de producir verdaderas chispas al ponerse en contacto.

La inquietud de Servet le impide seguir en Lyon. Y conoce algo de la medicina. Lyon le viene estrecho y el Revés no se siente a su gusto, no es su campo, no tiene ocasión de polémicas y discusiones. Nuevamente emigra a París. En París se doctora en medicina, escribe un libro de terapéutica importantísimo por las aportaciones originales que contiene y las divergencias con Galeno, cuyo sistema sigue en lo fundamental. También se dedica a la Astrología escribiendo un tratado que como todo lo de Servet es una válvula de escape para su rebeldía y naturalmente termina en la Inquisición y su autor amonestado. El Revés, que ahora está oculto, sigue rebullendo y Servet a duras penas puede acallararlo. En París tiene la desgracia de tropezar con Calvino, discuten y, naturalmente, no se entienden. Desde entonces, traidoramente Calvino le acechará y durante más de veinte años acumulará documentos y pruebas que, sagazmente utilizados, servirán para encubrir su asesinato legal por unos jueces sometidos a su voluntad.

Pero no adelantemos los acontecimientos. De su estancia en París surge otro de los grandes y tal vez el más importante hecho de su vida. Nos ha quedado un testimonio inestimable de cómo Servet en París colabora con los anatómicos más famosos de la época. Silvio, Fernel y Winter. Este último es quien nos ha legado la referencia de Servet, dice así: Tuve por auxiliares a Andrés Vesalio, joven (¡por vida

de Hércules!) muy diligente en la anatomía, y a Miguel Villanovano, varón en todo género de letras, eminente y a ninguno inferior en la doctrina de Galeno. Con la ayuda de éstos examiné en muchos cuerpos humanos las partes interiores y exteriores, los músculos, venas, arterias y nervios, y se los mostré a los estudiosos.

Aquí está el origen de los conocimientos sobre la circulación sanguínea, tema que ha hecho verdaderamente inmortal a Servet por encima de todas sus lucubraciones teológicas. Como este es el punto más debatido de su vida y la razón fundamental de que hoy nos estemos ocupando todavía de él, creo que merece tratarlo con algún detenimiento. Además mis ideas sobre ello discrepan en algunos puntos con lo que muchos historiadores admiten y por ello quiero fijarlas.

Los médicos por deformación profesional tenemos frecuentemente una visión unilateral de muchos problemas. Y en el caso de Servet han sido principalmente los españoles aquellos que han querido convertirlo en el descubridor de la circulación sanguínea. Esto no es verdad más que a medias. Algunos llevados de su entusiasmo incluso han llegado a afirmar que sus teorías sobre este tema fueron la causa de su martirio y muerte. Esto sí es completamente falso. Pero además debemos considerar que reducir la figura de Servet a un simple campo de investigación médica es empuñecerla. Servet es un espíritu tan por encima de este problema que tratar de polarizarlo en un solo sentido es achicar y disminuir la grandeza de su figura.

Cierto que Servet conoció y describió la llamada circulación menor. No la totalidad de la circulación sanguínea como también han afirmado muchos de sus biógrafos. Probablemente, la estudió y observó en París en sus tiempos de anatómico mientras trabajaba con Vesalio y Winter. No dio momentáneamente publicación a sus observaciones considerando, tal vez, que con ellas no modificaba ningún concepto de aplicación inmediata. Sin embar-

go Servet conocía perfectamente el alcance anatómico y fisiológico de sus nuevas teorías, pues antes de exponerlas como argumento tológico para explicar la acción del Espíritu Santo sobre la Naturaleza humana, advierte que con ello va a **explicar los principios de las cosas ocultas antes a los mayores filósofos.**

El atisbo de Servet es genial. Es una descripción exacta de un hecho hasta ese momento ignorado y, lo que es peor, admitido de manera falsa y sostenido por siglos en su concepción errónea. Que la sangre pasaba desde las cavidades derechas del corazón a las cavidades izquierdas, venía diciéndose desde los remotos tiempos de Galeno, quien tal vez recogió la idea de Erasistrato. Nadie dudó nunca que tal cosa ocurriese. Lo peregrino e inexplicable es cómo, durante siglos, se aceptó, con Galeno, que esta sangre pasaba de uno a otro ventrículo filtrándose a través del tabique o septo interventricular del corazón. O sea, atravesando precisamente la pared más compacta y maciza de todo el órgano y la única en que no hay vasos visibles. Muchos anatómicos anteriores a Servet dudaron de la veracidad de esta afirmación galénica. Unos como Mundinus, sin negarla, la creen difícil; otros, como Berengario de Carpi asientan en sus obras que los poros de comunicación interventricular **in homini cum maxima difficultate videntur.** El propio Vesalio, tampoco encuentra esas comunicaciones interventriculares pero sin embargo termina por admitir la posibilidad del paso de la sangre.

Es Servet, quien por primera vez, sin titubeos ni claudicaciones, afirma, como siempre en todas sus cosas, fuera de lugar y en texto inadecuado, que la sangre no pasa por el tabique; que antes de llegar al ventrículo izquierdo ha recorrido un largo camino por la vena arteriosa, el pulmón y la arteria venosa, y que es durante este **magno artificio** cuando se repurga y cambia de color. Un resquemor galénico, de cuya teoría nunca intentó ni quiso apartarse en este caso, le hace escribir una frase concilia-

toría, que han utilizado sus enemigos para restar importancia al descubrimiento. La trascendencia de esta observación está ya detenidamente estudiada en muchos tratados y nosotros mismos le hemos dedicado un estudio reciente.

Lo que ocurre después con la idea, desde el momento en que Servet la lanza, hasta el día que Harvey ofrece al mundo su genial y revolucionario descubrimiento de la Circulación Sanguínea, no es este el momento de describirlo. Servet descubrió que la sangre circulaba a través del pulmón, modificó el tradicional tránsito sanguíneo intracardiaco. No dio pruebas de sus observaciones ni siquiera las publicó en un texto médico. Es por tanto el precursor más importante y primero del descubrimiento de la circulación sanguínea, a quien se debe el germen original del descubrimiento y, si queremos, el despertar de la duda científica. Pero, cuidado, no es el descubridor del verdadero mecanismo circulatorio, labor que corresponde a Harvey con métodos y técnicas mucho más adelantados de lo que Servet podía utilizar.

Un día el inquieto Servet desaparece de París. El torcido **Revés** parece estar dormido y Servet se acoge a la vida fácil y blanda de médico del Arzobispo de Vienne del Delfinado. Allí es respetado, querido, gana dinero a manos llenas y ningún burgués de los que acuden a su consulta sospecha el terrible germen que aquel médico bondadoso y sabio lleva dentro de su alma. Pero la inquietud le bulle por dentro, la rebeldía dormida estalla, y Servet se lanza nuevamente a exponer sus teorías teológicas y anti-trinitarias. Escribe un nuevo libro, en el que hemos visto cómo describe la circulación, lo edita y lo envía precisamente a sus enemigos.

La continuación es bien sabida: interviene la Inquisición, se le busca, se distrae el asunto que no pasa a mayores y Servet sin que conozcamos la causa abandona su casa y la protección arzobispal para irse a meter preci-

samente en Ginebra y en la iglesia donde Calvino, su mayor enemigo y el más enconado, está predicando.

La detención irregular, el proceso anómalo, la exigencia de pena de muerte, y todos los demás detalles de este bochornoso acto de la iglesia calvinista están en la mente de todos y hay documentados libros que los describen puntualmente. No tiene objeto repetir aquí el martirio de Servet; Voltaire, Tolin, Menéndez Pelayo, etc., se ocuparon de consignarlo. Zweig lo ha descrito recientemente con la elegancia de su pluma y el hondo sentido humano de su imaginación. Gennerle ha dedicado un libro novelado pero sentido. Nosotros mismos también nos ocupamos de él en un reciente librito de historia médica y además está en la conciencia de todo hombre culto y ávido de Justicia.

Cuando las llamas apagaron la vida del mártir sin hacerle adjuar un ápice de sus ideas y destruyeron las páginas de su obra, allá en España, en la patria querida donde nunca volvió, encontramos un eco. Allí también enmudeció la pluma del escribano Antonio Servet. Desde esa fecha no vuelven a encontrarse documentos firmados por el notario de Xixena. Tal vez la misma hoguera en que murió el hijo hizo morir de pena al padre. Al viejo Revés, que ansioso seguiría el proceso rezando para librar el alma de aquel hijo querido a quien había transmitido el germen de la inconformidad y la rebeldía.

Un altar con retablo valioso aparece mandado construir aquel mismo año por la familia Servet en el Monasterio de Xixena. Probablemente fue obra expiatoria levantada para ayudar al perdón divino de aquella alma inquieta que con su muerte humana nos supo demostrar cómo los más llamados a comprender y tolerar suelen ser los más intransigentes y vengativos; pero nos enseñó también cómo muere un español en defensa de la libertad de sus ideas mantenidas hasta el último suspiro aunque éste sea entre llamaradas purificadoras y humo asfixiante.

POETAS DE AYER Y DE HOY

ROMANCE DE LOS NOCTAMBULOS

Me hiere la noche y hiere
sin la promesa del alba,
como si yo fuera hierro
diluído con el agua.
A la sombra de mi muerte
duerme la mar con sus alas
y unos encajes menudos,
tiernas hojitas de albahaca.
La sombra impura me hinca
su agudo deajo en el alma
y no tengo que decir
que por las altas barandas
el charol y el amarillo
con el verde me apuntaban.
Esta gente que ahora mora
la perdida madrugada
se está llevando otra gente
a estamparse tras las tapias
con un bramido de sangre
que por todo, loca, salta.
Si yo tuviera aquí mismo
un escondrijo y mi cama,
me quedaría creyendo
sólo en cielos entre sábanas.
No tengo más que un dolor
de niño cuando lo arrancan
de su madre y sus ensueños
y le presentan de pronto
la muerte de cara a cara.
Yo vi en mi luz liberal
ramo claro de esperanzas
para los ojos resecos
que en sus yermos tuvo España.
Me di cuenta que esa luz
debía a todos cantarla
señalándoles la forma
de lograr enamorarla.
Y como soy lo que soy,
hombre que arde y que clama,
hice públicos mis nardos
en siempre líricas varas.
La falange de la envidia,
una centuria taimada
me envió con la misión
de abrirme de una tajada
y derramar por la tierra
de un lugarcillo, en Granada,
esta sangre que ahora tiene
en cada germen su casa.
Me sacaron a la fuerza

como si no fuese nada,
me llevaron lejos, lejos,
como si tuviera ganas
de recorrer todo el campo
que a muerte sorda sonaba.
Me escupieron cosas duras
de borrachos que en las balas
tenían mi voz prisionera
con indecibles palabras.
Me morí con otros hombres
que mi niñez contemplaban
cuajada allí, en el tormento
de tanta sangre cuajada.
Por el monte oscuro iba
el grito de «Arriba España»
y allí España, boca abajo,
sangrando por la garganta,
se moría entre nosotros
entre el machete y la azada.

★

Ya se van, roncós de risa,
los falangistas canallas.
En los zajatos obtusos
de uno de ellos ví la mancha
que mi sangre, ayer tan mía,
en sus pasos se llevaba.
Yo no lamenté mi muerte:
lloré lágrimas de escarcha
al comprender que mi vida
era un tumulto de nada.
Tanto romance decir,
Tanta canción entonada
para terminar en prosa
dura, terrible y amarga.
Para acabar como un ave
que aprisa pierde sus alas.
Para hincarme en el calambre
de una prendida crisalida.
Un rojo clamor de sangres
tenía la vía láctea.
Y una estela de estertores
bajó a las verdes barandas
que la luna, siempre luna,
dio al verano de Granada.
Amarga sombra corrió
el reguero de mis lágrimas
cuando el confin de mi muerte
grillos de pena asaltaban.

ABARRATEGUI

Bajo el signo de ESTUDIO y RECREO

Objetivos, obstáculos y medios, Subirats ..	6 00	¿Qué es el arte? Tolstoi	2 50
Obras, de Inés de la Cruz	3 50	¿Qué es el humanitarismo?, Relgis	2 00
Odisea	3 00	¿Qué es la anarquía?, Fabbri	0 50
Oliverio, Dickens	7 00	Quinet, Alaiz	5 00
Olmo del paseo	2 00	Racismo	3 50
Omnibús perdido, Steinbeck	6 00	Rafael, Lamartine	3 00
Ombu	2 00	Raúl Carballeira	2 00
Oñate a la granja	2 50	Rayo verde, Verne	2 00
Origen de la familia, de la propiedad y del Estado	3 75	Rastrojo (el), Berón	3 50
Origen, esencia y fin de la sociedad de clases	2 00	Rafael Barret (obras completas)	22 00
Orientación anarquista	1 80	Raíces al cielo	4 00
Origen del socialismo	1 80	Razas cósmicas (las)	4 30
Origen de las profesiones	0 50	Reconstruir (revista)	1 50
Origen de las especies, Rioja	0 60	Revolución de Julio (la)	2 50
Papel del individuo en la historia, Peejanov	2 00	Rey Lear y pequeños poemas	3 00
Paralelo 40	15 00	Retrato de Dorian	4 50
Patología racional	0 50	Religión natural	4 50
Pasión de los hombres	4 00	Resplandor en el cielo	7 00
Perdidos para el amor	8 50	Retorno a la Primavera	4 00
Pedro Sánchez, Pereda	4 00	Regreso de Lady Bund	9 00
Petróleo	2 00	Revolución cubana (la)	2 00
Pirata de amor	4 00	Revolución española, Reyes	15 00
Pinocho	3 00	Revolución social en el siglo XX	13 50
Piratas del Halifax	4 50	Reformismo, dictadura y federalismo, Estebe	0 6J
Plagas de langosta, Calpe	1 00	Resurrección, Tolstoi	3 00
Poesías selectas, G. Prada	1 50	Rebelión de las masas, Ortega	4 50
Poemas 26, H. Bann	0 50	Recuerdos de niñez y mocedad, Unamuno	4 50
Mi política en España, Gordón, I tomo	20 00	Religión al alcance de todos, 1ª y 2ª parte	1 00
Mi política en España, Gordón, II tomo	20 00	Revolución a través de los siglos	2 00
Mi política en España, Gordón, III tomo	20 00	Reflejos, de Monrós	10 00
Poesía juglaresca	3 00	Revolución y el Estado, García	2 50
Pocero Fuchs	2 50	Reivindicación de la libertad, Ernestan	1 8J
Poesía del destierro, Campio	2 50	Revolución popular húngara	2 00
Pozo de Santa Clara	2 00	Revolución de los siglos	2 00
Port-Tarascón, Daudet	4 50	Reliquia (la), Quieroz	2 00
Pragmatismo	4 00	Revolución española, Bolloten	22 00
Principios del pensamiento correcto	7 00	Retrato de Matrimonio, Buck	5 00
Procreación prudencial	2 50	Revoluciones sociales del siglo XX, Rama	2 50
Problemas y cintarazos, Peiró	1 50	Reconstrucción de Europa	6 00
Problemática de la autoridad de Proudhon	12 40	Religión y cuestión social, J. Montseny	0 50
Príncipe idiota	3 00	Río abajo	5 00
Prim, Galdós	2 50	Río de fuego	5 00
Principios de la moral, Volney	0 60	Ricardo, Castelar	4 00
Problema sexual	0 80	Ríos bajan rojos (los)	8 00
Problema de la educación	0 60	Robinson Crusoe, Foe	4 00
Prosas profanas, Dario	4 50	Robin Hood	2 00
Príncipe, Maquiavelo	4 50	Robespierre	8 00
Pueblos de la U. R. S. S.	3 50	Romancero de la libertad, Oliván	2 50
Pueblo Haitano	7 00	Romeo y Julieta	4 50
Puentes de Toko Ri	3 00	Rojo y Negro, Stendhal	4 50
Puchera (la), Pereda	4 50	Ronda de la Luna, Carpio	2 50
¿Qué es el anarquismo?, Cano Ruiz	1 50	Romancero español	5 00
		Romances de América (los)	2 80
		Romancero gitano	4 50

Pedidos a nuestro servicio de librería

M. CELMA, 4, rue Belfort - Toulouse (H.-G.)